

Claudia Barzana

El lazo invisible

HAY VÍNCULOS QUE NINGUNA
DISTANCIA PUEDE ROMPER



Barzana, Claudia

El lazo invisible - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-67-6

1. Narrativa. 2. Narrativa Histórica. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2020.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-67-6

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de los sueños.

Eleanor Roosevelt.

PRÓLOGO

Dublín, mayo de 1916.

Durante las últimas cuarenta y ocho horas, no había dejado de repasar una y otra vez la Operación Rebeldes de Dublín. No conseguía dar con el motivo por el que todo se había desbaratado. Me encontraba a merced de un puñado de revolucionarios, prisionero en un cuarto pequeño, maloliente y mugroso del puerto de la ciudad. Eso lo había podido deducir al memorizar el recorrido por el que me llevaban hasta que los golpes me habían hecho perder el conocimiento. Podía describir cada pulgada del cemento que me rodeaba sin poder localizar una mínima abertura para escapar. Debería esperar a que los sujetos que entraban para torturarme en busca de información cometiesen algún error. Mi cabeza no dejaba de analizar mi estadía en Dublín en busca de algo que me brindase alguna pista de por qué me hallaba allí, prisionero.

La ciudad era parte de mi historia familiar, y las largas jornadas habían hecho que la pudiera conocer como la palma de mi mano. Había arribado dos meses antes, luego de informarle a mi superior sobre lo que parecía poco probable: una nueva asonada se estaba gestando contra el gobierno inglés. El fuego sagrado de la independencia se escondía en el corazón de varios irlandeses que, sin importarles el momento, creían que no debían dejar pasar la oportunidad de manifestarse y de poner fin a los lazos con el Reino Unido. Los tiempos no eran propicios para hacerlo, ya que la Gran Guerra se llevaba a cabo con las fuerzas aliadas que combatían en el frente europeo. Ni siquiera el conflicto bélico que había llevado a soldados irlandeses a unirse a las filas inglesas para enfrentarse a un enemigo común había logrado calmar los ánimos autonomistas que, décadas atrás, había gestado la Hermandad Republicana Irlandesa y el Ejército Ciudadano Irlandés. Sin embargo, otra cantidad de ciudadanos creía que no era oportuno rebelarse en pos de una liberación que no llegaba.

La red irlandesa de informantes del Servicio de Seguridad no había avisado que algo así podía suceder, y el MI5, del que formo parte, había revelado su incapacidad al no estar al tanto de semejante hecho. Lo único que se había filtrado había sido la información sobre el embarque de armas provenientes de Alemania, en el vapor *SMS Aud*, como provisión para los revolucionarios. El anuncio había sido recibido gracias a un mensaje encriptado e interceptado en la Room 40 de la División de Inteligencia Naval del edificio del almirantazgo de Londres.

Al tomar conocimiento, había debido trasladarme de inmediato hasta la provincia de Munster y acercarme hasta la costa de Kerry, donde tendría lugar el intercambio de mercancía. No obstante, todo había ocurrido muy rápido. La embarcación había sido capturada y hundida por la Royal Navy, lo que había imposibilitado que llegase a destino. No era fácil irme de allí porque los rebeldes buscaban a los responsables de semejante sabotaje. Yo esperaba que las fuerzas inglesas

llegasen para poner coto a lo que se estaba gestando, lo que hicieron una vez que la sublevación comenzó y los insurgentes tomaron por asalto a la oficina general de correos, lugar desde donde comandaron toda la operación. El brazo político del independentista Michael Collins, perteneciente a la inteligencia del Sinn Féin, había organizado un ataque a la fortaleza del castillo de Dublín, en donde se encontraban algunos espías que cooperaban conmigo. La lucha había producido bajas de ambos bandos durante los cuatro días que se había extendido el alzamiento. Cuando parecía que todo había terminado, en medio de una gresca, me habían tomado prisionero. No entendía el motivo porque, en apariencia, todo se había acabado.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos ante el metálico sonido de un candado, que habilitó el ingreso de los dos sujetos que me tenían prisionero.

—Supongo que habrás tenido tiempo para pensar que, si hablas, todo será más fácil.

Lo miré a sabiendas de que hacerlo no iba a cambiar el resultado.

—Colin Wood, miembro del Servicio Secreto inglés —dijo al acercárseme con una mueca en el rostro—. Ahora vas a decirnos quién filtró la información sobre el embarque de armas alemanas.

Supe de inmediato que ese interrogatorio era una farsa. A ellos no les importaba ese dato, solo buscaban hacer tiempo. De nada les servía saber eso, ya que el combate entre los rebeldes y la fuerza inglesa, llevado a cabo durante la celebración festiva de Pascua, había acabado. Las muertes de ambos lados habían sido importantes. Desde ese momento, se vivía un compás de espera por parte de los revolucionarios, que intentaban alcanzar un acuerdo con las autoridades inglesas y evitar las ejecuciones de los cabecillas de la asonada irlandesa. Esa, por supuesto, era una ilusión que nunca llegaría. Los fusilamientos a los insurrectos responsables de la sublevación no se harían esperar. Las cartas estaban echadas sobre la mesa, y yo había jugado mi partida. Nada de lo que yo pudiera confesar modificaría lo que iba a ocurrir. Ellos los sabían, y yo también. Pero, entonces, ¿por qué seguía encerrado en este lugar?, ¿a merced de quién me encontraba?

Estaba claro que ellos no solo contaban con la información confidencial sobre mi verdadera identidad, sino también sobre mi actividad como espía del Servicio Secreto. Eran contadas las personas que lo sabían, lo que me hacía suponer que alguien de mi confianza me había traicionado. ¿Quién?

—Estamos esperando.

Los miré y volví a negar con la cabeza, como cada vez que me habían interrogado. Ya estaba preparado para el golpe que vino y que me dobló de dolor una vez más. Debía resistir, porque estaba seguro de que cometerían algún error. Debía ganar minutos al poco tiempo que me quedaba.

—Escupe si no quieres que te matemos ahora.

—Quiero hablar con tu jefe.

Otro puñetazo me alcanzó antes de que uno de ellos me contestara.

—¿Qué te hace suponer que no soy yo quien está a cargo de todo esto?

Un fuerte ruido irrumpió en el recinto. De inmediato ambos se observaron e interrumpieron el interrogatorio para ir en busca de la persona que acababa de entrar. La puerta quedó entreabierta. El leve murmullo no me permitió escuchar qué se decían, pero sí pude ver la silueta del hombre que, envuelto en el humo que exhalaba del cigarro que pendía de una de sus manos, hablaba frente a la atenta mirada de sus interlocutores. Forcé aún más la vista porque ese rostro me era familiar. Por muy atiborrada que estuviera mi mente, no dejé de evocar numerosas caras que regresaban a mi memoria para dar con la persona que tenía a pocos metros de mí. Fue un instante en el que mi mirada se cruzó con la oscura de él, y lo vi acercarse a mí.

—¿Quieres conocerme? Aquí estoy. Será la última imagen que veas en tu vida.

En ese momento recordé que ese hombre, apodado el Irlandés, había estado rondando a Sofia hacía menos de un año. No podía ser. Ella estaba afuera de toda la mugre en la que me movía. Por ese motivo yo había luchado por mantenerme alejado de ella. Sofia era una luz en medio de tanta oscuridad en la que estaba inmerso. Por mi profesión había decidido distanciarme de mi familia, que residía lejos de Londres, y también de ella. La separación que había impuesto entre nosotros me había llevado a vivir al otro lado del océano de la mujer que yo en realidad...

—Saben lo que tienen que hacer —indicó al dar la última calada al cigarro y arrojarlo a mis pies.

Una vez lanzada la orden, el Irlandés se esfumó por la puerta hasta perderse en la oscuridad del lugar.

—¡Levántate! —gritó uno de ellos, mientras el otro desataba la cadena a la que estaba esposado.

Al incorporarme, vi que cada uno había desenfundado un arma.

—El jefe nos dijo que te gusta la cacería y que disfrutas de matar. Pues bien, a nosotros nos gustaría divertirnos antes de acabar con nuestro prisionero, aunque el sufrimiento es parte esencial de eso. Contigo comenzaremos con una cacería humana. Tú corres y nosotros disparamos, ¿qué dices? —propuso al acercarse, con un aliento que olía a tabaco y alcohol—. Veremos si resistes más que un animal.

—Vamos —rugió el otro—, la cacería comienza.

Me quedé observándolos en tanto reflexionaba que no solo estaban enterados de mi afición por la caza, sino también que ambos estaban más locos de lo que creía. Un disparo contra el suelo retumbó en la estancia.

—Hoy te cazaremos nosotros. Verás lo que se siente escapar con la certeza de que van a matarte. ¡Corre ya! —vociferó uno de los sujetos, y lanzó una carcajada.

No pensé más en ellos, ni en la efímera posibilidad que tenía de salvarme. Solo me lancé a huir de allí. No bien llegué a la salida, un disparo me rozó el brazo, pero mis piernas ya no sentían el dolor ni el entumecimiento tras haber estado encerrado Dentro de aquel lugar. La constante llovizna mojaba mi cuerpo, y otra descarga detonó y me hirió en el hombro. Un ardor intenso atravesó mi espalda, pero no podía dejar de intentar alejarme de allí. Me distanciaba de ahí como un animal herido. Ya no solo mi vida estaba en juego, sino la de Sofía. La persecución se estrechaba aún más, y el eco de los pasos que chapoteaban sobre los charcos de agua se hacía más cercano. Memorice las características del puerto por el que me escapaba sin encontrar un recoveco o vericuetto seguro. En cualquier lugar me encontrarían y acabarían conmigo. Sabía que estaban pisándome los talones. Miré de soslayo y me di cuenta de que allí estaba mi salvación, no había otra posibilidad. Viré de inmediato hacia el borde de uno de los muelles y me arrojé al agua en el instante mismo en que otro disparo detonaba. Mi cuerpo convulsionó ante el impacto de la bala que me había dado antes de sumergirme en las aguas de río Liffey. La imagen de Sofía inundó mi mente hasta llenarla de recuerdos al tiempo que intentaba marcharme de allí para salvarme

CAPÍTULO 1

En mi mente

Buenos Aires, dos años antes.

La quietud del amanecer imperaba con los primeros rayos de sol. Desde su habitación y con un cigarro en la mano, Colin disfrutaba de ese momento. Los sonidos del silencio reverberaban dentro de la casa. En breve, se quebraría ante las familiares voces que, entreveradas en las distintas conversaciones, inundarían el ambiente. En cada regreso al hogar, Colin disfrutaba de esa mística conocida. Desde hacía tiempo se había instalado en Londres y, cuando le era posible, retornaba a verse con los suyos. En la ciudad de la niebla, desarrollaba una actividad que, en apariencia, se centraba en el ejercicio del derecho. Nada hacía sospechar que pudiese dedicarse a otra cuestión que no fuese la carrera de Abogacía cursada tiempo atrás. A pesar de estar acostumbrado a viajar y de no contar con un sentido de pertenencia porque no lograba aquerenciarse en algún sitio, esa estadía se había vuelto diferente. No quería indagar sobre el motivo por el que, esa vez, se sentía distinto. No podía ni debía.

Dio una profunda calada al cigarro mientras su mente no dejaba de vagar en torno a ella, aunque habría sido mejor evitarlo. Los sordos golpes a la puerta lo distrajerón de esos pensamientos.

—Señor Colin —se escuchó a través de la puerta—, ya tiene listo el desayuno.

—Gracias, Rita.

Arrojó la colilla del cigarro, se vistió y bajó hacia la cocina. La antigua y querida empleada le sirvió un café oscuro junto a unos panes y budines que no probó.

—Mire que los hice especialmente para usted.

Colin le lanzó una sonrisa que solo reservaba para ocasiones especiales y tomó una tajada de budín aunque no tuviese apetito.

—Rita —dijo Martina al ingresar a la cocina para ubicarse frente a su hermano—, pensar que, cuando uno menciona las diferencias que haces entre nosotros, lo niegas.

—Señorita, no diga eso.

—Es el privilegio de ser el único hombre de la casa —respondió él sin dejar de dirigirse a la empleada, luego de guiñarle un ojo.

—Y claro que se lo extraña cuando no está, pero por usted también me preocupo. Siempre le digo que no debería estar metida en ese hospital todo el santo día y que tendría que descansar un poco más.

—Quizá sea posible y todo cambie —manifestó Emma al unirse a ellos, sin explicar demasiado a qué hacía referencia.

El aspecto que llevaba demostraba a las claras que aún no se había espabilado. Los cabellos oscuros desaliñados y la marca de la almohada sobre una de sus mejillas lo hacían más que evidente.

—No fue fácil convencer a papá y a mamá para que emprendieran el viaje que tenían pensado cuando se enteraron de que su hijo dilecto regresaba a casa.

Thomas y Victoria Wood habían salido de viaje, uno que les llevaría un tiempo largo. Los negocios de él y la insistencia de su esposa en acompañarlo los habían alejado de momento de la familia.

—No era justo que dejaran de hacerlo —dijo Martina al apartar la taza de té, del que apenas había tomado unos pocos sorbos—. Debo irme, no quiero llegar tarde al hospital.

—Supongo que hoy saldrás antes para ir a la inauguración de la tienda. No veo la hora de estar allí dentro y contemplarlo todo. Espero sacar algunas ideas para mi negocio.

—Emma, sabes que ese no es mi ámbito. Que tú vayas y disfrutes de un lugar como ese es natural, pero entiende que no es lo que más me entretiene.

—No lo digo por eso. Creo que tenemos un compromiso familiar, más allá de mis deseos por ver cómo será. Deberías saberlo.

—Si te sirve de consuelo —agregó Colin—, yo también seré de la partida. La invitación llegó hace unos cuantos días y, por más que deteste hacerlo, yo tampoco puedo evitar concurrir.

La tienda cuya casa matriz tenía sede en Londres pertenecía a una familia que él conocía bastante, y debía cuidar los vínculos que había cultivado. Uno no sabía cuándo podía necesitarlos. Por otro lado, el festejo se celebraría con la supervisión del barón Woodman Burbidge.

—Está bien —asintió Martina al levantarse de la silla—, veré si puedo ausentarme antes de mis actividades.

—Inténtalo. En mi caso, la invitación viene desde Londres. No pienso quedarme mucho tiempo allí.

—Veré qué puedo hacer.

—Seguro —siseó Emma al ver salir a su hermana de la habitación— que si el pedido viene de

tu parte, ella se hará un hueco e irá.

Colin sonrió. Desde pequeños, ambos hermanos eran muy unidos. Más tarde se había sumado Emma, que, por ser la más joven de la familia, se había transformado en la más consentida de la familia Wood.

—Creo que no le quedará posibilidad de negarse. Además, le hará bien distraerse un poco. La noto bastante tensa y desconozco el motivo.

—Debe de ser idea tuya —replicó Emma, sin convencer a su hermano.

Ella había escuchado algo respecto de lo que le sucedía a Martina, pero no sabía cuán cierto sería. De todos modos, no sería ella quien pusiese sobre aviso a su hermano. Con él debería lidiar la misma Martina.

—No me has dicho nada de los avances de tu negocio.

—Debes tomarte otro café para darme tiempo a comentarte lo que tengo pensado con Rose.

Emma se había lanzado al mundo de la moda de la mano de Rose, una amiga que tenía desde niña. La familia Rivas había mantenido desde siempre una estrecha relación con los Wood a través de sus padres. Ambas se habían criado juntas y, como no podía ser de otro modo, habían decidido abrirse camino en el ambiente de las telas y los diseños.

—Rita, ¿podrías darme otro café? Parece que tengo para bastante.

—No seas así —dijo Emma en tanto le daba un codazo en el brazo—, nunca tienes tiempo para mí. Ahora vas a escuchar todo lo que tengo para contarte.

Colin se acomodó mejor en la silla porque sabía que la conversación sería larga y no se equivocó al respecto. El permanente alboroto y cotorreo de la benjamina de la familia amenizó parte de esa mañana. El resto de las horas que quedaban hasta cumplir con el compromiso que tenía parecieron evaporarse hasta que llegó el momento de irse.

Bajo la cálida brisa que envolvía la tarde, los Wood se encaminaron rumbo a la velada a la que debían asistir. La calle Florida resplandecía y desbordaba de carruajes y automóviles que se detenían en doble fila para que los invitados descendieran e ingresaran por las puertas de la tienda Harrod's para participar de la inauguración. La obra se había realizado en un tiempo record, apurada por la expectación de los porteños por contar con una sucursal de uno de los comercios más prestigiosos de Londres. Aunque ese no era el único motivo de tanta emoción, sino también el hecho de que la ciudad de Buenos Aires hubiese sido, junto a unas pocas filiales europeas, la elegida para el desembarco de ese importante bazar, símbolo de exclusividad y elegancia. El edificio se erigía suntuoso y elegante, abordado por centenares de porteños que se adentraban a conocerlo.

—Te dije que esto sería increíble —comentó Emma a Rose mientras le indicaba que se dirigieran hacia la escalera de mármol para visitar el segundo piso—. Debemos venir otro día de la semana para ver mejor los diseños de ropa. Con tanta gente, es imposible hacerlo.

—Te dije que sería así. Además, no deberíamos detenernos a saludar a tantas personas. Si por mí fuera, seguiría adelante sin demasiada pleitesía.

—Lo sé, pero deberías saber que toda esta gente será nuestra futura clientela. Hazlo al menos por eso.

—Para todo lo referido a las relaciones sociales, estás tú; yo soy feliz alejada de eso, donde pueda diseñar sin que nadie me moleste.

—Lo sé, lo sé; pero deberás cambiar en breve ese temperamento huraño, cuando abramos nuestra tienda.

—Vamos, subamos antes de que me arrepienta de haberme asociado contigo.

La carcajada de Emma tentó a Rose. Por más que quisiera enojarse con ella, no podía. Su amiga siempre encontraba la manera de cambiarle el ánimo.

El salón de té lucía imponente, con varias mesas vestidas con manteles blancos y decoradas con vajilla de porcelana inglesa. La experiencia de sentirse en Londres la completaba no solo el clásico té británico, sino también las exquisiteces servidas en bandejas de plata. Gran parte de las mujeres se ubicó allí para disfrutar de todo lo que se ofrecía.

Colin formaba parte de uno de los grupos de hombres que, en compañía de varios empresarios, departían sobre negocios y política. La conversación era alentada por la mejor champaña, junto con los canapés que los diligentes mozos no dejaban de hacer circular. De modo acalorado, cada uno daba su punto de vista sobre la situación del presidente Roque Sáenz Peña, que, desde hacía cuatro años, ejercía el cargo. Ninguno quería quedar fuera del debate, ansiosos por dejar sentada su posición.

—No creo que sea una decisión oportuna haber extendido la licencia médica al presidente. Algo se esconde detrás de todo esto —manifestó acalorado Alconada.

Álvaro era un empresario conocido por Colin que no había dejado de visitarlo desde que había arribado a la casa familiar. Sin embargo, no había logrado engañarlo sobre el verdadero propósito de esas citas. Emma era el objetivo de las largas conversaciones con el joven Wood, amenizadas por una que otra copa de whisky. Colin no había tenido necesidad de hablar con su hermana al respecto porque le parecía un buen candidato. Por otro lado, notaba que Emma estaba abocada al nuevo emprendimiento comercial, que contaba con el absoluto apoyo familiar, y no quería influir en ninguna resolución que tuviera que tomar sobre su vida sentimental. Si por él fuera, dejaría que

sus hermanas se mantuvieran al margen de los escarceos masculinos. Él no era un buen ejemplo de decoro social, pero llevaba una vida lejos de su familia. Por otro lado, creía que el joven Alconada contaría con el aval de sus padres para cortejarla ya que parecía ser de buena familia.

—Yo sostengo que el pedido de prórroga de la licencia médica al Congreso Nacional, tan solo un mes atrás, ha puesto en evidencia las contradicciones que tiene esa solicitud. Ni siquiera las cámaras legislativas lograron el quórum necesario para sesionar.

—Si esto sigue así, continuaremos con la gestión de Victorino de la Plaza, que ha dejado claro los deseos que tiene de que el presidente renuncie de una vez y le deje el camino libre, sin estar supeditado a una autorización médica que no se sabe hasta cuándo podrá extenderse. Esto lo sé de voz de uno de los senadores que concurrió a su casa y lo escuchó decir que estaba cansado de todo esto y que le parecía poco serio que continuase alargando una situación insostenible.

—Pero ¿desde cuándo comenzó a flaquear la salud de nuestro presidente?

—Amigo, la diabetes es su punto débil, pero él mejor que nadie debería saber que su bienestar nos compete a todos y que no se puede mantener al país en un compás de espera sin dar mayores precisiones. La explicación de su médico personal no ha contentado a nadie. Ni siquiera el vicepresidente sabe a qué atenerse.

—Sin embargo, Victorino de la Plaza ha dispuesto el nombramiento de algunos ministros. Veremos qué rumbo llevará el nuevo ministro del Interior, don Miguel Ortiz.

—También ha cambiado a mi amigo Ernesto Bosch por Luis Murature en la cartera de Relaciones Exteriores. Creo que se ha tomado demasiadas atribuciones —replicó otro asistente.

—Es una incógnita, pues se va la mano derecha del actual presidente y mentor de la reforma electoral. Habrá que ver.

Colin se mantenía callado, sin dejar de observar lo que sucedía a su alrededor. Por lo general se conservaba alerta a lo que acontecía en el lugar donde estuviese. Esa actitud lo había salvado en más de una ocasión. Siempre le había hecho caso a su instinto. Quizás haber estado a punto de morir en dos oportunidades cuando era pequeño le había permitido desarrollarlo. No solía manifestarse y dar su opinión a menos que fuese necesario; cuando lo hacía, siempre conocía de antemano a quién tenía enfrente. En ese momento, no pretendía poner fin a la polémica conversación, si bien contaba con la certera información de que el presidente padecía una sífilis contraída en los campamentos militares de la guerra del Pacífico. Por más que el médico que lo atendía se esforzaba en encubrir el diagnóstico y asegurase que mantenerse alejado del poder era lo que necesitaba el mandatario, dejaba al pueblo plagado de dudas. Ello daba lugar a que los porteños se cuestionasen y la oposición aprovechase para sacar rédito de toda la situación.

—No me cabe duda de que los congresales conservadores que obtuvieron su banca gracias al viejo sistema eleccionario fraudulento no le perdonarán quedar a la buena de Dios con la reforma electoral.

La mentada reforma, llevada a cabo dos años antes, había consistido en limpiar los viejos y tramposos sistemas de voto, lo que había provocado el descontento de gran parte de los políticos, a quienes les costaba abandonar las antiguas prácticas.

—Dejemos la enfermedad del presidente a un lado para que no opaque esta celebración — manifestó otro invitado, para luego levantar la copa y agregar—: ¡A la salud de todos ustedes!

El sonido del cristal al brindar no evitó que Colin distrajera la mirada sobre alguien que había ingresado al lugar hacía unos pocos minutos. Desde ese momento se había mantenido inalterable pese a que su interés estaba puesto en otra persona. Ella, con una grácil figura, se desplazaba al otro lado del salón envuelta en un vestido azul que permitía vislumbrar una pequeña parte de esas armoniosas piernas.

—Si me disculpan —dijo al retirarse en medio de otra acalorada discusión en torno a los negocios agrícola-ganaderos.

La fastuosa decoración en madera del salón, junto con unos cuadros colgados en la pared, iluminaba de color el recinto. Un piano de cola blanco ubicado en un recodo de la estancia completaba el ambiente. Como no podía ser de otro modo, Sofía estaba rondándolo y, con sus finos dedos, acariciaba el atril despojado de pieza musical alguna.

—Sofía —susurró—, desconocía que vendrías. Mis hermanas no lo mencionaron.

Ella se dio vuelta de inmediato y se encontró de frente con él. El rubor en las mejillas de la joven evidenció lo que significaba Colin en su vida. Cada vez que lo veía, se quedaba callada porque sentía que nada de lo que pudiera decir podría resultarle interesante al hermano de su amiga. Emma le había relatado la vida que llevaba él lejos del país, y suponía que todo aquello sería fascinante. Cada año que pasaba, sentía que su amor por ese hombre se acrecentaba sin medida. Sin embargo, estaba convencida de que él nunca se daría cuenta de lo que sentía. Muy por el contrario, parecía estar dispuesto a tratarla como si fuera otra de sus hermanas. En verdad, era así como ella se sentía. Si bien no había podido controlar la felicidad que la había embargado cuando Emma le había mencionado que él arribaría, en los pocos encuentros que habían tenido, ella se había comportado como una perfecta tonta. Cada vez que la miraba con esos destellantes ojos azules, ella perdía la cordura. Lo que empeoraba todo era que desconocía qué pensaba él y por qué la observaba de ese modo. Por las dudas, repasó en su mente si estaba vestida de manera correcta.

—Sofía, te preguntaba si habías venido sola.

—Oh, claro que no. Mi tía Helen me ha acompañado. Supongo que se debe haber encontrado con algún conocido.

—¿Tomas algo?

—Me vendría bien. Tengo un poco de calor.

Él oteó a su alrededor, pero los camareros estaban bastante lejos.

—No es mucho, pero es algo.

Colin le dio su propia copa, a medio llenar. Hubo un sutil roce entre los dedos de ambos. Sofía supo que, si no hubiese sido porque él sostenía pie de la copa de cristal, se le habría deslizado por los dedos.

—Gracias.

Bebió de un trago todo el contenido para apaciguar el sofoco que se le había apoderado del cuerpo.

—Parece que algunas cosas cambiaron. No sabía que fueras capaz de beber de ese modo.

—Es que no podía negarme.

Ella sintió que un fuego la abrasaba. Cada vez que pretendía decir algo interesante, lo echaba a perder.

—Esto también lo cambiaste —agregó al rozarle las puntas de la corta y rubia cabellera, que le daba un marco más sofisticado a esos brillantes ojos negros que no dejaban de mirarlo.

Sofía se acarició el cabello, que le caía sobre los hombros. Atrás había quedado la larga melena. Pretendía estar a la moda.

—Te diste cuenta.

—No es fácil que algo se me escape de ti.

Ella se lo quedó mirando sin poder siquiera pestañear. Solo una voz familiar logró sacarla de ese ensimismamiento.

—Sofí, al fin te veo. Tú debes de ser Colin.

—¿Helen?

—De haberme encontrado en otro lugar, no te habría conocido. Un placer verte por aquí. He oído hablar mucho de ti los últimos tiempos.

Colin estaba al tanto de la existencia de esa mujer y recordaba que se había instalado en Estados Unidos. La muerte de la mamá de Sofía a una temprana edad había hecho que Helen dispusiera viajar con cierta frecuencia para visitarla y quedarse en la ciudad.

—Supongo que los comentarios habrán sido satisfactorios.

—Por supuesto —agregó risueña.

—Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que viniste —agregó Sofia para cambiar el tono de la conversación y evitar que Colin descubriera que, entre ellas, él siempre era un tema predilecto.

—Eso creo. No me es fácil ausentarme todo lo que en verdad quisiera. Las obligaciones en Londres me retienen más de lo que deseo.

“Es una gran lástima”, pensó Sofia, pero evitó decírselo.

—Las dejo —dijo él antes de fijar la mirada en la de la joven para agregar—: Nos vemos más tarde.

Ella lo vio alejarse mientras su mente vagaba en torno a él. Más allá de la distancia, Sofia no dejaba de alimentar el sentimiento que había nacido desde que había surgido su amistad con las hermanas Wood. En cada momento importante de su vida, él había estado junto a ella, aunque más no fuese para acompañarla y tratarla como a una hermana. A raíz de la muerte de su madre, Sofia había comenzado a pasar más tiempo en la casa de la familia Wood y había sido testigo de las salidas de él en compañía de jóvenes hermosas que pertenecían a un círculo social ajeno al de ella. Debía reconocer que padecía del mismo modo las ausencias de él, cuando abandonaba la ciudad para viajar e instalarse en Londres. Muchas veces se preguntaba hasta cuándo esperaría que algo sucediera. Por momentos creía que todo aquello se había transformado en una pérdida de tiempo.

De inmediato rememoró la imagen de su padre, que nunca había visto con buenos ojos la relación amistosa que ella mantenía con los Wood. Cándido Molina le reiteraba que era perjudicial porque eran evidentes las diferencias que entre ambas familias existían. Además, tampoco le gustaba que buscara refugio en esa gente, menos en el joven Colin, que parecía llevarse el mundo por delante.

—Al fin te encuentro —sorprendió Emma a Sofia en medio de esas elucubraciones—. Buenas tardes, Helen.

—Buenas tardes. Ahora que te veo acompañada, me daré una vuelta por el lugar.

—Te busqué, pero no te vi —se excusó Sofia.

—Yo sí, pero vi que estabas enfrascada en una interesante conversación con mi hermano.

—Shhh, no es necesario que lo publiques —comentó acalorada.

—Tienes razón. Y ahora que te veo cerca de este piano, ¿has tenido novedades respecto a aquella propuesta?

—Sí, pero deberé contar contigo y tu discreción. Por favor, Emma, sé que es pedirte demasiado, pero deberás callarte.

—Sofía, por favor, sabes que puedes contar conmigo. Por cierto, hablando de guardar secretos, mira quién viene.

—Martina, qué bueno verte aquí —saludó Sofía.

—Creía que no llegaría a tiempo, pero pude desocuparme antes de lo previsto y aquí estoy.

—Parece que no has llegado sola.

—No —replicó Martina al mirar hacia atrás y localizar a Federico Corvalán, que buscaba dos copas de champaña—. Quiso acompañarme para asegurarse de que viniera —replicó risueña.

El joven Corvalán era un colega con el que ella había ingresado al hospital. No era fácil desenvolverse como médica en un ambiente dominado por hombres, pero el temperamento que ella había desarrollado le permitía ejercer esa vocación del mejor modo.

—Martina, no creo que te sirva negar la realidad, como si no supieras cómo son las cosas. Al menos no creo que lo ayude a él —comentó Emma al señalar al joven médico, que se aproximaba hacia ellas.

—Hermanita, yo no me escondo de nadie. Él sabe que no hay lugar en mi vida para otra cosa que no sea mi profesión.

—Pero ¿él está al tanto de tu decisión?

—Emma, baja la voz, que ahí viene —comentó Sofía, que le dio un codazo a su amiga.

—Buenas tardes, señoritas —saludó con una amplia sonrisa.

Martina se quedó observándolo. No eran muchas las ocasiones en que podían compartir momentos fuera del hospital. A pesar de eso, él se había transformado en alguien importante para ella. Sabía que Federico buscaba algo distinto, pero el paso que pensaba dar los alejaría aún más.

Las variadas conversaciones llenaron de un constante murmullo al recinto, mientras los invitados no dejaban de arribar con la excusa de conocer la nueva tienda inglesa. Ningún porteño quería perderse semejante festejo, en el que se cocinaban y pergeñaban negocios y se intercambiaban algunas primicias políticas.

Colin, al darse cuenta de que podía dar por cumplido el compromiso de concurrir a la inauguración de la tienda, se esfumó de allí a la primera oportunidad. Aún le quedaba completar algunas cuestiones de su actividad, y necesitaba hacerlo sin que nadie lo molestase.

Se adentró en el estudio de la casa, donde no tendría interferencias. Debía mandar algunos telegramas a Londres para que le notificaran cómo continuaba todo. Haberse escapado del compromiso comercial le permitió sacar provecho de esas horas dentro del despacho. Aquellas vacaciones estaban por acabarse, pronto debería irse de Buenos Aires. No era la primera vez que le sucedía que, en medio del trabajo, perdía la noción del tiempo que pasaba inmerso en los documentos. El sordo chasquido de la puerta lo sobresaltó.

—Supuse que estabas por terminar —dijo Martina al asomarse, con la puerta entreabierta.

—Pasa. Si no me hubieras interrumpido, habría continuado metido en todo esto.

—Como siempre, no piensas contarme de qué se trata.

—Si sabes que es así, no entiendo para qué insistes.

—Parece que hoy no estás de humor para hablar —comentó al rozar el picaporte de la puerta para dejar solo a Colin.

—Vamos, Martina, siéntate. Me has ganado de mano, porque quería conversar contigo.

Ella tomó asiento en uno de los sillones del amplio recinto.

—Me tienes preocupado.

—¿Por qué?

—Te noto diferente; apesadumbrada, para ser más preciso.

—No, es solo que estoy con mucho trabajo y me siento un poco cansada.

—No es necesario que trabajes tanto.

—Empezamos otra vez con el tema de mi profesión —bufó ella.

—No me refiero a eso. Me parece bien lo que haces, es solo que creo que podrías dedicarte a lo que te gusta a media jornada. De ese modo podrías tener tiempo para ti.

—Y para salir de coqueteo con algún pretendiente.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que piensas. Has cambiado desde que te fuiste.

—Puede ser. No sabes lo que significa dejar tu familia para hacerte un futuro lejos de los tuyos —explicó él.

—Colin, podrías haberte quedado aquí, pero no quisiste.

—No comprendes nada.

Claro que ella desconocía la actividad que abrazaba y que desde allí no podía realizar. Justamente lo mejor era estar lejos de los suyos para no involucrarlos en ninguna misión riesgosa que pudiera tener que cumplir.

—Pero entonces cuéntame, cómo solías hacer antes.

—¡Martina, no estábamos hablando de mí, sino de ti! —se quejó Colin.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Sé que te sucede algo. Te noto cambiada, y sabes que me preocupo.

—Si es eso —dijo al levantarse—, quédate tranquilo, no me ocurre nada. Por otro lado, me doy cuenta de que solo quieres darme lecciones de cómo debo moverme en mi trabajo. ¿Qué pasaría si yo decidiera irme, como lo has hecho tú?

—No seas chiquilina —replicó con una sonrisa mordaz—. ¿Ahora quieres ponerte en el mismo lugar en el que estoy yo? Pues bien, deberías saber que no es fácil dejar todo e irte a otro país. Aquí tienes todo lo que necesitas. En verdad no entiendo por qué discutes solo para hacerme enojar. Si alguna vez se te cruzó por la cabeza irte de aquí, deberías descartar esa idea ya.

—Claro —dijo irritada—, como eres el varón de la familia, has podido hacerlo. En cambio, en mi caso todo se complica.

—Martina, que sepas de medicina no significa que estés preparada para vivir lejos de esta casa. No tienes idea de lo que significaría.

—Claro que no lo sé —replicó mientras apoyaba las manos sobre el escritorio para inclinarse sobre la mesa—, porque aún no lo he intentado.

—Si quieres aventurarte, hazlo, pero deberías saber que no contarás ni con mi apoyo, ni con el de nadie de esta familia.

—Eso quería escuchar. ¡Estar fuera de esta casa te ha cambiado! Ya no eres el mismo; al menos no conmigo.

—¡No digas estupideces! Todo lo que digo y hago es para cuidarte, no por otro motivo.

—Pues deberías saber que he crecido y que no necesito que me protejas como cuando éramos niños, ¡ya basta!

El fuerte golpazo de la puerta dio terminada la discusión, no sin que antes se escuchara un grito desde adentro por parte de Colin.

—¡Martina!

Al salir, ella sintió el roce de la mano de Scott sobre el brazo, lo que la detuvo en esa impetuosa huida del estudio.

—Puedes calmar a tu amigo —le espetó ella.

—Él no es quien me preocupa.

—Gracias, Scott.

Él dejó caer la mano para evitar retenerla. La conocía lo suficiente como para saber cuándo era el momento indicado de dejarla ir.

En el mismo momento en que Colin se servía una copa de whisky para calmar la inquietud que le provocaba la testarudez de su hermana, la puerta volvió a abrirse.

—¿La has escuchado? —interrogó.

—Sí, y a ti también. Sírreme una copa. Te aseguro que, por más que no quisiera hacerlo, la discusión traspasaba la puerta.

—Y aunque no lo creas —afirmó al entregarle el vaso—, aún no he podido descubrir qué es lo que le sucede.

—Déjala. Si es importante, con el tiempo te lo dirá.

—A mí nadie me quita de la cabeza que algo está pergeñando. La conozco, y me temo que sea algo grande.

—Olvídate del tema, estás exagerando —aconsejó su amigo.

—Te aseguro que no. Debo apresurarme porque no estaré aquí durante mucho tiempo.

—Yo tampoco. Ese es un buen motivo para que salgamos a tomar unas copas y nos olvidemos de todo como lo hacemos en Londres. Es hora de celebrar, por los viejos tiempos.

—Tienes razón —dijo al levantar el cristal y beber de un trago el contenido que restaba—. Será un buen modo de sacarme la rabia que tengo.

Luego de que ambos se acicalaran, salieron para perderse en la noche porteña. Bebieron con abundancia en uno de los bares de la ciudad, no sin antes buscar compañía femenina, la cual hallaron en dos jóvenes de dudosa reputación. Para continuar con la diversión, se dirigieron hacia uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Sobre la calle Alvear, esquina Tagle, brillaba con todo su esplendor el restaurante Armenonville, con conciertos en vivo, edificado con el espíritu de los lujosos cabarets franceses. En la construcción de estilo inglés, se destacaba un amplio jardín por delante en donde se ubicaban las mesas para disfrutar de una elegante cena servida con los mejores vinos y champañas franceses.

—Por aquí —los condujo el *maître*.

Los cuatro se sentaron en una mesa a unos metros de las pérgolas que decoraban el lugar, junto a unos pabellones similares a unos kioscos que se utilizaban como reservados para brindar mayor intimidad a la concurrencia.

—¿De beber?

—Para empezar —dijo Colin—, un Saint-Émilion está bien. ¿Qué desean cenar? —preguntó a la jóvenes.

—Todo lo que pidas estará bien para mí —le susurró Estela.

—Si ella lo dice... —comentó risueño Scott—. Adelante, elige.

—*Foie gras* de entrada y luego *magret de canard*.

—No tengo idea de lo que pediste, pero suena apetitoso.

—Deberás esperar a probarlo —respondió Colin en tanto acariciaba y besaba a su compañera.

La conversación continuó entre los amigos, mientras las jóvenes no hacían más que admirar el lujo y las prendas que vestían el resto de las mujeres allí. La cena estuvo animada gracias a los escauceos que se prodigaban como antesala de lo que vendría. Ninguna actitud resultaba indecorosa, ya que gran parte de las damas que acompañaban a la selecta muchedumbre masculina eran amantes o amigas íntimas. Allí dentro, todo estaba bien visto.

—¿Suelen venir aquí? —se interesó Irene.

—Yo he venido solo en otra oportunidad —contestó Scott.

—En mi caso, no tanto como me gustaría. Lo inauguraron hace apenas dos años —agregó Colin sin dar mayores explicaciones sobre por qué solía ausentarse de la ciudad.

La música proveniente del interior inundó el jardín e invitó a los presentes a bailar.

—¿Están cantando un tango?

—Aquí siempre hay un buen repertorio, y los cantantes son excelentes. No hace más de dos meses, escuché a un nuevo dúo formado por Gardel y Razzano que promete mucho.

—¿Sabes quién canta ahora?

—No, pero, si quieres, podemos ir a descubrirlo —sugirió Colin sin dejar de acariciar a la joven.

Dentro, se abría un gran salón de baile con imponentes espejos que combinaban con el entelado de las paredes. Pendía del techo una amplia araña con caireles que destellaban en distintos colores. La orquesta se encontraba sobre el escenario, ubicado en el sector menos iluminado del recinto.

Los músicos vestían de elegante negro, un uniforme que culminaba en su cabeza con un sombrero del mismo color. Desde allí, ejecutaban un variado y complicado repertorio que mejoraba pieza tras pieza. Luego de haber tocado algunas melodías, uno de ellos se detuvo para agradecer a quienes lo acompañaban en la guitarra, el violín, el bandoneón y, en especial, al debutante en el piano.

—Los invito a que se dejen llevar por estos acordes.

Sin más, el resto de la orquesta se sumó a la ejecución del pianista.

—Estoy un poco acalorada —susurró Estela.

Colin le sonrió, pero se quedó allí, con la vista enfocada en aquel espectáculo. La cadencia de esa música lo inquietaba.

—Ve afuera, enseguida iré contigo.

Él comenzó a adentrarse en la pista de baile y a mezclarse entre los clientes, que no dejaban de bailar al son de esa melodía que, con pasión y desenfreno, brotaba de las teclas del piano. La pieza acabó antes de que él pudiese acercarse a la tarima y, en medio de los aplausos, observó cómo uno de los músicos le dejaba una orquídea sobre el piano a la persona que había seguido de maravilla esa partitura. Fijó la vista sobre quien acaba de inmiscuirse entre el resto de los profesionales tras abandonar su lugar detrás del escenario con la flor en la mano.

Los primeros acordes del tango *La morocha* retumbaron en el recinto:

Yo soy la morocha,

la más agraciada,

la más renombrada,

de esta población.

Colin se esfumó del lugar mientras, en el salón, todo era efervescencia y jolgorio. El estacionamiento, ubicado a un costado del comercio, se iba completando entre automóviles y galeras que arriban con clientes e invitados. Un *landaulet* negro de alquiler aguardaba a su pasajero. Hasta allí, con paso ligero se encaminó quien tocaba el piano tras abandonar el salón luego del debut.

—Sofía.

Ella se detuvo cuando Colin la tomó por detrás. Giró y quedó frente a él. Ya no podía escaparse de allí, era demasiado tarde. Los ojos azules de él la devoraban al tiempo que un intenso calor la invadía.

—¿Qué haces aquí? —siseó.

Él contempló la falda negra que dejaba al descubierto bastante más que los tobillos y sugería las bellas piernas que aún quedaban por descubrir, junto al saco del mismo tono. El sombrero negro de fieltro era lo que ocultaba el bello rostro de ella, que quedó expuesto cuando él tomó aquel accesorio entre los dedos, lo arrojó al piso y la melena rubia destelló sobre los hombros femeninos. No había modo de que ella pudiese ocultarse de él, podría reconocerla con cualquier disfraz. La tensión de la joven hizo que la orquídea que llevaba en la mano se le deslizara entre los dedos.

—Colin, debo irme, han venido a buscarme.

—¿Quién?

—El director contrató un coche que me espera para llevarme a mi casa.

Él la tomó por la cintura y se acercó al automóvil que la aguardaba para ordenarle al conductor que se fuera.

—Pero ¿qué haces?

—Voy a llevarte a tu casa. Pero antes vamos a hablar —resopló a pocos centímetros de la boca de la joven—. Sofía, no puedo creer que seas tan inconsciente como para venir hasta aquí.

—Pero también tú estás acá.

Él no contestó porque era tanta la inquina que bullía en su interior que prefirió dejar pasar unos minutos para calmarse y recién entonces comenzar a hablar. La condujo hasta donde estaba aparcado su coche, le abrió la puerta y, una vez que se ubicó tras el volante, se ladeó para tenerla justo frente a él.

—Este lugar no es para ti. ¿Quién ha sido la persona que te ha pedido que participaras en esto?

—Colin, por favor, deja de culpar a los demás. Yo pedí formar parte de la orquesta.

—¿Con quién has hablado?

—Uno de ellos estuvo en el restaurante de mi padre. Me escuchó, le gustó, y yo le pedí que me permitiera tocar aquí.

—¿Y tu padre?

Ella no le contestó. Hacía tiempo que don Cándido había dejado de ser lo que había sido en la época de esplendor del restaurante que había abierto sobre la próspera avenida de Mayo. Con la muerte de la esposa al poco tiempo de haberlo inaugurado, se había sumido en un triste estado en el que el alcohol se había transformado en su único compañero. En aquel momento Sofía se había refugiado en la casa de la familia Wood y había encontrado, en la amistad con Emma y Martina, el sosiego que necesitaba. Colin había estado con ella en los momentos más importantes de su vida. La primera vez que se había subido a un caballo había sido en la estancia La Victoria, mientras él la instruía.

Como si él pudiese leerle los pensamientos, sintió que le deslizaba un dedo por la mejilla en sentido ascendente, hacia la ceja. Allí estaba presente una minúscula cicatriz producida por una caída en el campo, cuando se había escapado junto con una de las hermanas Wood para aprovechar que Colin se había ausentado. Claro que la reprimenda la había recibido él por la falta de cuidado hacia ellas. La primera vez que había ejecutado una partitura, lo había hecho en su casa también, con el beneplácito de los integrantes de esa familia. Cada paso importante lo había dado de la mano de él. Por supuesto que Sofía no se engañaba y sabía que él actuaba como lo había hecho con sus hermanas, como si ella fuera un integrante más de los Wood. Sin embargo, la admiración que sentía por Colin crecía con el tiempo. No podía negarlo, se había enamorado de alguien que nunca le correspondería.

—Él se quedó hablando y tomando unas copas con el resto de los comensales del lugar.

La rabia que el joven Wood sentía hacia Cándido Molina era indescriptible. Había habido otras ocasiones en que se había enfrentado a ese hombre por el que, a través del tiempo, solo había albergado resentimiento y amargura. Sofía parecía haber crecido al margen de todo aquello, por eso Colin sentía la necesidad de protegerla por demás.

—Esta es la última vez que participas en la orquesta.

Ella no pudo hablar por el nudo que acababa de formársele en la garganta. Unas incipientes lágrimas le asomaron a los ojos.

—No llores, por favor. —Ante el silencio, él la atrajo hacia sí para envolverla con los brazos. No dejó de acariciarla a medida que los espasmos de ella se iban quietando.

—Sofía, escúchame.

Ella se incorporó con la vista nublada por el llanto. El pulgar de Colin desplazó varias lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Debes prometerme que nunca más vendrás aquí. Este lugar no es para ti, puedo asegurártelo.

—No tienes idea de lo que pides —objetó sin dejar de hipar—. Es un sueño poder tocar como lo hice. El poco tiempo que estuve allí, me sentí feliz, y más cuando te vi en el salón.

Él se mantuvo en silencio sin dejar de contemplarla.

—Es así, aunque estabas acompañado por...

—Shhh —dijo al colocarle un dedo sobre los labios—, no importa con quién estaba. Por suerte estuve ahí para sacarte de ese lugar.

—Como siempre, intentas rescatarme de algún embrollo, como cuando era más pequeña.

—Como será siempre contigo —ronroneó.

El vehículo al que hacía poco habían subido se inundó de una intimidad que él quería evitar. No podía hacer caso a ese fuerte deseo de besarla; no podía y no debía, menos en un momento de debilidad como ese.

—¿Vamos?

Ella asintió al tiempo que el ruido del motor plagó el ambiente. Durante el trayecto ambos se mantuvieron en silencio, cada uno, sin saberlo, inmerso en pensamientos que referían al otro. Colin bordeó la vereda para estacionar frente a la finca de los Molina.

—No escuché aún que prometieses lo que te pedí.

Pasaron unos largos segundos hasta que ella rompió el silencio.

—Te lo prometo.

Él le acarició la mejilla y se apresuró a bajarse y abrirle la puerta.

—No quiero retrasarte, debes volver a Armenonville.

—Por esta noche fue suficiente, me iré a casa.

La puerta de entrada se abrió de golpe y asomó la figura de don Cándido, cuya expresión

estaba marcada por los vestigios del alcohol y por el mal humor al ver a Colin con Sofía.

—¿Qué haces a estas horas con mi hija? —interrogó tambaleante.

—Papá, no te pongas así, él solo...

—Sofía —susurró Wood—, por favor vete a tu cuarto, yo me encargo.

Ella elevó la mirada y, ante el guiño de él, que parecía asegurarle que todo estaría bien, salió disparada a la habitación.

La discusión entre ambos repitió el esquema de otra de las tantas que habían protagonizado, y tampoco sería la última que tendrían. El recelo de Molina hacia el desparpajo de Colin era manifiesto y de la misma intensidad que el desprecio que sentía el joven por el descuido de aquel hombre para con lo que debería ser lo más valioso en su vida: Sofía. Los gritos de la disputa crecían a medida que los insultos subían de tono. El enérgico sonido de la puerta al cerrarse, junto con el ruidoso motor del coche al arrancar, fueron los últimos ecos que Sofía escuchó desde la habitación, arropada en las sábanas y envuelta en lágrimas.

En la penumbra intermitente de la noche y con la compañía de una botella de alcohol, Cándido se refugió en un diario de cuero marrón del que salía una cinta roja que indicaba el pasaje que debía leer. Había representado un gran hallazgo encontrarlo y, desde aquel momento, buscaba entender los párrafos escritos por su difunta esposa.

CAPÍTULO 2

En alas de la libertad

Como cada mañana, Martina había salido de la casa rumbo al hospital; sin embargo, esa vez la asolaba una sensación distinta. La discusión que había mantenido con Colin la había dejado angustiada. No estaba acostumbrada a mentirle ni a enfrentarse a él del modo en que lo había hecho. Si bien siempre había permanecido cercana a su hermano, no estaba dispuesta a renunciar al sueño que tenía desde hacía tiempo por continuar unida a él.

Ella se había esforzado por alcanzar la posición que tenía en el hospital a pesar de la constante presión ajena con respecto a que podría dedicarse a algo más acorde a una joven de su edad. Tampoco le había sido fácil cursar la carrera de Medicina en un medio de supremacía masculina. A pesar de eso, había seguido adelante con el permanente apoyo de su madre. Victoria Wood había abrazado su propia vocación por la enfermería, como lo había hecho también su abuela. La inclinación hacia los enfermos había surgido en Martina de modo natural durante las temporadas en las que estaba junto a su familia en la estancia La Victoria y se dedicaba a intentar curar cuanto animal herido hubiese a su paso. No había sorprendido a nadie que le gustase la medicina, pero sí que quisiera concurrir a la universidad para completar sus estudios. Su padre no había estado de acuerdo y le había advertido que aún no estaban dadas las condiciones para que ella lo hiciese sin tener que lidiar con ciertas cuestiones desagradables. Thomas Wood nunca había dejado atrás ese instinto protector hacia los suyos; entendía que Martina podía dedicarse a cualquier otra actividad y él le brindaría apoyo. Pero, con cada discusión que tenían al respecto, ella más se convencía del camino que quería seguir.

En aquella época no había podido contar con el apoyo de su hermano, que se había trasladado a Londres para continuar con sus actividades. No obstante, más allá de aquellas rencillas, Martina había podido percibir el orgullo de sus padres al tener entre las manos el diploma de médica. En aquella oportunidad, Colin se había presentado para compartir el festejo, y no solo su hermano había sido de la partida, sino que, como no podía ser de otro modo, había llegado en compañía de Scott. El joven Appleton se había incorporado a la familia Wood debido a la amistad que Colin había fomentado con él durante las largas estadias londinenses. A pesar de que en apariencia había pocas cosas que los unían, mantenían una sólida relación.

Como en aquella oportunidad, entonces, en ese nuevo y definitivo momento para ella, Scott se encontraba en la ciudad. El curso de esos pensamientos se detuvo cuando alcanzó la puerta del hospital. Desde que trabajaba allí, no se había ausentado ni una sola jornada, aunque ese día tenía la cabeza en otro lado y las dudas la abrumaban sin dejarla concentrarse en lo que debía hacer.

—Martina —llamó Federico, asombrado por su actitud—, ¿qué te pasa?

El doctor la había estado observando a medida que se acercaba hasta la institución médica y la había notado dubitativa frente a las amplias puertas del lugar.

—Me sorprendiste. Sucede que no he dormido bien y esta mañana estoy un poco cansada.

—Ya te dije que deberías tomarte unos días.

—No puedo, hay cuestiones que atender aquí —dijo al subir los peldaños que la separaban de la puerta de ingreso en compañía del colega Corvalán.

—Estoy a cargo del área médica y puedo disponer que te tomes el día de hoy.

—No lo harías.

—Martina, nada me lo impide —replicó con una velada sonrisa—. Estás sometida a una gran presión. Aún no me has comunicado la decisión que has tomado.

Él sabía que ella no le confesaría qué iba a hacer con su futuro, si bien le encantaría que lo hiciera, que pudiera depositar su confianza en él y que de ese modo la relación que ambos tenían diera el vuelco que tanto ansiaba.

—Cuando tenga resuelto qué hacer, te lo diré.

—Me gustaría que confiaras en mí —le dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Claro que lo hago.

—Entonces, tómate este día, lo necesitas. Sé que mañana estarás distinta.

Fue la primera vez que Martina se sintió aliviada por no concurrir al trabajo ante la posibilidad de tomarse libre esa jornada.

—Pero debo justificar mi ausencia.

—No es necesario, yo me encargo.

Ella se quedó observándolo. Entendía que el motivo por el cual lo hacía no era solo para ayudarla, sino que buscaba algo más que ella no sabía si podía darle.

—No quiero verte aquí hasta mañana.

—Gracias, Federico. —Se despidió con un beso en la mejilla y se fue de inmediato.

Él permaneció allí para contemplarla mientras ella se alejaba. Se sorprendió de que no tomase el camino que la llevaría a su casa y se preguntó hacía dónde se dirigiría. En ese mismo instante,

dudó de haber tomado la decisión correcta al dejarla libre. Enfocó la mirada en el reloj de pulsera y se dio cuenta de que no podía retrasarse más. Entró al centro médico y se perdió entre los pasillos invadidos por camillas, enfermos y pacientes, lo que distrajo su mente de la imagen de Martina.

* * *

El andén de la estación de tren se encontraba poblado de pasajeros prestos a abordar el ferrocarril Compañía General de Buenos Aires. Al entrar a uno de los vagones, se ubicó del lado de la ventanilla para contemplar el panorama que se le abría ante los ojos. La brisa que se colaba por el cristal de la ventana junto con el traqueteo del vehículo la fue alejando de las obligaciones que había dejado atrás. El paisaje campero la llevó a recordar los felices momentos vividos en la estancia La Victoria durante esa etapa en que todo era pura diversión. Los recuerdos vividos se le deslizaron en la mente mientras revivía cada instante pasado en aquellas tierras. Más allá de estar segura del paso que iba a dar, el peso de la responsabilidad la estaba agobiando.

Contempló, a las orillas del terraplén, las distintas chacras que embellecían el verde paraje. Antes de que esos terrenos fuesen loteados, se extendían agrestes campos que integraban el partido de San José de Flores. Por ser anegadizos, eran conocidos como Bañados del Sur. En aquellas tierras salvajes habitadas por pumas y liebres, no dejaban de organizarse cacerías de zorros que atraían a una gran cantidad de porteños en busca de un lugar para disfrutar de las mieles del campo en un sitio cercano a la ciudad.

En medio de ese estado de ensoñación, sumida en la premura en que se daba la secuencia de imágenes, no advirtió el paso por las distintas estaciones sino hasta la llegada a Villa Lugano. Se bajó mientras intentaba recordar el camino que debía tomar y se detuvo en el edificio de ladrillos en donde se ubicaba la boletería y, a continuación, la sala de espera que cobijaba a los pasajeros que arribaban.

Solo una vez había ido hasta allí, y había sido en compañía de su hermano. Atravesó la plaza lindante y abordó un carruaje para que la llevase al lugar indicado. No tardó demasiado en llegar al Aeroclub Argentino. A su paso, se levantaban varios hangares de chapa construidos uno tras otro. Allí dentro, el personal de servicio se dedicaba a la mecánica de las aeronaves. En el sector central, se alzaba la pista de aterrizaje, rodeada de grandes extensiones vacías. Martina caminó hasta alcanzar uno de los cobertizos, que tenía el número seis como identificación.

—Señorita, ¿a quién anda buscando?

—Al señor Scott Appleton.

—No es aquí donde va a encontrarlo, mire hacia allá —indicó el operario, que levantó el dedo hacia el horizonte.

La imagen de un avión que cruzaba el cielo poblado de bajas y grisáceas nubes la deslumbró. Descendía en dirección a la pista al tiempo que las amplias alas rectangulares oscilaban con el objetivo de nivelarse para aterrizar. Planeó unos pocos metros hasta al fin detenerse, y Scott descendió con su compañero sin dejar de conversar sobre el Castaibert 912-III. No dejaba de admirarlo, ya que esa máquina formaba parte de una serie de aeroplanos fabricados por el francés del mismo nombre, que buscaba refinar el diseño y perfeccionar el motor para brindarle mayor estabilidad a la nave.

Martina no quiso acercarse y romper el encanto de esa fascinación que Scott sentía cuando estaba cerca de un avión. Sabía que en Londres se ocupaba de una escuela de aviación. Había comenzado como mecánico de motores, primero de automóviles y luego de aeronaves. Desde hacía no más de un año, se dedicaba a la instrucción de pilotos. Según le había comentado noches atrás, él no quería quedarse afuera de los avances que se daban en el área aeronáutica.

Hubo algo que lo hizo darse vuelta y cruzar la mirada con la de Martina. Levantó la mano para saludarla. De inmediato, se despidió de la persona con la que estaba hablando para encaminarse hacia ella.

—¡Doctora, qué sorpresa!

—Para mí también lo es estar acá.

Él se movía de un modo relajado, como si nada a su alrededor pudiera alterarlo. Era por eso que lo necesitaba: creía que podría darle el consejo que tanto le hacía falta y suponía que solo él la entendería.

—Espérame, ya vengo.

Scott enfiló, envuelto en su chaqueta de cuero marrón, hacia el interior del hangar. Tras unos pocos minutos, regresó con una bolsa de badana echada sobre el hombro.

—Vayamos por aquí e improvisemos un desayuno.

Caminaron hacia un sector apartado de los cobertizos donde se elevaban incólumes algunos árboles añejos y se ubicaron bajo el amparo del tupido follaje. El entramado de las vigorosas raíces formaba una especie de banco que utilizaron para sentarse. Desde allí, el paisaje era inigualable, ya que, sobre el terreno agreste y salvaje, sobrevolaban máquinas que, como aves que se elevaban del suelo, surcaban el horizonte al tiempo que revoloteaban y planeaban hasta aterrizar a una cierta distancia de ellos.

Scott buscó dentro de la bolsa y sacó unos envoltorios.

—Aún no desayuné, y a ti no te va a venir mal hacerlo una vez más.

—¿No me ves bien?

Observó cómo la melena rojiza de la joven se movía al compás del viento. Los ojos castaños le centelleaban, y las pecas que decoraban el níveo rostro le otorgaban una chispa de picardía que siempre buscaba ocultar. A ella no le gustaba dar a conocer sus sentimientos. La causaba gracia el esfuerzo que hacía porque, con el tiempo, había logrado conocerla. Él le contestó solo con una sonrisa.

—No me digas que esto te lo ha enviado Rita.

—Por supuesto. Hoy me he levantado muy temprano, y allí estaba ella, ocupada en dejar listos estos budines. Intenté decirle que el desayuno sería para mí, no para los integrantes de todo el club, pero ante su insistencia no pude negarme.

—Increíble.

—Ella sabe que es una de las razones por las cuales vengo a Buenos Aires, aunque soy consciente de que no puedo hacerle sombra a tu hermano.

Martina lanzó una carcajada. Al fin había logrado que aflojara la tensión dibujada en el rostro para que pudiera ir al meollo de la cuestión.

—Yo creo que no vendrías si no tuvieras la posibilidad de disfrutar de todo esto.

La joven Wood lanzó una rápida mirada a su alrededor y supo que allí estaba todo lo que a Scott lo hacía feliz. Comprendía su pasión por volar y sabía que ese era el encanto que para él tenía la llegada a la ciudad. No dejaba de estar en contacto con ciertos avances que se realizaban en el área aeronáutica y, cuando el tiempo y la situación económica se lo permitían, participaba de alguna competencia.

—Sabes que este lugar es muy especial para mí.

—Recuerdo que fue hace no más de cuatro años que vinimos a verte.

—En verdad vinieron a acompañarme —recordó nostálgico—. Yo estaba aquí junto a Colin, que había decidido pasar una temporada con todos ustedes. Lo seguí una vez más y no podía creer que justo hubiera coincidido con la Semana de la Aviación.

Scott hacía clara referencia a los festejos por el Centenario de la República, que habían plagado la ciudad con desfiles militares e inauguraciones de grandes exposiciones ante la visita de importantes dignatarios de otros países, lo que completaba el programa de actividades de aquellos días. También se habían organizado desfiles en los que había sido parte la famosa bailarina Isadora Duncan, quien había desplegado su destreza envuelta en la bandera nacional al

momento de entonar el himno. En el marco de los festejos, se había organizado la exhibición que había colmado las expectativas de los delegados a cargo del evento, atentos a la gran concurrencia de público. Hasta habían habilitado varios horarios en el servicio de tren para facilitar el trayecto hasta el aeródromo.

—Recuerdo que volví loco a tu padre para que me pusiera en contacto con alguien de aquí. Al fin logró presentarme al piloto Émile Aubrum, y me sentía fascinado al contemplar su máquina en las maniobras de altura y distancia. No pude competir, pero me di el gusto de pilotear su Blériot. Después de esa experiencia, supe que nada me detendría hasta estar en medio de estas aeronaves. La sensación que te genera estar allá arriba es lo más cercano a la verdadera libertad. Te sientes poderoso, como si nada ni nadie pudiera doblegarte.

—Y al fin lo has logrado.

—Claro que sí. Me mantengo con el taller mecánico que aún conservo y, hace menos de un año, me sumé a una escuela de instrucción en las cercanías de Londres. No me importa el poco salario que me pagan, te aseguro que lo haría gratis y me sentiría igual de satisfecho.

—No sabes cuánto te entiendo.

Los ojos castaños de ella reflejaban pasión por lo que hacía. Él estaba seguro de que Martina era una mujer entusiasta en todo lo que emprendía, más allá de la distancia que buscaba imponer siempre con la gente. Creía también que ella no era consciente de eso.

—Lo único que puedo decirte —continuó— es que acabo de pasar los mejores veinte minutos de este día.

—Me imagino —replicó ella con actitud soñadora.

—Perdón, eso fue hasta que te vi acá.

Martina estalló en otra carcajada. Lo conocía desde hacía tiempo; sin embargo, él siempre procuraba tener alguna salida que la dejaba perpleja.

—¿Hoy no debías ir al hospital?

—Sí, pero decidí tomarme el día libre y pensé entonces en venir a verte.

—Me gusta que lo hayas hecho, pero ambos sabemos que no has venido para disfrutar de un picnic. La discusión de ayer con Colin es lo que te ha dejado así, ¿verdad?

—Sí. No veo el modo de que algo cambie entre nosotros —se quejó ella.

—Sabes que él te quiere y que vela por tu bienestar. Lo que dice es porque cree que es lo mejor para ti.

—¿Y tú qué opinas?

—Me gustaría saber la verdad de todo esto. Por lo que he escuchado, ha sido una pelea entre hermanos en la que una palabra llevó a otra hasta dar por finalizada la charla con un portazo.

Martina buscó dentro de su cartera y sacó un sobre. Levantó la solapa y extrajo un papel.

—Eres la primera persona que va a leer esto. No pienso compartirlo con Colin. ¿Me prometes que esto quedará entre nosotros?

La mirada de él fue contundente, y no necesitó mencionar nada más. Le entregó la misiva para que la leyera, lo que no le llevó demasiado tiempo porque constaba de unas escuetas líneas que, no obstante, tenían gran significado para el futuro de la joven.

—Martina —dijo al levantar la vista—, ¿estás segura de que es lo que quieres para tu vida?

—Sí. Sabes que siempre he luchado por hacerme un lugar en mi profesión. Sé que esta beca me alejará de los míos. Por momentos, me invade la angustia de no verlos durante un largo tiempo, pero al instante me embarga la felicidad de cumplir un sueño. He luchado mucho por llegar hasta donde estoy, y este ofrecimiento es un reconocimiento a tanto esfuerzo.

—Es admirable todo lo que has hecho.

Él era consciente de que ella había finalizado la carrera en un tiempo record. Ni siquiera los obstáculos que había debido atravesar y sortear habían hecho mella en su estudio. Quizás esa había sido su manera de demostrar que sería buena en lo que haría. La admiraba por eso y porque siempre se hacía valer. No era fácil encontrarse con una mujer así. A pesar de eso, no dejaba de recordarse que se trataba de la hermana de su mejor amigo. La veía como un límite que se había impuesto: la amistad por sobre los vínculos amorosos; en este caso, Colin sobre Martina.

—Gracias. Debería estar loca de felicidad, pero me he dado cuenta de que a veces las cosas se complican, y eso parece ser una constante en mi vida.

—¿Ves?, en eso nos parecemos. Pero debes saber que no es fácil abandonar tu país y alejarte de todo lo que tienes aquí. Colin te ha explicado lo complejo que es vivir afuera, lejos de los tuyos.

—Por supuesto.

—Pero, además, las dificultades serán mayores para ti porque eres una mujer —añadió él.

—En mi casa me lo han recordado todo el tiempo, primero mi padre al advertirme que nada sería fácil para mí. Más tarde Colin, que no dejó de sugerirme que podría llevar una vida más apacible y que me cuestionaba por qué me complicaba con la carrera que había elegido. No es fácil llevar adelante un sueño, pero, cuando te das cuenta de que lo alcanzaste, te aseguro que —

mencionó con un brillo en la mirada— la felicidad es tan grande que te hace estar dispuesta a volver a pasar por todas las dificultades con tal de hacerlo realidad. En la universidad no era necesario que te dijese algo porque te lo hacían sentir en el modo en que te trataban y las actitudes que tenían algunos compañeros y profesores. Debo reconocer que en el hospital no lo padecí tanto, al menos está Federico, que me alivia varias cuestiones.

—Parece que es un buen candidato, ¿verdad?

Desde que ella había ingresado a la institución médica, había encontrado en él una fuente de contención que nunca antes había tenido. El mutuo conocimiento previo, producto de haber cursado algunas materias juntos, había beneficiado ese trato especial. Al menos a los ojos de Martina era así, aunque notaba que, en la mirada de Federico, había algo distinto.

—No, es solo un buen amigo.

—Esa es una buena manera de empezar algo con alguien.

Martina se perdió en los ojos verdes de Scott durante un instante en que se desvaneció todo aquello que los rodeaba. Ambos se sumieron en un silencioso insondable, sin que ninguna palabra brotara de sus bocas. La intensidad de esas miradas habló por sí sola. Los minutos quedaron suspendidos hasta que el sonido del motor de una aeronave quebró el momento de intimidad.

—Te decía que nada me ha sido fácil —retomó ella al recuperar la compostura.

Scott sonrió y movió la cabeza al ver la reacción de Martina. Se sirvió un bocado de budín antes de contestarle.

—París no queda lejos cuando uno vive en Londres. Colin deberá conformarse con eso. Pero debes decírselo sin más rodeos.

—¿Cuento contigo para calmarlo?

—Por supuesto. ¿Y tus padres? —inquirió él.

—Mi madre está al tanto de las posibilidades que tenía de emprender este viaje y me apoya. Ella se encargará de mi padre cuando ponga el grito en el cielo. Sé que, cuando les sea posible, vendrán a verme. Tal vez puedas visitarme también.

—Cuenta con eso —acotó, y le revolvió la rojiza cabellera en un gesto cariñoso—. Ahora que los nervios se disiparon, quiero verte comer algo de todo esto.

—¿Con cuál empiezo?

—Toma —contestó mientras le extendía un bocado de budín de nuez que estaba a punto de introducirse en la boca.

Martina comió como hacía tiempo no lo hacía. Se sentía distendida en compañía de Scott. No eran muchas las ocasiones que habían tenido para compartir un momento de ese modo. Ella no formaba parte del grupo de jóvenes a las cuales él frecuentaba cuando estaba en la ciudad. Parecía pertenecer a una casta especial y diferente, lo que era verdad tanto para las Wood como para sus amigas. Nadie que se acercara a ellas parecía contar con los méritos suficientes para cortejarlas.

* * *

Al otro lado de la ciudad, Emma contemplaba las letras grabadas sobre el cristal del escaparate de la tienda que abriría en breve. “Scarlet Rose diseños” sintetizaba el esfuerzo realizado durante los últimos tiempos. La escritura fileteada en dorado representaba el sueño que había atesorado hasta transformarlo en una realidad. Le costaba dejar de observarla porque no había sido fácil lograrlo; sin embargo, podía vislumbrar lo que se vendría. Desde el mismo día en que había pergeñado ese negocio, la había acompañado la ilusión de que sería un paso muy importante en su vida. Tales pensamientos le inundaron la mente mientras ella se mantenía parada a unos pocos metros de la puerta de entrada. El reflejo de una sombra sobre el vitral la sorprendió y la distrajo de esas elucubraciones.

—Señorita, necesito entrar toda esta mercadería al establecimiento, ¿piensa quedarse mucho tiempo sin abrirlo?

—Oh, disculpe, ¿usted es...?

—Fausto Guzmán —replicó al pasar con los largos tubos al hombro.

Emma se apresuró a sacar las llaves de la cartera para dar acceso al empleado que, cargado con largos rollos de tela, entraba sin demasiada parsimonia.

—Está bien si los deja en el primer piso, a un costado de la oficina —exclamó al verlo pasar como una exhalación.

Emma sonrió al pensar que muy pronto, desde allá arriba, dirigiría la anhelada tienda. Observó que el joven enfilaba hacia el sitio señalado sin hacerle ningún comentario y se aprestó a subir de inmediato para darle algunas indicaciones, pero no fue necesario porque lo vio descender por la escalera para volver a tomar otras telas y subirlas de manera rauda. Se mantuvo a un costado sin dejar de mirarlo con la intención de descubrir si se parecía a la madre. Josefa era una costurera consumada que se había transformado en una entusiasta colaboradora de Emma. Si querían que la tienda saliese adelante, ella y Rose la necesitaban. Ambas habían creído que les iba a costar convencerla de aceptar el trabajo porque las tres deberían comenzar a buscar una clientela nueva, lo que significaba empezar desde cero. Para una mujer como Josefa, que estaba a mitad de la vida, eso no podía ser fácil, pero, a pesar de cualquier suposición, todo había quedado a un costado

cuando había surgido la propuesta. La necesidad del trabajo era apremiante, el dinero no abundaba, y Josefa lo necesitaba, lo que había hecho que se uniera con mucho entusiasmo al nuevo emprendimiento. Durante el último tiempo, se habían reunido para diagramar algunas cuestiones referidas a la tienda y, cada vez que lo hacían, Josefa llegaba con ideas que entusiasaban más aún a las jóvenes. También había tenido el buen tino de ofrecerles la colaboración de su hijo hasta que lograsen encauzarse con el nuevo negocio.

Aguzó la mirada para observarlo mejor. Algunos cabellos negros le caían sobre el rostro mientras ejecutaba los movimientos de carga y descarga de la mercancía. Ni el cuerpo robusto ni su altura se condecían con la grácil figura de Josefa.

—Acabo de dejarle todo en el lugar que supuse que sería mejor.

—Sí, lo veo, muchas gracias.

Ella no había logrado escuchar las murmuraciones que el joven dejó escapar poco antes de entrar al lugar. Parecía ensimismado en la tarea que ejecutaba, sin dar demasiada importancia a la presencia de la joven.

—No creo que todo esto funcione si piensa quedarse de manos cruzadas mientras el resto trabaja.

—¿Cómo dice?

No fue aquella recriminación lo que la sorprendió, sino el tono empleado. Los ojos negros del joven centelleaban, y no tuvo tiempo de contestarle porque él continuó con la retahíla.

—Señorita, para llevar adelante un negocio, es necesario haber trabajado antes y saber de qué se trata. Si quiere mandar a alguien, debe saber cómo hacerlo. Se nota que todo esto no es más que un capricho para ocupar el tiempo y hacer algo de su vida.

Ella notó que estaba vestido con prendas de fajina, aunque desconocía a qué se dedicaba.

—Usted no parece hijo de Josefa —comentó ofuscada.

—Quizás ese sea un halago para ella.

Emma se quedó tiesa, sin entender qué le sucedía a ese hombre que, desde que había entrado en la tienda, no había dejado de despotricar mientras completaba la tarea asignada. Sin duda ese joven había logrado el milagro de dejarla sin palabras. No pudo articular ninguna al tenerlo tan cerca, hasta que al fin pudo reaccionar para contestarle.

—Supongo que se comporta de este modo porque cree que no voy a pagarle por el trabajo que ha hecho, pero no se preocupe. Dígame: ¿cuánto le debo?

Los dedos trémulos de Martina intentaron abrir el broche de la cartera para sacar el dinero.

Una chispa oscura tiñó los ojos del joven Guzmán ante la pregunta, y se aproximó para tenerla más cerca.

—Otra vez se equivoca. Para dar órdenes, debe saber trabajar, y creo que desconoce esa palabra. De mi parte esto lo hago porque quiero, nada me debe. Eso sí, haga algo al respecto, porque no creo que esto le dure mucho tiempo.

Emma apenas logró moverse del lugar ante la virulenta respuesta recibida. Las palabras de él se habían transformado en puñaladas contra la ilusión que conservaba mientras lo observaba alejarse a bordo de un carro hasta perderse por el empedrado de la calle.

Tardó unos cuantos minutos en recobrar la compostura y poder subir hasta su oficina. Si bien se encontraba atestada de un sinfín de ocupaciones y cuestiones por resolver, no podía comenzar a dedicarse a ellas, parecía haber perdido la concentración y el ánimo con el que, minutos antes, había entrado. Ni siquiera el sonido de la puerta al abrirse, ni la voz de Rose al llamarla, la distrajeron.

—Pero ¿qué haces aquí?, ¿no me has escuchado entrar?

Emma levantó la vista para cruzarla con la de su amiga, que estaba frente a ella.

—Parece que hubieras visto un fantasma —expresó, tras lo cual giró y descubrió los bultos apilados fuera del recinto—. ¡Llegaron las telas! —dijo emocionada al pensar que muy pronto transformaría esos géneros en sofisticados vestidos—. ¿Estuvo todo bien? —agregó al observar el mutismo de su socia.

Emma no pensaba opacar la alegría de Rose con los soeces comentarios del hijo de Josefa. No era el momento para hacerlo.

—Claro que sí. Quizá me abrume todo lo que debemos hacer para tener listo este lugar cuanto antes.

—Tienes razón, basta de tanta cháchara y a trabajar.

La palabra “trabajar” comenzó a repiquetearle en la mente sin poder abstraerse de los dichos del joven Guzmán. Movié la cabeza como si de ese modo pudiera quitárselo de los pensamientos y abrió un cuaderno de tapa dura para completar una serie de pedidos que tenía que hacer. La tarea que les quedaba por delante sería ardua si en verdad deseaban abrir el local en un día no muy lejano. Luego de la fastuosa inauguración que había brindado la tienda Harrod’s, habían decidido no hacer otra con esas características para evitar las comparaciones con semejante cadena de moda. Era imposible igualar algo así, y ni Rose ni Emma estaban dispuestas a que una mala decisión opacase la apertura del ansiado emprendimiento.

—Aquí tienes las tarjetas confeccionadas de acuerdo con lo convenido —concluyó Rose al asomar por la puerta entreabierta de la oficina.

—Siéntate.

—Hay tanto por hacer que no puedo quedarme quieta.

Rose había depositado la caja con las invitaciones para conocer Scarlet Rose diseños a partir de la semana siguiente.

—Debemos enviarlas el día de hoy para que lleguen a tiempo y podamos contar con una buena concurrencia cuando abramos.

—Por supuesto, pero quería que las vieras antes de llevarlas al correo.

Emma había abierto la caja envuelta en papel de seda y tenía entre sus dedos la esquila diseñada por ambas. Recordaba aún las discusiones que habían mantenido durante varias noches sobre la tipografía, el color y el texto que contendrían. Le había costado convencer a Rose de que su nombre estuviese en el logo del negocio, pero estaba segura de que era necesario. De la conjunción de esas dos palabras surgía lo que ambas querían ofrecer a la clientela: finos diseños con un toque de pasión.

Como siempre sucedía, el bosquejo final había quedado a cargo de Rose, que contaba con un gusto exquisito. Emma era quien daba forma a las ideas de su amiga. Así debían accionar si querían que la tienda funcionase. Los costos, las compras de mercadería y el control de personal estarían a cargo de la joven Wood. De ese modo, Rose podía dejar vagar la imaginación en las creaciones artísticas, y sería Emma quien se encargara de cortarle las alas si notaba que no podían enfrentar los gastos que irrogaban los diseños.

Emma levantó la vista y observó que su amiga había abandonado la oficina y estaba en medio de los rollos de telas, ocupada en admirar la suavidad de la duvetina, la volatilidad de la gasa y la sedosidad del tafetán. A medida que contemplaba los colores, vislumbraba las líneas que volcaría en los bocetos.

La campanilla de la entrada sonó. Emma esbozó una sonrisa. Al fin estarían todas en el local.

—Josefa, qué bueno que vino, tenemos varias novedades para contarle.

—Buenos días, señorita Emma.

—Ya le dije que con “Emma” a secas es suficiente.

—Tiene razón, pero es difícil abandonar la costumbre.

Aquella mujer había trabajado durante años al servicio de una familia burguesa de la sociedad porteña. Cuando la dueña de casa había descubierto el talento que tenía con la costura, le había propuesto que le confeccionara algunas prendas y, al ver que los diseños gozaban de una alta aprobación entre todas sus amistades, no había dudado en hacerle numerosos encargos. La patrona

consideraba que la paga que le daba por el cuidado y la limpieza de la casa era suficiente para cubrir el trabajo extra que Josefa ejecutaba en la fabricación de los vestidos pedidos. El duro trato que le había dispensado durante cierto tiempo había hecho que la relación con la señora Elvira Puig se deteriorara. La aparición de Fausto en la residencia de los Puig, quien había montado un escándalo por el mal trato dispensado a su madre, había sido lo que había puesto fin a la relación laboral y, de ese modo, Josefa se había quedado sin trabajo.

Para sustentarse, había continuado cosiendo para las amistades de su anterior jefa. Tiempo después, Josefa había conseguido un puesto en un taller de costura de una casa de moda francesa y se había empleado allí hasta que la casa central había decidido cerrar la sucursal de Buenos Aires.

—Emma, sé que mi hijo ha estado trayendo la mercadería.

—Sí, lo hizo a primera hora de la mañana.

—Josefa, buen día —saludó Rose al ingresar al recinto.

—Buen día, señorita.

—Querrá decir “Rose”.

A Josefa le costaba mantener un trato cercano con las jóvenes. Recordaba el momento en que la habían ido a buscar. Ninguna había actuado de modo prepotente ni caprichoso, si bien Emma había sido quien había llevado la voz cantante en la propuesta. No solo la necesidad tras la larga búsqueda de trabajo desde hacía meses había sido definitoria al momento de aceptar aquel ofrecimiento, sino que el trato dispensado hacia ella la había convencido. La oposición de su hijo a que continuase trabajando no había cesado, menos aún ante ese nuevo proyecto, incluso parecía que la rispidez en la relación entre ambos se hubiera acentuado.

—Emma, quería saber si tuvo algún problema con Fausto.

—¿Fausto? —inquirió Rose.

—¿Por qué lo dice?

—Es mi hijo, lo conozco y sé que a veces es un poco duro.

—No se preocupe, dejó las telas y se fue de inmediato —replicó la señorita Wood sin darle importancia a lo sucedido horas antes.

A Rose le sorprendió la dubitativa mirada de Josefa hacia Emma. Estaba claro que la apertura del establecimiento las estaba alterando a las tres.

—Me llevo todo esto —anunció la diseñadora mientras levantaba una pila de figurines ubicados a un costado de la mesa.

Entonces su vista se detuvo en el sombrero gris que había dejado Emma detrás de las revistas.

—Esto es lo que hace falta.

—Rose, no tendremos lugar para acumular tantas revistas de moda.

—No me refiero a eso, sino a los sombreros. Podemos brindar un servicio completo para cada prenda que diseñe. El sombrero es una parte importante de cada atuendo.

—Yo no me animo a hacerlo. Su confección es complicada, lleva tiempo realizarlos —objetó Josefa.

—Tienes razón, pero no te preocupes, puedo hablar con una casa de sombreros y hacerles la propuesta. Si es necesario, nos pueden hacer a algunos a pedido. Veremos su conveniencia a medida que avancemos con el negocio —propuso Emma.

—Gracias, siempre tienes la respuesta a todo.

—Rose —habló con timidez Josefa—, el otro día me crucé con un italiano que se dedica a trabajar con pieles. Es muy bueno en lo que hace. Pensaba que, en el invierno, alguna clienta puede desear apliques de piel o la confección de alguna estola en conjunto con su diseño. Creo que él es el indicado si en verdad quiere algo bueno y de calidad.

—Sería maravilloso —coincidió Rose.

—Por ahora lo tendremos reservado como contacto, hasta que todo esto entre en funcionamiento. Luego de que ingresen los pedidos, veremos cómo lo incorporamos a la tienda.

—Entonces a trabajar, tengo bastante que hacer. De momento debo llevar las invitaciones al correo —concluyó Rose.

—Rose —intercedió Josefa—, si quiere puedo hacerlo yo. Debo traer unas bobinas que encargué.

—Le agradezco, Josefa. Por aquí hay tanto por hacer que en verdad no sé por dónde empezar.

Cada una se dedicó a las tareas que le competían en tanto intercambiaban apenas algún diálogo sobre cómo colocar algún objeto o dónde ubicarlo. La vorágine de la actividad en la que cada una estaba inmersa no les permitió darse cuenta de que las horas habían transcurrido sin que siquiera se hubieran tomado un tiempo para comer algo.

El alegre sonido de la campanilla resonó en la cabeza de Emma, lo que le arrancó la concentración que hasta ese instante mantenía. Se asomó por la escalera y observó la imagen de Martina, que contemplaba con asombro y exclamaba ante cada objeto que veía a su paso.

—¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Suponía que habían cerrado.

—Es tanto lo que hay que hacer... —contestó al bajar como una tromba los peldaños de la escalera para abrazar a su hermana.

Rose hizo lo mismo minutos después, con las manos sucias por haber estado limpiando el depósito en donde habían guardado los preciados géneros.

—Les traje algo para comer. Imaginé que no habrían tenido tiempo para hacerlo.

—¡Josefa, venga! —llamó Emma, entusiasmada por comer algo.

—Señorita Martina, ¿cómo le va?

—Que ustedes hayan estado trabajando sin detenerse lo entiendo, pero que la hayan tenido a la pobre Josefa de ese modo es una vergüenza.

—No sabe lo importante que es para mí sentirme útil —replicó la mujer.

—Ahora venga a comer algo.

—Le agradezco, pero prefiero irme a casa. Quiero darme un baño y descansar hasta mañana.

—Josefa, mañana la necesito recién por la tarde —le avisó Emma.

—Pero...

—Nada de peros. Nosotras no abriremos antes del mediodía, así nos encargamos de algunos trámites que debemos hacer más temprano.

—Muchas gracias, las veo mañana.

Rose la acompañó hasta la puerta en el mismo instante en que Sofía asomaba por la entrada.

—Espero no haber llegado tarde —comentó con una bandeja envuelta en papel de seda.

—Por supuesto que no —dijo la diseñadora mientras la conducía hacia unos sillones tapizados de gobelino floreado en distintos tonos de verde y que no solo decoraban el salón, sino que servirían para que las clientas se sentasen a gusto mientras decidieran qué comprar.

—Martina, me sorprende que hayas tenido tiempo para venir hasta aquí.

La miraba con la bolsa entre las manos. Ya había sacado la bandeja de masas que había comprado en una panadería, pero las chicas desconocían qué era lo que llevaba dentro y sostenía con tanto cuidado.

—Hoy ha sido un día distinto. No he ido al hospital.

—Pero no te veo enferma —se extrañó Sofía.

—No lo estoy, es solo que debía resolver algunas cuestiones y preferí dejar a un costado mi trabajo.

—Es por tu viaje, ¿verdad? —se interesó Rose.

—Sí. Ya lo he resuelto y estoy convencida de que es la mejor decisión que pude haber tomado. Le he escrito a mamá, que sabrá cómo decírselo a nuestro padre.

—Gracias que está lejos —acotó Emma.

—Me alegro de que puedas hacer lo que en verdad te hace feliz —agregó Sofía.

—Por todo esto —anunció Martina al mirar el recinto en derredor—, nos merecemos un brindis.

De una bolsa de cuero, retiró dos botellas de champaña francesa y cuatro copas.

—No creo que Colin advierta la falta —comentó con sorna—. Y si es así, tampoco me importa.

En medio de la risa que generó el comentario, llenaron las copas y, tras un estruendoso brindis, sorbieron la bebida y vaciaron la bandeja de canapés que Sofía había llevado. Para ella, escuchar ese nombre tenía un efecto especial aunque fuese de boca de una de sus amigas y hermana del joven Wood.

—Sofí, qué mano que tienes para todo esto.

—Es que me gusta hacerlo. Habría preferido preparar más variedad, pero ayer me acosté tarde y estuve medio dormida todo el día de hoy.

—Es verdad, ¡debutabas con la banda en el Armenonville!

—¿Cómo te ha ido?

—Ha estado muy lindo —se limitó a responder la pianista.

—¿Cuándo tienes la próxima función?

—Ha sido debut y despedida.

—¿Qué sucedió? No me lo digas —replicó Emma, lista para responderse sola, como solía hacer—. Tu padre te descubrió.

—Así es —contestó Sofia poco convencida.

A ninguna de ellas les llamaría la atención que fuera su padre quien hubiera aguantado algo que ella deseaba con locura. Estaban al tanto de la relación que mantenía con él, aunque esa vez su progenitor no estaba enterado del paso que ella había dado. Tampoco quería sumar mayor contrariedad en las hermanas Wood al revelar que había sido Colin la razón de la decisión tomada. Ellas estaban al tanto de lo que sentía por él, y no podía achacarle la culpa si en verdad él no correspondía a ese enamoramiento.

—Lo lamento, Sofí. Tu padre no cambiará más.

—Me imagino la cara de mi hermano si te viera tocar con esa orquesta —replicó Emma jocosa.

—No quiero ni pensarlo —contestó Sofia para luego tomar de un sorbo el resto de la champaña, con la que solo había mojado los labios.

—A la salud de todas; en especial, por todos nuestros sueños —brindó Emma.

El sonido de la campanilla enmudeció el momento de jolgorio que se vivía dentro.

—No es necesario que se detengan —anunció Fausto—, solo dígame dónde dejarla. La atención se había centrado en el intruso que acababa de entrar con un pesado bulto sin quitar la oscura y perturbadora mirada de Emma.

—Por aquí.

Ella se levantó de inmediato, intimidada por la actitud de Guzmán. Se sentía cuestionada antes de que él mencionara nada.

—No puedo creer que ya haya llegado una de las máquinas de coser Singer.

A Rose era lo único que le faltaba para desbordar de felicidad.

En el fondo de la planta baja, se ubicaba una gran habitación de costura. Allí habían pasado gran parte del día Rose y Josefa en tanto ponían en condiciones el lugar para trabajar cuanto antes. Las bobinas de hilo con las cajas de botones y cremalleras ocupaban varios de los estantes de madera del recinto. Una gran variedad de encaje veneciano y francés de color blanco, té, azul y negro aguardaba por enaltecer algunas de las prendas que se coserían allí. Rose soñaba con utilizarlos y darle vida a un vestido de novia que daba vueltas en su imaginación. Esperaba encontrar a la joven que pudiese lucir el traje de sus sueños.

—Ahí está bien.

Fausto, sin llevarle el apunte, dejó la maquina conocida como la Negrita en el otro lado de la sala, en un espacio libre contra la pared.

—Se ve mejor acá.

—Parece que a usted no le importan mis indicaciones.

Fausto levantó la cabeza con una mueca de desagrado.

—Yo hago lo que me parece mientras usted sigue de festejo con sus amigas.

—¡Usted es un grosero! —le espetó al verlo irse.

—No sabe cuánto más puedo llegar a ser —siseó él.

El joven enfiló hacia la salida tras inclinar la cabeza al resto de las muchachas, que se habían quedado con la boca abierta ante el grito de Emma.

El chasquido de la puerta coincidió con la aparición ofuscada de la más joven de las Wood.

—Creía que no habías tenido ningún problema con el hijo de Josefa —comentó Rose.

—Parece bastante guapo —observó Martina.

—Y al menos a nosotras nos saludó —acotó Sofia.

—No es digno de la madre que tiene. Conmigo se ha comportado de manera grosera y maleducada. Espero no tener que cruzármelo cada vez que venga a traer mercadería. No me miren así —dijo al tomar con manos temblorosas la copa de champaña y bebérselo de un trago—. ¿Se piensan quedar calladas?

Ninguna se animó a contrariar a Emma. Pocas veces la habían visto tan desbordada, y lo que resultaba más extraño era que fuera por un hombre que solo había ayudado a poner en orden el local.

Pronto retomaron la conversación, amenizada por anécdotas que cada una contaba para distender el ambiente, y las risas inundaron el lugar a medida que la noche avanzaba. Sin embargo, más allá del empeño puesto por Emma, Fausto Guzmán continuaba girando en sus pensamientos.

CAPÍTULO 3

En la víspera

Como cada noche, Sofia debía quedarse en el restaurante, propiedad de su padre, para ordenar todo y dejar el recinto en condiciones para cuando se abriera al otro día. Varias eran las mesas que ocupaban el salón, con manteles blancos que debían recogerse, junto con las cestas de pan que aún quedaban sobre algunas de ellas.

La joven se distrajo al ver a su padre contar, detrás de la barra de madera, el dinero de la caja registradora. No creía que fuese mucho lo recaudado. El esplendor del lugar había quedado en el pasado, cuando todo refulgía no solo en el restaurante sino también en la familia. Sin embargo, había algo que le había alegrado el día. De inmediato su mente voló hacia otra dirección. Desde que había recibido la noticia de boca de uno de los músicos de la banda de la que había formado parte noches atrás, no dejaba de pensar en que al fin su vida podría dar un vuelco. Esperaba que así fuera, porque estaba cansada de que ninguno de sus sueños se completase.

—Sofía, si no te apuras, estaremos hasta la madrugada para arreglar todo esto. Eres igual a tu madre.

Don Cándido se encontraba apoyado sobre la mesa de bar mientras bebía un whisky. Aún le quedaban unos cuantos por beber hasta culminar la noche. El paño que Sofia sostenía se le deslizó entre los dedos. No había un día en que no pensara en su madre y en lo diferente que todo sería si ella estuviera allí. Estaba segura de que la habría acompañado en el arduo camino de la música. Pero nada parecía cambiar... hasta que había recibido la noticia de que al fin podría continuar con lo que tanto amaba.

—Déjala tranquila —acotó Helen, que, desde hacía menos de una hora, se había apersonado en el negocio familiar.

—Tú no te metas.

—¿Me hablas a mí? Claro que voy a hacerlo y a decirte que, en vez de beber y dar órdenes, deberías ponerte al hombro este lugar y no dejar que se caiga día tras día.

—Cállate. No sabes lo que es estar solo e intentar salir adelante —le escupió él.

—No discutan otra vez, por favor.

—Tu tía debería agradecer cómo la recibimos en nuestra casa en vez de quejarse y darme sermones sobre qué debo hacer y cómo debo comportarme.

—No me importa lo que me dices. Sabes que no vengo por ti, sino por mi sobrina. ¿Quieres que continúe?

—¿Me estás desafiando? —dijo Cándido al tiempo que estampaba el vaso del que había estado bebiendo contra el piso, que quedó regado de alcohol y de pequeños trozos de vidrio.

—Basta ya —exigió Sofía en tanto lanzaba el trapo a la mesa para luego limpiarse las manos con la falda—. Me voy a casa.

El fuerte golpe dejó vibrando el cristal de la puerta de madera de ingreso al lugar. Desde el interior, retumbaban los gritos que llamaban para que regresase de inmediato. El frío de la noche la envolvió, y fue en ese instante que se dio cuenta de que había dejado su abrigo y había salido solo con la camisa que tenía puesta. No sabía si la rapidez con que caminaba se debía a la decepción que sentía por las reiteradas discusiones que surgían cada vez que su familia estaba junta o por el frescor que le horadaba el cuerpo.

Lamentaba lo sucedido porque ella adoraba a su tía y quería disfrutar de las pocas oportunidades en que la visitaba. Por desgracia, su padre se había transformado en un ser gris, agrio y sin deseos de nada. Por lo único que se preocupaba era por tener cerca una botella de alcohol; esa se había vuelto su permanente compañía. Echó un vistazo a la avenida de Mayo, la que conocía de memoria por estar allí ubicado el negocio familiar. La había caminado en numerosas ocasiones, pero esa noche parecía desvanecerse a medida que los transeúntes la abandonaban y las luces de los comercios se apagaban poco a poco. El silbido del viento y el repiqueteo de sus tacones en la acera eran la única compañía. Alcanzó con premura la calle y, sin mirar siquiera, se lanzó a cruzarla, lo que no pudo lograr porque unos brazos fuertes la rodearon. De inmediato el miedo que se apoderó de su cuerpo hasta que escuchó un susurro que la apaciguó por completo.

—Sofía, no te asustes, soy yo. Estás temblando.

Ella se aferró a él. No sabía de dónde había salido, pero era justo eso lo que necesitaba en ese preciso momento. Aspiró el aroma que se despedía de ese cuello al tiempo que lo rozaba con los labios. Un fuerte calor la invadió, y una sensación embriagadora volvió a apoderarse de ella como cada vez que estaba junto a él. Con pesar sintió que las manos de Colin se deslizaban por detrás para abandonar su cuerpo y percibió que el frío volvía a consumirla hasta que el abrigo de él la cubrió por completo. Volvió a sentir esos brazos y se dejó llevar.

—Vamos, he dejado el automóvil no muy lejos de aquí.

Caminar envuelta por él y deleitarse en esa tibieza era de lo más reconfortante. Parecía que la irritación con la que había salido del restaurante se había esfumado de la mano de Colin. Al fin alcanzaron el vehículo, y él le abrió la portezuela para que ingresara. Segundos más tarde, entró

también, la tomó por la solapa del abrigo y la atrajo hacia él. Deslizó las manos a lo largo de la espalda de la joven en un significativo silencio. Para ella no había palabras que pudiesen resumir lo que sentía en ese instante.

—¿Estás mejor?

Él notó el asentimiento sobre el pecho. Esa cercanía se había vuelto apremiante, no podía necesitarla de ese modo, no podía desecharla de esa manera. No quería sentirse así.

—¿Quieres contarme qué sucedió?

Sofía se incorporó para mirarlo sin alejarse de él. No podía y no sabía cómo subsistiría cuando llegase el momento de partir. Desde que lo había conocido y había sufrido ese enamoramiento que crecía año a año, creía que podía soportar la distancia que él había impuesto. Muy a su propio pesar, entendía que, si en algún momento Colin decidía quedarse en la ciudad con su familia, no sería ella la elegida como compañera.

—Ey, Sofi, dime qué ha pasado —se interesó al acariciarle el cabello.

—Lo de siempre. Las discusiones con mi padre no han cesado y, con la llegada de mi tía Helen, todo empeoró.

—¿Qué te dijo esta vez?

—Me ha dicho cosas peores. Es solo que esta vez me recriminó que actuaba como mi madre. Parecerme a ella es un halago, pero estoy hastiada de que esté tan enojado por su muerte. Han pasado varios años y, a pesar de ello, ha incrementado la rabia en vez de apaciguarse. Debería saber que yo la necesitaba más que él. Era pequeña cuando sucedió y no dejo de pensar que, con ella, todo sería distinto. Cada recriminación que me hace es un permanente recordatorio de la ausencia de mamá. Si no hubiera conocido a tu familia, desconozco cómo habría sido mi vida.

—Habrías salido adelante porque eres fuerte, aunque no lo parezcas.

—Sabes decir lo justo en el momento oportuno.

A Colin le causó gracia esa observación. Era su deber conducirse de ese modo. Le había faltado agregar “estar en el lugar indicado”. Moverse de otro modo le podía costar la vida.

—No sé cómo haces para aparecer cada vez que te necesito —suspiró ella.

—Te prometí que siempre sería así.

¿Cómo confesarle que, desde que había arribado a la ciudad, le seguía los pasos? Nunca había confiado en Cándido Molina, pero había notado, en el anterior enfrentamiento que habían tenido, que ese sujeto había empeorado. No era solo la preocupación por ella, era por sí mismo, que necesitaba de su cercanía y que no sabía cómo haría cuando llegara el momento de irse.

—Cómo siempre ha sucedido, quiero compartir contigo algo que aún nadie sabe.

—A ver, ¿de qué se trata?

—Hoy estuve distraída parte del día. Fue por eso que mi padre se enojó conmigo. Tenía un motivo importante para estarlo, porque ayer quien me contrató para la banda me vino a ver —relató sin dejar de mirarlo, e hizo una breve pausa—. Me aclaró que lamentaba que me hubiera alejado de ellos, si bien entendía el motivo, aunque eso no opacaba mi talento. Por eso es que se había puesto en contacto con Vincenzo Scaramuzza. Cuando lo nombró, creí que moriría. Claro que lo conozco, sé de la academia de música que ha abierto no hace más de dos años y también que no es fácil acceder a ella. Por más que lo quisiera, no podría, en este momento, pedirle a mi padre que la pagase. Me dijo que Scaramuzza quiere verme mañana a primera hora para saber si soy tan buena como dicen y, de ser así, podré tomar clases allí. He pensado que, si lo logro, puedo cumplir con alguna tarea dentro de la institución en la labor que me indique y colaborar de esa manera, pero eso es lo que menos me preocupa. Y para que eso suceda, tendré que tocar frente a él. Te aseguro que no he pensado en otra cosa que no sea eso. —En realidad eso era mentira, porque ningún otro pensamiento podía competir con la presencia de Colin en la mente y el corazón de la joven.

—Sofía, eso es fantástico.

—Lo sé. Debo enfocarme en eso y no dejar que las discusiones a las que debería estar acostumbrada lo opaquen.

—Exacto. No permitas que eso te perturbe. La música es tu refugio, y debes concentrarte en ella.

—Lo sé, y no te imaginas lo feliz que me hace.

Tampoco mencionó que esa alegría que desbordaba en ese instante no solo era por la novedad que acababa de darle, sino por poder estar a su lado.

—Debemos festejar todo esto.

—Aún no. Desconozco cómo saldré mañana. Mira.

Extendió las manos para exhibir los largos y finos dedos, aún temblorosos.

—No sé cómo lograré estar tranquila.

Colin enredó una mano con la derecha de ella. La acarició con los dedos y luego la giró hasta llevarla a la boca para besarle la palma mientras no dejaba de mirarla fijo.

—Saldrá todo bien —resopló al darla vuelta y posarle los labios en los nudillos—; te lo aseguro.

Sofía no podía disimular la hipnótica atracción que sentía por él. Debía de tener las mejillas de color carmesí, porque un intenso calor se había apropiado de su cuerpo. El leve roce de esos labios sobre lo más valioso que tenía, las manos, era una caricia que conservaría por siempre.

—Confía en mí —agregó él.

No cabía duda de que no necesitaba pedírselo, pues no había otra persona en quien ella pudiera confiar con tal plenitud como en él. El magnético silencio que precedió a las caricias fue interrumpido por el ruido del motor al encenderlo. La conducción, no obstante, no le impidió a Colin mantener enlazada la mano con la de ella.

* * *

Al otro lado de la ciudad, dentro del Hospital Rivadavia, el trajín se evidenciaba en idas y venidas permanentes del personal. Martina acababa de abandonar el pabellón número siete, destinado al área de cirugía. Era un sueño para ella formar parte del equipo médico de la institución, ya que había realizado las prácticas allí, en ese sector de hecho, que se había construido unos años atrás y que contaba con varios quirófanos. En dos de ellos, había miradores desde donde se podía apreciar a los maestros y destacados cirujanos en su labor. Desde allí se capacitaba a los estudiantes y a los jóvenes médicos sobre aquella especialidad. No había sido fácil para ella ganarse un lugar ahí dentro, pero lo había logrado. Cuando recordaba sus comienzos, no podía dejar de evocar a la doctora Cecilia Grierson, que también había realizado, tiempo atrás, prácticas en esa clínica.

Imbuida en sus propios pensamientos, atravesó uno de los jardines que conectaban los distintos pabellones hasta alcanzar la sala que compartía con el resto de los profesionales para recoger sus pertenencias, realizar anotaciones y constatar el ingreso al lugar. Al salir por un largo pasillo, observó que Federico estaba en un consultorio externo a punto de atender a una paciente. Se detuvo ante la seña que le hizo para que lo esperara. No era mucho lo que debería aguardarlo. Asintió y se apoyó en una pared del corredor en tanto contemplaba el constante movimiento de enfermeros, camillas y dolientes del que era parte. Nunca antes se había detenido a observarlo, las urgencias no lo permitían. El tiempo existente estaba destinado a salvar vidas.

—Parece que estás bastante concentrada, y eso que no estás atendiendo a nadie.

Martina se sorprendió ante el comentario del doctor Corvalán. Ni cuenta se había dado de que se le había acercado por detrás una vez finalizada la consulta.

—¿Ya te vas? —inquirió él.

—Sí, pero ¿necesitas que me quede?

—Claro que no, debes irte y descansar. —Al verla aprestarse para retirarse, agregó—: No te despidas de mí aún, te acompaño. Ir hasta afuera y ver el atardecer va a distraerme.

Caminaron hacia la salida mientras intercambiaban comentarios sobre lo acontecido dentro de los muros hospitalarios.

—Parece que la jornada se va apagando —acotó Martina al ver el paisaje que tenía frente a los ojos.

La caída del sol se había apoderado del cielo y ofrecía pinceladas rojizas en medio de las nubes que aún flotaban en el horizonte. La joven Wood se arrebujo en el abrigo ante la fría brisa que soplaba.

—Me quedan unas cuantas horas para abandonar el hospital —dijo Federico al acompañarla hasta la acera.

Notó que ella había dejado de prestarle atención y había centrado la vista en la imagen de un hombre envuelto en una casaca de cuero marrón, ubicado a pocos metros de la esquina. Mantenía una pose relajada, como si nada lo abrumara.

—Scott —dijo ella al tiempo que levantaba la mano para indicarle que allí estaba.

Aún no se había dado cuenta de que aquel sujeto había notado su presencia desde el instante en que había asomado por la puerta de ingreso del hospital en compañía de su fiel colega.

—Ven, no sé si lo conoces.

Ambos se aproximaron para saludarlo.

—¿No nos hemos visto antes? —se interesó el doctor Corvalán.

—No lo creo.

—Qué sorpresa que estés aquí.

—Terminé antes con mi actividad y vine a buscarte.

Por la vestimenta que tenía, no parecía haber cumplido con alguna tarea laboral ese día. Federico quería saber más de ese hombre por el que Martina se preocupaba.

—¿A qué te dedicas?

—Soy piloto de avión.

Al joven doctor la causó gracia semejante respuesta.

—No me refiero a un pasatiempo, sino a tu verdadera profesión.

—Es eso a lo que me dedico.

El cruce de miradas entre ellos fue más que contundente. No necesitaron pronunciar palabra alguna porque estaba todo dicho. El silencio que se había instalado fue irrumpido por los comentarios de Martina.

—Ama lo que hace, como a nosotros nos sucede con la medicina; y te aseguro que es muy bueno en lo suyo.

Federico suponía saber quién estaba frente a él. Martina había deslizado varios comentarios sobre su familia y, en cada uno de ellos, aparecía la figura de ese inglés que cada tanto pasaba una temporada en la ciudad. No podía culpar a ese sujeto por el modo en que la observaba. Por más que ella no lo notara, era una joven atractiva e inteligente, y lo que la hacía más atrapante era que no fuese consciente de su propia belleza. Además, contaba con el encanto de brillar en un ambiente de hombres, en donde trabajaba codo a codo sin quejarse por nada ni doblegarse ante nadie. Pero él no podía permitir que se interesara por ese aviador. Intuía que sería un *bon vivant*, dado que nadie que contase con empuje y seriedad podría dedicarse a algo tan novedoso y sin perspectiva como esa profesión. Claro que ese sujeto no era de fiar, menos cuando le robaba la atención de la joven Wood.

—Federico, no quiero quitarte más tiempo —dijo ella al acercarse para darle un beso en la mejilla—. Espero que sea una jornada tranquila.

—Gracias.

La despedida entre ellos se limitó a un leve roce de manos. El doctor Corvalán se quedó en la entrada de la institución en tanto la veía alejarse de allí y evitó perderse en los pensamientos que le vinieron de golpe a la mente. Nada mejor que el trabajo para ocupar la cabeza y olvidarse, de momento, de su querida doctora.

—No es por aquí el camino hacia casa —le indicó ella a Scott.

—Lo sé, pero podemos caminar un poco e ir a tomar una copa. A no ser que estés cansada.

—Por lo general no suelo ir a tomar un trago por ahí, no importa cuán agotada esté.

—Invitaciones no creo que te falten, y quizás romper con la rutina te haga bien.

—¿Sí?

Ella se había detenido ante la sorpresa provocada por ese comentario. Nunca antes se había puesto a pensar en otra cuestión que no fuese cumplir con las obligaciones que la ataban. Pasaba

largas horas en el hospital y, el poco tiempo que le quedaba, lo aprovechaba para descansar y estar con su familia, que no dejaba de quejarse sobre la vida que llevaba.

—Claro que sí —replicó él, jocosamente, al tiempo que le revolvió la rojiza cabellera. Ese era un gesto que se había tornado cariñoso para Martina.

La caminata se acortó al decidir tomarse un coche que los llevó hasta una confitería cuya ochava estaba decorada con canteros de violetas que engalanaba el lugar, ubicado sobre la avenida Rivadavia, esquina Medrano. A él no se le escapó el gesto de asombro de ella al arribar allí.

—¿Debo venir desde Londres para invitarte aquí a que conozcas Las Violetas?

—Tienes razón —replicó con una carcajada—, soy un caso de estudio que aún no he encontrado en la biblioteca.

Se ubicaron en una mesa lindante al amplio cristal que daba a la avenida. Desde allí se veía el constante deambular de los porteños, que buscaban refugio ante el destemplado clima otoñal. Él deslizó la carta de cuero para que ella decidiera qué pedir. Con un gesto minucioso y prolijo, ella tomó del bolso los anteojos para ver mejor y elegir. La había visto usarlos cada vez que estaba enfrascada en los libros de estudio. El armazón era negro y grueso. A primera vista, no parecía un accesorio que fuera agraciado, sin embargo, provocaba un interés especial por saber lo que ocultaba detrás de esos cristales sostenidos por esa pequeña nariz salpicada con pecas.

—¿A qué se debe esta sorpresa? —se interesó al bajar los lentes y elevar los ojos para fijarlos en él.

—Me quedé pensando en lo que hablamos la vez pasada en el aeródromo —dijo y, al acercarse, susurró—: Si no te ha gustado que pase a buscarte, no tienes más que decírmelo.

El comentario se vio interrumpido por la presencia del camarero, que les tomó los pedidos.

—Supongo que en este tiempo no has cambiado de opinión.

—No. Es más, he confirmado mi decisión ante las autoridades. Solo me resta esperar a que me den la fecha para partir hacia París.

—Sé lo capaz que eres, pero también hay una vida que debes transitar, y aquí todo es más seguro.

—Entiendo a lo que te refieres, pero también ha sido una elección mía conducirme de este modo. Puede ser que para mí todo resulte más fácil amparado detrás de los libros, pero prefiero mantenerme en la expectativa de si cambiará mi vida alguna vez, más allá de mi actividad.

—Martina, yo confié en ti y sé que harás un excelente trabajo allá, pero no puedo dejar de advertirte que no será fácil. Estarás muy lejos de todos los que te quieren —argumentó Scott.

—Lo sé, pero de momento no hay nada que me detenga. No hay vuelta atrás.

—¿Ni siquiera tu colega?

El mozo acababa de depositar la comida sobre la mesa. Ella bajó la vista hacia el té con masas que había pedido. Unos sándwiches con jamón acompañaba la cerveza de Scott.

—No. Y como bien has dicho, es solo un colega y amigo, no más que eso.

—Entonces, a tu salud —propuso al levantar la copa para chocarla con la taza de porcelana que ella sostenía entre los dedos—. Por una nueva vida en París.

La amplia sonrisa de Martina hizo que valiera la pena el brindis.

—Ahora debes tomar un largo trago de esto.

Martina arrugó la nariz al oler el contenido, pero de inmediato tomó la jarra de cerveza y bebió hasta que creyó que estallaría por dentro, tras lo cual lanzó una carcajada.

—Espero haberme acostumbrado a esto para cuando vayas a visitarme.

—Por supuesto —dijo él en tanto le quitaba con un dedo la espuma que le había quedado encima de la boca—. Será un modo de paliar el calor que hará en la época en que te instales.

—Tienes razón. Tengo mucha ilusión por establecerme allá.

—No debo decirte que aún te queda una conversación pendiente con tu hermano.

—Lo sé. Tú no le has adelantado nada, ¿verdad?

—Claro que no. Si bien Colin es mi amigo, te dije que podías confiar en mí.

Ella asintió y agarró una vez más el vaso de él para tomar un pequeño sorbo.

—Gracias, Scott.

—Igual me quedo tranquilo porque he intentado que reveas tu decisión.

—Lo sé, gracias igual. Ahora que hemos dejado todo claro, cuéntame en qué aparato te has subido hoy.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Scott, que, luego de vaciar su bebida, la dejó a un costado para adentrarse en el relato de lo que lo apasionaba. Volar lo era todo para él, lo que resultaba más que evidente al escucharlo hablar. La conversación avanzó al tiempo que la noche

fue cubriendo la ciudad con un manto de oscuridad, salpicada por el destello de las farolas ubicadas en cada una de las esquinas.

—Deberíamos irnos si no deseamos que nos inviten a retirarnos.

—Tienes razón —comentó ella al ver a los mozos parados cerca de la caja registradora, con la mirada clavada en ellos—. Ni cuenta me he dado del tiempo que ha pasado.

—Eso tiene una explicación y es que lo hemos pasado muy bien —dijo al alzar la mano para llamar al camarero y abonar.

Ambos se levantaron; él le ayudó a colocarse el abrigo. Decidieron esperar a que un coche pasara y los llevara a la casa. El cansancio les jugaba en contra para emprender la caminata de regreso.

—No cabe duda de que, por la rapidez con la que han venido a atendernos, estaban esperando que nos fuésemos.

—Eso parece. —Ella se detuvo junto a él para agregar—: Scott, no me olvidé de la pregunta que me hiciste no bien llegamos aquí. En verdad me gustó mucho que me buscaras.

Las miradas de ambos se cruzaron, pero entonces un automóvil se apeó al cordón de la acera para que ingresaran y llevarlos a destino. En el trayecto se mantuvieron en silencio, con la sola compañía de la voz del chofer, que cada tanto hacía algún comentario sobre el frío que anticipaba el invierno que se aproximaba.

* * *

Tan solo quedaba un día para la inauguración de la tienda Scarlet Rose diseños. Dentro, no cesaban las corridas de último momento que Emma había querido evitar. Había comandado la planificación de todo, sin embargo, Rose no dejaba de alterarla ante el retraso de un encargo de finas telas provenientes de París; para ser más precisos, de una fábrica que contaba con las mejores referencias del mercado, perteneciente a una empresa familiar de apellido Dubois.

—Hace una semana que deberían haber llegado.

—Lo sé, pero, en verdad, ¿qué quieres que haga en este preciso momento?

—Disculpa, pero me daba mucha ilusión contar con esas telas para cuando abriésemos.

—Rose, di la orden de que nos avisen no bien llegue el barco al puerto. Hay que tener paciencia, es solo cuestión de tiempo.

Emma se detuvo ante la estruendosa carcajada de su socia.

—No puedes intentar calmarme pidiéndome paciencia. Esa palabra nunca figurará en tu vocabulario —replicó jocosa.

—Tienes razón. No sé cómo tranquilizarme.

—Disculpa, yo tampoco he colaborado en eso.

La campanilla de la entrada sonó, y ambas se dieron vuelta para ver quién ingresaba.

—No te alteres más de la cuenta. Si deseas, lo atiendo yo —ofreció Rose.

—Deja, yo me hago cargo.

La sola presencia de Fausto perturbaba a Emma. No importaba qué dijera o cuál fuese su accionar, había algo en él que la inquietaba de un modo que ninguna otra persona lograba hacerlo. En medio de tales elucubraciones, observó que le hacía señas a otro operario que ella no conocía.

—Debo suponer que me estaba esperando —susurró al acercarse a ella.

Si había algo que no esperaba Emma de él era un comentario de esa índole. Siempre se había mantenido apático, por no decir descortés.

—No me mire así, no voy a comerla. Solo he venido a dejar el encargo de unas telas que traje del puerto.

—Pero ¿cómo lo supo? Dejé expresas instrucciones de que me avisaran para ir a buscarlas.

—Conozco al personal que trabaja allí, y sabían que esperaba ese encargo porque estoy colaborando con ustedes.

Para sorpresa de Emma, lo vio darse vuelta e indicarle a su compañero el lugar donde debía dejar los paquetes. De inmediato, se alejó de ella para ingresar el resto de las cajas y apilarlas en el depósito. Una vez más los dichos de él la habían dejado sin palabras. No podía dejar de observar el modo en que él se movía. No solo la inquietaba ese cuerpo trabajado a fuerza del pesado esfuerzo que desplegaba, sino la intensidad de esos ojos negros que la habían estado mirando desde el mismo instante en que había ingresado a la tienda. Había quedado hipnotizada mientras lo contemplaba hasta que notó que se acercaba a ella.

—Ya está todo descargado en el depósito.

—Gracias. Debe decirme cuánto...

—Ni se le ocurra intentar pagarme por esto. Lo hago porque me comprometí con usted.

—Gracias, Fausto.

Él asintió con la cabeza he hizo una leve mueca en la que Emma creyó ver una sonrisa. Mantuvo la duda al tiempo que lo vio alejarse con su compañero.

—¿Me parece a mí o te ha dejado sin palabras?

—Rose. —Se agitó, como si de ese modo pudiera salir del estado de turbación en que la dejaba Fausto cada vez que lo veía—. ¿Qué dices?

—Disculpa, tu comportamiento debe de responder a la alegría compartida por haber recibido el encargo a tiempo. Vamos a verlo.

Emma no necesitó darse vuelta para saber que su amiga estaba riéndose por su propio comentario.

* * *

Durante la noche, Sofia se había mantenido en vigilia. No sabía si el estado de exaltación en que se encontraba se debía a haber estado con Colin durante la jornada anterior o porque, a primera hora de la mañana, debería presentarse en el conservatorio de música para dar su audición.

Los rayos del sol entraron por el resquicio de la ventana. Con anticipación, se vistió e intentó mejorar la cara de susto que tenía al aplicarse algo de color en las mejillas. La melena rubia le caía prolija sobre los hombros. Sobre la camisa blanca y la falda azul, se había colocado un abrigo gris que combinaba con un sombrero del mismo color. Se colocó el collar de perlas de una vuelta que había heredado de su madre. Sería un modo llevarla consigo para que estuviera presente en ese día tan importante. Lamentaba que ella no hubiese podido disfrutar los avances que su hija había hecho desde aquellas primeras notas que le había enseñado.

Volvió a mirarse en el espejo para contemplar la aceptable imagen que le devolvía, salvo por la tensión instalada en el rostro. Tomó la cartera y enfiló hacia la cocina con la intención de comer algo, pero le fue imposible. Sentía al estómago cerrado en un puño. Volvió a la sala y constató el horario. No quería que nada la retrasase. Salió disparada de la casa rumbo al instituto de música. El trayecto hasta allí le resultó reducido, atenta a su propia concentración. A cada paso que daba, memorizaba las notas que debería tocar en caso de que le pidieran alguna pieza clásica.

Contempló durante largos minutos la puerta antes de ingresar y subir al primer piso. Allí debió aguardar lo que le pareció un lapso interminable hasta que la atendieron y le pidieron que esperara hasta que el maestro estuviera desocupado. Cuando entró a la amplia sala, contempló con admiración el piano de cola ubicado en el centro del recinto.

—Buenos días, señorita.

Se sobrecogió al escuchar el saludo y, una vez que pudo modular, correspondió el gesto del profesor que acababa de llegar.

—Su nombre es Sofia Molina.

—Así es.

—Dígame cuál ha sido su formación.

—No la he tenido, salvo por las clases que, de pequeña, me daba mi madre.

Scaramuzza negó con la cabeza y enfiló a su lugar.

—Bien, no perdamos más tiempo. Toque alguna pieza que haya aprendido.

El profesional se sentó a cierta distancia de ella, lo que le permitía observar al detalle la postura de la espalda, la posición de los delgados dedos y la actitud frente al piano. Con los antecedentes dados, estimaba que, tras unos breves minutos, todo acabaría.

Sofia flexionó los dedos, consciente de que era esa la única oportunidad que tendría. Se lanzó a ejecutar una pieza que conocía a la perfección y, a medida que avanzaba, su cuerpo pareció cobrar vida, sin importarle su alrededor. Solo existían ella, el piano y esa sensación de libertad que le brindaba la pasión de ejecutarlo. Al finalizar la melodía, se mantuvo unos segundos estática hasta salir del estado de ensoñación en el que había estado sumida minutos antes. Observó al maestro, expectante por escuchar qué le diría, y la espera se le hizo interminable.

—No he notado errores en la ejecución. Sin embargo, le falta estilo. La pasión al momento de tocar un instrumento es fundamental, pero, si no se lo acompaña con algo más de técnica, todo quedará en el olvido. Es eso lo que marca la diferencia con respecto a los pianistas consagrados. Le falta mejorar y dedicarse con esmero a esto si en verdad le gusta.

—Claro que sí.

—Lo único que puedo hacer por usted es darle un lugar aquí durante un tiempo. Las clases están completas, pero ha quedado una vacante que se ocupará dentro de poco. Mientras tanto, y si lo desea, tiene un lugar aquí.

—Muchas gracias —replicó con la vista borrosa y la voz quebrada.

—Cuando salga de aquí, le dirán los días y el horario en que deberá concurrir.

—Yo... —titubeó—. Gracias otra vez.

—Deje de agradecer y vaya a hacer lo que le dije. Yo debo continuar con mis obligaciones.

El maestro esbozó una sonrisa luego de escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse. En ese instante entendió el motivo de lo sucedido noches atrás.

La luz de la mañana encegueció a Sofía, no bien pisó la acera. Se detuvo y miró con la mano apoyada en la frente para mejorar la visión. Varios eran los coches que transitaban por allí, hasta alcanzar la avenida Callao. Se dio vuelta hacia el otro lado, y una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro. La silueta de Colin estaba apoyada sobre el capó del automóvil negro, envuelto en el humo del cigarro que sostenía entre los dedos. En el segundo en que ambos cruzaron miradas, ella se lanzó a correr hacia él, que arrojó el cigarrillo para recibirla entre sus brazos.

—Lo logré —dijo aferrada a él.

—Lo sabía.

Ella se distanció apenas para contemplar los ojos azules que adoraba.

—Aunque no te dije que vendría —comentó con una sonrisa.

—Sabía que estarías, como cada vez que te he necesitado.

Colin asintió mientras le pasaba el pulgar por la mejilla para desviar las lágrimas de emoción de Sofía.

—Así será siempre.

Ella comenzó a narrarle cómo había sido todo, y la excitación la hizo hablar de modo alborotado. No obstante, no había sido complicado entender que esa vez todo había salido de maravilla. En medio del relato, se dio vuelta para dirigir una mirada hacia el recinto mientras rememoraba lo acontecido. Justo entonces el profesor salía del lugar y se dirigía hacia la esquina en donde ellos se encontraban.

—Es él —susurró Sofía al tiempo que se escondía en el sólido pecho de Colin, que había fijado la vista en Scaramuzza. Hubo un intercambio de miradas casi imperceptible entre ambos.

En ese instante, recordó que para él no había sido fácil actuar del modo en que lo había hecho con Sofía.

Estaba a las claras que el restaurante con música en vivo Armenonville, no era el lugar apropiado para que ella desarrollase su talento. Lo crispaba saber que Cándido Molina no hacía nada al respecto. Era una actitud inconcebible de parte de un padre. No podía entender que no estuviera tras los pasos de su hija y, a pesar de haber hecho lo correcto, aún no lograba quitarse de la mente la imagen de ella al prometerle que no volvería a ese lugar. La decepción y el desengaño habían sido evidentes aquella noche en el rostro de Sofía.

Entendía lo que se sentía cuando algo no salía como uno lo tenía previsto. Debía actuar de algún modo, y se le había ocurrido que había una manera de lograr cambiar el presente de ella. Aquella mañana, Colin se acicaló y salió rumbo a la academia de música de Vincenzo Scaramuzza. Ese era el mejor lugar para que Sofía pudiera perfeccionarse, pero no era fácil acceder allí; tampoco conseguir una entrevista, si bien había encontrado el modo de obtenerla. Solo faltaba que lo escuchase y la aceptase: daba por descontado que no habría problema.

Alcanzó la calle Lavalle, caminó hasta la casona donde estaba ubicado el conservatorio, subió el primer piso y aguardó a que el renombrado maestro lo atendiese.

—Adelante.

Colin entró en la habitación precedida por una amplia biblioteca de caoba lustrada. Pudo leer, en letras doradas grabadas sobre los lomos de los libros exhibidos, los nombres de grandes compositores. Sobre el escritorio había varias carpetas y algunas partituras que escapaban de modo desordenado de ellas. Aunque no sonara, la música estaba viva allí dentro, las notas sobre el pentagrama esperaban a ser ejecutadas. Sin embargo, algo desencajaba. A un costado de la sala, sobre una pequeña mesa, había un tablero de ajedrez. Las piezas estaban ubicadas como si hubiese quedado detenida en alguna antigua partida, lo que representaba la única nota discordante en un lugar donde se respiraba melodía.

—Debo reconocer que, si no hubiera sido por su insistencia, no habría accedido a atenderlo. Me intriga saber para qué quiere verme —habló el profesor.

—La perseverancia es una de mis cualidades.

—Quizá no sepa que este lugar lo abrí con mi esposa, quien se dedica a todo lo referido a los alumnos. Por otra parte, creo que ella le ha advertido que no hay más cupos.

—Sí, me lo ha dicho, pero hay alguien que se merece estar aquí dentro.

—Pero, si usted tiene el talento para reconocer que esa persona es tan buena, no entiendo por qué no le da clases y deja de molestarme.

—Porque este lugar es el mejor y yo solo quiero ayudar a una amiga.

—Vuelvo a decirle que lo lamento, pero ya estamos al límite de nuestra capacidad. Nos hemos excedido de hecho.

Era claro que el profesor tenía un gran temperamento, y que no debía fastidiarlo más.

—Entiendo —replicó pensativo—. Supongo que la actividad que desarrolla aquí le resta tiempo para terminar esa partida de ajedrez.

—Es muy observador.

—No tanto —contestó Wood arrogante.

El maestro caminó unos pocos pasos hasta alcanzar la pequeña mesa custodiada por dos sillas, una a cada lado.

—¿Ha jugado alguna vez?

—Sí, y por lo que veo, está en una encrucijada.

—Se equivoca, solo lo estaría mi contrincante.

Colin se sentó en el lugar del contendiente.

—¿Qué le hace suponer que me interesaría jugar con usted?

—Los deseos por terminarla.

—Hacerlo llevaría tiempo.

—Si le interesa darle fin, tengo un rato.

—Entonces veamos lo que es capaz de hacer —aceptó el dueño del conservatorio.

—¿Juega desde hace mucho tiempo?

—Así es. Le diría que desde que me he volcado al piano. Aunque no lo crea, el ajedrez y sus jugadas son una fuente de inspiración. La creación también es una parte de este ejercicio cuando uno contempla las treinta y dos piezas a la espera de ser movidas.

—Por supuesto que le creo —dijo al observar con detenimiento la posición de cada ficha. Su mente no dejaba de disparar distintas alternativas, pero no sería fácil salir airoso con semejante tablero.

—Si se ha arrepentido, solo debe decírmelo —comentó el profesor con sarcasmo—. O quizá deba ofrecerle alguna ventaja.

—No lo había pensado —replicó al levantar la vista y fijarla en el contrincante—, pero me gustaría tener una.

—Dígame, ¿cuál? —preguntó sin levantar la mano de la mesa mientras volvía a analizar la serie de movimientos posibles para acabar con el sujeto que tenía enfrente.

—La posibilidad de que mi amiga pueda entrevistarse con usted si gano la partida.

Una carcajada sonora estalló en el despacho.

—O usted es un verdadero inconsciente o es un excelente jugador como para desafiarme de ese

modo. No veo la hora de descubrirlo.

Por encima del tablero, ambos se dieron la mano, aunque se notaba que se habían tomado en serio lo que sucedería dentro de los muros del conservatorio.

La concentración que mantenían ni siquiera había decaído cuando, horas más tarde, entró la esposa del maestro para ofrecer algo que comer. El profuso silencio casi permitía escuchar las maquinaciones de las mentes de los contendientes en tanto valoraban cada jugada de modo correcto. Cada vez había menos piezas sobre la mesa, y moverlas implicaba estar más cerca del final. Hasta ese momento parecía inclinarse todo a favor del dueño del instituto, pero entonces Colin efectuó una jugada que lo sorprendió porque no entendía qué buscaba. Ese joven había sacrificado una pieza valiosa en una instancia en la que era demencial hacerlo. No entraba dentro de las posibilidades que el profesor tenía en la cabeza ni lograba predecir qué pretendía. A esa altura de la partida, se distrajo en pesar el motivo de semejante decisión. Entendió tiempo después que solo había sido una estrategia para desviar su atención de los siguientes dos movimientos hasta llegar al jaque mate. El profesor había cometido un error imperdonable, se había dejado llevar por tratar de entender la movida de su contrincante y había descuidado la propia.

—Me ha sorprendido —comentó apesadumbrado.

—Debe de ser que esta vez la suerte me acompañó.

—No vuelva a engañarme. Es un avezado jugador.

—Debo reconocer que siempre me ha gustado el ajedrez. Es increíble que, desde una silla y frente a un tablero, se pueda sentir tal vértigo. Sepa que me he esforzado por mejorar mi técnica. Usted es un rival notable —admitió el joven.

—Ella debe de ser importante para que se quede jugando con un desconocido hasta altas horas de la madrugada.

—Lo es, y ha sido un placer enfrentarme a usted.

—No puedo decir lo mismo —contestó con una mueca de disgusto—, pero cumplo con mis promesas. Es mi esposa la que lleva mi agenda. Dentro de unos días, se pondrá en contacto con usted para combinar la fecha en que escucharé a su amiga.

—Muchas gracias —dijo Colin al estrecharle la mano—. Quiero pedirle que esto quede entre nosotros.

Pensó que solo necesitaba buscar al mensajero perfecto para que diese a conocer semejante noticia a Sofía, pero eso era lo de menos.

—Por supuesto. No voy a proclamar que un perfecto desconocido me ha ganado en el ajedrez.

—Mejor así. No deseo que ella lo sepa.

Colin vio que el profesor asentía con la cabeza y enfiló hacia la puerta de salida.

La madrugada lo había alcanzado. La soledad de las calles se fundía con el silencio de la noche, quebrado por el repiqueteo de los zapatos sobre el empedrado. Necesitaba llegar a su hogar y beberse un whisky. Nunca le habían importado la manera ni el medio que debía utilizar para conseguir lo que deseaba, solo interesaba el resultado; y, por encima de todo, el bienestar de Sofía.

—¿Sucede algo?

Sofía había debido repetirle lo dicho porque él no le había contestado, parecía estar enfrascado en sus propios pensamientos.

—No, solo recordé algo, pero sin importancia. Te prometí que festejaríamos esto. Vamos entonces.

—¿A esta hora de la mañana?

—No sé qué tienes en mente, yo me refería a llevarte a que comas algo. Supongo que no lo has hecho.

—No.

—¿Ves? No me gustaría que caigas desmayada luego del pequeño concierto que diste.

—Siempre exageras mis dotes musicales.

—Nunca me olvido de que las tienes —replicó risueño.

Ambos se subieron al automóvil para recorrer parte de la ciudad hasta encontrar el lugar indicado para distenderse y disfrutar del tiempo que aún les quedaba juntos.

CAPÍTULO 4

Deseo concedido

Las manecillas del reloj ubicado en el centro de la pared, por encima de la biblioteca de caoba lustrada, daban las ocho de la mañana. Colin se encontraba desde muy temprano en el despacho, enfrascado en el análisis de algunos documentos y sin dejar de darle vueltas en la cabeza a las escuetas palabras cifradas en el telegrama que, minutos antes, había recibido desde Londres. Volvió a mirar la hora y supo que el tiempo se acababa y que su estadía en la ciudad estaba llegando a su fin. En esa oportunidad, sería la primera vez que le costaría abandonarla, no porque se hubiese tornado nostálgico del lugar ni de su familia, sino porque había una mujer que lo obnubilaba y que lo ataba a ese lugar que había dejado atrás para realizar una actividad que formaba parte de su cotidianidad. En la mente de Colin no cabía la posibilidad de cambiar de profesión por ella. No podría ni aunque quisiera hacerlo, y menos en ese momento. A pesar de eso, le costaba controlar los deseos por que la realidad fuese otra.

De inmediato movió la cabeza en sentido negativo ante esa alternativa, como si de ese modo pudiera expulsar las ideas que no dejaban de rondarle desde que había vuelto a ver a Sofía. Había dejado de ser la pequeña amiga de sus hermanas, la misma a quien había acompañado en cada paso importante que había dado. Siempre había existido algo especial entre ellos, pero nunca se había dejado tentar por esa posibilidad hasta que había vuelto a encontrarse con ella al llegar a Buenos Aires. Ya nada quedaba del recuerdo que mantenía de Sofía, todo había cambiado, en especial el profundo sentimiento que lo unía a ella y del que debía prescindir si en verdad deseaba continuar con su vida.

Unos golpes en la puerta lo abstrajeron de esas cavilaciones, y entonces vio asomar a Martina. Como no podía ser de otro modo, estaba lista para salir a trabajar.

—¿Tienes un minuto?

Colin asintió y le indicó con la mano que se sentara frente a él.

—Si bien estamos en el mismo lugar y vamos a hablar del mismo tema, no quiero que esto termine como la otra vez.

—Yo tampoco, pero debes entender que...

—Escúchame, por favor. Quiero que sepas que, desde que te fuiste, no me ha sido fácil vivir aquí. Aunque antes nunca te lo dije, te he extrañado mucho. En esta familia tu ausencia fue un golpe muy grande y, si bien no quise que sucediera, gran parte de las responsabilidades cayeron sobre mí. No me mires de este modo, sé que he cumplido ampliamente con lo que se esperaba de

mí, pero también necesito enfocarme en aquello con lo que siempre he soñado. Nunca te lo mencioné porque no quería opacar tu aspiración de irte de aquí. Pues bien, yo he luchado mucho por conseguir esta posibilidad que tengo en mi profesión. Es importante que lo entiendas porque no sé si lo hará nuestro padre cuando mamá se lo diga.

—¿No has hablado con él? —cuestionó Colin.

—Lo he hablado con mamá y supongo que algo le debe haber contado, pero ellos ahora no están aquí, y calculo que papá debe de esperar que alguien más me convenza de que estoy loca con esta idea que se me ha metido en la cabeza. Estoy segura de que él cuenta con tu presencia y tu negativa.

—Martina, no puedes pretender que te aliente a hacer algo con lo que no estoy de acuerdo. Y te aseguro que lo digo porque quiero cuidarte y no porque pretenda echar por tierra lo que quieres.

—He venido aquí a decirte qué voy a hacer, no a pedirte que me des tu bendición. Me daría mucha felicidad que entre nosotros estuviese todo bien, pero, si no es así, sabré a qué atenerme — declaró ella.

—Espera, yo también quiero que mantengamos una buena relación, pero no me pidas que deje de intentar hacerte entrar en razón.

—Es suficiente ya, no pretendas insistir con esto.

Martina se levantó de la silla, pero se detuvo ante el pedido de Colin de que se quedara. Al mismo tiempo, la puerta del estudio se abrió.

—Qué bien ver a los hermanos juntos.

La amplia sonrisa de Scott detuvo el impulso de la muchacha por salir una vez más de esa habitación, como lo había hecho tiempo atrás.

—No te irás justo cuando yo acabo de llegar, ¿verdad?

Ella lo asesinó con la mirada, pero recapacitó y giró sobre sus talones para regresar a la silla que había ocupado minutos antes.

—Siempre tan oportuno —comentó Colin al verlo sentarse en un sillón cercano al escritorio.

—No me gusta verlos pelearse, es doble trabajo para mí si tengo que consolarlos a ambos.

—¡Qué dices! —clamaron a coro los hermanos Wood.

Martina contempló a Scott, consciente de que estaba intentando poner paños fríos a la situación. Siempre lo lograba, aunque desconocía cómo. Era la única persona capaz de aquietar a su hermano cuando algo se le metía es esa cabeza obstinada que tenía.

—Por más que queramos librarnos unos de otros, no podremos porque estaremos todos muy cerca —dijo, y le guiñó un ojo a Martina.

—Es envidiable el humor que tienes esta mañana —acotó Colin.

—Lo sé, y deberías agradecermelo. Vamos, dejen las diferencias a un lado. Muy pronto estaremos todos donde deseamos estar.

—¿Ya tienes fecha de salida? —preguntó el joven Wood a su hermana.

—Ya he confirmado todo, pero debo ocuparme de algunos trámites.

—Deja que me encargue. No me mires así, lo haré antes de mi partida —prometió Colin.

—¿Ya te vas?

—He recibido un telegrama —comentó al mover el trozo de papel entre los dedos—, debo irme cuanto antes.

—¿Quién te lo ha mandado? Nunca he entendido con quién trabajas.

—Con un socio que tengo allá y que es quien me lo envió.

—Ah, no sabía que se trataba de una sociedad.

En ella persistía la duda sobre las actividades de su hermano, quien no siempre era claro en cuanto a lo que se refería a su labor. No pudo seguir con el hilo de esos pensamientos porque la conversación continuó enseguida.

—Yo también arreglaré mi regreso. Venía a decirte que ya no puedo quedarme aquí, por mucho que desee hacerlo. En mi caso he tomado el máximo de los días que la escuela de aviación puede darme.

—Entonces nos veremos allá —comentó Martina.

Colin rompió el telegrama que había recibido, el cual le informaba que debía presentarse en Londres para retomar una operación que parecía haber recobrado vida luego de algunos indicios sobre un sujeto que estaban buscando. Tiró los restos de papel en un cesto de basura mientras Martina se distraía en esa animada conversación con su amigo.

—Me encantaría quedarme con ustedes, pero debo ir al hospital.

—Si quieres vamos juntos, yo también debo salir. Quiero aprovechar al máximo el poco tiempo que me resta aquí —ofreció Scott.

—Nos vemos.

Colin se quedó rumiando sobre lo que esa vez no había podido impedir. Debería consolarse con visitar a su hermana a París.

* * *

La madrugada había alcanzado a Cándido Molina en vela y con una botella de alcohol, a poco de vaciarla, entre las manos. No se había molestado siquiera en buscar una copa para beber el contenido. A pesar de la ingesta, no estaba con la cabeza estropeada, sino que por desgracia se encontraba muy consciente de la vida desdichada en la que estaba sumergido. Aún resonaban en su mente las discusiones que mantenía con su hija. Ni siquiera por ella podía salir del agujero negro en el que estaba, y la aparición de su cuñada había empeorado la situación, pero no era eso lo que lo había llevado a ese estado. Todo se debía al contenido de ese maldito diario que poco tiempo atrás había encontrado. Perteneecía a su esposa, y leerlo cada noche no hacía más que avivar el fuerte resentimiento que crecía en su interior. A cada hoja que pasaba, se enteraba de que nada de lo que creía había sido real en esa lucha por abrirse camino a un nuevo destino luego de abandonar su España natal.

En ese momento y a la distancia, todo resultaba confuso y turbio. Con la otra mano, volvió a tomar ese cuaderno que reflejaba la vida de su esposa.

Buenos Aires, un día cualquiera.

A través del cristal de la ventana, pude contemplar la tormenta que se avecinaba. Nubarrones grises y desafiantes avanzaban hasta cubrir el cielo de un gris plomizo. El viento los desplazaba, y la furia contenida en esa masa de aire los haría detonar de un momento a otro. Desvíe la vista hacia mis dedos para observar el modo en que se aferraban a la pluma a medida que describía no solo lo que veía, sino cómo me sentía. Estallaría en mil pedazos si no reconocía lo que siempre has significado para mí. Por mucho esfuerzo que he puesto, no he podido olvidarte. Estoy convencida de que el tiempo no ha logrado acallar el profundo sentimiento que conservo por ti. Tampoco ha servido no nombrarte porque tu ausencia no ha hecho más que alimentar el poderoso deseo y la angustia por no tenerte.

Nunca imaginé que podría llevar adelante esta vida desgraciada que me ha tocado vivir. Me he aferrado al destino y de ese modo he intentado justificar lo sucedido, pero ni siquiera esa pueril excusa ha sido suficiente. Nada me conforma. Busco la manera de cambiar este presente, pero me ahogo aún más en la pena por no estar a tu lado. Con este diario logro sentirme más cerca de ti. Sé que nunca leerás estas líneas, pero escribirlas alivia el dolor que significó alejarme de todo

aquello. Espero el momento para refugiarme en este cuarto y sentirte a mi lado. Quisiera quedarme aquí, pero él ha llegado, escucho el eco de sus fuertes pisadas. Deberé comportarme como corresponde, pero nunca dejaré de pensar en ti, del mismo modo que siempre me sentiré tuya.

Al terminar ese pasaje que había leído varias veces, lo arrancó de cuajo y lo rompió en pequeños trozos de papel que arrojó al piso. Por más que quisiera destruir todo aquello, no podía; latía dentro de él el remordimiento por haber estado con una mujer que no lo merecía. La aborrecía por un pasado que deseaba desvanecer. Con las manos trémulas, tomó la botella de whisky para beber de un trago el resto de contenido. Necesitaba que algo fuerte lo quemara por dentro.

No podía evitar preguntarse una y otra vez cómo no se había dado cuenta de lo que sucedía. Creía haber cumplido con los deberes de un esposo, pero debería haber seguido los consejos de los parroquianos del bar al que iba cuando le decían que esa irlandesa tenía ínfulas que tendría que apaciguar. La belleza de ella lo había obnubilado, y había creído que podría domarla. De hecho, así había vivido, convencido de que lo había logrado. Nada más lejos de la verdad. Pero ¿quién era ese sujeto del que ella hablaba y por el que había declarado que la vida junto a él había sido un dechado de infelicidad? Guardó el diario en el cajón de la mesita de luz y, tras dar un portazo, enfiló hacia la sala en busca de otra botella. Creía que beber más aliviaría la inquina que bullía en su interior.

* * *

Al fin el día esperado había llegado, y la tienda de vestimenta femenina Scarlet Rose abrió sus puertas. Dentro, había una gran concurrencia entre amigos y demás asistentes. Colin se había encargado de cursar algunas invitaciones a personalidades vinculadas a la política, sin obviar también a los empresarios más importantes, con el fin de que sus esposas se presentaran.

Emma llevaba un vestido gris brillante con una faja por debajo de la cintura. La falda amplia dejaba ver más allá de los tobillos enfundados en unas botinetas con taco de color negro. Un collar de perlas le adornaba el esbelto cuello, por donde caían algunos mechones del cabello recogido en un nudo. Rose lucía un atuendo de color celeste pálido con corte al bies en una caída increíble que, a pesar del movimiento, mantenía la línea del cuerpo. Ambas creaciones le pertenecían, como el resto de las prendas que se exhibían en los maniqués distribuidos en la planta baja del local, envueltos con la sedosidad del tafetán; la ligereza y delicadeza de la gaza; junto a la tupida y refinada textura del terciopelo. La paleta de colores que había elegido para las

telas que engalanaban el salón era variada y, de ese modo, intentada cubrir la diversidad de gustos de las potenciales nuevas clientas. En medio de la concurrencia, dos mozos ofrecían a los invitados canapés de pavo y salmón junto con champaña y naranjada.

—Emma —susurró Álvaro al apoyar la mano en la cintura de la joven—, felicitaciones.

—Qué sorpresa que hayas venido.

—Por nada del mundo me lo perdería. Me habría gustado visitarte antes, pero he estado de viaje.

—Quiero agradecerte las flores que me has enviado.

—Las vi no bien entré al local. Es el mejor ramo de todos. —Se acercó una vez más al oído de ella para agregar—: Me gusta dar lo mejor a quien está a mi lado.

Emma se distanció para mirarlo y efectuar una objeción, aunque no quería agregar más palabras que pudieran confundir lo que le ocurría cuando estaba junto a Alconada.

—No me mires de ese modo. Ya te habrás dado cuenta de que es así como me gusta tratar a la mujer que esté junto a mí.

—Si me disculpan —intervino Rose—, hay algo que quisieras que vieras.

—Debo continuar atendiendo a los invitados.

—Por supuesto. Por mi parte, prefiero una dedicación exclusiva.

Ella asintió con la mirada y se perdió entre la gente junto a su socia.

—Te lo dije —agregó Rose a medida que se alejaban de la compañía del joven empresario—, está como loco contigo. Por lo que veo, es un gran candidato. Estoy segura, porque conozco a tu familia, de que ellos estarán de acuerdo conmigo.

Emma esbozó una tibia sonrisa y fue a conversar con otras clientas que buscaban hablar con las dueñas del lugar.

—En verdad, Emma, me has sorprendido —admiró Zelmira Almada—. Quiero presentarte a mi hija.

—Un gusto conocerlas. Mi nombre es Inés, pero me llaman Inesita. Hemos regresado de Europa, y tus diseños no tienen nada que envidiarles a lo que hemos visto allí.

—Muchas gracias. Permíteme presentarte a Rose Rivas.

—Claro que conozco a tu padre —intervino la señora Almada—, el afamado doctor Juan Rivas.

—El mismo —replicó la joven con orgullo.

Si bien estaba acostumbrada al reconocimiento que tanto su padre como su abuelo tenían en el ambiente médico, no dejaba de asombrarse cada vez que alguien se lo decía. Sin embargo, estaba convencida de que nada de lo que su padre había obtenido habría sido posible sin el apoyo de su madre. Por momentos, verlos juntos la conmovía. Como no podía ser de otro modo, había recibido un telegrama de su parte en el que le deseaban lo mejor y se excusaban por el cambio de planes en la travesía en barco de regreso a Argentina. Una última e imprevista escala en Uruguay había retrasado hasta el día siguiente su llegada. Imaginaba que su madre habría despotricado contra el capitán por semejante eventualidad y que su padre la habría atemperado. Era así como ambos funcionaban y, por lo visto, les había dado excelentes resultados. A veces se sorprendían de que ella no hubiese heredado el carácter rebelde de su madre, aunque hasta el momento en realidad no se había cruzado con ninguna situación que ameritase mostrar su genio, que sin dudas lo tenía. La timidez jugaba un rol importante en Rose, lo que, a veces, equivocadamente, se confundía con una calma que no tenía.

—Bueno, eso me deja más tranquila, porque significa que no eres una advenediza en busca de fama —comentó jocosa la señora.

—Yo... —comenzó a balbucear Rose con cierta molestia por la acotación de doña Zelmira.

—Ella es como su padre, ha estudiado y se formado; en este caso, para el diseño. Creo que los modelos expuestos le hacen justicia a su talento.

—Emma —susurró Rose al tiempo que la tomaba por el codo ante esa exageración en cuanto a los conocimientos que poseía—, no es necesario que...

—Si es así, me gustaría consultarte por un vestido muy especial para mí.

—Por supuesto, tú dirás.

—Es un vestido de boda. Mi hija acaba de comprometerse y, si bien aún queda tiempo hasta que contraiga matrimonio, estamos considerando distintas opciones para elegir el indicado.

—Me encantaría hacerte algunos bocetos sobre las ideas que me rondan en la cabeza —replicó Rose.

Ese era el tipo de instancias en que las palabras le salían de la boca sin ningún dejo de timidez.

—Sin embargo, no he visto ninguno expuesto.

—He preferido hacerlo de este modo. Un vestido de casamiento debe ser una creación única, dependerá del gusto de la clienta y de lo que crea que pueda sentarle mejor.

No pensaba decirle que sería el primero que realizaría y que tenía ya la ilusión de diseñarle el mejor y más distinguido traje. Todavía no estaba confirmado el encargo, y ya los nervios comenzaban a disparársele por el cuerpo. Creía que, si hacía algo fuera de lo común, lograría captar la atención del resto de las clientas, lo que la catapultaría al reconocimiento que anhelaba.

—Imagínate lo importante que es para mí. Quiero que sea deslumbrante para estar acorde con mi prometido.

—Pero, hija, querida, ¿qué dices? Eres hermosa y tienes todo lo que una joven de tu edad debe tener para encantar a un hombre, ¿verdad?

Rose la había observado y coincidía con ese comentario, a pesar de que la belleza que ostentaba le daba un aspecto glacial y distante.

—Por supuesto —replicaron a coro las dueñas de la tienda.

—Te espero cuando gustes y así hablamos sobre lo que deseas. Esa es la mejor manera de comenzar con el diseño adecuado para un momento tan importante como ese.

—Muchas gracias, vendré entonces.

Las invitadas se mezclaron con el resto de la concurrencia. El cotilleo sobre las últimas tendencias de moda, junto con los chimentos acerca de todo lo acontecido en la ciudad, se había apoderado de las conversaciones. El murmullo no disminuía a pesar del transcurso de las horas.

—Josefa, ¿por qué no se queda hasta que finalice la reunión?

—Emma, te agradezco que me hayas hecho partícipe de todo esto.

—Pero ¿cómo no hacerlo? Si forma parte de nuestro emprendimiento.

—Lo sé, pero creo que mi lugar está con mi máquina de coser en la sala de atrás.

—De ninguna manera.

—Ahora tengo una excusa perfecta para irme, porque ha venido mi hijo a buscarme. Voy a retirar el abrigo que dejé en la sala de costura.

Emma se dio vuelta sorprendida al ver entrar a Fausto Guzmán. Nunca se habría imaginado que asistiría. Descubrió que se había detenido en medio de los invitados y que sus ojos negros refulgían mientras buscaban un rostro en particular. Ella notó que él oteaba en varias direcciones hasta que la localizó y se quedó mirándola. No la llamó ni le hizo ningún otro gesto para que se acercara, pero esa mirada parecía hablarle en medio del gentío. Sin pensarlo, Emma siguió su

instinto y se filtró de a poco entre las personas para llegar a él. Quizás habría correspondido esperar a que él se aproximase a ella, pero había algo en su interior que la hacía actuar de modo inusual cada vez que lo veía. En verdad, si hacía memoria, los encuentros que habían tenido no habían sido de lo más cordiales, muy por el contrario; en cada uno de ellos, la había hecho sentir como si no supiera lo que hacía o como si fuese una improvisada.

Por las noches, ella se preguntaba si estaba capacitada para aquella tarea, pero eran tantos los deseos y la ilusión que la habían acompañado desde hacía años que de inmediato borraba de su cabeza esos pensamientos, sin poder sin embargo deshacerse de la imagen de él. Sería por todo eso que se apuraba a alcanzarlo. En el camino, le pareció que alguien le decía algo, pero hizo caso omiso y continuó.

—Fausto.

Notó que había ido vestido de manera distinta. No estaba enfundado en la ropa de fajina, sino que llevaba un saco y un pantalón oscuros. Por debajo, sobresalía una camisa blanca que le resaltaba la tez morena. Nunca había imaginado que pudiera arreglarse de ese modo. Se preguntaba si se habría cambiado solo para esa ocasión o si lo habría hecho porque había debido cumplir con otro compromiso antes de la fiesta. No importaba, porque, de una u otra manera, con cualquier atuendo estaba tan atractivo como siempre.

—Si busca a su madre, en breve ella estará lista. Ha ido a recoger su abrigo.

Nunca lo había visto sonreír, pero parecía que ese día él estaba lleno de sorpresas.

—He venido a buscarla, pero también a ver cómo quedó el lugar.

—Por suerte logramos terminar todo a tiempo.

—Eso veo.

—Hemos contado con la ayuda de buenos colaboradores —añadió cómplice a modo de agradecimiento.

—No creía que llegarías con todo. Parece que quien no supo calcular bien el tiempo he sido yo. Por eso quiero darte esto y felicitarte.

Un ramo de flores silvestres emergió de la mano de él. La señorita Wood nunca habría imaginado que podría tener aquel gesto. Al recibir el regalo, sus dedos se rozaron. Ella enfocó la mirada en ese pequeño manojito de flores sin que él le quitase la vista de encima.

—Son hermosas.

Ella levantó los ojos y se perdió en los de él. Las pestañas negras y largas daban el marco perfecto a esos iris que no dejaban de intimidarla.

—Gracias. Como siempre, me has dejado sin palabras.

—¿Sí? Espero que sea por una buena razón.

Nunca podía saber a qué atenerse con ese hombre. La desconcertaba el modo en que la trataba. Por momentos parecía detestarla y en otros tenía actitudes que no hacían más que confundirla. En medio de esas elucubraciones, el roce de una mano sobre el brazo la sobresaltó.

—Querida mía, al fin te encuentro.

La voz de Álvaro retumbó en los oídos de la joven, pero nada podía sacarla del ensimismamiento que le provocaba la sola presencia de Fausto.

—¿Nos conocemos? —preguntó el empresario para romper el encanto que parecía tener ese sujeto sobre Emma. Deslizó el brazo por el hombro de ella y la atrajo aún más.

La mirada de Fausto fue contundente. Ningún gesto atravesó su pétreo rostro, pero la expresión de los ojos había cambiado por completo. A pesar de eso, ella pudo vislumbrar algo más profundo que no pudo llegar a distinguir con claridad.

—Nos hemos visto en alguna oportunidad, pero usted no debe de acordarse de mí —contestó con una mueca mordaz en ese rostro que a la joven le cortaba el aliento.

—Es probable. Aunque, si fuese importante, lo recordaría. Querida, ¿qué haces con esas flores de la calle? Tíralas, colocarlas aquí afeará el lugar.

Emma no pudo hablar ante la fuerte incomodidad que la abrumaba. La aparición de Josefa por fortuna evitó que se desatara algo peor. No conocía lo suficiente al hijo de su empleada, pero sabía que en su interior se estaba lidiando una batalla y que en cualquier momento todo estallaría por los aires.

—Es mejor que nos vayamos —susurró Josefa a su hijo, que parecía no querer moverse de allí.

—Muchas gracias, Fausto, por venir.

Él asintió y fijó la vista en la mano de la joven que agarraba con fuerza el ramo que le había regalado. Con premura, Emma acompañó a Alconada hacia el centro del salón para evitar que la situación se descontrolase, sin saber en realidad si existía motivo para eso o si solo se debía al mal talante del joven Guzmán. Al otro lado del salón, la reunión no decaía.

—¿Me parece a mí o estás buscando a alguien?

Sofía se sobresaltó al escuchar las palabras de Rose, que fueron acompañadas por una amplia sonrisa. Ambas se conocían desde pequeñas; entre todas habían formado una pandilla. Rose se había dado cuenta hacía mucho del sentimiento que guardaba su amiga por Colin y sabía que, por

más que no lo confesase, sufría ante el trato que le dispensaba. Ella no quería ser un miembro de la familia para él, sino una mujer especial. Pero parecía que ese día él había encontrado a alguien más.

—Sofi, no es lo que parece.

—Pero míralo. Dime, ¿sabes cómo se llama ella?

—Marga Podestá.

—Te juro que la detesto sin conocerla. Observa cómo le toma el brazo —señaló Sofia.

—Su padre es médico, es un conocido de mi padre.

—Disculpa entonces.

—Sofi, no digas tonteras. Te entiendo. A ella la he visto en alguna oportunidad en que hemos ido a su casa. Si quieres mi opinión, es una creída.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que se dé cuenta de lo que siento por él?

—Yo no sé. Sabes que no soy muy avezada en esos temas. Sofi, cálmate, viene para acá —le advirtió la diseñadora.

—Me cansé de todo esto, me voy.

—Pero no puedes irte.

—Claro que puedo.

—Hola, Sofía.

La contundente mirada de Colin impidió que se moviera de allí. Le molestaba sobremanera que una palabra o un gesto de él lograsen cambiar las decisiones que tomaba. No encontraba la manera de modificar el poder que tenía sobre ella o, peor aún, el que ella misma le había otorgado.

—Hola, no te conozco. ¿Eres parte de su familia? —preguntó la señorita Podestá a Sofia.

—No, somos amigos desde hace mucho tiempo.

Ella intentó evitar la mirada de Colin porque las mejillas le ardían y era consciente de que debían de estar de color carmesí.

—Marga, hace tiempo que no nos vemos.

—Tienes razón, Rose. Tengo muchos compromisos sociales que me impiden reunirme con el resto de mis conocidos.

—Lo imagino. Pero, ahora que estás aquí, quisiera decirte y mostrarte algo —propuso Rose.

—¿En este momento?

—Vamos, Marga, aprovechemos que tienes algo de tiempo.

—Ya regreso —susurró en el oído de Colin.

—¿Quieres algo de beber? —le ofreció él a la joven pianista.

—¿Qué te hace pensar que necesito que vengas a traerme una copa?

—Sofía, ¿qué te sucede?

—Nada, por no decir que es lo mismo de siempre —se quejó ella.

—¿A qué te refieres?

—Al fin te veo —dijo Alconada, que enseguida estrechó la mano del joven Wood—. Quiero conversar algunos temas contigo antes de que te vayas.

—¿Irte adónde? —preguntó ella en un ahogo.

—Regresas a Londres, ¿verdad? Lo ha mencionado tu hermana hace unos minutos.

En ese preciso instante, la mente de Sofía pareció cegarse por un manto rojo ante la inquina que le corría por el cuerpo. Al fin el día tan temido se aproximaba, y ella era la última en enterarse. Sentía como si los muros del salón se le encimaran hasta aplastarla y el murmullo circundante creciera hasta aturdira. Necesitaba salir de allí lo antes posible. Si no lo hacía pronto, se desvanecería. Tenía claro que no quería ser el hazmerreír del salón, ya bastante desgraciada se sentía.

Hizo caso omiso del modo en que él la llamaba y de inmediato se escurrió entre los invitados para escabullirse de allí y perderse en las calles de la ciudad. No sabía hacia dónde dirigirse, solo estaba segura de que no quería ir a su casa. No podría enfrentar a su padre si estaba, como era su costumbre, bebido y de mal talante. Tampoco quería traerle mayores problemas a su tía Helen, que hasta el momento había dado la cara ante don Cándido por ella, ya que Sofía no deseaba que esa estadía en la ciudad se le agriara más por los problemas familiares. Se lanzó a caminar sin rumbo y, a medida que avanzaba lejos del lugar, mejor se sentía. La respiración comenzó a aquietarse hasta que escuchó la voz de aquel a quien creía haber dejado atrás.

—No te escapes.

No hubo manera de lograrlo, porque Colin estaba frente a ella y observaba cada minúsculo movimiento que realizaba.

—Esta vez no te necesito. Debes retornar al salón, hay personas que te esperan.

Intentó avanzar, pero la mano de él la sujetó del brazo.

—Sofía, esto es lo mejor para los dos.

—Si tú lo dices, debe ser así, como siempre ha sido y será, ¿verdad? Permíteme continuar, por favor, y deja de pensar por mí, ya estoy cansada de que lo hagas.

Ella sintió cómo aquella mano la abandonaba para dejarla continuar su camino. En realidad era lo que le había pedido, aunque solo pudo dar unos pasos más, porque los brazos de él se lo impidieron al abrazarla por detrás. Fue ese el momento en que toda la angustia y la rabia que tenía se liberaron en el sordo llanto al que sucumbió. No supo cuánto tiempo estuvo aferrada a él hasta que se dio cuenta de que era otra equivocación.

—Disculpa, yo...

—Sofía —dijo al voltearla—, debemos hablar. ¿Es eso lo que deseas?

Se sentía confundida, ya no entendía a qué se refería, pero creía que había llegado el momento de aclarar ciertas cuestiones. Sin dudarlo, asintió.

—Vámonos de aquí.

No preguntó hacia dónde se dirigían, no tenía fuerzas para hacerlo. Se dejó llevar hacia donde él la condujo. Su cuerpo se acopló al abrazo de Colin, y de ese modo emprendieron la caminata. El silencio que los acompañó durante el recorrido logró serenarla. Al menos era lo que necesitaba antes de que él hablase. Desconocía qué le diría y evitaba pensarlo, aunque suponía que no sería algo agradable.

El atardecer caía implacable sobre la ciudad, y los débiles rayos de sol parecían zambullirse en las turbias aguas del Río de la Plata. Desde el paseo de Julio, se podían vislumbrar distintas edificaciones portuarias cuya fisonomía había mejorado de manera notable con el paso de los años. Un puerto nuevo se construía. A la vera del río, se erigía una serie de docks. Los ladrillos rojos resaltaban en la construcción de estilo inglés cuyas grandes dimensiones cumplían con la finalidad de acopiar los cereales que allí se comercializaban. La fuerte actividad comercial desarrollada hacía que un considerable número de embarcaciones anclasen en las nuevas dársenas.

Al borde de la costa, se erigía el moderno Hotel de Inmigrantes, inaugurado no hacía más de dos años. Atrás había quedado el anterior, de estructura semicircular, que le otorgaba un aspecto distintivo. Había sido reemplazado por una construcción en hormigón gris de no más de tres pisos que parecía una fortaleza a orillas del río. Sin pensarlo demasiado, ambos se sentaron en uno de los bancos con vistas hacia el puerto. Esa postal era la que Colin recordaría dentro de pocos días,

cuando abandonase la ciudad. Sin duda había sido un destino bien elegido para ubicarlo en la realidad. Ella lo miró de reojo a la espera de que comenzara con la retahíla acerca de por qué se había puesto así.

—Sabes que vivo en otro lugar y que mi tiempo aquí en algún momento llegaría a su fin.

—Sé que es así con cada viaje que haces desde que decidiste establecerte en Londres.

—Entonces no puedes reaccionar del modo en que lo hiciste —le recriminó él.

—No me enojé porque escuché que te ibas, sabía que ese día llegaría; pero me duele ser la última en enterarme de tu partida.

—Sofi, no era mi intención que estés así. Si hay algo que cuido, es no hacer nada que pueda dañarte.

—Ese es el problema: siempre estás pensando por mí como si fuera una de tus hermanas, pero no lo soy —dijo ella.

—Tengo claro que no lo eres, aunque nos conozcamos hace mucho tiempo.

—Lo que sucede es que no entiendes nada.

—Claro que lo entiendo y por eso actúo de este modo.

Sofía había creído que hablar con él la aquietaría; sin embargo, con cada palabra y cada respuesta, se sentía peor y más empantanada en esa situación. Como él le había dicho, en breve volvería a irse, y no sabía cuándo volvería a verlo. Era a ella a quien no le quedaba tiempo, se había agotado.

—Colin, me dijiste que querías hablar conmigo, pero, antes de que lo hagas, quiero que sepas algo.

La expresión de él había cambiado. La cálida mirada se había transformado en una acerada, como si de algún modo quisiera amedrentarla y evitar que se lanzase a hablar. Por eso ella rehuyó de esos ojos, para poder confesarle lo que guardaba en el corazón.

—No es necesario que...

—Sabes que te conozco desde hace mucho tiempo —lo interrumpió, ya que no pensaba echarse atrás en ese momento—. Recuerdo que estar en tu casa fue encontrar un refugio ante la pérdida de mi madre y la gran soledad que siempre sentí con mi padre. Sabes también que adoro a toda tu familia y que cuido mucho la amistad que mantengo con tus hermanas. Pero contigo todo fue diferente desde el principio. Quizá no sea importante para ti o no lo recuerdas, pero siempre estuviste presente en cada actividad o travesura que hacía. Cuando me resistía a ir hasta la estancia de tu familia, era por temor a los caballos. Yo te veía montar y, por más que quisiera

seguirte, no podía hacerlo. Sin embargo, gracias a tu insistencia, perdí ese miedo a pesar de todas las caídas que sufrí. Te admiraba. Con el paso de los años, la distancia entre nosotros fue en aumento. Por mucho que lo intentara, nunca logré verte como a un hermano. No te imaginas el esfuerzo que hice para que todo esto fuera distinto, porque desde el inicio supe que eras inalcanzable y que nunca te fijarías en mí como yo deseaba. Me resistía a admitir todo esto que me sucede, pero no puedo cambiarlo. Creía que mantenernos alejados podía ayudar. Me equivoqué: fue peor. Nunca dejé de pensar en ti y, cada vez que tenía noticias tuyas, imaginaba tu regreso y un reencuentro que solo en mi cabeza podía ser posible. Entiendo que no estoy a la altura de las mujeres con las que has estado o que buscas. Me odio por eso: porque no puedo hacer más que ilusionarme sobre algo que no sucederá. Pero ya no aguanto más, no puedo callar lo que siento por ti. Cuando supe que te irías y que no me lo habías dicho, confirmé que no soy tan importante para ti.

—Sofía, no es así.

—Sí que lo es. Lo único que te pido es que no me engañes al tratarme de una manera especial para que no sufra. Si tienes algo que decirme, hazlo, pero no me mientas.

—Tienes razón al decir que no estás a la altura de las mujeres con las que he salido. Ninguna se parece a ti porque estás por encima de ellas. No me mires de ese modo. Querías la verdad, y eso es lo que tendrás. Siempre has sido especial para mí; por ese motivo es que actúo así contigo. Haría lo que fuera con tal de no lastimarte.

—Colin, no te entiendo.

—No soy el hombre que crees. Aunque pienses que me conoces; eso no es verdad. Llevo una vida en Londres que ignoras —reveló él.

¿Cómo explicarle que, en su oficio, era mejor no tener lazos afectivos? Temía que llegase el momento en que alguien intentase vengarse y, al considerar que no era suficiente con él, se desquitara con quien fuese importante en su vida. Si él estaba en peligro, era por decisión propia, siempre había asumido los riesgos que implicaba trabajar para el Servicio Secreto inglés. Pero no pensaba arriesgar el bienestar de nadie a quien quisiera; menos de alguien como ella, que lo significaba todo para él.

—Pero...

—Déjame terminar. Haría lo que fuese con tal de evitar que salgas herida; te aseguro que es lo que hago. Ya que no puedo tenerte, por lo menos cuida de ti y de que nadie te dañe. Eso me incluye.

—Lo haces ahora —le recriminó ella.

—Pediste que te dijera la verdad.

—No solo eso, sino que dejaras de pensar por mí, que es lo que estás haciendo una vez más.

—Eres demasiado importante para mí. Además, cualquier otra situación no nos llevaría a nada.

—Colin, ¿qué dices?

—Tan solo te estoy recordando que, dentro de pocos días, parto y que me espera una vida que te aseguro que no es la ideal para ti.

—No sé a qué te referes, pero nada me importa más que tú.

—Sofía, cualquier otra decisión que tomemos nos alejará más, tienes que entender —insistió él.

—¿Qué es lo que no comprendo?, ¿que me quieres pero no deseas estar conmigo porque no quieres que sufra? No te das cuenta de que me está destruyendo todo esto.

—Sabía que no entenderías.

—Eres la persona más egoísta que conozco. Me quitas lo único que he perseguido desde siempre —dijo con los ojos nublados por las lágrimas que pugnaban por salir.

—No tienes idea de lo que me cuesta decirte todo esto —susurró mientras limpiaba con un dedo el rostro mojado de ella.

—¿Qué pasaría —continuó angustiada— si todo fuera distinto, si no te fueras en breve para instalarte en Londres a vivir todo aquello que dices que no me conviene?

—Si así fuera, nunca habría existido esta conversación porque estaríamos juntos. Pero de nada sirve que pienses eso. Te aseguro que haría cualquier cosa para que todo esto fuese diferente.

—¿Lo harías?

—Sofía...

—Sé que tu partida es inminente, aunque aún no me has dicho cuándo. Ya no me importa conocer la fecha, solo vivir el tiempo que nos reste como si nada más existiera. No me quites la única ilusión que me queda. Si me quieres y soy tan importante para ti, quédate a mi lado. Nunca pude estar con nadie más porque mis pensamientos siempre estuvieron al otro lado del océano. No vas a lastimarme más de lo que estoy; la diferencia es que esta vez, si me lo concedes, tendré algo a lo que aferrarme cuando te vayas.

Nunca había creído que alguien pudiera desarmarlo del modo en que ella lo había hecho con unas pocas palabras. Ya no deseaba resistirse más, aunque esa vez no pudiera medir el daño que significaría para ambos.

—No sabes lo que dices —susurró Colin.

—Sí, y tú también lo sabes.

No supo si fue la mirada que ella le regaló o el roce de sus dedos sobre la mejilla lo que hizo que dejara a un costado todas sus reservas. Entendía que al día siguiente se arrepentiría de haber traicionado todo aquello por lo que había luchado, pero ya no le quedaban fuerzas. Tomó el rostro de ella entre las manos y se acercó para sentir su sabor. Le lamió las comisuras de la boca para luego apoyar los labios en los de ella y sentir el estremecimiento que le provocaba. La besó en tanto esperaba que ella se abriera a él y, con la otra mano, la tomó del cabello para acercarla más aún mientras escuchaba los leves gemidos de la muchacha. Su entrega en ese beso lo conmovió. Con la lengua, buscó la de Sofía para enredarse en un batalla por demostrar cuánto se amaban, pese a que aún ninguno había pronunciado esa palabra que anidaba en el interior de los dos.

Colin debió detenerse al darse cuenta de que se encontraba en un paseo público. Ni siquiera las largas sombras proyectadas por los árboles y palmeras que decoraban la vía les daban un marco de intimidad ante el sonido de los carruajes y automóviles que circulaban en derredor. Antes de apartarse, le dio pequeños besos en el rostro.

—Deberíamos irnos de aquí.

—¿Volveremos al negocio?

—Por tu gesto, veo que no lo deseas, yo tampoco. ¿Adónde te gustaría ir?

—Quisiera ir adonde solo contigo podría hacerlo. Deseo hacer cosas que no haría con nadie más. Quiero que este tiempo sea distinto para ambos.

—Eres adorable. Esta noche no pienso oponerme a ninguno de tus pedidos por muy disparatados que me parezcan —comentó antes de darle un beso en la punta de la nariz—, pero primero debo hablar con alguien para que avise que te quedarás en casa con mis hermanas, como lo has hecho otras veces.

Sin más y con cierta timidez, ella se acercó y se puso de puntillas para darle un beso. Él volvió a abrazarla antes de lanzarse por las calles. El destino ya había sido marcado por los anhelos de Sofía.

CAPÍTULO 5

No todo es un sueño

La duermevela en la que estaba inmersa le permitía, sin embargo, continuar recordando la noche anterior junto a Colin hasta que se despertase por completo. Era así como deseaba mantener en la memoria los momentos vividos a su lado. Le había causado gracia la reacción de Colin cuando ella le sugirió concurrir al restaurante Armenonville. Sabía que no era un lugar para lo que se esperaba de una joven como ella y comprendía lo que se pensaba respecto a ese establecimiento. Cuando ella había ido a tocar allí una noche con la banda de tango, había tenido que irse, muy a su pesar, de manera intempestiva debido a la intervención de él. Ni siquiera había podido recorrer los decorados jardines junto a los reservados distribuidos en el amplio parque.

—Te dije que ese no es lugar para ti —insistió Colin.

—Quiero ir adonde te diviertes, no al lugar indicado debido a mi condición, ¿me entiendes?

Colin aún no había arrancado el automóvil y sonrió antes de hacerlo.

—¿En verdad deseas eso?

—Por supuesto.

—Prepárate entonces.

La expectativa por saber hacia dónde se dirigían le imposibilitó mantener una conversación. Observaba a través del cristal de la ventana todo cuanto aparecía a su paso para poder detectar si le era familiar el recorrido.

—Sofía, estás muy callada.

Ella lo miró y supo que él se estaba divirtiendo al notarla inquieta por desconocer su destino. Cuando quiso darse cuenta, el coche se había detenido, y le asombró que estuvieran en el barrio de Recoleta, cerca de la casa de los Wood. Una vez que descendieron, él la tomó de la mano para cruzar la calle y un amplio edificio de una planta se desplegó ante sus ojos. Dos columnas custodiaban la escalera blanca que conducía al interior del Palais de Glace.

—Vamos.

Ella se había quedado congelada no bien había entrado al contemplar todo lo que los rodeaba, pero él la atrajo hacia sí para caminar y adentrarse en el recinto. De repente un amplio salón se abrió frente a sus ojos, circundado por una fila de palcos decorados en relieve. La imagen era imponente.

—Es increíble —exclamó al ver en el centro una enorme pista de patinaje. Varias personas deambulaban dentro en distintas direcciones.

—¿Vas a animarte?

—Por supuesto. Y, como siempre, lo haré tomada de tu mano.

Colin rozó con el pulgar los labios de ella mientras la devoraba con la mirada. Desplazó la mano hasta enredarla en la rubia cabellera de Sofía para luego tirar de ella hacia atrás y besarla; no como le habría gustado, claro, pues debía mantener los modos y normas de decoro. El local concitaba a gran parte de la burguesía porteña para disfrutar de los salones de baile con la presencia de la banda musical, que ejecutaba distintas piezas. Dentro de sus muros, no solo retumbaba la melodía del vals, sino que las notas del tango resonaban con fuerza de la mano de las orquestas invitadas.

—Aguarda aquí.

Lo vio irse para luego regresar con dos pares de patines. Ambos se sentaron, y él la ayudó a colocárselos. Cuando estuvieron dentro, ella se detuvo y elevó la vista. El techo abovedado culminaba en una soberbia cúpula de vidrio que permitía a la luz natural penetrar y amalgamarse con la iluminación del interior. Las notas de un vals vienés interpretado por una orquesta que aún no había visto llenaron el ambiente. Ella se encontraba aferrada a él para mantener el equilibrio.

—No creo que pueda moverme —lanzó con una carcajada.

—Claro que vas a hacerlo, pero con cuidado al principio. Debes inclinar el cuerpo hacia adelante aunque creas que vas a caerte, porque lo harás si te reclinas hacia atrás.

Él adoró el gesto de confusión de Sofía ante lo que acababa de decirle.

—¿Has venido otras veces?

—No, aunque escuché hace tres años que había sido inaugurado y que tenía esta pista. Sí estuve en un lugar similar a este en París. Es muy divertido. Aunque donde vivo se puede patinar en el invierno en varios parques de la ciudad.

—¿Hay algo que no hayas hecho?

—Contigo —le resoplo en el oído—, unas cuantas cosas.

Un fuerte escalofrío atravesó la espalda de Sofía, no por el frío que subía del hielo de la pista.

—Vamos, no te distraigas. Ahora agárrate de mí e iremos desplazándonos de poco. Cuando te sientas segura, continúas tú.

—Ni se te ocurra soltarme —advirtió con un leve bamboleo de los patines hacia adelante y atrás.

—En algún momento deberé hacerlo —dijo él, y le guiñó un ojo antes de comenzar a desplazarse por la pista.

Ella se aferraba con fuerza a él ya no solo porque siempre lo había deseado, sino por miedo a lanzarse y caerse. Habían dado dos vueltas, por lo que creía que se estaba familiarizando con el deslizamiento. No supo cómo él pudo deshacerse de ella sin que perdiese el equilibrio, pero se apartó de repente hacia un costado, agarrado de ella solo con una mano. En ese instante Sofía tuvo la misma sensación que en el campo La Victoria cuando quería seguirlo a caballo y el pánico la paralizaba. Pero esa vez era especial porque ambos habían combinado pasar esos momentos robados al poco tiempo que les quedaba y se esforzaría por alcanzarlo. Iba a disfrutarlo y sacar provecho de cada minuto que estuviera junto a él.

—Puedo sola.

Ella alcanzó a ver la sonrisa de Colin, que de a poco la dejó ir, y se inclinó hacia adelante para darse envión y deslizarse por la pista. A medida que adquiría seguridad, comenzó a disfrutar de patinar al son de la música que sonaba allí dentro. Pasadas unas vueltas, contempló la destreza de él para hacerlo con estilo mientras ella seguía en una velocidad constante. Entonces sintió de golpe que los brazos de él la tomaban de la cintura y la obligaban a acelerar. El modo en que la agarró impidió que se cayera y le transmitió esa sensación de vértigo que solo tenía junto a él. Esa era la palabra que resumía la personalidad de Colin, quien nunca le había temido a nada. Era intrépido y no medía las consecuencias de sus propios actos. El paso de los años lo había cambiado, sin embargo, y parecía que con ella no hacía más que recordarle que no le convenía estar con él y que debía protegerla. Lo había mencionado en varias oportunidades, y descontaba que sería cierto, no una mera excusa para apartarla de su lado. Observó que él se detenía al borde de la pista, aunque ella debió realizar una vuelta más para hacerlo, ante el ímpetu con el que se desplazaba.

Colin no dejaba de contemplarla. La tez blanca de Sofía resaltaba aún más al contrastar con el tinte carmesí de las mejillas, y la melena rubia revuelta dejaba al descubierto parte del fino y esbelto cuello. Por momentos su aspecto parecía frágil. Él siempre había estado al tanto de todo lo ocurrido dentro del hogar de los Molina y sabía que ella podría haberse sumido en el dolor que la había rodeado ante el desamparo con que había crecido. Pero no había sido así. Lo único que lamentaba era que los sueños que ella perseguía se estamparan contra la realidad que vivía. Él se había jurado que haría lo que fuera por cumplirle alguno, aunque creía que aquel que estaban haciendo realidad destruiría todo lo bueno que ambos habían construido. Pero él tampoco había podido negarse, porque, por una vez en la vida, había dejado de medir el dolor que podía causarle

con su partida. Estaba convencido de que más adelante se odiaría y de que ella también lo haría. Eso ocurriría sin duda cuando se levantase la mañana siguiente y analizase lo que había hecho, pero aún quedaban un par de horas.

—Ey —dijo en dirección a él—, ahí voy.

Ella se acercaba como una tromba al tiempo que él abría los brazos en señal de espera. Ni siquiera el impacto de su cuerpo contra el de Colin lo movió. Él enterró la cabeza en el cuello de ella, la besó y luego ascendió con los labios hasta su oreja.

—¿Te gustó?

—¿A qué te refieres? —replicó al separarse apenas de él.

—Al patinaje.

—Me encantó, y el recibimiento, mucho más.

Por más que no le hablase, Sofia podía adivinar lo que la boca de él no pensaba pronunciar. Los brazos de Colin la envolvieron, y sus labios se abrieron camino sobre los de ella en una leve caricia que dio paso a un beso exigente. Los dedos de él se le enredaron en la cabellera para obligarla a inclinarse hacia atrás. Nunca había creído que él pudiera provocarle semejante sensaciones ni robarle esos leves gemidos que se le escapaban de la garganta. Se encontraba a merced de él, de sus besos y caricias.

—¿Qué me has hecho? —ronroneó él al tiempo que se incorporaba e imponía cierta distancia—. ¿Quieres comer algo? Hay un restaurante muy bueno aquí.

—Me encantaría.

—Debemos darnos prisa antes de que lo cierren.

Se apresuraron a devolver los patines y luego enfilaron hacia el salón comedor, donde fueron atendidos de inmediato.

—Sabes lo que me gusta —aclaró Sofia.

Colin asintió con una sonrisa descarada y pidió el menú para ambos. El recinto era amplio, con lámparas de caireles que pendían del techo. El estilo era francés se palpaba en la exquisita decoración que ostentaba el lugar. La confianza que existía entre ambos les permitió hablar de todo y abstraerse de aquello que los rodeaba. Era la primera vez que podían hacerlo, porque en otras ocasiones siempre había habido alguna hermana, amiga o pariente que los distraía.

—Veo que estás con apetito.

—La actividad me lo da.

Colin volvió a servirse una copa sin dejar de contemplarla.

—Si te parece que todo esto es mucho, lo dejo y no lo como.

Él estalló en una carcajada y tomó el resto del contenido de la copa.

—Por supuesto que no. Me gusta verte disfrutar y comer de ese modo. No es tan común.

—Ah, entiendo, has estado con mujeres que solo beberían sin dejar de mirarte, ¿verdad?

—Ya te dije que ninguna se parece a ti y que eres especial.

¿Cómo decirle que ella estaba en lo cierto y que era poco usual que las mujeres, o por lo menos aquellas con las que él había estado, se mostrasen tal cual eran? Siempre había algo detrás en ellas o en él mismo. Nunca antes se había conducido con la honestidad que existía entre ambos.

A ella le costó terminar el plato luego de las palabras que él le había dedicado. Quería grabar en la memoria cada frase y gesto emitidos por él.

—Parece que la orquesta finalizó con la función.

—Eso creo.

Los músicos saludaron a la escasa concurrencia y abandonaron el recinto con algunos de los instrumentos.

—¿Deseas un postre?

—No, gracias —comentó él con una sonrisa—. Bebe esta copa, yo ya vengo. Voy a pagar la cuenta.

No solía beber, pero esa noche todo estaba permitido. Lo vio regresar con la mirada clavada en ella, pero no se sentó para acompañarla, sino que le extendió la mano. Se sorprendió de que no enfilaran hacia la puerta de salida y, en cambio, se dirigieran hacia el centro del salón, donde resplandecía un piano de cola negro.

—Me encantaría que toques para mí. No te sorprendas, ya he pedido permiso y me lo han concedido.

Si había algo que podía enamorarla aún más de Colin era ese gesto que había tenido. Durante la velada ella no había dejado de observar el piano y de pensar cómo sonaría ejecutado por sus manos.

—Nunca te negaría eso.

Se ubicó en la silla, extendió los largos dedos y, minutos después, se lanzó a tocar una de las piezas que tanto le gustaban. Él se había quedado a un costado con los codos apoyados sobre la lustrosa tapa de madera oscura. Adoraba verla tocar. La pasión que destilaba cuando lo hacía lo conmovía, aunque ella no fuera consciente de la luz y el poder que irradiaba.

Él ladeó la mirada y observó que los asistentes del lugar, así como el personal, habían detenido sus respectivas actividades y concentrado la atención en Sofía para escucharla tocar. Le había tenido que asegurar al encargado del lugar que ella no era una improvisada y que no le iba a desafinar el instrumento. Cuando terminó, Colin echó un vistazo a aquel hombre, que no había dejado de contemplarla. Los aplausos hicieron que continuase con una amplia sonrisa en el rostro, mientras las manos no dejaban de moverse sobre las teclas del piano. A medida que las melodías avanzaban, las luces se fueron apagando y los clientes fueron abandonando el lugar, que ya debería haber cerrado. Al finalizar la pieza, Sofía levantó la vista y, como si los minutos no hubieran transcurrido, descubrió que Colin continuaba en la misma posición, sin dejar de mirarla.

—¿Nos hemos quedado solos?

—Por desgracia, no. Quedan el encargado y dos camareros que, desde la puerta de la cocina, no nos sacan la vista de encima.

—Siempre estás tan atento a lo que sucede a nuestro alrededor.

Wood esbozó una tibia sonrisa, sin confesarle que eso era parte de su trabajo y que le había permitido salir con vida en más de una oportunidad. Luego de que cerrara la tapa del piano, la joven se levantó y se unió a él. Al atravesar el sector de la cocina, inclinó la cabeza y enfilaron hacia la puerta de salida para abandonar el Palais de Glace.

Dentro del automóvil, no se ponían de acuerdo acerca de hacia dónde ir. En lo único en que coincidían era que no deseaban poner fin a la noche, aunque ninguno lo manifestara de manera explícita. La mayoría de los bares y locales habían cerrado, salvo los que estaban ubicados en el puerto de La Boca, casi todos piringundines y tabernas o bares de origen italiano.

—Colin, si no fuera porque estoy contigo, nunca vendría hasta aquí.

—Eso lo sé, pero no quiero que me asocies solo a lugares perniciosos —dijo con una sonrisa.

—No lo haría. Al menos hasta ahora he conocido un hermoso lugar.

—No dirás lo mismo cuando entremos aquí.

Desde afuera se escuchaban algunos gritos.

—Debe de haber una partida de naipes. Vamos. ¿O te has arrepentido?

—De esta noche, no me arrepentiré de nada.

El brazo de él la atrajo y, sin que mediaran palabras, le besó la coronilla, un gesto tierno que la estremeció. Pidieron unas bebidas y se divertieron con la mesa de billar que había en el fondo del recinto. Colin se sumó a tres parroquianos para jugar una partida, mientras Sofía observaba fascinada los movimientos certeros del taco contra la bola. El joven no quiso enredarse más tiempo en la mesa de billar, por lo que realizó un par de golpes más y dio por finalizada su participación. Veía en el rostro de Sofía algunos rasgos de cansancio. Al chequear la hora en el reloj, confirmó que era de madrugada. Saludó todos y, luego de pagar, salieron del local.

—¿Cuándo ha sido la última vez que te has acostado a esta hora?

—Es la primera vez que salgo hasta estas horas. Si en alguna oportunidad me duermo tarde, es solo porque me cuesta conciliar el sueño. Y mira qué belleza.

Ella le señaló las veteadas pinceladas rojizas en el horizonte, que se fundían con la línea del río habitado por algunos camalotes que flotaban en la superficie.

—Pronto va a amanecer —concluyó.

Colin se apoyó en el capó del coche, la abrazó por detrás, con la cabeza en el hueco de su cuello, y le tomó las manos por delante. El silencio dolía, porque ninguno quería pronunciar alguna palabra de más que echara por tierra la magia que esa noche había tenido para ambos. El sonido de los grillos era lo único que irrumpía en la quietud de ese momento.

—Me quedaría aquí por siempre.

—Pero deberíamos irnos —ronroneó él.

—No lo dices muy convencido.

De golpe se vio de frente a él, que la quemaba con la mirada. La atrajo hacia sí para besarla. Necesitaba sentirla cerca. Con una mano le acarició el cuello y con la otra le rodeó la cintura para quedar más cerca uno de otro. Colin le rozó los labios con los suyos, le lamió las comisuras de la boca en una leve caricia y recorrió su contorno hasta que poco a poco se abrieron para recibirlo. No pudo controlar los fuertes deseos por saborearla y se dejó llevar en un beso exigente en el que pedía y reclamaba, mientras ella se entregaba con cada caricia recibida. Los largos dedos de él le acariciaron la espalda y la atrajo con más fuerza hasta fundirse en la estrechez de esa cercanía compartida. Sintió la delicada mano de ella en el pelo, donde se hundió para tomar un mechón y besarlo con más intensidad. Cuando creyó que la dejaría sin aliento, él deslizó los labios sobre el terso cuello y lo besó al tiempo que ella soltaba suaves gemidos. No podía dar rienda suelta a los deseos de hacerla suya, ni decirle tampoco todo lo que significaba para él. No quería destruir lo que hasta ese minuto habían compartido. Volvió a abrazarla como si de ese modo pudiera derretirse en ella. La respiración agitada de ambos era lo único que quebraba el silencio del amanecer.

—Creo que deberíamos irnos —susurró no muy convencido.

—¿En verdad lo crees?

Al verla, notó los signos del deseo impresos en el rostro de la muchacha: los labios hinchados por los besos, las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas por la pasión que destilaba en cada caricia.

—Eres adorable.

Con toda la voluntad que desconocía tener, le besó la punta de la nariz y acarició con el pulgar esa cara que le quitaba el sueño desde hacía tiempo.

—Debemos irnos, ya está clareando.

Ella esbozó una sonrisa sin añadir nada más y entró en el vehículo, rumbo a la casa de Colin. En el trayecto no dejaba de observar, a través del cristal de la ventana, los tenues rayos de sol que, perezosos, despuntaban en la lejanía. La sensación de felicidad la arropaba, porque siempre había deseado vivir todo eso con Colin. En medio de sus propias elucubraciones, ni cuenta se dio de que habían llegado a destino.

—Sofi, creo que el cuarto de Emma es el ideal para que duermas lo que resta de este día.

—Gracias. Parece que lo has arreglado todo.

—Sí, no quería que tuvieras problemas en tu casa.

—Te agradezco otra vez.

Sofía se puso en cuclillas para darle un beso y despedirse.

—Ve a dormir.

—Deberías hacer lo mismo.

Él asintió con el convencimiento de que sería imposible que pudiera pegar un ojo. La vio subir por la escalera hasta perderse por el pasillo que la llevaría a una de las habitaciones y enfiló hacia la sala para tomar una última copa de alcohol.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Martina estaba bajo el vano de la puerta con una taza de café entre las manos.

—Deberías saber que es de mala educación estar fisgoneando por ahí.

—Sabía que el mensaje de Scott acerca de que Sofi llegaría a casa más tarde traía algo más.

—No te vi en la inauguración del local.

—Llegué antes de que finalizara, no podía faltar. Ahí es que me enteré de que ella se había ausentado.

—No voy a discutir contigo sobre lo que hago —aseveró Colin.

—Lo sé, pero solo quiero decirte que, mientras te vayas a hacer tu vida, ella quedará aquí destrozada por lo que pudo ser.

—Te dije que no voy a zanjar esto contigo, pero debo recordarte que tampoco estarás si ella te necesita.

—Tienes razón. Lo que dije es porque la quiero y, aunque lo pongas en duda, a ti también —afirmó Martina.

—Lo sé. ¿Vas a al hospital?

—Sí, debo entrar más temprano para cumplir con todo antes de abandonarlo.

—Ve tranquila, no quiero ser también el culpable de tu retraso.

Ella se acercó para despedirse con un beso en la mejilla. Colin la vio alejarse y dar un golpe en la puerta de entrada al irse. Entonces se dirigió hacia el estudio. Debía hacer algo cuanto antes. Bebió el resto del contenido de la copa, tomó algunos papeles que necesitaba, los evaluó y salió disparado hacia su habitación para cambiarse y salir de allí con el objetivo de cumplir con algunas diligencias de carácter urgente.

* * *

Ya no quedaban vestigios del festejo del día anterior. Josefa se había adelantado, por haber sido la primera en retirarse del local, a arribar y ordenarlo. No había excusas para retrasar las múltiples actividades que tenían por delante. La inauguración les había permitido darse a conocer entre las damas de la alta sociedad y, al parecer, ninguna de ellas quería quedar fuera de las nuevas tendencias. Por ese motivo, necesitaba ponerse manos a la obra y comenzar con el tan ansiado negocio. En medio de la celebración, habían tomado nota de ciertas citas para ese día y calculaba que más tarde el establecimiento estaría a todo vapor.

—¡Josefa!, ¿cómo has hecho para ganarme de mano? Mira que me he levantado temprano para arreglar todo esto.

—Emma, no debes preocuparte, no ha sido tanto el desorden. Sucede que, por más que lo desee, suelo despertarme muy temprano y no hay modo de que me quede remoloneando en la cama. Prefiero sacar provecho de mi falta de sueño.

—Gracias —dijo al tomarle las manos endurecidas y curtidas por el trabajo de toda una vida —, de verdad. Ahora podré ponerme a trabajar en la oficina.

—Yo ya terminé aquí, así que iré a la sala de costura, de donde espero no asomar mi cabeza durante bastante tiempo.

—Vaya, al menos hasta la hora del almuerzo, nadie va a molestarla.

La dejó arreglando unos percheros y subió la escalera hasta alcanzar el despacho, cuyo aspecto era el que a ella le gustaba, pues estaba convencida de que un poco de desorden en el escritorio era estimulante. Algunas revistas de moda descansaban a un costado de la mesa de trabajo, que sostenía también dos carpetas con documentaciones sobre los proveedores. Detrás del sillón, había una biblioteca de madera oscura colocada por sugerencia de su madre, Victoria, en la que no faltaba ningún ejemplar de Charles Dickens, que guardaban un significado muy especial para su padre también. A pesar de poderla completar con varios libros que había en su casa, algunos estantes estaban plagados de más carpetas de diseños que había dejado Rose. Debería evitar acumular tanta papelería, pero no era el momento de preocuparse por eso.

Sobre la mesa apoyó la cartera con la bolsa que había llevado desde su casa y extrajo un florero de plata con borde tallado que conservaba en la habitación. Quitó de una jarra de loza un ramo de flores y lo trasladó al que había llevado. Sin dudas, lucían más hermosas en el nuevo recipiente, bruñido y reluciente.

—Buen día, Emma.

Rose entró sin dejar de mirar lo que estaba haciendo su amiga.

—Flores es lo que sobra en el local.

—Así es. Luego debemos enviar tarjetas de agradecimiento. Hay unos arreglos florales que han quedado muy bonitos.

—Lo noté. Sin embargo, tú prefieres un simple ramo de flores silvestres.

—Amiga, para eso se han creado los gustos, y tú deberías saberlo mejor que nadie —comentó al rozar con los dedos un pimpollo.

—¿Sabes lo que creo?, que te gusta quien te lo ha regalado. Y doy por sentado que ha sido Fausto. Es su estilo natural, sincero y sencillo, ¿o me equivoco?

—Para no haber visto nada de lo que sucedió cuando me las regaló, estás muy bien encaminada —admitió Emma.

—Lo vi entrar y noté que se acercó a ti, pero no lo vi con las flores en la mano. Está claro que, por más que lo niegues, él llama tu atención.

—Solo se trata de un gesto gentil luego de otros que han sido descorteses. Es por eso que le guardo cariño.

Rose se quedó mirándola en silencio para luego lanzar una fuerte carcajada.

—Parece que te has levantado de muy buen humor.

—Por supuesto. Además, he estado desayunando con mis padres. No te imaginas la felicidad de mi madre. Menos mal que le expliqué que no podía faltar en mi primer día de trabajo. Si no, estaría contándole todo lo sucedido en su ausencia —explicó entusiasmada.

—Me alegro de que al fin hayan llegado. No creo que los míos tarden demasiado en regresar.

—¿Supiste algo de Sofia?

—Te aseguro que dudé de venir solo para averiguar dónde estuvo y qué estuvo haciendo. Debe de haber llegado muy tarde, porque no la he sentido y, cuando intenté despertarla, parecía estar en trance. Ahora te aseguro que de mañana no pasa para que nos cuente todo lo que sucedió.

—Lo más llamativo es que tu hermano no la haya llevado a su casa —reflexionó la diseñadora.

—Por eso mismo, acá hay gato encerrado.

—Tienes razón. Pero, antes de seguir sacando conclusiones, me llevo esto —dijo al tomar una de la carpetas ubicadas en un estante de la biblioteca—. Mañana tengo una cita que ansió mucho.

—No me digas que combinaste una entrevista con Inesita Almada.

—Exacto. Por eso quiero tener todo en orden y, además, hoy atenderé a dos clientas.

—Ve entonces, que yo debo ocuparme del resto.

En medio de la algarabía que significaba estar inmersas en la actividad con la que tanto habían soñado, las horas pasaban sin que se detuvieran a almorzar o se distrajeran con alguna otra cosa. Solo cuando el estómago no les dejó de rugir, tomaron conciencia de que la tarde estaba en su apogeo y de que debían descansar un poco si en verdad deseaban mantener ese ritmo durante el resto de la semana.

* * *

Hacía tiempo que Sofía no disfrutaba de la tranquilidad del hogar. La sala estaba sumida en un delicioso silencio. Atrás quedaban los gritos que, en más de una oportunidad, se escuchaban dentro de los muros de la propiedad. El crepitar de los leños que ardían en la chimenea ubicada frente a ella era el único sonido que lo quebraba. Desconocía si había sido por el cansancio que aún arrastraba en el rostro o porque su padre tenía un buen día, pero, cualquiera fuera el caso, le agradecía que le hubiese dicho que esa noche no fuese al restaurante. Aprovecharía para descansar, ya que aún no lo había logrado. No dejaba de recordar lo vivido la noche anterior, que parecía un sueño. A pesar de no haber tenido noticias de él, descontaba que lo vería la mañana siguiente. Estaba convencida de que había una posibilidad de cruzarlo cuando se encontrase con sus amigas en la tienda de moda o en la casa de ellas. Le causaba gracia recordar la sorpresa de Emma al verla dentro de la habitación. Por más que había querido que le contara lo sucedido la noche anterior y el motivo de la huida del evento, debía cumplir con algunos recados que no podía posponer. El adormecimiento de Sofía tampoco había ayudado a despejar la mente atiborrada por los gratificantes recuerdos de Colin. Aún sentía a flor de piel los besos y las caricias prodigadas por él. Debería buscar una buena excusa para evitar confesarles a sus amigas lo ocurrido, porque no quería que la juzgasen por algo que la había hecho feliz, y menos que lo hiciesen con su hermano.

—Sofi, debes comer algo.

—Tía, estoy bien, gracias.

—Aprovechemos a hacerlo hoy, que estamos solas.

Sofía asintió porque, en medio de la vorágine de los pasados acontecimientos, no había tenido tiempo de hablar con ella como solía hacerlo en otras oportunidades. Por otro lado, no habían sido tantas las veces en que la había visitado, y no quería desaprovechar la ocasión.

—Aquí está ideal para comer algo caliente. Tengo preparado algo en la cocina, ya vengo.

Minutos después, trajo en una bandeja dos platos con consomé. El vapor que despedían los recipientes invitaba a devorarlos en esa fría noche.

—Lucen muy tentadores.

—Así es —dijo antes de probar con la cuchara la sopa de caldo con pedacitos de pan tostado—. Exquisita, y no lo digo porque haya sido yo quien la hizo.

—Es mejor que mi padre no te escuche porque te diría que nada tiene que ver con las elaboraciones del restaurante.

—Es probable. Él siempre busca una excusa para estar en permanente discusión.

—A veces me pregunto cómo es que lo soportas —bromeó Sofía.

—Lo hizo mi hermana y luego tú, ¿por qué no lo haría yo?

—Por más que me duela, es muy poco lo que recuerdo de mi madre. No te imaginas cuánto la necesito y cómo me gustaría que ella estuviera aquí.

Los ojos de Helen se humedecieron ante la sentida evocación de Sofia.

—¿Qué quieres saber?

—No sé... ¿Qué sueños tenía?

—No solo a ella, sino a mí también, nos habría gustado quedarnos en Irlanda. Nuestros padres nos trajeron de pequeñas aquí porque buscaban una mejor vida para toda la familia. No sé si la alcanzamos, pero durante un tiempo lograron tenerla.

—Sin embargo, mamá siempre me mencionaba la tierra que había abandonado y sus deseos de volver. Ella era muy pequeña cuando se marcharon como para recordarla con tanto afecto.

—Lo que sucede es que nunca nos desprendimos de manera definitiva de nuestra querida patria. Será que el espíritu irlandés nos hace ser melancólicos y románticos. Sin embargo, pudimos retornar.

—¿Y por qué regresaron aquí? —inquirió la joven.

—Lo hicimos con la familia, debíamos hacerlo. Los compromisos laborales de mi padre no permitían que nos quedásemos más tiempo.

—A pesar de que la familia se había quedado aquí, nunca entendí el motivo por el que te fuiste a instalar a Norteamérica.

—Debe de ser que tengo un alma aventurera —replicó ausente, con la mirada en cualquier otro lugar.

—Por momentos no dejo de soñar con conocer el hogar de mi madre. Supongo que habrá familia allá, ¿verdad?

—No te creas, no somos tantos. Luego de la muerte de mis padres, mejor dicho de tus abuelos, habrá quedado algún tío lejano, pero no más que eso.

—¿Has regresado?

—No desde la muerte de mi hermana —admitió Helen con pesar.

—Sin embargo, nada te ata, puedes hacerlo.

—Tienes razón —replicó antes de que la cuchara se cayera sobre el plato de loza que tenía entre las manos e hiciera desbordar el líquido—. Quizá se deba a que estoy esperando hacerlo contigo.

—¿De verdad lo dices?

—Al menos me gustaría que conozcas el lugar en el que vivo y, por supuesto, viajar a mi tierra contigo.

—No sabes la cantidad de veces que pensé en visitarte. Claro que no era más que una ilusión. Mi padre nunca lo habría consentido. Además, no sabía si sería bien recibida. No me mires de ese modo, supongo que tendrás una vida propia allá, y no me gustaría transformarme en un estorbo para ti —razonó Sofía.

—Te aseguro que nunca lo serías.

—Quizá se deba a que, cuando era pequeña, no venías de visita, ¿verdad?

—Tienes razón. Sin embargo, cuando mi hermana murió, vine porque imaginé que me necesitabas.

Notó que la cena había adoptado un ambiente nostálgico, y lo que menos deseaba era entristecer a su sobrina. No era el momento ni la ocasión para ello.

—Debes contarme cómo van esas clases de música.

—Muy bien. No quiero ilusionarme demasiado porque podré concurrir durante un breve tiempo, pero espero que sea el suficiente para sacar provecho y aprender todo cuanto pueda —deseó la joven.

—Por otro lado, ese muchacho Colin siempre te ha tratado de manera especial, ¿verdad?

Con solo nombrarlo, un fuerte calor invadió el cuerpo de la chica.

—Está bien, no necesito que me lo digas. ¿Un poco más de sopa?

—No, gracias. ¿Te ayudo? —preguntó mientras intentaba levantar la improvisada cena sobre la pequeña mesa frente al fogón.

—De ninguna manera, ve a descansar, que falta te hace. Yo me encargo.

Sofía no necesitó que Helen le insistiera con abandonar la sala para dirigirse a la habitación.

—Gracias.

No bien entró en el cuarto, se sacó los zapatos y buscó uno de los tres camisonos de satén en color pastel que su tía le había regalado. Enfiló hacia el baño para higienizarse y, al salir, apagó la luz para luego buscar la pequeña lámpara de mesa que estaba a un costado de la cama. No pudo alcanzarla porque unos macizos brazos la tomaron por atrás. El alarido que le nació en las entrañas se ahogó en la mano de Colin sobre su boca, al tiempo que le susurraba que no gritara. De inmediato sintió cómo los dedos de él abandonaban esa posición para recorrerle el cuerpo hasta abrazarla por detrás. La respiración se le agitó al percibir ese cálido aliento sobre el cuello, y un fuerte estremecimiento la cruzó por completo ante la anticipación de las enloquecedoras caricias que vendrían.

—Necesitaba verte —ronroneó él.

Apenas si pudo concentrarse en las palabras pronunciadas antes de que le mordiera el lóbulo de la oreja y continuara por el cuello para probar cada centímetro de esa tersa piel. Las diestras manos de él la giraron para tenerla de frente. Gracias a la tenue luz que se filtraba por la ventana, ella pudo vislumbrar el brillo y la pasión que destilaba la mirada azulina de Colin en apenas unos pocos segundos en los que se separó de ella para contemplarla. Él necesitaba grabar cada minúsculo gesto del rostro de Sofia, percibir el aroma de esa piel y saborear cada pulgada de ella. De inmediato, sus bocas se fundieron en un beso profundo y desesperado. No fue cuidadoso al besarla, sino lascivo y desenfrenado. En cada roce que le prodigaba, intentaba mitigar el profundo deseo por ella. A pesar de ello, cuanto más la mimaba, mayor era el anhelo por tenerla. El delicado bretel del camisón se deslizó por el hombro de Sofia y dejó al descubierto unos pechos enhiestos que exigían ser acariciados. Primeros los estrujó con los dedos y, alentado por la melodía de los sonoros gemidos de Sofia, deslizó la boca para besarlos, morderlos y succionarlos. Las inexpertas manos de ella se desplazaban por el amplio pecho varonil sin saber que nunca antes unas simples caricias habían podido provocarlo de semejante modo. El deseo, la pasión y la lujuria le nublaron la mente. Fue solo un instante en el que se dio cuenta de dónde estaba y de lo que representaba ella para él. Ese solo pensamiento, que se cruzó como un rayo por la mente de Colin, lo hizo refrenarse de hacerla suya, aunque creía que había dejado su sello en cada caricia.

—Sofia —dijo al tiempo que volvía a colocarle los tirantes del camisón sobre los hombros—, no puedo controlarme contigo.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —Esperaba que, en medio de la penumbra, no descubriera el sonrojo que tendría en las mejillas ante esa osada respuesta.

No pudo más que sonreír. Cada minuto que transcurría allí, más difícil le resultaba retirarse. No debería haberse presentado, pero un fuerte impulso se había apoderado de él, y no había podido refrenarlo. No era usual que se dejase llevar por los sentimientos, su profesión lo había entrenado para eso. A pesar de todo, solo ella lograba que su mundo se tambaleara.

—Porque así debe ser —contestó al desviar la mente de todo lo que deseaba hacer con ella para concentrarse en cualquier otro pensamiento—. Quise darte una sorpresa ya que estaba cerca de aquí.

—Bebiendo unas copas de whisky, ¿verdad? Adoro ese sabor en tu boca.

—Así es, estuve en un bar aquí cerca.

—Menos mal que pude quedarme esta noche en casa para compartir este encuentro.

Deslizó el pulgar sobre los labios de ella. No pensaba decirle que él había pasado por el restaurante de su padre y, al ver que no estaba, había decidido enfilarse hacia la casa.

—Aún no me has dicho cómo hiciste para entrar. La ventana estaba cerrada.

—No lo comentes —le susurró él—, pero tengo una habilidad especial.

Sofía lanzó una carcajada que no pudo reprimir.

—Shhh, no quiero que tu tía irrumpa aquí y nos vea. Debo irme.

—Pero...

—Sofi, debo irme.

De golpe volvió a besarla de un modo especial. A pesar de haberlo sentido, no pudo descifrar el motivo. Pero en ese instante no deseaba pensar, tan solo sentir todo lo que le ocurría cuando estaba junto a él. A pesar del impulso que tuvo por detenerlo, se mantuvo allí y lo vio alejarse como una sombra huidiza.

—Te amo.

Esas dos palabras hicieron detener a Colin frente a la ventana durante apenas unos segundos. No se dio vuelta, no podía, y salió de allí con la misma rapidez con la que había entrado. Cuando alcanzó la calle, se volteó para ver la figura de ella, recortada en la penumbra e iluminada por el reflejo de la luna. Con esa última imagen, se perdió por la calle para alejarse de ella, pero sin poder deshacerse del profundo sentimiento que lo unía a Sofía Molina.

CAPÍTULO 6

Sin decir adiós

U nos negros nubarrones pendían del cielo plomizo. En cualquier instante estallarían en una tormenta tempestuosa. Desde la proa del barco, se apreciaban las aguas revueltas del Río de la Plata. Las impetuosas olas impactaban contra las dársenas que, junto a las embarcaciones fondeadas, completaban el paisaje portuario. Las estructuras de ladrillo características de los docks erigidos a la vera de río y construidas para el almacenamiento de mercaderías se hacían más pequeñas a medida que la nave se alejaba del puerto nuevo. Las farolas instaladas en la zona se mantenían encendidas a pesar de que había amanecido horas antes y refulgían entre la bruma marina. El intenso frío golpeaba con fuerza.

Colin estaba aferrado a la barandilla de la embarcación, con las manos enfundadas en guantes de cuero, mientras contemplaba cómo, de a poco, el barco se alejaba de la costa de Buenos Aires. Nunca antes había sufrido por abandonar la ciudad. Sin embargo, allí había quedado una parte de él. Deslizó el puño del abrigo para observar el reloj de pulsera. Calculaba que en breve Sofia se enteraría de que él había partido. Había sido mejor hacerlo de este modo, sin despedidas ni llantos, aunque nunca había creído que fuese a sentirse tan despreciable. Él no había deseado jugar con ella, pero estaba seguro de que, con el paso del tiempo, eso sería lo que ella pensaría. Había actuado de un modo egoísta con alguien que solo había tenido bondad con él. Eso era algo que no iba a perdonárselo jamás.

—Ten —dijo Scott al entregarle una taza de café caliente—. De nada sirve culparte por algo que deseabas hacer.

—Lo sé, no suelo arrepentirme de mis acciones, y mira que tendría motivos para hacerlo.

—Te entiendo.

—Pero ella siempre ha sido especial para mí y no se merecía que un malnacido como yo actuase del modo en que lo hice. Solo pensé en mí.

—No creo que ella se arrepienta de haberte confesado lo que sentía. En algún momento todo esto iba a suceder.

—No entiendes que es distinta, como mis hermanas, que creen que, porque pueden desarrollarse en lo que les gusta, conocen el mundo.

—Pienso que estás equivocado.

—Claro que no, mira a Martina. Cree que va a llevarse todo por delante; sin embargo, no tiene ni idea de lo que le espera.

—Te equivocas; ella sabe lo que quiere y siempre ha luchado por conseguirlo.

—En su profesión, puede ser, pero para el resto es tan inocente como Sofia. Al menos ese médico con el que trabajaba parecía ser serio y sensato. Ahora se aleja de todo y de él también.

—Ese era un imbécil.

Colin miró a su amigo sin entender el por qué de esa apreciación. Pero él no estaba con ánimos de evaluar nada que sucediera a su alrededor.

—Puede que lo fuera, pero no era una mierda como yo o como lo eres tú —replicó con una sonrisa cínica.

—No me arrojes al fango en el que estás metido.

—Por favor, Scott, si hay alguien a quien nunca le confiaría a alguna de mis hermanas es a ti, y no necesitas que te explique los motivos, ¿verdad?

—Como yo no cuento con hermanas, no debo preocuparme como tú. Vamos a beber algo fuerte —dijo al ponerle la mano sobre el hombro.

Se alejaron de la gélida brisa exterior para ingresar a los cómodos y elegantes salones del navío. Por más que viajase en primera clase y el confort estuviese asegurado, Colin padecería ese trayecto, y no por la veintena de días en que se extendería la travesía que los llevaría a Londres.

* * *

El Hospital Rivadavia estaba sumido en un constante vaivén de camillas, enfermos y personal médico. No había un día en que el ritmo disminuyera ante el imprevisto de una urgencia, sumado a la atención usual a los pacientes. Para Martina, esos días eran caóticos, ya que debía dejar todo arreglado antes de partir. Aún no había confesado que abandonar todo le estaba resultando más difícil de lo que había creído. Hacía unos pocos minutos, se había despedido del área de cirugía del centro médico. En cada intervención en la que participaba, más segura se sentía de que era esa la profesión con la que siempre había soñado, más allá de los obstáculos que había tenido que sortear para estar ahí. Aún le quedaba por delante hacer la clásica revisión de algunos de los pacientes que habían sido operados y que debían cumplir con todas las prescripciones médicas hasta obtener el alta. Recorrió el largo pasillo de muros blancos que la condujo hasta una de las habitaciones, con la que empezaría las visitas.

—Doctora, me preguntaba cuándo vendría a verme.

—¿Y creía que me había olvidado de usted?

Martina esbozó una sonrisa ante la preocupación de Francisca. Hacía un tiempo que estaba internada allí. Luego de haberla intervenido, no debía permanecer allí más que unas horas; sin embargo, una infección inesperada había agravado el estado de la paciente, cuya edad avanzada hacía todo más complejo. Más allá de las complicaciones médicas, la soledad en la que estaba inmersa por la falta de parientes empeoraba todo. Quizás había sido eso, o la inmediata empatía que Martina había sentido por ella, lo que hizo a la joven médica estar más pendiente de esa enferma que del resto de los pacientes. Nunca se iba de la institución sin darle las buenas noches. Era un modo de acompañarla, aunque sabía que no podía salvar la soledad que la acompañaba desde hacía tiempo. Completó la rutina y la auscultó para controlar que estuviese estable. Quería ser la portadora de la buena noticia del alta médica. Por fortuna, Francisca no contaba con ningún síntoma alarmante que pudiera empeorar el ánimo que tenía.

—Hoy estamos mejor y, si esto sigue así, muy pronto podrá irse a su casa.

Notó que había desviado la vista para esquivarla. Ella estaba acostumbrada a los cambios de humor de los pacientes y entendía que así fuera porque no era agradable estar dentro de un centro médico.

—Estas son muy buenas noticias. Mire por la ventana —comentó mientras se acercaba al cristal—. Aunque no sea una bonita mañana, muy pronto podrá dar una vuelta, bien abrigada, por los jardines hasta que esté lo bastante fuerte para irse de aquí.

—Desde pequeña me decían que no debía fiarme de las pelirrojas. Nunca creí que fuera cierto y, cuando la conocí, pensé que era un ángel, aunque con un manto colorado que la cubría. Ahora me doy cuenta de que era cierto lo que me habían dicho.

—Francisca, ¿por qué lo dice?

—Porque, en vez de pensar en que voy a irme pronto, debería haberme dicho que es usted la que abandona este lugar para irse de viaje un largo tiempo, ¿o va a negármelo?

—No —admitió mientras se sentaba al borde de la cama—. No sé quién se lo dijo, pero es verdad.

—El médico que no tiene ojos más que para mirarla cuando la tiene cerca.

—¡Francisca!

—¿Ahora me va a decir que desconoce que ese joven está enamorado de usted?

—Él solo es un buen amigo y, aquí dentro, es el jefe de esta sección. Por eso se le debe respeto.

—Ahora me regaña por decirle la verdad de lo que pienso —se quejó la señora.

—No la estoy retando, solo aclaro ciertas cuestiones. Me habría gustado decirle yo misma que pronto viajo hacia Europa gracias a una beca que me otorgaron. Es algo que anhelé siempre, aunque puedo asegurarle que irme de aquí no me está resultando tan fácil como lo esperaba. No crea que estoy abandonándola, me gustaría saber de usted una vez que deje el hospital.

—¿Y por qué lo haría?

—Porque le tengo aprecio y me importa lo que le suceda, más allá de los controles médicos a los que debe asistir.

Era visible la humedad en los ojos de Francisca. La doctora no comprendía el impacto que tenían esas palabras para una mujer que lo había perdido todo y que estaba sola en el mundo.

—Gracias, doctora; y perdone, no quise ser descortés.

—Lo sé. Debo confesarle —dijo al inclinarse para tenerla más cerca— que me gusta la fama que tenemos las coloradas.

Ambas estallaron en una carcajada hasta que la puerta se abrió de golpe con la aparición del doctor Corvalán.

—Buenos días —saludó a Francisca, y clavó la mirada en Martina—. Te estaba buscando.

—¿No le dije, doctora?

—¿A qué se refiere, Francisca? —se interesó el médico.

—Le decía a la doctora que no se entretenga conmigo, que estoy mejor, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Martina con una sonrisa, y le guiñó el ojo a la enferma—. La veo más tarde.

—Vaya tranquila, no se preocupe.

Cuando ambos médicos se encontraron solos en el pasillo, ella quiso saber el motivo por el que la buscaba.

—He estado de guardia y necesito tomar algo y distraerme.

—Pero yo debo completar mi recorrida.

—Puedes hacerlo más tarde. Nada se va a complicar más de lo que está.

—Federico, no puedes disponer de lo que debo hacer así como así.

—Claro que puedo, ¿o te olvidas del cargo que tengo? —repuso él.

—No puedo olvidarlo porque siempre buscas el momento de hacérmelo notar.

—Martina, disculpa. Estoy cansado y no solo me hace falta salir de aquí, sino que también te necesito a ti.

Ella se quedó en silencio sin dejar de observarlo.

—¿O necesitas que vuelva a pedírtelo?

—No, vamos, aunque no tengo mucho tiempo.

Él emprendió la caminata con una sonrisa en el rostro. ¿Cómo podía ser que las mismas respuestas que le molestaban de ella fueran lo que lo atraía? Verla con ese halo independiente lo fastidiaba porque lo hacía sentir que no lo necesitaba. Ella parecía ausente ante las demostraciones que le hacía. Quizás había llegado el momento de que todo eso cambiara. Cruzaron la calle y caminaron hasta la esquina, en la que había una confitería acostumbrada a atender a parte del personal médico del hospital. Una vez que se ubicaron, él pidió un succulento desayuno y ella ordenó tan solo un té.

—¿Quieres algo más?

—No, gracias, comí algo antes de salir de casa.

—¿Cómo andan los preparativos?

—Estoy en eso. Por momentos, me siento un tanto abrumada.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? —ofreció él.

—Gracias, Federico, pero es algo que debo hacer yo.

—Quería hablar contigo no solo para compartir esto —dijo, y se detuvo mientras el mozo apoyaba la bandeja plateada con el pedido. Una vez que se retiró, continuó—: También porque tengo la posibilidad de gestionar un traslado hacia París.

—¿Cómo surgió?, ¿cuándo? —dijo sorprendida.

—Bueno, creí que te alegraría de que existiese la posibilidad de que, en algún momento, estemos juntos.

—Me alegra si eso es lo que deseas.

—¿A qué te refieres?

—A esta nueva oportunidad que tienes —aclaró ella.

—Deberías saber que no es solo el aspecto profesional lo que me entusiasma. Martina —comentó mientras rozaba los dedos de ella—, te sorprendes como si no supieras que eres importante para mí. Desde que te conocí, sentí algo muy especial, y te aseguro que intenté medir lo que hacía y decía porque entendía que necesitabas tiempo para escuchar todo esto. Pero tu partida apresuró todo, el tiempo se me acaba.

—Pero no es así.

—Por supuesto que sí. No tienes idea de lo que significa para mí que te vayas.

—Federico, hoy no puedo pensar en otra cosa que no sea el viaje, además de lo que implicará vivir fuera de aquí y empezar una nueva vida en un lugar extraño, junto a personas que tampoco conozco. Hay una mezcla de ilusión por lo que vendrá y de melancolía por dejar todo lo que conozco.

—Supongo que estoy incluido en las personas que te pesa abandonar —aventuró él.

—Claro que sí, pero quizás no del modo en que te gustaría.

—Lo sé, pero creo que nosotros nos debemos tiempo para estar juntos, que es justo lo que no tenemos. Por eso creo que la oportunidad de acompañarte más adelante va a ayudar a que lo nuestro sea posible.

—Por más que lo desee, no puedo prometerte nada —le advirtió ella—. Jamás te ilusionaría con un sentimiento que no guardo por ti. Claro que te quiero y que me gusta pasar tiempo contigo, pero no más que eso. Disfruto de compartir la pasión por lo que hago, pero no me sucede lo mismo que a ti. Quizá no sea como esperabas que fuera esta charla, pero no puedo mentirte para hacerte sentir mejor.

—Lo sé, y es lo que más me gusta de ti: nunca me has dicho algo que no fuera fiel a lo que en realidad sientes. Eso habla muy bien de ti, aunque yo no pueda cambiar lo que sucede. Te aseguro que lo intenté, pero de nada sirvió. Estoy convencido de que el tiempo que podamos pasar juntos permitirá que me veas de otra manera.

—No sé si es de ese modo como uno logra enamorarse. Creía que era diferente, al menos para ti lo es.

—Martina, no voy a rendirme, te lo puedo asegurar.

—Esa es tu lucha, no la mía. Yo no puedo disminuir tus expectativas ni avivar tus esperanzas.

Por favor no me lo pidas, menos en este momento en que no sé ni cómo me llamo.

—Si te hablo de este modo es porque no puedo contenerme más y se me hace muy complicado encontrar el momento ideal para hacerlo.

—No te preocupes, te entiendo.

Un peligroso silencio sobrevoló la mesa, y la incomodidad entre ellos se hizo palpable.

—Esto es lo que no deseo; espero que, hasta que lo nuestro cambie, todo siga igual que antes.

—Está bien —comentó ella sin estar muy convencida. Claro que lo hablado modificaba su relación. Atrás quedaba el trato dispensado cuando no existían palabras de amor entre ellos.

—¿Cómo ves a Francisca? —cambió de tema Federico.

—Desganada. Y se encontraba un poco enojada por no haber escuchado de mi boca que me iba.

—Sí, creí conveniente decírselo. Te equivocas si piensas que estuve mal al comentárselo. ¿Recuerdas lo que te dije cuándo entraste en el hospital?

—Que era importante poner distancia con el paciente.

—En este caso no lo has hecho, lo que está mal —recalcó él.

—Federico, hay una cuestión de humanidad por la situación que vive; eso es lo que me hace comportarme así con ella.

—Pero no te conviene.

—Te digo algo —replicó mientras se inclinaba sobre la mesa y se acercaba a él para hablarle —: no me arrepiento y lo volvería hacer. Por ahora no voy a salvar ningún error justo cuando me voy.

—Aunque eso significa contradecirme.

—Exacto —declaró con una sonrisa, y bajó la vista hacia la mesa—. ¿De verdad piensas comerte todo esto?

—Sí, he hablado demasiado. Ahora me toca escucharte mientras devoro mi desayuno.

No perdieron mucho más tiempo en la confitería. El tema que él quería hablar a solas estaba zanjado. Habría preferido hacerlo en otro lugar y momento, pero las guardias de ambos complicaban sus horarios. Aunque había habido un motivo que había acelerado todo: la presencia del inglés. Por más que ella no lo reconociese, se la notaba diferente cuando estaba con él. Creía que hablarlo con Martina empeoraría las cosas y no quería que eso sucediera. Aún recordaba

cómo, un par de noches atrás, había concurrido a verla a la casa, pero ella estaba en el negocio de su hermana. Había tenido la mala suerte de que en la sala estaba Scott, quien lo había saludado y ofrecido una copa.

—No, gracias, prefiero esperar aquí a Martina.

—Como quieras —había comentado antes de beber otro trago de whisky.

Claro que él no podía disimular el fastidio que le provocaba la presencia del piloto cerca de Martina y, lo que era peor, que vivieran en la misma casa. Eso lo torturaba cada mañana que la veía ingresar al centro médico.

—Creo que es mejor que ella no esté, porque hay algo que quiero decirte.

Scott había dejado a un lado la copa para concentrar la atención en el petulante doctor Corvalán.

—Creo que he dejado claro que no me caes en gracia. No me gusta tu compañía para Martina, ella se merece algo mejor que tú.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Por lo poco que he visto, no cuentas con una profesión seria para ofrecerle una vida estable. Vienes aquí a pasar un tiempo en su casa y divertirte a costa de la familia. Aunque creas que ella está incluida en el paquete, yo no voy a permitirte que...

En una pequeña fracción de segundo, los puños de Scott lo habían acorralado contra la pared.

—Me importa una mierda lo que digas de mí, pero de ella no vas a mencionar nada inconveniente. Martina es lo bastante inteligente como para saber qué desea y, por lo que veo, tú has quedado fuera de combate —había siseado al volver a estamparlo contra el muro—. La conozco desde hace tiempo. No sé si yo sea el hombre ideal para ella, pero de lo que sí estoy convencido es de que tú no lo eres. Si lo fueras, no te abandonaría, porque ella es fiel a lo que siente y a lo que es.

Eso había sido lo último que había escuchado antes de que el inglés abandonara la sala, con lo que lo había dejado solo y sin saber muy bien qué hacer. Unos minutos después, al escuchar la puerta que se abría, había creído que al fin era Martina; sin embargo, había aparecido su hermano.

—Hola. Por lo que veo, mi hermana no está.

—Sí, yo ya me iba.

—¿No deseas quedarte?

—No, supongo que tardará en venir.

—Como quieras. ¿Deseas un trago? —le había preguntado en tanto se dirigía a la mesa en la que se encontraba, rodeada de copas, la botella de whisky—. Veo que Scott ha estado por acá.

—No lo he visto y prefiero no retrasarme.

—La próxima, entonces —había replicado al levantar la bebida.

Corvalán buscó la puerta de salida con el convencimiento de que debía apurar las cosas con Martina porque, con ese sujeto al acecho, todo se complicaría.

Ese había sido el motivo por el que había apresurado todo, y esperaba no haberlo embrollado más de la cuenta.

* * *

Emma estaba inmersa en el trajín que implicaba estar al mando de una tienda que había abierto sus puertas días atrás. Debía cumplir con algunas diligencias que podría haber dejado pendientes hasta la semana entrante pero que había dispuesto completarlas esa tarde. Ese día había discutido con Rose sobre la conveniencia de entrevistarse con el peletero propuesto por Josefa. Podría haberlo dejado en manos de su empleada, que, tiempo atrás, se había ofrecido a hacerlo. A pesar de la necesidad de cumplir con ese encargo, había algo más que pensaba hacer pero que no iba a compartir ni siquiera con su socia y amiga. La conversación con el peletero había sido muy productiva. De origen italiano, hablaba a medias con las inflexiones características de quienes emigraban desde el sur de Italia. A pesar de la dificultad idiomática, ambos habían logrado ponerse de acuerdo. El diálogo había sido en excelentes términos e incluso le había contagiado el espíritu entusiasta con el que le había hablado.

El intenso frío se estaba haciendo sentir en la ciudad y, con él, el pedido de la aplicación de pieles en los abrigos por parte de las clientas había sido reiterado. Ni ella ni Rose querían dejar pasar la oportunidad de contentar a las compradoras. Con lo único que no contaban era con tiempo. Por ese motivo y para evitar mayores gastos, le había encomendado algunas prendas con apliques en el cuello y en las solapas, junto con un par de estolas. Ella debía cuidar de las finanzas y sabía que, cuando le contara a Rose que solo había encargado unas pocas prendas, se desilusionaría. Pero estaba segura de que había hecho lo correcto y esperaba que el diseño de los abrigos fuera del agrado de las concurrentes al local.

Al salir buscó la parada del tranvía para descender en el barrio de La Boca. Nunca antes había estado allí, ni tampoco sabía cómo llegar hasta los astilleros a los que se dirigía. Al descender se sorprendió por la pintoresca construcción emplazada ante sus ojos. Distintos colores resaltaban en las fachadas de madera y chapa de los edificios. Sobre la costa ribereña, se recostaban varias tabernas que congregaban a hombres para beber y brindar, mientras algunas mujeres se paseaban

por las inmediaciones en busca de compañía. Caminó sin saber muy bien si iba hacia la dirección correcta y entonces se detuvo, no solo para apreciar el reflejo plata de las aguas ante los débiles rayos del sol que caían en un lánguido atardecer, sino para orientarse sobre hacia dónde debía ir.

—¿Me parece a mí o anda perdida?

Emma se sobresaltó por la voz de un hombre que había aparecido vaya a saber de dónde. Se le había acercado más de lo conveniente, ya que pudo oler el aliento a alcohol. Vestía ropa de fajina salpicada con manchas de grasa.

—Venga conmigo —dijo al tiempo que la agarraba del brazo—, creo que unas copas pueden alegrarla un poco.

—Déjeme —exigió mientras intentaba zafar de las sucias manos del sujeto.

—Shhh, no grites, que aquí nadie te conoce.

Emma miró a su alrededor y contempló a varios trabajadores que, como él, estaban tomando algo junto alguna mujer que ofrecía gustosa su tiempo.

—Necesito ir hasta el astillero...

—Lo único que necesitas es a mí.

La desesperación y el miedo que Emma sintió hizo que no se diera cuenta de que ese hombre la arrastraba hacia una taberna ubicada a unos cuantos metros de donde estaban.

—¡Déjala!

La joven se sorprendió cuando, de repente, los fuertes dedos que la asían por el brazo se aflojaron de inmediato.

—¡Te ordené que la soltaras!

Ella pudo vislumbrar la duda en el rostro de ese hombre que no quería abandonarla; sin embargo, la presencia de Fausto le permitió liberarse.

—Vete ya.

Las copas de alcohol vaciadas no habían hecho colapsar aún el cerebro de aquel sujeto, que no pensaba tener problemas en el trabajo por contrariar al jefe. En varias oportunidades él, junto con otros empleados portuarios, habían debido recurrir a Guzmán para que les arreglase los conflictos en los que estaban inmersos en las faenas laborales. Trabajar arriba de un barco no se comparaba con el lujo que, para el público, tenía estar a bordo. La tripulación debía manejarse de acuerdo con una cadena de mando que, por momentos, era difícil de respetar. Las condiciones impuestas en las distintas ocupaciones sobre una embarcación eran, en la mayoría de los casos, deplorables.

Eran reiterados los problemas en la sala de máquinas, en la zona de cubierta y en la cocina. Las compañías navieras solían hacer responsables a los obreros por los daños ocurridos dentro de las embarcaciones y descontaban los daños sufridos de sus salarios. Con el tiempo habían necesitado algunos dirigentes que pudieran expresar los reclamos ante los dueños de los barcos y astilleros. La persona indicada no solo debía conocer como la palma de la mano la labor que se llevaba a cabo en las embarcaciones, sino que además debía contar con el liderazgo necesario para imponerse frente a los empresarios. Sin dudas, Fausto se había ganado una buena reputación como representante de uno de los sindicatos portuarios.

En conclusión, el borracho decidió no arriesgar su propia integridad física por una mujer que parecía no pertenecer a ese lugar. La vestimenta que llevaba la delataba. Bajó la vista frente al joven dirigente y se fue rumbo a la taberna El Tano a buscar a otra mujer que le diese lo que esa extraña se había negado a entregarle.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —siseó el hijo de Josefa.

Los fuertes brazos de Fausto la rodearon, como si de ese modo pudiera apartarla de todo lo que los asediaba. Ella no formaba parte de ese mundo, aunque hubiera comenzado a formar parte de la vida del muchacho. No entendía cómo había llegado hasta allí. Emma levantó la vista.

—Gracias —dijo Emma al apoyar la cabeza en el ampuloso pecho de él.

Si había algo que él no esperaba luego del modo en que se había dirigido hacia ella, era esa respuesta. Percibió el temblor que se expandía por el grácil cuerpo de la joven. Por más que no quisiese manifestarlo, el miedo se había apoderado de ella. Fausto deslizó los dedos por su espalda para aquietarla.

—Aún no me has dicho qué hacías por acá —le resopló en el oído.

—Vine a buscarte, pero no encontré el astillero en el que tu madre me dijo que trabajabas.

La confusión de él era completa, incapaz de adivinar por qué quería verlo. Nada tenía que hacer a su lado ni en ese lugar.

—Vamos —dijo él. Necesitaba alejarla de allí y averiguar qué buscaba esa joven que lo hacía actuar de modo extraño.

—En realidad Josefa desconoce que he venido. El otro día, mientras conversábamos, nos comentó dónde trabajabas.

Él se detuvo y clavó los ojos negros en los de ella. Le intrigaba el motivo por el que requería su ayuda. Nada tenían en común, lo único que los unía hasta el momento era que su madre trabajaba en el negocio de la joven Wood. En apariencia, había un sinnúmero de diferencias que los alejaban.

—Podrías habérmelo preguntado cuando me viste.

—Justo de eso quería hablar.

—Adelante.

—La última vez que nos vimos, todo sucedió muy rápido, y el modo en que te fuiste no fue muy agradable.

¿Cómo olvidarlo? La presencia de Alconada había deshecho el temple y la buena predisposición de Fausto al ir a la inauguración del local.

—No tiene importancia. Yo pasé por allí porque estaba cerca. Sucede que, como me desagradaba la persona que tenía enfrente y para no hacerte pasar un mal momento a ti, preferí irme y dejarte con tu prometido.

—Pero él no es mi prometido —refutó ella.

—Actúa como si lo fuera.

—Me visita cada tanto, pero...

—Emma, no me debes ninguna explicación.

—Puede que así sea, pero quería pedirte disculpas por el trato dispensado. Además, me gustó el ramo de flores que me regalaste.

Ella no pudo soportar la intensidad con que la miraba. Tampoco podía leer qué significado tenía para él que ella hubiese ido hasta allí. Quizás había sido un impulso desacertado. Era mejor regresar.

—No quiero hacerte perder el tiempo, me voy.

No alcanzó a dar más que unos pocos pasos porque sintió la mano de él, que la detenía.

—¿Adónde piensas ir?

—Hasta mi trabajo.

—Voy a acompañarte, no quiero que andes por aquí sola.

—Si es por eso, yo puedo...

—Te dije —comentó al acercársele más— que voy a acompañarte, aunque sigas despotricando.

Ella largó una carcajada, le parecía también un modo de liberar toda la tensión que tenía

acumulada desde que aquel obrero había aparecido.

—¿Es la primera vez que vienes por aquí?

—Sí, ¿se nota?

En medio de la conversación, trastabilló ante un charco en el empedrado y habría caído de bruces si no hubiera sido por los fuertes brazos de él, que la sujetaron.

—Esos tacones no son muy propicios para una caminata por esta zona.

—Gracias otra vez.

Se sorprendió de ver que ella se sacaba el zapato para verter el agua que tenía dentro mientras saltaba sobre el otro pie. De inmediato la levantó y la llevó hasta uno de los bancos que había a la vera de río.

—Pero ¿qué haces?

—Evitar que continúes salpicando a la gente con el otro zapato —replicó jocoso.

—Si es así, esperaré a que se seque un poco.

Al sentarse, lo dejó sobre el banco para que el débil sol, que aún se mantenía en el horizonte, secara el cuero del calzado. La falda gris que vestía le llegaba hasta un poco más arriba de los torneados tobillos. Era una visión que él no dejaba de apreciar, con el pie enfundado en una media de seda, en tanto imaginaba el resto de las piernas y los muslos.

—Me gustaría invitarte a que tomes algo, pero no por aquí.

—Gracias, pero en verdad debería estar en la tienda.

—Emma, deja de agradecerme por todo. Y ahora que estamos juntos, dime qué querías preguntarme sin que tengas que acudir a mi madre.

—¿Hace mucho que trabajas en esta zona? —interrogó ella.

—Sí, no fue una elección, sino la única posibilidad que tuve. Debía encontrar un oficio porque era el único hombre de la casa, por más que mi madre insistiera en trabajar.

Algunos años habían transcurrido desde el día fatídico en que su padre había perdido la vida. Cada vez que lo recordaba, se le retorcían las entrañas. Todo aquello tenía que ver con la persona en que se había transformado, pero no era el momento para decirlo ni la persona a quien confesárselo.

—Sin embargo, lo hace, y muy bien. Es estupenda con las agujas y la costura.

—Lo sé, pero no siempre se lo han reconocido. Muchas veces se han aprovechado de su necesidad y bondad. Sucede más de lo que crees.

—Ojo, que nosotras queremos que se sienta cómoda.

—Shhh —dijo al taparle los labios con un dedo—, eso lo sé.

La sensación que ese hombre le provocaba se había vuelto algo que nunca antes había vivido. La sola presencia de Fausto le generaba un cosquilleo especial que le atravesaba todo el cuerpo. Suponía que no era lo mismo que le sucedía a él y estaba convencida de que, esa tarde en especial, se mostraba contemplativo solo porque ella era la empleadora de Josefa. Dirigió la mirada hacia el río en tanto evitaba sonrojarse ante el modo en que Fausto la observaba, como si quisiera invadir su mente para conocer sus pensamientos.

—Fue inaugurado hace menos de un mes.

—Era lo que iba a preguntarte, pero ¿qué es?

—Se llama el Puente Transbordador. Permite el paso desde aquí hasta la isla Maciel. Puedes atravesarlo a pie y facilita la conexión entre ambas zonas al no tener que hacerlo en bote. Toda esta zona se ha ampliado en demasía, y somos muchos los trabajadores que vivimos de los astilleros, frigoríficos y otras fábricas instaladas por aquí.

—Es impresionante.

—Sí, trajeron la estructura de hierro desde Inglaterra y colocaron varios cilindros de hormigón enterrados en el riachuelo como base y sostén de la armazón metálica —expuso él.

—Ya lo has atravesado.

—Por supuesto.

—Me encantaría hacerlo también.

—Para eso deberías venir con la ropa adecuada, ¿no lo crees?

De golpe tomó el zapato de ella y se lo mostró. Aún estaba húmedo y con barro, pero al menos podría calzarlo sin inconvenientes. El joven se agachó para tomarle el pie y, al rozar con los ásperos dedos el fino tobillo de ella, levantó la vista para mirarla. Sin dejar de hacerlo, se lo colocó, ante el estupor de la muchacha, que no había imaginado que pudiera tener un gesto tan íntimo.

—Ahora sí —le dijo aún acuclillado—, te acompaño hasta tu negocio.

En ese instante hubo algo que cambió entre ellos y que les permitió dejar atrás las discusiones y los contratiempos. De regreso, tomaron el tranvía para llegar a destino y en el trayecto conversaron de cualquier tema como si fuesen buenos conocidos.

El negocio acababa de cerrar sus puertas al público luego de un constante tránsito de clientas. Algunos proveedores también se habían hecho presentes para llevar más mercadería necesaria. Las luces iluminaban el interior y, si bien la actividad comercial había acabado, las dueñas disfrutaban de un respiro junto a sus amigas. Emma se apuró a entrar y saludó con rapidez a quienes estaban allí.

—¡Al fin llegaste! Creía que te habías olvidado de nosotras.

—No, es solo que no calculé muy bien el tiempo.

—Parece que el peletero es muy hablador o que su local está muy lejos de aquí —replicó Rose—. Una cosa más: si piensas dirigir todo esto, tu aspecto es importante, al menos es lo que siempre me has dicho siempre. Deberías cuidar por dónde pisas. Bueno, no es para que te sonrojes, puede sucederme mí también.

—Sí, tienes razón, pero dejemos de hablar de nosotras. Sofía, qué alegría verte —saludó Emma, y se sentó junto a ellas al tiempo que apoyaba la bandeja con el budín y los sándwiches de pollo que había llevado la joven Molina.

—Da gusto finalizar un día de esta manera —comentó Rose al saborear la comida—, más cuando he estado parte de la tarde reunida con Inesita para hablar sobre su vestido de novia.

—Sabía que estarían cansadas y con ganas de comer algo. Me alegro de que al fin esa chica se haya decidido a venir a verte.

El sonido de las campanillas retumbó en el salón. Emma levantó la vista, y una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

—No puedo creer que mi hermana se haya hecho tiempo para venir.

—Por supuesto, no pensaba perderme esta cita.

Se sacó el abrigo y se acomodó en uno de los sillones ubicados en un rincón. Parecía que ese era el lugar elegido por ellas para juntarse a hablar de sus cosas.

—Quiero que sepas que vamos a extrañarte —exclamaron a coro.

—Lo sé, y yo a ustedes, pero no empecemos con eso. Ya tuve bastante con la conversación mantenida con Federico.

—Lo sabía —dijo Rose—, al fin se animó a decirte algo.

—Lo ha hecho, pero en verdad no creo que haya sido el momento propicio. Mi cabeza es un torbellino de dudas y emociones; no puedo pensar en nada que no sea el significado de mi viaje.

—Lo entiendo —suspiró Sofía—, pero es hermoso que alguien te declare lo que siente por ti.

—Supongo que debe de serlo —retrucó Emma—, aunque no sé si sea lo que mi hermana busca, ¿verdad?

—Exacto.

—Yo creo —acotó Rose— que es un buen candidato, pero no para ti. Lo tratas como a tu hermano Colin.

Con solo nombrarlo, el resto de las miradas se centraron en Sofía, que estaba a medio comer un sándwich.

—Ya que hablamos de Colin, Sofía, quiero saber qué sucedió el día de la inauguración. No supe por qué te fuiste y luego te encontré en mi dormitorio sin poder robarte una explicación debido al estado de adormecimiento en que te encontrabas.

—Colin me alcanzó cuando salí de aquí y salimos de paseo.

El rostro de felicidad de ella al evocar esa noche fue un gesto que no pasó desapercibido para el resto.

—No quiero que te ilusiones para después sufrir —acotó Emma—. Conoces a mi hermano, y no sé si es lo mejor para ti.

—Yo sí sé que él es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Sofí... —Rose se agachó para tomarle las manos—. Quizá sea así, pero sabes que él debe regresar a Londres.

—Sí, aunque preferí que no me diga cuándo lo hará.

Un contundente silencio se apropió de todas en ese instante. Era evidente que había algo por decir, pero ninguna se animaba a hacerlo. Las miró con los ojos húmedos al suponer lo inevitable.

—Ya se ha ido, ¿verdad?

—Sí. Desconozco el motivo, pero adelantó el viaje y partió junto a Scott esta madrugada —contestó Martina.

Con las manos trémulas, Sofía se limpió las lágrimas que le caían sin desearlo.

—Está bien, al menos nos pudimos decir todo lo que ambos sentimos. Era algo que nunca antes había pensado que podía suceder.

—No me imaginaba algo así —dijo emocionada Emma.

Martina obvió que los hubiese visto aquella madrugada, cuando ella salía rumbo al hospital. Ya le había advertido a su hermano que no dañase a Sofia. No se podía hacer mucho salvo esperar que el tiempo alivianara el dolor que iba a sentir ella ante la ausencia de Colin.

Ante el cambio de ambiente provocado por aquella noticia, el resto de las jóvenes intentaron contar anécdotas para cambiar el clima de la reunión. El problema era que Colin parecía estar presente en la mente de cada una de ellas. A pesar de todo, Martina se sorprendió del temple de Sofia, si bien por momentos parecía estar a bordo en la travesía a Londres junto a su hermano.

* * *

Los aciagos días transcurrían con lentitud para Sofia, sin poder encontrar algo que la alegrase. La música era el único escape que tenía en medio de tanta tristeza por la partida de Colin. Sabía que el momento de la separación llegaría, pero no había alcanzado a vislumbrar cómo se sentiría cuando sucediese. Había salido de la clase del conservatorio de música. Al menos, durante el tiempo que había permanecido dentro, había logrado apaciguar la nostalgia y la pesadumbre que la rodeaban.

—Sofia.

Se dio vuelta al escuchar que la llamaban. Una cuota de alegría la invadió al encontrarse con el director de la orquesta y conocido de su padre. No le extrañaba que anduviera por la zona, dado que, en algunos salones cercanos, también se daban clases de música y la concurrencia de artistas era habitual en aquellas calles.

—Buen día, don Lisandro, ¿cómo anda?

—Muy bien, ocupado en organizar algunos conciertos. En estas pocas cuadras, sueles encontrarte con algunos conocidos y siempre está latente la posibilidad de conseguir algo.

—Me alegro y doy por sentado que así será. No necesita que le diga que tiene una gran orquesta. Para mí, ha sido un honor integrarla aunque fuese tan solo en una presentación.

—Lo sé, pequeña, aunque imagino que la decisión de concurrir al conservatorio te debe de poner muy contenta. Además, has puesto contento a quien estaba interesado en ello.

—Por supuesto. Parece que ha hablado con mi padre.

Una oleada de satisfacción la envolvió al suponer que su padre estaba orgulloso de ella. Nunca antes había manifestado entusiasmo ante la pasión de ella por la música. Muy por el contrario, los últimos tiempos, se había vuelto más agresivo con respecto a ese tema y hacía permanente referencia a que se había iniciado en ese rubro por influencia de su madre. Entonces comenzaba a despotricar contra ambas. Por ese motivo, le alegraba que al menos entre amigos se manifestara cariñoso con ella.

—Aún no he pasado por el restaurante; le debo una visita. Me refiero al joven que me pidió que te dejara la nota acerca de la vacante para el conservatorio. Te confieso que al principio tuve mis dudas, pero ese muchacho es persuasivo cuando se lo propone.

La mente de Sofia estaba en blanco mientras intentaba acomodar los hechos relatados por el músico como si fuese un rompecabezas.

—No es para que te quedes así. Imagino que te habrá contado lo que hizo por ti, ya ha pasado un tiempo desde aquel favor que me pidió —añadió él.

—Tiene razón, Colin suele ser muy convincente cuando se lo propone.

—Ese era el nombre, tienes razón. Bueno, dime si estás disponible para sumarte en alguna presentación que hagamos, no tienes más que avisarme.

—Muchas gracias, don Lisandro; lo tendré en cuenta.

Cuando lo vio marcharse, tenía la vista nublada por las lágrimas que comenzaban a derramársele sin poder detenerlas. Colin había procurado que ella cumpliera el sueño por el que tanto había luchado. Como muchas veces le había dicho, había cuidado de ella y había sido el primero en concederle la oportunidad que siempre había buscado.

CAPÍTULO 7

Hacia lo desconocido

Martina se encontraba en la víspera de su viaje; la casona se había transformado en un hervidero de nervios y gritos, sumado a las idas y venidas que conllevaban los preparativos del periplo que iba a emprender. Nadie que viviese dentro podía estar ajeno al ajetreo que implicaba que la joven abandonase la casa familiar sin una fecha cierta de regreso.

—Por más que estés ocupada y con trabajo, no dejes de escribirme. Necesito saber de ti, de cómo van tus cosas. Me voy a sentir perdida en esta casa. Primero Colin y ahora tú.

Martina dejó los vestidos que estaba acomodando en el baúl que se llevaría para sentarse en el borde de la cama y abrazarse con su hermana.

—Ey, no llores. Yo también voy a extrañarte mucho. Creí que me iba ser más fácil esta partida, pero, con el paso de las horas y la proximidad de mi viaje, los nervios aumentan.

—Te vas a cumplir un sueño, y estoy segura de que todo irá más que bien, pero eso no significa que no vaya a añorar tu compañía. No debes hacerme caso, lo que menos deseo es complicarte con esta despedida.

—No lo haces, puedo asegurártelo.

—¡Niñas, vengan!

—Al menos no soy la única alterada —comentó Emma con una sonrisa al escuchar a Rita gritar.

—¡Vengan a la sala!

—Ella también está desbordada. ¿Qué le ocurre para lanzar esos gritos? Vamos a ver.

Tardaron unos pocos minutos en hacerse presentes en la sala, donde los bártulos de Martina no eran tantos como los que estaban acomodados contra la pared de la sala.

—¡Mamá! —dijo Emma al lanzarse en un efusivo abrazo con Victoria.

—¡Papá! —se unió Martina al ver a Thomas.

No sabía si era una buena noticia que hubieran arribado justo antes de que ella se fuera. El modo en que él la miraba no le permitió descifrar qué estaba pensando en ese preciso instante.

—Hija, ¿no te alegras de vernos?

Ella se adelantó y quedó envuelta en los fuertes brazos de su padre. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto los había necesitado. No era fácil el paso que iba a dar, aunque nunca se lo confesaría a la familia, en especial, a Thomas.

—¿Creías que no llegaríamos a tiempo? —susurró a Martina.

—Sucede que, de mi pasaje, se encargó Colin. No tenía muy en claro la fecha de partida porque debía completar primero algunos trámites, pero luego él se ofreció a hacerse cargo del boleto.

—Lo sé.

—¿Te has comunicado con Colin?

—¿Tú que crees?

Por supuesto que había conversado con su hijo, telegramas de por medio, no bien había escuchado por boca de Victoria los proyectos que tenía en mente Martina. Había comprendido también desde un principio que sería imposible detenerla, por más que fuera lo que él deseaba. Otra era la época y la situación que sus hijos vivían, muy distinta a la suya y la de su esposa, ya que las posibilidades distaban mucho de las que ellos habían tenido. A pesar de eso y de conocer el fuerte deseo de Martina de abandonar el hogar familiar, aún no se había hecho a la idea de tenerla lejos.

—Papá, no te preocupes, él ya ha insistido en que me quede y en que cambie mis planes, y sabes lo tozudo que puede ser cuando se lo propone.

—Lo sé, y lo bien que ha hecho.

—No quiero tener una discusión contigo antes de mi partida —lo frenó su hija.

—Hija querida, aún no me has dado la bienvenida —los interrumpió Victoria.

El sentido abrazo en que se fundieron fue lo único que la joven necesitaba para saber que todo estaba bien.

—No te preocupes por tu padre, ya me he ocupado —susurró Victoria, cómplice, en el oído de la joven.

En medio de tanta emoción, Martina comenzó a sollozar. No era común que la viesan en ese estado, pero estaba a las claras que todo aquello la sobrepasaba.

—Hija —dijo mientras le acariciaba el cabello—, todo estará bien, ¿verdad, Thomas?

La imagen que él tenía frente a los ojos no hizo más que conmoverlo. Martina era la viva imagen de su esposa. Aunque de temperamento más rebelde, el parecido físico resultaba contundente. Sin dudas, verla de ese modo confirmaba el orgullo que sentía por la familia que había formado, aunque no estuviese de acuerdo en algunas de las decisiones que en ella se tomaban. También entendía que, por mucho que lo deseara, esa vez no iba a poder modificar la resolución de la muchacha.

—Toma —dijo él al sacar una carta del bolsillo del saco azul—, aquí tienes los datos de algunos amigos que tengo en París. Por otra parte, cuentas con Colin en Londres.

—Gracias, papá —pronunció ahogada—. No te preocupes, también está Scott.

—Él no está en esta lista porque es familia, ¿verdad?

Thomas evitó decirle que ya le había enviado un telegrama para explicarle la situación y que así estuviera alerta de lo que Martina pudiera necesitar. Eso, al menos, lo dejaba un poco más tranquilo. La joven doctora tomó el sobre con manos trémulas ante el profundo significado que tenía lo que le entregaba su padre. Dudó en acercarse a él para darle un beso en la mejilla.

—Sé lo que significa para ti todo esto; muchas gracias, papá.

Él levantó la vista para cruzarse con la de su esposa. La necesitaba para no flaquear y comenzar a implorarle que no se fuera o decirle que estaba en desacuerdo con todo eso. En la mirada azulina de la que Victoria se había enamorado, sabía que estaba resumido todo el esfuerzo por aceptar que una de sus hijas viviese tan lejos. Tampoco había sido fácil para ella, pero había entendido de inmediato los fuertes deseos de Martina y, por supuesto, quería ser parte de la felicidad de la joven sin empañar su sueño.

—Hija, debes de estar en medio de los preparativos. Continúa. No bien finalice con algunas cuestiones, te acompaño.

—Yo también me voy a ayudarla —acotó la otra joven Wood.

—Emma, aún debes contarnos cómo ha salido la inauguración de tu negocio.

—En la cena te lo relataré todo, aunque estoy segura de que Eileen ha encontrado la manera de avisarte que todo ha salido de maravilla.

—Hablares más tarde —replicó Victoria con una sonrisa. No pensaba decirle que la madre de Rose, una amiga entrañable, la había mantenido al tanto.

—Quisiera tomar algo fuerte.

—Ve al escritorio, yo iré enseguida, luego de intercambiar unas palabras con Rita.

En el piso de arriba, la algarabía era completa. Cuánto había necesitado Martina la aprobación

de sus padres para el viaje que deseaba emprender.

—¿Piensas dejar toda esta ropa aquí?

—Supongo que tú le darás un mejor uso. Imagina que allá estaré trabajando. No creo que me quede tiempo para otra cosa.

—Martina, deberías darte tiempo para salir y divertirte —sugirió su hermana.

—Si piensas darme un consejo, yo también te daré otro: deberías pasar un rato con Álvaro.

—Eso es distinto.

—Mira, por lo que he visto, él parece bastante entusiasmado contigo. Ha estado visitando la casa con el pretexto de conversar con Colin, pero sabes que la verdadera razón eres tú. Deberías tenerlo en cuenta —insistió Martina.

—En verdad, él es lo que menos me preocupa.

—¿A qué te refieres?

Emma agradeció el chasquido de la puerta que interrumpió la conversación. No quería seguir indagando sobre lo que sentía. No deseaba pensar en Fausto Guzmán y, menos aún, en el debilitado interés que le provocaba Alconada.

—Emma, ¿qué sucede? —se interesó Victoria.

—Oh, perdón, estaba pensando en el local y en todo lo que debo hacer hoy.

—Si lo necesitas, ve —acotó Martina—. Sé que querías hacerme compañía para que no me sintiera sola, pero ahora está mamá. Es mejor que nos maneemos como si hoy fuera un día más.

—Está bien. ¿Vas a pasar por la tienda, como sueles hacerlo, a última hora?

—No, prefiero acostarme más temprano.

En verdad no estaba lista para afrontar la despedida con sus amigas. No deseaba sumirse en la melancolía que significaría verlas por última vez.

—Bueno, me voy entonces. Rose debe de estar como loca con todo lo que hay que hacer.

Sin más, bajó como una tromba por la escalera hasta alcanzar la puerta.

—Emma —exclamó la empleada desde la puerta de la cocina—, le preparé el té con unos panes para que desayune.

—Gracias, Rita, pero esta mañana prefiero irme antes y no perder tiempo.

El fuerte portazo indicó que la joven acababa de marcharse. La empleada había creído en vano que las nuevas actividades y responsabilidades de Emma calmarían su ímpetu. Parecía haberse equivocado.

* * *

Álvaro Alconada debía cumplir con varias diligencias, pero primero pensaba acercarse al negocio de Emma para saludarla y recordarle que solo él podía pretenderla. Hacía un tiempo que había posado los ojos en la joven, que cumplía con todos los requisitos que necesitaba para hacerla su esposa. Había tomado la previsión de acercarse a la familia mientras se encontraba el hermano en la ciudad y había dejado claro el interés que sentía por ella. Era solo cuestión de tiempo para que Emma Wood se convirtiera en su mujer. Nunca antes una muchacha se le había resistido, y parecía que la cuota de indiferencia de la joven, que actuaba con cierta displicencia hacia él, lo había terminado de obsesionar por conquistarla. Además, Emma contaba con gran belleza y era portadora de un apellido relacionado al dinero y al poder amasados por su padre, Thomas Wood.

Caminó por la arbolada calle Alvear, que se abría paso entre las residencias palaciegas construidas a su vera, hasta llegar a la casa del doctor Lindor Negri. Dentro de la suntuosa propiedad, se encontraba su despacho, donde llamaba la atención la biblioteca de caoba oscura repleta de libros y tratados. El amplio escritorio se encontraba coronado por un juego de sillones de cuero verde, y algunos cuadros con imágenes campestres vestían las blancas paredes.

—Amigo, no te esperaba.

—¿Me invitarás a pasar o debo pedir una cita? —bromeó Álvaro.

—Por supuesto que eres bienvenido —replicó al darle un abrazo. La cordialidad y simpatía del anfitrión eran más que conocidas. A pesar de esa característica, no dejaba de ser implacable en su profesión—. Adelante, toma asiento.

—¿Estabas ocupado?

—Para un amigo y cliente, nunca lo estoy. ¿Quieres una copa?

—Lo que tomes estará bien para mí.

—Toma —dijo Negri al entregarle el whisky—. Supongo que esta visita no es solo de cortesía.

—La última vez que nos vimos, en el restaurante Armenonville, no estábamos con ánimo de hablar de negocios.

—Tienes razón.

Aquel lugar era un sitio para disfrutar en pareja con bebida y música. Eran pocos los hombres que se resistían a concurrir allí y pasar una noche bajo la solapada compañía de alguna mujer. Todo lo que ahí sucedía quedaba sepultado por el silencio de los asistentes y la discreción de los dueños.

—De más está decir que siempre se te ve muy bien acompañado.

—Hago lo que puedo. Debo distraerme de algún modo antes de dar el gran paso —comentó Álvaro sonriente.

—Eres un hijo de puta.

—Puede ser, pero no menos que tú —retrucó—. Me decías que no habíamos podido hablar.

—Así es. Estoy un poco complicado con un encargo de cereales que debe salir rumbo a Europa.

—¿Y en qué puedo serte útil?

—Quizá tengas algún contacto dentro del puerto para poder destrabar el encargo.

—¿Constataste que esté todo en condiciones para su envío? —consultó el abogado.

—Por supuesto, y es un cliente conocido con quien estoy operando allá.

—Sucede que ahora no es tan fácil tener contactos que actúen en favor de uno. Sabes que antes la zona portuaria era tierra de nadie; allí uno era dueño y señor de la mercancía que entraba y salía, pero ahora ciertas cuestiones han cambiado.

—¿A qué te refieres?

—¿Has escuchado que el personal portuario se ha organizado en la Federación Obrera Marítima?

—Lo sé, pero eso no debería hacer mella en mis negocios. Esos trabajadores son un grupo de holgazanes que busca, detrás de infructuosos pedidos, evitar el trabajo. A mí me tienen sin cuidado sus reclamos. Están ahí para hacer aquello por lo que se les paga. Si tuvieran más luces, no estarían cargando bultos en el puerto —opinó Alconada.

—Pues deberías tener más cuidado. La cosa ha cambiado, y sé de algunos líderes que se están posicionando muy bien detrás de los reclamos de sus compañeros.

—Mira, nada me importa menos que esos vagos. Que se pongan a trabajar y que nos dejen comerciar tranquilos. Ahora falta que, a estos conflictos, se sumen los ferroviarios.

—No debo recordarte que lo han hecho hace un tiempo y que las huelgas que protagonizaron paralizaron al país. Entonces se sumó también la Federación Obrera Marítima —rememoró Lindor.

—En fin, calculo que de algún modo se los podrá calmar. Sabes que cuento con el dinero suficiente para hacer favores, aunque me cueste rebajarme a eso con esos obreros de mala muerte.

—No querrás que te recuerde el fuerte conflicto que se ha mantenido tiempo atrás en el astillero Mihanovich. Por más que centralizaban gran parte de las actividades mercantes debido a la expansión de la firma, no pudieron frenar la disputa con sus empleados ni detener las huelgas a las que se vieron sometidos.

—Lo sé, lo sé —replicó disgustado el comerciante.

—Deja que vea qué puedo hacer.

—Me quedo tranquilo entonces, porque he recibido un telegrama desde Londres en reclamo por el pedido. Sabes que no me gusta perder en nada, y menos que sea por la inutilidad de algunos obreros del puerto.

—No te preocupes. ¿Otra copa?

Alconada echó un vistazo a la documentación que descansaba en el escritorio mientras esperaba ser servido de nuevo.

—Acepto. Veo que nunca dejas de mantenerte informado.

Había hecho clara referencia a los periódicos *La Prensa* y *La Nación*, que ocupaban un lugar importante sobre la mesa de caoba oscura.

—Me gusta estar al tanto de las novedades. Además, es parte de mi profesión.

—No has perdido la predilección especial por los casos policiales —observó el invitado.

—Tienes razón, aunque hay una noticia que me ha llamado la atención y ha desplazado a todas las otras.

—Ah, ya sé a qué te refieres. Lo acabo de leer, pero no creo que tenga incidencia, más allá de la curiosidad que despertará por saber por qué sucedió.

—No estaría tan seguro. De todos modos, la próxima noticia opacará a esta, así sucede día tras día —dijo el abogado con la copa en la mano.

Luego de unos largos minutos, la conversación llegó a su fin, y los ecos de la charla reverberaron en el pasillo de la casona cuando el dueño de casa se levantó para despedir a su amigo. El recinto quedó vacío, iluminado por la luz que entraba por el resquicio de la ventana. Lo único que se destacaba sobre la mesa eran los periódicos doblados en la página central, donde se dejaba ver la noticia que, hasta el momento, había desplazado incluso a las primicias nacionales al revelar un salvaje asesinato. El artículo rezaba:

En el día de ayer, el archiduque de Austria, Francisco Fernando, se encontraba junto a su esposa Sofía de Hohenberg en la ciudad de Sarajevo por una visita protocolar. Muy temprano por la mañana, debían asistir al Palacio Municipal para dar cumplimiento al primero de los actos de la gira por Bosnia. El trayecto en automóvil que los conducía hasta el destino programado se estaba llevando a cabo bajo el asedio de una multitud. Ese acompañamiento se debía a que era una visita esperada con ansias, más allá del tenso conflicto que se vive en la zona de los Balcanes. Desde la muchedumbre, alguien arrojó una bomba hacia el vehículo que trasladaba a la pareja, que salió ilesa, sin contar con la misma suerte una veintena de personas del público que resultaron heridas.

Al salir del palacio, el archiduque y su esposa decidieron cambiar el camino que estaba previsto para visitar a las víctimas del atentado sin saber que, en la calle Rodolfo, en pleno centro de Sarajevo, encontrarían la muerte de la mano de un sujeto que los remató con un arma a sangre fría. Quizá lo que se conoció luego pueda aclarar que la posibilidad de un atentado estaba latente. Según nos informan, un telegrama habría sido enviado por el Gobierno de Serbia días antes de la gira del archiduque con la finalidad de que reviera la visita al país o la retrasara. De acuerdo con los hechos de pleno conocimiento, la mencionada misiva no habría sido tomada en cuenta. Las especulaciones son varias, sin poder calmar el revuelo que produce semejante episodio.

* * *

Las buenas nuevas parecían colarse en la recién inaugurada tienda de modas. Dentro del local, Rose e Inesita Almada compartían una taza de té. Si bien contaban con tiempo para diseñar el vestido de boda, la joven diseñadora estaba llena de ideas para darle el toque justo y anhelado a ese atuendo con el que pretendía salir triunfante al mercado. Nunca se olvidaría del primer diseño con el que tanto había soñado y que estaba en camino de completar.

—Me gustaría que me cuentes algunas de tus preferencias para darme una idea de lo que desees.

—Quiero un vestido espectacular, pretendo ser la única mujer para mi futuro esposo.

—Por supuesto, y lo serás. ¿Hace cuánto se conocen? —inquirió Rose.

—Nuestras familias eran amigas, y nosotros prácticamente crecimos juntos. Creo que nadie se ha sorprendido de que nos comprometiésemos.

—Qué hermoso lo que me dices.

—Además, mi sueño es contraer matrimonio. Desde pequeña lo he anhelado. No quiero que los años me pasen por encima sin haber formado una familia. ¿Tú la tienes? —preguntó la clienta.

—Yo nunca me he enamorado, aunque te confieso que tengo tanta felicidad con este emprendimiento que creo que no tengo tiempo para pensar en otra cosa.

—No puedo creer lo que me dices.

—No es tan difícil de entender. Por eso tú estás aquí en busca de algo bonito para tu boda y yo te asesoro.

—Tienes razón.

—Había pensado en un género ligero y delicado. Ha cambiado un poco la concepción de los vestidos de novia, y creo que las telas que tengo en mente van a resaltar tu silueta —propuso la diseñadora.

—¿A qué telas te refieres?

—Ahora te voy a mostrar algunas opciones, pero me encantaría que el vestido incluyera algunos apliques de encaje. Te puedo asegurar que son de la mejor calidad y lucirán mucho sobre tu piel.

Rose extendió el muestrario que con tanto cariño había armado y de inmediato se dio cuenta de que iba por el camino correcto ante el gesto de sorpresa de la joven. La conversación se extendió más de la cuenta, pero al parecer ambas quedaron conformes con los avances realizados.

* * *

La noche había desplegado las alas sobre la ciudad hasta envolverla de oscuridad. El ajetreo en las calles había mermado, pues los porteños buscaban refugio en sus casas luego de un día plagado de actividades. Sofia se había desviado del camino que la llevaba al restaurante familiar porque antes debía hacer algo importante. Se apresuró para evitar retrasarse. El fuerte taconeo contra el empedrado se perdía con el silbido del viento. Se arrebujó en el abrigo que llevaba para paliar el intenso frío invernal. Tras unos cortos golpes a la puerta, le abrieron.

—Sofi, querida, qué gusto que estés en casa.

—Gracias, Victoria. Qué alegría que hayas regresado.

—Como sabes, no podía estar ausente en un momento tan importante para mi hija.

—Lo sé, y me gustaría verla —solicitó Sofia.

—Pasa, está en su habitación. ¿Te quedas a cenar?

—Me encantaría, pero debo ir al negocio de mi padre, me está aguardando.

—Entonces, si no es hoy, te espero en cualquier otro momento y así podremos conversar. No creas que no te he extrañado.

—Yo también —replicó al tiempo que la abrazaba.

Ese era el único lugar en el que se sentía querida de verdad. A pesar de eso, una fuerte tristeza la invadió al recordar que no estaba Colin y, lo que era peor, que no sabía si en algún momento volvería a cruzarse con él.

—No quiero retrasarte, tu amiga debe de estar esperándote —se despidió Victoria.

Apenas si le dieron los pies para alcanzar la escalera y subir como una exhalación hasta la habitación de Martina. No hubo sorpresa ni una fuerte exclamación al verse, sino un sentido y silencioso abrazo que resumía el sentimiento que las unía. Luego, ambas se sentaron en el borde la cama, rodeadas de ropa apilada sobre sillas.

—Te estaba esperando.

—No pude desocuparme antes, pero, no bien me fue posible, me escapé hacia aquí. Qué raro, cuánto despliegue de ropa.

—Sabes que no he sido yo quien ha sacado todo esto. Te aseguro que ni sabía que la tenía. Ha sido Emma, que no ha dejado de armar conjuntos para que los luzca allá. Son inagotables las combinaciones que, según ella, podré hacer con las distintas prendas. No entiende que estaré en París no de paseo, sino para trabajar —se quejó la joven Wood.

—¿La echaste de aquí? —replicó con una carcajada.

—Estuve a punto de hacerlo, pero creo que se dio cuenta al verme la cara y se fue antes de que explotara.

—Ella no cambia más. Menos mal que no estaba Rose.

—Pasó no bien se desocupó con una clienta. No creo que mañana pueda ir a despedirme y en verdad no deseo que lo hagan.

—Lo sé, por eso estoy aquí —explicó Sofia.

—Sofi, ¿cómo van las cosas con tu padre?

—Si bien nunca fueron de lo mejor, ahora han empeorado.

—Ni siquiera la presencia de Helen ha logrado cambiarle el humor —afirmó preocupada.

—Muy por el contrario. Pero no he venido hablar de mí, sino que quiero saber cómo te sientes.

—Muy nerviosa, pero estoy feliz por el paso que daré.

—No tienes idea la felicidad que me provoca que puedas lograr lo que tanto deseaste.

—Lo sé, y no te imaginas cuánto las voy a echar de menos. Ya me había acostumbrado a reunirnos a última hora para contarnos todo lo sucedido —se lamentó la médica.

—Apelaremos a las cartas. Aunque sea más engorroso, va a tener un efecto añadido por la espera para recibir noticias.

—Sí, tienes razón, y calculo que, con la actividad que desarrollaré allá, no tendré demasiado tiempo para pensar en lo que dejo aquí.

—Parece ser una mala costumbre de los hermanos Wood abandonar todo para irse —comentó con amargura su amiga.

—Sofi, no debes tomarlo así.

—Perdona, no he querido decir eso.

—Sabía que estar con mi hermano iba a dejarte de este modo, se lo advertí.

—¿Cuándo?

—Aquella madrugada, cuando regresaron, los vi sin querer y me enojé mucho con él. No quería que te lastimara —explicó Martina.

—No lo ha hecho, al contrario. Aunque haya sido por poco tiempo, estuvimos juntos y supe que soy importante para él. Por eso quería darte esto.

Ella sacó del bolsillo del abrigo un sobre que contenía una carta para Colin. Creía que era una manera de que él la recordara.

—Será más fácil que la envíes desde allí, y así llegará más rápido.

—No te preocupes, procuraré que llegue a sus manos. Como no podía ser de otro modo, el boleto que él me sacó tiene una escala en Londres para luego continuar hacia el puerto de El Havre en Francia.

—Era de esperarse —replicó con los ojos húmedos.

Varias eran las emociones que se amontonaban en el corazón de Sofia. Por desgracia, se estaba acostumbrando a despedirse de las personas que más quería.

—Bueno, no quiero que no pongamos tristes —dijo entonces mientras se pasaba los dedos por el rostro para eliminar las lágrimas que habían salido—. ¿Ha venido a verte tu doctorcito?

—Por supuesto, aunque él está muy confiado de que nos reencontraremos pronto.

—¿Es lo que deseas?

—Me gustaría verlo, pero no tengo las mismas intenciones que él. Se lo dije, pero está convencido de que, si pasamos más tiempo juntos, todo cambiará —contó Martina.

—¿Eso es lo que crees?

—No, pero te aseguro que no le he dedicado demasiado tiempo a meditarlo. Por otro lado, sé que no me sentiré tan sola porque, si bien está en Londres, Scott me dijo que nos veríamos. También me aseguró que podría contar con él para lo que necesitase. Sin dudas, eso me deja más tranquila.

—¡Qué difícil debe de ser para tu querido doctor hacerle frente a Scott!

—Pero, ¿qué dices? Deja de pergeñar cosas raras entre él y yo.

Sofia sonrió al notar el desconcierto de su amiga. Estaba convencida de que tampoco le había dedicado el tiempo suficiente en pensar en el fuerte vínculo que a ambos los unía.

—Si tú lo dices —replicó al levantarse—. Debo irme.

—Ve, no quiero que tu padre te haga una escena desagradable.

—Lo hará aunque llegue a horario.

Ambas se fundieron en un abrazo de despedida sin que mediara palabra alguna. Era mejor de ese modo. La joven Molina cerró la puerta con el mismo ímpetu con el que descendió los peldaños de la escalera para abandonar la propiedad.

* * *

La mañana se perfilaba con bastantes complicaciones. El intenso viento que soplaba sobre la costa ribereña se hacía sentir en los buques mercantes fondeados y cargados de mercancía. A cierta distancia se ubicaban los remolcadores con el objetivo de facilitar la entrada y la salida de las embarcaciones de gran calado. Todo el personal portuario estaba ocupado en el trabajo de carga y descarga de la mercadería. Los depósitos a la vera del río estaban en plena actividad. Las vías férreas emplazadas al otro lado de las instalaciones, a las cuales bordeaban, ayudaban a darle mayor circulación a la zona. Aunque las intempestivas tormentas incrementasen el oleaje del río y las bajas temperaturas cuarteasen las callosas manos de los operarios hasta hacerlas sangrar, la labor en el puerto nunca declinaba. La única excusa para detener la actividad allí eran las huelgas que se realizaban por el descontento general de los obreros por las deplorables condiciones en las que se movían.

Fausto era uno de los primeros en arribar allí y se encontraba en medio de la faena de dar indicaciones al personal de un buque en el que estaban descargando paquetes cuando un marinero le avisó que lo llamaban desde uno de los galpones.

—¿Sabes quién me busca?

—Lo desconozco. Sé que lo esperan en la oficina.

Murmuró por lo bajo porque estaba convencido de que no serían buenas noticias. Él estaba al tanto de lo que se cocinaba en el puerto, y una visita inesperada nunca era halagüeña.

—¿Has visto por aquí antes al sujeto que ha solicitado mi presencia?

—No.

Al entrar al depósito, se sacó el gorro negro de lana que siempre usaba. Era el único recuerdo que atesoraba de su madre, quien se lo había tejido cuando recién había comenzado a trabajar. Al principio se había negado a usarlo, pero luego se había dado cuenta de que era más útil de lo que creía ya que ayudaba a paliar el frío de la mañana.

—Guzmán, al hombre que te busca lo hice pasar a la oficina —le comunicó un operario que se deslizó entre la mercadería que acababa de ingresar.

Llegó al final del amplio galpón para luego subir por una escalera y alcanzar un cuarto que se usaba como oficina. Por el vidrio de la puerta, miró sin poder identificar al tipo que lo aguardaba. Sin embargo, al verlo vestido de modo impecable, supo que la cosa sería complicada.

—Buenos días, me llamo Lindor Negri —dijo el desconocido al extenderle la mano. Una vez que se saludaron, se sentaron en dos de las tres sillas que decoraban el austero despacho.

—No nos conocemos.

—No, pero he oído hablar de usted —replicó de modo simpático.

Fausto estaba acostumbrado a ciertos personajes que, antes de tratar un tema, se mostraban condescendientes con el objetivo de entrar en confianza para luego ser implacables y negarle los reclamos que él proponía. Parecía de esa misma calaña quien estaba enfrente.

—Mire, estoy con mucho trabajo y supongo que usted no quiere perder tiempo ni hacérmelo perder a mí, así que dígame por qué quiere verme.

—Puntualmente para reclamar sobre una carga de cereales que debería estar ya en destino.

—¿Hacia dónde? —interrogó el trabajador.

—Londres.

—¿Y qué le hace pensar que yo puedo resolver eso?

—Por los pocos datos con los que cuento, sé que ha habido cierto retraso en el embarque debido al personal, que se ha negado a cumplirlo en el plazo establecido. Vaya a saber por qué problema lo han hecho.

—Se refiere al buque *Marini* —afirmó Fausto.

—Exacto.

—Con quien haya hablado le ha informado mal. Hubo una falla en el buque que retrasó el envío. No se debió a ningún conflicto con los operarios, sino a las condiciones que ofrecía el navío, que no estaba apto para hacer esa travesía. En ese caso, debería hablar con los dueños del astillero para hacer el reclamo a quien corresponda.

—A mi cliente poco le importa eso porque, cada día que corre, la pérdida es mayor.

—Debería importarle porque ha venido a hablar con la persona equivocada. ¿Quién es su cliente?

—El señor Álvaro Alconada.

Una fuerte punzada le atravesó el cuerpo. No soportaba hablar de esa mierda de persona.

—Dígale a su cliente que no me haga perder más tiempo y que no necesita de su abogado para hablar esto. La próxima vez espero que sea él quien venga a verme.

—Por lo que veo, lo conoce.

—Yo no he dicho eso.

—Guzmán, usted sabrá mucho de barcos y del personal que trabaja en ellos, pero sepa que yo vivo de los pleitos y reconozco cuándo alguien me esconde algo.

—Lo que puedo decirle es que el tema ya está solucionándose. Muy pronto el buque saldrá del puerto.

—Bueno, al menos tengo algo para comunicarle a mi cliente —comentó Lindor con una sonrisa sarcástica.

—Negri, esto no es nada personal.

El abogado asintió y volvió a extenderle la mano. Notó que, más allá de contar con poca diferencia de edad, era clara la distancia entre la vida que habían llevado. La de ese obrero portuario distaba mucho de la del profesional. Sin más, se retiró con una buena noticia para calmar el ánimo combativo de su amigo Álvaro. Fausto, por su lado, se quedó durante unos minutos rumiando la rabia que le había provocado pensar en Alconada. No se quedaría con los brazos cruzados. Había estado esperando que alguna buena oportunidad se le presentara y esa no pensaba desaprovecharla. Bajó de inmediato la escalera con el gorro estrujado entre los dedos y buscó al encargado del orden de embarque en los buques de transporte. Preguntó cómo iba la carga del *Marini* y descubrió que, como suponía, los productos no podrían enviarse en su totalidad. Una avería en el navío había complicado la capacidad que tenía.

—Si es como me dices, deberás sumar algunos envíos a otra embarcación.

—Así es. El problema es que la salida del próximo buque será unos días más tarde.

—Aún no has tomado una decisión sobre cómo hacerlo.

—No, estoy en eso, y lo peor es que sé que cualquier opción por la que me incline va a complicarme.

—No te preocupes. Deja la mercadería de Alconada para el otro buque. Acabo de hablar con su abogado, que me ha dicho que no habrá problema.

—¿Estás seguro? —se extrañó el empleado.

—Por supuesto. Es más, quiero que quede constancia de que yo te he dado la orden.

El encargado se sorprendió de la contundencia con la que le hablaba.

—Está bien —aceptó, e hizo una anotación en los papeles que tenía en la mano para luego retirarse.

Fausto salió del lugar convencido de que había hecho lo correcto y, sin más, continuó con su labor.

* * *

La densa bruma marítima envolvía la costa al tiempo que los fuertes vientos arrasaban con severidad todo cuanto hubiese en el camino. La tripulación, sin embargo, no dejó de darle la bienvenida a los pasajeros que, expectantes, aguardaban en la cubierta mientras agitaban las manos en señal de despedida. Estaban listos para la travesía que emprenderían hacia Europa.

El vapor soltó amarras, levó anclas, y el grave sonido de la sirena anunció la partida desde el puerto de Buenos Aires. Martina evitó asomarse por la baranda de la embarcación para contemplar la cantidad de personas congregadas en el puerto a despedir a sus seres queridos. Le había resultado más doloroso de lo que había creído decir adiós a quienes quería y dejar en la ciudad parte de su familia e historia. Prefirió adentrarse por la nave y, antes de subir los pisos que la llevaban al camarote de primera clase, buscar el salón comedor. Estaba segura de que un té le calmaría los nervios que intentaba disimular desde la noche anterior. La decoración del salón estaba inspirada en el estilo Luis XV, en el que prevalecían los tonos claros y dorados, que le otorgaban mayor distinción y elegancia al ambiente. En medio de ese lujo, intentó aquietar su espíritu ante la zozobra que le provocaba iniciar una nueva etapa de su vida en una tierra desconocida.

CAPÍTULO 8

Detrás de una fotografía sepia

La tenue brisa no aligeraba el intenso calor del verano londinense, mientras la niebla se esparcía antojadiza por las calles de la ciudad. A poco de que Colin arribase a Londres, todo cuanto creía que podía ocurrir se había desbaratado. Los alrededores de Whitehall, camino a la abadía de Westminster y a la Cámara de los Comunes, estaban atiborrada de inquietos curiosos que buscaban enterarse de lo que se decidiría en cuanto a la ayuda británica en el conflicto bélico desatado en Europa a raíz de la participación alemana. El primer ministro inglés, Herbert H. Asquith, perteneciente al Partido Liberal, debía lidiar con el apoyo del pueblo inglés a involucrarse en una guerra sin permitir que el descontento hiciera tambalear su partido y, una vez más, atraer a los adversarios al poder.

La opinión pública estaba dividida ante los rumores que corrían. Sin embargo, un hecho determinante había acallado cualquier otra especulación: el pedido de ayuda por parte del rey Alberto de Bélgica al rey Jorge V de Gran Bretaña ante el ataque alemán. La solicitud era insoslayable, los ingleses no podían permanecer ajenos y neutrales en la contienda. No podían tolerar que los alemanes saliesen victoriosos y tuvieran a toda Europa a su merced; tampoco podían permanecer indiferentes ante la violación alemana a la neutralidad belga. Luego de que el ministro de Relaciones Exteriores había lanzado un discurso que preparaba a Gran Bretaña para la guerra, lo había seguido el líder de los conservadores, que había apoyado de manera amplia la decisión. De ese modo, no habían quedado dudas acerca de la intervención inglesa en la Gran Guerra. Los días de zozobra respecto a la decisión política que se tomaría habían acabado, pero se mantenía la inquietud en cuanto a lo que sucedería a partir de entonces.

Colin caminaba hacia las oficinas del MI5, donde operaba la inteligencia inglesa. Tal delegación había nacido en una pequeña sala del Ministerio de Guerra y, desde de su creación, había crecido año tras año. La cabeza del organismo estaba a cargo del inconfundible Señor K, llamado así por los agentes que la conformaban al resumir en esa letra el apellido Kell. Era un militar de raza que había pasado a la clandestinidad al ejercer ese cargo que cuidaba con recelo. Había obtenido esa distinción de la mano de Winston Churchill cuando ejercía como ministro del Interior. Había sido en ese momento que se había decidido conformar la secreta institución.

En algunas oportunidades, para completar el abultado archivo que conservaba, el MI5 había debido recurrir a la información suministrada por Scotland Yard para constatar datos de ciertos personajes que residían en la ciudad. Eso les permitía estar al tanto de las actividades y demás detalles de algunos ciudadanos sospechosos de traficar, mediante la correspondencia, información vital del país.

En medio de los pensamientos y recuerdos que le traía volver a recorrer las calles de la ciudad que lo había acogido durante el último tiempo, Colin alcanzó el edificio. Antes de ingresar, miró el reloj de pulsera para constatar que llegaba a horario a la reunión que mantendría con el jefe y su compañero de equipo, Dylan Baker. No bien abrió la puerta de la oficina, vio al último sentado en una de las sillas del austero recinto.

—Compañero, no se puede negar que tu viaje ha traído novedades —dijo antes de lanzar una carcajada.

Ambos se estrecharon en un afectuoso abrazo. Hacía un tiempo que trabajan juntos, y habían cultivado una buena amistad. No solo los unía la confianza que habían establecido, sino también la soledad que padecían en Londres, aunque esa circunstancia se debiera a distintos motivos. Esa actividad les permitía pasar muchas horas del día juntos, puesto que habían debido realizar numerosos viajes para cumplir con alguna misión.

—A bordo, mientras recibía algunas noticias, pensaba en aquello a lo que nos enfrentaríamos, aunque nunca creí que estuviéramos ante una declaración de guerra de esta magnitud.

—Ni siquiera nosotros podemos saber adónde nos llevará todo esto.

El chasquido de la puerta interrumpió la afable conversación.

—Colin —saludó el jefe al estrecharle la mano—, me alegro de que hayas regresado.

El hombre que acababa de ingresar a la sala le había sugerido tiempo atrás que trabajase para él. Ambos se habían conocido fuera de ese ámbito, lo que había permitido que Wood frecuentara a la familia del otro y compartiese con ellos varios momentos. El origen irlandés de la esposa del jefe los había acercado más, ya que Colin mantenía fuertes lazos con aquella tierra debido a que su abuela también era oriunda de allí. La anciana aún residía en un castillo en las afueras de Dublín, donde Colin la visitaba siempre que podía. Eso había permitido construir una estrecha relación entre ambos que se contraponía al conflictivo vínculo que mantenía Thomas Wood con su propia madre. Podía decirse que el joven Wood se había transformado en el nexo de la familia con su abuela.

El jefe se ubicó en un sillón para luego desplegar algunos papeles sobre el escritorio. La preocupación estaba signada en el gesto adusto del rostro.

—Yo también. No ha sido tanto el tiempo que he permanecido afuera, pero parece haber sido suficiente para que cambie todo aquí.

—Imagino que tendremos mucho trabajo por delante —acotó Dylan al ver la documentación sobre la mesa.

—Esta vez deberemos demostrar que somos mejores y actuar de un modo más efectivo que en la última intervención bélica contra los bóers.

Más allá del resultado final de esa guerra, el cuerpo militar de inteligencia inglés había sido acusado de fallar en cuanto al pronóstico sobre la cantidad de armamento con el que contaba el enemigo, como también respecto a la fuerza numérica de los bóers y su capacidad ofensiva. Tiempo más tarde, se había dicho que la información dada por el general mayor de la operación había sido entregada de manera oportuna pero no había llegado a ser transmitida debido a la ineptitud del cuerpo de inteligencia del Ministerio de Guerra, que había fracasado en la misión.

—No lo ponga en duda, han pasado varios años de aquel suceso.

—Lo sé, pero esta vez somos varias naciones en juego. Además no podemos soslayar que el poder del káiser Guillermo se ha incrementado. Está claro que eso no lo podemos permitir — comentó el jefe.

—Si así es, deberemos enfrentarnos una vez más a Gustav Steinhauer.

Si había un nombre que pudiera identificar a la inteligencia alemana, se resumía en aquel apellido. Se lo consideraba el agente supremo del Káiser y se tenía constancia de que había visitado en varias oportunidades Londres, sin que se pudiera afirmar o negar que hubiera sido por motivos recreativos.

—Convengamos que ha actuado de manera precipitada al traer tantos espías a este territorio.

—Por no decir de una manera inepta —agregó Colin—, porque no ha podido brindarles la protección necesaria a ninguno de ellos en tierra ajena y hostil.

—Así es, pero nuestro mayor problema hoy yace en identificar y erradicar a los agentes alemanes que él ha introducido aquí y que están diseminados por todos lados.

—A pesar de que ellos representan una constante amenaza para Gran Bretaña y para todos nosotros, hace tiempo que los combatimos.

—Claro que sí, pero en este momento no podemos darnos el lujo de que sigan sumándose.

—Por otro lado que lo que hemos hecho no ha sido suficiente. Tenemos que maximizar nuestros recursos y hacer que nuestro esfuerzo valga la pena.

—Y con la lista de sospechosos que tenemos, ¿qué haremos?

Durante último tiempo habían trabajado en descubrir a varios sujetos que, detrás de alguna actividad normal y cotidiana, se habían transformado en los enlaces con otros espías alemanes.

—Continuar controlándolos. Quizá descubramos más conexiones con los alemanes — determinó el superior.

—Frente a este nuevo panorama, deberíamos contar con la facultad de arresto que hasta ahora hemos tenido vedada.

—Lo sé, pero vuelvo a decirles que debemos movernos rápido con los elementos que tenemos y sacar provecho de todo esto.

—Ellos también lo harán. No será fácil intervenir con todos ellos a nuestras espaldas.

—Deberá serlo. Los quiero a todos fuera del territorio inglés.

El jefe no era un hombre que acostumbrara conducirse con gritos para enfatizar lo que en realidad deseaba, pero dejaba muy en claro cuál era el objetivo que tenía en mente y que su gente debería cumplir.

—Algo más: esta vez trabajaremos en coordinación con el *nid* —informó, haciendo referencia al Departamento Naval de Inteligencia— y el Departamento Especial conducido por Basil Thomson. Todos cooperaremos y aunaremos esfuerzos.

Esas dos últimas secciones se sumarían a ellos para combatir, desde la inteligencia inglesa, al káiser Guillermo.

—¿Por dónde empezamos?

—Colin, a ti te va muy bien adentrarte en los puertos, así que irás hasta Portsmouth. Dylan, serás el apoyo de tu compañero. No regresen hasta que tengan alguna información que valga la pena.

En esa habitación todos sabían que Colin estaba familiarizado con la actividad portuaria ya que gran parte de la fortuna familiar había sido amasada gracias al comercio de mercaderías en las costas inglesas. Tiempo atrás, había llevado a cabo una investigación en el puerto de Londres que le había valido las felicitaciones del superior.

—Ese es un punto clave para la Marina Real —agregó Dylan.

—Exacto. En este momento, la Marina comenzará con las maniobras de los buques de guerra. El almirantazgo, como siempre, estará dedicado a la inteligencia naval y centrará sus fuerzas en analizar nuestras posiciones en los mares para reubicarlas y detectar al enemigo. Del resto nos ocupamos nosotros.

—¿Cuándo nos iremos?

—Mañana a primera hora, quiero que partan hacia allá y aprovechen el día. No tenemos tiempo que perder, ¿de acuerdo? —Ante la anuencia de los muchachos, agregó—: Quiero mostrarles estos documentos sobre la última operación efectuada en Londres.

Sin más, enfocaron la atención en el tema que estaban tratando y se dedicaron a continuar con el trabajo. Al menos Colin debía ponerse al día con respecto a las últimas novedades. Poco antes de que el atardecer se desplomara sobre la ciudad, el jefe dio por finalizada la jornada.

—¿Quieres que vayamos a comer por ahí?

—No, gracias, Dylan, aún debo encargarme de algunas cuestiones que me tienen preocupado.

—¿Qué sucedió?

—Mañana en el viaje te cuento.

—Nos vemos, entonces.

Colin atravesó con su automóvil las calles de la ciudad para adentrarse hacia la zona sur de Londres, donde se ubicaba Southwark. Era allí el lugar en que vivía Scott, un distrito ubicado a la vera del río Támesis. Allí se erigía una línea interminable de casas modestas con muros de ladrillos rojos que se mezclaban con grandes almacenes y muelles que bordeaban las aguas. También había lugar para albergar la diversión de la mano de los *pubs* que plagaban las calles y que ofrecían también juego y prostitutas que otorgaban placeres lujuriosos. Colin estacionó su Prince Henry y bajó de inmediato. Al alcanzar la puerta de ingreso a la vivienda de su amigo, no fue necesario tocar la puerta.

—Hola, acabo de llegar, adelante. ¿Una cerveza?

—Eso no se pregunta. Parece que este calor no da tregua. Será que me había acostumbrado al frío de Buenos Aires.

—Yo creo que aún no has abandonado aquella ciudad y estoy convencido de que no se debe al clima de allí. Toma —comentó Scott al arrojarle una botella de cerveza.

Colin no le contestó, solo bebió un largo trago para calmar el sofoco y la ansiedad que le provocaba no poder quitarse de la mente el recuerdo de Sofia. Creía que la distancia podría obrar el milagro y alejarla de sus recuerdos, pero se había equivocado y ella se había transformado en una compañía permanente que ocupaba por completo sus pensamientos.

—Está bien, si no quieres hablar de ello, no pienso insistir.

—Ya lo hemos hecho lo suficiente en el barco.

—Así es, aunque nunca imaginé que, al llegar aquí, se desataría semejante conflicto que nos involucrase a todos.

—Exacto. Y todo esto recién comienza. Aún no podemos predecir el verdadero alcance que tendrá —advirtió Wood.

—Justo de eso deseaba hablar contigo.

—Bien, yo también he venido por eso.

—Comienza tú.

—Quería decirte que mañana debo viajar cerca de aquí, pero no sé el tiempo que me llevará lo que tengo que hacer allá.

—¿Qué necesitas? —preguntó Scott.

—Me preocupa Martina. En verdad no es oportuno que en este momento ella se instale en París.

—Lo sé, pero tú más que nadie sabes que ella ya está en camino y que arribará en cualquier momento.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—Aún no. Lo hará cuando haga escala aquí, en Londres.

—Hice algunas averiguaciones, y resulta que el barco irá directo al puerto francés. Quizás haga una escala técnica aquí, pero será muy breve. Entre mi actividad y la llegada fugaz de ella, no tendré tiempo de verla y quería pedirte que seas tú quién le diga que regrese a Buenos Aires — solicitó Colin.

—Ojalá pudiera hacerlo, pero no creo que sea posible.

—¿Por qué?

—Sabes que estas últimas noticias han trastocado el presente de todos nosotros. Pues bien, he decido presentarme como voluntario a la rfc. —Scott hacía referencia a los *Royal Flying Corps* —. Cumplo con los requisitos en cuanto a las horas de vuelo y además soy instructor. Tampoco creo que tengan tanto para elegir.

—¿Estás seguro de que eso lo que quieres?

—No he tenido que pensarlo mucho. Sabes de mi pasión por volar, pero en este caso será por una causa que valga la pena; por otro lado, seré de mayor utilidad allá, en pleno conflicto, que aquí, en la escuela de aviación. Parece que se han sumado unos cuantos aspirantes nuevos con ánimo de tener un mínimo de instrucción para volar. Aún no sabemos lo que durará esta guerra ni cuán necesaria será la Fuerza Aérea.

No hizo falta que le dijese los motivos por los cuales se enrolaba, Colin sabía que no solo era por servir a la nación, sino porque sentía que no tenía nada que perder. En más de una oportunidad, se había manifestado de ese modo. No había nada ni nadie por quien luchar, salvo por sí mismo.

—No lo sé. Se dice que no durará demasiado y que en diciembre todo acabará. Vaticinan que Europa pasará la Navidad en paz.

—¿Tú qué crees?

—Mi naturaleza es desconfiada, y aún no contamos con la suficiente información sobre cómo se podrían dar los hechos. Esto es solo el comienzo. Ojalá que ese pronóstico se dé sin tener que lamentar muchas muertes, aunque déjame dudar.

—En casos como estos, hay que vivir el día a día y ver cómo se desarrollan los acontecimientos —coincidió Scott.

—¿Cuándo te vas?

—Aún no lo sé, supongo que será en estos días. Sí puedo comprometerme a reunirme con Martina en París. Sé que me quedaré unos días allá y luego me incorporaré a la Fuerza.

—Gracias, Scott. Haz lo que sea para que ella regrese.

—Lo haré, aunque no puedo prometerte nada. Sabes que, cuando algo se le pone en la cabeza, no hay nada que la haga sucumbir ni cambiar de idea.

—Lo sé. —Colin se quedó meditando y luego agregó—: No quiero complicar los planes que tengas para despedirte de alguien especial allá.

—A tu salud.

Scott brindó sin añadir nada sobre la mujer a la que se refería Colin. Desde hacía tiempo, vivía un ida y vuelta con ella. Se conocían desde pequeños, y eso había permitido que compartiesen parte de sus vidas. Luego, los distintos caminos de ambos los habían separado, pero no tanto como para dejar atrás la relación de amistad, aunque ese no fuese el vínculo que ella deseaba con él. Había grandes diferencias en su modo de vida que los distanciaban, más allá de haber estado demasiado juntos en una época.

—No pienso hablar de ese tema, sabes que hay una razón especial por la que me gusta verme con ella.

—Yo diría que son dos las razones, pero solo tú lo sabrás.

—En vez de seguir indagando sobre mi vida, ¿qué te parece si preparamos algo para cenar?

—Unos sándwiches me vendrían de maravilla.

—Veré qué tengo en la cocina.

—Deja que me encargue yo, no tienes aptitud siquiera para algo tan básico y simple en la cocina.

—Adelante, pasa y hazlos mientras me tomo otra cerveza.

—Que sean dos.

La cena rápida se dio en un clima distendido que les permitió olvidarse de la situación que se vivía y de la incertidumbre acerca del futuro.

—Scott, debo irme. Quiero descansar un poco, mañana partiré temprano.

—No veremos a la vuelta si tú no te quedas durante mucho tiempo en el lugar al que vas.

—No tengo mucho margen para hacerlo, ya que debo actuar más rápido de lo que crees.

—Buen viaje —le deseó Scott.

—Espero verte antes de que te vayas.

—No vas a ponerte sentimental, ¿verdad? —bromeó.

—Eso no va conmigo.

—Vete y no me hagas hablar sobre las largas conversaciones que debí soportar a bordo sobre... ya sabes.

Colin se fue de manera rauda de allí, ya no solo por el cansancio, sino porque no deseaba hablar de Sofia.

Con los primeros rayos del amanecer, partió a buscar a su compañero, que aguardaba fuera de la casa con una pequeña bolsa de cuero apoyada en el hombro. Desde la puerta de entrada, vio asomar el deportivo de su amigo. Ni siquiera le había sugerido al jefe que les consiguiese los pasajes para trasladarse a Portsmouth en otro medio de transporte porque anhelaba disfrutar del Prince Henry durante las dos horas que los separaban de la ciudad portuaria a la que se dirigían.

—Buen día —saludó al ingresar al automóvil, y tiró hacia atrás el equipaje antes de acomodarse en la butaca.

—Por tu cara, parece que no has dormido demasiado.

—Puede ser, pero no ha sido porque he llegado tarde a mi casa. Hay ciertas cuestiones que me preocupan.

Dylan fijó la mirada en el incipiente despertar de la ciudad. Las imágenes matutinas pasaban frente a sus ojos a medida que se alejaban de Londres a la espera de que Colin le explicase qué le sucedía. Lo conocía y sabía que hablaría si en verdad tenía un problema.

—¿Alguna vez pensaste en mandar todo esto a la mierda y comenzar con otra vida?

—Esa es una fantasía que siempre tengo, y te aseguro que depende de cómo se den ciertas cuestiones en la oficina. Pero luego pienso que no podría dedicarme a otra cosa que no sea esto. Parece que lo llevo en la sangre —comentó sonriente.

—¿Aunque no te permita avanzar en otras cosas?

—Sí. Aunque hay que tener en cuenta que, hasta ahora, nada de vital importancia se interpuso entre lo que deseo y este trabajo. ¿De eso estamos hablando?

—Sí. Mi viaje a Buenos Aires fue distinto a los otros que he realizado.

Dylan lo observó de soslayo y terminó de convencerse de lo que diría. Solo una mujer podía cambiar la perspectiva de un hombre.

—Intuyo que esta vez ha habido una dama que te ha roto el corazón. No lo digo en son de broma y, si es así, será la primera oportunidad en que te veo preocupado por una muchacha.

El cambio de velocidad que Colin le imprimió al vehículo y que exigió aún más al motor evidenciaba lo mucho que le costaba hablar de ella.

—Vamos, dime quién es.

—Se llama Sofia, y nos conocemos desde pequeños.

—¿Y crees que eso empeora todo?

—Lo que empeora todo es que debí dejar las cosas como estaban, pero no pude —se lamentó Wood.

—Y temes haberla dañado.

—Sí, aunque ella me juró que no era así. Si en algún momento pensé que podía haber algo más entre nosotros, todo se complica con la distancia, más ahora con esta guerra.

—Podría decirte que la distancia, en muchos casos, intensifica el sentimiento por alguien.

Colin lo observó de soslayo y volvió a dirigir la vista a la carretera.

—¿Con quién te ha sucedido?

Hubo una leve pausa que aprovechó para mirar por el cristal de la ventana.

—Con una mujer, por supuesto, pero ahora no estamos hablando de mí, sino de ti.

—Si es como dices, entonces deberé tomar una decisión antes de que todo esto me consuma.

—Has elegido un pésimo momento para hacerlo —observó Dylan.

—Eso es justo lo que más me preocupa.

—Amigo, si ella te ha esperado durante tanto tiempo, seguirá haciéndolo. Quizás en un futuro todo cambie.

—Ojalá. ¿Y a ti cómo te ha ido con esa mujer?

—Le di tiempo y todo cambió, pero es una larga historia. No creo que tengas ganas de escucharla.

Colin evitó preguntar porque sabía que, cuando quisiera hablar, él mismo daría el paso. Prefirió centrarse en el trabajo que tenía por delante y ahondar un poco más en eso.

—¿Tienes algún otro dato sobre Portsmouth?

—Sí, me quedé trabajando hasta más tarde en casa, yo tampoco podía dormir. Espera. — Tomó, de la bolsa de cuero, una carpeta repleta de papeles con anotaciones—. Si mantienes esta velocidad, llegaremos antes de que termine de informarte.

—No te quejes y habla de una vez.

La ciudad portuaria pronto les dio la bienvenida en medio de una mañana soleada y calurosa. Se alojaron en una posada que daba al puerto. Desde esa ubicación se apreciaba una gran cantidad de embarcaciones que se balanceaban en las claras aguas, así como las velas que flameaban con la brisa marina. La zona contaba con importantes astilleros navales ubicados sobre la costa. Nadie podía negar que ese era el lugar en donde se resumía una parte importante de la actividad naviera. Colin recorrió el área y tomó nota en la memoria sobre todo aquello que salía de lo común entre ese constante trajinar. Debía contar con la paciencia necesaria para cumplir con el trabajo y descubrir algo. Quizás en el momento menos esperado surgiera un suceso de importancia.

Minutos antes, se había cambiado y vestido de manera acorde para deambular por el puerto y camuflarse entre el resto de las personas. Debía controlar a un sujeto llamado Adam Brown que había estado merodeando por la zona. Se deslizó por el amplio portón de uno de los edificios e ingresó. No era la primera vez que ese nombre surgía en las reuniones de inteligencia, puesto que ya antes se lo había vinculado con el suministro de cierta información a un espía alemán e integraba el círculo de sospechosos. A pesar de esa situación, no se había podido probar que así fuese, por lo que el misterioso sujeto continuaba viviendo por allí. Había tenido distintos oficios y tenía ciertos amigos que trabajaban en el puerto, así que no era raro verlo en la zona, pero cada movimiento que efectuaba cobraba relevancia en relación con el pasado que lo unía a la entrega de información. No era momento de dejar abierta una posibilidad, por muy mínima que fuera, para que algo así pudiera volver a ocurrir. El puerto de Portsmouth se había transformado en el centro neurálgico desde donde el Káiser creía que podía extraer detalles acerca de los planes de guerra británicos. Esa vez, ante la situación que se vivía, debía volver a chequear que ninguna otra información cayera en manos alemanas.

Hasta el momento, aquel hombre no había hecho nada que llamase la atención. Mientras estuviera allí, Dylan había ido hasta la casa de ese sujeto para ver si encontraba algo que pudiera vincularlo con la entrega de algún documento o advertencia vital.

Colin recorrió uno de los galpones del astillero mientras seguía a su objetivo, quien no había hecho más que saludar a algunos conocidos y conversar. Debió esperar cierto tiempo allí dentro hasta que Brown salió rumbo a la costa para detenerse ante el paisaje que brindaban las naves en medio del atardecer. Colin se centró más aún en aquel hombre que parecía hipnotizado frente al panorama naviero. Nada de eso sería distintivo o llamativo si fuera alguien que nunca hubiera estado por la zona, pero sí resultaba serlo cuando se trataba de un lugareño, pues para él esa no sería una postal novedosa. Fijó la vista aún más al notar que tenía las manos por delante del cuerpo y que parecía intentar camuflar el movimiento que hacía con ellas.

El crepúsculo era ideal para confundir cualquier reflejo con el brillo del sol que se fundía en el agua, ya que nadie notaría las señales que destellaban desde un espejo en manos de aquel sujeto hacia una de las embarcaciones fondeadas. Colin observó cuál podía ser, en función del calado y la dimensión de la nave, la destinataria de esos mensajes. Distinguió entonces una en particular que no poseía las mismas características que el resto. La distancia y ubicación cuadraban perfecto con la orientación que tenía el sospechoso.

Wood observó que Brown hacía gesto con una mano para guardar lo que sostenía y vio que enfilaba por un camino que lo alejaba del lugar. El sendero era pedregoso, plagado de hojarasca y algunas ramas que evitaba pisar. La dirección que llevaba poco tenía que ver con la ubicación de la casa en la que vivía. Estaba claro que sería el punto de encuentro con el sujeto a quien acababa de enviarle el mensaje, lo que confirmaba que Adam estaba activo y continuaba con la misión de entregar información. Sin dudas, el faro que destellaba al fin del trayecto sería el lugar indicado.

Lo vio entrar por una pequeña puerta verde y aguardó a que saliera luego de unos largos minutos. En ese momento observó que miraba hacia ambos lados antes de, al fin, retirarse. La humedad del lugar se fundía con la mortecina luz que crecía a medida que uno se internaba en la escalera caracol que ascendía varios pisos hasta alcanzar a la parte superior del faro. Allí arriba era donde refulgía, de modo intermitente, la luz brillante que daba vida a la atalaya.

Colin revisó el pequeño recinto circular sin encontrar nada en el piso ni en los primeros peldaños de la escalera. Con las yemas de los dedos, buscó alguna rugosidad en la pared, al pensar que no sería difícil esconder algo allí ya que el concreto no estaba firme debido a la infiltración de agua. Por encima del zócalo, había un pequeño orificio que tenía justo debajo algunas partículas de cemento esparcidas en el piso. Rasgó un poco más y apareció un fino rollo de papel que extrajo con cuidado. Al abrirlo, descubrió que se trataba de dos hojas. La primera de ellas era una carta dirigida a un señor Williams que relataba los detalles distinguidos de la ciudad de Portsmouth. Si la hubiese enviado cualquier otra persona, no habría resultado más que una simple misiva acerca de las bonanzas de ese lugar, pero estaba acompañada por otra que, en apariencia, estaba en blanco.

—Hijo de puta —susurró al comprender que no estaba equivocado.

Dejó la primera página como estaba antes, enrollada, y volvió a introducirla para luego salir con la otra en la mano. Buscó un lugar apartado y extrajo del bolsillo del pantalón unas cerillas que acercó a unas ramas secas que había por allí. No quería hacer una gran fogata que destellara en el anochecer y llamara la atención desde el agua. A medida que pasaba la hoja por el calor emanado del fuego, la carta cobró vida. El dibujo de las naves de guerra que había en el puerto se veía con claridad en el papel, junto a las posiciones que tomarían cuando zarpasen.

Debía apresurarse para lo que debía hacer, aunque tiempo era, de hecho, lo que no tenía. Salió deprisa y recordó que, a poca distancia de allí, había una taberna conocida por el pescado que servía. Al pasar observó que el comedor estaba plagado de comensales. Se asomó por la puerta de atrás, de donde salía un potente aroma a pescado frito, y vio a un cocinero atiborrado con la mercadería junto a un ayudante que preparaba los platos y bandejas.

—Hola, como están con mucho trabajo, vine directo a buscar esto —dijo al tomar dos rodajas de limón que acompañaban el popular platillo—. Siempre que lo pido, se olvidan de dármelo.

Con la misma rapidez con que entró, salió de la cocina mientras el cocinero y su auxiliar superaban el pasmo tras una simple mirada y continuaban trabajando.

—Sigamos. Siempre hay un loco por aquí.

Colin enfiló hacia una de los edificios de oficinas. Lo que iba a hacer requería de concentración y prolijidad. Con un trozo de alambre que llevaba en uno de los bolsillos, destrabó la puerta de entrada e ingresó. Se ubicó en el primer escritorio que vio, encendió la lámpara y tomó una de las hojas que había allí para luego extenderla sobre la mesa. Buscó a su alrededor algún vaso o taza, tomó la primera que encontró y exprimió el limón. Agarró una servilleta que, entre la basura, había dejado alguien al comer, y cubrió la punta de un lápiz para comenzar a diseñar sobre el papel un nuevo esquema de la cantidad de barcos que había en el puerto, en el que cambió la distribución y modificó las posiciones que tomarían en la zona de conflicto. Se aseguró de que quedase prolijo y de que la tinta invisible funcionara. Luego dejó que se aireara y salió de allí lo más rápido que pudo.

Debería apurarse para evitar que el contacto de Brown llegase antes que él. Lo logró y comenzó a desenroscar la carta para guardarla junto al bosquejo, pero, cuando volvió a introducirlos en la pared, unos fuertes ladridos sonaron, junto con chillido de la puerta al abrirse. Subió unos cuantos peldaños para esconderse en un recodo. Desde aquella ubicación, podía ver la cabeza calva del sujeto que retiraba el mensaje ante los constantes aullidos del perro.

—¡Cállate! —dijo su dueño, aunque sabía que, a esa hora y en ese lugar, nadie se sorprendería del alboroto canino.

Colin espero un rato antes de salir, seguro de que el animal lo había olido y de que ese era el motivo por el que ladraba de manera incesante. La oscuridad no le permitió vislumbrar el nombre

que identificaba a la nave amarrada cerca de allí. El único modo de acercarse que pudo idear fue meterse en el agua y nadar entre las embarcaciones hasta alcanzarla. Por fortuna, pudo hacerlo antes de que arrancase y huyera para perderse en la inmensidad de las aguas. Lo que restaba no era más que buscar en los registros portuarios la fecha de ingreso de ese buque, a quién pertenecía y los movimientos que había realizado, lo que no le demandó demasiado tiempo.

Cuando llegó a la posada, buscó a Dylan que se encontraba bebiendo una cerveza en la confitería del lugar. Colin levantó la mano para pedir otra.

—Parece que no soy el único con calor en esta noche —comentó al verlo con el cabello húmedo, y agregó—: Te informo que en el pequeño apartamento no he encontrado nada. El desorden facilitó la tarea, solo tuve que dejar todo tirado. Apuesto a que ni cuenta se da de que alguien más ha estado allí.

—Él sigue activo y sacó información de los buques de guerra y las probables posiciones que tomarán. Parece que era el nexo para pasar esos datos a un tal John Smith; al menos con ese apellido se inscribió en el registro portuario. Es periodista, parece que estaba haciendo un trabajo sobre los barcos y la pesca en la zona para un periódico estadounidense. Una fachada de poca monta.

—Es raro que no haya enviado desde acá la correspondencia.

—Pensé lo mismo, pero ellos saben que esta zona es sensible y que Brown estaba fichado. Deben de haber supuesto de que el control del correo sería mayor y no han querido arriesgarse. Eso hace de vital importancia la falsa información que llevan a bordo. Estoy seguro de que buscarán un puerto cercano seguro para amarrar y así enviar la documentación desde otra estafeta postal.

—Entonces podremos descansar un poco antes de salir mañana —se alegró Dylan.

—A primera hora quiero hacerlo.

—Deberías relajarte un poco.

—Lo haré cuándo regresemos a Londres. Allí hay varias cuestiones que resolver —dispuso Wood.

—Como digas. Eres el piloto y, si no me queda otra, iré en ese vetusto coche que posees.

—Métete con lo que quieras, pero nunca con mi automóvil.

Una cena frugal acompañó al par de cervezas que tomaron hasta que cada uno enfiló al cuarto para salir por la mañana con destino a Londres, donde quedaba mucho por hacer.

* * *

Los días siguientes fueron un verdadero caos gracias a la información que Colin había obtenido. Más allá de las felicitaciones recibidas por el buen trabajo realizado, la persecución por descubrir más espías fue atroz. Las jornadas eran agobiantes, y el ánimo en general estaba por el suelo, algo propio de los comienzos de una guerra. Colin, que acababa de llegar a la casa con la cabeza atiborrada de preocupaciones, dejó la llave de entrada en una mesa al lado de la puerta y se sentó con la correspondencia que había retirado del buzón. La única que abrió fue la que tenía un remitente de Buenos Aires con el nombre de Sofia Molina y decía así:

Mi amor:

Debo confesarte que dudé de escribirte. Quizás lo hice porque soy una egoísta que espera que me tengas presente cuando leas estas pocas líneas. Desde el momento de tu partida, no he hecho otra cosa que pensar en ti. Pero esta vez ha sido al recordar la noche que compartimos. Cada momento vivido contigo es un soplo de esperanza al saber que, si tu presente fuese distinto, tendríamos un futuro juntos.

Cuando me enteré de que te habías ido, me desesperé, pero luego entendí que fue lo mejor para los dos. Al menos para mí lo ha sido, porque, de haber sabido el día en que te ibas, no habría podido separarme de tu lado.

Hace poco me encontré con Lisandro, y grande fue mi sorpresa cuando me contó el favor que le pediste y lo que habías hecho para que yo tuviera un lugar en el conservatorio de música. Una vez más me demostraste que no me he equivocado al enamorarme de ti, aunque solo hayas podido darme aquella noche. No quiero que esta carta sea un lamento por no tenerte, por eso se me ocurrió enviarte esta fotografía que me hice frente a la puerta del Palais de Glace. Creo que resume el instante más feliz de mi vida, cuando nada importaba salvo nosotros dos. Espero que te cuides y me recuerdes; yo me he propuesto no dejar de hacerlo hasta que, en algún momento, volvamos a vernos. No me importa cuándo será, porque, a pesar de lo que dijiste, yo seguiré esperándote.

Te amo.

Tuya,

Sofia

Colin prendió un cigarro luego de leer la misiva. No podía dejar de contemplar la fotografía sepia que tenía en la mano. Sus dedos se desplazaron para recorrer la imagen de aquella muchacha sonriente como si de ese modo pudiera acariciarla. Se encontraba delante del edificio, y el cabello rubio, arremolinado por el viento, le caía sobre los hombros. Los chispeantes ojos castaños parecían llamarlo, y una de sus manos lo saludaba. De todos modos, él nunca había necesitado una imagen para recordarla porque la tenía impresa en la piel. Su propio cuerpo aún añoraba las caricias y los besos prodigados entre ambos.

Dio una profunda calada y dejó aquel obsequio sobre un mueble. Sería un modo de saludarla cada mañana. Luego se quedó en el sillón en tanto dudaba sobre las decisiones tomadas, aunque creía que era tarde para cambiarlas. En medio de esas elucubraciones, un golpe a la puerta lo sorprendió. Cuando la abrió, Scott estaba delante de él.

—Pasa. Tenía la intención de visitarte para saber si hay alguna novedad, pero no he tenido un minuto libre.

—Te creo, a mí me ha pasado lo mismo.

—El buque de Martina pasó de largo, así que debe de estar instalada ya donde estaba previsto. No te preocupes, me ocuparé de verla.

—¿Te han confirmado cuándo debes irte?

—Sí, parto mañana a primera hora hacia París.

—¿Estás seguro de que es lo que deseas?

—Sí, nunca estuve más seguro de la decisión tomada. Nadie puede permanecer ajeno a esta guerra. Quiero ayudar con lo único que sé hacer de verdad. Tú lo haces desde acá.

—Tienes razón, pero deberás tener cuidado.

—Mira quién lo dice —lanzó Scott con una carcajada—. No me vas a dar recomendaciones, ¿verdad?

Colin fijó la vista en él y supo que tampoco Scott quería despedirse ni hablar sobre lo que significaba ese viaje que tenía solo fecha de partida.

—No, solo quiero decirte que, si necesitas algo urgente, conoces el modo de comunicarte conmigo.

—Lo sé, aunque nunca ha sido necesario y estoy seguro de que tampoco ahora lo será.

—Eso espero. ¿Vamos a tomar algo?

—Adelante, esta vez sí que no debemos perder el tiempo.

Ambos abandonaron el apartamento con el deseo de compartir un último trago antes de que todo se derrumbase a su alrededor.

CAPÍTULO 9

Una disputa sin cuartel

La jornada había culminado al fin luego de un día duro de trabajo. La lluvia que había acompañado los últimos dos días había complicado la tarea en el puerto. El viento arrasaba, y el frío calaba hasta los huesos. Fausto llevaba encastrado en la cabeza el gorro negro de lana y un impermeable utilizado durante las maniobras marítimas que había ejecutado. De ese modo, húmedo y congelado, abandonó el puerto. Necesitaba beber algo fuerte para entrar en calor. En medio de la constante llovizna, enfiló hacia la taberna más próxima. Estar allí dentro le era tan familiar como estar en su propia casa. El dueño de El Tano, el establecimiento elegido, era un hombre a quien conocía desde que había comenzado a trabajar como portuario. Allí se congregaban gran parte de los trabajadores de la zona y flotaba la camaradería que debía existir en las tareas a bordo. Como era habitual, el ambiente del lugar estaba caldeado por el alcohol y las mujeres que brindaban su compañía. Luego de unos cuantos saludos con varios allegados, fue hasta la barra a tomar alcohol. Necesitó dos copas de ginebra, que bebió de golpe, para templar el cuerpo.

—Te estaba esperando, más en un día así —susurró una mujer—. Necesito entrar en calor.

Fausto sonrió ante la constancia de Carola, una joven asidua del lugar que se acercaba a él cada vez que entraba al local. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Después, ahora necesito beber algo más.

—Cuando quieras, amor. Estaré por aquí.

Él se dio vuelta y miró al Tano.

—Compañero, ¿otra? —consultó el dueño del bar.

—Eso no se pregunta.

Una vez servida, empinó la copa y, cuando la dejó vacía sobre la barra, observó que el propietario se detenía, con la mirada fija por detrás de él. De manera instintiva, giró justo antes de que la mano de un sujeto intentara apoyarse sobre su hombro.

—Mi jefe quiere verte afuera.

—¿Quién mierda es tu jefe? —siseó al sacarse de un manotazo el agarre del desconocido.

El bullicio que hasta ese momento corría se esfumó, y un tenue murmullo comenzó a disiparse ante la presencia de un extraño en el lugar.

—Fausto, si necesitas ayuda, ya sabes —murmuró el Tano al verlo levantarse.

No lo escuchó porque ya había alcanzado la puerta del bar para encontrarse con quien lo buscaba. Un coche negro estaba aparcado a unos cuantos metros de la taberna. El sujeto que lo había acompañado se quedó a un costado del automóvil y, al abrirse la puerta, emergió Álvaro Alconada, vestido con un traje azul y un sombrero negro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin demostrar la sorpresa que le provocaba descubrir que ese era el hombre que le había estropeado el negocio.

—Usted me mandó a llamar. A no ser que el inútil de su empleado se haya equivocado.

—Ojo con lo que dices —increpó el ayudante de Alconada.

—¿Eres el hijo de puta que me ha hecho perder dinero por el retraso del envío? —dijo y con un chasquido le indicó a su matón que lo tomase por atrás.

—Suéltame.

La fuerte carcajada de Álvaro tronó en medio del ruido de la constante llovizna.

—Además, eres el pordiosero que estaba junto a Emma.

Eso último lo encegueció. Lanzó un fuerte codazo que dio contra la mandíbula del hombre que custodiaba a Alconada y le permitió liberarse. Lo tomó por el cuello con una mano y, con la otra, le pegó en el pómulo reiteradas veces hasta desgarrarle la piel. Entonces ambos cayeron sobre un charco de agua. Por más que los golpes resbalasen con el lodo, la intensidad de Fausto al darlos no disminuía. Cada puñetazo asestado destilaba rabia, impotencia y sangre.

—¡Déjalo ya!

Una vez recuperado, el acompañante de Álvaro se incorporó para tomar a Fausto por detrás y separarlo de su jefe, que estaba tendido en el lodazal. Fausto trastabilló, pero eso no impidió que se trezase con aquel matón en una lucha golpe tras golpe, hasta que uno propinado por el joven Guzmán fue lo bastante contundente para dejar fuera de combate al lacayo de Alconada. Cuando buscó a su rival, lo vio incorporarse mientras se limpiaba con la mano los hilos de sangre que le corrían por el estropeado rostro.

—No tienes idea de con quién te metiste.

—Me meto con el hijo de puta que despidió a mi padre de una de sus empresas tiempo atrás. Como si eso no te hubiera bastado, no hiciste un carajo cuando lo mataron como a un perro en aquella manifestación del Centenario.

En los festejos por el aniversario en conmemoración de la Revolución de Mayo, el lujo y la ostentación que tenían como fin demostrar que Buenos Aires resplandecía se habían fundido con la algarabía por parte del pueblo que había salido a las calles para ser parte de una serie de actividades programadas para la celebración. Ese día se pretendía implantar orden además de progreso. Varias comitivas de distintos países se habían congregado para unirse a la festividad, por eso gran parte de los obreros habían considerado que sus reclamos por mejorar las condiciones de trabajo tendrían más chances de ser oídos en medio de esa conmemoración. La policía había salido a las calles a reprimir con el convencimiento de que se trataba de unos peligrosos anarquistas y no de legítima mano de obra que solicitaba que sus pedidos fuesen escuchados. La fuerza del orden había contado con la colaboración de parte de la oligarquía porteña, que buscaba disipar y eliminar a los manifestantes. Fausto, como otros, había terminado encarcelado. Nadie se había apiadado de ellos, y menos aún Alconada, que había formado parte de los instigadores de las detenciones.

—No puedes negarlo porque estuve allí —siguió—. Vi morir a mi padre y poco pude hacer porque estuve encarcelado durante largos días.

La celda en que lo habían alojado era nauseabunda; el trato dispensado, vergonzoso. Durante los días en que habían estado allí, solo habían logrado alimentarse con un poco de agua y con algunas migajas de pan duro. Aunque para él eso era lo que menos le preocupaba, porque su padre había muerto y, allí dentro, nada podía hacer. Tampoco las autoridades policiales se habían apiadado de él ni de las circunstancias que habían rodeado la detención. Para la policía, todos ellos eran unos anarquistas insurrectos.

—Ahora recuerdo al inútil de tu padre, que no dejaba de protestar y molestar en mi empresa. Lamento lo que le sucedió —replicó con sorna.

—Eres un hijo de puta —rugió Fausto antes de lanzarse contra el cuerpo de Álvaro—. Te busqué, pero me enteré de que estabas fuera del país. Te escapaste como una rata y luego te refugiaste en tu campo. Supe que el tiempo me daría la oportunidad de esto.

Un fuerte puñetazo se estampó una vez más en el magullado rostro de Álvaro.

—¡Déjalo! —gritó el empleado, y sujetó por detrás al atacante.

—Si crees que me has perjudicado por unos cereales de mierda, te equivocas —escupió mientras la sangre le manaba de la boca—. Soy un hombre muy poderoso y con contactos —bramó para luego darle un par de puñetazos mientras el joven Guzmán era sostenido por el empleado.

—Te juro que voy a darte donde más te duela. Voy a quitarte lo que más desees —prometió con furia Guzmán— aunque sea lo último que haga en esta vida.

Antes de estampar otra vez el puño en el sindicalista, Álvaro notó que dos obreros se acercaban. Fijó la vista en ellos y descubrió que otros tantos habían salido del bar.

—Es hora de irnos —le ordenó a su acompañante, que empujó a Fausto hacia adelante.

Guzmán apoyó las manos en las rodillas para recuperarse al tiempo que el Tano se acercaba para socorrerlo.

—Deja, no ha sido más que una simple pelea —contestó al incorporarse.

Alconada se alejó en el coche con prisa. De él, solo había quedado el sombrero que flotaba en uno de los tantos charcos que la permanente llovizna había formado.

Las personas congregadas a raíz de lo sucedido regresaron a la taberna para volver a entregarse a la bebida y la compañía femenina. Fausto se recompuso luego de un par de copas de alcohol y con la ayuda de la cariñosa compañía de Carola.

* * *

En el Hospital Rivadavia no cesaba la actividad de los médicos, enfermeros y pacientes. El doctor Corvalán se encontraba aún allí cuando un hombre con el cuerpo muy magullado se presentó.

—Te dije que no era para tanto —se quejaba el recién llegado.

—Jefe, yo creo que sí.

Enseguida se apersonó el médico al ver los golpes que tenía en el rostro. Tomó algunas gasas para limpiar el barro y la sangre y así poder ver bien las contusiones que tenía.

—Parece que fue una fuerte pelea —dijo al desinfectar la zona dañada—. Son solo golpes y cortes superficiales. Déjeme, que voy a revisarle el cuerpo.

—No sabe cómo quedó mi rival.

—Me lo imagino.

Álvaro soportaba el ardor que le provocaba la crema antibacteriana y el otro ungüento que el doctor le colocaba. La cercanía del profesional hizo que le prestara mayor atención.

—Yo a usted le veo cara conocida, creo haberlo visto en algún otro lugar.

—¿Sí?, puede ser.

Claro que, por mucho esfuerzo que hiciera el doctor, le costaba reconocer a alguien detrás de ese rostro sangrante e hinchado por la paliza recibida.

—Lo he visto con la familia Wood.

—Soy amigo de la familia; en especial de Martina, colega mía —aclaró Federico.

—Entonces nos veremos seguido, porque yo tengo cierta relación con Emma, la otra hermana.

—Supongo que la próxima que nos encontremos será en otras condiciones.

—Por supuesto. Si ya ha terminado, quiero irme de aquí.

—Debería quedarse para chequear que no haya alguna lesión interna.

—Gracias, doctor, pero no ha sido para tanto. Ya le he dicho que quien debería estar acá dentro no soy yo.

Sin más, Alconada abandonó el hospital con el pleno convencimiento de que, la siguiente vez que volviese a enfrentarse con Guzmán, no le daría ni siquiera la posibilidad de tener alguna asistencia médica.

* * *

El único momento del día en que Sofia estaba feliz era cuando concurría al conservatorio. La música le permitía trasladarse a un lugar soñado, allí donde todo era posible. Por mucho esfuerzo que hiciera, no soportaba tener que resignarse a no ver más a Colin. Debía aquietar la necesidad lacerante de estar a su lado y aguardar hasta que regresara. La aterraba la idea de que se olvidara lo que ambos habían vivido y tampoco sabía si, cuando regresara a la patria, lo haría en compañía de otra mujer. Ella estaba condenada a una eterna espera. Por más que creyera que por él todo valía la pena, la desesperaba la idea de no saber cuándo ni en qué condiciones se daría el añorado encuentro.

Movió la cabeza para quitarse de la mente esas ideas que lo único que lograban era angustiarla más y tomó con rapidez el cuaderno de música para luego guardarlo en una bolsa de badana. Debía pasar primero por su casa para luego ir hasta el restaurante familiar, donde padecía los únicos momentos compartidos con don Cándido. Poco era lo que podía hablar con su padre durante esas aciagas semanas. Parecía que él también se había transformado en un fantasma. Suponía que las deudas lo agobiaban, y lo peor era que no hacía nada para revertir la situación. La distancia entre ambos era abismal. Sofia daba gracias a Dios por que estuviera Helen a su lado. Al menos todo lo que le sucedía se veía mitigado por la compañía de su tía.

En medio de esas elucubraciones, llegó a la casa. No bien entró, se sorprendió de que algunas luces de la sala estuvieran encendidas e hicieran desvanecer la penumbra que siempre flotaba en el ambiente. El murmullo de unas voces la distrajo.

—Hija, al fin llegaste. —Sin dudas ese recibimiento la extrañó más—. Ven aquí.

Como era la costumbre de don Cándido, estaba en compañía de una copa de alcohol, pero esa vez también tenía al lado a un hombre. Parecía que estaba distendido, conversador incluso; actuaba de un modo cordial y amistoso.

—Buenas tardes.

—No sé si recuerdas a mi amigo Fernando Segovia.

Ella dudó, sin poder reconocerlo. Quizá lo había visto en alguna oportunidad en el restaurante, pero no estaba segura.

—Por tu gesto, intuyo que no. Yo sí te he visto varias veces y he notado que te has transformado en toda una mujer.

No fueron las palabras, sino el tono lascivo con que las pronunció, lo que la molestó.

—¿Desean algo más?

—Hoy cenaremos aquí. Tenemos varias cuestiones que hablar y arreglar, ¿verdad? —anunció Cándido.

—Por supuesto, a eso he venido.

—Me voy a la cocina a preparar la cena —dijo ella, sin darle tiempo a agregar ningún otro comentario.

Al entrar vio a su tía cortar unos vegetales para acompañarlos con la carne asada que ya había colocado en el horno.

—Al fin llegaste —dijo Helen al dejar al costado el cuchillo para abrazarla—. Quería que vieras el cambio de tu padre y que te grabes en la memoria que, cuando lo desea, puede comportarse con una persona normal —concluyó sarcástica.

—Entonces no es idea mía.

Sofía se colocó el mandil y se puso a sazonar las verduras antes de asarlas.

—En absoluto. Cuando me desperté de la siesta, escuché el eco de unas voces. Luego supe que estaban encerrados en el estudio. Han pasado juntos toda la tarde.

—Ojalá que este sea el inicio de un cambio en él. El destrato al que nos tiene acostumbradas es difícil de soportar —completó al colocar en el horno la guarnición para que se cocinara junto a la carne.

—Tienes razón, aunque parece que recordar viejos tiempos le cambia el humor; y eso para tu padre significa mucho. ¿Conoces a su amigo?

—No recuerdo haberlo visto antes, quizás en alguna oportunidad lo he cruzado en su compañía. No me digas que lo dices porque estás interesada en ese hombre.

La tía revoleó el paño que tenía entre los dedos y lanzó una carcajada cuando cayó sobre el hombro de Sofia.

—Eres una desconsiderada.

—Pero ¿por qué lo dices?

—Sofi, querida, aunque no lo sepas, cuento con buen gusto en lo que a hombres se refiere.

Un fuerte rubor ascendió por las mejillas de Helen. Cuánto hacía que no destapaba el baúl de los recuerdos. A veces pensaba que se debía a que, a pesar del paso del tiempo, cada uno de ellos se sentía muy reciente, quizás más de lo que deseaba.

—Nunca me has contado si te has enamorado en alguna oportunidad.

—Sí, me enamoré de un hombre que fue muy especial para mí por todo lo que viví con él. Debo decirte que fue hace mucho tiempo y, si quieres saber, era muy guapo. Pero a veces el amor no es suficiente, al menos no siempre lo es.

—¿Lo has vuelto a ver? —cuestionó la joven, apoyada sobre el borde de la mesa de la cocina.

—Hoy estás muy preguntona. Debemos apurarnos antes de que el ánimo de mi cuñado cambie. Pero, para saciar tu curiosidad, la respuesta es no; aunque soñé durante mucho tiempo tener un encuentro con él. Creo que fue lo mejor que me sucedió en la vida, pero no supe decírselo en el momento en que debí hacerlo. A veces pienso también que haberlo hecho nos habría lastimado mucho.

Sofia se quedó sorprendida por la confesión de Helen. En ese instante era un consuelo saber que ella también había sufrido por amor. Quizás había una maldición sobre las mujeres de la familia, que no lograban ser felices con el hombre que amaban. El chasquido de la puerta interrumpió esos pensamientos y la conversación. La aparición de Cándido suspendió la atmósfera de intimidad que ambas habían alcanzado en medio de los utensilios de cocina y del perfume a especias desprendido por la cocción de la carne asada.

—¿Cómo va todo?

—No debo explicarte cuánto tardará la cocción.

—Deja que se cocine la carne y los vegetales. Mientras, quiero que se cambien para la cena.

Ambas se miraron sin adivinar la razón de esa inesperada actitud de don Cándido. Ninguna hizo comentario alguno y, con una mirada cómplice, abandonaron aquel recinto rumbo a las habitaciones para arreglarse y, al fin, cenar. Cuánto tiempo hacía que en la casa de la familia Molina no se celebraba una comida especial en la que estuvieran todos en derredor de la mesa para hablar y compartir un momento en paz.

—Esto está exquisito —declaró Segovia antes de tragar un regio bocado de comida.

—Es la mano de mi hija.

—Cocinas de maravillas.

—Gracias, pero no es así, mi tía ha sido responsable de la elaboración del menú.

—Sin sacarle mérito a ella, se nota el toque de juventud en el sabor de este platillo —ponderó el invitado.

Sofía evitó tragar para no atragantarse. La presencia de ese hombre no hacía más que incomodarla. Miró a Helen, pero estaba con la cabeza baja, sin sacar los ojos del plato mientras movía la comida con el tenedor.

—Es que esta comida está en consonancia con lo que voy a anunciar —declaró el padre de Sofía al levantar una copa de vino—. Les pido que me acompañen.

Los presentes copiaron el gesto a la espera del brindis.

—Quiero presentarles a mi nuevo socio en el restaurante. Mi amigo Fernando ha venido a verme para proponerme ser parte del negocio. Estoy convencido de que, con su participación, saldremos adelante.

—Felicitaciones —brindó Helen, no muy convencida de que un lugar que no funcionaba desde hacía bastante pudiera recuperarse.

—Ojalá que así sea —dijo Sofía.

—Así será —aseguró Segovia—, te lo prometo.

Ella ahogó una contestación en la copa que se bebió de golpe. Parecía que había algo detrás en cada frase que él lanzaba.

—Cándido —exclamó Helen—, era hora de que despertaras y te pusieras el local al hombro.

—Tú ni siquiera te comportas como corresponde cuando hay algo para festejar, pero no pienso amargarme por lo que me digas.

—Padre, ella solo ha hecho un simple comentario.

—Fernando, son mujeres, ¿qué se les puede pedir?

—Tienes razón, pero muy bellas —culminó con la vista fija en Sofía.

De inmediato la joven se levantó para alejarse de allí con la excusa de recoger los platos y traer el postre.

—Tú tampoco te comportas como es debido cuando hay una buena noticia que contar —rebató Helen—. Si me disculpan, me retiro a ayudar a mi sobrina.

Por más que Cándido le insistió a su hija que se quedase en la mesa, ella logró escabullirse hacia su cuarto. Era allí donde se sentía más segura y el lugar en el que los añorados recuerdos desplazaban a los momentos desagradables. Aprovechó para desvestirse y darse un baño; en verdad lo necesitaba. No alcanzó a culminarlo porque los gritos provenientes del despacho se hicieron más potentes y la obligaron a ponerse la bata y salir a ver qué sucedía.

—Mujer, me tienes cansado. No tengo por qué tolerarte cada vez que vienes y te instalas en mi casa —rugió don Cándido.

—A ti debería darte vergüenza el modo en que te comportas frente a Sofía.

—¿Qué tienes para recriminarme ahora, una vez que mis negocios vuelven a encaminarse?

—¿Te refieres al restaurante?

—No seas imbécil, mujer, ¿a qué voy a referirme?

—A Sofía —escupió Helen.

—¿Por qué la traes a esta discusión?

—Porque ese hombre que has invitado a la casa no ha dejado de mirarla de un modo desagradable.

—Eso lo dices porque eres una envidiosa. Bien que te gustaría que algún caballero posara los ojos en ti.

—Por favor, deja de decir sandeces.

—Nunca superaste que tu hermana se casara mientras tú te quedabas sola, sin nadie a tu lado. Es eso lo que has merecido en esta vida —acusó él.

—¡Cállate!

—¿O qué?

—Pero ¿qué sucede? —intercedió Sofía.

—Tú vete a la cama —ordenó Cándido tras arrojar la copa de alcohol y estamparla contra la pared, lo que provocó que el único cuadro que había colgado se tambaleara—. Nadie va arruinarme el festejo.

—Si eso sucede, será por la cantidad de bebida que ingieres. Sofi, vete ya por favor.

—No pienso moverme si no vienes conmigo.

—¡Basta a las dos! —rugió el hombre—. Tú vete, quiero hablar con mi hija —dijo al acercarse a Helen—. Te he dicho que quiero que te vayas y me dejes con ella —escupió con aliento a alcohol—. En mi casa mando yo, así que sal de aquí.

No creía que fuese oportuno continuar con la discusión, aunque tenía varias cosas por decir. Sin embargo, no obedeció del todo a su cuñado, sino que aguardó afuera, detrás de la puerta, para esperar a Sofía.

—Sé que en estos momentos necesitas una madre que te guíe —comenzó Cándido.

—No es posible hablar con ella.

—Por eso lo harás conmigo. Has crecido ya y debes cumplir con los pasos de toda joven decente.

—¿De qué hablas?

—De que debes casarte y formar una familia.

—Lo haré el día que me enamore —afirmó la joven.

—Eso es lo de menos, puedo asegurártelo.

¿Cómo explicarle que lo había vivido en carne propia? Las verdades descubiertas en cada pasaje que había leído en el diario de su esposa hacían aflorar el resentimiento y el rencor sobre una etapa que creía feliz.

—Si de eso deseas hablar, lo podemos dejar para más adelante.

—Lo vamos a hablar ahora porque he dado mi palabra a Fernando de que te casaras con él.

La conmoción fue tan grande que Sofía no pudo articular palabra. Durante un momento creyó haber entendido mal lo que su padre le había dicho.

—Debes agradecer que te haya conseguido un candidato como Dios manda.

La puerta se abrió de golpe y, tras ella, apareció Helen hecha una furia.

—Ese es el precio que has pagado para conseguir que tu negocio salga adelante —acusó con ira.

—Te dije que te fueras, pero ahora te exijo que hagas tus maletas y te vayas de esta casa para no volver más, al menos mientras yo viva.

El modo amenazador con que la trató obligó a Helen a retirarse a su habitación y alistar sus pertenencias para abandonar la vivienda.

—No puedes echar a la tía con todo lo que ella ha...

—Tú no estás para darme indicaciones —la interrumpió—. Por eso necesitas un hombre que dome tu temperamento.

—No pienso casarme con él.

La exclamación de Sofía fue acallada por la fuerte bofetada que le dio su padre. Con la mano se acarició la roja mejilla humedecida por las lágrimas que no dejaban de caer mientras sollozaba.

—Ahora puedes retirarte. Deja de llorar como una niña y compórtate como la mujer que eres. Mañana regresará Fernando para conversar contigo, así comenzarán a conocerse un poco más antes de la boda.

Ella se retiró del recinto y caminó como un fantasma hasta la habitación. Creía que estaba viviendo una pesadilla y que se despertaría en cualquier momento. Al entrar al cuarto, los fuertes brazos de Helen la ciñeron.

—Shhh, cálmate. Ahora debes descansar.

—¿Cómo crees que puedo hacerlo esta noche?

El llanto no la dejó continuar. La angustia y la desesperación eran tan grandes que la sobrepasaban.

—Esta noche me quedaré contigo, pero mañana, a primera hora, me habré ido.

—No puedes irte y dejarme aquí —le rogó la joven.

—Es lo mejor que puedo hacer. Si me quedo un solo día más, él tomará represalia contra ti.

—Nada puede ser peor que obligarme a casarme con ese hombre —gimió.

—Lo sé, pero lo que trato de decirte es que lo mejor que puedo hacer en este momento es irme de aquí.

—Vete —rugió Sofi con rabia—. Al final, este no es tu problema. Sé que no tienes por qué lidiar con el padre que me tocó.

—Te equivocas. Confía en mí.

—¡Helen, sal de la habitación de mi hija y vete ya de este casa si no quieres que sea yo quien te eche a patadas de aquí!

Sofía se limpió las lágrimas, que no dejaban de caerle por el rostro, y se aferró a los brazos de su tía antes de que se fuera. Cuando lo hizo, trabó la cerradura para quedarse segura allí, sin que su padre volviese a molestarla. Buscó el sillón ubicado frente a la ventana que daba a la calle, se arrebujó en una manta, se cubrió los hombros y se dejó envolver por la oscuridad mientras intentaba no sucumbir al terror que le provocaba lo que se avecinaba. La farola de la esquina refulgía en medio de la espesa penumbra que flotaba esa noche. No apartó la mirada hasta que vio que un carruaje se acercaba y se apeaba a la entrada de la casa. Minutos después, contempló a Helen sacar numerosos bártulos con la ayuda del cochero, que los colocó en el vehículo. En ese preciso instante, se derrumbó y no dejó de llorar ni siquiera cuando el amanecer cubrió el cielo con pinceladas rojizas para dar comienzo a un nuevo día.

* * *

Sobre la avenida de Mayo, se erigía, con una altura de cuatro pisos y de estilo francés, el Hotel Cecil. Helen no lo había elegido por el aspecto majestuoso, sino porque era uno de los pocos que había visto cada vez que iba al restaurante de Cándido Molina. En medio de la noche, no había podido apreciar que la cúpula de la construcción culminaba en una estatua femenina construida con bronce, ni la línea de ventanas sobre la mansarda que permitía tener una mejor visión de la ciudad. Nada de eso le importaba ni ocupaba su mente, preocupada tan solo por el conflicto desatado con Cándido y la lamentable situación en la que había quedado Sofía.

* * *

Al otro lado de ciudad, en la tienda Scarlet Rose todo funcionaba de maravilla. La concurrencia de clientes se había incrementado de un modo impensado. Sus dueñas no salían del asombro que implicaba tener tanto trabajo. El esmero que ponían en que cada prenda tuviera una impecable confección hacía que no les bastara las horas del día para finalizar con todo lo que tenían pendiente.

—Rose, aquí tienes lo que me has pedido.

Josefa le traía las piezas de un traje que aún faltaba coser para mostrarle el diseño en la estampa. No era fácil que la trama de las líneas coincidiera al momento de coserlas.

—Deberíamos parar un rato y tomar un té.

—No te preocupes, voy ahora a buscar una jarra.

—No es necesario —intercedió Emma al entrar con una bandeja con tres tazas—. Si no me tomo un descanso, mi cabeza va a estallar.

—Quien debería calmarse un poco con el trabajo es Rose —comentó Josefa.

—Yo creo que no estás atareada con los pedidos, sino que esa clienta que tratas con tanta paciencia va a enloquecerte —agregó Emma.

—¿Te refieres a Inesita? Te equivocas. Me parece que aquí encontró un lugar en donde puede actuar y hablar con libertad, lejos de su madre. Por lo que me ha dicho, no deja de atosigarla con los preparativos. Pareciera que doña Zelmira fuera quien se ha comprometido y no su hija.

—Eso es terrible, aunque sigo pensando que deberías poner un poco de distancia con ella porque no deja de ser una clienta, no una amiga. Quizás esto sea un entretenimiento para ella cuando para nosotras es nuestro trabajo —la amonestó Emma.

—No seas tan solemne y estricta. Ella necesita hablar y yo le presto atención, tan solo es eso.

—Rose, yo creo que esa joven está más sola de lo que parece. Podrá tener muchos compromisos sociales, pero nunca ha venido con alguna amiga que la acompañase.

—Algo de eso me ha dicho.

—Hum... —murmuró Emma—. Es raro que no cuente con una verdadera amiga en quien pueda confiar y apoyarse. No debe de ser fácil atravesar sola un momento tan importante, ¿verdad?

—La juventud y la inexperiencia hacen que uno sueñe y vuele con la imaginación en una instancia tan crucial. Es normal que eso suceda, a mí también me ocurrió. Más allá de mis años, yo también tuve la edad de ustedes, y muchas veces la realidad te golpea de repente, cuando ni siquiera concibes que algo malo pueda suceder. De eso nadie te advierte.

—Pero has formado una familia —expresó Rose.

—Sí, a pesar de todo.

—¿Te refieres a Fausto? —preguntó interesada Emma.

—Mi hijo es un joven con un temperamento difícil, aunque tampoco la vida ha sido piadosa con él. Sin embargo, a pesar de lo que parece, es fiel a las personas que quiere y estima.

—Conmigo se ha comportado de modo muy correcto, no puede decir nada contra él.

Rose observó a su amiga y se preguntó de inmediato si las horas de trabajo le habían provocado cierto olvido en referencia al trato que, según ella, Fausto le dispensaba.

—Él sabe que para mí este trabajo es muy importante y que no quiero tener otro problema por ese carácter intempestivo que tiene. Aunque muchas veces lo he dejado pasar porque él no ha tenido una vida fácil. Yo tampoco la he tenido, pero ya soy una mujer grande y no estoy en condiciones de quejarme. Muchachas, no me miren de ese modo. Todas guardamos secretos, y yo no soy la excepción.

El llamador de la entrada sonó y acalló el momento de confesiones. Creyeron que una nueva clienta ingresaba al local, así que Emma enfiló hacia la entrada y se quedó congelada al ver a Sofía parada en la puerta. Las huellas del llanto en la recién llegada eran evidentes, y el aspecto que llevaba demostraba a las claras el tremendo y angustiante momento que atravesaba.

—Sofi —dijo al abrazarla—, ¿qué sucede?

En ese instante se desató un sordo sollozo que persistió durante la larga conversación que tuvieron, en la que la recién llegada, sin dejar de hipar, les relató lo sucedido la noche anterior.

* * *

La densa bruma se expandía a lo largo de la costa del río. La severidad del viento arremolinaba las turbias aguas, sobre las que las embarcaciones se mecían al compás del oleaje desatado. Las nubes navegaban por el cielo ceniciento sin rumbo fijo. Era, sin lugar a dudas, el presagio de una próxima sudestada. A pesar de las inclemencias del tiempo, era permanente el trajinar de los marineros, estibadores y peones que se movían como hormigas en la carga y descarga de bultos y mercadería. Nada parecía detenerlos.

Lindor se levantó la solapa del gabán y enfiló hacia la taberna que se encontraba a una corta distancia y donde sabía que encontraría a Fausto Guzmán. Al entrar percibió cierto recelo por su presencia; sin embargo, caminó hacia la barra y, luego de pedir una copa de whisky, esperó que él

se presentara. La expectativa no duró más que el tiempo que le llevó beber la mitad de la copa de alcohol.

—Parece que a tu cliente no le bastó lo que le dije, también tuvo que mandar a su abogado — dijo Fausto, y miró al Tano, que, sin necesidad de escuchar el pedido, le entregó una ginebra.

—A tu salud —contestó Lindor para luego tragar de golpe el resto del contenido de la copa.

—No me interesa brindar contigo, ni con nadie que esté cerca de ese hijo de puta.

—He venido para comunicarte que, si no te calmas, tu situación va a complicarse.

—¿Debo tomarlo como un amenaza?

—Solo te estoy advirtiéndolo. Si eres inteligente, lo tomarás en cuenta.

—Has venido a perder tiempo. Lo que tenía que decirle, ya lo he hecho. Nada de lo que me cuentas cambiará mi actitud hacia él —le aseguró Guzmán.

—Has despertado la furia de un gigante. No tienes idea de cómo quedó después de la golpiza que le diste, es imposible hacerlo entrar en razón. Debo reconocer que tienes una buena zurda.

Nadie que no fuese zurdo podría haber dado semejantes golpes, que habían tomado desprevenido por completo a su contrincante. El resultado de la contienda había quedado dibujado en el rostro de Álvaro.

—Si eres su abogado, sabrás lo qué tendrás que hacer. Poco me importa el poder que tenga un hombre que no puede pelear si no es con la ayuda de un lacayo o que necesita enviar a su representante para intentar calmarme. Es un cobarde que se esconde detrás del dinero que posee.

—Debes saber que he venido con la intención de poner un paño frío sobre el asunto; él no me ha mandado. Pero veo que contigo es también imposible hablar.

—Hay algo que ninguno de ustedes dos entiende: yo no tengo nada que perder. Mi vida ha sido una mierda, he sobrevivido como he podido. No me ha sido fácil avanzar, pero, cuando lo he hecho, no ha sido con la ayuda de nadie. Poco me importa lo que pueda hacer conmigo porque, tipos como él, he conocido a unos cuantos. No me asusta, y le dije que le daré pelea hasta el final. Ya sabe dónde trabajo y a qué me dedico, como yo sé lo que hace y entre qué personas se mueve. Habrá que ver quién abre el juego.

—Te aclaro que no me conmueve lo que me dices. Cada quien ha vivido su propio infierno, aunque no haya sido en las mismas condiciones —repuso Lindor.

—Ni siquiera lo que me dices me acerca a ti.

—Está bien —desistió, y se levantó—. Al menos lo he intentado. Ahora quedo libre para actuar como me parezca.

Fausto no le contestó ni se movió cuando el joven abogado se retiró de la taberna. Se tomó otra copa en tanto evitaba pensar en la conversación que acaba de mantener y se dejó llevar por el bullicio y los comentarios que hacían otros compañeros del lugar.

CAPÍTULO 10

Bajo el sueño de tu dulzura

Los porteños no salían del estupor respecto a la noticia que colmaba todos los periódicos de la nación. Durante un tiempo quedaba relegada la conmoción que había provocado la declaración de la Primera Guerra Mundial desatada en Europa. Esa vez un hecho local reemplazaba a cualquier otra novedad de tinte internacional. Uno de los boletines de mayor circulación del país anunciaba la muerte del presidente de este modo:

El presidente Roque Sáenz Peña, con sesenta y tres años, sufrió un accidente cardiovascular. En compañía de sus íntimos y atendido por su médico de cabecera, Pacífico Díaz, se convocó al monseñor Miguel de Andrea para que le impartiera la extremaunción. La muerte se produjo en la madrugada del fatídico 9 de agosto.

Sáenz Peña condujo el destino de este país durante tres años y diez meses, sin poder completar los seis de su mandato. Sin embargo, buena parte de ellos, debió mantenerse alejado de las funciones presidenciales debido a una dolencia que aquejaba su salud. Fueron largas las estadías en la quinta de Martínez, emplazada frente al río, en reemplazo de los aposentos de la Casa Rosada, a las que se sumaron los días en la finca de la localidad de Brandsen. A pesar de esta circunstancia, fue el mentor y creador de la reforma electoral que permitió que el voto masculino sea secreto y obligatorio, para lo cual tuvo que resistir la oposición de ciertos grupos conservadores que buscaban continuar con las viejas prácticas electorales.

Me sumo a las condolencias por el lamentable deceso del mandatario de este país. Sin embargo, para parte del Gobierno, era un hecho esperado y ansiado. La cuestión política venía deteriorada desde hacía tiempo, y la falta de definición, junto con la ausencia en el cargo, hacía intolerable para las autoridades el apoyo al presidente.

La noticia de su fallecimiento no alteró a su vicepresidente, Victorino de la Plaza, cuando un emisario lo encontró en la casa, en compañía de un grupo de amigos con quienes celebraba una cena. Una vez que culminó el festejo, se hizo presente en la sala mortuoria para completar los arreglos del sepelio. De inmediato el Gobierno decretó honras fúnebres y dos días de feriado nacional.

La ciudad se había transformado en un permanente desfile de personas que seguían con respeto y admiración el cortejo fúnebre que discurría por la colmada calle Callao para pasar por el Congreso y, con posterioridad, por la atestada avenida de Mayo en el recorrido hasta llegar a la Casa de Gobierno. Se tenía todo previsto para que las exequias fueran realizadas en el Salón Blanco, donde se rendiría un tributo luego de haberlo hecho de modo privado con la familia y un pequeño grupo cercano. Una altísima concurrencia seguía los acontecimientos a pie, en automóvil o colgados de las ramas de los árboles para no perderse nada de cuanto sucedía. No importaba el modo en que se presentaran, sino ese gesto de acompañamiento con el que, en silencio y con sumisión, se lo despedía. El mandatario había logrado aunar a gran parte de la población que, con diferentes tintes políticos, habían decidido estar presentes allí, en una manifestación envuelta en pesar y dolor.

El paso de las horas no hizo más que aumentar la aglomeración de personas en la plaza de Mayo. Una delegación de granaderos montados a caballo debió intervenir en el perímetro acordonado por agentes ante el ímpetu y atropello de los miles de asistentes que pujaban por entrar en la Casa de Gobierno. Los discursos de despedida del presidente del Senado y otras máximas autoridades no se hicieron esperar y completaron el homenaje final. De esa manera, con el transcurrir de las horas, llegó la instancia en que el ataúd debía ser retirado en una cureña para luego darle cristiana sepultura.

El día frío y gris se condecía con lo que sucedía en una ciudad empañada de tristeza. Desde el Club del Progreso, había salido un nutrido grupo de hombres para acompañar a la caravana, en la que ya estaban los integrantes del Jockey Club. El barrio de la Recoleta se vio convulsionado ante semejante procesión. A su paso, los balcones de las casonas de la elegante calle Alvear se sucedían engalanados con crespones negros y banderas a media asta. Desde aquella perspectiva en las alturas, se vislumbraba una procesión de galeras negras junto a sombreros de seda que se fundían con boinas y gorros, todos unidos ante el pesar de una muerte. Algunas mujeres vestidas de negro se asomaban por los ventanales para arrojar flores sobre el cortejo. Los hombres de negocios y políticos se iban sumando en distintos puntos de la ciudad hasta alcanzar el cementerio enclavado en ese mismo barrio. El doble pórtico de acceso al camposanto estaba enmarcado por cuatro columnas dóricas. La inscripción en latín "*Requiescat in pace*" daba la bienvenida al momento de adiós definitivo.

—No creo que el Gobierno esperara esta nutrida despedida —acotó Lindor, que, junto a otros hombres, conversaba mientras avanzaba a paso lento—. No nos engañemos, el mismísimo vicepresidente ansiaba este fallecimiento, aunque no de este modo.

—Él y algunos de sus ministros lo esperaban desde hacía tiempo. Te aseguro que, si el difunto se sacase la mortaja y, como Cristo, resucitara y observara lo que sucede a su alrededor, volvería a morir solo para ver esta gran convocatoria —agregó Alconada con una mueca sarcástica.

—Estimado Álvaro —intercedió otro empresario—, no se le puede negar a nuestro presidente que ha tenido el don de la oportunidad. En cuanto a las noticias, la de su muerte ha combatido y ganado frente a las novedades sobre la guerra desatada en Europa. Respecto a eso, ha dejado la puerta abierta para ver cómo el Gobierno resolverá nuestra posición ante al conflicto bélico. No sé muy bien qué enfoque tomaremos.

—Por hoy y en estos días, no se hablará de otra cosa que de su partida. No olvidemos que estamos muy lejos de todo aquello.

—Sí que lo estamos —agregó Lindor—, pero tampoco podemos desdeñar que gran parte de lo que comerciamos va hacia allá.

—Estoy seguro de que este combate durará muy poco y de que todo se arreglará pronto. Además, recordemos que comerciamos también con los norteamericanos, quienes, como nosotros, poco tienen que ver con este conflicto.

—Claro que sí, aunque debemos ser prudentes y esperar —sumó Lindor—. Uno nunca sabe lo que puede suceder en un futuro.

—Ni siquiera en un responso dejan los negocios de lado —culminó un amigo que acababa de llegar con otros tantos desde el Jockey Club.

—Pero mira quién lo dice. Recuerdo la vez que mandaste a buscarme a altas horas de la madrugada para que te cerrara una operación de compra-venta por unas tierras mientras tu suegra estaba dentro de un féretro —acusó Lindor, lo que provocó la risa del grupo.

—Los casados presentes sabemos que esa es una gran oportunidad que no podemos dejar pasar.

El constante murmullo de las conversaciones aumentaba a medida que los minutos transcurrían y el acto llegaba a su fin. De modo pausado, se fue descongestionando el lugar, y la gente congregada comenzó a disiparse en distintas direcciones. Algo distrajo la atención del abogado, que fue ver a su cliente adelantarse para ir en busca de unas jóvenes que caminaban por la calle Alvear muy ensimismadas en una discusión. Parecía que una de ellas llevaba la voz cantante, mientras las otras dos la escuchaban. Una de las jóvenes tenía un gesto de angustia y tristeza que iba a tono con el momento que se vivía, aunque descartaba que fuera alguna pariente del primer mandatario.

Lindor se detuvo para ver el comportamiento agradable y gentil de Alconada. Estaba claro que esa conducta tenía una destinataria. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue cómo una de ellas, sin que nadie lo notara, se escabulló del círculo formado para alejarse de allí. Dejaba muy claro lo poco que le importaba esa charla. Él sonrió al suponer que esa actitud sería como una bofetada al ego de Álvaro, que era muy pagado de sí mismo. Pero no solo eso lo sorprendió, sino también la larga y ondulada cabellera que se movía al compás de los pasos de aquella muchacha.

Como el resto de las damas presentes, lucía un vestido oscuro; sin embargo, el apagado color no opacaba el garbo que poseía. Nada en ella era despampanante, no tenía joyas ni ninguna prenda que se destacase, pero no lo necesitaba, porque por sí sola resplandecía.

La siguió una cuadra hasta verla detenerse en la puerta de entrada de un local que estaba cerrado, como el resto de los comercios. En esos dos días, ningún porteño había realizado su actividad, dado que la ciudad se encontraba sumida en un aciago réquiem. Contempló cómo luchaba con la cerradura de la puerta de la tienda. El cristal de la vidriera estaba cubierto con una cortina de metal, por lo que poco se podía adivinar sobre el rubro de ese negocio al que, de manera insistente, intentaba ingresar.

—¿Ni siquiera un día así piensa descansar? —susurró al tiempo que un aroma a jazmín lo envolvía.

No había tenido intención de asustarla, pero vio cómo lanzaba una carpeta que llevaba aferrada y algunas hojas con dibujos quedaban desperdigadas sobre la vereda. De inmediato se acuclilló para levantarlas, y ella hizo lo mismo. Entonces fijó la vista en la joven y quedó impactado por su rostro. Un par de ojos verdes y rasgados lo miraban de modo acusador. No había ni una pizca de coqueteo en ella. La simpatía y el galanteo con el que abordaba a las damas hacían que ninguna pudiera resistirse. Le gustaban las mujeres por demás, pero parecía que esa muchacha no se daba por aludida de su interés.

—Disculpa, no he querido asustarte.

La joven, de modo apresurado, recogió los bosquejos para introducirlo sin ningún orden en la carpeta de cuero marrón que llevaba.

—Dibujas muy bien, eres pintora —afirmó al levantarse al mismo tiempo que ella, sin recibir respuesta.

Se quedó observándola durante unos pocos segundos.

—Supongo que no hablas con desconocidos. Entonces me presento: me llamo Lindor. Solo quería ayudarte con la cerradura, vi que estabas luchando sin mucho éxito. Imagino que no pensabas hacer un atraco en un día cómo este —comentó con una sonrisa.

—Hola —replicó tímida—, me llamo Rose.

Un tinte carmesí trepó por las mejillas de la diseñadora, y él adoró ese gesto.

—Aún no me dijiste si eres pintora.

—Me gusta mucho dibujar y venía a traerle algunos diseños a una amiga.

—¿Tienes llaves del negocio de tu amiga?

—Le estaba haciendo un favor. Se nota que no conozco muy bien la cerradura para abrir, eso ha sido todo.

—Si quieres, puedo ayudarte a abrirla —se ofreció él.

—No, gracias, ya me iba a mi casa.

—Será un placer acompañarte.

—Prefiero irme sola, muchas gracias.

Lindor se quedó contemplando cómo ella se alejaba por la calle hasta mezclarse con el resto de la gente que se retiraba a sus hogares. No entendía qué le había molestado para que actuase de ese modo, porque estaba seguro de que le había mentido. Se notaba que no estaba acostumbrada a hacerlo, como tampoco a mantener trato con un hombre. Durante el breve lapso que habían estado juntos, ella había intentado ocultar el temblor de las manos. Rose contaba con una belleza diferente y un candor especial que la hacía más atractiva. Claro que iba a averiguar de quién se trataba, porque nunca antes se le había resistido una dama, y esa joven no sería la primera.

* * *

Don Cándido Molina se paseaba por la sala de la propiedad a la espera de que Sofía llegase. Había citado a Fernando Segovia a cenar esa noche y creía que, sin la compañía de Helen, el comportamiento de su hija sería más acorde a la situación.

Nunca habría imaginado que su cuñada se daría por vencida tan rápido, pero no había vuelto a aparecer por allí, ni tampoco por el restaurante. Aunque, si analizaba un poco cómo se habían dado las cosas desde que la había conocido, en realidad estaba actuando de acuerdo a su modo de ser. De una mujer así, no se podía esperar demasiado. Debía tener en cuenta que aún quedaba un estorbo por vencer: las amigas de su hija. Esperaba que se comportasen de modo correcto y la aconsejaran de manera adecuada. No se fiaba de ellas, ya que se habían rebelado para ponerse al frente de un emprendimiento que, estaba seguro, cerraría en menos de lo que se imaginaban. Un establecimiento así debería ser llevado adelante por el hombre de la casa y no por jóvenes inexpertas y caprichosas.

Por ese motivo, había tomado las medidas necesarias para estar más atento a cada uno de los movimientos de su hija, quien al parecer se había manejado como lo hacía siempre. En esos días ella solo había concurrido al conservatorio, dado que él había dejado a un lado el restaurante, sin preocuparse por atenderlo, porque muy pronto todo cambiaría. Una gran reforma estaba en ciernes, y todo de la mano de su amigo Segovia.

Esa mañana, padre e hija habían salido juntos para participar de los actos celebrados por las exequias del presidente Roque Sáenz Peña. Hasta ese momento todo se había dado con total normalidad, pero seguiría controlándola hasta que se transformase en la señora de Segovia. A partir de allí, su amigo se encargaría de domarla, y él, de disfrutar de las mieles de un negocio que anduviera, al fin, sobre ruedas.

En medio de esas elucubraciones, escuchó el chasquido de la puerta y, al asomarse al pasillo, vio entrar a Sofía.

—Al fin vienes, te estaba esperando.

—¿Qué sucedió?

—A la noche tenemos visita. Viene Fernando, y espero que te comportes como corresponde.

El silencio fue la mejor contestación que ella le pudo dar. Cándido supuso que al fin se había dado cuenta de que el ofrecimiento que le había hecho aquel caballero sería lo mejor para ella. Era hora de que considerara que todo lo que hacía era por su bien.

—Me iré a cambiar.

—Y quítate ese vestido oscuro que tienes. Eres joven; eso te avejenta. La juventud, junto con la belleza, son dos atributos que atrapan a un hombre, mucho más cuando dicho hombre los ha perdido.

Sofía salió de la sala espantada por lo que le había dicho su padre. Parecía que sería una costumbre cenar en compañía de Segovia.

—No me has preguntado por Helen ni has inquirido si ha venido a casa —dijo antes de que ella abandonara la sala.

—No creo que lo haga ahora ni más adelante. Yo, en su lugar, tampoco regresaría.

—Pensé que podía ponerse en contacto contigo.

Cándido era desconfiado con las mujeres, en especial después de haberse enterado del comportamiento de su difunta esposa. Más aún sospechaba de su cuñada, pues estaban hechas de la misma calaña.

—Hacerlo solo le traería problemas contigo. La conozco y sé los quiere evitar. Además —agregó mientras rebuscaba en el bolsillo de la falda hasta extraer un papel doblado con prolijidad—, quizás quieras saber que esto llegó esta mañana.

El dueño de casa se acercó para tomar el telegrama extendido. Unas pocas palabras anunciaban la partida de Helen. Parecía que había sido enviado desde una oficina de correos cercana al puerto.

—Al fin ella ha hecho algo sensato en su vida —comentó con una sonrisa—. Vamos, ve a cambiarte, no nos hagas esperar.

El tiempo pasó más rápido de lo que le habría gustado a Sofia. La hora de la cena llegó pronto, y allí, sentado a la mesa, tuvo a su pretendiente, con un cigarro en la boca y una copa de vino en la mano para acompañar a don Cándido. El pollo con verduras asadas estaba en dos fuentes que ella sirvió de modo educado. Lo que no podía era probar bocado; sin embargo, ante la atenta mirada de su padre, comenzó a jugar con el tenedor para luego intentar comer algo de lo servido. No quería hacerlo enfadar, menos esa noche.

—Como siempre, todo está muy sabroso —elogió Fernando, que no dejaba de mirarle la boca—. Es un placer saborearlo.

Ella hizo un gran esfuerzo para no lanzar sobre el plato el pequeño pedazo de comida que acababa de ingerir.

—Ya te dije, mi hija es muy completa.

—Eso veo. De hecho, quería que me acompañase a una gala que se hará en el Club del Progreso. Asistirán varios de mis amigos, y me gustaría poder presentarla ya.

—¿Cuándo sería ese acontecimiento? —interrogó el patriarca.

—Dentro de una semana.

—Ella irá encantada, ¿verdad, hija?

—Por supuesto —murmuró ella.

—Ahora cuéntame cuándo haremos las reformas en el restaurante.

—Deberíamos ponernos manos a la obra, no quiero que todo esto complique el casamiento con Sofia. ¿Verdad, querida?

—Aún no se habló de una fecha —dijo ahogada.

—Como sabrás, no tengo tiempo que perder, así que con tu padre combinamos que cuanto antes sea, mejor para todos.

La amplia sonrisa de Segovia resumía sus deseos por hacerla suya. Cada noche, cuando se acostaba, lo hacía con la mente invadida por la imagen de esa joven aferrada a su flácido cuerpo. Estaba convencido de que le daría la juventud que él ya no tenía. La idea de saborear esa piel tersa y perderse en esa boca lo consumía día tras día. La espera se estaba tornando desquiciante.

—Brindo por el futuro casamiento.

Los trémulos dedos de Sofía se aferraron a la copa, y prefirió tomar el contenido de un golpe para evitar que se derramase y su padre se lo recriminase.

—Si me permiten, voy a traer el postre.

No bien entró, enfiló hacia la pileta de la cocina para dar rienda suelta a las arcadas. Se aferró con las manos a la mesa para no desvanecerse. Debía estar fuerte y soportar todo eso. No había marcha atrás. Una vez repuesta, buscó las compoteras para colocar en ellas el flan que había cocinado, sin olvidarse de agregar más caramelo por encima para llenar de ese sabor el postre. De inmediato lo llevó a la mesa para que disfrutasen del fin de la cena. Ambos lo devoraron llenos de elogios.

—Deberías probarlo, sabe exquisito.

—Lo sé, es una de mis especialidades —contestó a Segovia, que no dejaba de introducirse amplias cucharadas del aireado manjar en la boca.

Minutos después, la joven adujo un gran cansancio y se fue a la habitación, mientras su padre y el candidato bebían unas cuantas copas más de alcohol. Sofía se llevó un té para calmar los nervios que había pasado en compañía de ellos y se acurrucó en el sillón ubicado frente a la ventana, envuelta en una manta. Su mirada se perdió en la insondable oscuridad. Volvió a beber para intentar sosegarlo porque sabía que le esperaba una larga noche.

* * *

El frío de la madrugada se fundía con los primeros rayos de sol al despuntar el día. La ciudad había abandonado el luto. Dentro de unas horas más, las calles se poblarían de porteños que retomaban sus actividades habituales. El puerto era el primer lugar que había despertado con la faena portuaria. El ajetreo de marineros y peones era constante. Parecía que aquella zona tuviera vida propia y que ninguna circunstancia pudiera detenerla. Los docks construidos a la vera del río habían abiertos sus puertas para que ingresara la mercadería que, desde diferentes destinos, llegaba para ser comercializada. El gran movimiento que se desarrollaba allí, recién comenzaba, en tanto regresaba al ritmo que tenía antes.

Desde la costa, Fausto observaba el paisaje que le resultaba tan familiar. Nada que ocurriese allí le era ajeno. Volvió a hacer una revisión de unos papeles de embarque que pertenecían a un buque que debía salir en breve y luego fijó la vista en una de las dársenas, en donde uno de los vapores esperaba para ser cargado. Sin embargo, hubo algo que despertó su interés. Aguzó la mirada mientras caminaba hacia la persona que le había quitado toda la atención que tenía sobre la documentación en las manos y, a medida que se acercaba, pudo confirmar que era ella. Estaba

apoyada sobre una baranda que protegía del embravecido río a los pasajeros. Con una mano se aferraba a las solapas del abrigo y con la otra se rodeaba la cintura, como si de ese modo pudiera refugiarse del intenso frío que corría en la ribera.

—Emma —le susurró por detrás—, ¿qué haces aquí?

Cuando ella se dio vuelta, notó que tenía el rostro envuelto en lágrimas y que el cuerpo no dejaba de convulsionarle. No dudó en abrazarla con la intención de que se calmase.

—¿Te ha sucedido algo?

Él oteó a su alrededor para ver si notaba algo fuera de lo común. Desde que había arribado allí, todo parecía normal, pero ese lugar no era apto para que una dama como ella anduviera sola.

—Emma, por favor, habla.

Ella se separó de él con los ojos húmedos y la angustia pintada en el rostro.

—Tengo frío.

—Acompáñame, dejaré unas instrucciones e iremos a tomar algo fuerte y caliente.

Antes de irse, ella miró hacia las aguas de río y contempló la cantidad de barcos que decoraban esa postal marítima; sin embargo, su atención se dirigió enseguida hacia uno en particular. Miró a Fausto, que aguardaba a que hablara o le dijese algo, y supo que no podía perder ya más tiempo allí. Dejó que la condujera al tomarla por la cintura, y caminaron hasta la primera taberna abierta para beber algo.

* * *

Desde la cubierta del barco, la costa de la ciudad se recostaba somnolienta y brumosa. Aún le temblaba el cuerpo por los nervios que la atravesaban por completo. No estaría tranquila hasta que el vapor se encontrara a una distancia considerable y hubiera dejado atrás Buenos Aires. Ese mismo puerto que una vez la había alejado de la persona que más amaba en el mundo en ese momento la salvaba al alejarla de su padre.

Al descubrir el propósito que don Cándido perseguía para sacar a flote el restaurante a costa de la felicidad de su propia hija, ella había entendido que no podría estar un minuto más en esa casa. Había comprendido también que no podía perder más tiempo. Helen tampoco lo había hecho y había ido a ver a sus amigas a la tienda para contarles lo sucedido. Emma había sido la voz

cantante en cuanto a la grave situación que su amiga atravesaba. Por muy buena voluntad que tuvieran ella y Rose, no podrían enfrentar semejante problema. Por ese motivo había recurrido a su madre para que le diera una respuesta con respecto a todo lo que le ocurría a Sofía.

De inmediato, Thomas Wood se había encargado de conseguirle los pasajes en primera clase en ese barco cuyo destino era Estados Unidos. Había procurado que contase con la documentación necesaria y le había confiado a un conocido la tarea de agilizar todo para que ella, junto a Helen, abordase el navío y partiese de la ciudad. También se había ocupado de poner a su disposición al chofer de confianza para que recogiese a su tía en el hotel y luego pasara por Sofía, quien debía aguardar en la habitación hasta cerciorarse de que su padre se hubiera quedado dormido y de que Segovia se hubiera ido. Claro que aquel flan que solo ellos habían saboreado con tanto placer estaba acompañado de un somnífero que Emma había robado del botiquín de Martina. Sabía por su hermana que, con una pequeña dosis, bastaba para adormecer a cualquier persona, pero, con la ayuda del alcohol, tenía la seguridad de que hasta el mediodía don Cándido no despertaría. No obstante, para evitar cualquier eventualidad, el barco zarpaba a primera hora de la mañana.

Ningún detalle había quedado al azar, incluido el telegrama que había sido enviado por Helen para tranquilizar al hombre y evitar que hostigase a Sofía. La cuestión de la ropa también había sido pensada. Ella había dejado todo su vestuario en el ropero de la casa porque no podía levantar sospechas sobre lo que iba a hacer al armar el equipaje. Solo dos amplios baúles habían sido despachados en la bodega de la embarcación. Del contenido se había encargado Emma, quien había guardado en ellos parte del vestuario que Martina había dejado, sumado a otros diseños que Rose había confeccionado para esa temporada. Victoria Wood, además, le había entregado a la joven fugitiva una importante suma de dinero, que ella se había negado en un principio a aceptar. No solo la había emocionado ese gesto, sino también las palabras dichas por aquella mujer al obsequiarle el sobre que llevaba consigo: “Querida Sofía, te quiero como a una hija, pero todo lo que esta familia ha hecho no ha sido solo por el cariño que te tenemos, sino porque es lo que habría hecho Colin si estuviera aquí”.

Esa declaración la había quebrado por dentro. Él no sabía cuánto lo necesitaba en ese momento. Sin embargo, a pesar de estar ausente, sentía que de alguna manera estaba junto a ella.

—Sofí querida —murmuró Helen a su costado—, no me gustaría que pescases un resfriado y pasaras toda la travesía en el camarote.

—Tienes razón. Es que necesitaba estar aquí para tener la certeza de que me estoy alejando del destino que mi padre pergeñó para mí.

—De eso puedes estar tranquila, ya no podrá lastimarte, ni tampoco el detestable Fernando Segovia.

—Por favor, no lo menciones.

—El único motivo por el cual me habría gustado quedarme en la ciudad es para ver cómo el gesto libidinoso que tenía cuando te miraba se borra de un plumazo al descubrir que no te tendrá.

Helen estaba rebosante de felicidad porque su sobrina al fin había tomado las riendas de su vida.

—Ni siquiera por eso soportaría estar un minuto más a su lado.

—Te entiendo. Ahora te invito a desayunar en uno de los comedores. No tienes idea cómo están servidos y las exquisiteces que hay. Recién ahora, luego de los días que pasamos, podremos disfrutar una comida tranquilas.

—Así es, vamos adentro.

Sin más, siguió a Helen al interior de la embarcación para dar comienzo a lo que sería su primera travesía a bordo, con destino a Nueva York.

* * *

La taberna del Tano, a esa altura de la mañana, recién abría las puertas. Un fuerte aroma a café inundaba el recinto que, horas antes, había estado atiborrado de alcohol. El lugar no solo funcionaba muy bien de noche, cuando los marineros se juntaban con las mujeres que venían a ofrecer su compañía. No bien comenzaba el día, se ofrecía un café fuerte y caliente que despertaba a más de uno de alguna borrachera de la velada anterior y calentaba a los hombres de mar afectados por el intenso frío matinal.

—Te traigo aquí porque es uno de los pocos lugares que están abiertos a esta hora.

—Gracias, me va a venir muy bien tomar algo.

Fausto le hizo un gesto al Tano, que abrió los ojos como platos al verlo con esa dama. Nunca antes lo había visto con alguien así.

—Para mí un café cargado, y un chocolate caliente para ella, ese especial que haces. Trae lo que tengas hecho para desayunar.

—No creo que pueda comer nada —susurró Emma.

—Lo harás, pero antes me dirás qué te trajo hasta aquí y cuál es el motivo por el que estás así.

—Sucede que, en poco tiempo, he sufrido la despedida de mis dos hermanos y, ahora, de una amiga muy querida. Lo peor fueron las condiciones en las que se fue.

—¿A qué te refieres?

Enseguida un humeante chocolate fue depositado frente a ella, con unos panes tostados con mermelada de higo y algunas rebanas de budín de limón.

—Fausto —le habló el Tano—, si necesitan algo más, solo avísame.

—Gracias.

Emma se aferró a la taza para entibiarse las manos y sorbió mientras sentía cómo la espesa bebida le recorría el cuerpo. Fausto no pudo quitarle los ojos de encima en tanto ella paladeaba la dulce bebida. Dejó que tomara parte de la taza para luego volver a preguntarle.

—No me has dicho en qué circunstancias se ha ido tu amiga.

—Solo importa que ella ya se ha marchado.

—Emma, aunque no me conoces, te aclaro que soy de fiar; puedes confiar en mí.

Ella tomó una porción de budín sin contestarle. Había quedado con Rose en mantener en silencio lo sucedido. Por más que se hubieran tomados las precauciones necesarias para el caso, nadie debía quedar involucrado en algo así.

—No importa lo que hayas hecho si con eso lograste liberar a tu amiga de un grave problema. Ahora, si esto te trae consecuencias, no dudes en buscarme.

—Gracias, Fausto —replicó al tiempo que le tomaba las manos por impulso—. Perdón —dijo una vez que se dio cuenta de lo que había hecho, y las apartó.

—Por mí —susurró al mientras se le acercaba por encima de la mesa—, puedes dejarlas donde estaban.

Con ese simple comentario, le robó la primera sonrisa en mucho tiempo.

—¿Todos los días vienes a esta hora a trabajar?

—Así es. Ya estoy acostumbrado a levantarme no bien despunta el alba, eso forma parte de mi trabajo.

—Deberías estar cumpliendo con tus obligaciones, y yo te estoy retrasando.

Fausto bebió en silencio. No se le daban muy bien las palabras porque no era muy expresivo, aunque estaba claro que esa joven atraía toda su atención, lo que le hacía dejar de lado y anular cualquier otro pensamiento que se le pasara por la cabeza.

—Emma, estoy donde quiero estar.

—Gracias otra vez.

—Aunque no es aquí adonde me gustaría llevarte. Aún me debes una salida, y me gustaría que fuera uno de estos días.

—Me encantaría —aceptó ella.

—Bien. Podemos combinar para ir a algún lugar que te agrade.

—Por supuesto.

Ambos tomaron el resto de sus infusiones y se levantaron de la mesa.

—Tano, si alguien me busca, di que estaré de regreso dentro de un rato.

—Pero puedo irme sola —objetó Emma.

—Sé que puedes hacerlo, pero te acompañaré. Eso no admite discusión.

—No me gusta ser entrometido —agregó el Tano—, pero te aseguro que no es conveniente verlo enojado —completó con una sonrisa.

—Entonces no me hagas enojar —dijo Fausto en tono de broma al tiempo que le daba una palmada en el hombro al tabernero.

Minutos después, estaban fuera de aquel establecimiento, rumbo a la tienda Scarlet Rose. Era allí donde ella se había comprometido a ir. En realidad, nadie debía acompañar a Sofía para evitar que alguien más la viese, pero Emma no había podido refrenar los deseos de estar allí, aunque la joven Molina no la hubiera visto. Al menos se había cerciorado de que en efecto el barco había partido a horario y sin ningún contratiempo.

No bien sonó la campanilla de la puerta, Rose se abalanzó sobre ella.

—Al fin llegas.

Se detuvo al ver que Emma estaba en compañía de Fausto.

—¿Buscas a Josefá?

—No, la he acompañado. —Le rozó la cintura y le depositó un beso en la mejilla—. Nos vemos pronto.

Él completó aquella despedida con un guiño, y ella se quedó observando cómo, con la inconfundible ropa de fajina y el gorro negro de lana, se alejaba de allí. No sabía bien qué era, pero había algo en él que la atraía de manera inexorable.

—Emma, por favor entra y deja de vigilar, que ya se ha ido. Voy a calentar un té para las dos.

Apenas estuvo lista la infusión, ambas se sentaron en el rincón que siempre utilizaban para conversar, tomar y comer algo.

—Supongo que, si él te ha acompañado, es porque has ido hasta el puerto.

—Por más que debí quedarme en casa, no pude evitarlo. Pero Sofi no me vio.

—¿Pudiste comprobar que todo salió como estaba previsto?

—Así es. Te aseguro que siento un vacío muy grande aquí —dijo la joven Wood, que se llevó una mano al corazón.

—Lo sé, yo lo sentí cuándo entré aquí. Cómo la voy a extrañar. Se acabaron las charlas que teníamos las cuatro.

—Por ahora será así, porque desconocemos cuándo volverán, si en algún momento lo hacen.

—Así es. Ahora nos tenemos solo la una a la otra —se reconfortó la diseñadora.

—Rose, yo no me iré a ningún lado; y tú tampoco.

—Lo sé. Por cierto, me gustaría que me cuentes cómo es que viniste con Fausto.

Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro cuando comenzó a relatarle a su amiga lo que había sucedido durante el amanecer de ese día.

* * *

Los rayos de sol entraban sin piedad por las hendiduras de la ventana. Pasaron largos minutos hasta que don Cándido pudo abrir los ojos, que le pesaban como si nunca antes hubiera bebido. Solía hacerlo cada noche y, desde hacía un tiempo, en compañía de Segovia.

—Maldición, qué tarde es —se sorprendió al ver el reloj recostado sobre la mesa de luz—. Pero ¿qué he tomado para sentirme así?

Un fuerte adormecimiento le invadía el cuerpo, que sentía más lánguido que nunca. Se levantó y enfiló hacia la sala en busca de Sofía para que le preparara alguna tisana que lo liberara del sopor que se había apoderado de él. La llamó de manera insistente, pero no respondía, por lo que no dudó en buscarla en la habitación. Al abrir la puerta de golpe, una fría brisa hizo ondear la vaporosa cortina.

—Sofía, despierta, no me siento bien.

Como no le contestó, quiso mover el cuerpo de ella, que estaba tapado por completo con una frazada, pero, no bien lo tocó, descubrió que dos almohadas ocupaban su lugar y que había un sobre apoyada en una de ellas. Las manos le temblaron, y no por el estado en que se encontraba, sino por lo que suponía que podía haber sucedido.

Me he ido y no sé si volveré alguna vez. Tú me has empujado a esto. Lo único que te importa es complacer tus deseos a costa de mi felicidad. No sé si en algún momento seré feliz, pero en esta casa sé que no lo lograré. No me busques porque no me encontrarás. No importunes a Helen al intentar asustarla con mi desaparición, ni a mis amistades. Nadie sabe ni sabrá de mí. Por ti, he renunciado a todo lo que siempre he deseado.

Quizá algún día comprendas que he tratado de ser una buena hija. Te aseguro que me he esforzado, pero parece que nunca nada ha sido suficiente para ti. Ruego a Dios que alcances la paz que necesitas. Aunque te disgustes y creas que te odio, nunca podré hacerlo porque eres mi padre.

Sofía

—Hija de puta, desgraciada, desagradecida —rugió mientras golpeaba todo cuanto encontraba a su paso.

Abrió el ropero y vio que la ropa estaba colgada como siempre.

—Quiera Dios que no te encuentre, porque no sé de lo que seré capaz. Eres una perra como tu madre —decía mientras arrojaba los vestidos al piso con una furia que lo desbordaba—. Seré el hazmerreír de todos. Nadie confiará en mí si no soy capaz de domar y sosegar a mi hija.

Abandonó de inmediato el cuarto para calmar las penas con su infaltable amigo: el alcohol. Debía pergeñar una buena excusa para decirle a Fernando Segovia. Necesitaba ayuda para mejorar su comercio, y ni siquiera su propia hija lo detendría.

* * *

En pleno barrio de la Recoleta, se encontraba Lindor dentro del despacho de su casa, enfrascado en un caso que lo tenía bastante ocupado. A pesar de tener mucho trabajo por delante, estaba

distraído. No había tardado mucho tiempo en investigar a la joven que había visto la mañana anterior. Sabía que se llamaba Rose Rivas y que era la hija de un médico reconocido y nieta de otro. En alguna que otra ocasión, los había cruzado, porque frecuentaban los mismos ambientes, aunque la diferencia de edad los distanciaba. Había confirmado que era una de las dueñas de ese establecimiento al que pretendía entrar, y le gustaba que le hubiera mentido con descaro. También había llegado a averiguar que no había contado con ningún pretendiente y que su mejor amiga pertenecía a una de las familias más reconocidas de la ciudad. Claro que, con semejantes antecedentes, debería andar con cuidado. Con todo lo que acababa de descubrir, Rose Rivas era un desafío por conquistar.

CAPÍTULO 11

Sin demasiado equipaje

La travesía a bordo del barco se había realizado en medio de la incertidumbre y el desconcierto por lo que sucedía en Europa. Una parte del pasaje era de origen francés, y el resto se dividía entre los oriundos de algún país europeo y los argentinos que habían planificado realizar un periplo por aquellas tierras. El arribo a la ciudad de París fue caótico. La prensa francesa aún se hacía eco del asesinato del líder socialista Jean Jaurès, quien había trabajado en la oposición a que el servicio militar francés se extendiese a tres años, en emulación del alemán. Según su parecer y el de tantos otros, luego del asesinato del archiduque en Sarajevo, el inicio de una gran guerra era cuestión de días. A pesar de todo ello, con un perfil pacifista, había pedido rechazar el conflicto armando y apelar a la resolución por otros medios en un discurso en el que advertía acerca de los peligros que significaba entrar en una guerra en la que atacarían sin miramientos a Francia por su política colonial y a Rusia por su hipocresía. En ese contexto, se había reunido con algunos colaboradores para escribir un artículo que sacudiera la opinión europea, pero eso no había sido posible porque había encontrado la muerte por obra de dos disparos en el Café du Croissant de Montmartre.

La agitación que se vivía en las calles parisinas era muy grande. Los primeros días de agosto, el Imperio alemán le había declarado la guerra a Francia por no mantenerse al margen del conflicto que Alemania mantenía con Rusia, aliado francés. Se decía que el frente alemán había invadido territorio belga y que pretendía distribuir sus fuerzas de modo tal que pudieran alcanzar el territorio galo al eludir las fortificaciones fronterizas para llegar a París en pocas semanas. Eso era parte de una estrategia militar concebida como el Plan Schlieffen, creado años atrás, aunque modificada para la época presente. El efecto sería el mismo: violar la neutralidad belga al tomar por sorpresa a Inglaterra en ese accionar y atacar a Francia de imprevisto para, en pocas semanas, invadir la capital.

El pueblo francés vivía un gran desconcierto con todas esas noticias y rumores sobre lo que podría suceder. Las mujeres se aprestaban a despedir a sus hombres, que se enrolaban en las fuerzas con el ánimo exacerbado por vencer al enemigo y se iban a la guerra sin saber cuándo volverían a verse.

En medio de esa situación, Martina arribó a la capital francesa. Acababa de descender del coche que la había dejado en el apartamento en el que residiría el tiempo que estuviera allí. Subió con el ascensor hasta el quinto piso y, al entrar, inspeccionó el pequeño departamento. La sala albergaba una mesa con cuatro sillas junto a dos pequeños sillones ubicados frente a una ventana desde donde se podía ver el Sena. El único adorno en las paredes era un reloj de péndulo que

marcaba la hora a la perfección. A un lado, había una cocina con lo justo y necesario para prepararse la comida. Tampoco se preocupaba por eso, ya que gran parte del tiempo lo pasaría en el hospital, si bien aún debía completar algunos trámites para determinar el centro médico al que asistiría. Desconocía si las circunstancias que se vivían habían modificado su destino.

Sin dudas, el espacio más bonito era la habitación a la que acababa de ingresar. Un espejo colgaba de una pared, y la luz que ingresaba por la ventana realzaba la madera oscura de caoba de los muebles. Una amplia cama dominaba el lugar y, a pesar de que estaba hecha con pulcritud, se lanzó sobre ella. Recién en ese momento, tras los largos días de travesía, se sentía en su hogar. Una bocanada de soledad la arropó. En verdad ya no escucharía los reclamos de su hermana o las sugerencias de Rita, ni los abrazos y recomendaciones de sus padres. Ya no podría contar con nada de todo aquello. Estaba sola y en el comienzo de un conflicto bélico. A pesar de esa circunstancia, no olvidaba todo lo que había luchado para llegar allí y lo único que pedía era estar a la altura de las circunstancias.

Por más que había descansado a bordo, la tensión que la había acompañado durante el trayecto había demolido sus nervios, al igual que la expectativa por dar una vuelta en el nuevo vecindario. Todo ello se diluyó al quedarse dormida.

Cuando los primeros rayos del amanecer entraron por la ventana, supo que ya había pasado un día. Ni siquiera había ordenado el equipaje, que había reducido a la mitad del estimado por Emma. Buscó un conjunto para cambiarse, ya que comenzaría el día con una visita a la oficina que signaba la carta recibida para que allí le informasen cómo y cuándo comenzaría. Antes, debería desayunar. En la esquina del apartamento, había una cafetería en el que tomó un café con dos *croissant* y se fue caminando hacia la delegación para completar el papeleo. Al llegar, vio que el alboroto era grande. Sin dudas, el momento que se vivía distaba mucho de cuando le había sido otorgada la beca.

—*Mademoiselle*, ha habido cambios, estamos reubicando al personal médico y abriendo otros institutos con fines sanitarios. El comienzo de este conflicto ha modificado todo, y debemos prepararnos y estar a tono con las urgencias y necesidades de la tropa. Debe presentarse dentro de dos días para ser adjudicada a un centro médico.

—Gracias —respondió, para luego refrendar sus datos personales.

Al salir de allí, no supo muy bien qué hacer o hacia dónde dirigirse, por lo que se largó a caminar para explorar las calles parisinas que de pequeña había conocido. A pesar de haber varios lugares que quería visitar y otros que deseaba volver a recorrer, decidió aprovisionarse de algunos elementos básicos. No tardó tanto en encontrar un mercado, donde adquirió quesos varios, algo de fruta, verduras, unas *baguettes* y un pequeño ramo de flores. Atosigada por el calor reinante en esa época del año, no creía que fuese a tener apetito, por lo que supuso que lo que llevaba en varias bolsas sería suficiente para empezar. Se bajó como pudo del automóvil que la llevó de regreso al apartamento con las manos repletas, intentó abrir la puerta del ascensor, pero todo se complicó cuando escuchó que la llamaban.

—Al fin viniste —dijo Scott, sentado en una de los peldaños de la escalera, al lado del elevador—. Creía que te habías perdido. ¿No vas a saludarme?

—¡Scott!

Lanzó las bolsas que tenía en las manos y se arrojó a los brazos de él. Nunca habría imaginado la gran sorpresa que podría ocasionarle verlo.

—De haber sabido que me esperaba semejante bienvenida, habría venido antes.

La sonora carcajada de ella irrumpió en el fuerte abrazo en el que estaban envueltos.

—Supongo que no habrás traído algo para beber —agregó al levantar una bolsa con cervezas—. Vamos, abre la puerta, que yo me encargo de llevar todo esto.

—Pero yo puedo.

—Vamos, Martina, ya sé que puedes sola, pero ahora estás conmigo y estoy sediento.

Se apresuraron a subir para dejar todo en la pequeña cocina de la vivienda.

—Me gusta —comentó Scott—, tiene estilo.

—Lo bueno de que sea pequeño es que no has perdido tiempo en hacer una recorrida —comentó ella al colocar las flores en una jarra que encontró en la cocina.

—Pero no puedes quejarte.

—Claro que no.

—Se han salvado de que los destruyera —acotó él al sacar los lentes de armazón oscuro del sillón en que iba a sentarse.

—Dámelos, lo único que me falta es que se me rompan —dijo Martina, tras lo cual se los puso para inspeccionar que estuvieran bien.

—Quizás, si los partía, te verías obligada a cambiar la sólida y negra estructura que tiene.

—Lo dices porque te disgustan.

—Me encantan —comentó al tiempo que le guiñaba el ojo.

—Búrlate. Mientras, yo preparo algo rico.

La joven dejó unos sándwiches que acababa de armar y llevó dos copas que él llenó de inmediato.

—Por mi nueva estadía aquí.

—Por este encuentro —brindó él.

—¿Desde cuándo estás acá?

—Hace unos pocos días que arribé a París.

—¿Y piensas quedarte?

—No creo que ahora eso importe. Dime cómo estás tú.

—A pesar de todo lo que sucede, estoy contenta de haber llegado y de poder desarrollar mi profesión aquí.

—Aunque hayas llegado en un momento inapropiado para quedarte —acotó Scott.

Él pudo leer en el gesto reflejado en el rostro de Martina el significado que tenía para ella estar allí. Sería muy difícil convencerla de que regresase a Buenos Aires.

—Lo sé, pero...

—No debes darme ninguna explicación. Recién has llegado, así que cuéntame cómo quedó todo en Buenos Aires.

Ella se explayó acerca de las cuestiones familiares y también comentó las últimas novedades en torno a sus amigas.

—¿No has tenido problemas con tu anterior trabajo?

—Ninguno.

—Y tu doctor, ¿cómo ha quedado?

—¿Mi doctor? —replicó la joven con una sonrisa—. Sabes que no es nada mío. Aunque me dijo que hará lo posible por venir aquí. Me comentó que ha estado haciendo algunos trámites, pero no sé si en realidad podrá hacerlo con todo lo que está ocurriendo.

—¿Deseas que lo haga?

—Quisiera que, si lo hace, sea por una razón más importante que verme. Se lo he dicho y espero que me haya escuchado, aunque lo dudo.

Martina volvió a beber un poco de cerveza, aunque no le gustara, porque se sentía inquieta ante la profundidad de esos ojos verdes que no dejaban de contemplarla. Quizá sentirse sola, sin el amparo de la familia y de sus amigas, la afectaba de un modo especial.

—Veo que te estoy llevando por mal camino —comentó al fijarse en el modo en que bebía.

—Me prometiste que, si venías a verme, beberíamos esto, así que tendré que acostumbrarme a su sabor.

—¿Aún no has salido a recorrer la ciudad? —preguntó él.

—Solo el trayecto de la terminal del ferrocarril hasta aquí. No me mires así, no he tenido tiempo. Tengo que desarmar aún el equipaje y poner en orden todo esto.

Luego de arribar al puerto de El Havre, había tenido que recorrer en tren la distancia que la separaba de París. En ese trayecto, a medida que el paisaje avanzaba, una serie de imágenes sobre lo que había vivido hasta ese momento le pasaban por la mente como una película. Los recuerdos y añoranzas le habían colmado la memoria y, como por arte de magia, Scott parecía estar presente en varios de ellos.

—Eso es porque estabas esperándome para hacerlo. —Le robó otra carcajada—. Vamos de paseo.

—¿Ahora? ¿No quieres comer algo más?

—Habrá tiempo para eso luego. Si lo deseamos, comeremos algo afuera. Veremos cómo se va dando todo.

—Scott, ¿para todo eres así?

—¿Cómo? —se extrañó él.

—Sin demasiadas previsiones. Actúas como si todo fuese a acabarse hoy.

—Esa es una buena manera de vivir. Hacerlo sin demasiado equipaje te permite ir por la vida más liviano. ¿Piensas acompañarme?

—Por supuesto.

Ella levantó algunas cosas de la mesa para dejarla prolija y, con la mano, se arregló la falda del vestido floreado que llevaba.

—Estoy lista.

Los dedos de él le removieron la rojiza cabellera y, con una sonrisa, le abrió la puerta para salir. Recorrer la ciudad de la mano de Scott era algo que no se había imaginado. Con él, no importaba el lugar donde ella estuviera porque siempre persistía la sensación de proximidad y cercanía que entre ambos existía. Visitaron varios lugares, y él parecía conocer la ciudad muy bien.

A pesar de la belleza parisina, se respiraba una alta tensión debido a la situación política en que estaba sumido el país. El desconcierto era grande, y las movilizaciones de la gente comenzaban convertirse en algo cotidiano en algunas calles de la ciudad. El enfrentamiento armado conllevaba la discordia en el seno de las familias, ya que los hombres debían abandonarlas para ir al frente de una batalla que los había tomado por sorpresa y que esperaban que terminara lo antes posible.

—¿Cuántas veces has estado aquí? —quiso saber ella.

—Muchas, y he pasado largas temporadas también.

Martina contempló cómo el Bois de Boulogne se desplegaba ante sus ojos. El verdor parecía destellar gracias a los rayos de sol que caían en toda su extensión, y la imagen hizo que se detuvieran para admirar la belleza que los rodeaba. Si no fuera por el conocimiento que él tenía de ese parque, la joven nunca habría encontrado semejante vergel en medio de la inmensidad de ese lugar. Ambos se ubicaron bajo la sombra de unos árboles añejos, rodeados de flores y frente a un rebosante lago. El tenue murmullo del agua los alejaba de todo lo que sucedía fuera de ahí.

—Debes de contar con amigos aquí, ¿verdad?

—No como crees. Siempre he sido bastante solitario, quizás tenga que ver con la vida que he tenido.

—Me enteré por mi mamá que tu madre falleció hace tiempo.

—Así es, y fue lo peor que nos pasó en la vida. Luego de eso, mi padre dejó de ser el mismo, y todos los problemas que teníamos se agravaron. Ella siempre era quien intercedía y, no sé cómo, nos detenía en el momento indicado. Su ausencia nos devastó a ambos, y no pudimos continuar juntos.

—¿Para tanto ha sido? —se asombró ella.

—Sí. Una noche tuvimos una fuerte discusión que escaló hasta volverse física. Claro que el alcohol que tomaba ayudó a que todo se descontrolara. Cuando se levantó, yo había abandonado la casa.

—¿Y no te buscó?

—No. Que haya sido mi padre no quiere decir que me haya querido o que haya sido importante para él.

Scott bajó la mirada hasta posarla sobre su mano, que en ese instante estaba envuelta en la de Martina.

—Pero ¿cómo puede suceder algo así?

Una fuerte sacudida la invadió al escuchar lo que le contaba. Nunca habría imaginado que, tras esa apariencia de hombre fuerte y sin preocupaciones, se escondiera un ser tan vulnerable.

—Te aseguro que se puede vivir igual, no pongas esa cara.

—Ahora él no sabe ni a qué te dedicas ni dónde estás —se lamentó ella.

—Cuando era más joven, mi pasión por desarmar y arreglar motores me permitía evadirme del rechazo que siempre me tuvo. Poco a poco, fui descubriendo que algún día podría dedicarme a eso. Recuerdo que, aquella noche, en medio de todo lo que nos dijimos, tomó una maqueta que venía haciendo desde hacía mucho tiempo y me la destrozó en la cara. Quizá pensó que esa actitud iba a amedrentarme, pero no fue así, porque supe en aquel instante que nada me detendría hasta lograr lo que tanto he deseado. No me importó el tiempo que fuera a tardar en alcanzarlo porque estaba convencido de que algún día lo haría. Primero comencé con el taller en el que trabajé durante bastante tiempo y luego me sumé a la escuela de aviación en la que soy instructor.

—Y al fin estás donde deseas estar.

—Sí, doctora, acá estoy, en medio de París, ocupado en hablar de mi vida con alguien muy especial para mí —manifestó él.

—¿En verdad lo soy?

Los dedos de él se deslizaron por la mejilla de ella y rozaron las pecas que inundaban el níveo rostro. Recorrió el contorno de su boca ante la asombrada expresión de la joven y entonces se detuvo para cruzar la mirada con la de ella.

—¿Tú qué crees?

Martina no pudo disimular el intenso estremecimiento que se apoderó de su cuerpo. Si en algún momento había creído que lo que le sucedía con él provenía de su propia imaginación, se dio cuenta de que no era así. Había algo especial entre ambos, pero no sabía cómo abordarlo ni qué hacer. A ella nunca se le había dado bien el trato y la intimidad con los hombres. Estaba convencida de que no estaba hecha para eso. Si lo analizaba mejor, no debería llamarle la atención que para él fuera especial, porque era la hermana de su mejor amigo. Claro, debía de ser eso, y no otra cosa, el motivo detrás de las palabras que él había pronunciado.

—Martina, no le des tantas vueltas a lo que te dije —dijo al acercársele para besarle la punta de la diminuta nariz.

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho de él. Bajo la sombra de los árboles y tirados sobre el césped, el silencio los inundó. Ambos creyeron que lo mejor era no confesar lo que cada uno estaba pensando, aunque los gestos hablasen por sí solos. Los minutos corrieron a la par de las reflexiones a que cada uno se entregaba.

—¿Sabes lo que pensaba?

—Hum, esa cabecita que tienes nunca se detiene. Aunque creo saber lo que tanto te preocupa.

—Scott, ¿de verdad deseas que te lo diga?

El codazo que ella lanzó sobre el plano estómago masculino le provocó una fuerte carcajada.

—Me has herido en lo más profundo. Pensar que creía conocerte lo suficiente. Vamos, dime qué pensabas.

—Que, cuando emprendí este viaje, estaba convencida de que pasaría una larga temporada sola, sin conocer a nadie. Pero veo que me equivoqué y que estarás al menos durante un tiempo aquí, conmigo.

—Martina —susurró mientras deslizaba la mano por la espalda de la joven—, no estaré aquí durante mucho tiempo. Es más, no creo que mi estadía se extienda más de unos pocos días.

—Entonces te doy mi palabra de que, no bien tenga unos días libres, viajaré a Londres —decidió ella.

—Deberías abandonar esta ciudad, pero no para recalar en Londres, sino para regresar a Buenos Aires.

—Otra vez con lo mismo.

—No puedo dejar de decir lo que creo que deberías hacer.

—En vez de hacer eso, dime entonces por qué has venido a París.

—Primero, porque las promesas se cumplen, y yo tenía una contigo. El motivo por el que me quedaré pocos días es que me enrolé como voluntario en la rfc. Cuento con lo necesario para hacerlo porque conozco de aviones y soy instructor de aeronaves. Volar es mi vida —le explicó él.

—Aunque la pongas en riesgo y nos dejes en vilo a todos nosotros por no saber de ti.

—Sé a lo que me expongo, y es lo que quiero.

—Pero debes tener en cuenta que es muy peligroso.

—Martina, conozco muy bien los riesgos de volar. Como tú nunca has estado arriba de una aeronave, desconoces que no son tantos como imaginas.

Ella se incorporó de inmediato con las manos apoyadas sobre el pecho de él para poder hablarle de frente.

—Pero ahora te enfrentas a una guerra, no es lo mismo. Debes recapacitar.

—Ya lo he hecho y estoy decidido a seguir con esto; no tengo nada que perder.

—Eres egoísta si dices algo así, porque no piensas en quienes te queremos.

—¿Lo dices por ti? —inquirió mientras le acariciaba con el dedo un mechón colorado.

—Lo digo por mí y por todas las personas a quienes les importas.

—Quizá podamos hacer un trato. Yo recapacito sobre mi voluntariado de la rfc si tú agarras el equipaje y regresas a Argentina.

—Eres imposible —se quejó, y se levantó de golpe.

Él hizo lo mismo y la atrajo hacia sí cuando vio que ella se disponía a marcharse.

—No juegues conmigo, Scott.

—Shhh —susurró mientras la tenía envuelta entre sus brazos—, contigo no lo haría.

Cuánto había deseado tenerla tan cerca, que su respiración se fundiera con la de ella. En ese instante no dudó en hacer lo que durante tanto tiempo había deseado: besar esos labios, saborearlos, hurgar en la boca de ella para recorrerla y sentir cómo ese femenino cuerpo respondía a cada caricia que le prodigaba. El beso se fue intensificando a medida que ella se abría a él, y los leves gemidos que la joven soltaba incrementaron el fuerte anhelo por sentirla. Las suaves y prodigiosas manos de ella se aferraban a la cintura de Scott con el objetivo de acortar la poca distancia que había entre ellos. Él la tomó por el cuello y le fue dando pequeños besos por todo el rostro hasta detenerse y fijar los ojos en los de ella, que acababan de abrirse. Si había algo que él no esperaba, fue la reacción de ella.

—Martina...

—Shhh, esta vez no quiero analizar qué me ocurre o el motivo de que esto haya sucedido. De algo sí estoy segura: estar en París, alejada de todo y en medio de toda esta situación, ha colaborado a que esto ocurriera.

—Quizá sea así para ti, y te entiendo, pero no lo es para mí. Yo no necesito estar aquí a solas contigo para hacer lo que he deseado desde hace tiempo.

El rubor que tiñó las mejillas de la joven médica lo subyugó aún más.

—Pero, como dices, es mejor no darle vueltas al asunto, aunque contigo me gusta dejar las cosas claras.

Martina asintió y no le manifestó que creía conocerlo y que intuía que se manejaba con las mujeres del mismo modo que Colin. No iba actuar como él esperaba que lo hiciera, ni tampoco le haría una escena para cuestionarlo por un simple beso. No le confesaría que estaba muerta de miedo por lo que acababa de suceder. Ella no estaba acostumbrada a que el mundo se diera vuelta con tal facilidad y, sin embargo, era lo que él acababa de lograr. Tampoco permitiría que el buen momento que habían compartido antes de ese instante se diluyera por lo que había acontecido. Era la primera vez en la vida de la joven que se sentía diferente, y lo disfrutaría mientras durase.

—¿Quieres que comamos algo? —propuso Scott.

—Eres quien comanda el recorrido de esta ciudad, así que supongo que elegirás nuestros próximos pasos.

—Por supuesto.

—Vamos, entonces.

Ella enredó la mano con la de él y se dejó guiar. A pesar de no ser la primera vez que estaba en París, descubrió lugares nuevos durante esa caminata amenizaba por las explicaciones que él le daba sobre cada sitio que veían. Cuando el cansancio la venció, se detuvieron en el café La Rotonde, en pleno corazón de Montparnasse. Martina no dejaba de admirar una de las paredes del lugar, decorada con bocetos y pinturas de artistas que asistían allí.

—Veo que te ha gustado mi elección —susurró él—. Lo que ves allí colgado es el modo de retribución que algunos pintores tienen cuando no les alcanza el dinero para pagar lo consumido.

—Oh, me has sorprendido.

—Doctora —dijo al correrle la silla—, no podía traerla a un lugar que no fuese cultural y distinguido.

—Eres incorregible —repuso ella al sentarse—, pero no pienso discutir porque estoy muerta de hambre. ¡Mira la hora que es!

—Si es por la hora y quieres tomar el té, también puedes hacerlo.

—Te aclaro que no voy a conformarme con un simple tentempié, quiero algo sustancioso.

—Yo también —retrucó, tras lo cual la tomó del cuello y le dio un beso que la dejó sin aliento.

Cuando ella intentó reaccionar, él acababa de llamar al mesero para pedirle lo que comerían.

—¿Es lo que esperabas? —preguntó Scott al señalar el succulento almuerzo que le había pedido.

—No era para tanto, pero me ayudarás, ¿verdad?

—Siempre lo haré —replicó al introducirse un bocado de *foie gras* con queso y pan tostado.

—Lo sé y te lo agradezco.

Ninguno hablaba de la comida en realidad, sino que se referían al pasado, a la historia que hasta ese momento los unía. Como si quisieran restarle importancia a la situación que se avecinaba, comenzaron a revivir anécdotas y recuerdos vividos juntos. Poder hablar a solas, sin la interferencia de la familia, les permitió adentrarse aún más en lo que cada uno pensaba. Ninguno fue consciente del paso del tiempo hasta que el mesero se apersonó para saldar la cuenta.

Al salir de aquel establecimiento, se adentraron por el bulevar de Montparnasse y, antes de que se convirtiera en Port-Royal, se toparon con La Closerie Des Lilas. En ese instante Martina se detuvo para contemplarlo mejor.

—¿Sucede algo?

—Ese es un lugar muy singular y especial para mis padres. En varias ocasiones los he escuchado decir que ha sido determinante en sus vidas.

—Vaya, si, con el tiempo que llevan juntos, aún lo mencionan, es porque en verdad debe haberlo sido.

—Seguro que sí.

—¿Quieres entrar? —propuso Scott.

—No, eso es parte de la historia de ellos. Lo único que quiero es que me sigas sorprendiendo.

—Me alegro de haberlo hecho hasta ahora —repuso al envolverla en un abrazo para luego besarla.

La noche se había adueñado de la ciudad, y la cálida brisa que soplaba brindaba un remanso en el final de la jornada.

—Ahora no voy a martirizarte con la caminata —dijo tras lo cual detuvo un taxi y le indicó la dirección de destino.

—Te aseguro que no lo has hecho —expresó ella al recostar la cabeza sobre el hombro de él.

—Hum, me parece que me estás mintiendo.

—Nunca lo haría.

Él besó la coronilla pelirroja y la mantuvo abrazada durante el trayecto.

—¿Ves ese hotel de ahí? —señaló Scott.

—Sí, también tiene estilo.

—Tienes razón, y es muy simple, como tu apartamento. Es ahí donde me alojo.

—Creo que no estamos tan lejos.

—No. Me sorprendí cuando me pasaron tu dirección porque siempre me he alojado en este lugar, así que conozco bien esta zona.

A poca distancia de allí, el automóvil se detuvo en el nuevo hogar de Martina, donde ellos subieron hasta el quinto piso.

—¿Quieres pasar?

—Lo haría, pero temo que te quedes dormida. Se te ve muy cansada, y no soportaría que te resistas a mis encantos.

Adoró ver el gesto de sorpresa de ella y, en ese mismo instante, la besó sin delicadeza, de un modo apasionado, como si descargara el potente deseo por sentirla. Si en algún momento él había creído que acercarse a ella calmaría esas ansias, se había equivocado por completo. La arrinconó contra la puerta de entrada al tiempo que deslizaba los labios por el cuello de la joven y dejaba a su paso un reguero de pequeños besos. El sabor de esa piel lo embriagaba. Le costaba detenerse, aunque debía hacerlo.

—Me vuelves loco —le susurró en el hueco del cuello.

Ella le tomó el rostro con las dos manos y no dejó de contemplarlo durante varios minutos. Se perdió en esos ojos verdes y tuvo que reconocer que, por más que lo hubiese querido ocultar, la profunda pasión que había atesorado por él durante tanto tiempo había aflorado como un vendaval. Nunca nadie antes la había hecho sentirse de ese modo: especial, halagada, única. Se había abierto con ella al confesarle parte de su vida, y Martina había descubierto un lado de él que la había conmovido. No entendía cómo había podido salir adelante sin el amor de los suyos. Estaba segura de que era eso lo que hacía que no le importara lo que pudiera ocurrirle a él mismo, pero debía entender que era importante para los demás, en particular para ella. Lo peor de todo era que no contaba con el tiempo suficiente para hacerlo entrar en razón.

—¿Qué estará pergeñando esa cabecita?

—Puedo asegurarte que, esta vez, nada. Solo me he dejado llevar por lo que siento y creo entender eso de ir más liviana por la vida.

—Eres adorable —apreció él, para luego volverla a besar—. Antes de irme, quiero darte algo —completó mientras sacaba un sobre de la chaqueta.

—¿Qué es eso?

—Un impulso. Solo tienes que considerarlo. Aunque, si estás convencida de lo que vas a hacer, tíralo.

Entre sus manos había un pasaje hacia Buenos Aires en un barco que saldría por la noche del día siguiente.

—¿Sigue en pie la propuesta que me hiciste? —inquirió ella.

—Por supuesto.

—¿Y cómo sé que la cumplirás si yo retorno a mi país?

—Porque yo también he sacado un pasaje de regreso, pero para dentro de unos días. No ha sido fácil conseguirlo y, más adelante, será imposible. Además, siempre has confiado en mí.

—¿Qué te hace pensar que cambiaré de opinión y me iré de aquí?

—Lo hice por mí, porque, si te alejas de todo esto, podremos tener algo juntos. No me mires así. Mejor no me hagas caso, déjalo, no le des vueltas al asunto.

Volvió a besarla para al fin irse de allí. El elevador había llegado cuando la voz de ella lo detuvo.

—¿A qué hora sale el tren rumbo a El Havre?

—A primera hora de mañana —respondió al darse vuelta—. Si en verdad decides regresar, solo búscame, sabes dónde me alojo. Si no es así, al mediodía vendré aquí.

En la penumbra del pasillo, ella no pudo vislumbrar la amplia sonrisa que Scott tenía dibujada en el rostro.

Martina no dejó de sopesar aquella posibilidad luego de cerrar la puerta. Sin dudas, él había aparecido para complicar todo y poner patas para arriba su mundo. Sabía que debía encontrar una solución. Lo que más le preocupaba era el destino que él había elegido. Entendía que a él poco le importaba lo que pudiera sucederle si seguía con la determinación de ir a la guerra. Notaba que no tenía por quién pelear y regresar. Por otro lado, se cuestionaba si en verdad Scott cambiaría esos planes si ella tomaba la decisión de regresar. De algo estaba segura: no se quedaría con esa duda, y menos aún de brazos cruzados. Estaba convencida de que, si ella hacía lo correcto, podría salvarlo, porque aún estaba a tiempo. Fue hasta la cocina y tomó un té para quietarse, aunque ya había aceptado que esa noche no dormiría.

Las horas en vela la convencieron por completo sobre lo que debía hacer. A su lado estaba el baúl que había llevado como único equipaje en el viaje. Buscó con la vista en el reloj que colgaba en la pared y descubrió que era la hora indicada. El encargado, a quien había estado haciéndole ya algunas preguntas, la ayudó a conseguir un taxi que la llevara hasta el hotel de Scott. Apenas

asomó por la entrada de aquel lugar, el conserje le indicó que encontraría a quien buscaba en la confitería. Aquel recinto no tenía muchas mesas, y las que había estaban vacías, excepto por aquella en la que se encontraba él con una taza entre las manos. A medida que la joven esquivaba las sillas y se acercaba, la sonrisa de él se amplió.

—¿Me esperabas?

Se levantó sin dejarla continuar y le cubrió la boca con un beso.

—Ahora sí, buenos días.

—Qué buen recibimiento. ¿Me esperabas? —repitió ella.

—Nunca perdí la ilusión de que tomaras la decisión correcta. Aunque debo confesarte que me has sorprendido.

—¿Sí?

—Así es —contestó al levantar la mano para llamar al mesero.

—Scott, no tengo ganas de desayunar, he comido algo en casa antes de salir. Además, prefiero no dilatar todo esto. Nunca me gustaron las despedidas.

—A mí tampoco. Por otro lado, no contamos con mucho tiempo —coincidió, y entonces le besó la mano—. Te aseguro que es lo mejor que puedes hacer —resopló sobre la palma.

—Lo sé.

Realizaron el trayecto en el vehículo que los llevaba hasta la estación del ferrocarril abrazados, pero en un sugestivo silencio. A esa hora del día, el tránsito era fluido, por lo que alcanzaron la terminal en menos tiempo del esperado. Scott se hizo cargo de llevar el equipaje.

—Si fuera tu hermana quien viajara, necesitaría ayuda para acarrear las maletas.

—Sí, esa fue otra de las discusiones que tuve con ella antes de partir.

Una vez que cumplieron con los trámites que tenían pendientes, se sentaron en uno de los tantos bancos instalados sobre el andén. La formación estaba acondicionándose para salir.

—¿Cuándo piensas abandonar la ciudad?

—Dentro de unos pocos días —dijo mientras rebuscaba en el bolsillo del saco—. Fíjate.

Martina observó la fecha de partida que tenía el boleto que acababa de mostrarle.

—Escúchame. Quizás ahora tengas alguna duda, pero te aseguro que todo esto es lo mejor. No te imaginas lo que significa para mí que te hayas replanteado tu elección.

—Scott, me importas —justificó ella.

—Tú también.

Ambos se besaron, esa vez no con premura, sino con la intención de disfrutar el sabor de la despedida.

—Aunque no te guste que me quede, voy a hacerlo hasta que te vea irte —anunció Scott.

—No sea cuestión de que me arrepienta —bromeó sonriente.

—Escúchame, si tienes algún problema antes de partir...

—No te preocupes, de verdad.

—Cuando llegues al puerto, envíame un telegrama para confirmarme que todo está bien, así luego me comunico con tu familia.

—Por supuesto. Pero no te alarmes si no puedo hacerlo. A partir de ahora, las comunicaciones no serán tan confiables cómo lo han sido hasta el momento.

El sonido de la sirena del ferrocarril anunció la partida.

—Solo me resta decirte que esto lo hago solo por ti —se despidió la joven.

—Pronto nos veremos.

Scott quiso volver a abrazarla, pero ella se escapó entre la gente para abordar el transporte. Él se quedó allí hasta que la imagen del ferrocarril se perdió en el sinuoso y delgado camino que la llevaba hacia un lugar seguro. Cuando se levantó del banco, supo que, por una vez en la vida, había hecho lo correcto. Ella lo valía.

A medida que el tren avanzaba y el traqueteo se intensificaba, Martina se convencía de que había obrado del mejor modo. Las horas en vela le habían permitido darse cuenta de qué era lo que deseaba hacer y no había dudado ni un instante en hacer caso a su instinto, más allá de las complicaciones que podría traerle. En medio de esas reflexiones, el fuerte sonido de la sirena dio aviso de que había arribado a la estación siguiente. De inmediato, se levantó y salió del vagón junto a otros pasajeros que ascendían y bajaban de la formación. Ni se preocupó por llevar consigo el equipaje, que contenía tan solo unas pocas prendas porque había dejado el resto del vestuario en el ropero de la habitación a la que retornaría no bien tomase el tren de regreso. El encargado del edificio, con quién había hablado antes de salir, le había confirmado la información sobre la combinación ferroviaria y el tiempo que le llevaría el retorno a la ciudad.

A ella no le importaba haber perdido ese día entre idas y vueltas si al fin había convencido a Scott de que había abandonado París. El riesgo no estaba en que ella permaneciese en la ciudad y se dedicara a lo que sabía hacer; muy al contrario, sería de gran ayuda para lo que se avecinaba. El verdadero peligro estaba en que él fuese al frente. Sabía que lo que acababa de hacer era una verdadera locura, pero Scott lo valía. Nada le habría gustado más que renunciar a todo aquello y empezar algo con él, pero no podía aceptar abandonar todo y regresar a Buenos Aires sin haber intentado lograr aquello por lo que venía luchando. Un cartel anunciaba el retraso en la salida hacia París, lo que le daría tiempo más que suficiente para ir hasta la confitería y beber algo. Falta le hacía, porque no había probado bocado desde que había salido de la casa.

* * *

El anochecer había caído sobre la ciudad, y una sensación nostálgica la arropó. Los pocos días que allí llevaba, los había vivido de un modo intenso al dejarse llevar por lo que sentía. Necesitaba caminar y convencerse de que lo que había hecho era lo mejor para ambos. Esperaba que, cuando estuvieran juntos, todo aquello quedara como una anécdota de lo que habían vivido. Contempló que aún faltaba para arribar a su apartamento, pero no tanto para alcanzar el hotel de Scott. No podría pasar por la puerta aunque se muriera de ganas de volver a verlo porque no debía arriesgarse a ser descubierta. Si eso ocurría, nada de lo que había hecho tendría sentido.

Cruzó la calle para doblar en otra dirección y dejar atrás la idea de observarlo. En ese momento, le pareció verlo salir de un lugar ubicado en diagonal adonde ella se encontraba. Se llamaba Le Chat Noir. Aguzó más la vista al tiempo que se ocultaba detrás del muro de una casa. Era él quien se dirigía hacia donde ella estaba. El asombro que la inundó entonces no fue solo por encontrarlo allí, sino porque estaba en compañía de una joven que había salido de ese cabaret y a quien colmaba de besos y arrumacos. Nunca habría creído que su cuerpo pudiera estremecerse del modo en que lo hacía. Tenía el corazón en un puño, y un tenue temblor se apoderó de sus manos. Se parapetó detrás de esa construcción porque no podía dar un solo paso para huir de allí sin ser vista.

—Amor, pero es tu última noche.

—Lo sé, Chloé.

—No lo sabes. Parece que, con todo lo que nos conocemos, no comprendes lo que significa esta vez para mí que te vayas en una misión que te mantendrá alejado y dentro de esa aeronave que alardeas pilotear tan bien.

Martina había escuchado ese pequeño diálogo cuando habían pasado a poca distancia de donde estaba. Su mente procesó cada palabra oída mientras la desazón, la inquina y la desilusión le provocaron un cóctel explosivo que la llevó a salir del escondite en el que se había refugiado para

llamarlo. No bien él se dio vuelta, ella pudo ver el gesto de sorpresa en su semblante.

—Martina, ¿qué haces aquí? —interrogó mientras se acercaba a ella.

—¿En verdad creías que iba a cumplir lo que me habías pedido?

—No deberías estar aquí, eres una inconsciente.

—Amor, déjala, vamos —intercedió su acompañante.

—Chloé, vete, tengo que aclarar algo.

No fue lo que dijo, sino el modo en que lo hizo, lo que permitió que la joven se apartara unos pocos metros de allí para que ellos pudieran hablar.

—Te vas a ir de acá rumbo a Buenos Aires —determinó Scott.

—No lo haré, y quiero que sepas que nunca existió un motivo que me importara como para hacerlo.

—No me mientas.

—Lo único que te interesa es la misión que viniste a cumplir aquí: lograr que abandone la ciudad para satisfacer los deseos de mi familia y en especial de mi hermano. Al menos has sido fiel a alguien. Aunque debo reconocer que has sido muy convincente.

—Martina, no es así. No echas a perder lo que hay entre nosotros.

—No sigas. No creí que fueras así —espetó dolida.

—Puede que sea una mierda, pero no lo he sido contigo. Debes creerme.

—Sabías que caería bajo tu influjo, pero ha durado poco. Creo que no tengo que decirte que no quiero volver a verte. Si en algún momento dudé sobre lo que era esencial para mí, ahora acabo de darme de cuenta que tú no lo eres y puedo asegurártelo.

—No entiendes nada, no es como piensas.

Él intentó acercarse a ella, pero la muchacha retrocedió y, con gran dolor, notó que estaba atemorizada.

—Scott, disfruta de esta última noche, bebe mucha cerveza y festeja en compañía de ella. Aunque no lo creas, aún me preocupa que te vayas a la guerra, pero entiendo que tomaste tu decisión, como yo la mía. Mucha suerte.

Los rápidos pasos de ella se transformaron en una corrida alocada por las calles parisinas, porque deseaba huir de allí para alejarse de él y de esa bella mujer con quien compartiría las últimas horas antes de irse. Las lágrimas le habían inundado el rostro, y los continuos sollozos se transformaron en un llanto incontrolable que le permitió liberar la desgarradora decepción que sentía. Nunca antes se había abierto a alguien, y hacerlo la había transformado en una verdadera tonta. Ya nada quedaría de lo que había existido entre ambos.

Lloró y lloró hasta liberar toda la frustración y el desengaño que sentía. Los primeros rayos del amanecer la encontraron arrebujada sobre el respaldo de la cama, con los ojos hinchados por el llanto y la mente atiborrada de recuerdos de él que deseaba borrar. Se levantó para prepararse un café que la espabilara un poco y, al pasar a la cocina, vio un sobre blanco asomado por debajo de la puerta. Pudo reconocer de inmediato la letra de él y tuvo que refrenar el impulso de arrojarlo al cesto, aunque no pensaba abrirlo. Lo dejó sobre la mesa por si en algún momento cambiaba de idea. Lo único que la había ayudado a levantarse de la cama era la necesidad de ordenar la casa e intentar mejorar su propio aspecto si pretendía causar buena impresión al día siguiente, cuando debiera presentarse en su nuevo trabajo.

CAPÍTULO 12

Los espías del cielo

El Hospital Buffon se erigía sobre el número 16 del bulevar Pasteur. Poco antes de transformarse en un centro sanitario, había sido un establecimiento de educación. Varias instituciones y entidades habían abierto sus puertas para ser acondicionadas, con camas y lo que fuese necesario, para la atención médica. El instituto al que acababa de ingresar no era la excepción. Debió aguardar durante casi media hasta ser atendida por el jefe del sector.

—*Mademoiselle* Martina, lamento la tardanza. Soy el doctor Letulle y jefe de este lugar.

—Un placer conocerlo y estar aquí.

—Espero que así sea. Debe saber que hay ciertas cuestiones que cambiaron desde el momento en que se le otorgó la beca. La han reasignado aquí e imagino que no es lo que usted imaginaba. Aún está a tiempo de cambiar de decisión y retornar a su país.

—Lo he pensado y esto es lo que quiero hacer.

La joven no había dejado cavilar sobre ello durante las pasadas horas. El fuerte sentimiento que la unía a Scott la había obnubilado hasta el punto de que, en un maldito momento, había creído que lo mejor era regresar a Buenos Aires, aunque de inmediato se había dado cuenta de cuál sería la decisión acertada. Sin dudas, él había apelado a lo que fuera para convencerla y alejarla de la zona de conflicto. Estaba claro que el compromiso que el joven Appleton tenía con Colin por hacerla regresar había sido más grande que el empeño por evitar el gran dolor que en efecto le había causado. Él no sabría que le había destrozado el corazón como nunca nadie lo había hecho. Al sentirse capaz de razonar sobre lo que había vivido con Scott y revivir la fuerte decepción que la embargaba tras enterarse del modo en que la había traicionado, había resuelto que nunca más le daría a un hombre el poder de lastimarla. Guardaría el amor que sentía por él bajo siete llaves y viviría como lo había hecho antes de que él apareciera.

—Para empezar, este lugar lo hemos acondicionado del mejor modo en que se ha podido. En el área clínica, de la que soy responsable, hay cuatrocientas camas. El sector de cirugía está a cargo del doctor Gosset, quien cuando se desocupe le dará la bienvenida. Será con él que trabajará codo a codo, por su especialidad. Ahora yo también estoy con poco tiempo, aunque debo decirle que ha llegado en una mañana en que todo está tranquilo. Ivette —llamó a una enfermera—, ¿puedes acompañar a la doctora a que vea nuestras instalaciones? —Volvió a dirigirse a ella para agregar—: Debe estar dentro de media hora en el primer piso, así conoce al resto del personal.

—Por supuesto, doctor.

—Doctora, soy la jefa de enfermería y quien controla todo cuanto concierne al personal —se presentó la enfermera.

La cofia blanca que llevaba en la cabeza dejaba escarpar algunos mechones con canas, y el gesto adusto que tenía en el rostro evidenciaba un mal carácter. La blancura de la camisa, así como la del delantal que por encima vestía, contrastaba con la amplia cruz roja que llevaba en una manga.

—Mucho gusto —dijo sin ser escuchada, ya que la mujer se había alejado por el pasillo para comenzar con el recorrido.

Martina no dejaba de asombrarse por la edificación del establecimiento público de estudios secundarios devenido hospital. Largas galerías bordeaban un gran patio desde donde se destacaban las columnas y torres salientes en lo alto de la construcción de ladrillo, que se distinguían del negro tejado. Un sinnúmero de ventanas asomaba y brindaba luz a las distintas aulas, entonces transformadas en espacios de atención médica.

—En este jardín, que antes era para el alumnado, ahora se lleva a cabo la recuperación y recreación de los pacientes.

Martina creyó que, como medida de salubridad, parecía una buena idea, pero aún desconocía cómo serían lo heridos que llegarían allí y cuánto podrían disfrutar de ese espacio verde. Todavía la turbaba no saber con qué se iba a encontrar. Todo distaba tanto de las prácticas que ella había realizado en su querido Hospital Rivadavia. No necesitaba conocer las condiciones edilicias, sino que estaba inquieta por descubrir cómo se trabajaba allí dentro.

—Me impresionan las amplias dimensiones con que cuenta este lugar, y le agradezco la visita, pero no creo que pueda verlo en su totalidad. Debería retornar para presentarme a horario ante el doctor.

—Como usted quiera —dijo Ivette al detenerse y fijar la mirada en la joven médica—. Solo hacía mi trabajo, y usted, doctora, no ha comenzado el suyo. Si me disculpa, no la veo con buen semblante y creí que esta recorrida la espabilaría un poco más.

—Tiene razón, he estado complicada con varias cuestiones, pero le aseguro que lo único que no ha menguado son mis deseos por empezar.

No mencionó los grandes esfuerzos que había hecho por descansar y cambiar de ánimo. Esperaba que la fuerte actividad le ocupase la mente para dejar de pensar en todo lo que podría haber sido con Scott. En silencio y acompañada por la severa mirada de la enfermera en jefe, Martina la siguió por los vericuetos del interior del lugar hasta alcanzar la escalera y subir al primer piso.

—Por ese pasillo, a la derecha, encontrará una puerta. Allí se reúnen los doctores.

—Gracias, Ivette.

El saludo se lo llevó el viento, porque la empleada ya había emprendido la retirada antes de que ella terminase de hablar. No bien entró al salón indicado, la saludaron los profesionales congregados allí.

—Un gusto conocerla, yo soy el doctor Gosset y estoy a cargo del área de servicio de cirugía.

—Un placer ser parte de su grupo.

—No voy a repetirle lo que le ha dicho mi colega cuando la ha recibido, pero debe saber que vamos a encontrarnos con casos de extrema gravedad. De la rapidez de la cirugía, dependerá la vida de nuestros soldados. En este pabellón contamos con trescientas camas.

—¿Habrá algún protocolo específico para el tratamiento de los combatientes?

—Nos manejaremos como podamos. Hoy no se dan cuenta porque no hemos recibido aún heridos de gravedad, pero, cuando suceda, no será de un modo ordenado, como hemos estado acostumbrados a trabajar en los distintos institutos a los que hemos concurrido. Debemos decidir sin demasiada información clínica qué orden de asistencia les daremos a unos en detrimento de otros, porque, de nuestra pericia y rapidez, dependerán sus vidas.

Martina asintió concentrada mientras escuchaba cada palabra. Había oído hablar del *triage* que se había aplicado tiempo atrás en otras guerras y que refería a la clasificación de los enfermos en función del estado del paciente, sistema útil en circunstancias de presión, cuando fueran varios los lesionados a tratar. Esa elección dependía de cada médico. Ella contaba con la teoría, pero nunca antes lo había experimentado.

—¿Alguna otra pregunta?

Nadie contestó. La tensión se palpaba en el ambiente, junto con la expectación por que todo saliera del mejor modo. Pronto se disiparon, y cada cual comenzó a ayudar a ordenar el instrumental que había llegado y los materiales de enfermería catalogados para saber con qué contaban. Martina pudo constatar que las pinzas y tijeras, la morfina líquida, los hilos de sutura y el ácido carbólico eran algunos de los elementos fundamentales que tenían en el hospital.

A pesar de haber dado por finalizada la jornada, la joven Wood no deseaba arribar a su casa. Necesitaba desagotar de la mente los recientes recuerdos vividos con Scott. Las caricias y los besos aún reverberaban en su piel y hacían cobrar vida a la agitación que le provocaba la idea de haber estado junto a él. Dejó que la mente se le vaciara de todo aquello y que los pasos la guiaran hasta desembocar en una calle a la vera del Sena. Varios puestos de venta de libros se ubicaban en la ribera, atendidos por libreros que ofrecían ejemplares raros y antiguos que llamaban la atención de los transeúntes. Ella examinó algunos y se llevó dos. Serían una buena compañía en las noches

y la ayudarían a conciliar el sueño. Caminó hasta su domicilio y, una vez más se cruzó con el portero, que era la única persona con quien había entablado diálogo desde que había arribado a la ciudad.

—Buenas tardes, *mademoiselle* Martina, ¿cómo le ha ido?

—Muy bien, Pierre, gracias. —Se alejó hacia el elevador, pero se detuvo cuando el portero continuó hablando.

—No quiero molestarla ni decirle algo inconveniente, pero el joven con quien se ha estado viendo me exigió la vez pasada que le abriese la puerta para entrar. Espero que no la haya importunado. Sé que se quedó en la escalera del quinto piso durante un largo tiempo. Cuando regresé, se había ido.

—Gracias. No se preocupe porque no volverá.

Cuando salió del ascensor, Martina miró hacia la escalera e imaginó a Scott a pocos metros de ella, sentado y a la espera. Sacudió la cabeza para borrar esa imagen de la mente y entró a la vivienda. Con la excusa de cambiarse e ir a la cocina para ver qué se prepararía de cena, pasó varias veces por la pequeña sala sin poder evitar desviar la vista hacia el sobre blanco que reposaba en la mesa. No podía engañarse, lo que deseaba era romperlo y ver el contenido. Cuánta rabia le daba reconocer que se moría por saber de él. Eran más fuertes los deseos que los cuestionamientos y, en pocos segundos, estaba rasgando el sobre, del que sacó una escueta carta.

Martina:

Lamento mucho cómo te fuiste y huiste de mi lado. Nunca deseé que las cosas sucedieran del modo en que ocurrieron. Lo que no voy hacer es a disculparme por haber insistido en que te marcharas, ni tampoco por todo lo que te he dicho, porque cada palabra que pronuncié fue verdadera. Ansíé durante mucho tiempo tenerte, sentirte y compartir los momentos que vivimos. Puedes aducir que no valgo lo suficiente para estar a tu lado o que no soy el hombre adecuado para ti, pero lo que no puedes decirme es que te he mentado, porque siempre serás importante para mí y desconoces cuánto. Hay cuestiones que ignoras de mí y que pensaba explicarte con el tiempo. Hoy no lo tenemos, y no sé si lo tendremos en un futuro. Solo me resta pedirte que te cuides mucho y que, si en verdad me necesitas, dejes tu orgullo a un lado y, como te dije en una oportunidad, recurras a mí, porque yo siempre estaré para ti.

Te quiero,

Scott

El contenido era claro y concreto. Ella había esperado que esas líneas fuesen condescendientes y de esa manera detestarlo más, pero ese deseo se había visto frustrado. Esas palabras encerraban el espíritu de Scott. Cuando hablaba del pasado, ¿se referiría a esa joven, Chloé? Nunca había escuchado ese nombre de boca de Colin. De nada servía seguir dándole vueltas a ese tema, él no había sido honesto. Haberlo visto a los arrumacos a poco de haber estado con ella era un dolor que llevaría durante un tiempo. Debería romper ese papel y olvidarse del contenido, pero lo dobló y lo guardó en un cajón en su dormitorio, aunque se había prometido no volver a leerlo. ¿Por qué continuaba engañándose? No era necesario releerla, pues cada palabra se le había clavado en el corazón, y recordaba de memoria el texto que había analizado con avidez minutos antes.

* * *

Al fin otro día de trabajo que alivianaba el pesar. Aún debía adaptarse a esa nueva actividad en la que todo cuanto acontecía se daba de modo vertiginoso. En realidad, así había sido desde que había pisado tierra gala. Ya había anochecido cuando en el hospital le habían pedido que se retirara. Ese día había sido agotador, y necesitaba descansar. Se apuró a alcanzar la puerta del edificio, pero alguien la detuvo.

—Tú eres la doctora de la que Scott me ha hablado.

Un fuerte escalofrío corrió por el cuerpo de Martina, y se dio vuelta para ver más de cerca a Chloé.

—¿Qué haces aquí?

—He estado aguardando por ti estos días. Quería conocerte y descubrir por qué te empeñaste en quedarte en vez de irte de una buena vez a tu país.

—No sabes lo que dices. Además, no te debo ninguna explicación.

—Claro que me la debes, porque, la noche que apareciste, no pude despedirme de él como me habría gustado.

—Ese no es mi problema.

—No te confundas ni creas que él en algún momento estará contigo.

—La verdad es que me importa poco lo que te preocupe. Vete de aquí si no deseas que te eche.

Martina la vio menear la cintura al marcharse, en una clara exhibición de ese don de belleza que había recibido. Sin dudas, no habría hombre que pudiera resistirse a ella, y de seguro sabía cómo manejarse con ellos. Aquella mujer era todo lo que Martina no era y poseía las virtudes que a ella le faltaban. No quería continuar torturándose con eso, así que entró al edificio y subió con presteza hasta alcanzar su hogar. Era allí, en ese pequeño lugar, donde se sentía segura. Ya nadie podría herirla más de lo que estaba.

* * *

Los días se sucedían en una absoluta vorágine. A poco de comenzar el conflicto armado, la ciudad ya no era la misma. Atrás habían quedado las emotivas despedidas en las estaciones de tren atiborradas de niños aferrados a sus padres para rogarles que no se fueran, junto con el compungido llanto de las mujeres que aguardaban a que sus esposos o hermanos partiesen sin saber cuándo sería el regreso. Tras pocos días de todo aquello, René Viviani, presidente francés del Consejo, exhortó a las mujeres a reemplazar a los hombres en las actividades que habían abandonado por deber ir al frente. De raigambre pacifista y enrolado en la línea de pensamiento de Jean Jaurès, estaba convencido de que el enfrentamiento sería corto y de que muy pronto los soldados retornarían a sus casas. Hasta que eso ocurriera, no se podía paralizar al país.

Las campesinas fueron las primeras en ponerse el trabajo al hombro porque de ellas dependía que la labranza y la economía de los hogares no se echasen a perder. A medida que las jornadas pasaban, comenzó a ser una imagen normal la de las mujeres no solo como camareras de los cafés, sino también como conductoras de tranvías y empleadas de bancos. Ninguna de ellas podía quedar al margen de lo que ocurría, y de ellas dependía llevar un poco de dinero a la familia. La subvención diaria prevista por el Gobierno, de una suma paupérrima en francos, no ayudaba en nada a paliar la difícil situación. Poco a poco los bares comenzaron a cerrar sus puertas por la tarde, y las comunicaciones telegráficas y telefónicas se suspendieron. En poco tiempo todo tomó otro cariz.

Casi en el límite con la frontera belga, en Maubeuge se encontraba un campo de aviación. Hasta allí se había trasladado gran parte de la rca para comenzar con las operaciones de reconocimiento. Algunos aviadores tenían las horas de vuelo suficientes y estaban preparados para realizar esa tarea, mientras que otros no contaban con tales requisitos, pero sí con una gran voluntad. En ese momento todo era válido, se necesitaba del coraje de los hombres que estaban allí.

Lejos del lodo y en medio de la bruma, los aviadores disputaban la guerra. Desde el aire, buscaban las zonas de ocupación enemiga y de avance de las tropas para volcarlas en grandes mapas que circulaban por las manos de los oficiales. Scott miró hacia el cielo y observó cómo las nubes se dispersaban al compás del viento. Aspiró fuerte y atravesó el campo en compañía de

Luck, la nueva mascota del escuadrón. Desde que había llegado, no se había separado de él. No era el único, sino uno de los tres perros que andaban por aquel terreno. Se esperaba que hiciera honor al nombre que le habían puesto y por eso, antes de cada misión, los pilotos se acercaban para tener un breve contacto con el animal. A corta distancia de allí, atisbó al nuevo compañero que le había sido adjudicado. Era hora de partir en un vuelo de reconocimiento de las posiciones enemigas.

—Vamos, John.

Ambos enfilaron hacia su B. E. 2. A pocos metros había unos Voisins biplanos, junto a otros monoplazas Blériot. Algunas de esas aeronaves ya habían recibido la bendición de un sacerdote católico frente al grupo de aviadores que las piloteaban. Scott cruzó el campo enfundado en una casaca de cuero marrón y ajustó la pistola Wesley que llevaba como medida de protección por si era apresado. Al llegar a la nave, se adentró en la parte de atrás, junto a las alas, para pilotearla, mientras que su compañero se ubicaba adelante para observar con mayor precisión la posición del adversario. Se acomodó los anteojos y puso sobre una pierna el mapa de la zona sobre la que volaría. El fuerte rugido del motor ensordeció el poco diálogo que entre ambos podía existir. Al alzar vuelo, supo que no sería una travesía fácil debido al potente viento que tenían de frente, lo que no le permitía quitar las manos del timón de la aeronave. La altura le permitía ver a la perfección las bases enemigas. Scott había tomado la costumbre de volar un poco más bajo que el resto de sus compañeros para tener mayor certeza en cuanto a la información que proveía.

A poco de avistar una concentración adversaria, observó cómo su compañero anotaba en el mapa el lugar exacto. Había transcurrido ya un tiempo largo desde que habían salido a recorrer la zona. Se había arrojado la información en el maletín dentro del campo aliado, por lo que la misión estaba cumplida. La autonomía de vuelo era limitada, y las cuatro horas que podían navegar estaban llegando a su fin. John comenzó a hacerle gestos con la mano para que regresaran. Sin embargo, Scott había visto algo que parecía ser una nave enemiga. Continuó el camino más allá del plan estipulado y de los gritos de su compañero, que se perdieron en el potente viento que les daba de frente. No era un buen momento para realizar la maniobra que tenía en mente porque el aparato poseía una estructura liviana y, con esas condiciones climáticas, la corriente podía ladear uno de sus flancos y llevarlos a una caída estrepitosa.

Scott estaba concentrado en la imagen de un Aviatik alemán que tenía cada vez más cerca. Descendió aún más para imitar al rival. Desde arriba se veía que el claro del terreno se acababa y se abría a una zona boscosa con gran vegetación. Era evidente que era allí donde el enemigo pretendía esconderse al suponer que lo dejaría tranquilo cuando se diese cuenta de esa intención. No obstante, no fue así, porque Scott arremetió contra él sin modificar la altura de navegación, lo que hizo que el alemán descendiera un poco más y se viera imposibilitado de nivelar la nave. En ese mismo instante, Scott se despegó de la presa e intentó levantar la nariz del avión en anticipación de lo que segundos después ocurriría. Una bola de fuego se elevó cuando el Aviatik se estrelló contra los árboles. Scott mantuvo la dirección norte hasta que logró estabilizar la aeronave y luego viró para retornar. La fuerte excitación que sentía no fue compartida por su compañero, que al llegar bajó del aeroplano y lo increpó.

—¿Qué has hecho?

—Derribar a un alemán.

—Esa no es nuestra función, sino tomar nota de sus posiciones —dijo desesperado al tiempo que lo tomaba de la solapa de la casaca—. A la distancia que estábamos, podrían habernos matado con su armamento.

Los enfrentamientos que a veces se daban en el aire no llegaban a ser contundentes porque la eficiencia del rifle o el revólver que llevaban en las aeronaves se veía afectada por la velocidad alcanzada, lo que dificultaba que dieran en el blanco.

—Suéltame si no deseas que te golpee. No eres nadie para indicarme qué debo hacer.

—¡Appleton! —lo llamó su superior.

Una vez explicada la situación, Scott recibió las felicitaciones de los otros pilotos que estaban presentes. Para la mayoría de ellos, no solo representaba un triunfo esa baja del enemigo, sino también el hecho de que las fuerzas armadas supieran que la aeronáutica podía ser un gran aporte en esa contienda armada. Para varios militares era un escollo tener que incorporar a las aeronaves, porque era la primera vez que tendrían a este instrumento alado en una guerra. De a poco, sin embargo, se estaban dando cuenta de que poseer la información de las posiciones del adversario beneficiaba a la milicia al permitirle dar de modo certero en el objetivo.

El grupo de aviadores que rodeaba a Scott se había disipado, y el superior que había mantenido un escueto diálogo con John se retiró de allí.

—Lo que hiciste no te la llevarás de arriba —le susurró su compañero al pasar cerca de Scott.

—Si quieres solucionar esto de otro modo, a la noche te espero a la vuelta del campamento.

—Actúas así porque estás solo, salvo por ese perro que no hace más que seguirte. Yo, en cambio, tengo una esposa y un pequeño que me esperan.

Scott lo miró y se alejó hacia el campamento. No continuó la discusión porque lo entendía, aunque no podía imaginarse si él obraría distinto si alguien lo estuviese aguardando en casa. Una vez más, la imagen de Martina le cubrió la mente. En el único momento en que no lo hacía era cuando volaba. La inmensidad del espacio aéreo no lo abrumaba, muy por el contrario, lo hacía sentir poderoso, como si pudiera dominar todo lo que ocurría allá arriba. Esa sensación se disipaba cuando tocaba tierra.

* * *

En París, los rumores sobre el avance alemán hacia la ciudad recrudecían, y el Hospital Buffon comenzó a poblarse de heridos graves. El estado en el que arribaban era calamitoso. Más allá del tipo de lesión, el tiempo transcurrido para ser trasladados desde el frente hasta un centro de atención les jugaba en contra. Los cirujanos que estaban en la vanguardia hacían lo que podían y, en algunos casos de herida de proyectil, se limitaban a efectuar curaciones primarias con el convencimiento de que no se infectarían.

Martina estaba en la sala general, ocupada en la atención de tres pacientes recién llegados que habían sido alcanzados por proyectiles de fusil. Se había dedicado a extraer todo elemento contaminante, así como restos de ropa y tejido necrosado de la lesión, para dejarla bien limpia. El estado de uno de ellos era más acuciante que el del resto. La infección parecía haberse extendido más de la cuenta, y la amputación se perfilaba como la solución más efectiva.

—Doctora, la necesitamos en la sala C.

—Ivette, por favor controla de manera especial a este último. Mantén limpia la herida con esta solución —dijo al señalarle una mezcla de hipoclorito de sodio, en una ínfima cantidad, con dicloramina—. Colócala cada dos horas y, según su evolución, veremos cómo procedemos.

La joven médica, luego de dejar las instrucciones precisas para que inmovilizaran a los otros dos soldados, enfiló hacia la escalera para subir al piso siguiente. Allí la situación era incluso más grave. Al llegar vio a un paciente con una laceración en el abdomen causada por una granada; el cuadro se veía muy complicado.

—No creo que sea conveniente realizar una laparotomía —comentó uno de los cirujanos, que se resistía a una intervención abdominal.

La joven argentina no dejaba de observar la tremenda herida del paciente. Nunca antes había visto lesiones de guerra, ni se había imaginado la cantidad de sangre que podía manar de ellas y, menos aún, el complicado estado en que llegaban los pacientes a diario.

—El riesgo de que alguna víscera esté dañada o perforada es muy alto —retrucó Martina—. Si lo operásemos, podríamos ver la profundidad del daño.

—Doctora, en este caso no lo aconsejo, es mejor hacer el tratamiento tradicional. Dé por seguro que solo con tiempo este paciente puede sobrevivir. Es mayor el riesgo si se hace lo que usted sugiere.

—Muy bien —desistió ella.

Comenzó con el procedimiento indicado y le aplicó morfina líquida con el convencimiento de que, dado que las urgencias y las heridas de guerra eran nuevas para ella, debía dejar a un costado los conocimientos teóricos y ponerse a tiro con las prácticas del hospital para esos casos.

Luego de un día complicado, Martina salió al jardín a despejar un poco la mente. Respiró profundo y elevó la vista. La presencia de algunos aviones alemanes que sobrevolaban la ciudad la sobrecogió. Se rodeó el cuerpo con los brazos ante el característico sonido de esas naves. En los pasados días, ese horario había llegado a adoptar el nombre de “las cinco en Taube”, que hacía alusión a las aeronaves de origen austriaco compradas por los alemanes antes de comenzar la guerra. Por más que intentase borrar las palabras de Scott, por momentos pensaba que él había estado en lo cierto y que debería haberse ido de allí. La invasión alemana a París parecía cuestión de días. Lo único que le daba fuerzas para continuar era el empeño que ponía en salvar la vida de los soldados que llegaban con algún miembro destrozado o en un estado tan delicado que dependían solo de la pericia médica que ella tenía para salvarlos. Rogaba a Dios que Scott estuviera a salvo, aunque se le erizaba la piel cada vez que ese ruido ensordecedor cruzaba el cielo.

—Doctora, vamos adentro —dijo Annette al tomarla del brazo.

—¿Aún sigues aquí?

—Sí, no quería dejarte sola.

—Pero ya has cumplido tu horario.

—Lo sé. Aunque a la única persona que le importa lo que hago es a ti.

Martina sonrió y se dejó conducir hacia el interior del hospital.

La joven parisina había ingresado allí como una colaboradora aunque pertenecía a una de las tantas familias encumbradas de la sociedad francesa. Nadie quería quedar afuera de la guerra, y existían varios modos de ayudar. Aportar el propio tiempo en un centro médico y asistir a los enfermos era una de las mejores maneras de cooperar de la contienda bélica. El problema con aquella joven era su inexperiencia en los quehaceres no solo médicos, sino de todo tipo. Dentro del hospital nadie quería tenerla cerca porque, en vez de dar solución en los casos de emergencias, lo complicaba todo. A Martina le había caído simpática esa misma inoperancia, que le hacía recordar a cuando Emma era pequeña. Había sido por eso que, desde que aquella muchacha francesa se había sumado al voluntariado, la había apañado bajo su ala. El resto del personal estaba encantado de haberse librado de aquella ricachona que iba siempre vestida como si fuera a asistir a una gala de ópera.

—No debes darle importancia a eso. Todos estamos nerviosos y atiborrados de actividades. El cansancio nos torna quisquillosos.

—Te agradezco que te esfuerces en explicarme, pero ya sé cómo son las cosas aquí dentro y ¿quieres que te diga la verdad?

—Adelante.

—Si yo fuera uno de ustedes, pensaría del mismo modo.

La confesión le robó una sonrisa. A pesar de estar comprometida y de tener una familia que la protegía, intuía que aquella chica se sentía sola. Algunos de los comentarios que le hacía lo demostraban.

—Me voy, ¿quieres acompañarme?

—Me encantaría.

Salieron del hospital seguidas por la exhaustiva mirada de Ivette, que había sido la primera en poner el grito en el cielo ante la inutilidad de Annette. Tras dar unos pocos pasos, la presencia de un hombre las detuvo.

—¿Hacia dónde ibas?

Por la vestimenta y el porte del sujeto que estaba frente a ellas, debía de pertenecer al círculo social de la joven Toussaint.

—Oh, te presento a la doctora Martina Wood.

—Buenas tardes, soy Aaron Dubois, prometido de Annette.

—Un placer.

—Querida, deberías haber salido antes, en eso habíamos quedado, ¿lo recuerdas? —le recriminó el muchacho.

—Disculpe que me entrometa, pero es que hoy ha sido una jornada extenuante.

—Lo entiendo, pero ella tiene otros compromisos que cumplir, y yo soy uno de ellos —replicó sonriente.

—Por supuesto. No los quiero retrasar más. Hasta pronto —se despidió, y entonces notó que las mejillas de Annette estaban sonrojadas.

* * *

El clima no había dado tregua durante los pasados días. El fango y los extensos charcos sobre la superficie del terreno complicaban las operaciones militares. Bajo la constante lluvia, Scott había estado asegurando con estacas el avión para evitar cualquier otra contrariedad o daño por efecto del viento. Empapado, se sentó debajo de uno de los aleros de un toldo cercano con una petaca de

whisky. Intentaba calmar la inquietud que le provocaba la situación que se estaba viviendo. Las últimas noticias no eran auspiciosas, ya que hablaban del inexorable avance alemán sobre París y de una gran cantidad de bajas por parte de los aliados. En el campo de batalla, no solo se combatía con el enemigo, sino también contra la fuerte interna existente entre las voces de mando de los oficiales. Entre los pilotos se palpaba una gran incertidumbre ante la contrariedad de los superiores respecto a la posición del enemigo.

—Parece que no soy el único que no puede dormir.

Si había algo que le faltaba para completar esa nefasta noche, era la aparición de John.

—Creía que había quedado claro que debías mantenerte alejado de mí.

—Lo sé, pero aquí no he tenido opción. Nadie quiere mi compañía, dicen por atrás que soy un cobarde.

—Ese no es mi problema.

—Desde que he llegado aquí, no he podido pegar un ojo.

—Prueba con esto —dijo al levantar la petaca de metal.

John revolvió en el bolsillo de la chaqueta y sacó unas galletas.

—Yo prefiero darme un gusto con esto, toma.

—¿Quién te ha dado estas Peek Freans?

Si había algo a lo que no podía resistirse Scott era a ese dulce manjar que conocía desde la infancia. Antes de meterse una en la boca, vio que Luck comenzaba husmear con el hocico el alimento. La partió y le dio un pequeño trozo al animal, que se lo agradeció al menear la cola.

—Tómalo como una ofrenda de paz de mi parte. Fue mi hijo quien, al despedirme, me dio unos paquetes.

Scott asintió. Por más que ese sujeto no le cayera en gracia, entendía por momentos su modo de actuar. Lo único que deseaba era estar con esa familia de la que tanto alardeaba.

—¿Tú qué crees que pasará? —preguntó el que había dejado atrás esposa e hijo.

—Los informes de los que se habla son una mierda.

—Se dice que las posiciones dadas por los pilotos franceses son incorrectas.

—Lo dudo, ellos saben lo que hacen. Pero, si no se ponen de acuerdo los de arriba, estaremos en graves problemas.

—Mientras, el enemigo avanza.

—Así es. Según parece, los alemanes no han enviado un ejército a la retaguardia de París, sino que han virado hacia el este, a lo largo del río Marne.

Scott sorbió un largo trago de alcohol. Necesitaba que esa bebida lo quemara por dentro.

—Eso no tiene lógica, pero es lo que consta en los documentos de los vuelos de reconocimiento entregados por los pilotos franceses.

—Te aseguro que no tener claro dónde está el enemigo ni hacia dónde va me asusta más que volar contigo.

Scott hizo una mueca simpática con su boca ante la confesión.

—Esta vez tu temor es comprensible.

—Voy a intentar dormir algo.

Scott asintió y fijó la mirada en la inmensidad de la noche. Solo había una cuestión que no lo dejaba descansar: el avance del enemigo hacia París. Allí estaba Martina, y aún se culpaba por no haberla sacado de ese infierno.

* * *

Al despuntar el amanecer, todo se convirtió en un caos. La ronca voz del comandante espabiló a los compañeros que aún estaban dormidos.

—A los que no están listos, los espero afuera dentro de cinco minutos.

El superior no debió esperar ese plazo de tiempo porque, a pesar de la cara somnolienta de más de uno, cada cual se había alistado para cumplir con la orden impartida.

—Quiero que estén preparados para realizar una misión de reconocimiento en la zona enemiga. No puede haber fallas. Quiero a los mejores allá arriba para que respalden a los pilotos franceses y determinen de una maldita vez la posición alemana, ¿han entendido?

—¿Quiénes iremos? —questionó uno de ellos.

—Usted seguro que no —replicó al acercarse de mal modo.

El comandante pasó por delante de cada uno en tanto los observaba con atención.

—Quiero que cumplan esta misión Smith, Davis, Moore y Appleton. No quiero más confusiones, necesito un informe claro y preciso, ¿entendieron?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Vayan a buscar sus máquinas para salir cuanto antes.

Scott pudo dar solo unos pocos pasos porque fue retenido por el oficial.

—Espero que se controle y no tenga problemas con su compañero.

—No los habrá.

—Vaya entonces y haga lo que sabe hacer.

Scott no estaba acostumbrado a volar en formación con otros aviones, prefería hacerlo solo, pero esa era una buena oportunidad para probarse en equipo.

Luego de los preparativos de rigor, cada piloto fue despegando hacia el rumbo fijado. Desde el aire se podían visualizar zigzagueantes líneas humanas que se desplazaban hacia el río Marne. Volaron varias veces sobre esa zona para determinar con exactitud la ubicación de los contrincantes y hacia dónde se dirigían. Luego de dar varios giros, se fueron retirando uno a uno del lugar. Appleton le había hecho señas a Davis, que era el último de la formación, para que se fuera con la intención de quedarse en la retaguardia y seguirlo. Descendió un poco más y, en el mismo instante en que viró para regresar, aparecieron dos Aviatik que cruzaron el cielo hasta ubicarse uno por encima y el otro por detrás de la nave de Scott. Debía evitar que se acercaran más. Aunque lo deseara, no podía descender, era demasiado peligroso. Aumentó lo que pudo la velocidad, pero el sonido de los disparos alemanes retumbó en el aire. Uno de ellos fue directo al tanque de combustible. Él, como pudo, lanzó una granada hacia la nave que tenía más cerca, sin poder darle con precisión. La preocupación por tapar con lo que fuese la pérdida de gasolina no le permitió tomar el arma para responder. John hizo un intento por disparar, pero un impacto le dio de lleno y empujó su cuerpo hacia un costado.

—¡John! —gritó Scott.

No había tiempo que perder. Regresar no era una opción porque desconocía el estado de su compañero y no sabía cuánto más podría sostenerse la aeronave con esa pérdida en el tanque. Debía salir de allí de inmediato y descender en campo aliado lo antes posible, bajo el eco de las descargas alemanas.

Scott iba perdiendo la altura que luchaba por mantener. Debía soportar un poco más hasta avistar el lugar indicado. Le costó nivelar el aeroplano en el descenso, pero al fin lo hizo. El aterrizaje fue rápido y desprolijo, pero se alegró de haberlo logrado. Varios soldados se acercaron para ver qué le sucedía. La información que llevaba era vital; el estado de su compañero, que se encontraba pálido y respiraba con lentitud, parecía delicado.

—Necesita atención médica —dijo al sacarlo del avión para llevarlo en andas hasta un lugar donde algún profesional pudiera tratarlo.

Aquel sitio se veía como un hervidero entre los heridos, las órdenes impartidas a la tropa por los superiores y los preparativos por el inminente ataque. Antes de hablar con el capitán, debía dejar a resguardo a John. Luego explicaría lo sucedido y entregaría los resultados de la misión de reconocimiento.

Con el reporte que indicaba que los alemanes abandonaban la retaguardia de París y avanzaban de oeste a este sobre el río Marne, la decisión sobre el plan de ataque se tomó en cuestión de horas. Debían efectuar un asalto sobre el punto débil que las líneas alemanas habían dejado libre. Los altos mandos de Francia dispusieron un contraataque que incorporara al nuevo Ejército VI, con sede en París. En poco tiempo se había gestado una reunión entre el gobernador militar de la capital francesa y el secretario británico de Guerra en la que habían pergeñado un ataque a los alemanes no bien alcanzasen el río Marne.

Los enemigos tenían superioridad numérica, y la gran cantidad de bajas entre los aliados hacía que debieran recurrir a miles de reservistas para ayudar en el combate. El problema era que no se contaba con el tiempo suficiente para reunir a todas las fuerzas en el lugar señalado. El gobernador de París no tardó en darse cuenta de que debía convocar a los taxis parisinos para que pudieran llevar, a la brevedad y en plena noche, a los ciudadanos alistados para la lucha. La capital se vio invadida por más de seiscientos automóviles marca Renault de color rojo que, en caravana y en penumbras para evitar ser detectados, se deslizaban cargados con soldados para que llegaran a tiempo al campo de batalla. Los trenes estaban plagados de niños que, ante la inminente invasión alemana, eran evacuados hacia otros destinos.

Durante los primeros días, las bajas de los aliados fueron considerables, pero se logró algo que nadie imaginaba: revertir el resultado del combate y arrastrar a la derrota a Alemania. El milagro en el Marne acababa de destruir el Plan Schlieffen. La algarabía por haber detenido el avance hacia París fue enorme. Sin embargo, muchos habían muerto en la disputa armada, y otros tantos habían sucumbido en el traslado hacia los centros médicos, mientras algunos luchaban por sobrevivir tras arribar en los hospitales. El ingreso de soldados heridos había hecho colapsar la atención médica de la ciudad.

* * *

Martina había pasado la noche atendiendo a los pacientes al tiempo que daba indicaciones a las enfermeras sin poder descansar un momento. Todo el personal estaba entregado a salvar las vidas que llegaban, en muchos casos en su último aliento. Al fin culminó con el tratamiento de dos soldados y decidió tomar un café para reanimarse. Atravesó el pabellón común, donde la mayoría

descansaba, casi todos sedados. Los gritos de dolor se habían acallado por fin. La morfina había logrado silenciarlos. Sin embargo, uno de los heridos que estaba en la cama más cercana a la puerta no dejaba de hablar de modo inconexo. La médica comprobó su temperatura y se quedó para colocarle unas compresas frías con el objetivo de disminuir el calor que expedía ese cuerpo. Hacía unos días que había llegado, pero resistía los embates de la lesión que tenía. Lo habían trasladado ese día a esa sala a la espera de que se recuperase, para así dar lugar a los casos de extrema gravedad que iban llegando. Se quedó con él hasta que dejó de convulsionar y se aquietó. La fiebre por fin había remitido.

El amanecer la encontró más fresca de ánimo, aunque el cansancio acumulado era notorio en su aspecto.

—Annette, qué temprano has llegado.

—Lo sé, es que necesitaba venir. Tú, como el resto del personal, no te has detenido un segundo. No puedo mantenerme indiferente.

—Gracias, tu colaboración es muy útil.

—No sabes lo que te agradezco que me lo digas.

—Veo que no has tenido tiempo para arreglarte —comentó Martina con una tenue sonrisa.

—Me he quitado los tacones y me he puesto algo más cómodo. Quizás cause mejor impresión con el resto del personal.

—No debes preocuparte por eso. Cada cual está metido en el trabajo, que es mucho y no nos da descanso.

—Martina, antes de que te vayas, quería disculparme por el modo en que se presentó mi prometido —repuso la joven francesa.

—Es normal que le genere recelo que estés aquí. Debe de ser la primera vez que lo haces.

—Así es, y también es la primera vez que me siento productiva.

—Entonces ve a hacer una recorrida por el pabellón general.

—Gracias otra vez.

Martina se retiró de allí para dirigirse al primer piso y ver cómo seguía el resto de los pacientes. Los chequeos fueron más complicados que de costumbre y la obligaron a pasar gran parte del día en esa ala.

—Martina, por hoy ha sido suficiente —le dijo un colega.

—Si deseas, puedo cubrirte.

—Vete ya y descansa un poco, mañana será otro día. El agotamiento es un mal consejero, nos pone más irritables, y no lo digo porque tú lo estés, sino para evitarlo. No me gustaría verte enojada.

—Tienes razón. Nos vemos mañana.

Luego de bajar, cambiarse y buscar su abrigo, la joven pasó por el pabellón general, donde los enfermos que estaban lúcidos la saludaron a su paso. Cuando llegó al final del recinto, vio al paciente de la última cama despierto.

—Me alegro de que esté mejor —expresó Martina.

—Me han dicho que, si no fuera por usted, yo no estaría así.

—No lo creo, usted es fuerte.

—Le aseguro que no lo soy.

—Si no lo fuera, no se habría salvado, esté seguro de eso.

—Soy un cobarde, eso es lo que la gente que me rodea piensa de mí. Y para serle sincero, debo decirle que debo mi vida a dos personas —reveló el herido.

—¿Sí?

—A mi compañero de vuelo. Ese Appleton es un loco de mierda cuando está en el aire, pero es el mejor. No nos llevamos bien al principio, pero cuando lo necesité estuvo ahí para rescatarme y hacer que me asistieran. Si no hubiera sido por la rapidez con la que actuó, no sé qué habría pasado.

Un fuerte estremecimiento recorrió el cuerpo de Martina, cuyos ojos se colmaron de lágrimas al escuchar ese apellido. Cuando volvió a mirar al enfermo, vio que tenía una sonrisa en el rostro.

—Esa mujer que viene hacia aquí es mi esposa —dijo emocionado.

—Me alegra que pueda verlo de este modo.

—Vuelvo a decirle: eso es gracias a usted y al cabrón de Scott Appleton.

La joven Wood se retiró de allí con una inmensa alegría por saber que él estaba a salvo. Habría querido preguntarle varias cosas, pero no había podido. Tenía el corazón en un puño y, por más que intentara evitarlo, latía endemoniado con solo escuchar aquel nombre. Se retiró de allí mientras se desvanecía el murmullo del paciente que le relataba a la mujer las andanzas en el aire junto a su compañero piloto.

CAPÍTULO 13

A la distancia

La bruma ganaba las calles de la ciudad a medida que la cubría de un manto grisáceo y se escuchaba el constante silbido del viento. Nada era igual en Londres desde que Inglaterra se había sumado a la Gran Guerra. El servicio secreto estaba trabajando sin descanso y a destajo en combinación con el resto de las fuerzas en pos de localizar a los espías alemanes y extraer información vital para la tropa aliada.

En medio de aquella situación acuciante, Colin había recibido un telegrama de carácter urgente. En él, su padre le hacía mención de la situación de Sofía y le informaba que el nuevo destino de ella sería Nueva York, donde permanecería junto a su tía. Si había algo por lo cual se culpaba, era no haber podido liberarla de las garras de aquel padre desconsiderado, egoísta y maltratador que le había tocado. Por un lado se alegraba de que ella pudiera estar lejos de Cándido Molina, pero le preocupaba que se encontrara en una tierra extraña con Helen, con quien mantenía una tibia relación. Desconocía cómo se las arreglaría para moverse en un nuevo lugar y, lo que era peor, cuándo y cómo volvería a verla. Desde que había recibido ese mensaje, le había sido imposible borrar esas escuetas líneas de su mente.

Dejó a un lado esos pensamientos al ver que el jefe no le quitaba los ojos de encima. La reunión había comenzado hacía una media hora, y lo que más deseaba era estar al otro lado de océano junto a Sofía, preguntarle si estaba bien, si nada le había ocurrido y cómo se sentía en esa nueva tierra. Ansiaba que la despedida sellada en la única carta enviada por la joven fuese certera, que, a pesar de la distancia y de todo lo que los rodeaba, ella lo esperara. Desconocía si habría alguna oportunidad de cruzarse con ella, pero poco le importaba comportarse como un egoísta.

—Colin, deberías estar concentrado en todo esto —anunció el jefe en el despacho—. Dylan, déjanos solos.

El joven se fue con una mueca cómplice para su compañero ante el mal talante del Señor K.

—¿Qué mierda te ocurre? ¿Por qué estás distraído?

—Debería saber que he cumplido con todo lo que se me ha encomendado.

—Esa es tu obligación, no debo felicitarte por eso. Te conozco y sé que algo te sucede.

—He tenido noticias desde Buenos Aires que me han dejado intranquilo.

—¿Te refieres a tu familia?

—Es alguien cercano —se limitó a responder Wood.

—Entonces, si piensas que no podrás estar como antes, a la altura de todo esto, dímelo, porque no podré cubrir tus espaldas. El momento que estamos viviendo no nos permite estar mirando hacia otro lado. Si crees que no lo puedes manejar, es mejor que me lo digas.

—No, señor, sé a lo que nos atenemos. La situación ya está controlada.

—Me alegro de que así sea. He escuchado que tu hermana está en París —comentó el superior.

—Sí.

—También oí que has intentado conectarte con alguien de los nuestros para saber si todo está bien por allá.

—Entiendo que, por aquí, todos se mueven muy rápido.

—Hijo, todos se reportan conmigo. Habría sido más fácil que intentases hablarme de manera directa.

—No quise molestarlo.

—Toma —dijo al entregarle un sobre por encima de la mesa—. Ella está bien, y aquí tienes todos los datos que necesitas.

—Gracias, señor.

—Espero que esto borre tu distracción y que pongas la cabeza en el trabajo, que, por cierto, es mucho lo que hay que hacer.

Luego de llamar a Dylan, la reunión continuó con la explicación de los pasos de una nueva operación. No había tiempo suficiente para pergeñar como correspondía esa nueva misión, aunque el objetivo era siempre el mismo: descubrir quién estaba de cada lado y cómo cada quien inclinaba el plato de la balanza.

—Colin, deberás actuar sin demasiada información, pero es necesario que lo hagas esta noche. No podemos perder la oportunidad de obtener esos datos.

—Si en verdad existen —dudó él.

—Así es, pero es lo único que tenemos sobre Pepe Soria Cornejo.

Era un personaje a quien le gustaba meterse en situaciones complicadas. El mundo empresarial en el que se movía le permitía codearse con distintas personalidades y estar presente en los acontecimientos importantes. No era la primera vez que estaba en Londres; de hecho, tenía una propiedad en la ciudad a la que acudía cuando los negocios y amistades lo requerían.

—La neutralidad española en esta guerra permite que varios coqueteen con ambos lados, aunque no podemos culparlos por ello. Nuestro embajador en Madrid nos aseguró que no debemos esperar una activa participación de España en el conflicto. Por ese motivo, necesitamos saber el modo en que colaboran con los alemanes. Queremos constatar si en verdad lo hacen como intentan realizarlo con nosotros. Soria es un buen candidato para hacerlo. Viaja seguido y está muy conectado con personas influyentes de todos los sectores del comercio y de la política. Sus negocios le permiten deambular y moverse como pez en el agua en las altas esferas. Tampoco tiene compromisos con nadie. Por eso debes moverte con mucho cuidado. No queremos estropear los buenos vínculos que todavía tenemos con él y, menos aún, en el día de su cumpleaños, una fecha especial para recibir amigos, ya que mañana partirá rumbo a su tierra. Es una buena oportunidad para que algún infiltrado alemán se mezcle y le dé alguna información. Estoy cansado de lidiar con esos espías. Desde Madrid, se están haciendo infructuosos trabajos para que España incline su postura política hacia los aliados. Mientras tanto, debemos hacer nuestro trabajo de campo y realizar averiguaciones.

—Correcto.

Desde que Colin había ingresado al Servicio Secreto, nada le había resultado fácil. Se dedicaba a algo que lo colmaba, pero en el último tiempo todo parecía un camino cuesta arriba. Sin embargo, no era una instancia propicia para analizar esa cuestión. Trabajo era lo que sobraba, y la reunión de la que formaba parte se extendió durante un lapso más. Al finalizar, se dispuso a ir a su casa y prepararse para esa noche.

—Esta vez deberás moverte solo. Dylan cumplirá con otro encargo. —Colin miró a su compañero en busca de una explicación, pero tan solo observó un leve movimiento de hombros que indicaba que desconocía lo que quería decir el jefe—. Puedes irte.

Wood se levantó y echó una mirada general al recinto antes de retirarse. En la calle, prendió un cigarro y, ensimismado en sus pensamientos, caminó hasta buscar el automóvil que lo llevaría hasta el apartamento ubicado en un selecto barrio londinense. Tuvo tiempo de bañarse y vestirse de gala. No quería quedar fuera de lugar por si en algún momento debía aparecer en la reunión, aunque esa no fuese la idea.

La velada estaba en su apogeo. Por la parte de atrás de la finca, se tenía acceso a los jardines, que se encontraban iluminados. Algunos invitados, a pesar del clima otoñal, estaban en la amplia terraza. Desde allí, amenizaban la conversación con alguna copa de alcohol. La mayoría de los concurrentes se trataba de nombres conocidos de la política local. Sin embargo, el dueño de la casa era un prominente hombre de negocios español con amplias conexiones en el mundo diplomático. Por la bebida y la comida que corría, todo parecía ir muy bien, de acuerdo a lo

planeado por el anfitrión. Mantener estrechos lazos con algunos hombres destacados del círculo inglés en medio del conflicto armado era uno de los objetivos del español. Varios negocios podían surgir en medio de la necesidad y la miseria de una guerra.

Desde el lugar de la finca donde se encontraba Colin, podía ver parte de lo que acontecía allí. Sin embargo, su propósito no era disfrutar de esa fiesta. Debía buscar, si existía, alguna documentación que pudiera ser de interés. Necesitaban averiguar si existían vínculos entre aquel magnate y los alemanes y, de ser así, cuál era la información que se enviaban.

De modo sigiloso, se adentró por el amplio jardín hasta alcanzar un ventanal que daba al estudio de la casona, alejado del resto de la propiedad, que estaba ocupada por invitados y personal de servicio. Allí debía escudriñar para descubrir si había algo de importancia. Las paredes estaban tapizadas en un papel oscuro salpicado por hojas verde seco. Se notaba la predilección del dueño de casa por la pintura: varios cuadros decoraban el recinto. Hurgó detrás de ellos para ver si había una caja fuerte y, al encontrarla, notó que no era ningún modelo sofisticado, por lo que no le costó descifrar la clave numérica, que halló luego de tres intentos. Al abrirla, descubrió algunos documentos de índole personal junto a unas pocas joyas guardadas en el habitáculo metálico. A pesar del logro, todo le había parecido muy fácil para alguien que buscaba tener guardada cierta información.

Entonces observó que, sobre la mesa, había algunos obsequios recibidos por el anfitrión. Una cigarrera de plata descansaba sobre la lustrosa madera, en donde resaltaba la tarjeta de quien había enviado el regalo. A su lado se encontraban varias botellas de jerez español y, a un costado, una billetera de cuero y una caja de cigarrillos. Repasó con los dedos varios de los objetos sin que ninguno en particular le llamase la atención. Hasta que reparó en un presente. Era un cuadro más pequeño que el resto de las pinturas que tapizaban las paredes, pero no había sido el tamaño lo que lo había sorprendido, sino el lugar de privilegio que ocupaba en la habitación, junto con el hecho de que no tenía una tarjeta de felicitación. Contempló también que la obra se encontraba por encima del resto, apoyado sobre el respaldo de uno de los sillones de cuero verde.

Colin centró la vista en la pintura, que retrataba el estrecho de Gibraltar. En ella se resaltaba el azul de las aguas, que se esfumaba en el tono ocre de la costa. Lo tomó para inspeccionarlo mejor. Tampoco estaba firmado. Al darlo vuelta observó sobre la tela un sello ubicado en la parte superior. Bajo el haz de una pequeña linterna, analizó los diminutos símbolos estampados. Parecía estar más grisáceo allí que en el resto de la superficie. Con la yema del dedo, rozó la zona sin sentir nada distinto. Acercó más aún la luz para ver mejor y notó una serie de letras inconexas y símbolos sin sentido para cualquiera que no pudiera alcanzar a descifrar ese mensaje encriptado que indicaba los nombres de tres estaciones de radio españolas. Debían de ser las que los alemanes necesitaban para enviar y mandar mensajes sin ser interceptados por los aliados. Esa era una lucha permanente en la que tenían que lidiar ambos bandos. Con el paso de los días, se dificultaba hacer llegar información sin que fuese interferida por el enemigo. El inminente viaje de Soria permitiría que, en cuestión de días, dichas estaciones comenzaran a funcionar a favor de los germanos.

La importancia de ese canal de comunicación residía en que habilitaba a los alemanes a tener acceso directo a los barcos que conservaban en el Atlántico sin preocuparse por el asedio de los aliados, que controlaban sus mensajes. No era novedad el intento alemán de copar ciertas estaciones de radio, ya que se tenía conocimiento de que, desde una estación militar española, se contaba con libre acceso a la información que los alemanes quisiesen mandar sin ser interceptados. Con respecto a ese último punto, el embajador británico en Madrid ya había comenzado a efectuar los reclamos pertinentes por vía diplomática. Buscaba al menos que se tuviera la misma predisposición hacia los ingleses.

—¿Quién mierda se habrá infiltrado en la reunión para enviar este mensaje en el regalo? —susurró.

No había tenido tiempo para echar una buena ojeada al recinto y averiguar qué invitados habían asistido, aunque suponía que quien hubiese sido ya estaría fuera de la propiedad. El sonido del picaporte hizo que apagara de inmediato la linterna. La luz del salón se inmiscuyó. Una fría brisa inundó el ambiente.

—Pero ¿qué hace la ventana abierta? —dijo el dueño de casa que acababa de entrar junto a una empleada para dejar otros obsequios.

—Señor, le aseguro que no estaba así cuando vine a buscar el jerez que me indicó que llevase.

—Lo sé, María.

Soria se asomó al jardín, donde se veía a los invitados deambular por el lugar mientras disfrutaban de la fiesta. Nada parecía fuera de lo común, salvo por el hecho de que una persona acababa de requisar el lugar. No sabía si había sido uno de los comensales, pero estaba seguro de que habían ido tras el cuadro, ya que estaba corrido del lugar en el que lo había dejado.

* * *

Colin se deslizó por detrás del portón que daba a la parte posterior de la propiedad y se fundió en la noche. Caminó rumbo a su hogar. Luego de la excitación que le había provocado esa tarea, necesitaba tranquilizarse con unas copas de whisky. Pasó por el *pub* The King, que aún estaba abierto. En medio del humo del lugar, vislumbró a Dylan sentado ante una pequeña mesa de madera en compañía de otra persona. Como si lo hubiese llamado, el joven Baker se dio vuelta y le hizo un gesto con la mano para que lo esperase, así que Colin quedó allí y vio cómo se levantaba para enfilarse hacia él.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó al tiempo que le convidaba un cigarro.

—Muy bien.

—Como siempre, compañero. A mí también. Vamos y te cuento todo.

—¿Con quién estabas? —preguntó al comenzar a caminar por la calle en tanto daba una larga pitada.

—Con un contacto que me pasó el jefe. Quería saber si podíamos contar con él y si aún sigue activo. Hacía tiempo que no requeríamos su colaboración.

—¿Y para eso te ha convocado a ti?

—Sí, estaba enfadado contigo. Debe de creer que de ese modo pensarás que estás en la cuerda floja y por eso me da ciertos trabajos de los que te excluye. De algún modo quiere generar cierta discordia en nuestro equipo.

—No creo que busque eso.

—Él sabe que ambos intentamos cumplir con nuestros objetivos lo mejor posible y puede sacar mejor rédito a nuestra costa si genera competencia entre nosotros.

—Puede ser —murmuró.

—Colin, no quería que te enteraras, pero me pidió que evitara decírtelo. No ha sido por un tema de confianza, sino que sabes que...

—No debes explicarme nada, sé cómo son las cosas y conozco al jefe más de lo crees.

De inmediato pensó si en verdad lo conocía como creía.

—Necesitaba contártelo. No ha sido casual que haya elegido este lugar para citarme con ese sujeto que me refirió el jefe, esperaba verte para decírtelo antes de que en la mañana nos cruzáramos en la oficina.

En ese mismo instante, Colin se dio vuelta para ver la imagen grácil de un hombre con sombrero que caminaba con una cojera en tanto se alejaba del *pub* del que acababa de salir su compañero. Con esa persona se había reunido Dylan.

—¿Tiene alguna herida de guerra? —interrogó sin dejar de contemplar la figura que se alejaba calle arriba envuelta en la niebla.

—No lo sé, solo he mantenido una simple conversación por si debemos contar con él o con alguno de sus contactos en Alemania.

—Es bueno saberlo, en caso de que deba recurrir a él en algún momento.

—Creo que podremos hacerlo, solo si el jefe lo autoriza, claro —añadió Baker.

—Por supuesto.

—¿Quieres que tomemos unas copas?

—Estoy cansado y mañana a primera hora deberé reportar todo esto.

—Yo también. Vamos, entonces.

Ambos se perdieron por las calles londinenses inmersos en sus propios pensamientos, que, de momento, no deseaban compartir con el otro.

* * *

Durante la mañana había estado en la oficina ocupado en la redacción de los informes sobre la operación de la noche anterior.

—Colin, no querrás instalarte en la Room 40, ¿verdad?

—No, señor —replicó con una tenue sonrisa—. Aunque haber descifrado esos nombres no es privativo de esa área del almirantazgo.

—Lo sé, y esta vez somos todos conscientes de que debemos poner todo de nosotros para alcanzar la victoria. Aunque sea prematuro decirlo.

—El triunfo en Marne ha significado un avance importante.

—Así es, pero el costo ha sido muy alto. Debes de estar orgulloso de tu hermana, que está trabajando a la par de sus colegas franceses en una causa que no es la suya —recordó el Señor K.

—La entiendo mejor que nadie.

—Tú estás hecho de otra madera. Por cierto, creo que lo más conveniente es que mi esposa se instale durante un tiempo en Irlanda.

—Sería lo mejor. Antes de que lo haga, déjeme recabar alguna información sobre cómo está todo por allá.

—Tienes la tarde libre para hacerlo.

—Gracias.

El ingreso de Dylan los distrajo del breve intercambio sobre los planes personales del jefe, y se centraron en los nuevos objetivos que tendrían la siguiente semana, lo que hizo que la reunión se extendiera durante un largo tiempo.

Cuando Colin pudo desembarazarse del trabajo, enfiló rumbo a la plaza Trafalgar, por la que circulaba gran cantidad de londinenses que se dirigían hacia distintos destinos. La usual imagen de ese lugar plagado de palomas había cambiado. La simpática presencia de esa ave se había tornado amenazante, porque el envío de mensajes a través de ellas había transformado en sospechoso a todo aquel que las criara o se les aproximara. Ya nadie quería estar cerca de esos pájaros para evitar el arresto que habían sufrido algunos criadores. Ni siquiera los simples aficionados se atrevían a arrimarse a esos animales.

Ese no era el lugar indicado para reunirse con su contacto, así que atravesó la explanada y cruzó la calle. La iglesia Saint Martin in the Fields, con su estilo neoclásico, se erguía frente a los ojos de Colin. Al costado de la escalinata, había varios mendigos que pedían alguna limosna. La cantidad de personas sin hogar había aumentado de manera considerable desde el inicio de la guerra. El joven se detuvo para dar algo de dinero a algunos de ellos y luego enfiló hacia el interior del templo. Una larga hilera de bancos de madera confluía en el altar, coronado con un vitral por el que se filtraban haces de luz. Oteó a su alrededor y buscó la quinta fila de asientos.

—Creía que debería confesarme para hacer tiempo —dijo la voz que buscaba escuchar.

—No te quejes. He tenido un día complicado, sabes de lo que te hablo.

El interlocutor asintió y lo miró de soslayo. Ambos se conocían desde tiempo atrás. A Colin, ese contacto le permitía estar al tanto de cuanto acontecía en Irlanda, esa tierra la que siempre se había sentido unido. No se trataba de un simple apego al lugar, sino también porque su abuela residía allí. Siobhán no se ajustaba al modelo de una mujer de su edad; nunca lo había hecho. Ella había abrazado la causa independentista irlandesa y aún mantenía algunas relaciones con personas influyentes del partido. Nunca había abandonado el castillo en el que residía, en las afueras de Dublín, pese a que había debido lidiar con el padre de Colin en graves enfrentamientos por cuestiones familiares. A pesar de que el joven se negase a reconocerlo, él se había transformado en el talón de Aquiles de la anciana. Cada tanto la veía y, como en ese caso, no necesitaba preguntar por ella porque aquella mujer siempre se las arreglaba para enviarle algún mensaje.

—¿Cómo anda todo por allá?

—En calma, aunque yo no me fiaría, porque podría romperse en cualquier momento.

—¿A qué te refieres?

—El espíritu irlandés no ha muerto, y la búsqueda por la independencia está latente. Estoy convencido de que las ansias de autonomía resurgirán cuando menos lo esperemos.

—¿Tienes alguna información concreta?

—Por ahora ninguna, pero soy irlandés y hablo con algunos de los nuestros. Lo que sucede es que la mirada está puesta en la Gran Guerra. Parte de nuestros muchachos están en el frente con los ingleses. Mira lo que ha logrado esta lucha de mierda: unirnos. Eso sí, no sé hasta cuándo será.

—Entonces, ahora está más tranquilo allá que acá.

—Por ahora, sí. ¿Piensas viajar?

—Yo no. Pero quería asegurarme de que no se estuviera cocinando algo —justificó Colin.

—Puedes quedarte tranquilo.

—¿Tienes algún reporte especial para darme?

—Nada que no sepas. Desde la embajada británica en Dublín, envían en las valijas diplomáticas la lista de pasajeros sospechosos que viajan en el ferry nocturno hacia Londres; no más que eso. Por lo que sé, no han dado con las personas indicadas.

—Lo sé, pero la cuestión está complicada. Los espías se han multiplicado, y cualquier medida es válida por muy extrema que sea. ¿Algo más?

—Solo decirte que tienes a una mujer que te espera. Eso sí, no me gustaría verla enojada.

—Dile a Siobhán que, cuando pueda, iré a verla.

Colin se retiró por el lateral de la nave y, al salir, se confundió con el trajinar de la gente. Buscó el automóvil y enfiló hacia la casa del jefe. Hacía bastante que no iba y creía conveniente acercarse y hablar.

—Colin —lo saludó Katie—, que alegría volver a verte, entra por favor.

Sin dudas la calidez de ese hogar se debía a la anfitriona, que siempre tenía algún detalle para darle un toque especial a la propiedad.

—Como imaginarás, él está en su despacho.

—Gracias, Katie.

—Antes de que te encierres allí dentro, te aviso que estás invitado a cenar esta noche y que no acepto ninguna negativa.

—Sería incapaz de dártela.

Al entrar al estudio, encontró al Señor K sentado detrás de una amplia mesa, inmerso en unos documentos desplegados sobre la superficie de madera.

—¿A qué se debe esta aparición? —saludó mientras le indicaba con la mano que se sentase.

—Hace tiempo que le debía una visita a su mujer.

—Al menos durante un tiempo no tendré que tolerar que me diga que soy un desconsiderado por no invitarte a casa.

—Supongo que no se ha hecho demasiado problema por eso.

—En eso también tienes razón.

—Acabo de estar reunido con alguien que me ha dicho cómo está todo en Dublín —informó Colin.

—¿Y qué te han contado?

—Que todo está tranquilo. Eso quiere decir que está mejor que aquí.

—Bien, tenía la misma información, pero, cuando se trata de la familia, quiero ser preciso.

—Lo entiendo. ¿Durante cuánto tiempo se irán?

—Durante una temporada. Sé que Katie no quiere hacerlo, pero necesito ganar algo de tiempo. La cuestión con los alemanes nos tiene muy atareados, y no puedo cuidar como quisiera de ellas.

—¿Y Dorothy cómo lo ha tomado?

—Aún no lo sabe. Es mejor que no tenga tiempo de reaccionar cuando se entere. La conoces y sabes cómo es.

Colin asintió. Claro que conocía a la caprichosa hija del jefe. La posición de su padre la había transformado en una joven pagada de sí y de los contactos con los que contaba por vía paterna. Había intentado tontear en más de una oportunidad con Colin, pero no había llegado a ningún lado, si bien nunca se daba por vencida.

—Es lo mejor que puede hacer. Si se produce algún ataque, será aquí y no en Irlanda.

—Lo sé. Además, debo estar tranquilo y, con ella aquí, no lo estoy.

—Lo entiendo.

—Por cierto, ¿cómo están las cosas con Dylan?

—Como siempre. ¿Por qué deberían haber cambiado?

—Es solo una inquietud que tenía.

El jefe no le contaría la conversación que había mantenido con el otro colaborador. Tan solo quería asegurarse de que todo funcionaba como siempre lo había hecho.

—No debe preocuparse por eso. Si hay algo que necesitamos en este trabajo es confianza, ¿verdad? Sin ella, estaríamos en problemas.

—Hijo querido, has aprendido muy bien mis enseñanzas.

—He tenido el mejor maestro.

El chasquido de la puerta interrumpió la conversación.

—Lamento estorbarlos, pero la cena está lista. No quiero que se enfríe.

—Ni yo que te enojés —contestó el jefe, que compartió una mirada cómplice con su esposa—. Mejor vayamos a cenar.

—Colin, qué alegría verte, hace tiempo que no vienes por aquí —dijo Dorothy.

—Es verdad, he estado ocupado durante bastante tiempo.

La dueña de casa dispuso, en los platos de vajilla inglesa, pollo con arroz salteado con verduras.

—Has estado en Buenos Aires, ¿verdad? —agregó Katie.

—Así es; no el tiempo que me habría gustado, pero mis obligaciones me llamaron.

Dirigió en ese instante una mueca sarcástica hacia el dueño de casa, que continuó comiendo sin darse por aludido.

—¿Cómo está tu familia?

—Bien. Pude pasar un tiempo con mis hermanas, aunque no he podido ver a mis padres. Pero ellos están acostumbrados a eso.

—En ciertas ocasiones no es tan tremendo poner distancia —acotó el Señor K.

—Claro que no —aseguró Colin, al saber por dónde iba el hilo de esa conversación.

—Quizás no lo sea para Colin, que está acostumbrado a eso; no es nuestro caso —agregó Katie.

—Querida, lo hemos hecho cuando has ido a Irlanda para visitar a tu familia.

—Es verdad, pero ¿cuánto tiempo ha pasado desde eso?

—De hecho creo que es una buena oportunidad para que se vayan allá y disfruten de un período con tu familia.

—Padre, ¿qué dices? No quiero abandonar nuestro hogar.

—Hija, es algo que estamos discutiendo con tu madre.

—Querido, este ni siquiera es un tema a tratar porque no está en mis planes realizar ningún viaje y dejarte aquí solo —objetó la señora.

—Es algo que deberías pensar. Creo que ha llegado el momento de que ambas se vayan, solo durante un tiempo.

—¿Hay algo que deba saber? —inquirió Katie al tiempo que miraba a su esposo y luego a Colin.

—No quiero inmiscuirme en un tema familiar, pero creo que sería oportuno que ambas viajaran hacia Irlanda. La situación en Londres se complica cada día más, y allá todo está más seguro. Al menos durante un tiempo.

—Pero, Colin, ¿qué dices? —cuestionó la joven—. No sé por qué vienes aquí a dar ideas raras. Quiero que sepan —dijo al mirar a ambos padres— que yo no pienso irme de aquí.

—¡Dorothy, ven aquí de inmediato! —rugió el dueño de casa—. Ese no es modo de actuar frente a los invitados.

—Déjela —dijo Colin para atemperar la situación—, estoy acostumbrado a mis hermanas. Ya se le pasará.

—Cariño, debes controlar más a nuestra hija.

—Te dije que, en este último tiempo, la noto rara. Supongo que hay un motivo de peso para este comportamiento. Solo un joven puede trastocarla tanto.

—¿Cómo dices?

—Es sola una intuición de madre. He intentado hablar con ella, pero no ha querido soltar prenda. Tiene edad de tener algún pretendiente.

—Debes averiguar de quién se trata —exigió el padre.

—Como no podía ser de otro modo, otra vez me pides que averigüe algo.

—Katie, por favor, no es momento para chistes.

—Ni tampoco para que me apartes de aquí.

—Creo que es mejor que me vaya —deslizó Wood.

—Disculpa, Colin, no he querido incomodarte —dijo Katie.

—No hay problema, veré si encuentro a Dorothy.

—Gracias, muchacho. De todos modos a mí me toca lidiar con la más complicada —completó al ver el gesto iracundo de su esposa.

—Aunque no lo crea, disfruté de esta cena, ha estado muy sabrosa.

—Gracias, Colin.

—Nos vemos mañana —saludó al Señor K.

Él asintió y lo vio alejarse por la sala hasta cruzar la puerta de entrada.

El joven caminó hasta su Prince Henry, que había estacionado a media cuadra de la finca del jefe. Dorothy estaba recostada sobre el capó del automóvil. A pesar de ser una noche cerrada, podía vislumbrar el movimiento compulsivo de ese cuerpo, producto del llanto.

—Colin, por favor —expresó en tanto lo abrazaba sin dejar de llorar e hipar—, no dejes que me vaya.

—Tienes que saber que es lo mejor que pueden hacer con tu madre. Las cosas aquí no están bien.

—Pero yo estaré protegida por ser quien soy. Te aseguro que no entiendo a mi padre.

—Deberías saber que ese es el problema cuando generas enemigos. Hoy está plagado de ellos, y lo único que busca tu padre es resguardarlas.

—Yo no pienso irme de aquí y te aseguro que haré cualquier cosa por evitarlo. Colin, haría lo que fuese para que convencas a mi padre de que me quede.

Él sintió el cálido aliento de la joven sobre los labios y de inmediato le tomó las manos para apartarla.

—¿Qué haces, Dorothy!

—Lo que sea para quedarme.

—Sabes que esta no es la manera. Dime: ¿quién es?

—¿A quién te refieres? —inquirió ella.

—Al hombre que te ha vuelto de este modo.

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes muy bien, no te hagas la tonta. Nadie merece que te pongas en contra a la familia y arriesgues tu seguridad.

—Tú no entiendes nada.

—Te aseguro que lo comprendo mejor que nadie.

—Es imposible hablar contigo: eres peor que mi padre.

—Dorothy —la llamó Colin al tomarla por lo hombros para que prestase atención a lo que iba a decirle.

—Déjame. Si en algún momento creí que eras interesante, me equivoqué. Deseo que te pudras en el infierno. Si por mí fuera, te arrojaría a la hoguera.

Los gritos de la joven se fueron acallando a medida que corría por el sendero que la llevaba a la casa. Allí debería enfrentarse a otra batalla con sus padres para quedarse en Londres. El hecho de que quisiera permanecer allí no era lo único preocupante, sino también desconocer quién era el joven que la había cambiado de ese modo.

Colin se subió al coche y, como cada vez que estaba solo, la mente se le pobló de pensamientos sobre Sofía. Se moría por saber cómo llevaría esa huida de la ciudad de Buenos Aires, qué le parecería Nueva York y, lo más acuciante, le encantaría saber si en algún momento se acordaba de él. Lo único que lo tranquilizaba era saber que estaba a salvo, por ser Estados Unidos un país neutral en esta endemoniada guerra. A la distancia, no había dejado de evocarla ni un maldito día.

* * *

Para Sofía, la travesía a bordo había estado protagonizada por la algarabía por haberse librado del ingrato destino propuesto por Cándido y la tristeza por haber abandonado a las personas que quería. Sus adoradas amigas habían sido un sostén para ella durante tanto tiempo, en la época más difícil de su vida. Esa mezcla de sensaciones era lo que no dejaba de abrumarla cada día que pasaba en la ciudad de Nueva York.

Junto con Helen, se habían alojado en un apartamento sobre la 7th Avenue que contaba con una pequeña sala y dos habitaciones similares en tamaño. Lo que más le gustaba no era que diese a la calle, sino la vista que tenía al Carnegie Hall, uno de los edificios de mayor envergadura e importancia, donde se ofrecían diferentes conciertos y tocaban las personalidades más talentosas. Para ella era muy significativo ver cada mañana aquel lugar ya que, desde que había huido, no

había vuelto a tocar el piano, pero saber que ese lugar guardaba el eco de las mejores melodías la colmaba de emoción. Sin embargo, se sentía extraña en un sitio que no le era propio. Tampoco lo era en realidad la ciudad que había abandonado, porque la vida que llevaba allí junto a su padre debía quedar en el recuerdo. Todo aquello había sido un mal trago entre lo cual lo único que podía reflotar eran los momentos vividos junto a Colin. Era en esas ocasiones, cuando la ciudad Buenos Aires cobraba vida en la memoria de la joven, que añoraba volver a recorrer cada lugar visitado con él. No deseaba angustiar más a Helen, que no dejaba de proponerle distintos paseos para distraerla de la incertidumbre en que estaba sumida su propia vida.

—Sofi, prepárate que saldremos dentro de un rato.

—De verdad estoy a gusto aquí.

—Lo sé, pero, si no sales y empiezas a familiarizarte con el lugar, te costará más aún sentirte en casa.

—Lo sé, aunque me cuesta pensar que me quedaré aquí durante tanto tiempo.

—Dime entonces dónde te gustaría estar.

El silencio de la joven fue contundente y significativo. Helen sabía lo que le sucedía. Ella misma había vivido un tormentoso amor y sabía reconocer cuándo alguien estaba encerrado en el corazón de un hombre. Podía entender el tormento por no poder verlo y el dilema de desconocer qué sucedería más adelante. Comprendía también el difícil momento que Sofia vivía. El desarraigo no era algo sencillo de sobrellevar, más cuando todo se había dado de un día para el otro. Por más que detestase a Cándido Molina, él había sido la única persona que había ejercido como padre para aquella joven, y Helen se sentía responsable de lo sucedido. Por eso se había jurado brindarle lo mejor aunque se le fuese la vida en el intento.

—Donde sea que me lleves estará bien.

—Entonces abrígate. Saldremos de compras.

Las calles de Nueva York estaban atiborradas de automóviles y carros que se confundían entre el constante trajinar de los habitantes. Los negocios se apiñaban en las distintas calles. Por más que Sofia creyera que estaba acostumbrada al tránsito propio de las zonas comerciales, como el de la avenida de Mayo, nada se comparaba con lo que veía en esa metrópoli.

—Mira hacia arriba.

La joven creyó que no habría ángulo que alcanzara para ver la altura de ese edificio de torres con gárgolas, pináculos y arcos distribuidos en la construcción neogótica.

—Ven por aquí —señaló su tía para luego dirigirse hacia la fachada que daba sobre la calle Broadway—. No te imaginas lo que fue su inauguración el año pasado.

—¿Estuviste aquí?

—Nadie quiso perderse semejante acto. Este lado del edificio estaba iluminado por miles de bombillas que refulgían a los largo de los interminables pisos.

—Esta ciudad me hace sentir muy pequeña, poco tiene que ver con Buenos Aires.

—Es normal que te suceda, no siempre nos encontramos frente a uno de los edificios más altos del mundo —manifestó al hacer mención al edificio Woolworth.

—Deberé acostumbrarme a todo esto.

—Sofi, mírame. Esto es lo mejor que podría haberte pasado. Debías poner distancia de Cándido. Lamento que te hayas alejado de otras personas que querías, pero es solo durante un tiempo. Sé que intentas contentarme para que no me sienta mal, pero, por favor, no te esfuerces más.

—Yo estoy eternamente agradecida por lo que has hecho. Tampoco deseo alterar la vida que llevas a aquí.

—Querida, hoy mi vida es contigo. Aún no olvido la promesa que te hice tiempo atrás.

—¿A qué te refieres? —interrogó la joven.

—Quiero cumplir el sueño que siempre has tenido. Recuerdo que me confesaste que deseabas conocer la tierra de nuestros ancestros. Pues bien, antes de hacerlo, debo dejar listas algunas cuestiones y luego organizaré todo para que podamos ir hasta allí.

—Gracias, Helen, no te imaginas lo agradecida que estoy por todo lo que me das.

—Te propongo tomar el té para evitar que nos congelemos mientras caminamos.

—Trato hecho.

Ambas se perdieron por las concurridas calles de la ciudad con el convencimiento de que lo vendría sería mejor.

CAPÍTULO 14

El inconfundible encanto del vestido color marfil

Los ecos de la guerra habían alcanzado a la ciudad de Buenos Aires. Un gran alboroto se vivía entre los inmigrantes arribados tiempo atrás al sentir la obligación de regresar a su tierra para participar en el combate bélico. El puerto de la ciudad se veía colmado de grupos de manifestantes franceses y belgas que, al son de la Marsellesa, aguardaban para abordar el barco que los llevaría a Europa.

Poco después de trabado el conflicto, el vapor *Aragón* había zarpado con destino al puerto inglés de Southampton. Esa embarcación había sido una de las tantas que habían partido para sumar hombres a la guerra. Las puertas de los consulados de los países en conflicto se habían visto atiborradas de voluntarios que deseaban incorporarse a la Cruz Roja y a la filas de las fuerzas como reservistas.

La población argentina en general se había sumado en la colaboración en diferentes actos con fines benéficos, y los políticos estaban en anuencia con este tibio modo de participación ya que hasta entonces el país mantenía la neutralidad en el conflicto armado. Era una manera de contentar a todos, al menos por el momento. Nadie estaba ajeno a lo que ocurría, y distintos eventos se habían planificado para recaudar fondos.

La tienda Scarlet Rose se había ganado el buen nombre entre la clientela gracias a su impecable confección y refinados diseños. Sin embargo, la gran cantidad de telas francesas con las que contaban para hacer las prendas a partir de entonces mermaría, ya que las importaciones desde tierra gala se habían acabado. Las textiles de allí se estaban encargando de hacer negocios con las tropas, para quienes confeccionaban un enorme número de uniformes. Las jóvenes dueñas deberían apelar al ingenio y al buen gusto para continuar atrayendo a las porteñas. También había que tener en cuenta que los viajes por placer al Viejo Mundo se habían acabado. Los únicos que se trasladaban hacia allí eran los hombres que buscaban ser partícipes de la Gran Guerra. Por ese motivo, las damas debían recurrir a las tiendas de ropa locales, lo que había hecho que aquel comercio estuviera a rebosar de nuevas clientas.

—¿Crees que esta vez podremos cerrar antes de que entre otra compradora? —preguntó Rose en tanto escrutaba el cristal de la vidriera—. ¿Pero qué haces, Josefa?

—Cerrar la puerta para evitar que aquí se siga trabajando. No me mire así, ha sido un día agotador, y ustedes deben cumplir con el compromiso que tienen ahora. Deben ir y divertirse. Es bueno trabajar, pero también deben salir un poco.

—Gracias —resopló Emma al abrazarla por detrás—; tienes razón, aunque te confieso que lo que deseo es ir a mi casa y dormir hasta mañana.

—De ningún modo. Se lo dice alguien que no ha dejado de trabajar en toda su vida, aunque... —Se quedó unos pocos segundos en silencio y luego continuó—: Se debe sacar provecho de los buenos momentos —concluyó sonrojada.

—Algún día deberías contarnos más de tu vida.

—Eso llevaría mucho tiempo, que es lo que ustedes no tienen. Prendas para vestirse es lo que sobra aquí. Si lo desean, las ayudo a acicalarse. Ambas son la cara visible de nuestra tienda, por lo que esta noche no solo ustedes deberán estar presentes, sino sus diseños.

—Quisiera rebatírtelo, pero tienes razón.

—Entonces saben qué deben hacer.

—Rose, te cedo el baño para que comiences a arreglarte. Mientras, descansaré aquí unos minutos.

—Está bien. Si yo cayera en esos mullidos almohadones, te aseguro que no me levantaría más.

—Las dejo. Mañana a primera hora abriré el negocio —se despidió Josefa.

—¿Qué haríamos sin ti?

—No es para tanto. Y basta de cháchara, que no quiero que se retrasen.

Rose se quedó contemplando por el cristal del escaparate cómo se alejaba la diminuta figura de la costurera.

—No quiero ponerme melancólica, pero, si no se hubiera desbaratado todo, estaríamos sentadas las cuatro aquí. Martina nos estaría diciendo que no desea ir a esta velada y que debe cumplir temprano con el trabajo en el hospital —supuso Emma.

—Y Sofi estaría esperanzada por encontrarse con Colin. No te imaginas cuánto extraño todo aquello. Lo único que me ha tranquilizado es saber que ella y Helen han llegado bien a Nueva York.

—Así es, aunque no pueda decir lo mismo de mi hermana, que está en medio del conflicto.

Rose se acercó para abrazarla y dejar que la angustia que ambas tenían por esa situación brotara.

—Debemos tranquilizarnos, ella también está bien. Las escuetas noticias que tenemos así lo aseveran. Tu hermano está cerca de ella y no permitirá que nada le suceda.

—Rose, siempre dices lo justo en el momento oportuno.

—Por eso me toca decir que debemos apresurarnos para irnos. Además, como siempre me repites, no podemos perder la oportunidad de confraternizar con las nuevas clientas.

—Tienes razón. Por favor escoge el atuendo que mejor me quede, hoy no ha sido un gran día para mí.

—De acuerdo, aquí tienes —replicó al dejarle un traje color morado con corte al bias que brindaba una caída increíble al cuerpo a pesar del movimiento de la tela—. Este es ideal para ti.

—Gracias.

Por su parte, Rose había elegido un vestido en gasa color verde agua con apliques de cristal en el ruedo. Esperaba que le gustase a la concurrencia, puesto que acababa de diseñarlo.

—No perdamos más tiempo y vámonos de aquí.

Ambas tomaron un coche para dirigirse a la mansión de la familia Cáceres. La dueña de casa siempre se había comprometido en actos benéficos, y esa ocasión no podía ser la excepción. Ayudar a recaudar fondos era la premisa, y para eso la tienda había colaborado con dos vestidos que serían subastados entre la concurrencia. El día anterior ya habían sido enviados al domicilio para que doña Arminda dispusiera de ellos del mejor modo.

La amplia casona se ubicaba sobre la calle Alvear en una de las zonas más distinguidas de la ciudad. La reja negra que bordeaba la propiedad se encontraba abierta de par en par para invitar a los asistentes al acontecimiento solidario a ingresar por allí. La amplia sala comenzó a plagarse de personas que no dejaban de saludarse y conversar a medida que se encontraban.

—Te aseguro que, si no hubiésemos venido, nadie se daría cuenta —acotó Emma— con tanta concurrencia.

—Ese era el objetivo. Aquí estamos para dar nuestro apoyo, es lo único que me ha traído hasta aquí.

—Qué placer que hayan venido —expresó la dueña de casa.

—No podíamos faltar —comentó con una sonrisa Emma—, era justo lo que le decía a Rose.

—En la otra sala, están los vestidos que me han dado, junto a otros objetos que se subastarán. Les digo por si alguna quiere verlos.

—Oh, muchas gracias, pero no creo que sea necesario.

—Emma, quédate aquí mientras yo superviso las prendas —dijo Rose.

—Me quedaría más tranquila si lo haces —agregó la anfitriona.

Rose miró de soslayo a Emma con una sonrisa ante la oportunidad de huir de ese ambiente repleto de personas y envuelto en un permanente murmullo. Se escabulló entre medio de los invitados hasta alcanzar la sala indicada, donde un abrumador silencio la recibió. Varias sillas estaban ubicadas en hileras para que se sentaran los ofertantes. En un extremo del salón, había un pequeño escritorio en donde se ubicaría quién oficiaría la subasta. Le sorprendió la buena disposición de los muebles para que se asemejara a una puja real.

En un costado, sobre un perchero, lucían los dos vestidos de noche que ella había diseñado. Uno de ellos era de color azul, confeccionado en una delicada y fulgente seda, con la pechera y los puños de encaje francés. El otro era tono marfil. Las mangas destellaban con los apliques de cristales y perlas bordados en los bordes, al igual que la ceñida cintura. Luego caía en gajos, lo que daba movimiento a la tela, hasta finalizar en un ruedo. Le había llevado muchos días de trabajo y algunas peleas con Emma ante lo costoso de la hechura. Claro que, al terminarlo, todas habían quedado fascinadas con la prenda, en especial su socia. Las manos de Rose no dejaban de acomodarlo mejor para que pudiese lucirse y así la concurrencia pudiera apreciarlo.

—No es tan bello como tú.

El fuerte estremecimiento que sufrió la joven la hizo tambalearse hacia atrás, y estuvo a punto de caerse.

—Parece que, cada vez que nos vemos, te asusto. Te aseguro que no es lo que deseo.

Las manos de él se habían posado por detrás de ella para tomarla por la cintura.

—Supongo que no me recuerdas como yo a ti. Por si necesitas que me presente una vez más, lo haré: mi nombre es Lindor —resopló en el oído de ella, envuelto en el perfume a jazmín que usaba Rose y que él no había dejado de evocar.

¿Cómo decirle que nunca podría olvidarse de ese hombre que la había interceptado aquella mañana, cuando intentaba entrar al negocio luego de acompañar las exequias del presidente? Se había escapado de allí porque se había sentido por completo intimidada por la presencia de él, y esa emoción volvió a envolverla mientras la mantenía sujeta. No sabía cómo podría desentenderse de él y, lo que era peor, no sabía si quería hacerlo. Sintió cómo las manos de Lindor se aferraban a ella para darla vuelta hasta tenerla frente a él. La corta distancia que los separaba la abrumaba y le impedía pensar con claridad.

—Eres hermosa —susurró mientras dejaba vagar el pulgar por ese bello y misterioso rostro. El color verde de los ojos de la joven lo había subyugado desde el instante en que la había ayudado a recoger aquellos diseños del piso.

—No creo que sea apropiado —murmuró Rose mientras dejaba que él continuase seduciéndola. Apoyó una mano sobre la de él para detenerlo, pero fue peor: el contacto le produjo un fuerte escalofrío que la recorrió por completo.

—No lo intentes, de nada sirve que te alejes, no pienso permitir que lo hagas.

Rose no podía apartar los ojos de él, era como si Lindor pudiera manejarla a su entera voluntad.

—No te asustes —musitó al acercarse aún más—. Deseo probar tu sabor.

Los labios de él se apoyaron sobre los de la joven en un leve roce. Con la lengua, los recorrió mientras sentía el temblor que sus propias caricias le provocaban. Enredó la mano en la larga cabellera de la joven y la atrajo más para volver a besarla. La boca de ella se abrió a él para permitirle hurgar en su interior y recorrerla como había deseado desde el instante en que se habían cruzado. Un fuerte golpe a la puerta quebró ese momento, y las voces de unas mujeres irrumpieron en el recinto.

—Shhh —dijo al envolverla en sus brazos para esconderse detrás de una amplia biblioteca de madera oscura.

El cuerpo de Rose estaba aprisionado por el de él, apenas si podía respirar. Eso no le impidió, sin embargo, escuchar e identificar las voces de quienes mantenían una conversación a escasos metros.

—Hasta lo que sé, Rose había venido aquí —dijo la dueña de casa.

—No importa, Arminda, ya la veré en la sala.

—Debe de estar disfrutando la velada con alguien más.

—Claro que sí. Quería verla porque estaré ocupada con otra actividad cuando se haga la subasta.

—Inesita, debo agradecer tu colaboración y la de tu madre. Te aseguro que el juego de mesa que se hará en la otra sala te mantendrá entretenida y que sacarás provecho de lo bien que juegas. Espero que recaudes bastante dinero.

—Delo por hecho.

Otra de las actividades benéficas para recaudar fondos estaba a cargo de un grupo de damas que participarían en distintos juegos de mesa, mientras los hombres jugaban al póker en la amplia

terrazza que daba al jardín. Ese era un sitio acogedor e ideal en una noche cálida. Con el fin de reunir dinero, todo estaba permitido, y la gran afluencia de público garantizaba una agradable velada.

—Regresemos. Deberás apuntarte junto con el resto de tus compañeras en la otra sala.

El pulso de Rose latía acelerado. Ni siquiera pudo sosegar al escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse.

—Shhh, cálmate, no sucede nada.

¿Cómo explicarle que conocía a quienes acababan de salir de la sala y que se habría muerto de vergüenza si la hubiesen visto en esa actitud inapropiada con un perfecto desconocido? Habérselo cruzado en la calle en una oportunidad no cambiaba las cosas. Lo que más la alteraba era saber que, si ellas no hubiesen ingresado al lugar, habría continuado intimando con Lindor.

—Yo no suelo comportarme de este modo —resopló sobre el amplio pecho de él.

A pesar de que habían vuelto a estar a solas, él no había dejado de mantenerla abrazada.

—Lo sé —replicó al tomarle la barbilla entre los dedos—; no debes explicármelo.

Él se separó de ella para contemplar el sonrojo que le encendía las mejillas.

—Eres adorable —replicó, y le besó la punta de la nariz.

—Debo irme.

—Está bien, pero volveremos a vernos.

—Yo no sé si debería.

—Yo sí. Sal ahora de aquí, yo lo haré después para que nadie sospeche. Te veré más tarde.

Rose caminó hacia la puerta como si flotase. Se había despedido con un nuevo beso sin que ella pudiera oponer alguna resistencia. No entendía qué le pasaba con ese hombre. Nunca antes le había ocurrido algo así. Había tenido algún otro candidato, pero ella se había encargado de rechazarlos uno tras otro. Lindor, no obstante, había aparecido de la nada y se había convertido en una debilidad. Debía encontrar el modo de actuar de manera correcta con él, aunque desconocía cómo.

—¡Rose!

La joven se dio vuelta de inmediato.

—¿Dónde te has metido?, te estuve buscando.

—Emma, al fin logro verte.

Álvaro se había acercado con una amplia sonrisa, como cada vez que la tenía enfrente.

—¿Tomas una copa?

—Por favor.

—Una para mí también —agregó Rose.

—Vas a contarme ya mismo qué te sucede. Sé que algo te ha ocurrido, estás como en trance.

—Shhh, hablaremos luego.

—Aquí tienen —dijo Alconada al acercarse.

—Gracias.

Rose tomó la champaña de un sorbo ante la atenta mirada de Emma, que no dejaba de inquietarse por la actitud de su amiga. La notaba nerviosa, miraba el salón como si estuviera buscando a alguien.

—Querida, me gustaría presentarte a unos amigos.

—No quiero dejar sola a Rose —objetó Emma.

—Vayan, yo me quedaré por aquí, hay muchas cosas para ver.

El modo en que Álvaro la presentaba le molestaba. Parecía que no entendía la reticencia de ella. A medida que algunos invitados se acercaron para saludarlos, él se mantuvo al lado de ella sin quitarle la mano de la cintura. Era un modo de decirle al resto que estaba con ella.

—Álvaro, preguntarte cómo estás sería redundante, ¿verdad? —observó un conocido de Alconada en referencia a la presencia de la bella señorita Wood.

—Eso creo. Dime, ¿cómo andan tus cosas?

Ese interrogante era una constante desde que se había desatado la Gran Guerra. Todos especulaban acerca de que la Argentina, al estar tan lejos del conflicto, podría sacar provecho económico de la situación. La neutralidad manifestada por el país inquietaba a varios ciudadanos que desconocían hasta dónde podía beneficiarlos. El comercio exterior se había modificado. La búsqueda de otros mercados que excluyeran al europeo sería fundamental si se pretendía continuar con el mismo ritmo económico. Mientras tanto, la incertidumbre se había vuelto permanente. Algunos partidos políticos que no estaban de acuerdo con la postura del Gobierno comenzaban a

expresarse para dar a conocer su posición respecto a la lucha armada. Días atrás el Partido Socialista había atestado la plaza Lavalle en una exhibición en pos de la paz, y una gran concurrencia había dicho presente en ese mitin político.

—Te diría que estoy desconcertado. Pienso que de ese modo estamos todos, desconocemos qué sucederá con nuestros negocios. Todo es muy confuso.

—Amigo, no es para tanto.

—Claro que sí. Las mercaderías que hemos podido exportar hacia Europa están detenidas. Debemos buscar otros mercados para hacer rentables nuestros productos.

—Contamos con Estados Unidos, que está como nosotros, en la misma posición de neutralidad. Estoy seguro de que reforzar el comercio con ellos nos va a permitir ampliar nuestro mercado de granos y demás rubros —opinó otro de los invitados.

—Sin embargo —aclaró Alconada—, yo creo que la interrupción de la manufactura extranjera nos va a permitir incrementar el mercado interno y beneficiar a la industria argentina, más allá de que podamos entablar una estrecha relación con los Estados Unidos.

—Aunque ambos estamos en posiciones distintas, lo más importante es que, de uno u otro modo, podamos continuar con el mismo ascenso económico que tuvimos hasta la fecha.

—Ojalá que así sea.

Mientras la conversación sobre el futuro comercial del país se extendía entre algunos de los asistentes, al otro lado de la casona, uno de los eventos solidarios daba comienzo.

La sala estaba llena de invitados. Ya no quedaba un asiento libre cuando apareció doña Arminda para ubicarse en su lugar frente a un pequeño escritorio. Explicó a los presentes los donativos que serían subastados y confió en la entusiasta colaboración de los interesados. Sin más, dio comienzo con el remate.

—Este lote está compuesto por una gargantilla de oro y brillantes, junto con el par de pendientes que hacen juego. Señores, escucho sus ofertas.

No bien fueron presentadas las joyas, una sorda exclamación femenina inundó la sala, y de inmediato comenzaron las pujas. Las manos se levantaban a medida que la suma se elevaba. La algarabía era muy grande, no solo por las piezas que estaban expuestas, sino por el alto valor que se ofrecía por ellas. Luego de unos largos minutos, la disputa quedó saldada con un gran precio. Hubo felicitaciones para la señora adquirente y se continuó con los demás objetos.

—Quiero agradecer el aporte de estos dos vestidos de etiqueta a Emma Wood y Rose Rivas, que los han donado en nombre de su tienda, abierta hace poco. Como quiero sacar provecho de todo esto, pienso subastarlos por separado. Comencemos con este de color azul, que, para quienes

no lo saben, es mi color preferido.

En la segunda fila de asientos, las dos jóvenes dueñas de la tienda de ropa estaban a la espera de que se pudiera sacar una buena colaboración de la concurrencia. Para cada una de ellas, los minutos durante los cuales el concurso se dilató parecieron interminables. Cuando al fin acabó, ambas respiraron.

—No puedo creerlo. Han sacado un excelente precio —susurró Rose.

—Tienes razón, pero lo más importante es el tiempo que estuvo expuesto.

Emma se refería a la publicidad que habían ganado con ello y que había permitido que las damas que hasta entonces no las conocían lo hicieran. Varias miradas presentes apuntaban hacia ellas.

—Prepárate para que mañana en el negocio se presenten algunas de ellas.

—Shhh, que comienza la subasta del otro vestido.

La puja comenzó con una mano que se levantó al fondo del recinto mientras, en el centro, otra se bajaba ante una mejor oferta. El precio subió una y otra vez hasta que las manos dejaron de moverse ante al valor fijado en la última propuesta.

—Entonces vamos a la una —señaló con el dedo la anfitriona—, a las dos...

Doña Arminda interrumpió su alocución al recibir un sobre con una nota dentro. Se sorprendió no solo ella, sino el resto de la concurrencia, que no le quitaba los ojos de encima mientras observaban el gesto de asombro.

—Me da mucha felicidad contarles que hay alguien que oferta el doble de lo que se ha propuesto hasta ahora. Estoy tan sorprendida como ustedes no solo por este gesto, sino por la orden de que esta prenda regrese a la tienda de Scarlet Rose. Sin dudas el gesto altruista de este benefactor es muy grande. No podremos agradecerle porque ha preferido dejar esta bondadosa acción en el anonimato. Demos un aplauso para quien sea que no ha querido dar su nombre.

Una fuerte ovación tronó ante semejante expresión, y todas las miradas se dirigieron a las jóvenes diseñadoras.

—Después dices que Álvaro no es un buen candidato. Por ti hace cualquier cosa —señaló Rose.

—¿Tan segura estás de que ha sido él? Te aseguro que, si él hubiese sido, no se habría escondido. Muy por el contrario, lo habría proclamado a los cuatro vientos para recibir los aplausos y las felicitaciones de los demás.

Un escalofrío corrió por el cuerpo de Rose, y Emma lo notó.

—Debemos hablar para que me cuentes por qué motivo estás tan alterada esta noche.

Pronto tuvieron que callarse porque la subasta prosiguió. Sin embargo, Rose no dejó de observar a la concurrencia para ver si localizaba a quien le había robado esos besos que aún la estremecían. Fue en vano, porque no estaba allí, parecía que se lo había tragado la tierra.

Poco tiempo después, concluía el remate, marcado por la alegría de los organizadores por la gran recaudación que se había logrado.

—Yo creo que deberíamos irnos.

—Es lo que deseo —acotó Emma.

—Querida, ven a tomar una copa —las interrumpió Álvaro.

—Es que pensaba irme con Rose.

—De ninguna manera —dijo con la vista fija en ella, y luego se dirigió a la otra joven—. Supongo que podrás esperarla hasta que se desocupe.

—Por supuesto.

—Rose, te he estado buscado —la llamó Inesita.

—Te dejo bien acompañada —susurró con una sonrisa Emma ante la nueva escolta de su amiga—. Te prometo que vendré enseguida.

—He preguntado por ti, pero no te he encontrado.

El rubor cubrió las mejillas de la diseñadora al evocar aquel momento de intimidad que había vivido junto a Lindor.

—Es normal que te haya sucedido con todos los invitados que hay, aunque debemos reconocer que ha sido una suerte que nos hayamos cruzado.

—Así es. Yo me he escapado un momento para ir al baño, pero el juego aún continúa.

—¿Tu madre está contigo?

—Por supuesto. Aquí tengo a varias conocidas, pero ninguna amiga de verdad. Siempre pienso lo afortunada que eres por tenerlas —dijo Inesita.

—Puede ser. Pero tú vas a casarte, y mira lo lejos que estoy yo de hacerlo.

—Tienes razón; en verdad siempre la tienes. Debo ir a la mesa, pero ven, así conoces a mi prometido. Ha estado saludando a mis compañeras de partida antes de retornar a su actividad.

Quiero que lo conozcas, pero por favor no le digas qué estás diseñando.

—Inesita, ni a él ni a nadie le diría semejante cosa —le aseguró en tanto enfilaba hasta la otra sala—. Hablando de eso, quisiera que pases esta semana. Tengo una idea para incorporar al diseño, pero deseo saber si te gusta.

—Rose, no te imaginas lo que valoro que te preocupes por mí y por que me vea impecable un día tan importante para mí.

—No solo lo hago porque es mi trabajo, sino porque, en el corto tiempo desde que nos conocemos, he llegado a apreciarte mucho.

—Gracias. Sabes que para mí te has transformado en alguien especial en quien sé que puedo confiar.

—Inesita, ya me preocupaba tu tardanza —dijo Zelmira.

—Me encontré con Rose.

—Entiendo que estabas en la subasta, pero deberías haberte unido a nosotras —le reprochó la señora.

—Le aseguro que mi desempeño en las cartas habría sido un verdadero fiasco.

—Querida, siéntate, ¿cuánto más vamos a esperar para continuar con la partida? —agregó una de las jugadoras—. Ya bastante nos ha distraído tu prometido.

—¿Ya se fue?

—Te fue a buscar, ya vendrá.

Rose se quedó allí unos largos minutos para no ser descortés. Si había algo que deseaba, era irse a su casa y pensar en la noche que había tenido. Saludó a las mujeres que estaban concentradas en el juego y salió a buscar a Emma para regresar juntas. Al no hallarla en el amplio salón atiborrado de invitados, salió al exuberante jardín. Caminó entre las parejas que paseaban y vislumbró a Emma en compañía de Alconada. Sin embargo, se detuvo de inmediato cuando los vio junto a Lindor. Un fuerte temblor se apoderó de su cuerpo, y enseguida decidió que no iba a dirigirse hacia allí; esperaría a que Emma la buscara. Antes de darse vuelta, sintió la intensa mirada de él y salió de allí para encontrar refugio en cualquier otro lado, lejos de ese hombre. Lo primero que vio fue el cuarto de baños, que estaba ocupado, y se adentró por un largo pasillo. Se recostó sobre la pared para quietarse, con la respiración aún agitada.

—Rose, no te escondas de mí.

El profundo sonido de esa voz la sobrecogió. Ladeó la cabeza y ahí, a poca distancia de ella, descubrió a Lindor, que no dejaba de mirarla.

—Podrás correr —mencionó al dar un paso y acercarse más—, pero no vas a escabullirte de mí.

—Por favor, vete.

—No me tengas miedo —susurró al acariciarle el cuello.

—Alguien puede vernos.

La amplia sonrisa de él la cautivó aún más.

—Eso quiere decir que no te molesta estar conmigo, sino que alguien nos descubra —murmuró—. Eso me gusta. Pero no quiero incomodarte más. Volveremos a vernos.

Antes de irse, la besó, y ella lo vio alejarse por el pasillo sin poder creer lo que acababa de pasar. Debió esperar unos largos minutos para recomponerse y salir en busca de Emma.

—Al fin te encuentro, no estabas con tu querida Inesita —comentó mordaz—. Pero ¿qué haces aquí? Te vi enfilar hacia el servicio.

—Sabes que no me gusta estar rodeada de tantas personas.

—Lo sé y por eso vine a buscarte para irnos. Álvaro nos llevará a casa, porque hoy te quedas en la mía. Tenemos que hablar.

—No le he avisado a mi madre y prefiero descansar en mi propia cama para estar fresca mañana.

—Está bien, conversaremos más tranquilas mañana —accedió Emma.

—Gracias.

—No me lo agradezcas, ¿para qué estamos las amigas?

Dentro del automóvil, durante el trayecto, Rose no dejó de pensar en lo sucedido horas antes. Mientras, Alconada no dejaba de intentar congraciarse con Emma. A pesar del esfuerzo que hacía, la joven parecía indiferente a todos los halagos y propuestas sobre futuros encuentros que él le hacía. No bien apeó el coche, Rose se aprestó a descender luego de la significativa mirada lanzada por el conductor a través del espejo. Esperaron a que la joven ingrese a la propiedad y continuaron el corto trayecto hasta llegar a la finca de la familia Wood. El motor se acalló, y el silencio inundó el habitáculo un largo tiempo hasta que Álvaro lo rompió.

—Emma, creo que ya va siendo tiempo de que comencemos a salir de otro modo.

—Álvaro, yo...

Sus palabras fueron silenciadas por el beso que él le propinó.

—Querida, ya es momento de que lo nuestro cambie, y si crees que es necesario, hablaré con tu padre para contarle mis intenciones.

—No es eso lo que quiero, solo que me entiendas. Para mí todo esto va muy rápido, y no estoy segura de que sea lo mejor para los dos.

—Te equivocas. Cuanto más me conozcas, menos vas a dudar sobre lo que es mejor para ti.

Emma se dio vuelta para abrir la portezuela metálica, pero él ya se había bajado para ayudarla a descender del automóvil y acompañarla hasta la entrada de la casa.

—Nos veremos pronto.

El chasquido de la puerta al cerrarse se fundió con el rugido del motor al arrancar. La joven enfiló hacia su habitación porque necesitaba borrar de la boca el contacto que había tenido con Álvaro Alconada.

* * *

El sol de la mañana auguraba una excelente jornada. La tienda Scarlet Rose había comenzado a funcionar desde temprano con una gran actividad, no solo por las visitas que comenzaban a recibir, sino por el trabajo que tenían pendiente. Nada podía quedar librado al azar, y debían cumplir con el tiempo de entrega. La campanilla de la puerta no había dejado de sonar.

—Emma —dijo Josefa, que no daba abasto entre tantos requisitos y que acababa de subir hasta la oficina de la joven enfrascada en papeles de pedidos y facturas—, ¿qué sucedió ayer? Alguien que ha traído uno de los vestidos que habíamos entregado a la casa Cáceres.

—No te preocupes —respondió con una sonrisa al ver la preocupación reflejada en el rostro de la mujer—, puedo asegurarte que se han superado con creces nuestras expectativas.

—Me alegro entonces.

—Yo me ocupo, supongo que Rose estará por llegar.

No bien descendió por los peldaños de la escalera, se encontró con un joven que sostenía el vestido entre sus manos.

—Muchas gracias.

—Debo entregar esto también —dijo al mostrarle un sobre.

En ese mismo instante, Rose ingresó apresurada por el retraso. No había podido dormir bien, pues los recuerdos de esa noche no le habían dejado descansar.

—Parece que has llegado justo a tiempo.

De inmediato se detuvo al ver al muchacho dejar en manos de Emma la prenda y recibir el sobre con su nombre impreso.

—¿No piensas abrirlo?

La recién llegada miró a su amiga y enfiló hacia el depósito de telas para estar a solas. Debía calmar el temblor de las manos. Rasgó un extremo del papel y extrajo una escueta nota.

Rose:

No pude resistir la tentación de tener en mi poder este vestido. Desde que entré al salón y te vi acariciarlo, no dudé en adquirirlo para que lo luzcas conmigo la próxima vez que nos veamos. Nada me haría más feliz que volverte a ver, envuelta en esta prenda, y ser yo quien te acaricie.

Lindor

Un fuerte escalofrío le recorrió todo el cuerpo. No había logrado calmarse, sino todo lo contrario.

—Rose, solo quiero que confíes en mí como siempre lo has hecho —le pidió Emma al unirse a ella.

—Esta nota me la envió el hombre que adquirió el vestido.

—Lo sé, pero desconozco de quién hablas.

—Es alguien que he conocido hace poco.

—Pero no me lo has mencionado.

—Shhh, no es necesario que se entere todo el mundo. Es alguien especial. Sucede que, cuando nos cruzamos tiempo atrás en la calle, fue tan solo un encuentro casual. No imaginé que volvería a verlo —explicó la joven Rivas.

—¿Y el reencuentro sucedió ayer?

—Exacto.

—Pero hay algo más.

—Sí, no sé qué me ocurre cuando estoy con él. Me siento como una tonta cada vez que me dice algo o cuando me besa.

—Pero, Rose, ¿cuántas veces lo has visto? —inquirió Emma.

—Solo dos. La primera vez me preguntó el nombre y luego salí huyendo de él. Después se dio el cruce de ayer. Veo que te sorprende mi actitud; a mí también. Conoces muy bien mi manera de comportarme siempre, pero no sé qué me sucede cuando lo tengo enfrente —comentó sonrojada—, y en esta nota me dice que ha sido él quien compró el vestido y que espera que lo lleve puesto la próxima vez que nos veamos.

—Pero no debes vivirlo con tanto pesar. Rose, es muy difícil encontrar a alguien que te provoque semejante agitación, hasta el punto de creer que no podrás sobrevivir los próximos minutos si deja de mirarte.

—Es una precisa descripción para alguien que se niega a reconocer que se siente atraída por un hombre. Supongo que, luego de la noche de ayer, habrás cambiado de opinión respecto a Alconada.

Un ruido las sorprendió a ambas.

—Disculpen, no quise escuchar, pero me parece que ya están en edad de pensar en alguien más. Que todo esto por lo que han luchado no les quite el sueño de formar una familia.

—¡Josefa! —exclamaron sorprendidas.

—El señor Alconada es alguien como tú, creo que es una buena elección.

Emma se quedó observándola sin hacer mención sobre lo que pensaba. La gente que la conocía creía que él sería un excelente partido; sin embargo, nadie estaba dentro de ella para conocer sus verdaderos sentimientos.

—Rose —dijo para cambiar el tema de conversación—, es mejor que lo guardes, supongo que no faltará oportunidad para usarlo.

—Espero que sea muy pronto.

Luego del escueto intercambio, cada una se dispuso a regresar a sus funciones dentro del local. Aún restaban largas horas de trabajo hasta culminar la jornada.

* * *

El paso de los días no había logrado calmar la ira que le corría por las venas ante la intempestiva huida de Sofía. La ingrata lo había hecho quedar como un hombre débil que no la había sabido domar. Nunca le perdonaría lo que le había hecho y por ese motivo la estaba buscando por todos lados, sin lograr ubicarla. Ante el comportamiento de la joven, había debido pergeñar una serie de excusas para su amigo Fernando Segovia, pero, a pesar del esfuerzo, ninguna había satisfecho al pretendiente, que había hecho lo que cualquier otra persona: abandonar el negocio. Además, se había cobrado una parte extra por el dinero invertido, con lo que había dejado a Molina con un restaurante a punto de la quiebra.

Como lo imaginaba, durante días fue el hazmerreír entre sus conocidos. Sin dudas, Cándido Molina había caído en desgracia, pero se había jurado que en algún momento se cobraría semejante afrenta. Le había bastado mirar hacia atrás para darse cuenta de que su propia vida había sido un cúmulo de equivocaciones, aunque creía que no sería tarde para dar un giro. Estaba convencido de que ese momento llegaría cuando volviese a encontrarse con Sofía. Para recordarse cada uno de los errores en los que había caído, tomó entre las manos el diario de su difunta esposa y bebió un largo trago de la copa de whisky que tenía a un lado. Luego comenzó a leer la historia de la mayor equivocación que había cometido en su vida. Sin ella, su realidad sería otra, aunque era demasiado tarde para eso. La vista se le perdió en las líneas escritas por su despreciable mujer.

Buenos Aires, un día cualquiera.

Cada día que pasa, se me hace más difícil olvidarte. Debería hacerlo, porque ya tengo una familia y mis circunstancias son otras; sin embargo, una parte de mí se quedó contigo. Durante un tiempo estuve convencida de que, si no escribía en este diario, mis recuerdos no cobrarían vida. Una vez más me equivoqué, porque lo primero que me surge para volcar en este papel se refiere a ti.

No quiero preguntarme qué habría ocurrido si lo nuestro hubiera sido distinto, aunque estoy segura de que varias personas que quiero habrían salido lastimadas. Preferí dar un paso al costado para evitar mayor dolor. Siempre supe, a pesar de mi apariencia, que era más fuerte de lo que todos intuían. Quizá creas que mi actitud me engrandece, pero te equivocas. He actuado de un modo egoísta, no en ese momento, pero sí más tarde. Me he cobrado con creces haberme separado de ti, aunque tú no lo sepas, porque siempre te has quedado con mi mejor parte. Ahora

solo me resta esperar que, como cada tarde, él llegue y la tristeza y desazón se apoderen de mí. Solo hay una razón para soportarlo, por ello es que sigo viviendo con él en medio del desamor y el hartazgo.

Siempre tuya.

Al concluir la lectura, supo que nada lo unía a esa mujer con la que había vivido tantos años. Nada quedaba del hogar que creía haber formado tiempo atrás, y menos aún de los sinceros sentimientos hacia Sofia. Solo un fuerte resentimiento e inquina fluían por el cuerpo de aquel hombre, y la única manera de paliarlos era continuar bebiendo hasta perder la conciencia y así olvidarse de lo desgraciado que ambas mujeres lo habían hecho.

CAPÍTULO 15

Entre el odio y el amor

Los fuertes rayos del sol reverberaban sobre las turbias aguas del Río de la Plata. Atrás habían quedado las jornadas destempladas por el arduo frío, que se habían transformado en calurosos y tórridos días. Sin embargo, nada opacaba las actividades que allí se desarrollaban. Esa época del año era la de mayor ajeteo ya que era la temporada de cosecha en los campos. Los cargamentos de cereales para ser embarcados en los buques de carga y enviados al exterior se multiplicaban. Operarios, peones y demás personal portuario no dejaban de entrar y sacar mercadería de los docks para acarrearla hasta su lugar de almacenaje. Los pasajeros que abordaban y descendían de los navíos, así como la tripulación, completaban ese panorama marítimo.

Hacia algunas horas que Fausto se encontraba allí. Esa mañana no se presentaba tranquila: debía culminar con varios trámites para luego cumplir con una reunión que se realizaría cerca del mediodía en el centro de la ciudad, y parecía que las horas no alcanzaban para todo lo que tenía que terminar.

—Jefe, deje de preocuparse, yo me encargo de los próximos dos embarques.

—Anselmo, aún tengo tiempo para hacer todo esto.

—Lo sé, pero también sé que no ha sido fácil que pueda ser parte de la asamblea que se realizará dentro de pocas horas —señaló el empleado.

—Desde que me he transformado en delegado, siempre ha sido así. Esperemos que todo esto cambie.

En esos dichos había una clara referencia al intrincado trabajo que Fausto hacía para que los reclamos del personal fueran escuchados en un ámbito donde se discutían otras cuestiones afines. Ningún otro empresario quería recibir quejas o demandas laborales en medio de la merma comercial que comenzaba a sentirse.

—Acompáñame, que debo supervisar este embarque para dejar todo listo e irme.

No pudo llevar a cabo todo el trabajo que debía cumplir en el puerto porque no deseaba llegar tarde a la reunión. Antes de irse, se cambió para estar presentable en el almuerzo que se celebraría cerca de allí.

* * *

Varios representantes de distintos sectores, entre empresarios, dueños de astilleros y algunos integrantes del sector sindical, se daban cita en un restaurante del centro de la ciudad. La situación económica para ciertos mercados había cambiado desde que se había desatado la Gran Guerra; ese tema iba a tratarse. Había una gran concurrencia en el recinto, donde los diligentes mozos ofrecían bebidas y canapés para amenizar la discusión. El murmullo se había vuelto constante, pero de a poco se fue silenciando cuando el presidente de uno de los astilleros más importantes de la ciudad tomó la palabra. El comercio internacional había cambiado, las condiciones que hasta hacía unos meses regían habían dejado de ser las mismas.

—Debemos amoldarnos a esta nueva etapa en que debemos desarrollar nuestros negocios. El mercado europeo se ha cerrado, lo que ha dejado a un lado nuestros productos. Nuestras exportaciones hacia la zona de conflicto se han resentido de un modo considerable. Lo peor es que no sabemos hasta cuándo se mantendrá esta situación porque desconocemos durante cuánto tiempo se extenderá esta maldita guerra.

En ese discurso había mencionado los números que arrojaban las ventas en el comercio con el Viejo Mundo y el detalle de los barcos cargueros que dejarían de recorrer esa ruta. Ninguno de los presentes era ajeno a esa situación, por ese motivo necesitaban unir voces para determinar el modo en que enfrentarían ese cambio de rumbo. Luego de hablar durante veinte minutos, al notar la anuencia de casi todos los presentes, se detuvo para que alguien más siguiera.

—Álvaro Alconada, te cedo la palabra.

—Gracias por convocarme, sé que soy una voz importante dentro del mercado de cereales. Respecto a eso, la política cerealera inglesa es negativa para nuestro país, ya que se han opuesto al almacenamiento de las existencias de granos, cuando estas fuesen capaces de entorpecer el normal curso del comercio. Contra eso nada podremos hacer, pero debemos considerar que, cuando una puerta se cierra, otra se abre, y los Estados Unidos de América es una muy importante. Además, debemos tener en cuenta que han tomado la misma posición neutral que nosotros, por lo que no necesitamos preocuparnos de que tomen alguna medida agresiva contra nuestro país. Estoy convencido de que, si esta neutralidad cambia, los aliados comenzarán a confeccionar las listas negras de países que colaboran con los alemanes.

En uno de los laterales del lugar, estaba ubicado Fausto, irritado por la manera de Alconada de alardear en cada palabra que pronunciaba. Le era tedioso tener que compartir con aquel sujeto ese recinto, que parecía cernirse sobre él en cada frase que Alconada lanzaba.

—Lo último que deseo decir a los que, como yo, forman parte del gran comercio de este país es que no podemos continuar soportando las exigencias del personal obrero. No se puede tolerar que sumen más problemas a los que ya tenemos. Nadie más que nosotros sabe lo que los

trabajadores necesitan. No precisamos que nos lo indiquen ciertos delegados que solo obstaculizan el buen trato que tenemos con los operarios pertenecientes a nuestros negocios. Contamos aquí con la presencia de uno de ellos, que no deja de meter las narices donde no le corresponde, ¿no es verdad?

Las miradas se clavaron en Fausto. No le había sido fácil acceder a ese lugar, sin mencionar los obstáculos que había tenido que sortear, y todo para que, de un modo humillante, ese sujeto al que detestaba lo echase a perder. Se apresuró a tomar la palabra.

—Yo estoy aquí para hablar del problema que hay con los empleados del puerto. Las condiciones en las que trabajan no son las mejores, y eso en parte se debe a que las empresas deben ajustar y mejorar su funcionamiento. A esa situación hay que sumarle que se están quedando sin trabajo con motivo de que ha comenzado a mermar la actividad naviera como consecuencia de esta guerra. Las importaciones de carbón comenzaron a caer, y las reservas están tambaleando. ¿Cuánto más podrá desafiar la empresa Wilson Song & Cía. al Gobierno inglés para continuar aprovisionando de carbón a este país? Los delegados ferroviarios están preocupados, ya que necesitan de esa materia prima para el funcionamiento de los trenes, lo que los ha llevado a reducir ciertos tramos y a quitar de funcionamiento el servicio nocturno del ferrocarril. Por más que algunos aleguen que se debe a la falta de pasajeros, la realidad es otra, y todo esto está explotando en el seno de los trabajadores. Sé también que varios buques de la flota de la Marina que se abastecen con carbón están en problemas. Deben haber notado que la iluminación de la ciudad no es la misma desde hace unos meses atrás, ya que se pretende reducir el consumo de energía. No tienen más que concurrir a ciertas plazas y mercados de la capital para escuchar los reclamos de hombres que se han quedado sin empleo y que están allí a la espera de una ración de comida. Ninguno de ustedes puede ser ajeno a lo que sucede con los desocupados en esta ciudad.

—Ahora lo único que nos falta es que un hombre sin demasiadas luces nos culpe a los empresarios por la falta de trabajo de algunos inútiles que no puedan conseguir comida para mantener a su familia. Ya me he cansado de esto.

—Yo no —rugió Fausto con furia—, porque mientras pueda seguiré luchando por los derechos de aquellos que tienen menos. Alconada, sé lo inescrupuloso que siempre has sido en tus empresas. Quizá los presentes desconocen que, tiempo atrás, has actuado de este modo con tus empleados, en especial con mi padre, de cuya muerte has sido cómplice.

El murmullo se acrecentó a medida que las palabras brotaban de la boca del delegado sindical.

—Cállate. ¡Sáquenlo de aquí!

—Silenciar todo y evitar que salga la verdad a flote es la manera que tienes de conducirte en la vida.

—Basta ya —calmó uno de los organizadores—, este no es lugar para saldar cuestiones personales. No nos reunimos para tratar eso, sino otros asuntos que nos atañen a todos nosotros.

—Exacto —secundó Álvaro, con el rostro sonrojado por la rabia e inquina que sentía hacia Fausto Guzmán—. Deben sacarlo de aquí, lo único que ha hecho es virar el centro de esta reunión hacia temas que no nos conciernen y que son viles mentiras.

—A mí nadie me echa, menos un delincuente que anda acompañado de colaboradores para poder defenderse y que no tiene el coraje de pelear solo —dijo con los ojos negros clavados en Alconada—. Me voy de aquí porque no quiero estar un minuto más con personas de la calaña de este sujeto. Con el resto volveremos a vernos para poder hablar de otro modo sobre los temas que nos ocupan.

Sin más, se retiró del lugar en medio de la ofuscación y la rabia que le provocaba ese hombre que no hacía más que cruzarse en su camino.

Los ecos de la discusión resonaban aún dentro del recinto, y nadie se animaba a continuar con la disertación.

—Amigos —tomó la palabra Álvaro—, no deben olvidar que Fausto Guzmán es un matón y una rata de puerto que, a través de amenazas y coerción, pretende mejorar las condiciones de los vagos a quienes representa.

Si bien las voces se habían acallado bastante, las murmuraciones continuaban, y nadie quería seguir con esa reunión ante el cariz que había tomado. Algunos de los presentes estaban al tanto desde antes de lo que se había hablado, en especial lo concerniente a las acusaciones de Guzmán.

—Espero que su intervención no nos aleje del motivo por el que estamos todos reunidos.

Nadie quiso reavivar el conflicto suscitado, y los presentes buscaron distenderse antes de continuar con el almuerzo.

—Hagamos un brindis —acotó un alto empresario con una copa de vino en alza—. Para que nos mantengamos unidos como hasta ahora.

Más de uno elevó la copa con cierta duda acerca de si en verdad había tanta unión como afirmaba. El sonido del cristal al chocar, junto con los comentarios de la concurrencia, no logró disipar el recelo, la antipatía ni la aversión que Alconada sentía por Fausto Guzmán.

* * *

Al otro lado de la ciudad, dentro de la tienda de moda Scarlet Rose, todo era algarabía y alboroto. La serie de acontecimientos sociales que se llevaban a cabo en la ciudad había aumentado de manera considerable la actividad del local. El cambio de temporada había provocado que las

ventas se incrementasen gracias a las compras de las damas pertenecientes a la elite porteña.

—Emma, por favor escúchame.

—Es lo que estoy haciendo desde que entraste en esta oficina.

—Lo único que has hecho es mirar el vestido que he dejado colgado aquí dentro.

—Bueno, debo controlar la calidad y el buen gusto de nuestras prendas.

—Me encanta verte así —replicó Rose con una sonrisa cómplice—. Aún no le has dicho a Josefa que hoy sales con su hijo, ¿no?

—Ni loca, no corresponde que lo sepa. Además, es una invitación hecha hace tiempo, y vaya a saber por qué motivo no se concretó.

—Ahora que dejamos clara la razón de tu distracción, ¿qué me dices del vestido que elegí para ti?

—No podría ser más bonito.

Emma se levantó del sillón y abrazó a su amiga. Con ella podía compartir la importancia de esa velada y el significado que tenía el lugar al que concurriría.

—Además me ha sorprendido el sitio al que voy, será la primera vez que veré una película en el teatro Colón.

—Emma, a ti te da lo mismo que compartan una taza de chocolate en el puerto o que vayan a una gala al teatro, y creo que eso es lo que te fascina de estar con él.

—Entre otras cosas.

—Eso me gusta, amiga: que no reniegues de lo que sientes por él.

—Aunque me da miedo.

—¿Por qué?

—Por lo distintos que somos. No sé, a veces creo que lo mismo que nos une va a separarnos.

—No pienses así, mira entonces a tu otro enamorado. Álvaro tiene todo lo que cualquier joven puede desear; sin embargo, no ha despertado nada en ti.

—Es verdad. Por más que le he dado la oportunidad de conocerme, cuanto más lo hace, más alejada me siento de él.

—Si es así, deberás hacérselo saber.

—Te aseguro que lo hago cada vez que nos vemos, pero él nunca se da por vencido. Es como si se hubiese empecinado u obsesionado conmigo.

—Debería darse cuenta de que de nada sirve insistir.

—Con respecto a insistir, ¿cómo está tu admirador secreto?

—Ya tomé la decisión de olvidarlo. Creo que ha jugado conmigo. Aparece cuando menos me lo imagino y vuelve a tomar distancia cuando creo que se está acercando. Pienso que Lindor ha sido mi mayor equivocación.

—¿En verdad lo crees?.

—Que me dé cuenta de eso no cambia nada. No dejo de pensar en él desde el momento en que nos cruzamos.

Por más que le confesaba esos secretos a su amiga, le costaba reconocer todos los sentimientos que él le despertaba. El modo en que la miraba o cómo la había besado eran cosas difíciles de olvidar.

—A pesar de lo que dices, creo que es mejor que él se tome el tiempo suficiente para pensar lo que significa estar contigo. Eso demuestra que va en serio.

—Emma, ¿qué dices? Yo pienso que la salida de esta noche está alterándote más de la cuenta.

—Puede ser, pero creo que tu enamorado tiene algo entre manos.

—No quiero interrumpirlas —irrumpió Josefa—, pero ha llegado Inesita junto a su madre.

—Rose, han llegado tus clientas. No quiero hacerte perder tiempo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la empleada. Cada cual dentro del negocio sabía que la joven Almada era un tanto molesta e insistente cuando llegaba al lugar. Las visitas se extendían más de la cuenta, y todos tenían que estar detrás de cada reclamo, en especial los de su madre. A veces, se vivían momentos de incomodidad ante las miradas entre madre e hija y la reprobación de doña Almada frente al comportamiento de la muchacha.

—Sigán riéndose de mí mientras me voy a trabajar —dijo Rose antes de retirarse del recinto.

—Josefa, ¿está todo bien? —comentó Emma al verla inquieta.

—No hay problema, solo quería decirte que ese vestido es hermoso y que lo lucirás de maravilla.

—Gracias —respondió sonrojada, sin saber si era una clara referencia a la salida que tendría esa noche con su hijo. Ante la duda, prefirió no mencionarlo.

—Ahora me voy, tengo que seguir trabajando.

La joven Wood se quedó observando cómo la costurera abandonaba la oficina sin dejar de pensar en Fausto y en lo que significaba para ella.

* * *

En la planta de abajo del negocio, se encontraba la diseñadora con doña Zelmira, la madre de la novia.

—Rose —dijo una vez más la señora—, me gustaría ver el avance del vestido. No he podido acompañar a mi niña las últimas dos veces que ha venido. Justo lo ha hecho cuándo yo no podía cancelar mis compromisos.

—Madre, parece que desde hace tiempo no haces otra cosa que recriminarme por todo, incluso por venir aquí.

—No le hagas caso, Rose. Se nota que la proximidad de la fecha te está alterando.

Sin mediar nada más, la joven estalló en llanto.

—Pero no debes ponerte de este modo —susurró Rose mientras la abrazaba y miraba de manera inquisidora a la madre de su cliente.

—Hija, ¿no ves que estás más alterada que nunca? Deberías disfrutar de todo esto. Vas a tener una boda de ensueño, tu prometido es perfecto, no sé qué más es lo que necesitas.

—Doña Zelmira —intercedió Rose—, ¿le puede pedir a Josefa que le traiga algo para beber? Quizás el calor y los nervios le han jugado una mala pasada.

—Ya vengo —contestó al levantarse del mullido sillón—. Espero que logres calmarte. A veces no sé qué te sucede. Quizás sea que lo tienes todo y no sabes valorarlo —sentenció antes de salir.

—Tranquilízate por favor. No le hagas caso a tu madre: ella también debe de estar nerviosa con todo el revuelo de la boda.

La prometida se había aferrado a la joven Rivas, que poco a poco logró serenarla.

—Gracias.

—No debes agradecerme. Quizá si le contaras a alguna amiga, lo que te sucede te sería más fácil de transitar.

—Sabes que no soy afecta a hacer amigas, pero contigo me siento a gusto y cómoda.

—Tal vez sea así porque te estoy acompañando en un momento muy importante de tu vida. Vas a casarte, lo que has soñado durante tanto tiempo va a concretarse. Todo eso me los has dicho en varias oportunidades. Bueno, llegó el momento de que disfrutes de la idea de que pronto todo lo que has anhelado se cumplirá.

—Puede ser.

—Claro que sí.

—Ahora, con la presencia de mi madre, no podremos hablar.

—Deja de preocuparte, en cualquier momento regresas y hablamos tranquilas.

—Es que no la conoces. Desde que salgamos de aquí hasta que llegemos a casa, no va a dejar de reprobar mi comportamiento.

—Muy bien —acotó doña Almada al ingresar al lugar—, veo que estás mejor.

Josefa la había acompañado con una jarra de agua y una copa.

—Gracias, Josefa, deja eso en la mesa, que yo me ocupo.

La mujer hizo lo indicado mientras negaba con la cabeza como para confirmar que la señorita Almada era un dolor de cabeza para el negocio, en especial para Rose.

—No debe preocuparse, su hija está mejor —aseguró Rose.

—Eso espero. Hoy tenemos una jornada larga, ya que debemos presentarnos a una gala en el teatro Colón.

—Madre, yo...

—De ningún modo puedes negarte a asistir. Confirmé que irías en representación de tu padre, que se ha negado a acompañarme, y no lo haré sola. Es más, creo que podríamos invitar a Rose para que se nos una. Puedo asegurarte que será un gran programa.

—Le agradezco, pero tengo otros planes.

—Rose, por favor. Te va a gustar ir —pidió la joven.

No necesitó que Inesita volviese a insistir, porque su expresión lo decía todo.

—Está bien, pero antes debemos probar el vestido y ver si hay que hacer algún ajuste.

Como Rose imaginaba, los nervios por el futuro enlace parecían haber hecho adelgazar a la novia, por lo que tendría que tomar el vestido y hacerle algunas pinzas para que la prenda quedase perfecta.

—Hija querida, está quedando muy bonito. Gira, que quiero ver el atuendo completo.

En silencio y de modo estoico, la joven se sometió al exhaustivo examen de su madre.

—Querida, menos mal que he venido, hay ciertos arreglos y retoques que debemos pautar.

—A mí me gusta cómo está quedando.

—No se preocupe, doña Zelmira, estoy segura de que, una vez que le diga cómo quedará, va a estar de acuerdo conmigo en que este vestido será la envidia de más de una joven de la ciudad. Puedo asegurárselo.

La sesión de prueba se extendió más de lo que Rose habría deseado. No se creía capaz de soportar otra igual, con el constante cotorreo de doña Almada y los lamentos permanente de Inesita.

* * *

El atardecer se había apoderado de la ciudad al tiempo que una brisa cálida daba un respiro de la jornada calurosa que habían tenido los porteños.

—Déjame terminar de acomodarte este escote.

—Ya está bien, tampoco quiero que piense que me he vestido para él.

Una fuerte carcajada brotó de la boca de Rose al escuchar a Emma, que estaba más nerviosa que nunca.

—Estás preciosa, y no podría ser de otro modo porque este vestido lo he diseñado yo.

La prenda estaba confeccionada en una vaporosa gasa color celeste con detalles en el escote y finalizaba con pequeñas mangas de satén que caían sobre los hombros. Cuando el sonido de la campanilla resonó en el recinto, Emma supo que se había acabado el tiempo para mirarse en el espejo.

—Te están esperando.

—Te veré allá.

—No te preocupes por mí, aunque estaré abrumada por el permanente parloteo de la mamá de Inesita. Ponte esto —concluyó Rose al entregarle un chal del mismo tono.

—Menos mal que en el cine no podrá hablar.

—Tienes razón. Nos vemos.

Fausto se irguió junto a la puerta mientras la joven se acercaba. Los ojos negros estaban clavados en ella, porque no había modo de que pudiera apartarlos de su figura.

—Ya estoy lista.

El brazo de él la rodeó y, tras acercarse, le susurró:

—Estás hermosa.

Ella bajó la cabeza, como si de ese modo pudiera esconder el sonrojo que le teñía las mejillas. Fausto la ayudó a subir al automóvil que aguardaba por ellos a la vera de la calle.

—Espero que disfrutes de la película. Está basada en el libro *Amalia*, de José Mármol. Quería llevarte a un lugar distinto, al que no hayas ido antes.

—Si eso te preocupaba, lo has logrado. Será la primera vez que vea un largometraje, y debo confesarte que el libro lo he leído y que he llorado con el final. Por eso me intriga saber cómo el director lo ha plasmado en la pantalla.

—El dramatismo de la novela me va a permitir consolarte durante toda la proyección.

No era lo que le decía lo que la dejaba sin habla, sino la convicción y el modo que empleaba en las palabras pronunciadas. Los callosos dedos de él rozaron el rostro de ella sin dejar de contemplarla, y notó cómo las facciones y el cuerpo de la joven reaccionaban ante esas caricias. Sin pensarlo, deslizó la mano por el cuello de Emma, la atrajo y la besó. Cuánto había deseado probar esos labios y sentir su sabor. Desde que la había visto cerca de la taberna El Tano, perdida, mientras lo buscaba. Por más que había intentado quitarse esa imagen de encima, no lo había logrado. Cada día que pasaba, más la deseaba. Entendía que él no era la persona indicada para una joven como ella, pero ya no le importaba.

—Deseaba hacerlo hace tiempo —le susurró en el oído.

Luego la atrajo hacia él y la abrazó. No la soltó hasta que una larga caravana de automóviles y carros asomó sobre la calle Libertad. Después de esperar dentro del coche durante unos quince minutos, descendieron para ingresar por la entrada principal del teatro. Una gran concurrencia se había hecho presente para colaborar con la Sociedad del Divino Rostro, cuya presidenta se había esmerado para que todo estuviera a la altura de las expectativas. El pago de quince pesos por la

entrada garantizaba una amplia recaudación en comparación con apenas unos pocos centavos que costaba un boleto para ver otra película. El vestíbulo estaba atiborrado de personas vestidas de gala. Emma volvió a observar con disimulo el traje negro que llevaba Fausto. Sin embargo, si lo miraba con detenimiento, había algo en su porte que lo hacía desaliñado, y eso era de hecho lo que le brindaba mayor encanto. No sabía si era el modo en que llevaba la corbata o que mantuviese el saco sin prender.

—¿Me queda bien el traje? Digo, porque lo miras tanto —murmuró al atraerla hacia él.

—Debe de ser un defecto de mi trabajo.

—Espero estar a tono con todo esto. Si no fuera porque estás conmigo, te aseguro que estaría con mi ropa de fajina.

—Deberías saber que luces muy bien.

—No tanto como tú.

Otra vez la mirada oscura de Fausto la envolvió. No podía resistirse a esos ojos negros ni al brillo que emanaban cuando la contemplaban.

—Creo que ya es hora de que entremos.

La amplia escalinata de mármol franqueada por dos cabezas de león talladas en el mismo material se erigía frente al público.

—Subamos.

Como si ella pudiera trastabillar al ascender por los escalones, él le colocó la mano en la parte inferior de la espalda para conducirla por los peldaños, sin soltarla ni un segundo. Como se esperaba, la platea rebosaba de invitados, al igual que los palcos, que asomaban hasta el tercer piso. La baranda correspondiente a cada uno de ellos se encontraba decorada por unas lámparas ubicadas cada tanto para iluminar mejor el recinto. Poco a poco la luz comenzó mermar, mientras el amplio y pesado telón se deslizaba para dar comienzo a la película.

—Parece que va a empezar —susurró Emma expectante.

Él enredó las manos con las de ella.

—No quiero que te angusties al mirarla.

—Gracias —replicó con una mirada cómplice.

Un gran silencio se apoderó de la sala mientras las imágenes de la cinta daban inicio a la dramática historia de amor de Amalia y su pretendiente en medio de la tiranía de Juan Manuel de Rosas. A medida que la película se adentraba en la trama de la novela, se vislumbraba en cada

escena el odio que despertaba pertenecer al bando contrario al Gobierno. La lucha entre unitarios y federales, coronada por la intervención de la Mazorca, daba vida al argumento del film. No solo había una lucha por los ideales políticos, sino también por el amor que los protagonistas sentían, que defenderían hasta el final. A Emma le costaba entender cómo el rencor podía alcanzar semejantes dimensiones. En cada emocionante episodio, el cuerpo le vibraba ante el dolor y la pena por lo que sucedía en la pantalla, mientras los dedos de él la sujetaban para demostrarle que estaba ahí, con ella. Ese era un lujo que él podía darse, aunque se tratase de la mera amenaza de una triste historia. El final le produjo a la muchacha un fuerte escozor y la misma sensación que había tenido al leer la novela. Un vacío inmenso la sobrecogió, junto al sabor amargo del trágico y conmovedor desenlace.

—¿Crees que es para tanto? —preguntó él cuando las luces del recinto se encendieron. Los ojos de ella estaban brillosos, a punto de estallar en lágrimas.

—No lo sé, solo puedo decirte que me conmueve el amor que los protagonistas se profesan. A la vez, la inquina que se va desarrollando en la trama parece ser de la misma magnitud y es lo que hace que finalice de este modo.

—Ambos son sentimientos muy potentes, y uno nunca está exento de experimentarlos.

Ante la fuerte mirada que él le lanzó, Emma supo de inmediato que él hablaba muy en serio y rogaba ser destinataria de uno de esos fuertes sentimientos. El resto de la concurrencia no dejaba de comentar sus opiniones sobre la película y el modo en que había sido representada la obra, en el que se notaban algunas diferencias.

—La primera escena del libro no aparece —comentaba una señora al pasar a su lado.

Esa afirmación era una clara referencia al dramático modo en que comenzaba el libro. Claro que no se podía reproducir con exactitud y fidelidad todo lo relatado, y eso dependía de la visión que su director, Enrique García Velloso, había tenido al hacerla.

—No creí que una película pudiera despertar tanto alboroto.

—Así somos las mujeres cuando algo nos gusta mucho.

—Ojalá digas eso de mí en algún momento —replicó en tanto le lanzaba una profunda y seductora mirada.

De la mano, atravesaron el salón, mientras Emma examinaba el entorno.

—¿Buscas a alguien?

—A Rose. Venía con una clienta, aunque no estaba con muchas ganas de concurrir aquí.

—Allá está —le indicó Fausto con el dedo.

A pesar de la gente que había en el recinto, logró verla. Emma levantó la mano para saludarla e indicarle que se iba. Aferrada a él, fue sorteando a los invitados que aún permanecían dentro y que contaban sus impresiones hasta alcanzar la puerta de salida y abandonar el teatro.

—Me gustaría que fuéramos a cenar.

—Me encantaría.

De inmediato la acercó con la mano y volvió a besarla.

—Me gustas mucho —le susurró Fausto al oído.

—¿Qué mierda haces con ella?

Emma se separó ante el rugido de una voz que le era familiar. No pudo pronunciar palabra porque se quedó atónita ante la actitud de Álvaro y Fausto.

—Vete de aquí si no quieres terminar como la vez pasada.

—Emma, ven aquí.

—Pero ¿qué dices, Álvaro?

—¿Cómo puedes pasearte con esta rata salida del puerto? —dijo Alconada al acercársele.

Fausto tomó por la cintura a Emma para que se quedase detrás de él y poder enfrentar sin obstáculos al adversario.

—Si vuelves a hablarle de ese modo, te juro que te mato —sentenció Guzmán.

—Vete por favor —rogó Emma, que temblaba.

—Contigo hablaremos mañana, no entiendo cómo te dejas engañar por esta mierda.

—Álvaro —dijo Lindor, que lo tomó de la mano—, es mejor que converses con ella en otro momento.

—Suéltame.

—Basta, Álvaro; hazme caso y vámonos.

—Me iré, pero antes pregúntale el motivo por el que te busca y quiere estar contigo —dijo al mirar directo a Emma—. Exígele que te confiese que lo único que le importa es dañarme, acabar conmigo y con todo lo que quiero. Tú eres solo el botín de guerra que pretende conseguir para lastimarme. Nadie te va a querer como yo lo hago.

Al menos había logrado silenciar a Emma, que había quedado con una expresión ilegible en el

rostro.

—Mi amor, viniste.

Lindor se dio vuelta para ver a su prometida junto a Rose. No entendía qué hacían juntas. Pensó que se trataría de un encuentro ocasional, porque no creía que se conociesen. Inesita no era propensa a hacer amistades, lo que la apartaba de lo todo cuanto acontecía a su alrededor.

—Rose, te presento a mi futuro esposo. Lindor, ella es la diseñadora del vestido de boda.

El abogado había culminado una reunión con Álvaro, lo que había impedido que concurriese a ese acontecimiento social del que en realidad no quería formar parte. Por ese motivo se había excusado de acompañar a su prometida esa noche. Sin embargo, había quedado en ir a buscarla. Nunca habría imaginado que, en medio de los invitados y en compañía de Inés, estaría Rose. Tampoco había creído que una mujer pudiera contemplarlo con tal mirada de decepción y rabia como la que destellaba en el rostro de la joven diseñadora. En verdad, eso le había ocurrido en otras oportunidades, pero no se había sentido tan miserable como en ese instante. ¿De qué modo podría explicarle que las cosas no eran como ella suponía?

—Rose, ¿sucede algo? —preguntó Inesita.

—Perdón, pero no me siento bien.

—Deja que te lleve hasta tu casa —ofreció Lindor al acercarse a ella.

No hubo contestación de parte de la muchacha, pero él tuvo la fuerte convicción de que, si volvía a sugerirlo, la engorrosa situación se le iría de las manos. Dejó que caminara unos pasos hasta encontrarse con Emma, que, en compañía de Fausto, intentaba calmarse.

—Por favor, llévame a casa.

—Vamos, Emma, llevaremos a Rose a su casa. Nosotros debemos hablar.

Antes de lanzarse a caminar junto a ambas en busca de un coche, sintió que alguien más se acercaba por detrás.

—Cúidala —siseó Lindor.

—Lo hubieses pensado antes.

—No creo que estés en condiciones de darme consejos.

—Entonces evita darme órdenes, porque no las recibiré de ti, y menos aún del hijo de puta de tu cliente.

Sin detenerse a escuchar ningún otro reclamo, emprendió la caminata con las jóvenes que, en un significativo silencio y a su lado, se alejaban del tumulto que había en los alrededores del teatro Colón.

—Rose, quédate en casa, es mejor que no te vean así.

Ella asintió sin pronunciar palabra. No podía salir del estado de estupor en el que estaba sumergida. Al otro lado del asiento, se ubicada Fausto, que mantenía abrazada a Emma sin dejar de masticar al aversión que sentía por Alconada. En medio de ese ensimismamiento, el coche se detuvo frente a la propiedad de la familia Wood.

—Rose, entra, que enseguida lo hago yo.

Se corrió para dejar ingresar a su amiga y se dio vuelta para enfrentarse a la mirada oscura de Fausto.

—Solo necesito saber algo.

—Dime.

—¿Es verdad lo que dijo Álvaro respecto a que soy tu botín de guerra?

—Si te refieres a si buscaré el modo de destruirlo y tomar lo que cree que le pertenece, sí, lo haré —reveló Guzmán.

—¿Yo formo parte de ese plan?

Él se acercó más aún y sorprendió a Emma al besarla con hambre y desesperación. Por más que ella buscaba desentenderse de él, no podía hacerlo. Sentía algo especial y necesitaba que él le aclarara las palabras de Álvaro.

—Tú no formas parte de eso —susurró sobre los labios de ella— porque me perteneces. No permitiré que nadie intente separarme de ti, salvo que seas tú quién me lo pida, y te aseguro que haré todo lo que tenga a mi alcance para evitarlo.

Emma se aferró a la manija de la puerta de entrada sin poder apartar la mirada de la de Fausto. Esperaba que así fuese, necesitaba creerlo. A pesar de eso, la sombra de la duda no dejó de inquietarla.

CAPÍTULO 16

Detrás de la lágrimas

El sostenido y ahogado sollozo fue lo primero que escuchó Emma no bien entró a su habitación. La penumbra del recinto no le permitió ver el estado en que se encontraba Rose, y en el mismo instante en que buscó la perilla de la lámpara para encenderla, escuchó la voz de su amiga rogarle que no lo hiciera.

—Rose —musitó Emma al sentarse en el borde de la cama—, debe de haber una explicación para todo esto, tienes que tranquilizarte.

De inmediato la abrazó al ver que la única respuesta era el movimiento convulso del cuerpo como consecuencia del llanto. En silencio, dejó que fuera liberando toda la angustia que sentía. Durante un instante creyó que podría sumarse a ese estado, porque esa noche en particular tampoco había sido fácil para ella, pero entendía que su amiga estaba peor de lo que había imaginado, por lo que debía cuidarla y calmarla. No fue consciente del tiempo que pasaron estrechadas en un silencio que hablaba de la comprensión y el cariño que ambas se tenían. No era la primera vez que se consolaban, pero nunca antes había sido por una decepción amorosa de Rose. Si bien distintos candidatos habían luchado por conquistar su corazón, ninguno lo había logrado, salvo Lindor.

—Ahora debes escucharme —susurró Emma—. Tienes que hablar con él para dejar ciertas cuestiones claras.

—¿En verdad me lo dices? —replicó sin dejar de hipar—. Supongo que será mejor que lo haga en presencia de su prometida, que es mi clienta y amiga, ¿qué te parece?

—Por favor, ella no es tu amiga.

—Pero Inesita así lo cree, y todo esto complica aún más la situación.

—Quizás él ya haya hablado con ella.

—¿Pero cómo dices algo así?

No podía barajar esa posibilidad. De solo pensarlo, se angustiaba más. Durante un segundo se puso en el lugar de la joven Almada y no soportó la decepción que sentiría si se enteraba de que su prometido la había engañado.

—Es una posibilidad. Recuerdo lo que me has contado de él y del modo en que han sucedido las cosas.

—Prefiero no evocarlo. Eso es lo mejor y lo que debo hacer.

—¿Y callarte todo el dolor por el que estás pasando y lo que sientes por él?

—Sí, eso es lo que debo hacer —aseguró la diseñadora.

—Rose, te estás equivocando.

—¿No entiendes que él va a casarse con mi clienta? —replicó en un sollozo—. A ella le estoy diseñando el vestido de boda más hermoso que pueda hacer porque deseo que esté deslumbrante para él. En cada sesión que hemos tenido, he intentado buscar el modo de que ella se luzca para ese día tan especial con el hombre que yo...

El llanto impidió que terminase la idea, aunque Emma no necesitaba que lo hiciera porque entendía a la perfección la angustia que sentía al verse traicionada.

—Sé que debería decirte que todo quedará así y que, si no lo deseas, no tienes por qué hablar del tema; menos con él, pero dudo de que así sea.

—¿Por qué lo dices?

—Porqué será él quien buscará hacerlo contigo. Deberías haber visto el gesto en su rostro cuando se acercó a hablarle a Fausto.

En medio del llanto y el dolor de Rose, Emma consideró las vueltas del destino. Mientras ella deseaba alejarse de Alconada, quien mantenía una estrecha relación laboral con Negri, Rose daría lo que fuera por que el abogado hubiese jugado limpio con ella. Creía que toda esa situación complicaba aún más las cosas, aunque prefirió callar. Era momento de buscar una solución al problema, no de entorpecer todo.

—No pongo en duda que se debe haber sentido afligido al verse descubierto por su novia poco antes de casarse. Aunque se debe haber alegrado de haberse divertido conmigo, ¿no lo crees? Emma, no me mires así y contéstame.

—No lo sé. Esa es una alternativa que despejarás si logras hablar con él.

—No lo haré. Y te pido que me dejes porque no quiero hablar ni pensar un minuto más en Lindor Negri.

Emma se fue a su cama con el convencimiento de que escucharla enojada era mejor que abatida y envuelta en un mar de lágrimas.

* * *

El día había amanecido de un gris ceniciento, parecía que una tormenta iba a desatarse en cualquier momento y que arrasaría con el sopor que flotaba en el ambiente a causa del calor instalado en la ciudad. Daba la sensación de que ese clima se había alojado en la tienda.

—Josefa, hoy debemos cumplir con algunos recados. Pensaba hacerlos en persona, pero prefiero quedarme aquí. Quiero pedirte si puedes encargarte —solicitó la señorita Wood.

—Por supuesto, hoy no quiere mojarse.

—No es eso...

—Emma, no soy tonta, me he dado cuenta de que aquí se cuece algún problema y, por lo que presiento, es grave. No dude en contar conmigo, le aseguro que soy de fiar.

Esas últimas palabras resonaron en la cabeza de la muchacha porque ya las había escuchado antes, justamente de la boca de Fausto aquella madrugada en que la había encontrado en el puerto, cuando Sofía acababa de embarcar rumbo a su nuevo destino. Con un fuerte abrazo, un chocolate caliente y esas sentidas palabras, había buscado brindarle la calma que ella necesitaba. En aquel momento, no había confiado en él lo suficiente como para confesarle los motivos por los que su amiga partía, pero, tiempo después, todo volvía a complicarse y era de hecho la confianza a lo que debía aferrarse para permanecer junto a él. Debía creer en él y desoír el argumento de Álvaro. Se dio cuenta de que no podía continuar con el hilo de esos pensamientos y miró a su empleada, que esperaba una respuesta.

—Lo sé, Josefa. Hoy en especial no quiero dejar sola a Rose.

—Lo entiendo —respondió al comprender que algo importante le sucedía a la joven Rivas—. Dígame a quién debo ver.

Emma le dio las indicaciones pertinentes y luego se sumergió en las carpetas de pedidos que tenía sobre el escritorio. A pesar del gran caudal de trabajo que la agobiaba, no quería que el tiempo le pasara sin darse cuenta y lo que era peor, sin saber cómo estaba Rose.

—Vamos —dijo Emma al irrumpir en la sala en la que Rose dibujaba—, deja el diseño que tienes entre manos, que debemos comer algo.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Debes hacerlo, Rose, y no creo que puedas resistirte a las empanadas que ha hecho Rita.

—Está bien. No te preocupes, pronto toda esta sensación se me va a pasar.

—Para eso tienes que poner de ti y comer algo.

—Traeré té para ambas.

La campanilla de la puerta sonó: Rose supo que la conversación que iba a mantener con Emma acababa de posponerse. Quizá fuera mejor, porque sabía que su amiga tenía sus problemas y que aún no se había lanzado a hablarlos por darle prioridad a los de ella. Imaginó que sería Josefa, que acababa de regresar tras realizar los trámites que debería haber cumplido Emma. Ella tampoco podía poner patas para arriba la tienda por sus dificultades personales. Dejó a un lado el lápiz que sostenía entre los dedos y levantó la vista para posarla en la persona que había entrado. Debíó aferrarse con las manos a la mesa para no desvanecerse.

—Rose, tenemos que hablar. Te debo una disculpa.

—Lindor, vete de aquí por favor.

De nada servía que lo echase, porque, con cada súplica de ella, él daba un paso más para acercársele.

—Voy a gritar —amenazó la joven.

—Hazlo, nada me va a hacer salir de aquí hasta que no aclaremos lo nuestro.

—¿Nuestro?

—Rose, ¿quién ha llegado? —preguntó Emma al ingresar al recinto—. ¿Qué haces aquí?

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. Quiero hablar con ella y necesito que nos dejes solos.

—¡Ni se te ocurra!

—Emma, quédate al otro lado de la puerta si lo deseas, pero nosotros debemos hablar y no me iré hasta que lo hagamos. Si no te retiras, yo tampoco lo haré en todo lo que resta de este día. Tú eliges.

—Está bien —replicó sin mirar a Rose, que le rogaba que no se fuera en ese preciso instante—, me quedaré del otro lado. Eso sí, asegúrate de que no rompa en llanto. No me conoces, así que no sabes cómo puedo reaccionar cuando lastiman a una amiga.

—De acuerdo —replicó él con una sonrisa.

Nunca antes había temido que una mujer pudiera cumplir con las advertencias proferidas, pero a Emma le tomaría la palabra.

—Quiero que te vayas lo antes posible, así que di lo que tienes que decir y márchate.

Rose observó con horror que él acercaba una de las sillas que había en la sala y la ponía frente a la de ella. No podía tenerlo cerca porque su cuerpo no respondía, como sí lo hacía su mente. Debería esperar unos pocos minutos hasta que Lindor le explicase lo que había ido a contarle y luego no lo vería nunca más. Como si la distancia que había entre ellos no fuera ya escasa, él apoyó los codos en las rodillas e inclinó el cuerpo hacia adelante para achicar la diferencia. La estaba devorando con la mirada. Lo único que ella necesitaba era que todo terminara lo antes posible.

—Quiero saber cómo te sientes. Te aseguro que no dejé de pensar en ti durante toda la noche.

—¿Mientras te paseabas de la mano de tu prometida? Si eso es lo que te preocupa, tranquilo. Nada de lo que me ocurra es de tu incumbencia, así que ya puedes irte.

—Te equivocas, porque aún no he empezado a hablar.

—Tampoco pienso hablar del diseño que tu novia llevará en breve, cuando ambos contraigan casamiento —soltó Rose con mordacidad.

—Solo quiero que me escuches. Como bien dices, ella es mi prometida. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Nuestras familias son cercanas y ambos participamos del mismo círculo social. Casarse, para ella, es lo más importante. Pertener a mi familia y portar mi apellido es lo que siempre ha deseado en la vida. Para mí es fundamental tener a una mujer al lado, ya que cuento con muchos compromisos sociales, y contraer matrimonio es solo un paso más, como lo ha sido recibirme, efectuar mi primer negocio o ganar un juicio.

—Te felicito; ahora, vete.

Le parecía espeluznante que alguien pudiera hablar de un modo tan frío sobre una relación amorosa. Tampoco estaba preparada para continuar escuchando los dones que su prometida tenía, ni los motivos por los que ambos estaban unidos y se habían comprometido, pero sabía que se iría solo después de expresar lo que había venido a explicar.

—Te decía —continuó, tras hacer oídos sordos a la petición de Rose— que de ese modo proseguí. Ella parecía tener todo aquello que necesitaba de una mujer. Siempre ha sido muy contemplativa con los rumores sobre otras damas que han estado en mi vida. Su silencio y falta de reclamo es lo que me había convencido de que era la muchacha indicada. Todo esto se pudo mantener hasta que te cruzaste en mi camino. No voy a negarte que creí que podía manejarme contigo del mismo modo que lo he hecho con las demás.

Un fuerte impulso se apoderó del cuerpo de Rose, y su palma salió disparada para estamparse en la mejilla de él. Lindor no se inmutó, tan solo le capturó la mano con la suya y la retuvo para luego besarla a pesar de que temblaba.

—Vete ya.

Ella insistió sin resultados mientras intentaba deshacerse de ese agarre, pero no pudo liberarse. Entonces él continuó hablando.

—No hasta que te diga que nada de lo esperaba fue lo que me sucedió. Nunca antes experimenté lo que me ocurre contigo. Siento algo que obnubila mi mente, no dejo de pensarte en cada maldito día; no tenerte no hace más que incrementar los deseos por besarte y hacerte mía. Mi gran error fue creer que yo podía continuar del mismo modo. Se ha tornado intolerable no estar contigo, no compartir cada momento de mi vida. En cada cosa que hago, pienso que serías tú quien debería estar a mi lado; tú y ninguna otra. Tu imagen inunda mi mente desde que te conocí. Intenté evitar que esto me sucediera. En algún momento pensé que eras un capricho, pero me di cuenta de que estaba equivocado.

Cada confesión que él le hacía era un puñal que se clavaba en el corazón de Rose porque todo se complicaba aún más.

—Solo necesito que me contestes una pregunta y espero que seas sincera, como yo lo estoy siendo contigo. Sé que a ti te sucede lo mismo que a mí, lo noto cuando estamos cerca, como ahora —musitó en tanto le rozaba la mejilla con los dedos, y percibió que se estremecía—. Quiero que me dejes claro si esto que te digo es verdad, que no es mi imaginación llevada por los fuertes deseos de que así sea.

Él se perdió en los ojos verdes de ella, que lo contemplaban aterrados.

—Por favor contéstame —susurró.

Ella asintió con la cabeza porque de su boca no podía brotar ninguna palabra. Tampoco pudo mentirle, no sabía cuál era el efecto que ese hombre provocaba sobre ella.

—Es lo único que deseo confirmar. Ahora podré tomar la decisión correcta con Inés.

—¿A qué te refieres? —musitó.

—A dar por finalizado el compromiso para poder tenerte y estar juntos.

—Pero ella...

Desde allí, pudo escuchar una vez más el sonido de la campanilla y se dio cuenta de que el lugar de trabajo no era el sitio indicado para ese diálogo.

—Te pido que te vayas.

—Solo si me prometes que vas a esperarme. Debo resolver cuanto antes todo esto.

Rose no pudo responderle porque los brazos de él fueron más fuertes que su propia resistencia y la boca de Lindor se adelantó al capturar la de ella para darle un beso codicioso y frenético.

La intensidad de ese contacto poco tuvo que ver con el tiempo que duró, sino con la pasión que se desató en ese breve instante en que sus labios se buscaron y sus lenguas se enredaron.

La inconfundible voz de Emma los hizo detenerse.

—Te alcanzo lo que me pediste.

Sin más, ella se levantó para ir al encuentro de su socia, que llevaba un vestido en una mano. Lo que más la sorprendió fue la imagen que por detrás asomaba.

—Inesita —musitó Rose, que no sabía qué hacer. Creía que todos se darían cuenta del sonrojo de sus mejillas, del palpitar de su corazón y del enrojecimiento de sus labios. Como si quisiera ocultarlo, se llevó la mano a la boca.

—Pero ¿qué sucede? Parece que no esperabas verme.

—Ocurre que aquí te estaban preparando una sorpresa, ¿no es así, Rose?

En ese momento, creyó que Emma había enloquecido, sin darse cuenta de que la estaba ayudando a escabullirse de semejante situación.

—Por supuesto, adelante —contestó sin saber a qué se refería su socia.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —dijo Inesita, y se lanzó a los brazos de Lindor.

—Parece que has aguado la sorpresa que él pensaba darte —respondió Emma ante el absoluto mutismo de su amiga.

Rose no pudo reaccionar al ver que, en menos de cinco minutos, el hombre que le había devorado la boca estaba en los brazos de otra mujer. Lo peor fue que, mientras duró ese instante de afecto entre los novios, él no dejó de mirar a Rose, como si de ese modo pudiera reafirmar cada palabra dicha minutos antes.

—¿A qué te refieres?

—A este vestido que él ha venido a buscar para ti —explicó Wood.

Lindor escrutó a Emma, que seguía mostrando la prenda a Inesita como si nada pasara.

—Pero qué hermoso gesto, mi amor.

El atuendo era de color azul, con un pronunciado escote acompañado por un chal de gasa con bordado de flores celestes y doradas.

—Debo irme —replicó seco—, ya terminé con lo que venía a hacer.

No había duda de que se refería a la conversación mantenida con Rose, ya que los ojos del abogado no dejaron de mantener contacto con ella.

—Imagino que no le has mostrado mi vestido de boda, ¿verdad?

—Nunca lo haría —replicó la joven Rivas con su último aliento.

—Es mejor así. No soy supersticiosa, pero dicen que eso trae mala suerte.

—Inés, no creo que algo así sea un motivo real para echar atrás los preparativos de un casamiento.

Rose fijó la vista en el piso porque no toleraba la mirada de Lindor un minuto más. La situación que estaba viviendo parecía irreal, nunca había imaginado que podría sucederle algo así.

—Te acompaño hasta la puerta.

Emma acababa de invitar a retirarse a Lindor porque, si no lo hacía, Rose caería redonda en cualquier instante.

—Hasta pronto.

Rose se sentó en la silla, incapaz de mantenerse en pie un segundo más.

—No sé qué le has dicho, pero está claro que no puedes continuar dañándola —declaró Emma, que se había detenido frente a puerta de salida para intercambiar unas pocas palabras con Negri.

—Te equivocas, no me daré por vencido, y no es a ti a quien le debo explicaciones. Si no hubieses entrado con esa prenda, habría dicho algo para acabar con todo esto. No sé por qué te sorprendes: ella me importa mucho, y no me refiero a tu clienta.

Emma se llevó una mano a la boca mientras el abogado la saludaba y se perdía bajo la llovizna que se había largado poco antes.

Dentro del recinto, Rose no pudo recuperarse mientras dialogaba con Inesita.

—Debo agradecerte.

—No te entiendo.

—Las últimas veces que he venido aquí, lo he hecho bastante triste, ¿lo recuerdas? —expuso la futura novia.

—Claro que sí. Supongo que se debe al hostigamiento de tu madre.

—En parte es por eso, pero hay un motivo más importante: Lindor.

Un frío estremecimiento corrió por el cuerpo de Rose.

—¿A qué te refieres?

—Este último tiempo, lo notaba distante. Hace mucho que nos conocemos, y me angustié al pensar que podría estar disgustado conmigo. Como sabes, los hombres tienen sus necesidades y buscan en otras mujeres todo lo que una dama decente como nosotras no podemos darles. Por eso he evitado las murmuraciones que se hacen respecto a él. Imagínate que estoy en un período muy sensible porque muy pronto nos casaremos.

—Pero ¿por qué me agradeces?

—Tan solo porque has preparado una sorpresa tan linda como este vestido. Él no suele ser demostrativo y, a pesar de eso, esta mañana lo ha sido. Te aseguro que esto ha sido una bocanada de esperanza y felicidad con respecto al futuro matrimonio con él. Perdona, no quiero restarte más tiempo. He venido porque mi madre no ha dejado de hacerme algunas sugerencias y quería comentártelas.

—La verdad es que hoy tengo un día complicado. Si lo deseas, podemos quedar en reunirnos otro día de esta semana. Preferiría que así sea.

—Por supuesto, no quiero molestarte. Rose, no te veo con buena cara, ¿no estarás incubando algo?

—No lo creo, doy por sentado que se trata solo de cansancio.

—Nos vemos dentro de unos días.

—Hasta pronto.

Emma esperó que la joven Almada se fuera para entrar. Entonces se encontró con la imagen abatida de su amiga, que estaba incluso más angustiada que antes.

—¿Qué quieres que haga?

—Gracias, amiga, pero quiero estar sola.

—Cualquier cosa que necesites, estoy arriba, en mi oficina.

Emma la conocía lo suficiente como para saber que, cuando Rose deseaba aislarse, era porque se sentía devastada. Solo una vez la había visto así, ante el conflicto de Sofia y su posterior partida.

* * *

Al otro lado de la ciudad, el puerto se perfilaba envuelto en la brisa marina bajo la constante lluvia desatada. La actividad se complicaba cuando una tormenta se avecinaba, aunque el personal estaba acostumbrado a lo dificultoso que era el trabajo allí. Fausto había amanecido bien temprano y con una nota por debajo de la puerta que le indicaba una reunión con el propietario de la casa en la que vivía. Le llamó la atención que se celebrase en el centro de la ciudad y no en la cocina de la propiedad, como solían hacer a menudo. Para él esa casa reunía todas las condiciones necesarias, además de que, al estar en el barrio de La Boca, podía moverse desde allí al trabajo con absoluta comodidad. Se había acostumbrado a habitar esa zona de construcciones pintadas con llamativos colores y a escuchar al permanente cocoliche que implicaba la amalgama de las distintas colectividades, en especial la italiana, que se había apoderado del barrio.

No le había sido fácil encontrar un hogar. Luego de haber conseguido su primer empleo como estibador en el puerto, había estado en condiciones de alquilar una habitación. Ese había sido un gran logro. Sabía que no podía darse demasiados lujos porque debía guardar dinero para su madre, que aún residía en la pequeña casa que ambos habían habitado hasta que su padre había muerto. Él se había ido de allí no solo porque buscaba independizarse, sino también por las constantes discusiones que ambos protagonizaban. Se había cansado de todo aquello y, cuando había podido, se había mudado a la vivienda que habitaba entonces. Había sentido un gran orgullo al llegar a un acuerdo con su propietario para alquilarla y mantenía la esperanza de poder adquirirla cuando la situación mejorase. Distraído con aquellos recuerdos, se centró en culminar con el trabajo para poder liberarse, concurrir a la mentada reunión y enterarse de qué era lo que ocurría.

—Jefe —llamó Anselmo—, el patrón lo busca.

—¿Está aquí?

—Sí, y por la cara que tiene, parece que no trae buenas noticias.

—Encárgate de esto, ya regreso.

Desde temprano se había dado cuenta de que ese no sería un gran día. Fausto caminó hasta adentrarse en un amplio galpón y alcanzar una escalera de metal que lo conducía a la oficina. Allí parado, en tanto miraba a través de la única ventana que había en el recinto, estaba el dueño del astillero.

—Guzmán —dijo al darse vuelta y tenerlo frente a sí—, he venido porque estamos en problemas con un barco anclado en el puerto de Rosario. El personal se niega a operar con la excusa de que no tienen las condiciones necesarias para hacerlo.

No era la primera vez que la tripulación de una embarcación se rehusaba a manejar las tareas de carga y descarga ordenadas por el capitán. Por lo general, el conflicto nacía cuando las actividades estipuladas no se condecían con los horarios a cumplir. Hasta el momento, él había

podido darse por satisfecho porque había logrado mediar en semejantes disputas al hablar con otros delegados de distintas áreas. De no arribar a un acuerdo, era la policía quien se entrometía, y luego llegaban los inspectores del Departamento Nacional del Trabajo.

—No puede ser. Antes de que partiera de aquí, se arregló todo eso. Por otra parte, hay varios delegados en aquella plaza que podrían solucionar este inconveniente.

—Si así fuera, no estaría exigiendo que vayas a instalarte allá durante un tiempo para asegurarte de que esto no vuelva a ocurrir.

—¿Me pide que me quede en Rosario?

—Así es. Eres bueno en lo que haces, y por eso te necesito allá. Considero que no tendrás problema para cumplir con tu labor.

Sin embargo, nada de eso era necesario, porque Fausto sabía que había un solo responsable de ese pedido de alejamiento con la excusa de un conflicto laboral y se quedó pensando cuál sería su siguiente jugada. De haber surgido grandes problemas con el personal, lo habría sabido. Un telegrama habría llegado a su escritorio o, en todo caso, algún otro empleado le habría hecho llegar tamaña información. Estaba convencido de que aquello era obra de un hombre que no cesaría hasta hacerle pagar y que para ello pretendía que se alejara de la ciudad, de sus actividades y de Emma Wood.

—Lamento decirle que no podré hacerlo de inmediato porque antes debo resolver algunas cuestiones.

—Hazlo cuanto antes, porque el tiempo corre.

—Lo sé —replicó.

Sin más, abandonó la oficina mientras la rabia que le fluía por las venas se aceleraba a cada paso que daba. Las gotas de lluvia le resbalaron sobre el cuerpo sin poder apaciguar el calor que lo envolvía.

—Jefe, ¿qué ha pasado?

—Por ahora, nada. Necesito que te quedes aquí y que cumplas con lo que resta. Yo debo hacer algunas cosas.

—Si quiere que lo acompañe, no tiene más que decirlo.

—Anselmo, quiero que me cubras aquí.

—Sí, jefe.

Fausto dio unas últimas indicaciones para luego abandonar la zona portuaria y cambiar aquel panorama por la imagen distinguida del centro de la ciudad. La dirección indicada correspondía a un edificio elegante con una puerta de madera lustrada con un robusto picaporte de bronce, a la que no debió llamar porque estaba entreabierta. Subió por la escalera de mármol blanco hasta alcanzar el primer piso. Luego de tocar la aldaba, un empleado le franqueó la entrada y lo hizo esperar hasta que por fin salió alguien de un despacho. Grande fue la sorpresa de Guzmán cuando vio a don Gerónimo cruzar la sala.

—¿Ya se va? ¿No era con usted con quién debía reunirme?

—Hijo, adentro te lo explicarán.

Se levantó sin entender qué pasaba, pero le bastó atravesar el dintel de la puerta para saber que aquello era un arreglo que olía a podrido.

—Guzmán, para mi gusto, nos estamos viendo demasiado seguido —lo recibió Alconada.

—¿A qué vine acá?

—Estás frente al nuevo dueño de la casa que alquilas. No debe extrañarte, soy un hombre poderoso con numerosos negocios. Pero, ante todo, soy un caballero de palabra. Por eso, cuando intentaste amenazarme, me causó mucha, mucha gracia. Bien, ahora podrás comprobar que cumplo con lo que predico. Por esa razón te exijo que, en cuarenta y ocho horas, abandones el sucucho que tienes por vivienda. Soy el nuevo propietario y quiero limpiar de ratas mi nueva adquisición.

Álvaro no tuvo capacidad de reacción cuando Fausto se abalanzó para propinarle unos cuantos puñetazos; lo único que pudo hacer fue pedir ayuda.

—Hijo de puta, te equivocas si crees que dejarme sin hogar y pretender alejarme de la ciudad va a lograr distanciarme de Emma.

El ruido de las sillas al caerse no impidió que se escuchasen los gritos de la contienda.

—Voy a hacer lo impensado para que nunca, ¿me oyes?, nunca te acerques a ella.

Dos sujetos tuvieron que agarrarlo para lograr separarlo de Álvaro.

—Ya saben lo que tienen que hacer —gimió aquel desde el piso a sus empleados.

En medio de patadas, puñetazos y gritos, fue llevado hasta la calle para ser golpeado una y otra vez por los colaboradores de Alconada. Las gotas de lluvia no lograron barrer la sangre que le brotaba por la nariz, ni limpiar las manchas rojas que le asomaban en la camisa. El aturdimiento que sentía era atroz, y poco a poco una mancha negra le pobló la mente hasta que se dejó ir.

Dentro, todo parecía seguir como si nada hubiese sucedido.

—Espero no haberme retrasado —dijo Lindor al ingresar a la oficina de su cliente—. Veo que me he perdido algo. ¿Qué te ha sucedido?

—Lo mismo de siempre cuando aparece el imbécil de Guzmán.

—¿Qué hacía aquí?

Negri repasó cómo se había producido la operación comercial. Nunca le había cerrado que Alconada quisiera adquirir un terreno en la zona de La Boca, salvo que pretendiese tirar abajo la sencilla construcción y edificar un burdel. Allí había unos cuantos, y algunos de renombre. En definitiva, él había colaborado en la operación comercial y entonces recordó que la existencia de un inquilino no había sido óbice para Alconada; muy por el contrario, le había manifestado que él podía arreglarlo.

—¿Es por él que compraste la vivienda?

—¿Tú qué crees?

—Que todo esto se está yendo de las manos.

—Pero miren, ahora el doctor Negri me viene a dar lecciones de moral. Por favor, guárdatela donde te quepa y mira estos documentos.

—Álvaro, no te confundas, yo no soy uno de tus lacayos. La documentación que tienes está revisada por mí, salvo el contrato con locación del que te quisiste hacer cargo. Doy por sentado que lo quieres fuera de la vivienda cuanto antes.

—No creas que soy un insensible, tuve la decencia de darle dos días para que abandone esa pocilga.

Lindor, sin levantar la vista, hojeó los papeles que descansaban sobre el escritorio, asintió con la cabeza para dar su conformidad sobre lo acordado y volvió a dejarlos sobre la mesa.

—Creo que ya tienes todo resuelto.

—Así es. Ahora tomemos unos whisky para brindar por mi nueva compra.

—No puedo, tengo algunas cuestiones pendientes.

—Tú te lo pierdes.

Tras cerrar la puerta de la oficina, bajó hasta salir a la calle, miró a ambos lados y caminó hacia la otra esquina en busca de su automóvil. Antes de subirse, vio un bulto que se movía detrás de un árbol. Un charco de barro y sangre lo rodeaba. Se acercó para dar vuelta el cuerpo y con sorpresa descubrió que pertenecía a Fausto Guzmán. Aún respiraba, si bien tenía contusiones que indicaban una gran golpiza.

—Fausto —susurró al ver que apenas podía abrir los ojos, pero notó que reaccionó a sus palabras.

Lo tomó por los hombros y, como pudo, lo entró en el coche.

—Al hospital no me lleves, me esperan en el puerto —musitó el herido.

Lindor no tenía opción. Si no lo llevaba al hospital, tampoco podía hacerlo a la propiedad que debía abandonar de inmediato. Dejó a un lado las ocupaciones que tenía por delante y puso rumbo a su propia casa. Allí estaría más seguro que en cualquier otro lado. Aún le retumbaba en la memoria el pedido hecho a Fausto en la puerta del teatro Colón. Le había encargado que cuidara de Rose, lo que hizo que se sintiera en deuda con Guzmán. Al echar un vistazo por el espejo retrovisor, contempló cómo yacía a lo largo del asiento trasero sin apenas moverse. Sin dudas, le habían propinado una buena paliza. No bien llegó a la casona, dispuso que fuera ubicado en una de las tantas habitaciones de la propiedad y llamó a una empleada para que preparara unas compresas para bajar la hinchazón que tenía en el rostro.

—Trae un analgésico. Cuando se espabile, se le partirá la cabeza del dolor.

—Lo imagino, señor. En alguna que otra oportunidad, he debido atenderlo a usted del mismo modo.

—Adela, no lo recuerdo —comentó al tiempo que le guiñaba un ojo—. Ahora debo atender una reunión en mi despacho.

—No se preocupe, yo me ocupo.

—Gracias.

Lindor salió de la habitación y, antes de enfilar a su oficina, pasó por la cocina para endilgarle un recado al chofer.

—Augusto, ve hasta la taberna El Tano en La Boca.

—La conozco, señor.

—Bien, habla con el dueño y avísale que Fausto tuvo un pequeño altercado, pero que está todo controlado.

—Ya salgo.

Una vez dadas las indicaciones, se concentró en la cita que tenía con dos clientes. La charla se extendió más de la cuenta y, cuando por fin acabó, se sirvió un whisky, lo necesitaba, ya que la jornada se le había complicado con el discurrir de las horas. Pensó en Álvaro, en el tiempo que hacía desde que lo conocía y en cómo todo poco a poco se había enredado. Con la segunda copa en la mano, salió del despacho para ver cómo seguía Fausto.

—Parece que está recobrando la lucidez —anunció Adela con una bandeja con apósitos manchados de sangre y algunos remedios.

—Yo me encargo.

—No se olvide de que hoy viene su padre a cenar.

—Justo lo que me falta para completar este día de mierda.

—Si quiere, le digo que...

—Despreocúpate, por hoy ya has hecho bastante —manifestó el abogado.

—Si es así, en breve él ya estará por aquí.

—Está bien.

Tras el chasquido de la puerta al cerrarse, vio a Fausto, que no de dejaba de mirarlo en tanto se esforzaba por levantarse, sin lograrlo.

—¿Adónde me has traído?

—Como puedes ver, no es un aguantadero, ni tampoco estás bajo el cuidado de Álvaro.

—Si no dejas de decir estupideces...

—¿Aún tienes ganas de pelear?

—¿Qué hago aquí?

—Fui a la oficina de mi cliente luego de que tú habías estado allí y, cuando salí, antes de abordar mi automóvil, te vi. Eras un saco de golpes, no podías ni moverte, así que te traje a mi casa.

—¿La avisaste que estoy aquí?

—Si bien nunca nos hemos caído bien, te debía una luego del pedido que te hice unas noches atrás. Si de algo te sirve, Alconada no sabe ni sabrá que estás aquí.

Desde la cama, Fausto asintió.

—Te lo agradezco, pero quiero irme.

—Lo mejor que puedes hacer es quedarte, ¿adónde vas a ir?

—Lo dices porque has sido parte de la operación de venta y debes de saber entonces que me quedé sin vivienda —dedujo Guzmán.

—Sí lo fui, pero no me encargué del tema del alquiler. Para mí era un problema menor que la propiedad tuviese un inquilino. Sabía que Álvaro no iría a vivir allí y que la tomaría como una inversión, aunque no conocía el motivo. Esta tarde entendí la razón. Más allá de lo que pienses de mí, de haberlo sabido, habría propuesto otras condiciones.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación.

—Señor, ha llegado su padre.

—Gracias, Adela, dile que ya bajo.

—Quiero irme de aquí —insistió Fausto.

—Hazlo cuando quieras.

Sin más, el doctor Negri cerró la puerta para ir en busca de su padre.

—Hijo, supongo que no te habrás olvidado de nuestra cena.

—Por supuesto que no.

—¿Ves?, por eso siempre supe que triunfarías en tu profesión —dijo al darle una palmada en la espalda—, mentir forma parte de ella —agregó con una sonrisa sarcástica—. Pasemos al salón.

La llamada a la puerta principal acalló la ríspida contestación que Lindor iba a lanzarle a su padre.

—Señor, lo buscan.

—Buenas noches —saludó trémula la recién llegada—, busco a Fausto.

—Josefa, ¿qué haces aquí? —retrucó don Negri tras darse vuelta y clavar la mirada en la visitante.

—¿Se conocen?

Si había algo que Lindor había aprendido, era a no perder la capacidad de asombro con su progenitor, quien una vez más lo sorprendía.

—He venido a ver a mi hijo.

Un fuerte silencio cubrió ese momento mientras las miradas se cruzaban en todas las direcciones. La incomodidad de ese instante se rompió recién al escucharse los pasos de Fausto al bajar la escalera.

Josefa se llevó las manos a la boca cuando lo vio asomar en la sala.

—No era necesario que llamaras a mi madre. No soy un niño, y no será la primera ni última vez que me entreviere en una pelea luego de unas copas de alcohol.

—Tienes razón, la próxima deberás aprender de mí; fijate, estoy sin un rasguño —siguió con la mentira Lindor.

—No te pases.

—Tú tampoco.

Fausto se acercó para dar su magullada mano a los presentes e irse con su madre. Mientras, el abogado se dirigió junto a don Negri al comedor, donde estaba preparada la cena.

—No me imaginaba que conocieras a esa mujer.

—¿Por qué?

—No la veo dentro del círculo de damas que frecuentas.

Una fuerte carcajada estalló en el salón. Don Negri contempló el pollo asado que había en el plato, saboreó un bocado y luego volvió a mirar a su hijo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí y que ni te imaginas.

—Entonces sería el momento justo para que las dijeras.

Don Negri tomó un fuerte sorbo de vino y miró a su hijo, quien se quedó pasmado por su silencio.

—Estoy esperando que hables.

Negri se tomó todo el contenido de la copa y volvió a servirse, porque lo que tenía que contarle ocuparía gran parte de la velada. Lindor dejó la comida a un lado al notar el entrecejo fruncido y el gesto adusto de su padre al comenzar a hablar. A medida que lo hacía, el joven empezó a sentir un fuerte escozor por el tono de la confesión que, sin evitar ningún detalle, don Negri relataba. Tuvo que beber de un tirón la copa de alcohol para digerir lo que estaba escuchando y, cuando creyó que sus propios oídos no soportarían más, interrumpió la elocución.

—¡Basta ya!

—Era hora de que te enteraras de mis andanzas, pero no entiendo por qué te pones así. No te creas que no sé que te metes con cuanta mujer se te cruza. Cada vez que escucho alguna noticia tuya, pienso que te pareces a mí, muchacho.

—Deja de decir estupideces, yo no tuve ninguna aventura con la modista de mi mujer, como tú la has tenido con Josefa. Vaya a saber con qué promesas la convenciste. Tampoco tuve nunca un hijo, como tú si tuviste con ella; y lo que es peor, Fausto ha sido criado con el convencimiento de que el padre que lo acompañó toda su vida fue quien lo engendró.

—Así debía ser —rugió, y dio un golpe en la mesa—. Quise reparar el error cuando me vino a contar que esperaba un hijo mío, pero la muy perra no quiso deshacerse del bebé antes ni después de nacer.

—Eres un egoísta —dijo Lindor, que se levantó de golpe y tiró al suelo la silla en la que hasta ese momento estaba sentado. Inclino los brazos hacia adelante para lograr tener más cerca a su padre y agregó—: Me criaste con la falsa idea de que era hijo único y me robaste la posibilidad de tener un hermano. Me negaste la alternativa de elegir tener una relación con él.

—Cállate y mira todo esto, vives con todos los lujos. Ese pordiosero no pertenecerá nunca a nuestro círculo. No creo que te guste repartir parte de mi fortuna cuando me muera.

—He estado trabajando para ganarme cada cosa que tengo, pero no he necesitado cargar bolsas en el puerto como él ha debido hacer.

—Eres un Negri. No serías lo que eres si no fuera por mi ayuda e influencias. Ni siquiera piensas en tu difunta madre. De haberse revelado la verdad, todo esto la habría destrozado — justificó.

—No la nombres ni ensucies su memoria. ¿Te crees que ella no sabía de tu conducta en tus noches de juerga?

—¿Ves? Eres digno hijo de tu padre.

—Seré un Negri, pero solo por el apellido, porque en el resto no me parezco a ti.

—Claro que sí, y más de lo que crees. Me voy de aquí y espero que pienses muy bien el paso que darás. Tienes un apellido y una familia a la que honrar.

—Vete ya mismo.

Adela hizo caso omiso de los gritos que retumbaban en los muros de la residencia y se adelantó para despedir a don Negri mientras Lindor se preparaba un whisky y cavilaba que su vida era una verdadera mierda.

CAPÍTULO 17

El misterio de una promesa

El augurio sobre el fin de la guerra y el retorno de los soldados, que al fin podrían celebrar las fiestas en paz, había dejado de ser mencionado. Las semanas pasaban, y la cantidad de muertos se incrementaba a la par de los heridos que arribaban desde el frente a distintos centros hospitalarios. Solo algunos llegaban a esa instancia, porque gran parte de ellos morían en el campo de batalla. Los centros de cuidados se habían extendido gracias a las ambulancias de campo donadas por las automotrices, junto con las pequeñas unidades móviles con rayos x, tecnología que Marie Curie había diseñado para la detección y eliminación de las esquirlas provocadas por las ametralladoras. De otro modo, no era posibles dar con ellas.

Dentro del Hospital Buffon, la actividad se había incrementado, y el personal trabajaba al máximo de sus posibilidades. No había tiempo para quejarse por el cansancio que implicaba trabajar sin respiro. Algunos de los internos de ese establecimiento, como de otros centros de atención médica, se habían ido al frente y habían dejado vacantes a cubrir, lo que hacía que se necesitase siempre más personal. Martina jamás había imaginado que ese viaje que había realizado a la capital francesa en pos de adentrarse y especializarse en la profesión que abrazada con tanto cariño pudiera cambiarla de tal manera. En los meses desde que residía en París, había estado en contacto con la muerte de un modo visceral, como nunca antes lo habría imaginado. Nada se comparaba con la experiencia que había tenido en su querido Hospital Rivadavia. Revivir aquella etapa en la ciudad de Buenos Aires le devolvía la energía en los momentos en que creía que todo estaba perdido.

La soledad que la abrigaba desde que había llegado a Europa no podía describirse. A pesar de las circunstancias y de la imposibilidad de que llegaran noticias de su país, Colin le había hecho saber que estaban todos muy bien, aunque preocupados por ella. Él era el único que estaba cerca de ella, no solo por la distancia física que los separaba, sino también porque sabía que podría recurrir a él si en verdad lo necesitaba.

Martina había intentado bloquear los pensamientos y recuerdos de Scott porque creía que era lo más sano y sensato que podía hacer, pero el esfuerzo era inútil. Una y otra vez, él se colaba hasta instalarse en su mente en las pocas horas que tenía de sueño. Las noticias que llegaban a la prensa gala por momentos eran alentadoras y en otros no tanto. El combate no daba tregua, y el conteo de bajas se había vuelto aterrador. En medio de todo aquello, ella trataba de aferrarse a la esperanza de que algún día todo acabase, aunque desconocía cuándo esa pesadilla terminaría.

—Martina, han llegado varios soldados que aguardan en la sala general.

—Vamos entonces.

—Deberías tomarte un respiro, ¿cuántas horas hace que estás aquí dentro?

—Las suficientes como para darme cuenta de que debo seguir aquí. Lo sé, Annette, debería descansar, pero ¿quién lo hace? Sabes que no podemos permitirnoslo; tú también has estado viniendo más de la cuenta.

—Tienes razón, y aunque te parezca mentira, prefiero estar encerrada aquí, entre médicos y enfermeros que me aborrecen, a estar de brazos cruzados en mi casa.

—Eso habrá sido antes; ahora te has transformado en una gran colaboradora de este hospital —dijo al tomarle la mano—. Ahora, para demostrarlo, manos a la obra.

Algunos soldados habían sido llevados hasta ahí en un estado calamitoso, casi sin poder moverse. En dos de ellos, las heridas producidas por las balas habían dañado órganos vitales y, por más que se hiciera el esfuerzo médico para salvarlos, era cuestión de horas para que perecieran.

—Martina, ven, no sé qué tiene.

La doctora lo revisó y, además de notar que tenía un estado de desnutrición importante, descubrió importantes laceraciones en los pies del recién llegado.

—Debes lavarlos con agua tibia y luego desinfectarlos con las pomadas.

—He notado que no le duele tanto cuando se los he tocado a pesar del aspecto que tienen.

—Te aseguro que, si lo sintiera, sería mejor, porque significaría que está en la primera fase de la afección. Es el pie de trinchera; la permanente humedad en la que están sumidos durante semanas y el entumecimiento que muchas veces sufren hacen que se les infecten a tal punto que, si no lo tomamos a tiempo, terminarán en una gangrena y su posterior amputación.

Las bajas temperaturas arrasaban en ese crudo invierno, lo que hacía todo más dificultoso en el campo de batalla. No había noche en que no pensara en los hombres que estaban en el frente de lucha con la permanente incertidumbre de no saber cuándo les llegaría el momento de morir. La gran cantidad de decesos de ambos bandos no le permitía pensar otra cosa. Claro que no dejaba de evocar a Scott y rogaba a Dios por que se salvara. Ladeó la cabeza y notó la preocupación de la joven francesa que, a su modo, ponía todo de sí para colaborar en la clínica.

—Cuando finalices, pídele a Ivette que te ayude para colocarle las piernas levantadas, esa es la posición indicada.

—Por supuesto, Martina.

—Debemos priorizar a este paciente y alimentarlo mejor. Su estado general no es bueno, menos

aún si es posible que deba someterse a una amputación.

El hombre tenía el torso vendado a causa de las esquirlas incrustadas en el pecho, los huesos sobresalían en la piel grisácea, y las venas azuladas se marcaban como senderos de un mapa en el resto del cuerpo.

—Voy a hacer una recorrida y más tarde regreso —anunció Martina.

—Te espero.

Caminó por el largo pasillo atiborrado de enfermos que esperaban ser atendidos, la misma imagen que había contemplado todo el mes, pues la capacidad del establecimiento estaba rebasada. Permaneció en el quirófano durante el resto de la tarde y, tras finalizar la operación que la había mantenido ocupada, creyó que sus fuerzas cederían.

—Doctora, váyase, hemos terminado y podemos arreglarnos con el personal que tenemos.

—Doctor, esa no es una buena excusa, pero al menos me tomaré un descanso.

—Si no lo hace, deberé obligarla.

—Nos veremos mañana.

El cirujano asintió sin dejar de admirar a esa joven argentina que se había puesto la responsabilidad del trabajo al hombro en una guerra que no le era propia. Desde que había llegado, había mostrado una fortaleza digna de ser reconocida. Cuando la imagen de la médica se perdió escaleras abajo, ladeó la cabeza para continuar con esa larga jornada.

Martina recorrió una vez más el familiar pasillo que la llevaría hasta la sala general, donde buscaría a Annette para que la acompañara en ese cese de trabajo y descansar. La cantidad de enfermos que antes habían colmado el corredor había mermado. Sin embargo, hubo alguien que le llamó la atención. Sin que la hubiese llamado, una mujer se dirigía hacia ella con su clásico meneo de caderas al caminar. Cuando la tuvo enfrente, comprobó una vez más la belleza que Chloé ostentaba. Suponía que ese sería uno de los tantos motivos por los cuales Scott estaba con ella.

—¿Qué sabes de él?

—Buenas tardes, y si te refieres a Scott, no es a mí a quién debes preguntarle.

—Tienes razón, pero este es un lugar desde donde puedes recabar información.

—Lo último que oí fue que estaba muy bien y que seguía haciendo de las suyas en su avión.

Una amplia sonrisa se dibujó en el hermoso rostro de la joven.

—No creas que no he utilizado todo en mi poder por saber de él, pero no ha sido posible.

—¿Sí?

—Deja de ser irónica. Conoces dónde trabajo, y me he preocupado por obtener información de boca de algunos de mis clientes, pero no he conseguido nada de valor.

Martina recordó de inmediato la primera vez que la había visto a ella de la mano de Scott al salir del cabaret Le Chat Noir entre besos y arrumacos.

—Te pido que, si te comunicas con él, le digas que necesito verlo cuanto antes.

—Si pretendes que actúe de mensajera entre ustedes, olvídalo.

—Por muy infranqueable que te muestres, sé que lo harás. Si actuases de otro modo, no podrías estar aquí en este trabajo —razonó Chloé.

—¿Qué sabes tú cómo soy o el modo en que actúo? No me conoces.

—Lo que no imaginé es que fueras tan estúpida.

—Te recomiendo que no vuelvas a dirigirte así a mí.

—También me habló de lo testaruda que eres y del temperamento que tienes. Debe de ser parte de tu atractivo.

—¿Scott te contó de mí?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo y hablamos de todo. Lo conozco más que nadie y siempre lo he amado.

Un fuerte latigazo hizo estremecer el corazón de Martina. Por más que buscara convencerse de que él no le importaba, era esa una gran mentira. Saber que otra mujer lo amaba tanto como ella la aniquilaba.

—Si es así, no sé por qué buscas información aquí.

—Te repito que necesito verlo. Lo único que sé es que la lucha aérea está intensificándose. Nada le puede pasar, él me prometió hace tiempo que...

Un silencio ominoso quedó suspendido en el corredor.

—¿Qué te prometió? —murmuró, con miedo a lo que escucharía.

—Eso no importa, lo único que debes saber es que es vital que me digas si escuchas algo de él. Sabes dónde encontrarme —finalizó.

Martina asintió con un nudo en el estómago y la vio irse con el mismo garbo. A pesar de notarla más delgada, su belleza permanecía intacta. Ese encuentro la había hecho regresar a la realidad al caer en la cuenta de que había perdido el tiempo en inútiles ensoñaciones con Scott y su esperado retorno. Había una parte de la vida de él que ella desconocía, e incluso él se lo había manifestado en las pocas líneas que le había escrito antes de partir al frente. ¿Sería de Chloé que pensaba hablarle y del amor que por ella sentía? Quizás el largo tiempo desde que se conocían había hecho que ese cariño que ambos sentían se intensificara y que no hubiese lugar para alguien más. Si así era, cada confesión y palabra dicha por él había sido una vil mentira. Chloé no le había contestado cuál había sido la promesa que él le había hecho. Debía de ser algo íntimo entre ellos dos, ella estaba fuera de todo aquello.

—Martina, ¿qué sucede?, ¿te sientes bien? —se interesó Annette, que acababa de finalizar el trabajo y buscaba encontrarse con la doctora para tomarse un respiro.

—No, y en verdad me vendrá bien un descanso.

En silencio, caminaron hasta una pequeña habitación que, durante el tiempo en que el liceo funcionaba como centro educativo, era una sala de profesores. Un amplio ventanal daba al jardín del hospital, poblado por una fina capa blanca de nieve. La joven Wood se sentó en un largo y cómodo sillón y cerró los ojos, no para dormirse, sino para aquietar la mente y evitar que la presencia de Chloé la desestabilizara más.

—Aquí tienes.

Dos tazas de té caliente, junto a unos pañuelos de hojaldre rellenos con frutas secas que rogaban ser devorados, se ubicaban en una de las mesas de la comfortable sala.

—¿De dónde los has sacado? —inquirió Martina.

—En mi casa aún se siguen preparando estas exquisiteces. Al verlas, no dudé en traerlas aquí.

—Gracias.

—A veces creo que mi familia vive una realidad distinta a todo lo que en verdad sucede. Desde que atraviesas el portón de entrada de nuestro hogar, a nadie parece perturbarle todo lo que acontece fuera, ni siquiera la mismísima guerra que se está librando. Nada altera a la familia Toussaint.

—Eso no es verdad, porque tú perteneces a esa familia y, sin embargo, estás aquí para demostrar que eres diferente a ellos.

—¿En verdad lo crees?

—Sí. A veces las angustiantes circunstancias en que las personas se conocen hacen que puedas ver más allá y ahondar en el otro. Es lo que me sucede contigo. Los graves momentos que hemos compartido nos han unido más; es ahí cuando aflora lo mejor y lo más miserable de nosotras. Te he visto actuar en esas instancias y sé lo valiosa que eres.

Martina vio el impacto que a su compañera le habían provocado esas palabras.

—En medio de todo lo que estamos soportando, me pregunto dónde y cómo he vivido hasta ahora.

—No te angusties por cómo lo has hecho, concéntrate en el modo en que continuarás.

—Gracias, Martina. No imaginas el significado que tiene para mí lo que me dices.

—No es para tanto, puedo asegurártelo.

—¿Y qué me puedes decir de lo que sucedió contigo?

—Nada que no sepas, cuestiones del trabajo en el quirófano.

—Si no deseas contármelo, te entiendo, pero te vi en el corredor en compañía de una muchacha. Me quedé a un costado y no quise interrumpirte, aunque noté cómo te afectó su presencia.

—Ella es la mujer que está con el hombre... —expresó, y respiró profundo antes de soltar esa palabra que había jurado nunca pronunciar y que revoloteaba en su interior desde hacía mucho tiempo— que amo —finalizó, como si de ese modo pudiera quitarse un peso grande que le aprisionaba el corazón—. A pesar de que no siempre el amor es suficiente. Por más que duela, debo olvidarme de él, aunque me cueste más de lo que te imaginas.

—Quizá deberías esperar a verlo y hablar con él.

—Siempre supe que en su vida lo más importante era la aviación y ahora me he enterado de que también lo es Chloé. No hay lugar para mí, y no me gusta sentirme de más, menos aún rogar por su cariño.

—Te entiendo, pero creo que a veces el orgullo no te deja ver más allá.

—Tal vez, pero es lo único que de momento puedo hacer —aseveró Martina.

—Podrías comer otro pañuelito dulce.

—Tienes razón —comentó con una tibia sonrisa.

—En mi casa no todo está mal; lo digo por esto —reflexionó al tomar un pastelito entre los dedos.

—Pienso igual.

La calma que ambas habían logrado entre confesiones fue interrumpida por unos golpes en la puerta. Sin esperar a que les contestasen, se asomó Aaron Dubois.

—Querida, qué sorpresa verte.

La imagen distendida de la Annette se transformó en un instante, la tensión se había apoderado de su cuerpo. Nada quedaba de la joven que intentaba darle esperanza a Martina.

—Veo que no estoy equivocado cuando digo que vienes aquí a perder tiempo. No puedes abandonar todo lo que tienes para estar aquí encerrada. Tienes un lugar que ocupar a mi lado. No creo que este sea el sitio indicado para tomar el té con tu nueva amistad.

—Señor Dubois, me gustaría aclararle que, si hay algo que ella no hace, es perder tiempo. Desde que ha ingresado aquí, se ha transformado en un pieza importante para este hospital, no tiene más que averiguarlo.

La expresión de asombro de Annette dio cuenta del desconcierto ante la osadía de Martina al desafiar a prometido para que averiguase quién era ella allí dentro.

—Entiendo que busque protegerla, pero para eso estoy yo. Annette, he venido a buscarte; vámonos.

—No te preocupes, yo también lo haré. La jornada de hoy ha sido larga, y mañana nos espera un día igual —avisó Martina.

—Gracias —murmuró Annette al abrazarla y sentir cómo la comprendía en ese momento de incomodidad—. No veremos mañana.

Ella lo afirmó para que su prometido supiera que no iba a claudicar en regresar al centro médico. Él le había dicho que no soportaba que ella estuviera en contacto con otros cuerpos masculinos, y lo que más le había dolido había sido que ese argumento era respaldado por sus propios padres, quienes le daban un apoyo absoluto. Ella sabía que no estaba haciendo nada malo, muy por el contrario, era la primera vez en la vida que se sentía hacer algo importante, y no de la mano ni de él ni de los suyos. Algo que había nacido del impulso de ayudar a su propio modo.

Poco después de haberse ido Annette, Martina hizo lo mismo y abandonó el lugar arropada en el abrigo de paño y la bufanda. Se aferró al calor de las prendas y al recuerdo de Rose, que las había diseñado. Cuánto extrañaba a su amiga y a su hermana. ¿Cuánto tiempo debería transcurrir hasta al fin poder reunirse con ellas? El fuerte viento la abofeteó, y caminó con prisa hasta llegar al edificio.

—Pierre, ¿aún sigue aquí?

—*Mademoiselle*, ¿recién llega?

—Tiene razón, gracias por esperarme.

El hombre le hizo una venia mientras inclinaba la visera de la gorra que ostentaba como parte del uniforme y la vio adentrarse en el ascensor hasta el quinto piso.

El cansancio que Martina llevaba acumulado apenas le permitió cambiarse y, tras tomar un caldo bien caliente, se arrojó en la cama para dormir. En medio de la noche y con la mente atiborrada por el agotamiento y la pesadez que sentía, creyó ver una imagen en la habitación. De a poco abrió los ojos, y la sorpresa la hizo saltar del lecho.

—Siempre te despertabas al mínimo ruido —manifestó el recién llegado con una amplia sonrisa—. Levántate y saluda a tu hermano.

A Martina le costó reconocer que lo que escuchaba no era producto de la imaginación y que Colin estaba con ella. De inmediato salió de la cama y se arrojó a los brazos de él. El sonido del llanto que ella había reprimido durante tanto tiempo emergió desde sus entrañas, y los espasmos de su cuerpo fueron calmados por él. Por más que fuese su hermana menor y que la hubiera visto llorar antes, no resultaba fácil. Él siempre había sabido lo doloroso que sería para ella abandonar Buenos Aires, con todo lo que ello implicaba. Amigos, familia y todo por cuanto había luchado habían quedado atrás. Una nueva tierra en guerra la había acogido. Aún recordaba las discusiones mantenidas en la ciudad y que de nada habían servido.

—Perdón, estarás cansado del viaje —dijo al poner distancia y, con la manga de franela del pijama, limpiarse el rostro de la humedad que lo cubría para mejorar su aspecto—. No te imaginas la felicidad que me da que estés aquí. Te prepararé algo caliente.

—Eso me vendría muy bien.

Colin se sentó en un sillón en tanto observaba el entorno. Él se había encargado, junto a su padre, de conseguir ese alojamiento.

—¡Quiero saber qué novedades tienes!

—Y yo quiero que me traigas algo para comer —repuso gracioso.

—Aquí tienes: no me pidas más porque es lo más valioso que tengo.

Un tazón de caldo caliente acababa de aterrizar en la pequeña mesa, junto a un sándwich de tocino y queso que conservaba para ocasiones especiales. Ella se preparó un té caliente con algunos dulces que esa tarde había comido con Annette.

—No querrás saber el estado en que nuestros padres están al no poder venir aquí.

—Lo imagino —comentó nostálgica—, deben haber intentado abordar todos los barcos.

—Así es, pero les insistí en que no lo hicieron. Les pedí que se concentraran en Buenos Aires; Emma los necesita, y aquí me tienes a mí.

—No sabes cómo las extraño, aunque ellas están todas juntas: Emma, Rose y Sofi.

Escuchar ese nombre no dejaba de alterarlo. No verla desde hacía tiempo y no saber qué sentía al estar tan lejos de Argentina lo inquietaba. Cuánto habría dado por ser él quien la llevase por las calles neoyorquinas.

—Sofi abandonó la ciudad.

Colin comenzó con el relato sobre el nuevo destino de la joven Molina ante la sorpresa de Martina, que no daba crédito a todo lo que escuchaba. Siempre había sabido de primera mano sobre las argucias de Cándido, pero nunca había imaginado que pudiera llegar a tanto.

—Quieres decir que, después de mi partida, ¿Sofi huyó junto a Helen a Nueva York?

—Así es. Con las circunstancias en que vivimos, que se mantenga en un país neutral es lo mejor que puede ocurrirle.

Él no le mencionó que rogaba que esa posición política se mantuviera y que el Gobierno estadounidense no se sumara al conflicto armado.

—Al menos en esa tierra lejana está a salvo.

—Eso es lo que me deja tranquilo, pero quiero que me cuentes cómo estás tú.

Martina intentó acomodar sus propios pensamientos para no angustiar a su hermano.

—Llegué con mucha ilusión, aunque nunca imaginé que iba a encontrarme en medio de una guerra. Siempre estuve cerca de la muerte en mi trabajo, pero, con un conflicto bélico mediante, es más profuso el dolor, la pérdida y, lo que es peor, la esperanza por sobrevivir.

—Martina, lo único que puedo ofrecerte es que te vengas conmigo.

Colin había barajado esa posibilidad; sin embargo, no era la que más lo atraía. Si bien en Londres no se vivía, hasta ese momento, tan de cerca la guerra como en París, había algo que a él siempre lo preocupaba. Durante el tiempo que llevaba trabajando como agente secreto, había tratado de ocultar los vínculos personales para evitar que alguien que quisiera venganza pudiera atacar a su familia para perjudicarlo o sacar algún rédito. Sus afectos eran su punto débil y uno de los motivos por los que se había alejado de los Wood. Pero entendía que estar en la capital francesa era más preocupante que tener cerca a su hermana y que de ese modo podría controlar lo que sucediera con ella.

—Sé que estás intranquilo, pero me quedaré aquí. Amo lo que hago, y es aquí donde le he encontrado el verdadero sentido a todo lo estudiado. Además sé que estás cerca y que, ante cualquier dificultad que tenga, estarás aquí.

—Así será —prometió, y extrajo del bolsillo de su pantalón una esquila—. Aquí tienes los datos de una persona que sabrá dónde ubicarme si no logras comunicarte conmigo. No te preocupes, si lo necesitas, estaré contigo lo antes posible.

—Prefieres no decirme a qué te dedicas, ¿verdad?

—Es mejor así. En tiempos de guerra, todo vale, y permanecer en la ignorancia de ciertas cuestiones te concede la garantía de sobrevivir.

—Entiendo —replicó apesadumbrada por la actividad que su hermano pudiera desarrollar.

—Me has preguntado por todos salvo por Scott.

Un frío le atravesó todo el cuerpo. Con que alguien lo nombrara, los nervios de Martina reaccionaban.

—No lo hice porque lo he visto aquí antes de que se marchara al frente.

—Sabía que vendría a verte. Fue un pedido que le hice y que sé que ha cumplido.

—Sí, puedes estar seguro de que no ha dejado de insistir en su objetivo de que abandone la ciudad. Ha hecho de todo —comentó con una mueca sarcástica que solo ella podía festejar— para lograrlo. Desde que partió, ya no supe más nada.

—Entonces, alégrate porque, hasta lo que sé, él está bien. Intento, del modo en que puedo, estar en contacto y tener información de él.

Martina sabía que podía complicar todo si intentaba averiguar algo más, pero había caído en la tentación de indagar sobre el tema al tener a Colin delante.

—Alguien ha venido al hospital para preguntar por él. Déjame pensar —simuló, como si no tuviera sellado en la mente el nombre de la joven francesa que amaba a Scott.

—¿A quién te refieres? —preguntó preocupado.

—A una joven llamada Chloé, ¿puede ser... o me he equivocado?

—Ah, sí, no te has equivocado. Ella reside aquí y es una vieja amiga, bueno, no sé muy bien cómo catalogar esa relación, pero ella es importante para él. ¿Qué quería saber?

Martina trató de disimular el fuerte dolor que sentía al disipar la posibilidad de que Chloé exagerara y le hubiera mentado acerca del vínculo con Scott.

—Sobre él, cómo está.

—De seguro él le ha dicho que era ahí donde podía encontrarte por si necesitaba algo. ¿Está tan bella como siempre?

—Sí, es hermosa —contestó estoica. Debía cambiar de tema porque su hermano se daría cuenta de que algo le ocurría—. No me has dicho hasta cuándo te quedarás.

—Vine para verte y saber de ti. No es lo mismo estar contigo que enterarme por unas frías líneas en las afirmas estar bien. A última hora de hoy, me iré.

—¿Tan pronto?

—Así es; además, durante el día tengo que encargarme de algunas cuestiones pendientes.

—Y no me dirás cuáles son.

—Veo, hermanita, que vas aprendiendo. No te lo diré —replicó con una sonrisa cómplice.

—Puedes quedarte aquí.

—No pensaba irme, te lo aseguro.

Martina miró a través de la ventana. Aún era noche cerrada, faltaban unas horas para que amaneciera y tuviera que volver a la actividad.

—Ve a dormir unas horas, yo haré lo mismo. Ambos lo necesitamos —aconsejó Colin.

—¿Te veré cuando regrese?

—Debo partir a las ocho de la noche. No me iré hasta que vengas.

—Por supuesto. No habrá urgencia que me retenga en el hospital y me impida despedirme de mi hermano.

—Ahora que está todo bien, dime, ¿dónde hay una colcha?

Ella fue a buscar una dentro de su habitación y le indicó que hiciera uso de cuanto necesitase en su ausencia.

El resto de las horas que la alejaban del alba se diluyeron pronto, y las primeras luces del día comenzaron a entrar por la ventana. Esa vez sintió deseos de quedarse allí para disfrutar más de Colin y de la cercanía con la familia, que extrañaba tanto. Pero no podía, porque además no quería que él notase que, más allá de hacer lo que amaba, ella sufría por la distancia con su gente. Luego de calentarse un café y comer algo rápido mientras veía a su hermano dormir con placidez, salió de allí en silencio para evitar despertarlo.

* * *

La jornada en el hospital se había presentado muy activa, por lo que ni siquiera se había podido detener para hablar con Annette.

—Martina, he cumplido con las indicaciones que me diste sobre el paciente que tenía en muy mal estado los pies.

—Aún no he podido verlo. Confío en que has hecho un buen trabajo.

—Si es así, no ha dado resultado, porque sigue muy mal.

—En tal caso, no ha sido por lo que has hecho. Cuando lo vea, te diré, pero quizá no hemos llegado a tiempo.

—Si lo deseas, hoy podemos irnos juntas. Quisiera hablar contigo.

—Me encantaría, pero hoy no podré. Tuve la sorpresa de que mi hermano, que reside en Londres, vino a verme. No me preguntes cómo lo ha hecho, pero hemos estado hablando parte de la noche. Hoy regresa a Inglaterra, y no quiero retrasarme porque deseo despedirlo.

—Por supuesto —dijo Annette con una sonrisa—. Te aseguro que daría lo que fuera por sentir esa felicidad que transmites cuando hablas de tu familia. Claro que no es el mismo sentimiento que despierta la mía... No deseo entretenerme con mis problemas.

—Mañana hablaremos más tranquilas, pero eso no debe angustiarte, muy pronto tendrás tu propia familia o la que decidas tener, ¿verdad?

Una vez más, Martina había dado en el blanco al respecto de los sentimientos y conflictos de la joven francesa. Eso la atosigaba, qué iba a hacer con su prometido y con todo lo que vendría.

—Por supuesto. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Sin más, Annette se alejó por el largo corredor para continuar con sus obligaciones y liberar a Martina para que, luego de terminar su labor en el hospital, pudiera decirle adiós a su hermano.

Martina recorrió el trayecto de regreso a su vivienda más rápido que de costumbre para llegar a tiempo. En ese instante, se dio cuenta de la soledad que la rodeaba y de lo diferente que sería que alguien la esperase en casa. A pocos pasos de arribar, se dio cuenta de que era eso lo que había elegido y de que no era momento de arrepentimientos. No bien cruzó el portal de entrada, notó que Colin aguardaba sentado en uno de los sillones con el entrecejo fruncido y una copa de whisky en una mano.

—Hola. Parece que las horas que has estado aquí no han sido muy tranquilas, y no me lo niegues porque tu rostro lo dice a gritos.

—Dime qué es esto —rugió, con la carta que Scott le había escrito entre los dedos. Ella no necesitaba leerla porque recordaba de memoria cada frase volcada en el papel.

—¿Qué haces? ¿Has husmeado entre mis cosas? —acusó ella con furia. Al menos pretendía enterrar en su corazón lo que había vivido con Scott, lo que menos quería era que Colin tomase conocimiento de aquello.

—¿Crees que, si en verdad buscase algo, no lo habría encontrado en unos minutos?

—Desconozco tus habilidades, pero poco me importa. Dame eso —rogó al lanzarse sobre él sin lograr atrapar la misiva.

—¿Qué fue lo que te hizo este hijo de puta? —vociferó.

—Nada, no debes preocuparte.

—¡Qué no! Le he confiado tu cuidado, me he quedado tranquilo al saber que te vería y te convencería para que regresaras, pero el muy maldito se aprovechó de ti. Dime qué te hizo porque...

—Basta, Colin, deja de actuar como papá —dijo con los ojos enrojecidos por la rabia y decepción por lo poco que había durado la historia con Scott—. No ha hecho nada que yo no quisiera, y deberías confiar un poco más en mí.

—¿Sientes algo por él? Dime que no es así. Él es un hombre que no te conviene, nunca le confiaría a alguna de mis hermanas.

—Entiendo que él es como tú, que, sin pensar mucho, le has partido el corazón a Sofi, y no me lo niegues.

—No estamos hablando de mí, sino de ti.

—Colin, por favor, no quiero que discutamos en los últimos minutos antes de tu partida. Sé arreglar mis cosas, puedo asegurártelo.

Él la envolvió en un fuerte y cálido abrazo. Con ella había hablado de más. No era con Martina con quien debía solucionar ciertas cuestiones.

—Tienes razón, pero quiero que sepas que, para cualquier tema que me necesites, yo estaré. Toma —dijo al hacerle entrega de la carta.

—Lo sé.

Ella vislumbró al pasar las últimas frases de esa carta:

Solo me resta pedirte que te cuides mucho y que, si en verdad me necesitas, dejes tu orgullo a un lado y, como te dije en una oportunidad, recurras a mí, porque yo siempre estaré para ti.

Te quiero.

Scott.

—A ninguno nos gustan las despedidas, así que vete del mismo modo en que has entrado.

Colin recogió la pequeña bolsa de cuero que había llevado con él y caminó hacia la puerta para abandonar el lugar. Había sido duro despedirse de su hermana y dejarla en París que parecía a punto de arder en cualquier momento. Había notado también que había dejado en Buenos Aires a otra Martina, más pequeña, más aniñada, porque ella ya no era la misma. La guerra, junto con la soledad y el duro trabajo que ejercía, habían hecho mella y la habían transformado en una mujer más dura y segura de sí. A pesar de eso, había reconocido la angustia y el dolor que representaban para la muchacha hablar de Scott, a quien él hasta entonces consideraba su mejor amigo, su hermano, el hombre en quien más confiaba. Todo eso acababa de quedar atrás. No se guardaría el sabor amargo de saber que Martina sufría por ese hijo de puta que no podía darle lo que ella se merecía.

Tras el chasquido de la puerta al cerrarse, un gran desconsuelo se apoderó de Martina. Con la carta entre los dedos, lloró como hacía tiempo no lo hacía. Debía dejar atrás lo que sentía por Scott, pero no sabía cómo lograrlo. Tampoco había pretendido ser la causante de la ruptura de la amistad de él con Colin. Se sentía una estúpida al no haber sido elegida, por haberse transformado en la promesa de Scott a su hermano de hacerla regresar a Buenos Aires. Sin dudas, él había puesto todo su empeño en lograrlo.

CAPÍTULO 18

El fuerte impacto de la verdad

Los días se sucedían entre arduas jornadas llevadas a cabo en el Hospital Buffon. Adentro, la mañana se confundía con la noche, sin que uno pudiera ser consciente del discurrir de las horas. El personal estaba en el límite de sus capacidades. Martina era la única que no se quejaba del esfuerzo que hacía, pues estaba convencida de que esa actividad le permitiría ocupar la mente y olvidarse de todo lo que la lastimaba.

—Annette, si deseas irte a descansar a tu casa, hazlo.

—¿Tú lo harás?

—No, he cambiado mi turno y me quedaré. Espero que sea una noche tranquila luego de los últimos días que hemos tenido.

—Me quedaré contigo. No veo que se haya quedado gran parte del personal —observó la voluntaria.

—Creen, como yo, que esta noche será apacible.

—Comamos algo primero.

—Di que has traído algo de tu casa.

—Por supuesto.

Ambas enfilaron hacia la pequeña sala que se había transformado en su lugar de confesiones. En varias oportunidades, los deseos por contarse lo que les ocurría eran arrasados por la realidad que les tocaba vivir allí dentro. Martina no dejaba de escuchar a su amiga y se daba cuenta de que la relación que aún mantenía con Dubois pendía de un hilo.

—Annette, deja de disculparte por el comportamiento de tu prometido, conmigo no necesitas hacerlo y no lo harías si compartieses en algo su manera de ser. No me has pedido un consejo, pero lo único que puedo decirte es que te tomes tu tiempo y no apresures la decisión de casarte con él. Tienes la excusa perfecta al trabajar aquí, no la desaproveches.

Escuchar a Martina le aliviaba la culpa que por las noches la abrumaba. No sabía cómo hacer para distanciarse de Aaron. Siempre se había imaginado una vida con aquel hombre cuya familia era una extensión de la suya, y la fortaleza que sentía cuando conversaba con Martina se

desvanecía cuando hablaba con él.

—No quiero que lo que dije te angustie. Deja de darle vueltas al asunto —replicó la médica, y se quedó pensativa, con la mirada dirigida hacia la puerta—. ¿Puedes escuchar el silencio? ¿Hace cuánto que esto no sucede en el hospital?

—Tienes razón, es mejor que lo aprovechemos y descansemos hasta mañana.

En cuestión de minutos, ambas estuvieron tendidas sobre los sillones del recinto luego de haber comido las exquisiteces que se cocían en la residencia Toussaint. Las dos necesitan un respiro de la incansable labor que desarrollaban allí dentro. El resto del personal médico también lo creía y por eso se presentarían a primera hora de la mañana siguiente. En mitad de la noche, sin embargo, las despertaron unos potentes gritos proferidos desde el exterior. Sin dudarlo, se levantaron para averiguar qué sucedía, sin imaginar que se encontrarían con semejante cuadro: un grupo de soldados que había sobrevivido a una emboscada ingresaba al establecimiento. Martina dudaba de que alguno pudiera pasar la noche, pero, sin demoras, comenzaron a asistirlos. El reguero de sangre que dejaron al ser llevados a la sala común tiñó de escarlata todo el piso. Ante la falta de personal, la joven debería ocuparse sola de intervenirlos en caso de que fuera necesario para salvar la vida de alguno de ellos.

—Ubica a esos pacientes en la parte de atrás.

—Pero ¿no están en un estado delicado?

—Annette, no me discutas y haz lo que te ordeno. Debo priorizar a los recién llegados. Te preparé para actuar en una ocasión como esta, ponlo en práctica.

La joven ayudante aisló sus oídos de los llantos de dolor para evitar que el miedo se apoderase de ella y se encargó de tapar con una sábana los cuerpos de los soldados que habían perecido. El ahogado murmullo proveniente de una de las camas la alertó, por lo que se acercó, sin poder ver el rostro de ese soldado que, entre quejidos de sufrimiento, intentaba hablar. Acercó el oído a los labios del herido con la intuición de que estaba delirando.

—Por favor sálvame —musitó y, en un esfuerzo sobre humano, reiteró—: No me dejes morir.

Nunca nadie le había hecho sentir que ella valía tanto y que de su obrar dependía la vida de alguien. Lo miró y supo que haría lo imposible por socorrerlo. Le colocó morfina para calmar los fuertes dolores que lo aquejaban, le limpió las laceraciones que tenía e hizo el procedimiento que la doctora le había explicado para cuando aparecían esos casos. Exploró las lesiones y se quedó con el paciente en tanto se dedicaba a todo lo que, hasta el momento, no había puesto en práctica.

—Annette —la llamó Martina desde atrás—, cuando termines, por favor, ven.

—No puedo, estoy con un herido que aún me necesita. Puedes arreglarte sin mí —replicó sin ser consciente de sus propias palabras.

La mañana pronto las alcanzó sin que hubieran tenido tregua en ese arduo trabajo. Al llegar la ayuda del resto del personal médico, pudieron tomar un descanso.

—Doctora, es suficiente, ahora nos ocuparemos nosotros de los ingresados.

—Está bien.

—Doctor, le pido que me tenga al tanto sobre el paciente que está en la cama tres. No quiero que lo tome a mal, pero... —expresó la joven francesa.

—Doctor —intercedió Martina al ver el gesto adusto del profesional al recibir órdenes de una asistente—, Annette no se lo dirá, pero ha trabajado a la par conmigo y ha hecho una gran hazaña con ese paciente. Todos conocemos lo que se siente tratar a nuestro primer herido al borde la muerte.

—Por supuesto, doctora. Annette, si pretende continuar atendiéndolo, váyase a descansar —replicó serio antes de perderse por uno de los pasillos de la institución.

—Debemos irnos, pero antes voy a pasar por el baño para limpiarme un poco —apremió la doctora.

—Gracias, Martina, por tu intervención. No me mires así por haberte agradecido. Y yo también haré lo mismo, pasaré por el baño y, dentro de quince minutos, te veré en la puerta de entrada.

Cuando volvieron a encontrarse, el aspecto de sus ropas había mejorado, aunque los vestigios del cansancio por la noche anterior estaban presentes en sus rostros.

—No creía que esta mañana fuese a complicarse aún más —dijo Annette al señalar el automóvil estacionado al otro lado de la acera—. Es mi padre. Por favor acompáñame.

No sabía desde cuándo la estaba esperando, lo único certero era la retahíla de reproches que recibiría no bien lo tuviese enfrente.

—Por supuesto. Al menos estás presentable —replicó cómplice—. No le hagas caso, piensa en el buen desempeño que has tenido ayer. Eso sí, no todo dependerá de ti. Sabes que el estado de ese soldado está muy comprometido.

Annette no podía dejar de pensar en ello, ni siquiera durante el trayecto en el coche de su padre. Martina pudo percibir la incomodidad del señor Toussaint no solo con su hija, sino también con ella. Agradeció, cuando estacionó en la puerta de su edificio, que el viaje hubiese finalizado y le prometió a Annette verse a primera hora del día siguiente. Al bajar, inspiró una fuerte bocanada del aire frío de esa mañana.

—Pierre, parece que el tiempo empeora a cada hora —comentó al entrar.

—El crudo invierno no da tregua. *Mademoiselle*, si necesita algo, yo me quedaré por aquí.

—Gracias —contestó con una sonrisa. Saber que alguien la esperaba, aunque fuese el portero, le daba cierta alegría.

Con las llaves en la mano, entreabrió la puerta para ingresar, pero al hacerlo se coló un perro que, sin dejar de mover la cola, ingresó al apartamento. Fue tal la sorpresa que no tuvo tiempo para echarlo, menos aún cuando escuchó una voz muy familiar.

—Luck, compórtate.

—Scott, ¿qué haces aquí? —preguntó tras darse vuelta.

—Vine a verte, ¿no me vas a dejar pasar?

¿Cómo podía ser que las manos nunca le temblaban ni dudaban en la sala de cirugía, pero, cuando estaba cerca de él, un fuerte estremecimiento se apoderaba de su cuerpo? Fue grande la conmoción por verlo después de los largos meses transcurridos. Ella había creído que estaría preparada para alejarlo no bien volvieran a cruzarse. ¡En cuántas oportunidades había soñado con el momento en que ella, de manera indiferente, le había dicho que no quería volver a verlo! Esas habían sido sus últimas palabras luego del nefasto encuentro con Chloé y él fuera del cabaret.

No dejó de contemplarlo y lo notó más delgado, con las facciones del rostro endurecidas y el brillo de los ojos más apagado, salvo en el instante en que clavó la mirada en ella. A pesar de todo, estaba tan atractivo como siempre.

—No creo que sea lo mejor.

—No me trates peor que a mi perro.

No dudó en abrir la puerta y dejarlo ingresar. Fue directo a la cocina para calentarse un té, ofrecerle algo y poner distancia dentro del pequeño recinto. Necesitaba quitarse de encima el estupor que le provocaba estar allí con Scott. Cuando llevó la bandeja a la sala, pudo hacerlo sin derramar el contenido ni romper la botella de cerveza que aún quedaba de la anterior vez que habían estado juntos. Si él recordó ese hecho, nada dijo, y en silencio abrió la bebida.

—¿Cómo estás?

—Bien, ya me he ambientado a estar aquí y a hacer mi trabajo.

—Lo haces de maravilla, pregúntale a mi compañero de vuelo. John no deja de agradecer tu intervención, dice que lo has salvado.

—¿Lo has visto?

—No, él ha quedado fuera de servicio, y es lo mejor que ha podido pasarle. No está preparado para la guerra. No sé si alguno de nosotros lo está, pero John menos que cualquiera. Me ha enviado una carta en la que relataba su estadía en el Hospital Buffon y resaltaba la brillante atención de una doctora de cabello colorado. Por su descripción, no tuve dudas de que eras tú.

—Scott, no necesito estos cumplidos, y menos de tu parte.

—Estoy aquí porque deseaba verte y hablar contigo. Si no me hubieses abierto la puerta, habría logrado encontrarte de alguna manera. Aunque no puedes negarme que Luck ha sido más convincente que yo.

—¿Desde cuándo lo tienes? —cuestionó al verlo tirado a un costado de Scott con el hocico sobre las patas sucias.

—Él, junto con otros dos, se transformaron en las mascotas del escuadrón. De ahí su nombre. Uno ya no sabe a qué aferrarse para convencerse de que regresará luego de la misión. Acariciarlo traía suerte, al menos es lo que quisimos creer. Te aseguro que es muy duro cuando la jornada de combate acaba y el único sonido que recuerdas es el silbido de las armas al dispararse y el sordo rugido de los aviones al caer en picada junto al destello de las llamaradas al desplomarse. En plena noche, no tenía cartas ni alguna fotografía para contemplar, como la mayoría de mis compañeros. Todos ellos sabían que alguien los esperaba al otro lado de la línea de guerra. Era ahí cuando me daba cuenta de lo pequeños que somos. A pesar de todo eso, mientras estaba en tierra, no dejé de pensar en ti. Me conformaba saber que no necesitaba un retrato para recordarte, pensarte y preocuparme por que estuvieras a salvo en medio de todo esto.

Martina tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no le brotaran lágrimas de los ojos. No podía permíteselo, no delante de él. Por momentos se cuestionaba qué le pasaba, cuándo había cambiado de esa manera para transformarse en una sentimental. Por más que continuase preguntándose, sabía que, a partir de haberse enamorado de él, ya nada había sido igual.

—No me ha sido fácil venir hasta aquí. Tuve que hacer algunos malabares para acompañar a uno de mis comandantes que debía cumplir con una visita en París. Tengo poco tiempo para permanecer acá.

—Entonces habla, porque he tenido un día complicado y estoy cansada.

—Sí, doctora —respondió en tono de mofa por la distante actitud—. Si deseas distanciarte de mí, hazlo, pero eso no cambiará lo que siento por ti. Sé que ha estado contigo Chloé y que ha preguntado por mí.

—Eso quiere decir que la has visto a ella; quiero decir que has venido por ella —comentó tras el estupor que le provocó esa confesión.

—También la he visitado a ella.

—Scott, no me interesa escuchar lo que viniste a decirme, solo quiero saber qué significa ella para ti.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ambos compartimos distintos momentos cuando éramos más jóvenes y también tuvimos algo más que una amistad. Yo sentía algo especial por ella, pero la necesidad de dinero nos hizo tomar distintos rumbos. Ella buscó en otros hombres un porvenir. El trabajo en Le Chat Noir, el cabaret en el que se desempeña, le permitió vivir mejor y según sus preferencias. Nunca toleré que ella se entregara al mejor postor, por lo que nuestras discusiones se hicieron constantes. Ya nada quedaba del fuerte sentimiento que al menos yo había tenido por ella. Si bien seguimos viéndonos cuando viajaba aquí, nada fue igual. A pesar de eso, siempre ocupó un lugar importante en mi vida porque formó parte de mi familia. Sabes que no tengo una, salvo la tuya.

Ella asintió, consciente de que, luego de la visita de Colin, nada sería lo mismo entre Scott y los Wood.

—Por más que las comunicaciones en este momento son complicadas, ella hizo lo posible por que supiera que necesitaba verme. Sé que es caprichosa y que le cuesta aceptar una negativa, que fue lo que sucedió la última noche que te vi. Solo podía pensar en ti y en la decepción que significó para ti. Pero respeté tu necesidad de un tiempo, aunque no aguantaba más mantenerme alejado.

—¿Cuál es el motivo por el que ella quería verte? Mencionó una promesa que le hiciste —recordó Martina.

—Ella nunca se da por vencida, menos conmigo, por más que he intentado explicarle cómo es todo entre nosotros. El motivo por el que necesitaba verme es que se está muriendo.

Esas palabras provocaron un fuerte impacto en Martina, cuya mente de inmediato voló hacia el encuentro que había tenido con ella en el hospital.

—Sufre de tuberculosis y está en una etapa avanzada. No debo explicarte a ti de qué se trata.

—No —dijo, culpable por haberse sentido celosa de que Scott hubiese concentrado por completo la atención en la joven francesa—. Lo lamento. La vi un poco desmejorada, pero no imaginé algo así.

—Estoy seguro de que, cuando fue al hospital, lo hizo muy arreglada para cubrir las huellas de dolor y cansancio que la aquejan.

—Si vas a estar con ella, debes cuidarte, porque podrías contraer la enfermedad.

—Lo sé. Por el momento se instalará en las afueras de la ciudad para recluirse.

Un silencio aciago recayó sobre ambos. Desde esa perspectiva, ella no tenía mucho que decir.

—Si eso es lo que has venido a contarme, puedes irte tranquilo. No haré nada al respecto.

—Le prometí que cuidaría de ella y de su familia si algo le ocurría.

—Y ha llegado el momento de que te ocupes de eso.

—Del modo que pueda, porque en breve estaré en el frente. Además, por más que no lo quiera, sé que todo esto que te cuento puede cambiar las cosas entre nosotros.

Ella no pudo dimensionar el significado de lo que afirmaba, y él tampoco deseó ser más claro en una cuestión que aún quedaba fuera de esa charla.

—Scott, entre nosotros nada ha cambiado porque aún no hemos comenzado. Es mejor que así sea.

—¿Eso es lo que crees?

—Sí. Es mejor que te vayas.

Martina prefirió no esquivar la profunda mirada que él le lanzó. Lo vio levantarse sin quejarse y colocarse la casaca de cuero para luego caminar unos pocos pasos hasta alcanzar la puerta. En ese momento pensó lo que significaría no volver a verlo, lo siguió y, antes de tomar la llave para abrir la cerradura, él la aferró por la cintura y la estampó contra la madera de la puerta. Con hambre y desesperación, la besó. No hubo palabras dulces ni promesas vanas. Las manos de él comenzaron a recórrela, y los gemidos de ella poblaron la sala hasta nublarle la mente. El deseo de tenerla y hacerla suya no le permitía detenerse.

—Pídemme que me vaya y te dejaré —suplicó sobre los labios enrojecidos e inflamados por los besos que se prodigaban—. Martina, hazlo ya.

En ese instante, no replicó lo que tiempo atrás habría dicho. Frente a la diaria visita de la muerte, necesitaba un momento de esperanza; sentirse amada aunque fuese en esa única oportunidad. No sabía si él volvería de su misión a salvo, ni tampoco si ella lograría sobrevivir a esa guerra. Se merecía un minuto, solo un instante de felicidad, sin que nadie lo cuestionase, ni siquiera ella misma.

—No lo hagas, no te detengas por favor —musitó ante el asombro y la felicidad de él.

Scott la tomó por la cintura y la llevó hasta el cuarto. La desvistió con premura y, sin dejar de acariciarla, deslizó la boca por la femenina piel hasta recorrerla entera. Nunca habría imaginado que ese grácil cuerpo pudiera enloquecerlo tanto. Sentía las cuidadas manos de ella explorar cada parte de su anatomía. Continuó besando y absorbiendo cada pulgada de esa piel hasta alcanzar el centro, que lamó más y más hasta percibir el estallido que por primera vez ella sentía. Se incorporó para tenerla cerca y poder verla cuando, de a poco, entrara en ella.

—Solo dime si estás preparada —gimió. Sabía que sí lo estaba, pero necesitaba que le confirmara que ella tenía esa imperiosa necesidad de él y de su cuerpo para sentirse unidos más allá de todo.

—Ámame, por favor.

No dejó de contemplarla un instante mientras se adentraba en ella. Sin tapujos, de ese modo, se dijeron lo que sus gargantas no se animaban a proclamar. Fue el momento más puro que vivieron, porque ninguno logró ocultar sus emociones ni el descarnado sentimiento que los conectaba. Los dedos de Scott se aferraron a los ella por encima de la cabeza y, en cada estocada que dio, creyó alcanzar la felicidad que siempre había buscado. Tras un instante, estallaron en un orgasmo que los envolvió entre gemidos y caricias. Las respiraciones se fueron aquietando, mientras sus cuerpos se mantenían ensamblados sin poder separarse ni por un centímetro. Ninguno fue consciente de los largos minutos que habían permanecido sin moverse en un intento de alargar la despedida.

—¿Partes hoy?

—Sí —contestó en tanto deslizaba los dedos por las pecas que poblaban el blanco cutis de Martina—. Tendría que haber estado hace rato en el lugar de encuentro pautado.

—Entonces deberías irte.

—Estoy donde deseaba estar hace mucho tiempo.

La sonrisa somnolienta de ella lo hizo dudar de si en verdad debía irse de allí.

—Yo...

—Es mejor así —gimió ella al taponarle los dedos con una mano. Sabía que, cuando él traspasase la puerta de salida, todo cambiaría.

Scott se vistió sin dejar de mirarla para observar cada moviendo y grabarlo en la mente. Necesitaba memorizarla, al menos sería una manera de volver a tenerla. Cuando Martina salió de la habitación arropada con una bata de lana, descubrió que Luck había estado custodiando del otro lado del cuarto.

—Parece que no es el único alegre en esta casa —susurró él al abrazarla por detrás.

En silencio, caminaron hasta la salida.

—Martina, nunca dudes de que lo que acaba de suceder es verdadero. No te puedo ofrecer más que esto, por lo menos hasta que todo pase.

Ella se alzó en puntas de pie para alcanzarlo y cerrarle la boca con un beso.

—Si algo te sucede o me necesitas, sabes que podrás encontrarme. Aquí te dejo la dirección de John, él haría lo que fuera necesario para hallarme.

Lo mismo le había dicho Colin al partir a Londres, cuando había descubierto que había algo entre ambos. Atrás habían quedado las advertencias de su hermano.

—Lo sé, aunque no creo que sea necesario.

—Por supuesto, doctora. —Sonrió al besarle la punta de la nariz.

Cerró la puerta luego de que la figura de Scott desapareció por la escalera en compañía del perro. De inmediato se derrumbó y dejó fluir la tristeza que la invadía porque todo lo que había vivido no podía durar para siempre. Más allá de la distancia, sintió una profunda hermandad con Sofía ante el inmenso dolor por no poder estar junto al hombre al que amaba.

* * *

Sofía transitaba como podía los meses transcurridos en la ciudad de Nueva York. El único sentido que le había encontrado era que había logrado huir del desgraciado futuro que don Cándido le había diagramado. Grande le resultaba el esfuerzo que hacía Helen para que ella se sintiera en casa. A pesar de todo, Sofía no lo había logrado, ya que le costaba vivir en ese obligado exilio. Las visitas guiadas que Helen le ofrecía para que sintiera a la ciudad como propia eran en vano. Uno de los pocos lugares que le había producido una completa fascinación había sido el Central Park. No podía mostrarse indiferente ante esas enormes y verdes extensiones de parque pobladas por simpáticas ardillas y otros animales que brindaban un mayor atractivo al paseo. Sin lugar a dudas, verlo en ese momento del año, cubierto de nieve, le agregaba mayor belleza al lugar, y ese era un sitio que recorría a diario, ya que el edificio en el que residían estaba a unas pocas cuadras de allí.

A pesar del intenso frío, no se cansaba de patinar por la pista de hielo que los neoyorquinos tanto disfrutaban. Cada vez que se ataba los patines, no dejaba de evocar el día en que, por primera vez, lo había hecho, de la mano de Colin en la pista del Palais de Glace, como preludeo de una despedida. Esperaba que él guardase con cariño la fotografía que le había enviado, en la que ambos posaban en la puerta de ese lugar, como recordatorio de lo vivido. En aquellas largas caminatas, no dejaba de darle vuelta al asunto y, por momentos, creía que era una desconsiderada por rehuir la permanente atención de su tía. A veces, se sentía sin rumbo y anclada en un lugar al que aún no podía adaptarse. Por otro lado, Colin no había dejado de ocupar su mente y corazón. En cada conversación que entablaba con Helen, su tía intentaba eludir el tema para evitar preocuparla más.

La joven creía que había perdido las esperanzas de alcanzar algo mejor. Ninguno de sus sueños podía proyectarse ante ese panorama desalentador. Helen no era ajena a lo que le sucedía a Sofía y buscaba, de una u otra manera, cambiarle ánimo y redirigir sus pensamientos hacia otro rumbo. Por fortuna, tenía en mente algo que sabía que iba a alegrarle el espíritu. Tiempo atrás, le había hecho una promesa que Sofía creía que había quedado en el olvido. Sin embargo, había llegado el momento de cumplirla y de permitirse ilusionarse con algo del futuro próximo.

Desde hacía dos meses, en los distintos periódicos se promocionaba un viaje en un lujoso barco con rumbo a Liverpool. Aunque la joven no lo dijese, Helen sabía que su tristeza se debía a la ausencia de Colin, por lo que en ese viaje podría reunir dos grandes anhelos: recorrer la amada Irlanda y visitar Londres; si estaba en la ciudad, verían al joven Wood. Esa era la oportunidad ideal para realizar lo prometido y para permitirse ella también vivir la ilusión de regresar a su tierra. No dudó en apersonarse en las oficinas comerciales de la Compañía de Barcos de Vapor Cunard. Quería que esa travesía fuese especial para ambas por varias razones, así que decidió sacar dos boletos en primera clase. No sería fácil guardar la sorpresa hasta que se aproximara la fecha. Frente a la ansiedad que significaba para ella resguardar el secreto, solo pudo hacerlo durante dos semanas, porque un día estalló y la verborragia la hizo hablar de más.

—¿En verdad me lo dices?

—Así es, aunque mi idea era contártelo más adelante.

Sofía se levantó del sillón en que estaba sentada y se abalanzó en brazos de su tía, emocionada por todo lo que Helen hacía por ella.

—No sé cómo agradecerte todo esto.

No podía creer que en breve tendría la oportunidad de estar cerca de Colin y, si la suerte la acompañaba, verlo. Nunca habría imaginado que una noticia pudiera cambiarle el ánimo de un modo tan drástico.

—Todo lo que pueda hacer por ti es poco, puedo asegurártelo.

El festejo continuó durante la cena, mientras hacían planes sobre todos los sitios que recorrerían una vez que ambas arribaran a tierra irlandesa.

Antes de abandonar Nueva York, Helen debía dejar todo en orden para esa larga ausencia. El discurrir de las semanas siguientes fue una verdadera locura entre los preparativos por el inminente viaje, las fuertes expectativas de Sofía y la revolución interior que significaba aquello para Helen. En medio de esa vorágine, la ciudad se pobló de otros tantos pasajeros que, llegados de distintos lugares, se disponían a disfrutar de los distintos espectáculos que ofrecía Nueva York antes de efectuar el embarque en el suntuoso barco. Las calles eran un hervidero de personas que buscaban prendas a último momento y que sacaban provecho de las ofertas que las famosas tiendas hacían por el cambio de temporada. Las cálidas temperaturas habían invadido la ciudad, para beneplácito de sus habitantes, y todo parecía florecer en la Gran Manzana.

El despertador sonó después de que ambas se habían levantado, desayunado y preparado para emprender el soñado viaje. Las maletas estaban listas, a un costado de la mesa de la sala, desde hacía una semana. Con nervios y premura, abandonaron el apartamento. Sofía había alcanzado junto a Helen la 14th Street en Manhattan. Desde allí se veía el *Lusitania* amarrado en el muelle 54 a orillas del río Hudson, en uno de los cuatro diques que utilizaba la compañía naviera con origen en Liverpool, Inglaterra. La imponente del trasatlántico estaba resaltada por las cuatro chimeneas que ostentaba, lo que lo hacía único en su clase. Gran cantidad de pasajeros subían al vapor, mientras otras tantas personas quedaban abajo para despedirlos antes de esa travesía que los llevaría hasta la costa inglesa.

—¿Estas nerviosa? —preguntó Helen.

—Un poco, aunque debería estar más tranquila, ya que, en este último tiempo, he estado a bordo en otra oportunidad.

—Así es, y verás la aventura que será este viaje.

Con los bártulos auestas, se adentraron por los largos pasillos de la embarcación y subieron por los ascensores hasta llegar al camarote elegido. Desde allí, a través del ojo de buey, se podía vislumbrar las aguas que se fundían con el horizonte.

—Debo confesarte que mi ánimo aventurero se perdió cuando me enteré del hundimiento del *Titanic* hace tres años, aunque este no tiene nada que envidiarle en cuanto al confort y al lujo — dijo Helen antes de arrojarle en una de las confortables camas.

—Tía, por favor no traigas malos augurios.

—Claro que no. Contigo, todo es distinto. Ya tendremos horas y horas para poder hablar de todo. Tiempo es lo que nos sobra.

—Sobre eso, no me has dicho cómo has hecho para comprar estos boletos, deben haber sido costosos. Yo tengo dinero por si necesitas.

Aún guardaba lo que le había dado la madre de Colin antes de partir. Como entendía que podría necesitarlo ante algún contratiempo, había evitado gastarlo en cualquier chuchería que había visto en la ciudad.

—Ay, Sofi querida, siempre tan preocupada y responsable. Debo decirte que, durante muchos años, he trabajado como secretaria en una oficina de correos de Nueva York. Eso no solo me permitió ahorrar dinero, sino también estar conectada con Buenos Aires. Has visto ya que vivo sola y de un modo austero, aunque siempre he tenido una debilidad por viajar; el dinero que tengo pienso utilizarlo para eso. Ahora que estás conmigo, sé que lo que gane tendrá solo una destinataria.

—Por favor, no es necesario que hables así.

—Querías saber cómo conseguí que estemos aquí. Pues bien, ya lo sabes.

—Entonces debemos disfrutar cada dólar que has invertido en este viaje.

—Así me gusta. Dejemos el equipaje aquí dentro y vayamos a dar una vuelta por la embarcación, me muero de hambre.

Sin más, ambas se perdieron en los distintos salones que ofrecían todo tipo de manjares y distracciones para que el pasaje disfrutara de una semana de ensueño a bordo hasta llegar a destino.

—Me han dicho que entre los viajantes está el millonario Alfred Vanderbilt. No puedo creerlo —le susurró Helen a Sofia.

—¿Crees que tendrás alguna oportunidad con él?

Una fuerte carcajada estalló en la mesa ante la que acababan de sentarse para tomar algo fresco. Desde hacía unos días, el calor había hecho de las suyas.

En tierra, el barco fue requisado por una brigada de neutralidad para comprobar que los bultos depositados en la bodega se condecían con lo declarado en los manifiestos de embarque y que no contenían armas que violaran las normas de neutralidad de Estados Unidos. Tras ello, el *Lusitania* se echó a la mar rumbo al puerto de Liverpool.

Bajo la brisa de un cálido día, las hojas del periódico *New York World* flameaban desde el lugar de exposición en uno de los kioscos de donde se expendía. Pocos transeúntes repararon en un corto y concreto artículo ilustrado por la imagen de un barco.

La embajada alemana en Washington advierte y reitera la existencia de una zona de guerra en el mar que rodea a las islas británicas. Cualquier buque que la atraviese será tratado con las mismas condiciones con las cuales se actúa frente al enemigo. Se pone en conocimiento que la embarcación que enarbole una bandera de Gran Bretaña o de cualquiera de los aliados será considerada como un vital enemigo y se procederá a la inmediata destrucción del navío. Por tal motivo, se considera que todos los pasajeros a bordo lo hacen bajo su entera responsabilidad y que asumen su propio riesgo por las consecuencias que esta decisión política en tiempos de guerra pueda implicar.

Algunos de los turistas que leyeron la nota la desecharon, ya que se sabía que el *Lusitania* era el barco más seguro que hubiera en funcionamiento. Era conocido como el Galgo de los Trasatlánticos por las altas velocidades que alcanzaba, por encima del promedio estimado al momento de ser construido. Ningún buque de guerra de origen alemán podía acercarse a él sin que se tomaran las medidas oportunas. Gran certeza se daba desde las oficinas de la empresa Cunard, sita en la ciudad neoyorquina. Por otro lado, era una de las pocas embarcaciones civiles de considerable rapidez que navegaban en mar abierto, dado que gran parte de la flota destinada a pasajeros se había quedado fuera de servicio o había sido transformada en barcos de guerra. Poco se sabía de la zona de conflicto a la que hacía alusión la publicación, en torno a las aguas que rodeaban las islas británicas, que había sido declarada de ese modo por Alemania unos meses atrás. A pesar de lo que afirmaba aquella nota, había sido el mismísimo presidente de Estados Unidos quien había telegrafiado a la nación germana para mostrarle su incredulidad ante la idea de que Alemania pudiera usar su capacidad marítima para atacar a la flota americana, acción de la que los hacía por completo responsables.

La travesía continuó su curso en medio de la algarabía de los viajeros. Varias eran las distracciones de las que podían disfrutar allí. La velada que se celebraba ese día sería junto al capitán del barco, William Turner, que hacía gala de su elegancia con una gorra y el impecable uniforme azul en el cual destellaban los dorados botones en el frente. El ánimo festivo de los pasajeros se vislumbraba en la fastuosa vestimenta que lucían y en el modo en que unos con otros departían como si se conocieran desde siempre. En la distinguida vajilla se veía lubina a la parrilla con salsa *choron*; *tournedos* de buey a la bordelesa y solomillo, todo seguido por postres como *bavarois* de limón, pastel de chocolate, helado de frambuesa y napolitano junto a otras tantas exquisiteces dulces, sin contar los vinos de excelencia. Nadie podía perderse de disfrutar semejante acontecimiento.

La opípara cena que Sofía y Helen aprovecharon fue amenizada por un espectáculo de música que resultó muy placentero, en especial para Sofía. Ver de lejos el piano de cola blanco ejecutado por uno de los músicos de la orquesta que animaba la velada había sido muy movilizador para ella. Una vez acabada la cena, ambas salieron a cubierta con una copa en la mano. Allí no quedaban vestigios de las improvisadas carreras de obstáculos ni de los distintos deportes que por la mañana se habían realizado. La noche estrellada invitaba a disfrutar de las reposeras que había diseminadas a lo largo de la explanada con la compañía de un trago para mantener un tranquilo diálogo.

—Sofi, siempre pensé que, cuando llegases a Nueva York, retomarías tu rutina y comenzarías a tocar el piano. La música es tu vida.

Helen no había sido ajena a la tensión de Sofía al escuchar la pieza ejecutada minutos antes ni a su triste mirada.

—Lo es, pero me han sucedido una serie de cuestiones que no dimensioné hasta que pasó un tiempo, y recién ahora puedo darme cuenta del alcance que tienen.

—Eres joven y tienes todo por delante.

Helen bebió la champaña con la mirada fija en el azul cielo que, tachonado de estrellas, se ahogaba en el mar.

—Yo a tu edad devoraba la vida.

—¿En eso te parecías a mi madre?

—No, mi hermana era más mesurada, cauta y pensante. Tomaba las decisiones correctas en los momentos tormentosos, cuando yo creía que todo estaba perdido. Yo siempre fui la alocada de la familia y, a pesar de haber disfrutado vivir de ese modo, no he dejado de arrepentirme de ciertas decisiones que han modificado mi presente.

—¿Como haberte instalado en Nueva York y no en Buenos Aires?

—Esa fue la consecuencia de haber tomado un camino que no tenía retorno.

El alegre gesto que Helen siempre irradiaba se había diluido y había sido reemplazado por uno atormentado. Parecía que estaba a miles de kilómetros de ahí. Varios minutos transcurrieron hasta que volvió a lo último que había dicho para retomar la conversación.

—No siempre es válido recordar las circunstancias en que uno ha hecho ciertas elecciones para avalarlas; muy por el contrario, puede ser un recordatorio del error cometido.

—No puedes seguir castigándote por lo ocurrido tiempo atrás. Eras joven y, como dijiste antes, vivías de modo alocado, sin medir las consecuencias.

Helen se mantuvo con la mirada perdida, como si estuviera en trance.

—¿Tía?

Sofía debió esperar unos largos minutos hasta que Helen volvió a prestarle atención.

—Si quieres, nos vamos a dormir. La champaña bebida a bordo no provoca el mismo efecto que en tierra —comentó la joven con una tenue sonrisa.

—Este viaje me recuerda al que realizamos con toda la familia cuando yo tenía tu edad. Para mi madre se trataba de un gran anhelo ir a Irlanda y regresar junto a parte de la familia que allí había quedado. Era una ilusión para nosotras también reencontrarnos con las amistades que habíamos hecho en el viaje anterior; sin embargo, la edad en que emprendíamos ese trayecto era otra, ya habíamos dejado de ser niñas para transformarnos en señoritas. Recuerdo que arribamos a Irlanda en primavera y que parecía que el verdor de la tierra nos estaba esperando. La estadía se prolongó durante unos meses. Fue allí que conocí a Liam. Era muy guapo, con el cabello renegrido; de ojos negros y profundos. Pero lo que más me sedujo fue el espíritu aventurero que poseía. Parecía que nada le importaba y que nadie podía detenerlo. Del mismo modo, en aquel

momento, nadie podía frenarme a mí. Yo era egoísta y creía que tenía el mundo a mis pies. Fue así como, luego de conocerlo, entablamos una relación que fue más allá de unos meros escarceos. No solo fue mi primer hombre, sino también mi gran amor, aunque no hice honor a ese sentimiento que reconocí tener luego de estar lejos de él.

»Como te imaginas, nos tornamos inseparables, y participé de la pandilla a la que él pertenecía. Recuerdo que mi hermana también deseaba hacerlo y, al ser la menor, se sentía deslumbrada por todo cuanto acontecía a su alrededor. Noches de cerveza y de amor fueron el resultado de mi tiempo en Irlanda. Tu madre siempre había estado a mi sombra mientras contemplaba fascinada todo lo que yo hacía. Pero para mí nada resultaba suficiente, creía que estaba para más. Pocos días antes de irme, le dije todo eso a Liam. Recuerdo que, ante su confesión de que estaba enamorado de mí, le respondí que yo buscaba algo más y que creía que él sería poca cosa para mí. El viaje de regreso a Buenos Aires lo hice convencida de que había tomado la decisión correcta. Nunca me preocupé por la congoja que ella tuvo durante la travesía porque solo me importaba lo que a mí me ocurría.

»Por aquella época, mi hermanita tenía un pretendiente de origen español llamado Cándido Molina que había manifestado la intención de comprometerse con ella. Parecía ser un hombre trabajador. Eso, para mis padres, era fundamental. Con nuestra llegada, todo se precipitó. Ella parecía estar en medio de una densa nebulosa. Como era lógico, yo lo atribuí al casamiento venidero. Todo sucedió muy rápido y, cuando quise darme cuenta, llevaba en mi vientre a un bebé. No te imaginas el infierno que creí vivir. Mi madre, religiosa a ultranza, quería que yo diera a luz a mi niño, por lo que a la única que pude confesarle todo fue a mi hermana. Parecía que estaba al tanto de todo lo que yo había vivido en Irlanda, no fue necesario contarle mucho más. De ella recibí una entera comprensión y la mayor generosidad que alguien puede dar cuando me dijo que sería ella la que se encargaría de criar como propio al hijo que crecía en mis entrañas.

Helen hablaba sin poder detener el llanto que, silencioso, avanzaba a la par de su relato. Mantenía la vista perdida, sin poder mirar a Sofía.

—Fue así como, luego de una estadía obligada en una quinta familiar, di a luz y te entregué a mi hermana para que ella te diera una buena y feliz vida, aquella que yo nunca podría brindarte. Yo creía que una hija me cortarían las alas para seguir con todo lo que deseaba hacer. Viajar y conocer el mundo se había vuelto mi mayor anhelo, lo ansiaba con desesperación, sin imaginarme que nada se compara con el verdadero amor hacia un hijo.

»Me alejé y me instalé en Nueva York, una ciudad de ensueño, a pesar de que una parte mía quedó en Buenos Aires. Le había prometido a mi hermana que nunca intervendría en tu vida ni te confesaría la verdad. Cumplí mi promesa, se lo debía por el gesto altruista que tuvo conmigo. Cuando me enteré de que ella estaba enferma, regresé. En ese período, ambas pudimos confesarnos todo aquello que antes no habíamos podido decir. Fue así que me reveló que su obrar al pedirme quedarse contigo y criarte no había sido tan inocente como yo lo creía, que el modo en que había actuado había tenido una razón oculta; una vez más Liam apareció en la historia de las dos. Me confesó que se había enamorado de él perdidamente. Yo nunca había imaginado tal cosa.

Según supe de la boca de ella, entre ellos había habido algo intenso, distinto a lo vivido conmigo, aunque no sé cómo ni cuándo sucedió. Yo solo pensaba en mí y poco me importaba el resto, aunque se tratara de mi propia hermana.

»Con el tiempo pude entender que vio en ella lo que yo nunca sería. Yo para él representaba pura diversión; en cambio, ella era toda candidez, dulzura y pureza. Él le dejó una huella imborrable en el corazón. Se enamoró de él a pesar de saber que él se quedaría en Irlanda y que ella conservaría ese profundo sentimiento hasta sus últimos días. Quizá la ilusión de haber compartido con él la felicidad que Cándido nunca le dio permitió que muriese con la imagen de Liam en la mente. En medio de esa conversación, ella se disculpó por haberme manipulado en aquel momento al haber insistido en cuidarte y tenerte solo para sí. Luego de dar a luz, yo estaba muy vulnerable; entonces, ella se empeñó en que lo mejor para todos era que tú quedases a su resguardo. En la familia nadie dudó de que eso era lo correcto porque, si yo no podía controlar mi propia vida, poco iba a poder hacerlo con una niña a cuestas. En verdad, ella no había actuado por bondad hacia a mí, sino por amor hacia él. Si bien no había podido tener su amor, conservaría contigo y de por vida una parte de él.

»Lloramos juntas por motivos distintos, yo por haberte perdido y ella por sentirse una miserable por el modo en que había actuado. Siempre se rehusó a tener otro bebé que no fueses tú, sin que su esposo supiera por qué. Para Cándido tú fuiste la solución al ver que otros niños no llegaban. Ambas coincidíamos en algo: que lo único importante eras tú. Ninguna deseaba lastimarte, por eso decidimos guardar silencio y dejar que todo siguiera como hasta ese momento. Nunca imaginé que mi cuñado pudiera actuar como un energúmeno. Fue entonces cuando decidí participar en tu crianza. Quizás entiendas ahora las permanentes discusiones que tenía con Cándido. Siempre había alguna recriminación y amenaza latente; de mi parte, no callar más la mentira; de la suya, echarme en cara mi díscolo comportamiento. Hija querida, he hecho lo que he podido, pero debes saber que siempre te he amado.

Cuando Helen levantó la vista envuelta en lágrimas, notó que Sofia se había incorporado y que se aferraba a la majestuosa baranda luego de haber lanzado al mar la copa de champaña que había asido con desesperación mientras escuchaba ese relato que cambiaría su existencia. De inmediato, Helen se levantó para consolarla.

—No te me acerques.

Durante años, había llorado a una madre que no era tal y había añorado tenerla cerca para compartir los momentos difíciles que le había tocado atravesar. Acababa de enterarse de que su madre estaba viva y no lograba determinar si sentía tanto dolor como al escuchar que la había perdido.

—Sofi, sé que es duro todo lo que te conté, pero debía hacerlo en algún momento; deseaba con desesperación confesarte mi pasado.

—¿Y creíste que a bordo sería la mejor manera? Tengo fuertes deseos de escapar de tu lado. Quizá te resulte divertido haberlo hecho en medio de una travesía, pero te equivocas. Si no te hubieras entonado con una copa de alcohol, tal vez, habrías continuado hasta nuestro destino sin contarme que mi vida ha sido una mentira. ¿Cómo crees que me siento al descubrir que mi madre no ha sido la que creía y que ni siquiera nuestro vínculo es real?

—Sofi, querida, no es así.

—Déjame sola, por favor.

—No te puedes quedar aquí el resto de la noche.

—Si me quieres tanto como dices, déjame sola.

Sofía se dio vuelta y perdió la mirada en la inmensidad de ese oscuro y profundo mar. El cuerpo le temblaba, pero no por la brisa nocturna, sino por la angustia que la invadía. Estaba sola, nada de su pasado había sido real. En el último tiempo, Helen se había transformado en un sostén para ella, en la persona a quien podía confiarle todo lo que le sucedía, pero la había defraudado. Nadie la había querido de verdad, porque todos a su alrededor le habían mentido. Un profundo dolor le atravesaba el alma. Caminó hasta una reposera y se aovilló para hacerse más pequeña, como si pudiera así desaparecer. A pesar de las horas transcurridas, el tiempo parecía haberse detenido para ella, que una y otra vez escuchaba resonar las palabras de Helen. Al desviar la vista, contempló el amanecer de un nuevo día, sin saber cómo lo transitaría ni qué le depararía el futuro.

CAPÍTULO 19

Desde el mar

La ciudad de Londres se había transformado en un hervidero de intrigas, persecuciones y emboscadas a los espías alemanes que aún deambulaban por allí. Cada paso dado por la inteligencia inglesa era un movimiento de ajedrez en el que sabían que se enfrentaban a un contrincante imponente. Hacía unos pocos meses que habían contratado a mujeres en el Servicio Secreto para que leyeran el correo de toda la nación y cumplieran otras actividades que hasta el momento estaban reservadas solo a los hombres. Si bien la cantidad de empleados se había incrementado, no había mermado la responsabilidad de quienes estaban a cargo de áreas sensibles.

Colin atravesaba la ciudad en su Prince Henry envuelto en pensamientos sobre una misión que hacía unas semanas había ejecutado. Ensimismado en sus pasadas actuaciones, ingresó al edificio. No bien lo atisbó la secretaria del jefe, lo convocó a una reunión de urgencia en el despacho del Señor K.

—¿Sabes algo? —inquirió Dylan, sentado en uno de los sillones del recinto.

—Desconozco el motivo de esta reunión. Así como vienen las cosas, el tema puede dispararse hacia cualquier lugar.

El chasquido de la puerta interrumpió el diálogo recién entablado.

—Señores, tenemos bastante trabajo por delante. Colin, he mantenido una conversación con la Inteligencia Naval. Ellos han hecho su parte, pero necesitan reforzar cierta información en los canales del espionaje alemán.

—¿Cuál es esa información?

—Hay un plan para que los comandantes alemanes crean que habrá una inminente invasión británica a su territorio mediante una incursión a través del Mar del Norte. De ese modo se logrará distraer y desviar a parte de las fuerzas enemigas desde el campo de batalla francés hasta allí. Es importante que sepan que cientos de nuestros buques han sido movilizados hasta la costa oeste y sur de Gran Bretaña, listos para zarpar y cumplir con la operación.

—De ese modo creerán que abandonamos los puertos del este para llevar suministros a las fuerzas continentales británicas —razonó Colin.

—Así es. Debes hacerlo cuanto antes. Necesitamos que lo crean y que muevan las fichas del modo que hemos planeado.

—¿Eso es todo?

—Por ahora, sí. Dylan, necesito que, luego de que lance esto Colin, me informes sobre el efecto de este reporte falso a través de tu contacto alemán.

—Por supuesto.

—No tenemos mucho tiempo, así que pongan manos a la obra y manténgame al tanto.

—Sí, señor —replicaron al unísono antes de levantarse e ir a dar cumplimiento con lo ordenado.

La espera escocía, ya que volcar información ilegítima a los enemigos implicaba aguardar un tiempo para averiguar si en efecto los habían engañado y descubrir qué jugada nueva harían.

Tiempo después, Colin volvió a entrevistarse con el jefe para comunicarle que la información había viajado hasta una estación alemana en Amberes.

—Estoy en contacto permanente con el Almirantazgo, y están controlando a algunos submarinos despachados desde Alemania, en especial el U-20 comandado por Schwieger, quien ha estado activando la radio para transmitir su ubicación de modo reiterado cada dos horas. Parece dirigirse hacia nuestras costas.

—Han sido varios los falsos mensajes que se han recibido de algunas personas que han visto a submarinos alemanes acercarse a nuestras costas.

—Así es, hasta ahora nada es certero. Seguiremos en esa línea.

Los días siguientes transcurrieron con una tensa calma. Los informes volaban sobre los distintos escritorios de los altos mandos del espionaje inglés para constatar y confirmar que todo cuanto se había hecho en esa misión iba viento en popa.

* * *

A bordo del *Lusitania*, la ilusión y el revuelo que había significado para Sofia esa travesía había desaparecido. Los días siguientes a la confesión de Helen habían marcado un punto de inflexión en la relación de ambas. No era fácil para ella tolerar el modo condescendiente en que se comportaba la mujer ante su constante indiferencia. Se sentía presa en medio del mar, necesitaba

llegar a tierra lo antes posible. Lo único que anhelaba era arribar cuanto antes a Liverpool y poder contactarse con Colin. Ansiaba verlo, estar con él y contarle lo sucedido a bordo. Poco quedaba de la vida que ella había llevado antes de que él partiese de Buenos Aires.

Caminó por la proa mientras contemplaba la opacidad que la bruma marina ofrecía ese día. La niebla envolvía todo a su alrededor y agregaba un halo de misterio sobre lo que acontecía en la inmensidad del mar. Esa misma niebla gris la arropaba y, por más que quisiera librarse de ella, no podía porque le era imposible ver un haz de luz en medio de las tinieblas en las que estaba sumida su propia vida.

En el puente de mando, el capitán Turner estaba en la encrucijada de creer o no los últimos mensajes recibidos por radio, que daban noticia de la presencia de submarinos alemanes por delante y detrás del *Lusitania*. No dejaba de sacar cálculos sobre las millas marinas que le restaban para tocar tierra para decidir cuál era el mejor camino a seguir. Con los informes dados, sumados a la experiencia que tenía, determinó cambiar de rumbo, lo que contravenía el consejo del Almirantazgo acerca de navegar en zigzag para evitar cualquier ataque submarino. Junto a dos oficiales, comenzó las maniobras para virar a estribor y poner el buque en línea con la costa hacia Queenstown.

* * *

El capitán Schwieger, al mando del U-20, acababa de atravesar la isla de Valentia, donde los británicos tenían un potente transmisor de radio. Daba por descontado que ellos ya estaban enterados de su presencia y de la ubicación que cursaban sobre la costa sudoeste de Irlanda. El viaje continuó hacia el sur, que era su objetivo si no encontraba antes un barco al que torpedear.

En la bitácora del U-20, se relataba la presencia del *Lusitania* y la dirección que la embarcación había tomado hacia ellos. Ni en el más alocado sueño, el capitán alemán habría imaginado contar con la posibilidad de tener en la mira al buque inglés más importante que existía en plaza, un ícono del poderío británico frente a sus ojos y a su merced. No dudó en informar esa situación a las autoridades alemanas. Se debía esperar el momento ideal para dar de modo certero con el objetivo y acabar con aquel navío. Tenía que aguardar a que estuviera en la posición justa y calcular la velocidad que llevaba la embarcación para poder acercarse lo necesario y disparar hasta aniquilar al pasaje que viajaba en el trasatlántico.

* * *

Ese día, la niebla se había disipado, y un radiante sol destellaba en el horizonte. A bordo se acababa de dar el almuerzo. Una parte de los viajeros se había ido a descansar a los camarotes; otros continuaban entretenidos con la amplia variedad de juegos de mesa. El *whist* se había transformado en una revelación entre los pasajeros.

Sofía, que había salido del salón comedor, se sentó en uno de los amplios sillones ubicados en una cubierta superior con vista directa al mar. Ese lugar se había convertido en el predilecto para ella desde el incidente con Helen, ya que le parecía que, desde allí, podía sentir más cerca el puerto de Liverpool y el pronto encuentro con Colin. El cielo estaba despejado, y esperaba que todo en su vida comenzara a disiparse de igual modo. Un fuerte estallido interrumpió esos pensamientos; el miedo, por primera vez desde que estaba a bordo, la envolvió.

—¡Sofía!

Helen corrió tras sentir la segunda detonación, que pareció capaz de quebrar al medio semejante embarcación. Vio a su hija aturdida, sin poder reaccionar; se dirigió junto a ella para salir de allí de la manera que fuera. Una vez que se había reconciliado con el pasado, no iba a permitir que el presente se lo arrebatara. Iba a luchar hasta las últimas fuerzas. Junto con la tercera explosión, las sirenas comenzaron a sonar y el alboroto de los pasajeros se hizo atroz. Las medidas de seguridad de las que alardeaba contar la embarcación se pusieron en práctica, y cientos de botes salvavidas fueron lanzados al mar para llevarse a los turistas. El agua comenzó a filtrarse en distintas zonas del barco y, en breves minutos, el trasatlántico comenzó a escorar de la mano de espeluznantes gritos de socorro, llantos histéricos y empujones por doquier de quienes a toda costa querían salvarse, sin saber si alguien lograría sobrevivir a semejante tragedia marítima.

* * *

En la profundidad del mar, todo fue festejo y algarabía. Al fin habían cumplido con la soñada misión de acabar con el *Lusitania*.

—¡Lo logramos! —dijo Schwieger en el U-20, seguido por los vítores del resto de la tripulación.

A través del periscopio, contempló con fascinación que el objetivo había sido abatido y observó cómo las cuatro chimeneas que caracterizaban a la embarcación eran arrasadas y tragadas por el océano, así como todos los pasajeros. La espera había durado tan solo dieciocho minutos, tan solo eso había tardado el *Lusitania* en hundirse en las profundidades marinas.

* * *

Los altos rangos del espionaje en Londres continuaban en estado de alerta ante la situación que se vivía. La noticia de lo acontecido había llegado por medio de un telegrama desde una estación de radio de Old Head, en Kinsale. En ese preciso momento habían debido desplegar una serie de medidas.

Hasta entonces nadie se había detenido a pensar en lo que podía ocurrir con la posición política de Estados Unidos ante el hundimiento del *Lusitania* por culpa de un torpedo alemán pese a que el submarino sabía que una parte del pasaje era de origen estadounidense. El personal recorría los pasillos de las oficinas del Servicio Secreto mientras, de modo eficiente, iban y venían para llevar los documentos que completaban la información dada desde el Almirantazgo y de otras dependencias que trabajaban en conjunto.

—Esto complica todo aún más —dijo Dylan en el despacho del jefe.

—Quizá sea lo mejor que haya podido ocurrir. Necesitamos más que la mera neutralidad de Estados Unidos. Estoy seguro de que este incidente será un buen motivo para que inclinen la balanza hacia nosotros. Será una cuestión de tiempo para que ingresen en esta guerra.

—Es un costo muy alto —agregó Colin.

—No menor a la cantidad de bajas que venimos sufriendo. Necesito que algunos de ustedes se trasladen al lugar del incidente y averigüen si hay algo más detrás de todo esto.

La puerta se abrió de golpe, y la figura de la secretaria asomó con una carpeta en la mano.

—Aquí tiene lo que me pidió.

—Gracias. Aquí está la nómina de pasajeros del *Lusitania*. Revisen si hay algo interesante o de importancia y avísenme. De momento tengo una reunión y estoy llegando tarde.

Tras el chasquido de la puerta, Dylan y Colin se enfocaron en aquella lista, donde los viajeros se encontraban divididos por nacionalidad. Había más de novecientos ciudadanos británicos junto a ciento treinta estadounidenses. El resto se componía, en menor cantidad, por belgas, finlandeses, españoles y argentinos. Lo primero que hizo Wood fue saciar su propia curiosidad y buscar los apellidos provenientes de Argentina. Su vista se detuvo a leer el nombre de Sofia Molina y ni siquiera escuchó cuando su compañero lo llamó para que reaccionara, solo oyó un fuerte bramido que salía de su propia garganta. No podía ser que ella hubiese perecido en esa tragedia. No entendía qué hacía a bordo de esa maldita embarcación. Sin dudar, supo que todo era culpa de él porque ella habría pergeñado ese viaje para al fin verlo.

Desoyó las recomendaciones que le hacía Dylan y se dirigió hacia la salida del edificio para buscar un pasaje que lo llevara de inmediato al lugar de la fatalidad. Por detrás y en silencio, lo acompañaba Baker, con la carpeta que contenía la información de los afectados en una mano, para

hacer un breve análisis de ellos por si encontraba algo más que reportarle al jefe una vez que arribasen a tierras irlandesas. Para Dylan era de vital importancia estar junto a Colin, ya que era la primera vez que lo veía quebrado por completo. Nunca había imaginado que la joven argentina de la que le había hablado con tanta pasión pudiera ser una de las víctimas del *Lusitania*.

* * *

La ciudad de Queenstown era un absoluto hervidero ante el cúmulo de información que, a través de los cables, debía dar a las ciudades de Nueva York y Liverpool para de ese modo informar el estado y la ubicación de los pasajeros. Hasta allí había llegado Colin a altas horas de la noche. Había movido todos los contactos que tenía para agilizar el viaje y descubrir qué había sucedido con Sofía. No bien arribó al lugar, fue directo a la Oficina de Operaciones, en donde lo esperaba uno de los inspectores que trabajaban en el sitio del siniestro. Algunos buques se habían desplazado al lugar de la tragedia y habían traído a las víctimas junto a los cadáveres que habían logrado rescatar. Colin había dejado a un lado las emociones que lo invadían porque necesitaba de toda su pericia para encontrar a Sofía. Por fortuna, sabía de la buena voluntad que el personal portuario y policíaco ponía para brindar la información exacta.

—Entiendo el dolor que pueda sentir, pero la señorita no se encuentra dentro de los sobrevivientes. No al menos hasta el...

Colin dejó de escuchar y salió de allí como una exhalación en busca de ella. Hizo una lista de los hospitales cercanos al tiempo que le ordenaba a Dylan que se ocupara de Helen Boyle. En el segundo centro médico que visitó, difería la cantidad de personas ingresadas de las que en efecto habían sido consignadas en el la lista que una empleada tenía en sus manos.

—No puede pasar a ver a los enfermos —dijo, pero no insistió al notar la gélida mirada azulina que él le lanzó antes de echarse a caminar por uno de los largos pasillos de la institución.

La sala común estaba en penumbras. El ominoso silencio era quebrado tan solo por los sordos quejidos emitidos por algunos enfermos. Recorrió una a una las camas y contempló a quienes yacían en ellas. Solo reparó en una cuando vio asomar una rubia cabellera enmarañada sobre la almohada. Llevaba un vendaje sobre la frente y mantenía los vivaces ojos castaños cerrados. No era creyente, pero, en ese mismo instante, agradeció a quien fuese que la había mantenido con vida. Se acercó, la rodeó con los brazos y expulsó un tenue sollozo. Nunca antes había sentido miedo por alguien o frente a alguien. Sin embargo, el temor a perder lo más importante y valioso que tenía en la vida lo había paralizado. Solo allí, con ella presente, logró liberar la angustia que lo había acompañado desde que, en Londres, había tomado conocimientos del fatídico hecho.

No se movió ni un solo instante de allí. Una médica le informó que le había bajado la temperatura como consecuencia de haber estado durante casi tres horas en el mar. Se la estaba

evaluando por la herida en la cabeza y se esperaba que no tuviese una lesión interna. Debían esperar a que evolucionara de manera favorable en las siguientes cuarenta y ocho horas. Las autoridades del lugar necesitaban las camas porque la tragedia del *Lusitania* había colapsado los centros médicos. Por otro lado, Colin lo único que quería era sacarla de allí cuanto antes. En las largas horas en que estuvo sentado a su lado en tanto aguardaba alguna reacción de Sofia, se apersonó Dylan para informarle que la búsqueda de Helen Boyle había acabado, que se encontraba a salvo y que él mismo se aseguraría de que, cuando estuviera bien, fuera hasta allí.

—Amigo, gracias por todo lo que has hecho.

—No debes agradecerme, es lo que harías tú si yo me encontrara en la misma situación. No te preocupes por el jefe, hablaré con él y le diré por todo lo que estás pasando. Te cubriré todo lo que pueda.

—No será fácil con él, pero deberá entenderlo. ¿Ya te vas?

—Averiguaré si el jefe necesita algo de aquí y luego me iré.

—Si deseas quedar bien con él, puedes visitar a su familia.

—Es una buena idea. No debe haber sido fácil para Dorothy instalarse aquí, aunque sea de modo temporal.

—Seguro que no lo ha sido. Vete a descansar, me ocuparé de Helen también.

—Mañana, antes de irme, me aseguraré de que todo siga bien con ella.

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo antes de que la figura de Dylan se perdiera por el pasillo del hospital y Colin se quedase sentado en la incómoda silla, a la espera de que Sofia abriera los chispeantes ojos café. El tiempo dentro de aquellos muros blancos parecía haberse detenido. Allí no había soles ni lunas, solo el ir y venir de los médicos, que alentaba esa espera. En algún momento el sueño lo venció, y no pudo saber cuánto tiempo estuvo dormido, pero, en el preciso instante en que despegó los párpados, se topó con unos ojos castaños no dejaban de contemplarlo.

—Mi amor, volviste —susurró sobre los labios de ella.

Las lágrimas por el rostro de ella comenzaron a caer sin consuelo.

—No te preocupes, todo está bien, tú también. Lo peor ha pasado. Sofí, di algo, por favor.

Sintió los brazos de ella aferrarse a él.

—Shhh, mi amor, estás a salvo conmigo.

Colin habría dado lo que fuera por evitarle ese sufrimiento. Le parecía injusto todo lo que Sofía había debido soportar a esa corta edad. Había estado al borde la muerte, él había estado a punto de perderla y aún no podía imaginarse sin ella. La voz de un médico interrumpió ese íntimo momento.

—Señorita Molina, me alegro de que esté mejor.

El profesional notó que ella asintió pero no se expresó más.

—¿Le ha dicho algo a usted? —le preguntó a Colin.

—No, pero se ha manifestado de otro modo.

—Claro, es normal que esté en un estado de *shock* luego de la tragedia. Según los estudios y el control médico al que la hemos sometido, la joven está bien. Deberá ser paciente y esperar un tiempo hasta que todo se normalice.

—Lo importante es que haya salido de peligro.

—En verdad nunca lo estuvo, pero debíamos tenerla en observación las primeras horas hasta darle el alta. Quizás en otro momento se quedaría algún día más, pero necesitamos las camas y por eso damos prioridad a quienes en verdad las requieren.

—Por supuesto, estoy ansioso por sacarla de aquí —repuso Colin.

—Puede hacerlo. Hay unas pocas indicaciones que ya le darán.

—¿Lo has escuchado? Podemos irnos a casa —señaló, y le besó la nariz—. ¿Piensas quedarte callada sin contestarme? Bien, si es así, te cansarás de escucharme hablar durante el viaje. Ya vengo —dijo antes de darse vuelta para buscar a una enfermera a quien pedirle las indicaciones en caso de que algún dolor de cabeza la aquejara.

—No me abandones —gimió ella.

Colin volteó y la envolvió en sus brazos para consolarla.

—Solo me iré contigo de acá; nunca te abandonaré.

Ella humedeció la camisa de él con un llanto sostenido que no podía detener. Colin la acunó mientras con una mano le hacía señas a una enfermera para que se acercara.

—Déjeme sola con la paciente para acicalarla.

—No me iré más allá de aquella puerta.

Sofía asintió temerosa mientras culminaban los últimos controles.

Al salir, Colin buscó a Helen. La encontró en la cafetería, se acercó a la mesa en la que estaba, y ella se mostró emocionada por verlo.

—Helen —la saludó antes de ubicarse frente a ella—, ¿estás con alguien? —comentó al ver otra taza de café.

—No, ya estaba allí. Colin, qué alegría encontrarte. Te agradezco todo lo que has hecho. Tu compañero ha agilizado todo para que yo pudiera estar aquí. Me dijeron que ella está bien, como para salir.

Mientras la mujer hablaba, Colin analizaba ese rostro demacrado, donde tenía algunos rasguños, al igual que en el brazo, pero nada de importancia. La notó inquieta, pero suponía que era natural luego de haber vivido una tragedia semejante.

—Así es. Quiero sacarla de aquí cuanto antes.

—¿Has podido hablar con ella?

—No; se ha mantenido cerrada en sí misma. Es normal que se comporte de ese modo luego de haber atravesado una situación así. No todos reaccionan de la misma manera.

—Colin, es importante que sepas lo que sucedió entre nosotros a bordo. Creo que va a servir que lo conozcas para determinar cómo conducirte con ella.

Helen le narró el verdadero vínculo que la unía a Sofía, si bien se ahorró algunos detalles que no eran necesarios. Luego contó de modo escueto las últimas horas a bordo de *Lusitania*. Pretendía ayudar en lo que fuera para que su hija estuviera mejor. El rostro de él no mostró expresión alguna que pudiera delatar lo que pensaba al respecto, aunque sí le reiteró el plan que tenía de irse de allí de inmediato. Los hoteles con los que contaba el lugar estaban a rebalsar por a las familias que llegaban hasta allí. Entendía que lo mejor para Sofía sería cambiar de escenografía y descartaba, por el momento, someterla a un viaje hasta Londres.

—Iré a comunicarle que estás aquí y lo que haremos.

Él se levantó y, antes de salir, dio un repaso rápido del lugar y de las personas que lo llenaban. Luego enfiló a la sala común. Allí estaba Sofía, con la mirada fija en quien entraba allí y los nudillos blancos por la fuerza que imprimía con las manos al costado de la cama. Una vez que lo vio aparecer, la tensión de su cuerpo se disipó de a poco.

—Sofi, ahora nos iremos. Te llevaré a un lugar que va a gustarte mucho. Helen nos acompañará —dijo, y enseguida percibió cierta tirantez en ella—. Acabo de hablar con ella, me ha contado lo sucedido entre ambas. Solo tienes que decirme qué deseas que haga y lo haré.

—Que te quedes conmigo —susurró.

—Eso no necesitas pedírmelo —afirmó y la besó para sellar esas palabras.

* * *

El viaje que tenían por delante les llevaría toda la tarde. Sofia había tomado unos analgésicos para mantenerse sin dolores mientras Colin conducía el automóvil que había conseguido no bien había pisado tierra irlandesa. Claro que no había obtenido un coche como el que tenía en Londres; eso habría acortado de manera considerable el tiempo hasta llegar a destino. En el trayecto, no se habló demasiado. El joven Wood no dejaba de estar pendiente de las reacciones de Sofia y notaba cómo la mirada de ella se perdía a través del cristal de la ventana en pensamientos que aún no compartía.

El verdor del paisaje cambió al atravesar Dublín, pero la joven no pudo apreciarlo porque se había quedado dormida. Él habría preferido detenerse para comer algo, pero les quedaba muy poca distancia para llegar a destino. Condujo por un camino que bordeaba un acantilado que se extendía por toda la costa. La espesa bruma no permitía vislumbrar la fastuosa construcción del castillo que se erigía a su paso. Una amplia torre de piedra daba la bienvenida a la vivienda propiedad de la abuela de Colin, Siobhán. Eras varias las razones por las que había elegido pernoctar allí: no solo porque le debía una visita, sino porque creía que la presencia de su abuela podría neutralizar cualquier problema que pudiera resurgir entre Helen y Sofia. Le había hecho saber ya que llegaría acompañado.

No bien se detuvo en el camino que rodeaba la construcción, apareció Siobhán, que, a pesar del paso de los años, mantenía inalterable su fuerte presencia. Como era su costumbre, vestía un atuendo negro que había completado con botas oscuras y el bastón con empuñadura de oro. Irradiaba fortaleza y respeto.

—Bienvenidas a mi casa. Desde ahora será la de ustedes también.

Si, al ingresar, el recinto llamó la atención de Sofia, no lo demostró. Parecía estar flotando en un mundo del que le costaba salir.

—Imagino que querrán ponerse cómodas y, por supuesto, descansar. Les mostraré sus cuartos.

El recorrido fue escueto, atento a las circunstancias. La noche había caído y le habían advertido que estaban sin comer, aunque inapetentes. Siobhán les brindó la atención necesaria y puso a su disposición el personal que trabajaba desde hacía años para ella. Los salones de la finca se veían amplios, y algunos de ellos contaban con una decoración recargada casi barroca.

El estudio contenía una biblioteca de nogal y una chimenea en el centro del ambiente. Ese recinto se había transformado, en las reiteradas visitas, en el lugar predilecto de Colin, quien no podía dormir. Por suerte, una simple copa de whisky se había vuelto el mejor remedio para aquietar los problemas.

—Es ella la joven de la que siempre te has negado a hablar, ¿verdad? Imagino que me convidarás un trago también antes de comenzar con esta conversación —adivinó la abuela.

—Por supuesto, como siempre ha sido.

Largas habían sido las conversaciones mantenidas allí en compañía de una copa de alcohol.

—Es una bella muchacha y está enamorada de ti.

—Eso creo.

—Hijo querido, no lo dudes, lo dice cada vez que sus ojos se cruzan con los tuyos.

—Espero que pronto salga de todo esto y se recupere.

—Lo va a hacer porque es joven; además te tiene a ti y a su madre.

—¿Helen te ha contado lo sucedido?

—Sí, creo que no le ha quedado remedio porque es evidente la distancia impuesta por Sofía. No me dio el nombre del sujeto.

—Tampoco lo sé y no creo que a Sofía le interese; él es lo de menos con todo lo que atravesó. Bastante ha tenido con quien creía que era su padre. Cándido Molina es un hijo de puta; espero en algún momento encontrármelo.

—Para mi tranquilidad, ojalá no sea así. ¿Hasta cuándo puedes quedarte?

—No lo sé. En mi trabajo las cosas no serán fáciles cuando aparezca —reflexionó al imaginar que, si ya en alguna oportunidad había creído que el jefe se comportaba de manera extraña con él, aquello se repetiría luego de esa estadía en Dublín. Se había quedado sin previo aviso y en una instancia política muy complicada—. Me necesitan allá, pero mi partida dependerá de cómo la vea a Sofi. Tampoco sé si dejarla aquí es lo ideal.

—Yo creo que sí y sabes que para mí no es ninguna molestia, muy por el contrario: tendré algo de compañía en los próximos meses.

—Siobhán, sé que ella te gusta, pero también tengo claro que tú nunca has necesitado compañía. Te gusta mantenerte a un lado de todo y vivir aquí, en este castillo, como una ermitaña.

En la juventud, ella se había dedicado a la causa irlandesa; más tarde, luego de un matrimonio fallido, se había enamorado de James Carey, que, tras haber participado en la Hermandad Republicana Irlandesa, había conformado el grupo de los Invencibles y había cometido varios delitos en pos de los intereses de su tierra. Todo ello le había costado a ella abandonar a su familia, incluido a su propio hijo, lo que la había alejado de por vida de los Wood. A pesar de eso, el tiempo le había permitido estrechar el vínculo con su único nieto varón. Nunca recuperaría lo perdido con Thomas, pero se había redimido un poco gracias a la cercana relación que mantenía con Colin.

—Sin embargo, cada tanto, recibo visitas interesantes. Supongo que querrás saber cómo andan las cosas en nuestra querida Dublín.

—Por lo que sé, todo se ha mantenido en una tensa calma.

—Así es, y espero que continúe de este modo. Los años me han tornado más reflexiva y me he dado cuenta de que estamos viviendo en un mundo distinto. Sería una equivocación que, en nuestra tierra, se pretendiera continuar con los levantamientos que tanto golpearon a Irlanda. Hoy vivimos la Gran Guerra y sería un grave error que, en pos de defender la independencia irlandesa, derramáramos más sangre.

—Ojalá así sea, aunque no estaría tan seguro. Tienes además otro motivo para no sumarte a los rebeldes.

—Por supuesto, tengo un nieto inglés —comentó con una sonrisa— y no haría nada que lo pusiera en peligro.

—¿Te tomo la palabra?

Siobhán levantó la copa y brindó con Colin para luego vaciar el contenido.

—Ahora sí podré descansar mejor, y tú deberías hacer lo mismo si deseas estar con ella el resto del día.

Colin se levantó y subió por la escalera de piedra hasta llegar a su habitación. Antes de ingresar, se detuvo en el cuarto en el que reposaba Sofía. Un haz de luz se filtraba por debajo de la puerta, y supuso que ella tampoco podía dormir. No dudó en entrar para preguntarle si necesitaba algo. Verla lo sobrecogió por completo. Estaba aovillada sobre la cama con las manos alrededor de las piernas y sin dejar de balancearse hacia adelante y atrás. Se sentó en el borde de la cama; con sumo cuidado, la atrajo hacia él para abrazarla en silencio y continuar meciéndola. En ese instante ella se quebró en un llanto desconsolado. Él sabía que, hasta que no pudiera expulsar todo la angustia por lo ocurrido en el último tiempo, no podría continuar adelante. Creía que ese era un primer paso. Necesitaba que ella supiera que él estaba ahí, sin preguntas ni cuestionamientos, solo para ella, para entender su dolor. Continuó de ese modo incluso cuando creyó que ella se había quedado sin lágrimas.

—Te extrañé todo este tiempo que estuvimos separados —le susurró en el oído, consciente de que ella estaba atenta a lo que él hacía—. Debo confesar que verte cada mañana saludarme desde la fotografía que me enviaste aliviaba el dolor por no tenerte.

Sofía se aferró más a él, necesitaba sentirlo y asegurarse de que no era una ilusión.

—Tengo miedo —musitó.

—No debes tenerlo. Sé que nada de lo que ha pasado ha sido fácil, pero eres fuerte y poco a poco todo el dolor y la angustia que tienes se irán.

—Hasta ahora he vivido en una mentira. Ni mi padre ni mi madre han sido quienes decían ser. Lo único verdadero que tengo eres tú. Tengo miedo de que en algún momento desaparezcas también.

Colin nunca le había hecho promesas porque estar lejos de ella había sido una prioridad para que estuviera a salvo de él y de la actividad que desarrollaba. Ahora todo había cambiado. Regresar a Buenos Aires no era una opción que él barajaba para ella, no parecía un lugar seguro con Cándido y ese pretendiente inventado. Sin embargo, en Londres se vivía un momento político muy complicado, y no podía garantizarle la seguridad que deseaba darle.

—Ahora estamos juntos, y haré todo lo posible para que sigamos de este modo. Sabes que mi alejamiento no ha sido porque no te amara lo suficiente, sino por una serie de cuestiones que consideré importantes. Hoy esas cosas quedaron atrás.

—El único motivo que me mantuvo viva a bordo fue saber que te vería. Necesitaba que estuvieras a mi lado porque eres la única persona que amo y en la que confío.

—Lo sé.

Él tomó con las manos el rostro de ella y lo besó sin prisa. Con cada pequeño beso, pretendía sellar la promesa de que lo que ambos tenían era especial, distinto, sublime.

—Mírame —pidió, y al obtener la atención de esos ojos castaños, continuó—: No te imaginas lo que sentí cuando me enteré de lo sucedido. En ningún otro momento había tenido miedo, solo cuando supe que podía perderte. Fueron las horas más largas que he vivido, hasta que al fin te encontré.

—No me parece real todo por lo que pasé a bordo.

—No tienes que recordarlo. Deberías descansar, es lo que necesitas.

—Pero...

—No me iré a ningún lado, me quedaré contigo. Yo también necesito descansar y pasar un rato a tu lado.

Ella encontró en esos ojos azules que adoraba la paz que necesitaba. Colin se quitó la camisa y la envolvió en sus brazos. Bajo la tenue luz que alumbraba la recámara, cerró los ojos. No tardó en sentir cómo el cuerpo de ella se relajaba y la respiración se le acompasaba a medida que él cerraba los ojos para poner fin a unas jornadas que lo habían tenido en estado de alerta permanente. Sofía creía que por fin podría aflojar los nervios, pero de inmediato todo cambió cuando la asaltó una pesadilla.

El grave sonido de una sirena resonaba en mi mente. Todo a mi alrededor se movía, pero yo no podía abandonar la cubierta en la que estaba, mi cuerpo estaba paralizado. Los intensos alaridos de las madres en busca de sus niños inundaban mis oídos. Ni siquiera los fuertes empujones que recibía lograban despejarme de allí. Mis pies comenzaron a mojarse hasta que el agua empapó poco a poco todo mi cuerpo. Aferrada a la baranda, intentaba mantenerme a salvo, pero no podía. El cansancio me vencía, y mis dedos se aflojaron de a poco hasta caer en la profundidad del mar. Allí dentro, todo era azul, y los sonidos habían desaparecido, reemplazados por una inmensa paz. El destello de unos ojos azules que me miraban me hizo reaccionar. Con su mano, él comenzó a tirar de mí rumbo a la superficie. En ese recorrido hasta emerger, creí alcanzar la felicidad, pero de repente la figura que me guiaba desapareció y yo caí, sepultada en la inmensidad de esas aguas.

—Sofí, despierta, aquí estoy.

Colin se había despabilado de inmediato al sentir cómo convulsionaba el cuerpo de ella mientras profería un grito de terror y angustia.

—Mírame, por favor. No me he ido a ninguna parte, aquí estoy —susurró al notar la palidez de su rostro y el temblor de su cuerpo.

—Hazme sentir que estás aquí, por favor —suplicó ella con lágrimas en los ojos.

Colin se dedicó a besar cada pulgada de ese cuerpo. Su boca se encontró con unos pechos enhiestos, que lamió y succionó hasta sentir cómo ella vibraba con cada caricia que esas manos le brindaban. La palidez inicial del rostro de Sofía había desaparecido y había sido reemplazada por un tinte carmesí en las mejillas. Él debió apelar a su autocontrol para no sucumbir a los jadeos que la joven emitía mientras le provocaba placer, sin detenerse hasta verla retorcerse de felicidad y soltar un gemido final de goce. Habría dado lo que fuera por hacerla suya en ese mismo instante, pero deseaba que, cuando sucediera, ella solo estuviera concentrada en ellos dos, en vez de en olvidar lo vivido.

—Te amo —gimoteó ella entre el placer y la duda de que lo que se respiraba en ese momento fuera a durar para siempre. Había soñado toda su vida estar junto a él. Sin embargo, cada deseo que había tenido se había hecho trizas. Esperaba con todas sus fuerzas que esa vez todo fuera distinto.

—Lo sé, mi amor —concluyó con el cuerpo pegado al de ella para poder descansar y ahuyentar los miedos y la incertidumbre que aún flotaban en el ambiente.

* * *

En los días sucesivos, Siobhán intentó distraer a Helen, no solo para hacerle olvidar lo vivido en aquel viaje, sino también para brindarle mayor espacio a Sofía. Esa sería la clave para que pudiera crear un nuevo vínculo con su hija.

—Mi querida Helen, hace falta mucha paciencia y mucho tiempo. No son meras palabras, sino que te lo digo porque he pasado por algo parecido. Todos nos merecemos una segunda oportunidad. La mía la tuve de la mano de mi amado nieto.

—Paciencia es lo que me sobra; tiempo, espero que también. Gracias por todo lo que has hecho.

Helen estaba alojada en la habitación contigua a la de la dueña de casa. De ese modo interactuaban más a menudo y, cuando se encontraba con Sofía, estaba siempre en compañía de alguien más. Esperaba que muy pronto la relación con su hija se encauzase. Unos fuertes ruidos provenientes del exterior la distrajeron de esos pensamientos.

—¿Ha sucedido algo?

—Ve a verlo por tus propios medios —replicó con una sonrisa cómplice.

Las indicaciones de Colin sobre dónde colocar el piano de cola habían acabado. Lucía lustroso en la sala adyacente al estudio, y Sofía no salía de la conmoción que significaba tener un piano para tocar.

—Él será tu compañero y permitirá que liberes todo aquello que aún no has podido dejar ir —resopló sobre la cabeza de ella mientras la veía contemplar extasiada el regalo que acababa de hacerle—. Me encantaría escucharte.

Los ojos de ella se colmaron de lágrimas, ya no de dolor, sino de felicidad. El amor que sentía por Colin era tan profundo que no había palabras que pudiesen resumir lo que él significaba para ella.

Poco después, reverberó el sonido de algunas melodías que él había escuchado en Buenos Aires. La pasión desatada en las teclas le permitiría aquietar el espíritu y liberar el alma. Además, eso le permitía a él trabajar en el despacho del castillo escoltado por la música que ella ejecutaba. Sin embargo, había una pieza en particular que lo subyugaba por demás. Se levantó y dejó a un lado los papeles que estaba leyendo para acercarse a ella por detrás y verla tocar esa canción. Le besó el cuello al finalizar, lo que produjo un estremecimiento en ella.

—Esta melodía es especial. Dime: ¿cómo se llama?

—Se llama “En mi mente”. Al tocarla, no dejo de pensar en ti. Era un modo de tenerte cerca cuando te fuiste. Cada nota que toco, tiene tu nombre.

—Será nuestro secreto entonces. No quiero que la compartas con nadie más, solo conmigo.

—Me gusta que así sea, porque la creé y ejecuté mientras pensaba en ti —llegó a explicar antes de que él la callara con un beso apasionado.

Así, durante esos días, se tornaron inseparables. Colin esperaba que todo continuase como hasta ese momento, como si afuera el mundo no estuviera en una guerra de una crudeza inesperada, como si él pudiera olvidarse del lugar que ocupaba en esa guerra. Entonces, recibió un telegrama desde Londres. La escueta línea enviada rezaba: “El tiempo se acabó. Dylan”.

En compañía de un whisky leyó una vez más el texto, con el convencimiento de que debería tomar una drástica decisión.

Sofía había aprendido a leer las distintas actitudes de Colin. Los simples silencios, junto con las significativas miradas, hablaban más que cualquier palabra que pudiera pronunciar. Por eso supo que algo sucedía cuando lo vio entrar a la habitación esa noche. Era ella quien debería aquietar las dudas que pasaban por la mente de él.

—Debemos hablar —dijo al sentarse sobre un butacón frente a ella, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Ven.

—Te dije que quiero que hablemos.

—Y yo deseo que me ames. Nada va a impedir que lo hagas. Al menos esta noche, solo eso te pido. Una noche.

Colin sonrió, incapaz de negarle nada, al igual que cuando, en Buenos Aires, ella le había pedido lo mismo. Aunque esa vez sería distinto. Necesitaba hacerla suya, estar dentro de ella y saber que entre ambos había una posibilidad de que al fin lo que ambos sentían fuera para siempre. Se levantó y fue quitándose la ropa ante la atenta mirada de ella. Caminó unos pocos pasos hasta alcanzarla y tiró del lazo de la bata que tenía para abrirla. Con los dedos la despojó

de la ropa interior que llevaba. Tenerla a su merced lo enloquecía. Las manos que tanto anhelaba la recorrieron mientras los labios se deslizaban para besarla por completo y venerar ese cuerpo que se encendía a medida que las caricias avanzaban. Los gemidos inundaron la habitación cuando los dedos de él alcanzaron la humedad en el centro de placer de ella.

—Mi amor, ¿estás segura? —ronroneó excitado.

—Más que nunca.

Se colocó por encima de ella, que entrecruzó los dedos por sobre de la cabecera de la cama. Comenzó a mecerse para entrar en ella. La mirada de Sofia hablaba del deseo y las ansias por ser amada. No quedaba resquicio para nada más, solo para ellos dos. En ese instante, a medida que él la penetraba, supo que era ese el lugar donde siempre había deseado estar. Con la boca, calló los jadeos de ella a medida que las estocadas aumentaban y el placer de tenerse crecía. Nunca antes había experimentado semejante goce con una mujer.

—Te amo —gimió, al borde de sus fuerzas, antes de que ambos explotaran de placer.

Sofia recostó la cabeza sobre el atlético pecho de él y sintió la agitada respiración mientras intentaba acallar la propia.

—¿Cuándo debes marcharte?

Los dedos de él, que le acariciaban la espalda, se detuvieron al escucharla.

—No solo tú me conoces. Dime cuándo debes irte —repitió ella.

—Me informaron que se me acabó el tiempo. No es lo que quiero hacer, pero las semanas que he estado contigo han llegado a su fin.

—Para mí será muy duro, pero ahora estaremos más cerca.

—Claro que sí —musitó en tanto le recorría el rostro con un dedo—. Ahora sé que estás mejor.

—Sí que lo estoy. No quiero volverme un estorbo para ti.

—En todo caso, serías un maravilloso estorbo. Yo vendré a verte cuando tenga unos días libres. Quiero que vengas a Londres. Mientras esté allá, acondicionaré todo para tu estadía y la de Helen.

—Me encantaría ir. Por lo que parece, no son muy flexibles en tu trabajo. —Un profundo silencio fue la única contestación que obtuvo—. Supongo que hay una razón para que no me digas a qué te dedicas.

—Trabajo en el Servicio Secreto inglés. Quizás ahora entiendas muchas de mis actitudes y mi insistencia con respecto a protegerte. Eso hizo que me alejara de todos, y en especial de ti. Pero, cuanto menos sepas, menor será el riesgo que corras.

—Mi amor, sin saberlo estuve a punto de morir. Nada va a dañarme, menos algo referido a ti.

—Debes guardar este secreto —insistió él.

—Así será. Yo siempre te esperaré. Me gustaría volver a sentirte para recordarte en el tiempo en que estés ausente.

—A tus órdenes —contestó con una sonrisa cómplice.

Volvieron a amarse hasta que el amanecer los alcanzó. Con el cuerpo extasiado por haberse entregado sin límites, Colin se levantó sin despertarla, le dejó una escueta nota sobre la almohada y se fue de la habitación. Luego de acicalarse, buscó su bolsa de cuero y abandonó el castillo a la espera de regresar, aunque sin saber a las claras cuándo sería.

* * *

Los rayos del sol le daban en el rostro. Hacía tiempo que no dormía de ese modo. Con la mano, buscó el cuerpo de Colin, pero no estaba. Sus dedos rozaron un papel. Se dio vuelta y leyó la escueta nota:

No me gustan las despedidas, lo sabes. Tuve que hacer un esfuerzo para no llevarte conmigo. Haré lo todo lo posible por vernos pronto y vendré a verte no bien pueda. Estaré al tanto de ti, y no dudes en pedirle a Siobhán lo que necesites. Ella sabrá localizarme.

Te amo.

Tuyo.

Con lágrimas en los ojos, guardó como un tesoro esa esquela. Sabía esperar, y no era la primera vez que debía hacerlo.

CAPÍTULO 20

Un paso en falso

El sueño que había perseguido Rose se despedazaba con cada puntada dada sobre la fastuosa tela del vestido de bodas que con tanta ilusión había diseñado. No toleraba estar en contacto con esa prenda porque era un recordatorio de la infelicidad que sentía. La culpa que tenía por haberse enamorado del prometido de una cliente y amiga no la dejaba vivir tranquila. Lo peor de todo era que no podía resistirse a los besos y caricias prodigados en los últimos encuentros furtivos que ambos habían mantenido. Ella se daba cuenta de que ya no podía jugar con el destino y de que, en el suyo, Lindor no tenía lugar. Solo diez días restaban para el gran casamiento, y doña Almada no dejaba de pasar por allí para impartir órdenes sobre nuevos agregados al vestido, que ya estaba terminado.

Rose necesitaba que todo acabase cuanto antes. Sus dedos estrujaron la nota que mantenía guardada en el bolsillo. En ella, Lindor le decía que quería verla y la citaba para esa noche.

—No te angusties más y ve a dejar las cosas claras con él —le aconsejó Emma al asomar en la sala de costura.

—Ya no sé cuál es el mejor modo de actuar.

—Yo tampoco, pero lo único que me queda claro es que no puedes seguir así.

—Iré ahora, así no le daré tiempo a que me espere y, si está ocupado con su trabajo, será mejor —razonó, y se incorporó tras dejar a un lado una pieza de seda—. Dile a Josefa que le dejo esto para que le dé la puntada final.

—Lo haré y estaré aquí para cuando regreses, así podremos hablar.

—Emma, no sé si tendré ganas de retornar aquí una vez que haya hablado con él.

—Vendrás porque te estaré esperando. Nada mejor que descargarse con una amiga.

Rose no se cambió de ropa, prefería ir de modo casual para que él viese que ella no le daba importancia al encuentro que tendrían. Él se daría cuenta de que tampoco había respetado el horario ni el lugar, sino que había decidido ir hasta su despacho. La joven intuía que, con el trabajo que él tendría, se le complicaría tener mayores atenciones con ella.

En la tienda, todo parecía haber cambiado. El ánimo de quienes trabajaban allí se había modificado; incluso Josefa estaba distinta. Aunque a Emma le gustaba hablar con ella de lo que le sucedía, no se animaba a preguntarle. Si bien trabajaba para el negocio, no dejaba de ser la madre de Fausto, y ella sabía que la relación entre ambos no había sido la mejor. Aunque muy pronto el vínculo que la unía a Fausto saldría a la luz.

Todo había comenzado con una ausencia de Josefa días atrás, por la que no había dado aviso, aunque lo que a Emma la había alertado había sido la tonta excusa que la empleada había dado al regresar al local. Por eso se había apersonado en el puerto para poder ver a Fausto y saber qué había sucedido. Aún recordaba las palabras de él aquella tarde en que ella había ido hasta el lugar en que Fausto trabajaba y lo había localizado en una de las dársenas de la costa ribereña.

Allí estaba, ocupado en dar indicaciones al personal de una embarcación. No había manera de confundirlo con el resto: el ampuloso cuerpo coronado con el gorro de lana negro lo distinguía de las personas que lo rodeaban. Él mantenía la misma gracia al vestirse de fajina que cuando lo había visto de gala aquella noche en el teatro Colón. Ella se quedó a la espera de que otro empleado le indicase que alguien aguardaba por él y notó el gesto adusto cuando lo vio enfilarse hacia allí.

—¿Qué haces aquí?

No le había sorprendido tanto el tono empleado, sino el estado en que tenía el rostro.

—Vine a saber de ti, pero no he querido molestarte.

Emma no logró irse de allí porque él la tomó por el brazo para alejarla del lugar de trabajo y llevarla hasta la oficina que había dentro del depósito. Hasta llegar ahí, ambos se mantuvieron en un expectante silencio que se rompió recién cuando ingresaron a la austera habitación. Él cerró la puerta y no dejó de observarla.

—Fausto, no te tomes más molestias, déjame ir y...

—Viniste por algo, ¿verdad?

Eso ojos negros volvieron a eclipsarla una vez más.

—Quería saber qué pasaba con tu madre, y veo que algo más ha sucedido. Me lo suponía.

—Esto fue por un golpe que me di mientras realizaba unas maniobras en un navío.

Los finos dedos de ella le recorrieron la zona violácea de la cara. El párpado derecho aún estaba hinchado. Él le tomó la mano y la besó, sin dejar de contemplarla.

—Esto tiene que ver con él, ¿no es así?

No era necesario mencionar el nombre de Álvaro Alconada porque, desde que ellos se habían

conocido, ese hombre no había dejado de estar presente en el medio de ambos al inmiscuirse de un modo u otro.

—Eso no debe importarte.

—Claro que me importa. No quiero transformarme en el botín de guerra de ambos.

Fausto no pudo resistirse más y la acorraló contra el muro que estaba a pocos pasos, detrás de ella.

—En lo único que te has transformado es en mi debilidad. No pienso en otra cosa que en tener mis problemas solucionados para estar contigo. Te deseo más que a nadie en el mundo y no me detendré hasta que seas mía.

El beso que le dio fue voraz y hambriento.

—Todo lo que hago es por ti, aunque no te des cuenta de eso —resopló sobre los labios de ella luego de haberlos saboreado.

—Si es así, promete que no volverás a enfrentarte a él.

—No lo puedo prometer porque es justo lo que haré para dejarle claro cómo son las cosas. Lo único que deseo saber es si confías en mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te he visto dudar con la mirada. Quiero que sepas que lo que siento por ti es verdadero y que no eres un capricho o un modo de pelear con ese imbécil.

Él espero unos largos segundos, que se le hicieron eternos, hasta que al fin ella contestó.

—Si es así, deberás hablar con mi padre.

—¿Sí? —replicó con gran satisfacción—. Entonces tendría que dejar correr unos días hasta que mi rostro esté presentable.

Fausto la besó con pausa y rozó con los labios cada parte del rostro de la joven con dulzura, ternura y dedicación, como si nada más importase en medio del paisaje portuario salvo ellos dos.

—Te quiero —murmuró sobre los hinchados labios de ella—. Es la primera vez que lo digo y, aunque me cueste pronunciarlo, te acostumbrarás a escucharlo más de una vez.

—Yo también te quiero, y es algo que guardo desde hace tiempo.

—Me aseguraré de que nada te falte, puedo jurarte que haré lo que sea por hacerte feliz.

Emma selló con un beso cada juramento de él y supo que no eran meras palabras. Podía atisbar sinceridad, entrega y vehemencia en esa confesión.

—Solo te pido que me esperes hasta que arregle las cosas para que nadie nos moleste. Lo sé, te prometo que, esta vez, lo haré a tu modo.

—Te esperaré el tiempo que sea si al fin logramos estar juntos sin que nadie nos esté rondando.

—No sé cómo hice para merecerte, pero te juro que haré todo para lograrlo.

No hubo tiempo para más revelaciones o caricias porque un golpe a la puerta los interrumpió. Por más que ella se negó, él dejó varias instrucciones y la acompañó hasta la esquina de la tienda. Una vez que la vio ingresar al local, se fue, con el convencimiento de que su vida daría el vuelco que, desde hacía tiempo, buscaba.

Emma abandonó los recuerdos y se encontró en su oficina, envuelta en papeles, pedidos de mercadería y telas. Mientras tanto, se mantenía en un compás de espera hasta que Fausto actuara y por fin pudiera su familia conocer y compartir la felicidad que había encontrado de la mano de él.

* * *

Rose caminaba por la elegante calle Alvear, a cuya vera las propiedades construidas lucían esplendorosas, así como las plantas que decoraban los balcones y que colgaban en cascada hacia las veredas. A medida que se acercaba al despacho de Lindor, los nervios crecían. Cuando estuvo frente a la ostentosa puerta de entrada, dudó si era correcto apersonarse allí, pero no tuvo tiempo de decidirlo porque la puerta se abrió de golpe y salió una mujer grande.

—¿Busca al doctor Negri?

—Sí, pero si está ocupado vuelvo en otro momento.

—De ningún modo, pase por favor.

Rose se acomodó con las manos el vestido gris con pequeñas flores color lila. Se sentía observada por esa señora.

—Mi nombre es Adela, y no te preocupes, él se encuentra en una reunión, pero terminará en cualquier momento.

—Si es así, prefiero venir en otro momento —repuso la joven.

—No me has dicho tu nombre.

—Rose Rivas.

La mujer atravesó la sala hasta llegar a la oficina del dueño de casa. Al fin había conocido a la joven de la cual Lindor le había hablado y esperaba que él al fin tomara la decisión correcta. No bien le anunció quién aguardaba afuera, Negri dio por finalizada la reunión e invitó a retirarse a los tres hombres que se habían encontrado para darle forma a un negocio que tenían entre manos.

—Rose, qué alegría que hayas venido —dijo al salir, con una sonrisa dibujada en el rostro—. Pasa por favor.

El amplio y distinguido estudio estaba decorado con una biblioteca de caoba oscura, y en las paredes pendían cuadros de caballos. Había un ambiente refinado y cálido a la vez.

—¿Te gusta? —inquirió apoyado sobre el borde del escritorio, con los ojos puestos en cada movimiento y gesto que ella hacía.

—Es distinguido y sin estridencias.

—Como tú.

—Lindor, yo he venido...

Él le tomó las manos y la atrajo hacía sí para rodearla con los brazos.

—Aún no me has saludado —musitó, y resopló sobre los labios de ella—: Hola.

Los labios de él apoyaron sobre los de ella para saborearlos, y no pudo resistir la tentación de hurgar en esa boca que lo recibió trémula y dudosa. De a poco, se fue abriendo a él, y la pasión se desató. Sus lenguas se enredaron en un beso ávido e insaciable. Él la necesitaba de un modo visceral, aún no había encontrado la manera de saciarse de ella; muy por el contrario, cuanto más tiempo transcurría, mayor era la necesidad que sentía por Rose.

—Lindor —murmuró.

—Es que no puedo controlarme contigo —confesó al acariciarle la mejilla con un dedo—. Dime a qué se debe esta grata sorpresa. Esperaba verte por la noche, ¿recibiste mi nota?

—Sí, pero preferí venir a esta hora, es lo mejor —contestó tras distanciarse de él para poder explicarle a qué había ido.

—¿A qué te refieres?

—A que no podemos vernos más. Te casarás dentro de unos días.

—Ya te he dicho que ese casamiento está en su mente nada más porque le he confesado que no quiero estar con ella.

—No es lo que dicen su madre y ella —refutó Rose.

—Pero debes creerme a mí.

—Lindor, no puedo con la culpa que eso significa. Ella está enamorada de ti, me lo dice en cada oportunidad que tiene. No soporto ser yo la causa de su infelicidad. No puedo continuar con todo esto, me siento una intrusa en medio de la historia de amor que ustedes comparten.

—Aquí la única historia de amor es contigo. Con ella nunca hubo nada que pueda semejarse a lo que siento por ti. Debes entenderlo y creerme —insistió él.

—Su vestido está en la tienda, a la espera de que lo vaya a buscar mañana. Su madre no ha dejado de solicitar arreglos en el diseño. No tolero un minuto más estar cerca de ella, de su madre y, lo que es peor, de esa prenda que yo misma confeccioné con la idea de que sería un gran salto para mi carrera.

—No pienso alejarme de ti. Si los Almada no comprenden que quiero cancelar esa boda, hablaré una vez más con su padre. No quiero ni voy a presentarme en esa iglesia.

—Tampoco estarás conmigo, porque no puedo traicionar a alguien que se dice mi amiga, de verdad no puedo —declaró, tras lo cual abrió la puerta y salió corriendo de allí.

—Mierda —dijo, cansado de que su vida no se encausase de una vez y de que la familia Almada no entendiera.

* * *

El puerto de Buenos Aires continuaba siendo el paisaje al que a diario regresaba Fausto. Nunca había considerado en verdad la propuesta de instalarse en Rosario, porque sabía que el pedido no venía de un reclamo cierto y legítimo de trabajo, sino para complacer y atenuar los caprichos de Alconada. A pesar de no contar con el poderío económico que Álvaro poseía, Guzmán tenía cierta autoridad gremial, lo que había provocado que nadie en el puerto quisiera tener un problema mayor con él a raíz de hacer un favor a un empresario amigo. Como consecuencia, las circunstancias de él habían quedado como siempre, y el trabajo había vuelto a ser el de antes. Lo que más le preocupaba era la situación con Emma, ya que aún nada estaba resuelto.

Al finalizar la jornada, se retiró hacia la nueva casa que había conseguido. Era provisoria y por ese motivo la había elegido cercana a su lugar de trabajo. Esperaba conseguir otra más cercana a la tienda de Emma cuando ambos pudieran estar juntos. Se dio un baño, se cambió y salió. Antes de hacerlo, tomó el arma que tenía guardada en un cajón, se la calzó en el cintura del pantalón, la tapó con el saco y salió rumbo a la propiedad de Alconada. La calle estaba desierta,

el silencio era notorio y las farolas ubicadas en las esquinas alumbraban el camino hasta llegar a la casona. El dueño de casa lo esperaba porque le había hecho saber que iría a verlo esa noche. Le abrió la puerta de entrada uno de los dos lacayos de Álvaro, a quien Fausto siguió hasta el despacho. Allí encontró al empresario de espaldas a la puerta mientras miraba a través de la ventana.

—Creía que no tendrías el coraje para venir a verme —dijo al darse vuelta.

—Es normal que lo pienses, pero no soy como tú.

—No voy a tolerar que me ofendas en mi propia casa, así que dime a qué has venido.

—A poner coto a todo esto.

—Si buscas que ponga a tono tu cara, no tendré problemas.

—No vine a luchar contigo, pero sabes que es lo que haré si me provocas, siempre que no te refugies en tus hombres.

El dueño de casa hizo un gesto al empleado que se había quedado al lado de la puerta.

—¿Qué mierda haces? —siseó Fausto al querer inmovilizar al sujeto que se había acercado.

—Déjalo —ordenó Álvaro—. Si no quieres que otro lo haga por ti, deja en la mesa el revólver que trajiste. No me mires así, puedes ser valiente, pero no eres tan estúpido como para venir hasta aquí desarmado.

Sin deseos de hacerlo, dejó la pistola sobre el escritorio.

—Ahora puedes empezar a hablar.

—Vine a decirte que todo esto se acabó y que pediré la mano de Emma. Ella así lo desea, así que de nada sirve que continuemos esta contienda sin sentido. Nada la hará cambiar la decisión que ha tomado, y menos aún a mí.

—¿Y crees que yo me quedaré de brazos cruzados? —lo retó Alconada.

—Solo te advierto que no pierdas más tiempo. Ya no tienes la más mínima posibilidad con ella. Espero que, esta vez, seas lo bastante sensato para no insistir.

—¿Qué crees que tienes para que ella te elija? Te miro y puedo asegurarte que no encuentro nada que valga la pena.

—No espero que lo hagas, porque tu soberbia es tan grande que no te permite ver más allá de tus narices. Es más, la quieres solo por capricho. Pero no pienso quedarme a convencerte. He venido a decirte cómo son las cosas. A partir de ahora, ya no tendrás más poder sobre ella o su

familia porque pasará a ser una mujer comprometida. Hazte a la idea y deja de estorbar.

El silencio del propietario pareció señalar que había entendido lo que Fausto le había dicho.

—Voy a tomar lo que es mío —anunció Guzmán al acercarse para tomar el arma.

En ese mismo instante, todo se dio muy rápido. Uno de los lacayos se abalanzó sobre Fausto al tiempo que Álvaro tomó la pistola. El empleado portuario vio que le apuntaba de frente y apretaba el gatillo y cayó al suelo junto al otro sujeto que estaba detrás de él. En esa fracción de segundo, no atinó a mucho, hasta que se dio cuenta de que la sangre que tenía en el cuerpo no era propia, sino la del hombre de Alconada a quien Álvaro había matado adrede. El momento de confusión le hizo perder valiosos minutos. No entendía qué había hecho aquel hombre. El sonido del disparo alertó al otro empleado, que se apersonó de inmediato.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, atolondrado por el espectáculo, el otro colaborador de Álvaro.

—Lo mismo que va a pasarte si no cumples mis órdenes.

Con la culata del revólver, golpeó a Fausto, que se sentía más liviano ya que le habían quitado el cuerpo que tenía encima. No pudo saber qué más sucedió porque el impacto le hizo perder la conciencia.

Cuando despertó, creyó estar viviendo una pesadilla que tiempo atrás había experimentado. La última vez que había estado encerrado en una celda había sido en la revuelta producida durante los festejos por el aniversario de la Revolución de Mayo. Tenía grabado a fuego la muerte de su padre y las consecuencias de ese final y, como si fuera una constante en su vida, el nombre de Álvaro Alconada salía a la superficie de nuevo para enlodar y cubrir de suciedad y miseria todo lo que lo rodeaba. Miró a su alrededor y contempló los muros grises y malolientes. No necesitó observar más para darse cuenta de que estaba en una celda; la misma de aquella vez, aunque en esa ocasión no entendía qué hacía alojado allí dentro.

—¡Ya se despertó! —gritó uno de los guardias.

Con la mente embotada, intentó hacer memoria de lo sucedido sin comprender cuál era el motivo por el que estaba allí. Escuchó unas voces que llegaban desde un lugar lejano y luego el sonido de unos pasos que se acercaban. Claro que no se imaginó que, frente a él, se presentaría Lindor Negri para pedir que le abrieran la puerta.

—¿Qué hago aquí y por qué estás tú?

—¿Aún no lo recuerdas?

—Claro que recuerdo como ese loco de mierda que tienes por cliente disparó a sangre fría sobre mí y mató a uno de sus empleados, aunque sigo sin comprender por qué. Me aturdió. A esa distancia no podía fallar. A pesar de eso, lo mató sin miramiento alguno.

—Parece que el golpe te alteró los sentidos —supuso Negri.

—¿Qué dices?

—Que mi cliente afirma que has sido tú quien disparó. Como dices, no tendría sentido que hubiera sido de otro modo, y es fácil demostrarlo, pues te encontramos tirado y con tu mano alrededor de un arma de tu propiedad. No hay duda de que era la misma que causó la muerte del empleado de Álvaro.

—¿Y le crees a ese hijo de puta?

—Él es mi cliente.

—Vete de aquí —lo urgió Guzmán.

—No sin antes decirte que convoqué a un abogado prestigioso para que te asista.

—¿Qué te hace pensar que tomaré algo que venga de ti?

—Que tienes varias cuestiones que arreglar. Yo soy muy bueno en mi trabajo, y me gusta hacerlo con alguien de mi altura. Dentro de un rato, estará aquí para hablar contigo. Yo ya me he adelantado y le he contado la escena que vi al llegar. Él hablará con la policía y sacará sus propias conclusiones de lo sucedido.

—¿Por qué lo haces?

—Ahora no importa el motivo. Debo irme —se despidió, y enseguida llamó a uno de los celadores para que abriera la celda.

Fausto quedó aún más confundido que antes. No podía esperar nada de Alconada porque buscaría sacar provecho de cualquier situación. Nada en la vida le había sido fácil. Por cada cosa que había conseguido, había tenido que luchar, y aquella sería la pelea más ardua que debería lidiar porque Emma estaba en medio de todo eso. Le había prometido que haría todo por ella y, a partir de entonces, debería probar que estaba a la altura de esas palabras.

* * *

Lindor había regresado a su casa. Esa sería otra noche en la que no pegaría un ojo. Se dedicó a analizar unos papeles en su despacho hasta que escuchó unos golpes en la puerta.

—Al fin podemos tomarnos unos whiskys tranquilos, ya no molestará más ese Guzmán — comentó Alconada al entrar—. He venido hasta aquí para saber si tienes alguna novedad y para hablar lo que necesites discutir conmigo.

—Por ahora no hay mucho que decir, al menos hasta que el otro abogado pueda analizar la situación. Veremos entonces cómo se encara toda la estrategia de este caso.

—Pero acá hay una sola verdad y es la que te cuento. Tú lo has visto cuando has entrado a observar lo que ocurrió dentro de mi casa.

—Así es, pero debemos continuar con el proceso. Hasta darlo por finalizado, hay que cumplir algunos pasos.

—Aún debo ocuparme de los trámites para que le den cristiana sepultura a uno de mis empleados, que era como de la familia.

—Lo imagino.

—Espero que esa rata de puerto se pudra en la cárcel, es lo mejor que puede pasarle. Encerrado detrás de los barrotes de una celda, podrá darse cuenta del grave error que cometió al meterse conmigo.

—Álvaro, si quieres, ve a hacer los trámites que debas realizar. Mientras, me gustaría hablar con tu otro asistente.

—¿Para qué?

—Para prepararlo. Quiero saber si está listo para el interrogatorio al que será sometido muy pronto. Es algo de rutina.

—Está bien, volveré dentro de un rato. Ahora me comunicaré con él para que venga y hable contigo.

—Cuando regreses, nos tomamos algo fuerte.

No bien lo vio irse, entró el sujeto que trabajaba desde hacía tiempo con Alconada.

—¿Un trago?

—Gracias, lo necesito.

—Ponte cómodo, en estos casos lo mejor que puedes hacer es relajarte, los nervios no te llevarán a ningún lado. Debe haber sido muy feo ver morir a tu compañero.

Lindor observó que el hombre era de fuerte complexión física y, amén de contar con esas características, se lo notaba abatido, nervioso y confundido.

—Lo fue.

—A pesar del momento que estás pasando, deberás declarar cómo fueron los hechos.

—Entiendo. Doctor, usted ya ha visto cómo sucedió todo.

—Yo sí, pero deberás sostenerlo frente a la otra parte. De más está decirte que el otro abogado es muy bueno en lo que hace. Cuando debas declarar, debes hacerlo pensando en ti y en nadie más.

—¿A qué se refiere?

—Debes ser claro y preciso, sin dejar un ápice de duda en el relato que hagas, porque, cuando el colega encuentre cualquier debilidad en ti, atacará. Allí estarás frente a él solo con tu verdad.

—No entiendo por qué me dice esto.

—Porque tengo la obligación de hacerlo. Yo seguiré siendo la defensa de tu patrón sé a lo que deberé atenerme, pero creo que tú no tienes idea de lo que ocurrirá cuando debas sostener la historia que declaras. Yo estaré allí, pero no podré salvarte en el momento en que indaguen más para descubrir la verdad. No me mires de ese modo, es parte de mi trabajo prevenirte y decirte que cuentes lo que has visto, que yo buscaré el modo de defender a mi cliente.

—Pero usted estuvo en el lugar donde ocurrió todo, pudo verlo.

—Por eso mismo es que te hablo de esta manera. Esto es una cuestión de tiempo hasta que todo salte por los aires. En esta contienda entre Fausto y Álvaro, tú debes quedar afuera. Piensa qué harás. Lo único que puedo decirte es que cada uno debe decidir cómo obrar y atenerse a las consecuencias. Pues bien, tú te acabas de enterar de las que padecerás si mientes.

Lindor notó cómo, a medida que hablaba, el hombre palidecía. Al finalizar la exposición, tomó de un solo sorbo el contenido de la copa. Ese era el principio, solo restaba esperar.

* * *

La mañana siguiente no asomó menos complicada que el día anterior. El despacho del doctor Negri estaba a rebosar de trabajo. Él no había dormido en toda la noche, y las huellas de cansancio y alcohol comenzaban a hacerse vivibles en su rostro. En ese momento, la puerta se entreabrió, y vio a su empleada asomar por ella.

—Adela, no estoy para nadie. La verdad es que estoy muy cansado y sabes que solo estoy disponible para una persona.

Ella comprendió que se refería a la joven que había estado el día anterior. No necesitaba ser demasiado avispada para comprobar que a él le cambiaba el semblante con solo mencionar el nombre de Rose.

—Lo sé, pero está el señor Almada y exige verlo.

—Hazlo pasar.

Otra vez debía mantener una conversación que versaba sobre algo que él había decidido y hecho saber a cada uno de los miembros de la familia de Inesita.

—Querido, veo que estás trabajando para dejar todo listo muy pronto.

—Siéntese —indicó con la mano y miró luego a la secretaria—. Adela, ¿nos traerías un café para los dos? Creo que hablamos de esto en varias oportunidades.

—No es fácil detener el compromiso. Te conozco desde siempre y sabes cómo te aprecio, pero esto que estás haciendo no tiene sentido. Vas a humillar a mi hija, y no puedo tolerarlo. Tu padre estuvo conmigo la noche de ayer, tomamos algunas copas, y me aseguró que recapacitarías. Espero que lo hayas hecho, porque, de otro modo, todo cambiará para ti.

—¿Cómo es eso? No puedo creer que esté amenazándome. A esta altura debería saber que la relación con mi padre va de mal en peor. Nada de lo que él le diga tiene asidero, porque la última conversación que tuvimos fue hace un tiempo, y estoy seguro de que preferirá no saber en qué términos ha sido.

—Sabes que él cuenta con importantes y valiosos contactos. Tú eres quien eres hoy en parte por lo que te ha brindado él. No creo que seas tan necio como para echar por la borda el vínculo con tu apellido y los beneficios que te ha dado.

—Eso fue en un pasado, hace tiempo ya que lo que soy lo debo solo al trabajo y a mi propio esfuerzo. Por suerte me diferencio mucho de mi padre y no voy a hacer más infeliz a su hija. Ella no lo merece; yo tampoco. No estoy enamorado de Inesita porque amo a otra mujer. No me asustan las amenazas que pueda usted hacerme, estoy preparado para hacer frente a todo lo que venga junto a la mujer de la que estoy enamorado.

—¡Basta ya! No continúes con esta humillación hacia mi hija.

—Es justo lo que me niego a hacer, pero, desde el preciso instante en que decidí hablar con la verdad, ninguno de ustedes quiso escucharme.

—No es justo para ella que la desprecies. Si sabes lo que haces, olvidarás el capricho que tienes con Rose Rivas y recapacitarás sobre la unión con mi adorada hijita.

—Ya lo he resuelto y espero que entienda que no me casaré con ella. No es la primera vez que se lo digo, pero sí será la última. Con ella lo he hablado también, y en lo único que piensa es en ese vestido que le han diseñado.

—Y justo se trata de la joven que ha deshecho esta unión —rugió para luego correr la silla y salir del despacho con un portazo.

Lindor se inclinó sobre el escritorio y apoyó los dedos sobre las sienes para masajearse las. Necesitaba un minuto de paz, necesitaba a Rose. Con ella todo era distinto. Aún debía convencerla de que él le daría todo lo que ningún otro hombre podría. Quería finalizar con ese día y con las tareas que aún tenía pendientes para verla.

* * *

La noche caía en la ciudad y la impaciencia del abogado por ver a su amada había crecido. Necesitaba que ella comprendiera cómo eran las cosas. Entendía que los rumores sobre la boda aumentarían entre los conocidos y no quería que una decisión de él afectara a Rose. No permitiría que nadie la manchara. No bien llamó a la casa, le abrió una empleada.

—Soy Lindor Negri y busco a Rose.

—Adelante, ya le aviso.

Ella bajó la amplia escalera de mármol que conducía a la sala en la que él estaba aguardando. Notar el gesto de sorpresa de Rose al verlo hizo que valiera la pena haber ido hasta allí.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte —explicó al acercarse a ella—. Necesito que me creas cuando te digo que insistiré una y mil veces hasta que te des cuenta de que lo mío es en serio, y lo nuestro también.

—Hija —dijo un hombre al ingresar a la suntuosa sala—, no me has presentado a tu amigo.

Rose conocía de memoria a su padre y pudo notar un tono de sarcasmo al hablar. Ya le había preguntado por los rumores que corrían y que la vinculaban a un hecho escandaloso.

—Buenas noches, soy Lindor Negri —se presentó, y le estrechó la mano.

—Soy Juan Rivas. Me gustaría tener unas palabras con usted, sígame.

—Papá, por favor —gimió sin lograr que se detuvieran.

—Hija —se acercó Eileen—, tu padre sabe lo que hace.

—Mamá, por favor, me está avergonzando con esa actitud que tiene.

—Te equivocas, él lo único que busca es, precisamente, que nadie te avergüence, hazme caso y tranquilízate. Debes al menos estar tranquila porque no estoy yo allí adentro.

Lindor supo que no sería una conversación agradable tras quedarse con la mano extendida sin haber recibido el saludo del dueño de casa. Ingresaron al despacho y observó una serie de títulos de medicina que colgaban en uno de los muros. Algunos se referían a congresos realizados en el país y en el exterior sobre la especialidad del doctor Rivas: la pediatría.

—Señor Negri, no nos conocemos, aunque quizás nos hemos cruzado en alguna oportunidad.

—Así es.

—Como no me conoce, quiero advertirle que mi familia es mi gran sostén. El prestigio que tiene el apellido Rivas viene de mi padre, que ha sabido abrazar la profesión que yo mantengo, y la reputación que conservamos ha sido gracias a cada uno de los pasos que hemos dado — aseveró.

—Lo entiendo.

Juan estaba seguro de que en realidad no lo comprendía. Él recordaba lo que significaba estar en la boca de todos cuando, tiempo atrás, su familia se había visto envuelta en un escándalo. Su padre, con quien lo unía entonces una respetable y afable relación, se había enamorado de la mujer que Juan creía amar. Por Josefina Estrada, ambos se habían enfrentado. Juan había debido esperar un tiempo prudencial para darse cuenta de que el amor lo encontraría de la mano de Eileen. A pesar del paso de los años, no le había sido fácil deshacerse de las murmuraciones y comentarios maledicentes que la gente disfrutaba hacer. Él lo había soportado y se había jurado que nunca más volvería a sucederle. No permitiría que le ocurriese a su adorada hija.

—No creo que lo entienda. Rose es mi única hija, y no consentiré que nadie la lastime, ni que su nombre se repita en los corrillos de la ciudad por el obrar irresponsable de un joven como usted. Sepa que no voy a tolerarlo.

—Lo imagino. Yo, por la mujer que amo, haría lo mismo; y amo a su hija, ella es lo más importante que tengo.

—Por lo que he escuchado, usted se casa dentro de unos días. Incluso mi hija es la que ha diseñado el vestido de boda. Nunca nadie manchará su honor, así que evite comentarios desafortunados en mi presencia.

—Ese casamiento está suspendido, ya he hablado con quien tenía que hablar. Lo único que me preocupa es que Rose se vea involucrada en algo que no le corresponde. He tomado mis decisiones y me hago cargo de ellas. Ahora quiero decirle que no voy a renunciar al sentimiento que tengo por su hija —aseveró Lindor.

—Si no quiere dañarla, aléjese de ella.

—No voy a hacerlo. El único modo de que me aleje es si ella me lo pide. Mientras tanto, lucharé para que, de un modo u otro, ella sepa cuánto la amo.

Juan lo miraba sin poder creer la desfachatez de ese muchacho. No bien había oído los rumores, había consultado con su amigo Thomas para que averiguara todo lo que se sabía de Lindor Negri, quien contaba con fortuna y una buena carrera, aunque también sabía que lo perseguía un notorio y repudiable pasado con las damas: ese era un punto difícil de negociar.

—No quiero que vuelva a ver a mi hija. La fama que lo precede con las mujeres habla de usted y del modo en que se ha conducido.

—Eso fue así hasta que conocí a Rose. No me importa que me diga que no puedo verla o que debo esperar. Ella es la mujer que quiero a mi lado, y no cesaré en demostrárselo. Espero que usted también lo entienda.

—¿Y qué sucedería si no lo hago?

—Tendrá un problema conmigo y con su hija, porque sé que ella siente lo mismo por mí. Yo no me detendré hasta lograr que estemos juntos.

—Me daré cuenta si habla en serio si aleja a mi hija de cualquier comentario injurioso.

—Lo haré.

—Negri, sepa que lo estaré vigilando de cerca. Ahora, le pido que se retire.

Lindor lo saludó con la cabeza al notar que el dueño de casa se mantenía sentado a la espera de verlo irse. Al cerrar la puerta, se encontró con Rose, que lo miraba absorta. Junto a ella había una mujer rubia cuya actitud hablaba por sí sola. La determinación que tenía en el rostro se parecía a la de Rose. Él la saludó con respeto y se acercó a la joven.

—Quédate tranquila, con tu padre es solo cuestión de tiempo. Te amo —susurró antes de que la puerta del estudio se abriera de golpe.

Eileen se sorprendió del desfachatado y cariñoso gesto que ese joven tuvo frente a ella. Sin darse vuelta, le había guiñado un ojo a Rose, lo que su madre apreció porque nunca le habían importado los condicionamientos sociales. Evitó sonreír al evocar su propio pasado, aunque su hija lo desconocía. A veces cuando lo recordaba con su esposo y aquellos eventos salían a la luz,

ambos terminaban con una sonrisa cómplice por lo vivido, aunque habían debido atravesar situaciones difíciles. Esperaba que su hija pudiera encontrar la felicidad que ella tenía junto a su marido.

Lindor se retiró de la residencia consciente de que pagaría con creces por todo lo que había hecho. Aunque el doctor Rivas no había logrado amedrentarlo, todavía lo aquejaba el problema de que, por primera vez, tenía miedo de perder a una mujer, y haría lo que fuera para que eso no ocurriese, incluido agradecer al padre de Rose.

CAPÍTULO 21

Al filo del peligro

El local Scarlet Rose había abierto más tarde de lo habitual. Ni las dueñas ni su empleada habían estado allí a tiempo por distintos motivos.

—Esto no puede suceder más —dijo Emma mientras, de manera apurada, trataba de acondicionar el lugar frente a la atenta mirada de su socia—. Rose, debemos recordar lo que nos ha costado abrir esta tienda y la buena repercusión que hemos tenido. No son tiempos fáciles, y debemos cuidar todo esto.

—Tú lo dices porque, hasta lo que sé, te mantienes en un compás de espera con tus temas personales. Te aseguro que no pude dormir en toda la noche luego de la visita de Lindor a mi casa.

—Cómo me habría gustado ver a tu padre hablar con él. El tío junto al candidato de su amada hija... —Era así como se llamaban aunque el parentesco no fuera real, pues la cercanía de ambas familias hacía que se consideraran muy cercanos.

—Me alegro de que te diviertas, aunque imagino que no te gustará ver a Thomas cuándo Fausto le pida tu mano. Eso sí que será tremendo.

—En eso tienes razón, aunque... —Se interrumpió al ver la imagen de Josefa ingresar al local—. Pero ¿qué ha sucedido?

—Lo peor —replicó entre sollozos—. Mi hijo está detenido por haber matado al empleado del señor Álvaro Alconada. No sé qué hacer ni a quién recurrir.

—No puede ser —musitó una y otra vez Emma al sufrir el fuerte impacto que le habían provocado esas palabras.

—Siéntense —dijo Rose, sin dar crédito a lo que afirmaba—. ¿Cuándo fue?

—No sé bien cómo se dieron los hechos, lo único que me dijeron es que él está encerrado en un celda. No sé cuándo saldrá o si en algún momento lo hará.

—Josefa, debes tener fe de que todo se arreglara y de que liberarán a Fausto cuanto antes —comentó esperanzada Emma, quien no dejó de pensar qué hacer mientras Rose distraía a la empleada con la conversación.

Debía encontrar una salida lo antes posible, pero no sabía cuál. No se le ocurría a quién podía ver o consultar. De un modo u otro, todas las personas que conocía estaban conectadas con Alconada. No podía dejar pasar más tiempo y sentía que consolar a Josefa era inútil. Él la necesitaba.

* * *

Nunca antes había estado en una celda. Había sido difícil acceder a ella porque, en la comisaría donde estaba alojado Fausto, no querían dejarla ingresar, por lo que había debido hacer lo que siempre evitaba: invocar el nombre de Thomas Wood. Con el tiempo, ese apellido había ganado cierto respeto gracias a la fortuna de su padre, que lo hacía un hombre poderoso más allá incluso de los confines de la ciudad de Buenos Aires, ya que los negocios que aún manejaba se extendían hasta Londres y otras plazas comerciales. Había parecido obra de magia cómo, al pronunciar su nombre, las autoridades de manera inmediata la llevaron, acompañada por un guardia, hasta la celda en la que estaba él. Lo encontró sobre un mugroso catre con la cabeza inclinada hacia adelante, sostenida por las manos. No necesitó llamarlo porque él levantó la vista al instante, y ella notó que la expresión le cambiaba. Tristeza, pesadumbre y hastío destilaban esos ojos negros.

Fausto creyó que ella era una alucinación y que, de tanto pensarla, había aparecido, pero solo en la imaginación. La miró durante largos segundos y notó que esa imagen no se desdibujaba; muy por el contrario, se hacía más real. Fue en ese instante que supo que la mente no le estaba jugando una mala pasada, sino que Emma estaba frente a él.

—Vete, no quiero que estés acá —la urgió, y le hizo un gesto al guardia para que la llevara de regreso.

—La señorita Wood tiene permiso para estar aquí. Cuando lo decida, la acompañaré a la salida.

Los dedos de ella se aferraron a los curtidos de Fausto y los acarició al tiempo que apoyaba el rostro sobre los destemplados y negros barrotes.

—Ese no es modo de recibirme. Dime que aguantarás hasta que todo se aclare.

—La única imagen que he tenido en mi mente desde que me trajeron aquí dentro ha sido la tuya. Este encierro se hace más soportable si creo me esperas afuera, pero no sé qué va a suceder.

—Es solo un mal momento. Dentro de poco tiempo, todo se calmará.

—Aún no me preguntaste qué hice para estar en este maldito lugar —se extrañó Fausto.

—Tu madre me contó que estás acusado de haber matado al colaborador de Alconada.

—¿Y tú qué crees?

Esos ojos negros destellaron una cuota de esperanza al mirar a Emma. Él ansiaba no ver reflejada ni una gota de lástima, prefería quedarse allí dentro que tener que ser consolado por la mujer a quien amaba.

—Creo que eres inocente y que todo esto es un ardid de Álvaro.

—Te dirán que me encontraron con el arma en la mano.

—Dirán que apretaste el gatillo y que lo mataste, pero nada me hará cambiar de opinión. Sé de quién me enamoré, y nadie podrá modificar ese sentimiento ni lo que pienso de ti —aseguró ella.

Él besó, uno a uno, los finos nudillos de Emma. Estaba seguro de que algo bueno debía haber hecho para tener a esa mujer a su lado. Por eso, en medio de la mugre que lo rodeaba, se deleitó y atesoró cada minuto que pasó con ella. Era el único modo de poder transitar el resto de tiempo que le quedase por delante. Él conocía más que nadie cómo se habían dado los hechos de aquella noche, como también las ínfulas e influencias de Alconada.

—Solo quiero saber una cosa —musitó ella.

—Dime.

—¿Cuál fue el motivo por el que fuiste hasta su casa?

—Te había prometido que todo esto se acabaría y que daría por terminado el conflicto con él, pero no de este modo. Te prometí que lo haría de otra manera.

—Lo sé, mi amor.

—Señorita —se acercó el guardia—, ya es hora de que la acompañe hasta la salida.

—Mi amor, vete y no vuelvas hasta que tenga alguna novedad. El doctor Plaza se está ocupando de mi caso, y espero que pronto todo esto se aclare.

—Te amo.

Fausto se quedó aferrado a esa reja en tanto la veía partir por el oscuro pasillo hasta alcanzar la salida. Habría dado lo que fuera por salir de allí lo antes posible, no solo para recuperar la libertad, sino para evitar que ella tuviera que volver a ese nauseabundo lugar.

Emma salió envuelta en lágrimas, no podía soportar que él estuviese allí dentro. Antes de alcanzar la esquina, vio a Lindor caminar hacia la comisaría y fue hacia él de inmediato.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a ver al hombre que amo y espero que se lo digas a Álvaro. Te ruego que le avises que no existe ni la más remota posibilidad de que se acerca a mí. No importa cuánto tiempo esté Fausto allí adentro, nada me hará acercarme a Álvaro. Lo odio, lo detesto —rugió entre lágrimas—. Es un ser abominable, y no sé cómo puedes defenderlo. Eso sí, piensa muy bien cómo vas a moverte.

—Emma, cálmate y deja de amenazarme. Yo no he hecho nada.

—Lo sé, pero puedo asegurarte que haré más difícil tu acercamiento a la familia Rivas si esta vez no me ayudas.

—No sabes lo que dices, no confundas una cosa con otra. Rose no tiene nada que ver en todo esto.

—Lo sé —recapacitó, y estalló en llanto—. Disculpa, no he querido decirte todo esto.

Lindor no pudo retenerla porque ella huyó de allí envuelta en lágrimas. Emma no sabía a quién recurrir ni qué hacer, creía que ya lo había hecho todo. Caminó por las calles sin querer regresar a la tienda, segura de que estar junto a Josefa se tornaría insoportable. Solo había un lugar que podía darle la calma y el sosiego que necesitaba.

Se apresuró a tomar un coche y, a través del cristal de la ventana, contempló que la fisonomía de la ciudad cambiaba. Atrás quedaban las construcciones de estilo, reemplazadas por coloridas y austeras casas de chapa. La costa ribereña las bañaba y, en medio de los barcos que flotaban y se mecían en el turbio Río de la Plata, asomaba el Puente Transbordador, con su estructura de hierro, para facilitar el paso a quienes trabajaban en los astilleros, frigoríficos y fábricas de la zona. Se bajó del automóvil y recorrió con la vista cada lugar que había conocido con Fausto. Se sentó en un banco y dejó que los recuerdos la llevaran a evocar cada instante vivido con él. Algo que siempre le había llamado la atención de Fausto era cómo disfrutaba del aire portuario y de ese duro lugar, más allá de las inclemencias del tiempo y de los contratiempos que se vivían a diario. Se mantuvo allí sentada, en medio de esas ensoñaciones, con la mente fija en Fausto Guzmán.

—Me imagino que me dejará invitarla a tomar algo caliente.

Emma vio que el Tano se sentaba a su lado para acompañarla.

—Lo conozco desde hace tiempo. En varias oportunidades los golpes lo tiraron al piso, pero supo levantarse una y otra vez. A Fausto nada le fue fácil en la vida, pero él sabe sortear cada situación complicada. Ahora la tiene a usted y hará lo imposible por que todo esto cambie. Señorita, debería saberlo y no estar triste. Debe tenerle fe porque él la ha depositado en usted desde hace tiempo.

—Gracias —replicó mientras se limpiaba algunas lágrimas que le rodaban por el rostro.

—¿Esta vez qué le gustaría tomar? ¿Un chocolate o algo más fuerte?

—Algo fuerte.

—Venga conmigo a la taberna, nadie va a molestarla, puedo asegurárselo.

Emma nunca habría creído que beber una copa de grapa a media mañana podría calmarla del modo en que lo hizo. Claro que el dueño del bar no solo se preocupó de que luego comiese algo y bebiera un café fuerte, sino que la acompañó hasta la tienda. La conversación que había mantenido con él la había reconfortado y le había permitido aquietar el desasosiego que la abrumaba.

* * *

Rose no podía pedirle mayor colaboración de la que Emma le estaba dando. Eran días decisivos para ella y también para Josefa, por eso se había mantenido a un costado para apoyar a cada una y se había sumergido en el trabajo, que era lo único que la distraía de los pesares. Debería sentirse más tranquila porque los rumores de cancelación de la boda se habían convertido en un hecho. No habría casamiento, no quedaba ningún resquicio de duda.

En el mundillo porteño, no había otro tema más discutido que la triste y desgraciada situación en que Inesita Almada se encontraba. Se hablaba sobre una joven que había quedado con la ilusión hecha trizas frente al altar. Para evitar escucharlo y que la culpa no la consumiese por dentro, Rose se había encerrado en la tienda a trabajar y hacer volar la imaginación en cada diseño que esbozaba. Al menos, había encontrado una solución para ocupar su mente y hacerse cargo del local. Sabía que debía esperar para que todo se calmara y poder empezar algo con Lindor. No podía hacerlo en medio de las murmuraciones que intentaban difamarla. Miró la hora en el reloj que pendía de una de las paredes y supo que pronto cerrarían. Aún había quedado en ir Josefa para alcanzarle unas telas que necesitaba para la mañana siguiente. Tenía una entrevista con una clienta a quien debía mostrarle cómo quedaría el diseño que había realizado con el género elegido. La campanilla sonó, y Rose se distendió al saber que por fin la jornada llegaba a su fin.

—¡Josefa!, termino con esto y ya bajo.

Cerró el muestrario de telas una vez elegidas las que utilizaría en sus próximas creaciones y ordenó la mesa antes de bajar la escalera. Si había algo que siempre le había elogiado a Josefa era el modo sigiloso en que se movía en el local. A pesar de parecer que no estaba, trabajaba como pocas y siempre estaba detrás de una nueva labor a realizar. Cuando Rose entró al recinto abierto al público, se detuvo ante la imagen que tenía frente a los ojos.

—¿Creíste que todo esto quedaría así? ¿Dónde piensas que debo guardarme la humillación de la que soy víctima?

—Inesita, por favor, cálmate.

—¿Cómo luzco?

Rose intentaba calmarse frente a la imagen de la joven novia en el vestido de boda. La prenda había estado a disposición de ella y su madre, pero ninguna había ido a buscarla por obvias razones. La belleza y delicadeza del vestido se desvanecía frente al maquillaje exagerado que ella se había colocado en el rostro. El color carmesí de los labios, el rubor en demasía de las mejillas y la pintura de los ojos, corrida a raíz del llanto, le brindaban un aspecto estremecedor. A primera vista, le hizo acordar a una muñeca de porcelana que aún conservaba como regalo de un cumpleaños. Nunca había sentido afinidad con aquel juguete, por el contrario, le parecía que tenía un rostro espeluznante. La expresión en el semblante de la joven Almada no era la de siempre, sino que tenía la mirada extraviada, hasta por momentos perdida.

—Es mejor que regreses a tu casa. Si quieres, te acompaño.

—No quiero nada de ti, ya bastante con lo que has hecho, me has destruido la vida.

—Yo...

—Cállate —gritó al tomar la tijera que reposaba sobre una mesa—. Mira lo que hago con tu creación —agregó, y le hizo un tajo a una de las mangas.

—Deja eso, que puedes lastimarte.

—¿De verdad creías que yo no me daba cuenta de que, entre tú y Lindor, había nacido algo? ¿Suponías que yo era tan imbécil? Debo decirte que estás equivocada. Recuerdo cómo saliste, minutos antes que él, del lugar en donde se realizaba la subasta. Bastaba con verte la cara para saber que habías estado con él. Pero habrás pensado: “Pobre Inesita, que está jugando a las cartas con otras damas para recaudar fondos. La tonta, tímida y correcta Inesita nunca se dará cuenta de nada”. Pero tú siempre te has equivocado conmigo. ¿Crees que no sabía cómo eran las cosas? Lindor siempre me engañó, pero nunca me importó porque yo sería la señora Negri, y eso me llenaba de orgullo. Comandar cenas benéficas, concurrir a distintas ceremonias tomada de su mano y lograr que las personas se fijasen en mí era lo que más ansiaba. Nunca lo había podido lograr por mí sola, pero sería posible con él.

»Yo siempre me moví en las sombras, bajo el ala de alguien, porque nadie me veía. Primero fue bajo la autoridad de mi madre y, más tarde, de mi prometido. Pero él tiene algo que lo destaca de los demás. Sabía que, a través de él, yo podía brillar. Eso es lo que siempre busqué, pero no conté con que tú eclipsarías mi destino. Eres distinta y actuaste de modo inteligente. No le diste lo que él buscaba y lo mantuviste a tu merced. Eso me desconcertó, y esperé. Cada vez que venía a verte, lo hacía con el convencimiento de que, si nos hacíamos amigas, te costaría más continuar con él. Debí soportar esas estúpidas conversaciones contigo para que la culpa por haberte enamorado de mi prometido te impidiera seguir. Ponía una expresión cándida frente a ti para que terminaras lo que nunca debería haber comenzado con él. Debí soportar esa escena a la salida del

teatro Colón, cuando tú parecías al borde de descompensarte por haber descubierto quién era mi prometido. Ese sí que fue un golpe duro para ti. Creí que enterarte en ese momento te afectaría lo suficiente para romper lo que tenías con él, pero fue inútil, porque acabaste de destruir todo lo bueno que había en mi futuro, y puedo asegurarte que no es esta porquería —gritó, y realizó otro corte en la vaporosa falda para luego desgarrarla con la otra mano hasta dejarla reducida a harapos.

—Cuidado, puedes lastimarte, dame eso —susurró Rose al acercarse a ella.

—Ahora te preocupa si me daño, cuando lo único que has hecho es lastimarme y destruir mi vida. No te imaginas lo que ha sido tener que escuchar a Lindor decirme que nunca me amó y que está enamorado de otra mujer —vociferó fuera de control—. ¡Esa otra eres tú!

—Deja eso ya.

En medio del griterío, la novia abandonada se abalanzó sobre Rose en tanto empuñaba la filosa tijera. Con esa batahola de fondo, ninguna escuchó que la campanilla volvió a sonar, y el alboroto acalló el ingreso de alguien más. Cuando Inesita blandió la afilada punta de la tijera para incrustarla sobre el cuello de Rose, una mano la detuvo y se interpuso para separarlas.

—Basta.

La voz de Lindor la apaciguó. Rose se mantuvo con la respiración agitada, sin poder creer lo que podría haber pasado si él hubiera llegado minutos después. Vio cómo le quitaba la tijera mientras ella se aferraba a él y lo abrazaba. En todo ese lapso, Lindor no le quitó la vista de encima a Rose. Ninguno de los dos necesitó más que ese intercambio de miradas para decirse lo que en ese instante sus gargantas no podían gritar. Él quería sacar cuanto a antes de allí a la joven Almada para llevarla a la casa de la familia y así alejarla de Rose y evitar otro escándalo.

Entre sollozos, Lindor la arrastró fuera de allí y la condujo en su automóvil hacia la residencia Almada. Cuando la madre la vio, se llenó de vergüenza por el accionar de su hija. Durante años se había dedicado a enseñarle a comportarse como era debido. Había notado los raros exabruptos de la joven desde hacía tiempo, pero había debido cubrirlos para que el resto no los registrase y había tenido que acallar algún comentario inapropiado de sus amistades. Pensaba que no habría nada mejor que casarse para sanar cualquier dolencia, y con los Negri la unía una larga amistad. Los hombres de ambas familias eran amigos, compartían círculo social y algunos negocios. Lindor era hijo único además de los candidatos más apreciados de la ciudad. Él era la solución.

La señora volvió a fijar la vista en su hija sin poder creer que se hubiera transformado en eso. Vio reflejado en la joven su propio remordimiento por no haber hecho antes algo por ella.

—Esto así no puede continuar —dijo Lindor al señor Almada—. Esta vez logré separarla y evitar un ataque que podría haber terminado en una tragedia. Yo he asumido la responsabilidad por mi proceder, y usted debe hacerlo con su hija. Ella no está bien.

—Ahora no me des consejos sobre qué hacer con mi hija.

—Puedo hacerlo porque no debe haber en el futuro posibilidad de otro ataque. Si intenta algo más contra Rose, seré yo quien la encierre en la cárcel o en un loquero. Usted elige.

Lindor abandonó la propiedad ante al rostro de espanto y estupor de los padres de Inesita y enfiló hacia la tienda. Temió que Rose se hubiera ido porque las luces estaban apagadas, salvo por el destello de una lámpara que iluminaba con tibieza la sala. Entró a buscarla y la encontró acurrucada en un sillón con las rodillas encogidas y el rostro cubierto con las manos. La envolvió entre los brazos y la sentó sobre sus piernas.

—Perdóname —musitó Lindor—, nunca imaginé que Inesita podía desear dañarte. No debes preocuparte más, su familia se hará cargo de ella.

La imperiosa necesidad de cuidarla y evitar que algo le ocurriera lo apremiaba a medida que el sordo sollozo de ella inundaba el ambiente.

—No quiero pensar qué habría sucedido si no hubieras estado aquí —susurró Rose entre llantos.

—Inesita estuvo antes en mi casa y, por más que le expliqué cómo eran las cosas, no entendió. Salió hecha una furia. No era raro que reaccionara así, siempre fue muy caprichosa, pero algo en mi interior me alertó, no sé qué fue, pero supe que era lo bastante importante como para dejar de lado lo que estaba haciendo y salir tras ella. Vine directo hacia aquí —susurró, y le besó la sien—. Me arrepiento de haberte metido en semejante situación, pero, mi amor, de lo único que no puedo arrepentirme es de lo que siento por ti. Rose, te amo y no pudo imaginar la sola idea de perderte.

Ella se incorporó y lo contempló con los ojos húmedos. Con las manos le tomó el rostro y se perdió en la anhelante mirada de Lindor.

—Yo tampoco me arrepiento de lo que siento por ti y no estoy dispuesta a perderte. Siempre soñé con enamorarme de verdad de alguien y conservé esa ilusión aunque no creía que pudiese ser posible. Pero lo descubrí cuando te conocí. El amor que siento arrasó con la culpa que, por momentos, me obnubilaba y me hacía dudar.

—Shhh —dijo a apoyar un dedo sobre los labios de ella—, no vuelvas a decirlo.

Recorrió aquella boca con la yema del dedo para luego besarla en la comisura y continuar dándole pequeños besos en el rostro en tanto absorbía el sabor salado de su llanto. Poco a poco, sintió que la boca de ella lo capturaba. La saboreó y se apoderó de ella para jugar con la lengua hasta hacerla suya en ese profundo contacto. Deslizó los labios por el cuello de la joven al tiempo que desabrochaba los botones de nácar de la blusa que ella vestía. Le recorrió la ropa interior y

le lamió los pechos. Ya no había vestigio de llanto, sino una serie de gemidos que hacían eco en la sala. Las manos de él se desplazaban por el resto del cuerpo femenino a medida que la ropa de la joven quedaba a un costado del sillón.

—Mi amor, di que me detenga y lo haré.

—No lo hagas, necesito que me demuestres cuánto me amas.

Lindor adoró centímetro a centímetro el cuerpo de ella, lo plagó de besos y caricias; en ese recorrido, le robó jadeos y gemidos hasta sentir que ella estaba preparada para recibirlo. De a poco fue apoderándose del interior de la muchacha. Sintió en un principio su estrechez y notó cómo de a poco ella se amoldaba a él. En medio de la penumbra, los ojos de Negri se clavaron en los de ella y, a partir de entonces, no apartó la mirada ni por instante. Necesita verla y saber qué sentía con cada estocada, quería compartir esa experiencia.

—Te amo —le susurró él con la frente perlada y la sensación de que el pasado había quedado atrás y de que nada de lo vivido con otra mujer podía compararse con lo que sentía por Rose.

Minutos después, ambos se fundieron en un orgasmo que los atravesó por completo.

—¿Esto será siempre así? —indagó ella ante el cúmulo de sensaciones y sentimientos que en ese instante la embargaban.

—Mi amor, cada día será mejor, puedo asegurártelo.

* * *

La libertad solo se valoraba en el preciso instante en que se perdía. A Fausto le había ocurrido eso. Por más que creyera que tenía razón y que era una verdadera injusticia estar encerrado allí adentro, él sabía cómo se movía ese mundo. Ese era su legado, por eso luchaba y no soportaba que, en nombre del dinero o del poder que otros ostentaban, se condenase a los inocentes a malos tratos. En esa oportunidad y por segunda vez, le había tocado permanecer en una celda. Conservaba aún en la nariz el olor rancio que lo había acompañado durante la semana que había estado en ese lugar. La desesperación por salir de ahí lo llevaba de regreso al odio que sentía por Alconada, aunque sabía que debía calmarse y olvidarse de momento de ese sujeto para no cometer algún error ni dar un paso en falso. Le urgía ver a Emma, pero antes debía visitar a otra persona. Necesitaba que todo lo que había pasado quedase claro y sin ningún cabo suelto para evitar luego que pudiese acarrear algún problema. Por él y por ella, requería que ese final se diera de ese modo y no de otro.

Caminó por la calle Alvear hasta alcanzar la ostentosa puerta de entrada de la residencia. Al golpear, Adela le abrió y enseguida lo condujo hacia el estudio del dueño de casa, con quien a Guzmán aún le quedaban cuestiones que tratar.

—Fausto —dijo al levantar la vista de unos documentos que tenía enfrente—, adelante, ¿tomas algo?

—Algo fuerte me vendría bien.

Lindor sirvió dos copas de whisky y le entregó una. Rodeó el escritorio para sentarse y beber un largo trago.

—Es estúpido preguntar cómo te sientes, pero debo hacerlo.

—Fue la peor semana que pasé, y no solo por estar encerrado, sino por tener que soportar que la persona que amo esté mezclada en la inmundicia y la mentira.

—Pero ahora estás libre.

—De eso quiero conversar. Durante estos días, he estado hablando casi a diario con el doctor Plaza.

—Lo imagino.

—No tengo duda de su buen nombre y pericia, pero está claro que tú intercediste para que todo esto se agilice. No me olvido de quién es tu cliente y quiero saber por qué lo hiciste.

—Solo dije lo que vi al momento en que llegué a la escena del asesinato. Era cuestión de días para que tu abogado se diese cuenta de que el arma que tenías cuando estabas tirado junto al cuerpo del colaborador de Alconada estaba en la mano equivocada para disparar. Eres zurdo, lo sé porque he visto la habilidad que tienes con tu mano izquierda. De no ser así, mi cliente no habría quedado en el estado en que lo dejaste una vez. Eso no se olvida. La verdad estaba en los hechos, y Plaza debía quebrar la declaración del único testigo que estuvo allí. Si no lo hubiese logrado, tu estadía se habría alargado más, pero habrías salido libre de igual modo.

—Debería estar contento de que tu cliente esté entre rejas, aunque creo que, además de asesino, es un perverso de mierda. Mató a sangre fría a una persona que lo protegió durante mucho tiempo — reflexionó Fausto.

—Si te disparaba, te sacaba del medio sin que sufieras un ápice. Estar encerrado entre cuatro paredes no es algo fácil de llevar. Eso es lo que buscó contigo. Es algo que él mismo comprobará a partir de ahora.

—Podrías haberme puesto más escollos en el proceso, pero no lo has hecho.

—Lo sé, aunque no voy a abandonar a mi cliente. Intentaré buscar alguna manera de aligerar la

pena, pero no más que eso. Soy abogado, pero no puedo hacer magia. Como te dije, era solo una cuestión de tiempo para que todo saliera a la luz. La presencia de un tercero complicaba más todo.

—Vine aquí porque quiero saber si vas a cobrarme lo que has hecho.

—Fausto, ¿te acuerdas de la noche en que te encontré tirado en la calle y me pediste que no te llevara a un hospital, por lo que terminé trayéndote aquí? Esa noche fue definitiva para que rompiera lanzas con mi padre. Durante mucho tiempo, él insistía en que me parecía a él. La profesión y cierto parecido físico colaboraban con ese pensamiento, pero, a pesar de sus dichos, nunca me sentí cercano a él. Sin embargo, manteníamos una relación y, cada tanto, venía hasta aquí a cenar mientras, bocado a bocado alardeaba, de su época de esplendor. En un momento creí que la muerte de mi madre nos uniría más, pero no pasó. Aquella noche supe que solo el apellido me unía a él. No podía creer que él se hubiera aprovechado de la debilidad de una mujer para hacerla suya mientras estaba en esta casa con mi madre. La ilusionó con este poderío económico del que siempre le gustó ostentar hasta abandonarla cuando ella quedó embarazada.

—No sigas, nunca dudé acerca de quién ha sido mi verdadero padre. Él me enseñó lo que sé. Sin una profesión destacada, ni un apellido rimbombante, hice mi camino. No necesité de nada más. La muerte de mi padre en las condiciones en que se dio hizo que yo por momentos estuviera enojado con todo lo que me rodeaba, sin darme cuenta de que a mi madre nada le había resultado fácil; tampoco lo fue la relación que ambos mantuvimos. La conozco y nunca antes la había visto tan perturbada como cuando atravesó la puerta de esta casa aquella noche. Esperé a que me hablara, pero no sucedió, entonces intenté averiguar algo más y me enteré de que ella había trabajado para tu familia. No quise continuar indagando porque sabía que nada en mí iba a cambiar, hasta que supe que, días atrás, fuiste a verla para decirle que todo se arreglaría, que guardara silencio y que pronto yo vería la luz. Soy desconfiado por naturaleza y dudé de tus buenas intenciones. Por eso he venido. Mi madre me pidió perdón por haber mantenido en penumbras el verdadero nombre de mi padre. Le dije que nada cambiaría para mí, porque mi padre fue y será el mismo, pero acá estás tú, y no me gusta que quede algo sin aclarar.

—Yo, en cambio, condené a mi padre por haberme ocultado que tenía un hermano. Me gustaría haberlo sabido, pero, como siempre ha sido, él manejó a su antojo el destino y las vidas de quienes lo rodeamos, al menos hasta esa noche. Él no es buen hombre, es egoísta y piensa solo en sí mismo. No pretendo que nosotros recuperemos algo que nunca tuvimos, solo podemos darnos la oportunidad de que, de ahora en más, mantengamos otra relación.

Fausto lo miró para saber si podía reconocer algo de sí mismo en Lindor, aunque no lo vio. Se habían criado de manera distinta, en ámbitos diferentes y con una educación que en nada se parecía.

—Al menos podemos empezar por tomarnos otra copa de whisky —dijo el dueño de casa al levantarse para llenar otra vez los vasos.

—Es un buen comienzo. ¡A tu salud!

Lindor levantó la copa convencido de que acababa de romper de modo definitivo los lazos con su padre. Él no lo perdonaría, y poco le importaba que lo hiciera, porque hacía tiempo que había tomado las riendas de su propia vida.

—Debo irme, hay alguien que aún me espera.

—Hasta pronto.

Tras cierta dubitación, ambos se estrecharon la mano. Ese saludo tenía un gusto especial. Era, quizás, el inicio de algo, aunque muy reciente para aventurar en lo que se transformaría.

Fausto salió de allí con un solo destino: la casa de Emma. Necesitaba verla luego de los aciagos días que había pasado tras las rejas. Pero para ello había esperado estar seguro de que no hubiera consecuencias de lo sucedido, sin que quedara ninguna deuda por saldar. A partir de entonces, restaría tejer un futuro con la mujer que amaba. Alcanzó la puerta de ingreso y fue recibido por una señora bella y elegante. Dio por sentado que se trataba de la señora Wood.

—Buenas noches, busco a Emma, soy Fausto Guzmán.

—Adelante.

La cuidada y vaporosa melena rojiza se movía por delante mientras lo guiaba, a través de un lujoso salón, hacia los amplios ventanales que daban a un cuidado jardín. En la galería plagada de plantas, sentada en una de las sillas que rodeaban la mesa con algunas confituras, estaba Emma.

—Hija, te buscan.

Victoria notó cómo al fin le cambiaba el rostro a la joven. Se había preocupado por el estado en que Emma había estado sumida esos últimos días. Ella sabía que el único motivo por el que su hija podía estar así era que se hubiera enamorado de alguien, pero nunca había imaginado que fuese de aquel muchacho. A pesar de lo ocurrido, Victoria confiaba en su hija, que siempre se había comportado con responsabilidad, y entendía que ese hombre tendría algo especial.

—Le diré a Elvira que les traiga algo fresco.

—Gracias, señora.

Fausto tomó el rostro de Emma y la besó. Cuánto había anhelado tenerla de ese modo.

—Sabía que todo se acabaría —resopló ella sobre los labios de él—. No te imaginas cuánto lo deseaba.

Un ruido en el cristal de la ventana rompió ese mágico momento.

—Veo que conoce a mi hija —rugió con cara de pocos amigos Thomas Wood—, pero no a mí.

—Papá, él es...

—Deja que se presente él mismo.

—Buenas noches, soy Fausto Guzmán.

—Emma, déjanos solos.

—Papá, por favor, no puedes hacer esto.

—Tu padre tiene razón, es mejor hablar con él a solas.

Con estupor, Thomas observó cómo su hija asentía a la sugerencia del joven que estaba sentado junto a ella y notó la mirada acusatoria de Emma al pasar por su lado.

—No crea que no tenía en mente hablar ante todo con usted.

Thomas se sentó a una distancia prudencial para dominar la mesa desde la cabecera. Sus ojos azules escrutaban con absoluto detenimiento el comportamiento y los gestos del joven, sobre quien ya había averiguado todo. Poco tiempo había tardado en enterarse de la visita de su hija a la comisaría, porque alguien había corrido a comunicarle información. De inmediato se había puesto en contacto con uno de sus abogados para que hablara con el doctor Plaza y le contase toda la causa. Quería tener la certeza absoluta de que Fausto Guzmán estaba libre de culpa y cargo. No obstante, le preocupaba el futuro de aquel joven. Sabía también sobre la actividad sindical que había desarrollado dentro del personal portuario y podía relatar de modo minucioso los pasos que había dado esos últimos meses.

—Me habría gustado presentarme antes, pero hubo circunstancias que me lo imposibilitaron.

—Sin dudas, la cárcel es un impedimento importante.

—Estuve detenido por un hecho que no cometí y que quedó aclarado, aunque supongo que usted ya lo sabe.

—Mis abogados me han puesto al tanto de todo. Alconada era alguien que presumía a mi hija y un asiduo visitante en los círculos en los que me muevo.

—Lo sé, pero eso no lo hace mejor que yo.

—¿A qué se refiere?

—Señor, conozco mis limitaciones. Yo no pertenezco a una familia de abolengo ni cuento con una fortuna de la que pueda alardear. Todo lo que he construido en mi vida ha sido con esfuerzo. No me avergüenzo de eso, por el contrario, me permite saber que siempre podré salir adelante. Tampoco creí que me enamoraría de su hija, durante un tiempo intenté evitar que sucediera porque

temía no estar a la altura de lo que ella necesitaba. Supongo que no es el hombre que esperaba para ella, pero nadie va a amarla ni cuidarla como yo. Emma es mi vida. Planeo mudarme a una casa cerca de aquí para que ella no sufra la distancia con ustedes.

—Yo cuento con empresas que quizás puedan necesitar a alguien con ese ímpetu que dice tener.

—Le agradezco, pero no es lo que quiero ahora.

—El orgullo no es un buen consejero.

—Buscaré posicionarme mejor desde donde estoy. Creo que, con lo que tengo, puedo cortejar a su hija y espero que así lo entienda usted.

—¿Y qué sucede si no lo consiento?

—El único modo de que yo renuncie a Emma es si ella me lo pide.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —interrogó el señor Wood.

—A decirle que amo a su hija y que me gustaría que me conozca y vea que valgo la pena.

—Eso deberá demostrarlo.

—Así será.

—Disculpen que interrumpa, pero quería saber si deseas quedarte a cenar —consultó Victoria.

Si había algo que Fausto había aprendido, era a ver más allá de las personas. No sería una buena idea incordiar más al dueño de casa, debería darle tiempo para que se hiciera a la idea de que él formaría parte de la familia.

—Muchas gracias, pero es mejor dejarlo para otro día. Quisiera despedirme de Emma.

—Ella te espera en la sala.

Victoria se sentó junto a Thomas y lo miró. Con los dedos, le acarició el entrecejo aún fruncido. Esos ojos azules que ella amaba estaban todavía alertas.

—Mi amor, parece un buen muchacho.

—Le falta construirse un futuro.

—¿Quieres que te recuerde nuestros comienzos? ¿Dónde quedó aquel joven que se hizo desde abajo y luchó por cada cosa que ganó? Recuerdo que tu vida era el puerto de Londres, ese fue el lugar en el que te moviste y forjaste lo que hoy eres. Cuando te enamoras de alguien, no importa nada de lo que a ti te preocupa ahora. Los años han pasado, y no puedo olvidar cuando, una

mañana, fui a buscarte hasta los almacenes Lowe & Co. a orillas del Támesis y no estabas. Te encontré en una de las zonas más peligrosas de la ciudad, envuelto en una pelea callejera. Creía que moriría si algo te sucedía.

—De eso no debías preocuparte, era muy bueno en esos pleitos, pero aún recuerdo cuando levanté la vista y la capucha de tu capa se descorrió y esta melena rojiza asomó —dijo al tomar un mechón de cabello de Victoria—. Te vi envuelta en ese mundo que formaba parte de mi pasado, retenida por las manos de Jack. En ese momento creí que no lograría dominarme.

—Lo sé, y te resististe a aceptar lo que nos sucedía.

—Tenía serios motivos. Además, sabes que mi vida no fue fácil.

—Así y todo, a pesar de lo que debimos atravesar en la ciudad de la niebla, logramos crear esta vida juntos. Aunque no te guste y ahora te niegues a verlo, ese joven tiene algo de ti.

—Ahora lo que falta es que me compares con él —se quejó él.

—Hay algo que lo une a ti: que no niega sus orígenes, ni tampoco se avergüenza de eso. Me he quedado cerca de ustedes y he escuchado toda la conversación. Creo que este chico nos sorprenderá.

—¿Tú lo crees?

—Sí, y debemos confiar en nuestra Emma. Ella siempre ha sido sensata y no le ha resultado fácil entablar una relación con los candidatos que la han pretendido. Él debe de tener algo especial.

—Hasta ahora, no lo he visto —dudó Thomas.

—Amor, ya lo verás, ven a cenar.

Ella lo besó. Sabía lo que a él le costaría que su amada hija depositara toda su atención en otro hombre y dejara de ser la niña de papá. Pero Victoria siempre había sido capaz de dominar el genio del hombre a quien amaba con locura

CAPÍTULO 22

Una verdadera mentira

La jornada de ese día estaba a punto de terminar. Las intervenciones aéreas casi habían acabado, y Scott había dejado su BE2F a resguardo. Se quedó allí para controlar algunos detalles del avión, sin dejar de observar el horizonte. Los días cálidos regresaban, y esa maldita guerra estaba arrasando con las esperanzas de un pronto final. Eso significaba dejar atrás los fuertes deseos de volver a ver a Martina. A pesar de los meses transcurridos, no dejaba de evocar las últimas horas vividas en París junto a ella. Desvió el curso de esos pensamientos cuando vio, a lo lejos, la figura del comandante, que se aproximaba a paso ligero hacia él con una gran caja en las manos. Supo que se acercaba con alguna novedad importante.

—Appleton —dijo al acercársele y dejar el paquete a un costado—, nos ha llegado la información de que un dirigible salió con rumbo a Inglaterra. No tengo que explicarle por qué lo quiero allá arriba para que impida que el LZ37 llegue a destino.

—Le agradezco la confianza, pero será imposible abatirlo.

Hasta el momento, no se había derribado a ninguno en el aire, aunque sí habían localizado un depósito alemán con aerostatos dentro, y las bombas lanzadas habían acabado con todo lo que allí había. Había sido una operación arriesgada pero exitosa.

—En esta guerra, todo es posible —siseó mientras se aproximaba aún más al subalterno—. Los otros pilotos, que son tan buenos como usted, están regresando de una misión. No podemos perdernos esta oportunidad, y usted queda como única opción.

—Sí, señor.

Ambos caminaron los metros que los separaban de la aeronave.

—Tome —dijo al hacerle entrega de unas bombas para la misión—. Appleton, controle su genio, de eso dependerá el resultado de esta tarea. Haga lo que sabe hacer —completó el comandante.

Scott asintió. Su superior siempre lo despedía de la misma manera. En un acto reflejo, volteó la cabeza para avistar a Luck, que se acercaba al trote sin dejar de mover la cola. Esa vez, más que otras, necesitaría toda la suerte que el animal pudiera darle. El trayecto que debía recorrer en el aire no era tan extenso, pero la táctica de vuelo sería distinta a la que aplicaba por lo general. Él estaba acostumbrado a desplazarse a poca altura, lo que le permitía obtener una exacta posición

de las líneas enemigas. Claro que corría el riesgo de que, desde las trincheras y con los cañones preparados, los alemanes lo abatieran. Hasta ese momento le había dado resultado, pero en esa oportunidad debía volar por encima del dirigible.

Despegó, y la sensación nostálgica que había tenido en tierra se fue evaporando a medida que ganaba altura. Sin dudas, el único lugar en que se sentía seguro y sin temores era en el aire. En ese momento se creía poderoso y libre de hacer lo que en verdad siempre había amado. Una vez que alcanzó la frontera con Bélgica, pudo detectar una nave plateada con rumbo hacia Inglaterra, así que levantó el morro y ascendió por encima del objetivo. Desde arriba, contempló el sereno curso que llevaba esa masa de hidrógeno. El gran tamaño le permitía tener un blanco seguro, pero debía estar a la distancia ideal para poder lanzar las bombas y huir lo bastante rápido para no morir envuelto en la bola de fuego provocada por la mezcla del gas inflamable que alimentaba el globo.

Se mantuvo en paralelo sobre él y aguardó varios minutos hasta considerar que había llegado el momento de cumplir la misión. Sus manos se aferraron al timón antes de lanzar las bombas que en segundos impactarían contra la nave. Largó un buen número para que al menos alguna provocase un certero daño. Le parecieron interminables los segundos en que se mantuvo por encima, a la distancia necesaria del dirigible para saber si, en caso de un fracaso del lanzamiento, debería acercarse más para vaciar las municiones de la ametralladora que lo acompañaba en el avión. La explosión fue abismal y, cuando intentó salir de allí, la estampida lo alcanzó y dio vuelta la aeronave. Con destreza, logró enderezarla y huir de allí antes de que algún Albatros alemán lo alcanzase y lo derribara. La inmensa bocanada de fuego destellaba y rugía en el cielo. Del esqueleto del aerostato, solo quedaban iluminadas antorchas que caían por los aires. Scott emprendió el regreso a la base envuelto en la euforia que le provocaba haber vencido, otra vez, a la muerte.

En el campo aéreo, los pilotos estaban reunidos junto a sus aviones a la espera de que uno especial cruzara los cielos. Si bien nadie quería mencionarlo, todos se daban cuenta de que la probabilidad de que Scott no regresara era alta. Solo el comandante se mantenía tranquilo, con un cigarro en una mano y en un elocuente silencio. El sordo sonido de un motor al acercarse rompió la tensión que en tierra se vivía y, una vez que Appleton descendió, se encontró con las palmadas de sus colegas. No había sido fácil ganarse el respeto y la admiración de los compañeros. Él siempre se había movido solo, y el modo en que volaba le había costado más de un disgusto, no solo con los otros pilotos, sino con su superior. En breves palabras, narró cómo había vencido al enemigo.

—Scott —dijo al acercarse el comandante—, lo que has hecho hoy te valdrá la Cruz Victoria.

Se refería a la condecoración militar que se entregaba a soldados de cualquier rango o a civiles que estuvieran bajo el mando militar con motivo de efectuar un acto heroico que pusiera en juego la vida de quien lo hacía. Había que destacar que no eran muchas las ocasiones en que se otorgaba.

—Gracias, señor.

La algarabía inicial, así como las bromas, se fueron disipando a medida que el tiempo corría. Cada uno sabía que, dentro de pocas horas, se debería lidiar con un mañana plagado de incertidumbre.

Scott se había quedado fuera del toldo del campamento sin poder descansar. Aún sentía la adrenalina vivida horas antes en los cielos. A medida que bebía whisky de la petaca metálica, se fue aquietando. Solo cuando alcanzó la mitad del contenido, se recostó.

Con el correr de los días, la actividad aérea se tornaba más compleja. La lucha en el aire era más combativa a medida que los meses avanzaban y crecía la necesidad de derribar al enemigo desde los cielos. Varias eran las bases aéreas aliadas diseminadas a lo largo de Francia, y ninguna se resignaba a mantener el papel secundario que habían tenido al inicio de la guerra. No bastaba con llevar un arma dentro del avión y disparar, ya que no siempre se lograba dar en el blanco, y el riesgo del piloto al hacerlo era muy grande. La Lewis se había convertido en una de las ametralladoras más usadas a bordo de las aeronaves aliadas. Una vez dirigidas, sus balas podían dar de lleno contra las aspas de la hélice de la nave y derribar el propio avión sin lograr atinarle al objetivo real, pero la destreza de los aviadores hacía que, a pesar de esas circunstancias, se lograsen bajas a costa de sus propias vidas. Sin embargo, los ingenieros y algunos pilotos avezados buscaban encontrar un sistema para mejorar los disparos y perfeccionar el rendimiento. Combinar el ritmo de la hélice con la cadencia de los estallidos era el gran desafío. Por el momento se manejaban con un deflector o abrazadera colocada por delante del arma para proteger a la hélice. Había sido un avance, pero aún quedaba por resolver el problema de la sincronización de los tiros con la velocidad de las aspas al girar.

Scott estaba hablando con Moore, con quien había compartido algunas misiones, mientras inspeccionaban sus aeronaves. Ninguno de ellos era ingeniero, y lo que sabían era a raíz de la práctica que tenían. A pesar de la falta de estudios, Appleton conocía como nadie el motor de su avión porque se había iniciado en esa carrera con la reparación de motores en el taller en el que trabajaba. En algún momento del día, cuando no estaba en el aire, se dedicaba a investigar el modo para solucionar ese contratiempo que inquietaba a todos los pilotos, cuyas vidas dependían de eso. Ante el llamado del comandante, ambos dejaron lo que estaban haciendo.

El superior dejó unos papeles sobre uno de los aeroplanos antes de comenzar a dar las instrucciones.

—Acá tengo los diseños hechos por uno de nuestros ingenieros, necesito que alguno de ustedes los lleve hacia la base aérea de Plessis-Belleville. Todos estamos inquietos por desarrollar un mejoramiento de nuestras naves.

—Yo iré —contestó Scott, sin dejar que su compañero pensara siquiera en la posibilidad de ese viaje.

—Scott, pensaba darle otra misión a usted.

—Si lo desea, me quedo.

Él sabía que, con el comandante, de nada servía imponerle algo porque provocaba el efecto contrario. Apenas había escuchado el nombre del lugar adonde debían llevar esos papeles, no había dudado en postularse porque se encontraba a no más de cincuenta kilómetros de París. No podía perder la oportunidad de enterarse cómo estaba Martina y verla una vez más. Aún quedaba pendiente el tema de la salud de Chloé. Todavía no había recibido malas noticias, pero creía que en cualquier momento podría recibir una dramática novedad. Esperaba que la ansiedad por estar al mando de esa misión no se le transparentara en el rostro.

—Appleton, deberá marcharse mañana.

—Sí, señor.

—Moore, vaya con Smith, que hay algo que quiero que vea.

El piloto asintió y abandonó el lugar en busca del otro compañero.

—Quiero avisarle que el trabajo no incluye una estadía en París, ¿me comprende?

—Por supuesto.

—Aliste todo para mañana.

Ambos intercambiaron algunas apreciaciones sobre la tarea que tendría a cargo y luego el comandante se retiró de allí. Scott tenía el convencimiento de que el día siguiente sería una jornada distinta para él.

* * *

Las amplias galerías del Hospital Buffon estaban iluminadas por los tibios rayos de esa mañana. Permanecer allí unos pocos minutos del día otorgaba la paz que por momentos se necesitaba para lidiar con el dolor que se vivía adentro.

—¡Martina!

—Annette, ¿qué sucede?

—Ha abierto los ojos —dijo antes de largarse a sollozar sobre el pecho de su compañera.

Como no podía ser de otro modo, se refería al soldado que había llegado tiempo atrás al hospital en un estado calamitoso. La única persona con esperanzas de que saliera adelante había sido Annette. El cuidado dispensado por ella hacia el enfermo había cautivado al personal. Durante mucho tiempo había tenido que luchar contra el mote de inútil, fría y superficial, pero, en los pasillos de la institución, ya nadie se animaba a poner en duda la efectiva colaboración que hacía allí dentro.

—¿Y qué haces aquí?

—Se acaba de dormir. Aún le falta mucho para estar repuesto, pero esto ha significado un gran avance.

—Sin lugar a dudas, él te debe la vida.

—No digas eso, yo solo he ayudado en su recuperación.

—Annette, no te lo he querido mencionar antes porque no me parecía adecuado, pero debes enfrentar lo que te sucede. Hay algo que no está bien.

—Te equivocas. Ahora siento que puedo hacer lo que en verdad me gusta sin estar atada a nadie, en especial a mi familia.

—¿Aaron piensa lo mismo?

—Ya no me importa lo que piense o haga. Debe entender que lo nuestro no puede continuar porque me he dado cuenta de que no lo amo.

—Debes ser muy clara cuando hables con él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque solo habla de ustedes dos. Lo que te suceda con alguien más, no se lo menciones, porque estoy segura de que es el tipo de hombre que nunca lo entendería.

—Pero yo...

—Amiga, el denodado cuidado que le brindas a tu soldado no es solo porque quieres cumplir con tu actividad en este lugar. Es claro que sientes algo por él y, si no te has dado cuenta aún, es hora de que lo hagas.

—Es una locura. No lo conozco, no sé si tiene mujer o una familia, pero siento algo muy especial por él y lo confirmo con los días que paso a su lado. Sin conocerme, ha dejado su vida en mis manos. Nadie antes ha depositado la confianza que él ha puesto en mí. Te aseguro que trato de entenderlo, pero no puedo. Solo sé que mi pecho se encoge cuando estoy a su lado. No te imaginas lo que he esperado el instante en que abriera los ojos y me viera. Cuando lo hizo, me dijo que era su ángel antes de volver a cerrarlos —finalizó emocionada.

—Si es así, lucha por él y aléjate de Aaron, que lo único que te ha traído es incomprensión y dolor.

—¿Qué sería mi vida si no hubiera ingresado aquí y no te hubiera conocido? Me das las fuerzas que desconocía tener.

—No soy yo, eres tú y esta guerra que nos ha cambiado la vida a todos.

—Tienes razón, aunque a mí me sirvió para darme cuenta del modo equivocado en que la he llevado.

—Doctora —asomó Ivette por el largo corredor—, la necesitan en el quirófano.

—No hizo falta demasiado tiempo para poner en orden tu vida —completó con una amable sonrisa antes de marcharse.

Annette se quedó allí mientras Martina se alejaba. Ansiaba que ella también pudiera poner en orden sus asuntos. No necesitaba que le contase demasiado para saber que sufría por un hombre. Los silencios de la doctora hablaban más que cualquier confesión que pudiera hacerle.

* * *

En la sala de operaciones, la intervención había sido todo un éxito. Una fuerte alegría corría por quienes habían sido parte de la operación, ya que ese paciente había ganado la batalla contra la muerte. El quirófano se fue disipando, y Martina se quedó cotejando unos suministros que debían reponer de inmediato. Tomó una bandeja de metal para completarla con hilos de sutura, ácido carbólico y morfina líquida. Al cruzar el pasillo, escuchó que alguien la llamaba.

—Doctora, una persona la busca —anunció una de las enfermeras, que llevaba a un paciente en silla de ruedas.

—Llevo esto a la enfermería y estaré lista para atenderlo. ¿Quién es? —replicó mientras se daba vuelta para ver que la auxiliar se había ido con el enfermo.

Sin más, llenó la fuente con lo que necesitaba llevar para luego dejarla y enfilarse hacia la sala de espera. Echó una mirada general sin divisar a nadie, lo que le hizo pensar que había entendido mal. Cuando iba a abandonar el recinto, algo la detuvo.

—¿Es usted la doctora Martina?

Ella bajó la mirada hasta encontrarse con un niño de no más de seis años de cabello oscuro y ojos celestes. Sin dudas cuando creciera sería un joven muy guapo.

—Así es. ¿Y tú a quién buscas?

—A mi papá.

—Dime su nombre y examinaré la lista de enfermos que han entrado en estos días.

—Tome, es mejor que la lea —replicó al entregarle una carta dirigida a ella.

Martina:

Cuando leas estas líneas, yo habré muerto. Los últimos meses han sido un infierno. No debo aclararte cuáles son los síntomas de esta enfermedad, día tras día mi vida se ha ido apagando. A pesar de mi estado, nunca he renunciado al cuidado de mi hijo, es él quien me importa. El último tiempo, según las prescripciones médicas, Brad ha estado viviendo con una compañera del cabaret, alejado de mí.

No necesité que el doctor me dijera que había llegado mi momento. Si aún Scott no se ha hecho presente, es hora de que le avises, porque Brad lo necesita. No creía que mi desenlace llegaría tan pronto. No voy a mentirte en mis últimos momentos de vida, pero eres la única que podrá localizar a mi esposo para decirle que regrese por nuestro hijo.

Hasta siempre,

Chloé Appleton

Un fuerte vahído atravesó el cuerpo de la joven médica. Por más que había leído dos veces esas escuetas líneas, no daba crédito al contenido de la carta. No podía creer haber vivido en una nebulosa de falsedades. ¿Podía engañarla una mujer desahuciada? ¿Habría sido capaz Scott de semejante farsa? Si eso era verdad, todo lo que ambos habían compartido había sido una verdadera mentira. Se sentó en uno de las sillas de la sala porque no creía poder mantenerse en pie.

—Doctora, ¿se siente mal? —preguntó el niño, extrañado por el comportamiento de Martina, al sentarse junto a ella.

Ella ladeó la cabeza para observarlo con mayor detenimiento. El rostro era el reflejo de su madre. El aspecto desdeñoso del pequeño daba cuenta del mal cuidado al que había sido sometido hasta ese momento.

—No; estoy bien. Dime, esta carta, ¿quién te la ha dado?

—Corinne, cuando supo que mi madre ha muerto. Yo he estado con ella el último mes.

Parecía Martina más devastada por la noticia y todas las implicaciones que acarrearía que el niño que acababa de perder a su madre.

—Me has dicho que buscas a tu padre.

—Sí. Scott Appleton se llama —contestó con la mirada iluminada.

Ella no pudo disimular el escozor que sintió al escuchar de ese niño inocente el nombre de su padre.

—Está bien, yo me haré cargo de avisarle. Si deseas, puedes regresar a tu casa hasta que él venga.

—Prefiero esperarlo aquí.

—Pero no sé cuándo vendrá a buscarte.

—Es que Corinne me ha dicho que ya no puede hacerse cargo de mí. No tengo adónde ir.

—Está bien, yo me ocuparé de que te quedes aquí algunos días. Por ahora vendrás conmigo a un lugar y te quedarás ahí, ¿entendido?.

—Sí, doctora.

—No recorras el hospital hasta que yo te lo diga.

La joven lo llevó hasta la sala que compartía con Annette en los tiempos libres. Nadie las molestaba cuando estaban allí. Supo que había llegado el momento de contactarse con John, el compañero de vuelo de Scott, quien haría lo imposible por comunicarse con el piloto que le había salvado la vida. Por más que ella buscara encontrarle un sentido a todo lo que sucedía, no podía. Tras esa noticia, todo en la vida de Martina cambió; no estaba acostumbrada a sentir que todo estuviera patas para arriba. No había modo de que pudiera concentrarse. Debía tomar un descanso para poder continuar con esa jornada de trabajo. Buscó a Annette para que la acompañara hasta la pequeña sala para ver cómo seguía el niño.

—Martina, no he entendido muy bien quién es.

—Es el hijo de un amigo mío —declaró al abrir la puerta.

—¿Te refieres a tu piloto?

La mirada que le lanzó Martina fue tan contundente que la enmudeció de inmediato. Solo le importaba el dolor que callaba su amiga.

—¿Has comido algo?

—No desde el día de ayer —replicó Brad somnoliento.

Martina tomó la comida que siempre llevaba Annette para compartir con ella. Al entregársela al niño, supo que llevaba más tiempo del que había dicho sin probar bocado. Ella lo miraba, incapaz de ingerir nada de ese almuerzo, porque tenía el estómago en un puño. No daba crédito a nada de lo que estaba sucediendo. Aún no podía entender que estuviera frente al hijo de Scott. ¿Cómo había podido ocultarle algo tan importante? Si había algo que ella nunca había tolerado, era la traición y la mentira. Nunca había imaginado que él fuera a ser capaz de obrar de ese modo. En silencio continuó viendo al niño devorar la comida, mientras Annette intervenía para amenizar ese mediodía.

* * *

En la base aérea había llegado un mensaje urgente para Scott Appleton. Hacía días que el comandante Taylor esperaba que se presentase allí, y no lo había hecho. Debería tomar cartas en este asunto, ya estaba cansado del temperamento de ese piloto. Si aún soportaba ese comportamiento, se debía a que era brillante en el aire. En medio de las preocupaciones, hacía unas horas que había llegado una comisión encabezada por otro militar. Él debía ausentarse de allí, y esa vez lo haría por vía terrestre e iría muy cerca de donde debería encontrarse Appleton.

El día anterior, se había comunicado con la base aérea a la que Scott debía ir y, según le habían informado, el piloto había dejado la documentación. También le habían comunicado que hacía dos días que había abandonado el lugar. Taylor le había advertido que regresara lo antes posible y que abandonase la posibilidad de irse a París. Lo sacaba de quicio que el rebelde carácter que tenía ese piloto le jugase en contra de la brillante y próspera carrera que tenía por delante. El comandante apartó esos pensamientos y se apresuró a dejar precisas indicaciones para abandonar el campo aéreo. Tiempo después, partió junto a la comisión de que la que formaba parte y se subió a uno de los vehículos del convoy que lo trasladaría a destino. Tres ambulancias lo conformaban; sin dudas, era una buena manera de transitar el campo de batalla sin sufrir graves consecuencias. En silencio, se dejó llevar por sus propias cavilaciones y, a medida que se alejaban, contempló

por el espejo retrovisor la imagen del perro que lo seguía sin pausa. Creía que en algún momento se cansaría y emprendería la vuelta a la base, pero parecía haber copiado el necio temperamento de su dueño. Una vez más, la imagen de Scott ocupó el primer lugar en las preocupaciones del superior, que levantó la vista y comprobó que allí seguía Luck, sin dejar de perseguir la caravana. Ante la insistencia del animal, dio la orden para detenerse. De mal modo se bajó y lo cargó en la parte trasera de vehículo sin dar explicaciones del gesto; de inmediato, continuaron la marcha.

* * *

Si había algo que Martina había aprendido desde que había llegado a París, era que ningún día era igual a otro y que debía atesorar los pocos momentos valiosos que había vivido. Eso le permitía evitar la angustia que le provocaba el cambio de rumbo que su vida había tomado. Desde hacía unos días, los interrogantes danzaban en su cabeza, y no había modo de lograr aquietar la incertidumbre que aún sentía.

—Doctora, tenemos una urgencia —dijo Ivette—, acaban de llevar al paciente al quirófano. Los otros dos cirujanos están por venir en cualquier momento.

El personal mermaba allí dentro, ya que varios profesionales se habían ido al frente, algunos para cumplir con su actividad en los hospitales de campaña, y otros para enfundar y cargar armas. De cualquier modo, la había alegrado escuchar la noticia de que el médico argentino Pedro Chutro fuese a integrarse a esa institución. Saber que eminencias de su propio país formasen parte del hospital en el que trabajaba la llenaba de orgullo.

—Yo me ocupo. ¿Qué puedes decirme?

—Dos son los que han arribado hasta aquí, sin embargo, uno está en peor estado. Le han sacado una radiografía y se le detectó una bala alojada en el tórax. Ha perdido mucha sangre. Quien los trajo informó que los encontró tirados a pocos kilómetros de aquí. La ambulancia no pudo hacer mucho, salvo sacarle la radiografía que le he dicho.

—Gracias —dijo antes de ingresar a la sala de operaciones. Debería lidiar sola con la intervención.

No importaba ni la cantidad de sangre desparramada sobre el cuerpo, ni las heridas que tenía, menos aún el molesto lodo, que ayudaba a camuflar la identidad de Scott Appleton, ella lo había reconocido de todos modos. Yacía en la camilla en un estado alarmante. Martina intentó borrar de la mente que ese cuerpo inerte pertenecía al hombre que amaba con locura y que la había traicionado con descaro y lo auscultó para confirmar la gravedad del cuadro.

—Ivette, necesito a dos personas más para proceder con este paciente.

En el tiempo que le llevó analizar la compleja situación, supo que debía operar con el tórax abierto para poder extraer el cuerpo extraño y constatar si había una lesión en el pulmón. Para hacerlo, debía aplicar un tipo de anestesia que fuera compatible con esa operación. No era muy común realizar la intervención de ese modo, pero ella creyó que sería la única manera de salvarlo. Supo que de su pericia dependía la vida de él. Despejó de su mente el nombre y el significado que él tenía en su vida y se dedicó a realizar lo que sabía hacer. En el tiempo que duró la cirugía, pudo extraer la bala alojada en el tórax sin comprometer el pulmón.

A pesar de haber culminado lo más difícil, había sido mucha la sangre que había perdido, por lo que ordenó que se le hiciera una transfusión de sangre citratada, una novedad que impedía la coagulación y de ese modo evitaba las muertes que se daban por ese motivo. Recordó que ese avance médico se debía a un colega argentino, el doctor Luis Agote. Ansiaba que esa técnica mejorara el estado de Scott. Solo restaba aguardar las horas definitivas posteriores a la intervención.

Annette le había llevado un café para que pudiera despejarse un poco, porque estaba abrumada ante el curso de los acontecimientos. Aún no había tenido tiempo para pensar ya que había muchos cabos por atar.

—Me quedaré contigo esta noche —musitó Annette sin mencionar nada más.

—En otro momento te diría que te fueras, pero hoy te agradezco que lo hagas.

El ahogado y silencioso llanto de Martina terminó por quebrar a su amiga, que nunca antes la había visto flaquear. Ella era siempre la que le daba consejos y la contagiaba de la fortaleza que tenía. Annette no sabía qué decirle, así que solo la abrazó para que sintiera que la entendía y que estaba allí para lo que necesitara.

—No sé qué hacer con el niño, si decirle que su padre está aquí o esperar a que mejore.

—No te preocupes, yo me ocuparé de él esta noche. Ya lo he llevado a que se bañe y le he traído algo de ropa esta mañana.

—Muchas gracias, eres buena para todo esto.

—¿Por qué crees que me gané el mote de superficial? —replicó con una tibia sonrisa—. Debería decirle a Ivette que tiene sus ventajas pensar en la ropa en determinados momentos.

—Tienes razón.

—Ahora me iré a comprobar cómo está Brad. Por más que te niegues, deberás ir a ver a tu paciente. El mío estuvo despierto hasta hace un rato.

Martina se levantó y, antes de chequear cómo seguía Scott, pasó por el baño para limpiar las huellas de cansancio y de llanto que le congestionaban el rostro. Cuando ingresó a la habitación del recién operado, lo encontró dormido. Aunque no esperaba hallarlo de otro modo, se conmocionó al verlo tan desvalido. Siempre le había parecido que él era muy seguro de sí y que se conducía sin que nada lo perturbase. Claro que el Scott que ella recordaba no habría sido capaz de mentirle del modo en que lo había hecho. Se acomodó en la silla y cerró los ojos para olvidarse de todo lo sucedido los últimos días. No fue consciente del tiempo transcurrido y recién se despertó cuando unos golpes en el hombro la sacudieron.

—Ivette, ¿qué ha sucedido?

—Alguien la busca, parece que está muy requerida estos días.

—Debería cerrar esa boca que tiene e informarme cómo está el paciente.

La enfermera se sobrecogió al escuchar el modo en que se dirigía a ella la doctora. Revisó a Scott ante la atenta mirada de Martina, que se había despertado durante la noche para controlar que no hubiese surgido ninguna complicación. No habían cambiado los parámetros normales de lo que significaba una intervención de ese estilo.

—Quédate con él hasta que regrese.

En la amplia sala de espera, la aguardaba el comandante Taylor, cuyo rostro adusto reflejaba a las claras una gran preocupación.

—Me he enterado de que el piloto Scott Appleton está herido y en mal estado.

Martina le refirió cómo se habían sucedido los hechos y los pasos dados hasta el momento. Ella lo notó apesadumbrado a pesar de dominar muy bien sus sentimientos.

—Quiero verlo.

—Solo unos pocos minutos, acompáñame por favor.

Desde el pie de la cama, Taylor no dejaba de contemplar a uno de sus mejores pilotos postrado en una cama.

—Mierda —musitó—, no volverá a ser el mismo.

—Deberá cuidarse y, con el tiempo, quizás pueda volver a volar. Hay una lesión en el hombro que aún no sé cómo evolucionará. Está en un lugar complicado porque coincide con la articulación del miembro superior, pero en este momento es lo menos alarmante.

—Si es así, no creo que vuelva al servicio mientras dure esta guerra. Si él no logra estar en óptimas condiciones, no podrá incorporarse a la fuerza aérea. Es usted quien se comunicó con John, ¿verdad?

—Así es.

—El suyo era un pedido urgente. ¿De qué se trataba? —consultó el comandante.

—Aún no he podido hablar con él.

—Cuando lo haga, hágamelo saber.

—Por supuesto.

—Doctora, le quiero mostrar algo.

Ambos salieron de la habitación y caminaron por uno de los pasillos que conducía hasta los amplios cristales que daban a los jardines de la institución.

—¿Qué hace Luck aquí?

Él la miró y confirmó que ella era la mujer de la que una vez le había hablado Scott, luego de una peligrosa misión. En esa ocasión habían conversado en compañía de unas copas de whisky; esa vez, el piloto se había sincerado y había hablado con admiración de una mujer. Que conociese a ese perro pulgoso era la ratificación de sus sospechas.

—Como si supiera que Scott estaba malherido, no dejó de aullar desde que él partió. Tuve que subirlo a la parte de atrás del vehículo que me trasladó hasta aquí cerca, adonde debía venir, como si el animal pudiese presentir todo lo sucedido. Eso sí, no pienso llevarlo de regreso. Espero que él se haga cargo de este molesto perro.

—Pero aquí no puede quedarse.

Ella no podía alojar a nadie más.

—Mire al compañero que ha conseguido.

Entonces vislumbró a Brad, que corría enardecido tras el sabueso por todo el parque. Ella abandonó de inmediato la idea de salir a poner orden. Algo de diversión le vendría bien a ese niño que había perdido a su madre mientras pendía de un hilo la vida de su padre.

—Veré qué puedo hacer con Luck, porque su dueño tardará un tiempo en recuperarse.

—Si usted lo conoce como yo, sabrá que el temperamento que tiene lo hará reaccionar de un modo distinto al del resto de los pacientes que estén en la misma situación.

—Tiene razón.

—Gracias, doctora, estaré a la espera de sus novedades.

Martina no abandonó la imagen que tenía frente a los ojos mientras Taylor desaparecía por los pasillos del hospital. Creyó que retomar el trabajo le permitiría aquietar el ánimo, pero estaba equivocada. Había dejado a Scott al cuidado de una de las enfermeras porque necesitaba poner cierta distancia con él por lo que había representado para ella. El paso de las horas discurrió de un modo inusitado ante el fuerte anhelo de que Scott saliera del estado en que se encontraba. Debía hacerlo de acuerdo a los parámetros para tener una pronta y efectiva recuperación.

—Doctora, tengo buenas noticias: el paciente de la cama 38 se ha despertado y quiere verla.

—Gracias, yo me ocupo.

Observó el reloj; era casi medianoche. Con nervios, enfiló hacia la habitación. Fue un gran impacto verlo al fin con los ojos abiertos.

—Doctora, creí que me habías abandonado —musitó él.

La alegría que debería haber sentido al verlo reponerse se empañó cuando recordó lo vivido los pasados días.

—Al fin has despertado.

—Tienes una enfermera muy eficaz que me contó lo que has hecho por mí. Te debo la vida.

—¿Cómo te sientes?

—Con mucho dolor aquí —dijo al mostrarle el lugar del tórax en que tenía la incisión.

—Eso persistirá durante un tiempo. Ahora lo que debes hacer es cumplir con nuestras indicaciones para estar mejor pronto.

—Ven por favor, acércate.

Ella se sentó al borde de la cama en tanto lo evaluaba.

—¿Qué sucede? Sé que me ocultas algo, dime la verdad de lo que tengo.

Al fin una amplia sonrisa apareció en el rostro de Martina.

—Ya te he dicho la mejora de tu salud es solo una cuestión de tiempo, por eso no debes preocuparte.

—Entonces ¿por qué debo hacerlo?

Ya estaba cansada de callar lo que le sucedía. Si siempre pensaba en los otros, ¿cuándo se preocuparía por ella misma? Estaba agobiada, lastimada y dolida. No había ya más lugar para pensar en él.

—Lamento mucho la muerte de tu esposa Chloé. Me dejó una carta para anoticiarme de lo que le ocurría por si no lograba comunicarse contigo, para que yo sí lo hiciera.

Un fuerte dolor atravesó el rostro de él. Ella no quería mirarlo porque no soportaba estar frente al hombre que la había engañado de tal modo.

—Martina, yo puedo explicarte. No es lo que parece —murmuró.

—No sigas lastimándome más, no lo hagas. Sé que no has hecho otra cosa que mentirme sin piedad. Me he cansado de todo esto. No te confundas con respecto a lo que he hecho aquí dentro. Contigo he actuado como con cualquier otro paciente. Debía salvarte la vida, y es lo que hice. Ya no eres especial para mí, no quiero nada contigo y lamento que te hayas aprovechado de mis ilusiones cuando eras un hombre casado.

—Cállate, no sabes lo que dices. Me escapé de la misión que debía cumplir solo para verte y saber de ti. No veía la hora de hacerlo. Estaba cerca de aquí y no resistí la idea estar juntos, no me importó desobedecer a mi superior para estar a tu lado. Pero la bala disparada desde un Albatros hizo añicos ese deseo. Mientras estaba tirado a la espera de que alguien me auxiliase, la única imagen que tenía en mi mente eras tú.

La distracción por pensar en ella no le había permitido calcular la posibilidad de que un avión alemán pudiera alcanzarlo, más cuando estaba tan cerca la base de Blérancourt, a orillas del río Oise.

—Si es como dices —conjeturó ella al acercarse a su rostro—, eres peor de lo que imaginaba porque, mientras tu esposa moría, tu hijo vino a buscarte y a dejarme esta maldita carta —dijo, y sacó del bolsillo el papel que le había cambiado la vida—. ¿Quieres que te la lea?

Ella no esperó que le contestase y recitó las pocas frases que conocía de memoria. Necesitaba tenerlo enfrente para ver el gesto de él al escuchar las duras palabras escritas en ese papel.

—Ahora iré a buscar a tu hijo para que te vea.

Él se mantuvo callado y se limitó a esperar a Brad. Sabía que, en el estado en que Martina estaba, no podría razonar con ella, no era el momento. Poco después vio ingresar al niño, mientras ella se quedaba fuera de la habitación.

—Campeón, qué alegría verte.

El pequeño se mantuvo al lado de la cama sin molestar porque el llanto ahogado no se lo permitía.

—¿Vas a morirte como mamá?

—Claro que no, pero nosotros ya hemos hablado al respecto, ¿lo recuerdas?

—Recuerdo todo lo que me has dicho.

Ese chico se había transformado en la debilidad de Scott. Largas habían sido las charlas que habían mantenido cuando estaban juntos.

—Ahora estoy muy dolorido, pero pronto me recuperaré.

—¿Entonces podré quedarme contigo? —inquirió Brad.

—Por supuesto. ¿Cuándo has llegado aquí?

—Hace unos días. Corinne no quiere que me quede con ella, dice que ya ha hecho bastante por mamá y por mí. Desde que llegué aquí, la doctora me alojó acá adentro. Me pidió que no molestase porque no está permitido que yo esté aquí. Te aseguro que cumplí y me porté bien. Lo juro.

—Hazle caso, porque es brava cuando se enoja. Ahora me siento muy cansado. Tú vete a descansar y, antes de hacerlo, ¿puedes llamarla?

—Gracias, papá —completó con un beso en el emocionado rostro de Scott, que aguardó a que ella se aproximase en tanto se resistía a la somnolencia que pretendía vencerlo. Vio aparecer la imagen desdibujada de una enfermera que se acercaba.

—Me dijo la doctora que necesitaba verme.

—¿Y ella dónde está?

—Acaba de irse, pero dejó precisas instrucciones para atenderlo. Tome esto, así podrá descansar mejor esta noche.

* * *

A medida que los días transcurrían, el estado de Scott iba en franca mejoría, aunque él sentía que la recuperación se hacía demasiado lenta. No soportaba estar un minuto más dentro de esos blancos muros. Solo disfrutaba cuando veía aparecer a Brad en la habitación. A Martina no la había vuelto a ver desde aquella discusión, si bien ella dejaba a diario las indicaciones médicas para él. No había pasado un día sin que el paciente preguntase por ella y le dijese, a quien fuera, que necesitaba hablarle. A pesar de la insistencia, la doctora no se había hecho presente.

Si bien le habían indicado que guardase reposo unos días más, se levantó y caminó, con la ayuda de unas muletas, hasta la galería que estaba a pocos metros de allí. Se ubicó sobre un banco mientras observaba a Luck correr por el parque. Sabía que el pobre animal se había desesperado

ante su ausencia. Por más que el personal médico había intentado deshacerse de él por temor a que pudiera lastimar a algún enfermo, había sido imposible. De todas maneras, Luck no era agresivo, y además el hospital tenía contemplación con Scott ya que el comandante había hablado sobre la hazaña que había desempeñado en el aire, lo que había hecho a conciencia para contrarrestar cualquier actitud díscola que Scott pudiera tener allí dentro. Ese era el motivo por el que no se quejaban más del perro. Appleton se había enterado también de que Martina se había impuesto ante las autoridades para que Brad se quedase allí tras haber sido descubierto el lugar donde dormía. Si bien ese no era el espacio adecuado para que el niño estuviese, a esas alturas ningún miembro de la institución podía negarle algo a ella luego de la dedicación y el esfuerzo que ponía día a día en ese centro médico.

Desde el cristal de la ventana, Martina vio a Scott con las muletas a un costado y la mirada perdida en sus propios pensamientos. Ella sabía que no podía eludirlo más. Se alegraba de que se hubiera rebelado a las indicaciones dadas y se esforzara en mejorar. Sí continuaba así, en breve abandonaría el hospital, y no volvería a verlo. No lo pensó y fue a buscarlo.

—Debería felicitarte por la recuperación. Veo que no te importan mis indicaciones sobre guardar reposo unos días más.

—Si hubieras venido a verme, me habría quedado en la cama.

—Si ahora pretendes que me sienta culpable, no lo lograrás.

—Martina, ¿hasta cuándo pensabas mantener esta actitud? En algún momento íbamos a tener que hablar —razonó Scott.

—Yo ya hablé lo necesario.

—Entonces escucharás lo que tengo para decirte.

Él debió controlar los fuertes deseos por acariciarla y besarla.

—Adelante, no tengo mucho tiempo, aunque creo que entre nosotros todo está muy claro.

La mirada que él le lanzó hizo que ella se mantuviera quieta, a la espera de que le hablara.

—Cuando te dije que las cosas no eran como creías, no dejaste que te explicara cómo sucedieron los hechos. Te conté la relación que mantuve con Chloé, pero nunca te había hablado del niño. No lo hice porque creí que no lo entenderías y porque lo único que buscaba era estar contigo sin problemas ni discusiones y que pudiéramos ser solo nosotros dos. Brad fue mi debilidad desde que nació. Te aseguro que los viajes que hacía hasta aquí eran para saber de él. Sé que Chloé fomentaba ese acercamiento para tener algo más conmigo, pero eso no funcionó hasta que me enteré de que estaba enferma.

»Esa vez recuerdo que la vi mal, ella sabía que pronto se moriría. Lo que más le preocupaba era el destino de Brad. Él no es mi hijo, pero habría dado lo que fuera por que sí lo fuera. No sé quién es el padre, ni siquiera ella lo sabía, pero siempre corría el riesgo de que, tiempo después, alguien lo reclamase. El ambiente en que ella se movía era turbio y peligroso, y un hijo servía como moneda de cambio ante cualquier situación. Chloé no era ajena a eso. Yo intenté que abandonase ese cabaret, pero ella se negaba. Cuando cayó enferma, sabía que debería hacer algo al respecto, y casarse conmigo era la solución perfecta para proteger al niño. No habría sido fácil sacarlo de aquí y llevármelo a Londres de otro modo. Yo creía que el nombre que le puso se debía al origen del padre, pero supe luego que había pensado en mí, por eso había elegido un nombre inglés, y en que, ante cualquier problema, me haría cargo del niño. Durante mucho tiempo, para Brad yo era el tío Scott, aunque él siempre había soñado con que me transformase en su padre, eso me lo confesó la última vez que hablamos. Él nunca tuvo el acompañamiento de un hombre mientras crecía. Sé que para él saber cómo serían las cosas le brindó cierto alivio luego de la muerte de su madre. Nunca rompería la ilusión de Brad de que yo sea su padre. Él ha tenido una vida de mierda, imagina hasta que punto que yo soy lo mejor que le pasó. ¿Ahora puedes entenderlo?

—Puedo comprender lo que has hecho —comentó sin demostrar la conmoción que en verdad sentía—, pero lo que no puedo es volver a creerte ni a confiar en ti. Me mentiste al ocultar la existencia de Chloé, pero volví a fiarme de ti cuando nos vimos luego, y volviste a mentirme cuando estuvimos juntos. No fuiste capaz de decirme que, horas antes, te habías casado con otra mujer. Scott, por más que intentes explicarme cómo fueron las cosas, no puedo confiar más en ti.

—Podrás afirmar eso una y otra vez —resopló sobre los labios de ella—, pero nunca podrás decirme que no me amas. Recuerdo la respuesta de tu cuerpo contra el mío, vi en tus ojos el deseo de que te hiciera mía una vez más y sentí el modo en que tú me amabas —dijo antes de separarse y agregar—: Ahora, si el costo de tenerte es que deje a un lado a Brad, no creo que lo haga. Le prometí que nunca lo abandonaría y, aunque tú no lo creas, soy un hombre de palabra.

Martina se levantó porque no toleraba estar un minuto más junto a él. Entró como una exhalación al hospital y enfiló directo a los baños. Allí dentro, lloró y lloró hasta creer que había vaciado de lágrimas sus ojos. Luego se excusó y huyó a su casa. Necesitaba estar sola para digerir cada palabra que él le había dicho.

CAPÍTULO 23

Una ansiada sorpresa

La niebla envolvía a Londres bajo un manto lóbrego. El intrincado juego de intrigas que allí se cocían otorgaba mayor misterio a la ciudad. El regreso de Colin no había sido auspicioso, ya que la previa estadía en Dublín había complicado la relación en el trabajo. El Señor K se mostraba irrefutable cada vez que le hablaba de algo. Al llegar, le había recriminado que no hubiese tenido tiempo de pasar a ver a su esposa y a Dorothy, a diferencia de Dylan, que sí lo había hecho. Colin evitó mencionar que su compañero lo había hecho porque él se lo había sugerido.

Más allá de esas cuestiones menores, la situación política estaba cada vez peor. La guerra continuaba sin atisbo de un pronto final, y no se habían podido librar del todo de los espías alemanes, que aún permanecían ahí. Con el paso de los meses, la sofisticación del arte del espionaje complicaba más la localización del enemigo. La anterior misión no había salido como se esperaba, y el jefe tenía un humor de perros. Nadie podía culparlo de que así fuese, pero Colin ya se estaba cansando de todo. Tampoco soportaba estar lejos de Sofia. Los pasados tres meses habían sido un fastidio sin ella. Esperaba, dentro de unos días, ir a buscarla y pedirle que se instalara con él allí. De nada servía que siguieran separados. Con ese convencimiento, enfiló hacia el despacho del Señor K, quien, luego de saludarlos, los invitó a sentarse, dejó a un costado una carpeta con algunos documentos y fijó la vista en ellos para comenzar con la charla.

—Como verán, en este último tiempo no hemos hecho los avances esperados. Parece que, cuando estamos a punto de cercar a los alemanes, ellos se nos escapan de las manos. No hemos dado en el blanco con ellos, pero pienso revertir esta situación. Ha llegado un mensaje encriptado que afirma que se está preparando un atentado al primer ministro. Algunos datos son ciertos; otro, no. Quiero que se encarguen de esta misión.

—Tiene lógica que lo intenten, es un modo de ir contra el centro de nuestro poder —comentó Dylan.

—Ese es el punto si, en efecto, lo hacen, porque nos transformaríamos en el hazmerreír de este conflicto. ¿Cómo podremos combatir en el frente si no podemos controlar al enemigo en nuestro territorio?

—O puede ser una técnica de distracción para que ocupemos la mente en este asunto mientras planean otra cosa. De ese modo, los dejaríamos trabajar tranquilos —opinó Colin.

—¿Tienes algún fundamento para pensar eso?

—No, es una simple sospecha. Siempre debemos trabajar con cierto recelo.

La mirada del jefe hacia él fue fulminante.

—Dylan, esta vez llevarás adelante el encargo. Quiero que indagues entre tus contactos para ver si averiguas algo más y que me reportes los avances que obtengas.

—Y yo me quedaré aquí de brazos cruzados —acotó Colin.

—Aquí hay bastante papeleo que ordenar. Podrías quedarte y ayudar a mi secretaria —replicó desafiante—, a no ser que hayas adelantado tu próxima ausencia.

—Me iré dentro de unos días, como se lo expliqué. Buscaré por mi lado alguna información.

—Antes de que llegue a mí, repórtasela a Dylan, que se encargará. Es todo por ahora, señores —concluyó, para luego darle la carpeta con los mensajes que hablaban de una velada amenaza.

La reunión había finalizado con un sabor amargo para Colin. Si no había confianza con el grupo de trabajo, no podría llegar muy lejos.

—No lo tomes así —comentó Dylan al salir del despacho—, lo único que pretende es que pagues por la ausencia que sin permiso te tomaste la vez pasada. Te aseguro que intenté que entrara en razones, pero ha sido imposible.

—Lo sé. ¿Hacia dónde vas?

Ambos se detuvieron en la salida del edificio del MI5. La pesada niebla persistía desde la primera hora del día.

—A mi casa.

—Vamos, te llevo.

—Voy de pasada porque tengo mucho trabajo por delante.

—Yo también.

Ambos enfilaron hacia el Prince Henry y, una vez en él, durante el trayecto hablaron sobre la complicada situación que se estaba viviendo hasta que una simple despedida puso fin a la conversación. Colin salió rápido de allí, pero, al alcanzar la esquina, se dio cuenta de que se había olvidado una carpeta que el jefe le había dado y dio la vuelta para regresar al domicilio de Dylan. Se detuvo en la esquina para esperar a que saliera y así darle la documentación que tenía en sus manos. Comenzó a leerla y constató cada palabra dicha por el Señor K para luego detenerse en las fotografías adjuntas de los dobles agentes que podrían dar información sobre el presunto atentado. Los analizó uno a uno y repasó los nombres y características físicas que ya conocía. Por impulso levantó la vista y entonces vio emerger a Dylan en compañía de alguien. Salió del coche con la carpeta en la mano para alcanzarlo de inmediato.

La bruma había ganado las calles. En medio de esa imagen fantasmagórica, aguzó los ojos para identificar a la persona que acaba de salir con su compañero. Apresuró el paso hasta alcanzarlo y pudo ver que se trataba de la misma persona que, tiempo atrás, había visto en compañía de Dylan, luego de que Colin había cumplido una misión. Mientras los seguía apenas unos pasos por detrás, el inglés se dio vuelta de repente y dejó a un lado a la persona con la que caminaba hasta ese momento.

—Aquí tienes, te lo has olvidado en el coche.

—Tienes razón, Colin. Igual tengo grabado cada rostro de los contactos.

—Sin embargo, este otro con quien ibas no está aquí dentro.

—El jefe no lo ha querido colocar, sabes cómo es él. ¿Eso es todo?

Colin asintió y lo vio retomar la marcha por la calle. Quien había salido con Dylan se había perdido en las tinieblas de la ciudad con aquel característico sombrero negro y el caminar cojo. Wood regresó al automóvil y se quedó sentado con una sensación extraña. No solía tenerla a menudo, pero, cada vez que le sucedía, era porque había algo de importancia que se le escapaba. Luego de unos largos minutos, arrancó y se perdió, acosado aún por esas preguntas sin respuesta.

* * *

El acantilado se elevaba majestuoso ante las impetuosas aguas que bañaban toda la costa. La bruma marina filtraba los rayos de sol de esa anodina mañana. Desde el cristal de la ventana, Sofía contemplaba el paisaje que la había acompañado durante ese último tiempo. Largas horas había permanecido en la habitación del castillo mientras se perdía en esa plomiza visión. Con el paso de los días, había logrado disipar las dudas y la angustia que la aquejaban. Debía dejar de culpar a Helen por las equivocaciones de años atrás, ya que, por más que ella quisiera, no podía cambiar el pasado. Además, debía reconocer que su madre la había ayudado a revertir el futuro que Cándido le tenía preparado. Sin ella, habría sido imposible escapar de todo aquello. Tenía que dejar a un lado la sensación de abandono que había sentido al enterarse de esa historia de boca de Helen. Tenía claro que las hermanas Boyle habían actuado por distintos motivos, una por despecho y la otra por amor, pero en relación con un mismo hombre: Liam. Él las había abandonado a todas, y eso no tenía marcha atrás. Sofía debía reconciliarse con lo sucedido. No podía malgastar más tiempo en darle vueltas a ese asunto cuando tenía un porvenir de la mano de Colin.

Volvió a repasar la habitación que se había convertido en su refugio ese último tiempo y contempló la maleta, que ya tenía ordenada para zarpar a primera hora de la mañana siguiente hacia Londres. Así lo había propuesto Colin, y ella estallaba de felicidad por poder al fin estar

junto a él. Eso le daba fuerzas para dejar atrás todo el dolor sufrido. Unos golpes a la puerta la distrajerón de esas reflexiones.

—Hija, ¿estás preparada para recorrer por última vez nuestras tierras?

—Por supuesto.

Sofía revisó el vestido, uno de los tantos regalos que Siobhán le había hecho, y supo que estaba lista para salir.

—Los únicos primos que tenemos aquí nos esperan para almorzar.

—Vamos entonces.

—Que disfruten de su último día —acotó Siobhán al asomar en la amplia sala—. Espero que la lleves a algún otro lado que no sea la casa de tus parientes.

—Por supuesto. Todo aquel que se precie irlandés no puede dejar de pasar por The Brazen Head.

—Disfruten y beban por mí.

Entre risas, subieron al automóvil que las esperaba para comenzar con el periplo. El recorrido hasta llegar a la finca de la familia no les llevó mucho tiempo. Parecía que las distancias allí eran cortas y que todo estaba a la alcance de la mano. El almuerzo fue amenizado por algunas anécdotas que la familia contaba sobre las hermanas Boyle. A Sofía le resultó reconfortante escuchar que entre ellas había habido un fuerte lazo de unión desde que eran pequeñas. Más allá de la distancia y de haberse visto poco, la familia les guardaba mucho cariño a Helen y a ella, pese a que recién la conocían.

—¿Qué te han parecido? —preguntó su madre al salir.

—Son encantadores.

—Imagina que nos hemos visto en pocas oportunidades, pero, las veces que nos hemos encontrado, han sido muy amigables. Ahora te llevaré a una taberna y tomaremos unas cervezas, como en la vieja época.

—Tu vieja época, querrás decir —replicó sonriente.

—Por supuesto. Por *mis* viejos tiempos.

El coche se detuvo frente al bar The Brazen Head. Por el muro de ladrillo, asomaban unas ventadas protegidas por rejas negras y, encima de la puerta de entrada, dos antorchas custodiaban el local. La decoración interior era en madera oscura. Se notaba que ese lugar era popular por la

cantidad de personas que estaban afuera con una botella de cerveza. Ambas se sentaron en la barra y, una vez hecho el pedido, Helen se quedó observando cada recodo de ese establecimiento.

—¿Has estado antes aquí?

—Sí, con mi hermana.

Sofía se daba cuenta de que Helen mencionaba siempre a su hermana de ese modo, no como “tu madre”, quizá porque en el fondo esperaba que alguna vez le dijese “mamá” a ella.

—Era un punto de reunión para salir luego. Para nosotras, que éramos jóvenes, estar aquí era toda una aventura. —Un camarero depositó dos botellas de cerveza ante ellas—. A tu salud —brindó.

Helen bebió con tal rapidez que parecía que el contenido iba a salirse por la nariz.

—¡Pero qué práctica tienes! —dijo Sofía con cierta admiración.

—No es nada de lo que pueda ufanarme, debe de ser el ambiente, que contagia —concluyó risueña.

La risa se le fue apagando a medida que, entre la gente, vio asomar a un sujeto. El humo del cigarro desdibujaba, en cada calada, el rostro de ese hombre con cabellos oscuros y largos hasta el hombro, pero los ojos negros del tipo se clavaron en ella cuando giró. El tiempo transcurrido le había trazado arrugas alrededor de los párpados y le había curtido la piel, pero la profundidad de esa mirada se mantenía inalterable.

—Helen —reiteró Sofía con el fin de sacarla de ese estado de ensoñación.

—Oh, disculpa, ¿me decías?

—Te decía que no veo la hora de partir de aquí.

Una rara sensación cruzó el cuerpo de Helen al recordar que, dentro de pocas horas, se marcharían, aunque no podía ser tan infantil como para creer que todo había quedado como cuando había abandonado Dublín tiempo atrás. A medida que esos pensamientos crecían, él comenzó a avanzar por entre la gente, y Helen advirtió que iba hacia donde estaban ellas.

—Helen, ¿has vuelto?

La mirada de él no se centró solo en ella, sino que abarcó también a Sofía.

—He vuelto de paseo, aunque nos iremos muy pronto.

—No nos has presentado.

—Ella es Sofia, mi hija, y él es un viejo amigo que he conocido aquí tiempo atrás.

Los ojos negros de él se clavaron en la joven, y analizó el rostro de ella durante largos minutos.

—Un placer conocerte —dijo al apoyar la mano en el hombro de la joven para atraerla hacia sí.

En ese instante, ella dirigió la mirada hacia la entrada, y una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro. Cualquier otra cosa que se dijese en ese preciso momento había quedado a un costado. Las palabras pronunciadas quedaron en el limbo, porque Colin había ingresado al lugar, y las miradas de ambos se cruzaron.

—Permiso —musitó antes de alejarse de él para ir al encuentro de su amado, y los parroquianos que allí había fueron testigos del apasionado beso al que se entregaron.

—Te extrañé —susurró Colin sobre los labios de ella.

Luego la sostuvo por el hombro de modo posesivo, como si deseara dejar claro que ella era su mujer. Caminaron hasta la barra, pero no quedaban ni vestigios de Helen allí.

—Hasta que entraste aquí, ella estaba conmigo.

—Lo vi. ¿Quién era el hombre que te estaba abrazando? —inquirió él.

—Mi amor, no lo digas de ese modo, pareciera que...

—¿Quién es?

—Solo un conocido de Helen. Ella y mi madre... —comenzó, y luego mantuvo silencio un momento antes de continuar, porque le resultaba difícil aún referirse a ella de otra manera— estuvieron de visita aquí durante largas temporadas y conocieron varias personas. Él era uno de ellos.

—Lo sé, mi amor —resopló sobre la coronilla de ella sin dejar de buscar a ese hombre dentro del lugar.

—Creía que no vendrías y que esperarías a que arribásemos en el ferry.

—No dejaría que cruces sola en una embarcación luego de lo sucedido. Más allá de que navegue sobre aguas calmas y de que Helen vaya a tu lado. Conseguí adelantar los pasajes, así que nos iremos de aquí dentro de tres horas y viajaremos durante el horario nocturno.

—¿Surgió algún problema?

—No, solo deseo tenerte para mí cuanto antes.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Siempre sabré dónde encontrarte —contestó Colin antes de besarla con fiereza—, deberías saberlo —murmuró sobre los labios de ella—. Esta vez fue Siobhán quien me indicó que pasarían por aquí.

—No sabes cómo se ha comportado con nosotras, ha estado siempre a mi lado sin estorbar ni hacer preguntas. Sé que ha sido de gran compañía para Helen y que ha intentado unirnos sin que nos diésemos cuenta. A pesar de tu ausencia, ella alegró mi estadía en Dublín. Por lo que me dijo, eres su debilidad.

—Eso dice, aunque espero ser la tuya.

Sofía a volvió a besarlo.

—Pensé que Helen habría ido al baño para acicalarse, pero noto que tarda demasiado. Iré a buscarla —decidió la joven.

—No es necesario, está en el fondo del salón. Parece enfrascada en una conversación con quien se acercó a ti.

—¿Siempre estás al tanto de todo lo que sucede a tu alrededor?

—Sí, y te aseguro que eso me ha salvado la vida más de una vez —anunció.

Transcurrió cierto tiempo y bebieron un par de cervezas hasta que Helen avanzó hacia ellos.

—Colin, qué alegría verte.

—Helen, nos iremos esta misma noche.

—¿Sucedió algo? —se inquietó la mujer.

—No, es que no tengo muchos días para tomarme. En Londres tengo mucho trabajo que no puedo dejar a un lado.

—Aún no me has contado del estudio que tienes.

—Habrá tiempo para que lo veas —respondió cómplice ante el asombro de Sofía, que había guardado el secreto de la actividad de él.

* * *

Atrás quedaban el puerto de Dublín y los días que Sofía había compartido allí con Helen. Llegar a Londres la había subyugado por más que el ánimo de la gente no parecía salir de la pesadumbre. El conflicto armado del que participaba el país había hecho mella en la capital. A pesar de eso, pudo apreciar el encanto que guardaba la ciudad de la niebla y se sorprendió al conocer el hogar de Colin, enclavado en una zona residencial de la ciudad. Era bastante amplio para que lo habitase una sola persona, con dos habitaciones además de una cómoda sala. A un costado, frente a la ventana, había un piano sobre cuya tapa de madera estaba enmarcada la fotografía que ella le había enviado, en la que le lanzaba un beso. Fue un gran impacto para Sofía que él guardase un lugar tan destacado en esa casa para ella. La cocina se veía espaciosa, limpia y ordenada, parecía que nunca antes se hubiese utilizado, y estimó que no estaba equivocada al cruzar una mirada cómplice con él. Colin se acercó por detrás y la abrazó.

—Espero que hagas de todo esto un hogar.

Las lágrimas le surcaron el rostro ante la emoción que le produjo lo que le había dicho. Al fin podría tener una vivienda que pudiera llamar de ese modo gracias a Colin. Helen miraba a cierta distancia la escena en tanto la embargaba una gran dicha al saber que al fin su hija sería feliz.

—Yo me tomaría un café aquí, pero es mejor que las lleve a conocer algún lugar fuera.

—Pero si recién hemos llegado. Si deseas, preparo algo —se ofreció Sofía.

—Colin tiene razón, y nosotras deberíamos vestirnos y ponernos las mejores galas para conocer Londres —dijo, y le guiñó un ojo a Wood—. Vamos, que debemos aprovechar el último día que él tiene para mostrarnos la ciudad.

En el cuarto, Helen desplegó tres vestidos, pero había uno en particular que reconoció enseguida como el indicado. Cuando Sofía salió del baño, había un traje de color té con la chaqueta bordada con perlas y encaje color marfil en las mangas. Ese había sido el elegido.

—Deja que te maquille un poco.

—Pero saldremos a almorzar algo, no más que eso —objetó la joven.

—Hija, Colin tiene aquí toda una vida, y la tuya cambiará por completo. Tendrás compromisos que cumplir, personas que conocer y deberás estar a la altura de los acontecimientos.

—Gracias por lo que haces por mí.

—No me lo agradezcas, es lo que siempre debería haber hecho. No me niegues la posibilidad de hacerlo ahora.

Las dos mujeres se dieron un abrazo antes de proceder a cambiarse y salir junto a Colin.

—Estás hermosa —dijo él, para luego besarla, antes de abordar el Prince Henry y salir rumbo al sitio donde los esperaba la sorpresa que le tenía preparada.

Al llegar, dejó el coche al tiempo que Helen se alejaba de ellos para darles un momento de intimidad e ir hasta un puesto de flores cercano.

—Mi amor, estamos en la puerta del registro civil. Quiero casarme contigo y espero que tú también lo desees.

Él adoró el gesto de asombro y emoción de Sofía. Algunas lágrimas asomaron, pero Colin de inmediato las barrió con un dedo.

—Quizá pienses que ha sido muy rápido, pero necesito tenerte y amarte cada mañana cuando amanezca y saber que me esperas cada noche cuando regrese a casa. Aún no me contestaste.

—Es lo que he soñado desde siempre. Me haces la mujer más feliz del mundo. Entremos antes de que te arrepientas.

Colin selló esas palabras con un beso lleno de promesas.

* * *

A Sofía le costaba entender lo que le estaba sucediendo. La vida le había demostrado que, cuando el anhelo por algo era lo bastante potente, podía torcer el rumbo que el destino le tenía marcado. Jamás habría imaginado nada de lo sucedido en el último tiempo. Por lo único que Sofía habría dado todo cuanto tenía era por estar junto a Colin. Desde pequeña, había soñado acercarse a él y transformarse en su amor. Había debido sortear muchos obstáculos hasta alcanzar ese momento soñado de estar con él, pero, a la distancia y al suponer lo que le deparaba el futuro, nada de lo atravesado le parecía engorroso o intrincado si era el costo que había debido pagar para compartir la vida con Colin.

—Estás muy pensativa —susurró él mientras recorría con los dedos la espalda desnuda de la joven.

Desde que habían llegado a la casa, se habían amado como si el tiempo para estar juntos fuese a acabarse en cualquier momento. Las ansias que uno tenía por el otro no se agotaban; muy por el contrario, la imperiosa necesidad que ambos sentían se acrecentaba a medida que se amaban una y otra vez.

—Me cuesta creer que todo esto es real. En algún momento pensé que sería imposible, aunque nunca perdí las esperanzas de que sucediera. Cuando me hablabas de tu trabajo y de que el modo de cuidarme era estar lejos de mí, me costaba entenderlo. Sin embargo, ahora todo cambió.

—Mi amor, lo único que no es distinto es lo que siento por ti. Para mí siempre fuiste lo más importante que he tenido. Habría preferido que estuvieras lejos de todo esto, pero comprendí que, a la distancia, estabas viviendo un infierno. No creas que no me preocupa haber dado el paso que di, y no es porque dude de lo que siento por ti, sino porque la situación aquí está complicada y la actividad que desarrollo es compleja. No siempre estaré por las noches. Cuando tenga que cumplir con alguna misión, me ausento durante varios días. Hasta ahora nunca requerí comunicarme con alguien para avisar que estaba bien o cuándo llegaría. Esta vez todo será distinto, porque lo haré contigo. Deberás acostumbrarte a este trabajo, al menos hasta que la guerra finalice. Quizás he sido egoísta al querer tenerte para mí.

—Mi amor, no temas por mí porque nada va a sucederme.

—Daré mi vida por que nada te ocurra. Lo único que te pido es que no confíes en nadie.

—¿A qué te refieres?

—A que aquí no estás con tus amigas de toda la vida. Conocerás gente nueva, y algunos desearán sacarte información sobre mí. Si bien me muevo dentro de un círculo pequeño, yo sé manejarme en el medio que me rodea, pero para ti todo será nuevo. Una sola cosa te pido que me prometas.

—Lo que quieras.

—Que nunca te dejarás engañar por nadie. El único modo de lograrlo es que solo confíes en mí y en nadie más. No importan las circunstancias, ni el momento o tus dudas —resaltó él.

—Pero ¿por qué me lo dices?

—Aún no me lo has prometido.

Él nunca había vacilado acerca del amor que sentía por ella, pero sí se cuestionaba si estar con él sería lo bastante seguro para Sofía. Luego, se había dado cuenta de que el que ella se transformara en su esposa, más allá de que la amaba con locura, le daba cierta entidad en Londres. No sería lo mismo ser una extranjera que vivía un amorío con un inglés que ser la esposa de él, aunque eso también la exponía. Por eso se preocupaba tanto por resguardarla, por protegerla, por que nadie le hiciera daño.

—Claro que te lo prometo, mi amor. Sé también que aquí podré contar con Scott, que es como de la familia.

—Ya no, tampoco quiero que te fíes de él.

—¿Qué ha sucedido?

—Descubrí que se aprovechó de la inocencia de mi hermana. Le pedí que intentase convencer a Martina de abandonar París, pero nunca que la engañara y sacara provecho de ella.

—¿Cómo te enteraste? —se sorprendió Sofía.

—En un viaje que hice a París para saber cómo estaba ella, descubrí una carta que no hablaba de una amistad, sino de algo más. De pensarlo se me revuelve el estómago. Confíe en él, lo incluí en mi familia, y me traicionó. Eso es algo que no le perdonaré.

—Mi amor, no debes tomarlo así. Me gustaría que Martina supiera que estoy aquí. Aunque no podamos vernos, desearía que ella sepa que estamos más cerca.

—Por supuesto, me encargaré de que se entere de lo nuestro y también se lo haré saber a mi familia. Me da orgullo que te hayas transformado en la señora Wood.

Sofía evitó confesarle que estaba feliz de que al fin Scott hubiera dado un paso con Martina, aunque comprendía que Colin no lo entendiese del mismo modo. Ella siempre había sabido que entre ellos había algo especial y suponía que le llevaría tiempo a Colin aceptarlo, pero estaba segura de que en algún momento lo haría. Lo único que ansiaba era hablar con Martina para preguntarle cómo se sentía. Sofía no permitiría que la decisión de su esposo enturbiara la nueva vida de su amiga.

—Después de tu promesa, pienso amarte una vez más. Quiero estar dentro de ti para percibir cómo tu cuerpo se estremece cada vez que te acaricio y te hago mía. Deseo escuchar, en cada embestida, mi nombre de tu boca, luego de haberte besado hasta el hartazgo —ronroneó.

Ella se deshizo ante el augurio que, tras unos minutos, se haría realidad. Lo amaba con locura y le demostró que llevaba grabado en el cuerpo los besos, las caricias y el amor que se prodigaban.

* * *

A pocas cuadras de allí, se había ubicado Helen en un apartamento pequeño, propiedad de Colin. Ella no había querido inmiscuirse en la felicidad de su hija. Ya bastante la había dañado, y lo único que buscaba era no entorpecer el camino que Sofía había tomado. Por ese motivo, no había dudado en aceptar la propuesta que Colin le había hecho al contarle que planeaba casarse. Con el espíritu aventurero que ella tenía, residir en Londres no le había disgustado. Por otro lado, de momento no tenía otra alternativa. La guerra había hecho trizas cualquier seguridad de viajar hacia otro destino, la experiencia a bordo del *Lusitania* hablaba por sí sola. Con el paso de las

semanas, descubrió que había tomado la decisión acertada, ya que el vínculo con Sofía mejoró y creía que, en la ciudad de niebla, tendría una nueva oportunidad para reconciliarse con ella y con la vida que había llevado.

* * *

Scott se había dedicado a rehabilitarse con esmero porque no soportaba quedarse de brazos cruzados. Por más que notase que día a día progresaba, la lesión en el hombro le impedía mover de manera correcta el brazo, y no contar con el perfecto movimiento de esa extremidad implicaba no poder operar con libertad en el aire. Lo angustiaba en demasía pensar que no podría estar en una base aérea, puesto que ese era un deseo que había perseguido durante mucho tiempo. Volar se había transformado en su vida, y de momento no podía hacerlo, aunque no perdía las esperanzas de que, al reunirse con el comandante, el panorama cambiase. Según lo conversado la última vez que se había visto con Taylor, hasta que no estuviese recuperado por completo, no lo querían en el frente. Parecía la manera de decirle que no estaría piloteando una aeronave.

No importaba el esfuerzo que él hiciera, los médicos le habían advertido que no lograría recuperar la movilidad que siempre había tenido. Ya no sería el mismo, no solo por la lesión que tenía, sino porque la guerra lo había cambiado todo. Desvió la vista y vio a Brad jugar con Luck. Desde que se habían instalado en ese apartamento, se habían tornado inseparables. Lo único que lo alentaba a continuar era ver cómo el niño mejoraba día a día junto a él y la mascota. No era fácil en esa corta edad superar la muerte de una madre; sin embargo, lo veía cada vez mejor. De lo único que Scott no podía recuperarse era de la ausencia de Martina. No había vuelto a cruzar palabra con ella desde que habían mantenido aquella conversación en el Hospital Buffon. Él sabía que debía darle tiempo para pensar y recapacitar, pero hasta el momento no había cambiado de parecer y se mantenía firme en la postura de no verlo. Lo que ella desconocía era que cada tanto él pasaba por el edificio en el que vivía y tenía largas conversaciones con Pierre, el portero. No había sido fácil convencerlo de mantenerlo al tanto de cómo le iba a la joven médica. Él podía soportar que ella no quisiera verlo, pero no toleraba no saber de ella. Si en algún momento había creído que ella era tozuda, lo estaba demostrando cada vez más con el pasar de las semanas.

* * *

Martina no había dejado de cumplir con su trabajo en el Buffon en tanto intentaba quitarse de la mente la imagen de Scott, y del corazón el fuerte y ambivalente sentimiento que la unía a él. Sin embargo, a pesar de las emociones que la inundaban, no podía perdonar la traición y la mentira. Se había presentado allí desde temprano, y las dos cirugías en las que había participado la habían

abstraído de la realidad. Sin embargo, le extrañaba que su amiga no hubiera llegado al instituto, no solo para estar junto al soldado del que se había enamorado, sino porque desde hacía tiempo vivir en la casa familiar se le había tornado insoportable. Salió de la sala de operaciones y se entretuvo en una pequeña habitación anexa para controlar algunos insumos que estaban en falta. En tiempos de guerra, los centros médicos debían arreglarse con lo que había, más allá de los recurrentes pedidos que se hacían. Las intervenciones quirúrgicas no mermaban; muy por lo contrario, se acrecentaban a medida que la guerra avanzaba y que las bajas eran mayores.

—Martina.

El tono quebrado de Annette la sobresaltó. Al darse vuelta la vio con el rostro inundado de lágrimas y una expresión que nunca antes había tenido.

—¿Qué te ha sucedido?

Antes de contestarle, la joven se arrojó a los brazos de la médica para apaciguar el llanto.

—Abandoné mi casa —contestó entre hipos—. Ha sido horrible. No te imaginas las cosas que mis padres me dijeron. Nunca creí que pudieran ser tan duros conmigo. No entienden que yo haya roto el compromiso con Aaron, me quieren fuera de la casa y de la familia. Me han dicho que nunca me perdonarán la traición que he cometido y que mi vida con el soldado del que me he enamorado será un total fracaso.

—Annette, todo esto te será duro al principio, pero debes saber que no podías continuar como lo estabas haciendo. La situación que vivías estaba al borde de estallar en cualquier momento. Ahora podrás disfrutar con libertad del amor que sientes y tendrás la oportunidad de ser feliz. Tu familia te había robado esa posibilidad desde el mismo momento en que te obligaron a unirte a Aaron Dubois.

—Lo sé, y lo más importantes es que no volvería atrás con respecto a lo que dije y no me arrepiento de haber actuado del modo en el que lo hice. Lo que me aterra es que no sé cómo continuar.

—Si estás segura de la manera en que actuaste, lo que viene será mucho mejor. De momento puedes instalarte en mi apartamento.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Sabes que es muy pequeño, pero te dará tiempo para resolver cómo sigues después.

—Amiga, no sé cómo agradecer lo que haces por mí.

—Nada de agradecimientos. ¿Qué te parece si te instalas ahora?

—Pero no puedo irme de aquí, debo trabajar.

—Claro que puedes, yo lo autorizo. Toma —dijo al darle la llave—, Pierre tiene otra, pero no sé si estará cuando vayas. Él siempre espera a que llegue y me pregunta cómo he pasado el día.

—Entonces me iré, pero antes...

—Ve a contarle a tu querido soldado las novedades.

—Por supuesto. ¿Me ves mejor?

—Mucho mejor.

—He dejado una valija con algo de ropa en la salita.

—Espero que sea una sola y no más, porque en ese caso dormiremos en la plaza que hay a dos cuadras de mi casa.

—No deberás preocuparte por eso, al menos por ahora —replicó con una tibia sonrisa.

Martina la vio marcharse por el largo pasillo del establecimiento con el convencimiento de que, más allá de la situación que atravesaba, al fin podría gozar del amor que sentía. Evitó pensar en sí misma y en el dolor que le causaba todo cuanto había sucedido.

* * *

La jornada de trabajo de ese día se había extendido más de la cuenta, y el cansancio se hacía visible en el rostro de Martina, dibujado con tenues sombras por debajo de los ojos. Al fin pudo poner coto a las obligaciones para disfrutar del merecido descanso en la casa. Antes de arribar, pasó por una tienda y compró los únicos alimentos que había: los suministros decaían conforme avanzaba el conflicto bélico. Ella se había acostumbrado a eso, pero buscaba darle la bienvenida a su amiga.

—*Mademoiselle*, qué tarde ha llegado.

—Gracias por esperarme, Pierre.

—Sabe que siempre lo hago.

—Debe haber visto que ahora estaré acompañada. No me mire así, una amiga que pasará un tiempo conmigo hasta que logre ubicarse. ¿Se la ha cruzado?

—No, he tenido que hacer unas cuantas diligencias y he estado ausente. ¿Necesita algo?

—Lo que necesito es que me dé el otro juego de llaves. En estos días, encárguese de hacer otro.

—No se preocupe. ¿Algo más?

—No, Pierre, gracias, vaya a descansar.

—Lo haré, aunque ahora tendré más trabajo, ya que deberé cuidar de dos jóvenes bonitas como ustedes.

Martina sonrió ante el comentario de ese hombre grande que estaba solo y que cuidaba el edificio y a las personas que allí habitaban como un centinela. Esa era la vida de aquel sujeto, y a ella lo conmovía que, con tan poco, él fuera feliz.

—No vemos mañana.

—Hasta mañana.

Martina se apresuró a salir del ascensor y abrió rápido la puerta de entrada para sorprender a Annette. Sin embargo, la sorprendida fue ella al ver el caos que había allí. La sala estaba dada vuelta, los escasos muebles que había se encontraban tirados al suelo, y los adornos que la decoraban estaban desparramados y hecho añicos en el piso. Sintió un fuerte latido en la sien al no ver a Annette, hasta que la encontró en la habitación, tirada en un rincón, en tanto se cubría el rostro con las manos y tiritaba de modo compulsivo. La abrazó y, sin hacerle pregunta alguna, la meció hasta que lograra calmarse. Poco a poco, remitió el fuerte temblor de la joven.

—Perdón, perdón.

—Annette, basta de decir eso, déjame verte.

Tenía el rostro golpeado. Las manchas de sangre estaban secas, y los cardenales comenzaban a tomar un color más intenso.

—Fue él —musitó.

—Permíteme curarte mientras me cuentas qué sucedió.

Martina se tiró al piso, junto al maletín de primeros auxilios; comenzó a limpiar y desinfectar las dos heridas que le cruzaban el rostro. La muchacha francesa tenía el labio partido e hinchado. La joven Wood observó que había recibido un fuerte golpe en el brazo y que tenía la ropa desgarrada.

—¿Qué te hizo?

—Intentó abusar de mí. No logró hacerme suya, pero aún siento sus manos por todo mi cuerpo. Con cada acusación que me lanzaba, venía un golpe.

—No te preocupes, él no te molestará más.

—Ese es el miedo que tengo. Me dijo que volverá y que no le importará hacer lo mismo contigo. Eso no me lo podría perdonar, no voy a involucrarte en mis problemas. Has sido una gran amiga, y nunca haría algo para dañarte. En cambio, Aaron haría lo que fuera para lastimarme. Mañana me iré de aquí.

—¿Adónde piensas ir?

—Si es necesario, regresaré a mi casa. No puedo permitir que te dañe. Yo estoy acostumbrada a que lo haga con cada insinuación que me hacía y en cada gesto que tenía conmigo. No te imaginas la vergüenza que me da que me veas así.

—No debes sentirla, entre amigas todo se comparte. A mí también me han sucedido situaciones que me gustaría olvidar, y tú has estado ahí para acompañarme. Hoy lo hago contigo y puedo asegurarte que Aaron Dubois no volverá a molestarte.

—Gracias, aunque no sé cómo lo harás.

—No importa cómo, encontraré el modo.

Luego de curarla, fue a la cocina, el único lugar que aún conservaba el estado que siempre había tenido, calentó un té y llevó los quesos que había comprado con una *baguette*. La penumbra de la noche se mezclaba con la luz del velador que permanecía encendido. Martina no había querido iluminar el cuarto en su totalidad porque creía que de ese modo, en ese ambiente de intimidad, Annette se sentiría más tranquila, sin tener que exponer los golpes marcados en el cuerpo.

—Quiero que tomes esto.

—Pero dormiré todo el día de mañana —comentó al ver el analgésico.

—Necesitas descansar y relajarte. Sabes que, con el paso de los días, el dolor comenzará a hacerse más intenso. Quiero que te recuperes lo antes posible.

—No podré ayudarte a arreglar todo esto.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo.

Al finalizar la improvisada cena, Martina cambió las sábanas y dispuso que su amiga se acostara allí. Aún tenía que poner en orden el resto del lugar. En ese caso se alegraba de que fuera pequeño. Una vez que terminó, se tomó una cerveza. No podía conciliar el sueño y no dejaba de

pensar qué hacer. Lo único que tenía claro era que no iría a trabajar al hospital a la mañana siguiente. Debía tomar ciertas medidas antes de retomar la rutina.

Al día siguiente, como cada mañana, lo encontró a Pierre, quien se asombró de verla asomarse más tarde al vestíbulo del edificio.

—¿Ha sucedido algo?

—Me gustaría que se encargue del cambio de la cerradura de mi apartamento, es por un tema de seguridad. Mi amiga dormirá hasta tarde.

—Enseguida. ¿Necesita algo más?

—No, ahora me iré a la esquina a desayunar para recuperar fuerzas.

—¿Le ha ocurrido algo? —inquirió intranquilo.

—Gracias, Pierre, pero estoy bien.

El portero la observó salir de allí con rostro de preocupación. Nunca antes la había visto con el gesto de pesadumbre que tenía ese día.

Antes de sentarse en el bar para tomar un café que le devolviese el ánimo y la espabilara, Martina se contactó con la persona indicada en la tarjeta que le había dado Colin la última vez que se habían visto. Sabía que Aaron no se daría por vencido y que volvería a aparecer y entendía también que la siguiente vez todo podría ser peor. Con el segundo café, creyó que su cuerpo volvía a recuperarse.

—Doctora, ¿me invita una taza?

La joven sufrió un escalofrío al oír la voz de Scott. Cuánto hacía que no lo escuchaba.

—Prefiero estar sola. Si crees que...

—Martina, solo entré a comprar algo y te vi.

Ella de inmediato vio aparecer a Brad con dos *croissants*.

—Hola, ¿cómo estás?

—Muy bien, doctora. Aquí tiene.

—¿Es para mí?

El pequeño asintió y esperó que ella comenzara a comerlo.

—¿Cómo estás del brazo?

—Mejor, aunque no lograré restablecerme mucho más.

—Scott, no debes...

—No importa mi brazo, quiero saber cómo estás tú.

—Con mucho trabajo y, ahora, con una nueva inquilina.

—¿Te refieres a Annette?

—¿Cómo te has enterado?

—Durante mi estadía en el hospital, me ha contado algunas cosas, y otras las he supuesto. En algún momento la situación de ella sufriría un cambio.

—Sí, su prometido es un tipo difícil.

—¿Ha ocurrido algo?

—Es un sujeto a quien es mejor tener lejos. Aaron Dubois no es un buen hombre, muy por el contrario.

Eso fue lo único que ella pudo confesarle. Si había tomado distancia de él, no podía pedirle que la ayudara. Scott percibió un dejo de nerviosismo en ese instante y supo que algo más había sucedido, aunque de nada servía volver a preguntarle: la conocía demasiado, y ese orgullo que tenía no iba a permitirle actuar de otro modo. El silencio fue interrumpido de inmediato por el niño.

—Nos gustaría a los tres que vengas a nuestra casa —comentó con pedacitos de dulce en la boca—. Aunque papá no lo diga, él te extraña mucho.

Martina no pudo disimular la sorpresa que le produjeron las palabras de Brad.

—Y te aseguré —confesó Scott al inclinarse hacia adelante para acercarse más a ella— que no lo he aleccionado antes de ingresar aquí.

Martina sonrió. Cuánto amaba a ese hombre. Sin embargo, el temor que la embargaba por que volviese a mentirle obnubilaba ese fuerte sentimiento.

—No tendrías motivo para hacerlo.

—Una vez más, te equivocas.

La despedida constó en un mero roce en la mejilla, que fue más de lo que él podía pedir, aunque el tiempo en la ciudad se le estaba acabando. Alguna decisión debía tomar. Pero, antes de reunirse con Taylor para resolver qué haría con su vida, debía hacer algo para que ella estuviera tranquila.

CAPÍTULO 24

El comienzo del fin

Dublín, 1916.

El estallido de los disparos retumbaba en la mente de Colin mientras lo perseguían en una cacería humana en la que él actuaba de presa a la que cazarían no sin antes herirlo sin piedad. El sufrimiento parecía parte de ese juego macabro al que los hombres al mando del Irlandés habían dado comienzo. El río Liffey se había transformado en la única opción que le quedaba a Colin. Al menos, eso había creído al lanzarse allí en busca de una salvación. El impacto en las frías aguas había morigerado el ardor que las heridas de bala le provocaban en el cuerpo. La imagen de Sofía lo asolaba en medio de la profundidad e inmensidad de esas aguas. Él se resistía al sordo sonido del silencio, que acallaba todo lo que acontecía alrededor. Debía vencer a ese mutismo que buscaba alejarlo de la vida, debía hacerlo por ella. No podía rendirse sin luchar o no sería digno del amor que sentía por Sofía.

Los pulmones estaban por colapsarle ante la falta de oxígeno, debía insuflarlos de aire si pretendía resistir. ¿Cuánto sería el tiempo que podría permanecer allí dentro? Varias habían sido las veces que se había sumergido por diversión y para competir por quién se mantenía más tiempo sumergido, pero esa vez sus fuerzas flaqueaban. Los minutos pasaban, y podía ver cómo el celeste de las aguas que lo circundaban se teñía de púrpura con cada movimiento que hacía por intentar emerger de allí. Con cada segundo que pasaba, la mente se le nublaba más, aunque no podía permitirlo, no antes de intentarlo. Con un último esfuerzo respiratorio, alcanzó la superficie y dejó que su cuerpo flotase porque ya no había algún movimiento que pudiera hacer. La corriente lo llevó contra los pilotes del muelle. Un fuerte golpe en la cabeza le atronó el cerebro. La oscuridad se adueñó de él. El vivo recuerdo de Sofía le permitió cerrar los ojos y dejarse ir junto a ella.

* * *

En Londres, la oficina del MI5 estaba atiborrada de empleados que no paraban de recopilar información sobre lo acontecido en Dublín. Ninguna autoridad quería hacerse cargo de la ineficiencia con la que habían operado ante el levantamiento de Pascua con epicentro en la capital irlandesa. Los mandatarios ingleses se habían centrado en la Gran Guerra y en los problemas que acarrearía tener en el frente de batalla a sus hombres. Buena parte de los irlandeses se había sumado a las fuerzas británicas para combatir contra el enemigo; esa supuesta unión había hecho que los ingleses desviarán la atención fuera del conflicto con Irlanda y sus deseos de

independencia. En Londres, la lucha contra los espías alemanes se había transformado en la prioridad número uno. Nunca consideraron que las ansias de autonomía irlandesa se mantendrían vivas y desencadenarían semejante asonada. Si bien el alzamiento había durado unos pocos días, el enfrentamiento había sido muy cruento. El ataque a la fortaleza del castillo de Dublín, lugar en el que operaban las autoridades británicas, había provocado muertos; varios de ellos, espías ingleses. La respuesta a esa sublevación había sido muy dura también y había hecho que el alzamiento de Pascua fuera considerada como “un fracaso triunfal”. Por un lado la fuerza británica había logrado poner fin a la revuelta irlandesa y, en pocos días, había conseguido identificar a los cabecillas. Las ejecuciones de los responsables se habían dado luego una a una, sin clemencia. Sin embargo, esa misma crueldad aplicada había hecho que quienes no estaban de acuerdo con la causa independentista lo vieran como una gran posibilidad futura. El espíritu irlandés cobraba vida en varios ciudadanos que creían que era una gran equivocación cortar los lazos con los ingleses.

En el despacho del Señor K, no dejaban de colocar informes sobre el escritorio, y gran parte de ellos se referían a los hechos acaecidos en Dublín.

—Dylan, por más que sea duro, hay que avisar a la familia de Colin cómo son las cosas.

—Señor, tengo esperanza de que en algún momento aparezca. No puede habérselo tragado la tierra.

—Claro que no, pero sí puede haber sido abatido. No debo aclararte qué sucedió, ni las muertes que ha habido, y menos cómo se dio el ataque al castillo en Dublín.

—Lo sé.

—Entonces hay que proceder del modo en que siempre lo hemos hecho con el personal caído en una misión. Si quieres acompañarme, cuando finalice con esto, iré a ver a su esposa. Ella debe ser la primera en enterarse de que Colin está muerto.

—Iremos cuando lo disponga.

No transcurrió mucho tiempo y, luego de algunas tareas que debieron completar, se aprestaron para ir rumbo al apartamento del matrimonio Wood.

—Pareces muy callado —comentó el jefe.

—Es que me cuesta creer que él no estará entre nosotros. Fue bastante el tiempo que compartimos; ya habíamos dejado de ser simples compañeros para transformarnos en buenos amigos.

—Lo sé, para mí era un joven único. Le di un lugar especial en mi familia. Aunque cometió algunos errores que provocaron que algo entre nosotros cambiara, ha sido un muchacho de gran valor. Nunca dudé de que era él quien debía ir hasta Irlanda. Conoce como pocos ese territorio;

podía infiltrarse del mejor modo. De hecho, su contacto allí le advirtió que algo sucedía. Estaba al tanto de nuestra respuesta militar cuando el Almirantazgo, a través de la Room 40, interceptó la información sobre el armamento que viajaba en un vapor alemán para proveer a los subversivos. Creí que, frente al fracaso de esa operación, el ánimo combativo irlandés decaería.

—Por el contrario, tuvieron un motivo mayor para continuar con los planes para un levantamiento.

—Así es, y Colin sumó otro motivo de peligro en medio de esa gresca. A pesar de todo, era el hombre más calificado para estar allí.

—Será una pérdida difícil de poder suplantar.

—Lo será, pero en esta guerra no siempre se gana, y han sido muchos quienes perecieron en nombre del país. Colin ha sido uno de ellos.

Estacionó el automóvil frente al apartamento de Wood para dar las condolencias a su joven esposa. El jefe agradeció la suerte que tenía de que lo recibiese la madre de la joven y se encargó de realizar las presentaciones antes de ingresar al hogar.

El rostro enjuto de ese hombre le auguró a Helen malas noticias. La angustia estaba instalada en la casa desde hacía días. Hacía un tiempo que Colin estaba ausente, pero cada tanto encontraba el modo de comunicarse con Sofía. Sin embargo, en las pasadas semanas no lo había hecho, y ninguna de ellas quería mencionar lo inimaginable. Sin noticias de él, la preocupación por que algo le hubiera sucedido crecía día tras día.

—Sofía, estos hombres vienen a verte, tienen novedades de Colin.

De inmediato, se colocó al lado de su hija para sostenerla ante cualquier noticia que pudieran darle.

—En este último tiempo, no hemos podido conocernos porque el trabajo nos ha mantenido demasiado ocupados.

—Es la primera vez que nos vemos, pero Colin me ha hablado mucho de ti —agregó Dylan compungido.

Los ojos de la joven comenzaron a nublarse de lágrimas porque sabía que ninguno de ellos estaba allí para mantener una conversación social.

—¿Qué sucedió con él?

—Lamento decirle que Colin ha muerto en la misión por la que fue a Dublín. Durante este tiempo se lo ha estado buscando, hemos puesto todo nuestro empeño para localizarlo, pero no hemos hallado ni rastros de él. Él está muerto —volvió a afirmar frente al estupor de Sofía, que se

había quedado paralizada ante esas palabras.

El constante parloteo del jefe había pasado a un segundo plano para Sofia, cuyo cuerpo se heló de repente, y los brazos de Helen la sostuvieron para que no se cayera al piso. No podía ser lo que decían. Él nunca la abandonaría, no cuando al fin habían comenzado a transitar la vida juntos. Un fuerte vahído la arrolló; poco después se encontró sobre la cama envuelta en lágrimas. El permanente consuelo de Helen no aliviaba el dolor que sentía. Ni siquiera era consciente del fuerte temblor que se había apoderado de su cuerpo. Nada de lo que ocurriera a su alrededor le afectaba mientras enfocaba la mente en la imagen de Colin sin poder abstraerse ni un segundo de ese rostro. Aún podía sentir las caricias que él le había prodigado por todo el cuerpo, y le resonaban en los oídos las promesas hechas en ese mismo lecho. No, no podía estar muerto.

—Él nunca me dejaría sola, jamás —susurró.

Hacia horas que los hombres que habían llegado para darle la mala noticia se habían ido. Helen se había quedado todo ese tiempo junto a Sofia, que no había dejado de repetir, cuando el llanto se lo permitía, que Colin nunca la abandonaría. La mujer no sabía cómo hacerle entender que él ya no estaría más junto a ella. El impacto de esa pérdida sería devastador para cualquiera, más al tratarse de un joven como Colin, pero en ese momento lo único que le preocupaba era el estado de salud mental de su hija. Nunca antes la había abrazado mientras le susurraba que todo iba a pasar; sin embargo, esa vez se había aferrado al cuerpo de ella hasta lograr calmarla. Sofia necesitaba descansar al menos unas horas.

—Me quedaré aquí contigo.

—Helen, déjame —musitó.

—Pero...

—No me quedaré sola, porque él está conmigo.

La mujer abandonó la habitación para, segundos después, regresar con un vaso de agua y un comprimido; el mismo que los médicos le habían recetado en el hospital luego del hundimiento del *Lusitania*. Sabía que debía descansar hasta que pudiera tomar conciencia de lo sucedido. Al ver que la muchacha cerraba los ojos, se fue a su habitación para pensar cómo continuar. En los pasados días, no habían logrado hablar con Siobhán, y no sabía cómo iba a contarle lo sucedido con su nieto, ni tampoco qué hacer con el resto de la familia de Colin, aunque recordaba que el señor que se había presentado horas antes había dicho que se comunicaría con ellos. Todo parecía muy confuso, y ella no podía pensar en otra cosa que no fuera la salud de Sofia, además del modo en que la apoyaría para salir de esa terrible y lamentable situación.

La nebulosa en la que se despertó Sofia persistió durante varios días. Helen desconocía el modo de conversar con ella porque se mantenía en un aciago silencio y deambulaba por la casa como si fuese un fantasma. No comía, ni tampoco se manifestaba con rabia, dolor o llanto por lo sucedido. Esa actitud era más preocupante que cualquier otra. Pasados varios días, Helen notó que

algo en la joven había cambiado. El sonido de una melodía sonaba en el piano, y fue a la sala para ver cómo su hija, pese a la tremenda pena, se entregaba con los ojos cerrados y el alma entera a esa partitura que ejecutaba con pasión y aflicción, como si se desgarrara por dentro con cada nota interpretada. Helen se quedó junto a ella para contemplarla tocar, sin animarse a interrumpirla por más que, sobre las teclas blancas y negras, vibrase una y otra vez la misma canción. No supo cuánto tiempo fue el que continuó escuchando las mismas notas sobre el piano, pero estaba segura de que esa era la manera que Sofia había encontrado para exorcizar el dolor. La música para ella había sido el modo de comunicar sus sentimientos y sensaciones, y lo había demostrado en los momentos más difíciles que había debido atravesar. Los fuertes golpes a la puerta hicieron que se detuviera de repente, y Helen enfiló de inmediato para ver quién estaba allí.

—Hola, he pasado para saber cómo están, en especial Sofia.

—Dylan, muchas gracias, pasa por favor. Sofi, querida, mira quién ha venido a visitarte.

—No he querido interrumpir ni molestar, solo pasaba por aquí y quería saber si necesitabas algo.

—No —contestó con la mirada perdida—. Lo que quiero tener aquí, no puedes traérmelo, ¿verdad?

—Es mejor que prepare té para todos.

El ruido de la vajilla sobre la bandeja de metal pronto irrumpió en el silencio instalado en la sala.

—¿Hace mucho que tocas el piano?

—Ella lo hace desde siempre —se adelantó Helen a contestar—, y aunque no la has escuchado aún, puedo asegurarte que es excelente. Hasta que llegaste, lo estaba haciendo.

—¿Qué tocabas?

—Una melodía especial para Colin y para mí, se llama “En mi mente”, y la compuse mientras pensaba en él.

Sofia vislumbró el gesto de asombro de los presentes ante esas palabras y los observó en silencio mientras ellos hablaban. Lo que desconocían era que ella no había bajado los brazos y que estaba segura de que él estaba vivo. Durante los días que habían transcurrido desde que le habían llevado la maldita noticia de la muerte de Colin, en lo único que se había concentrado había sido en recorrer con la memoria cada gesto, cada caricia y cada palabra que él le había regalado. Recordar cada momento vivido le había hecho darse cuenta de que él no podía dejarla, no de ese modo. Era consciente de que Helen y el personal del Servicio Secreto creían que ella estaba desvariando y que muy pronto enloquecería. Por ese motivo tampoco le confesaría que, esa

partitura que había ejecutado sin descanso, la había encontrado sobre la cama esa misma mañana pese a que no había sido ella quien la había dejado allí. Juraba que la medicación que le había suministrado Helen no le había nublado la mente de manera tal que no pudiera discernir algo así.

Sofía estaba segura de que esa había sido una señal y se aferraría a eso a menos que algo la convenciese de que estaba equivocada. Mientras tanto, se mantendría en silencio, sin confesar nada de lo que le ocurría. En soledad, continuaba esperando que sus deseos se hicieran realidad. Colin había luchado por ella cuando la creían muerta y la había buscado por cielo y tierra hasta encontrarla, nada lo había amilanado, por lo que ella haría lo mismo, aunque no tuviese la ayuda del Servicio Secreto para rastrearlo. Lo único que tenía era la promesa que, tiempo atrás, ella le había hecho: “No confiaré en nadie, solo en ti”. No importaba lo que le dijese o cómo actuasen los demás, ella debería mantenerse firme todo lo que sus propias fuerzas se lo permitiesen y hacer oídos sordos a lo que le decían para enfocarse solo en su corazón y en el ferviente deseo de que Colin estuviese vivo.

* * *

Dublín, unos días antes.

Desde el escarpado acantilado, se notaba la fiereza de las aguas al romper contra el risco para abandonar de inmediato la costa y retomar con mayor ímpetu en su retorno. Sobre el peñasco, Siobhán se dejó llevar por el constante vaivén de la marea. Estaba acostumbrada a ese paisaje, pero la visión que tenía en ese momento era distinta a partir de lo sucedido con Colin. Contemplaba ese panorama más a menudo, como si pudiera fundirse en esas aguas y beber de la furia que destilaban.

—Señora —llamó Morris, el mayordomo que la acompañaba desde tanto tiempo atrás—, han regresado los mismos hombres que han estado averiguando sobre su nieto.

—¿Qué les has dicho?

—Que usted está aquí. Aguardan en la entrada de la casa porque no los he hecho ingresar.

—Está bien, díles que caminen hasta aquí si quieren hablar conmigo.

Pocos minutos después, dos sujetos se aproximaban a ella. Ninguno de ellos habría regresado sino fuera por la insistencia del director, que, por última vez, les había ordenado que hablasen con esa mujer. La anciana los esperaba vestida de negro, como solía hacerlo, y apoyada sobre el bastón de madera lustrada con empuñadura de oro.

—Buenos días, disculpe que volvamos a molestarla.

—Si es así, ¿para qué han regresado? —contestó enfática.

—Para saber si alguien se ha comunicado con usted o ha tenido la visita de otra persona que pudiéramos relacionar con su nieto.

Si bien la investigación sobre la muerte de Colin se había cerrado, necesitaban comprobar que no hubiera quedado ningún cabo suelto para que no se lo pudiese conectar con las misiones secretas que realizaba. Esa era la diligencia que debían hacer al respecto. Dublín estaba en llamas por todo lo sucedido, pero se debía tener en cuenta que Colin pertenecía al Servicio Secreto, y nadie quería que algo quedase sin investigar, por muy pequeño que fuera.

—¿Ustedes creen en verdad que alguien vendría a conversar con una anciana como yo para hablar sobre mi nieto, sobre sus gustos o los juegos que prefería de pequeño?

—Claro que no, pero sabemos que él la ha visitado cada vez que ha permanecido en esta ciudad.

—Por supuesto que ha estado aquí, pero lo ha hecho cuando estaba con vida. He pensado en convocar una sesión de espiritismo y, quizás entonces, pueda invitarlos para que hablen con él —replicó irónica.

—No perdamos más tiempo, esta mujer no sabe lo que dice, es una vieja loca —susurró uno de los hombres de traje al otro.

—Tienes razón, ha sido una mala idea molestarla. Hasta pronto.

Una vez que Siobhán los vio alejarse, se dio vuelta hacia el peñasco con una amplia sonrisa en el rostro y se perdió con la mirada en las profundidades del mar que la rodeaba.

* * *

Los días vividos en Dublín durante la rebelión habían acabado. El castigo a los cabecillas del levantamiento, junto con el de las personas que estaban relacionadas con ellos, había comenzado. Los miembros civiles y militares que habían formado parte de la asonada y que aún no habían sido arrestados o ejecutados se encontraban refugiados en tanto aguardaban que todo se aquietase para poder de ese modo continuar con sus vidas. La ciudad y sus alrededores habían cambiado no solo de fisonomía, sino también de espíritu. Se vivía un compás de espera en medio del grito acallado de libertad e independencia que aún latía en varios irlandeses.

A pocas millas de la capital, en una granja abandonada, se había refugiado el Irlandés hasta que las aguas se calmasen. Sus hombres habían localizado ese lugar tiempo atrás. La rústica y endeble construcción hacía de la vivienda una verdadera pocilga. Allí estaba desde hacía varias semanas y evitaba contactarse con nadie que no fuese de su círculo íntimo. Él siempre había actuado por su propia cuenta y eludía enarbolarse en causas ajenas, solo le interesaba defender lo que le importaba. Desde joven se había conducido de ese modo. La aptitud para luchar y el modo en que actuaba, con desparpajo y sin miedo, le habían permitido elevar su reputación y aumentar su prontuario. Podía decirse que la manera en que trabajaba era muy eficaz. Nunca había tenido quejas; eso se pagaba bien.

No podía protestar. Haberse transformado en un mercenario le había dado sus frutos en un país en donde el sentimiento patriótico lo era todo. Nunca le habían importado las tradiciones, los ancestros; menos aún las leyendas celtas que se susurraban en cada rincón de esa isla esmeralda. Lo único que valía para él era el pago que cobraba por la labor efectuada. Mantenerse al margen de cualquier sentimiento que lo uniera a alguien lo había transformado en el mejor, pero, a pesar de esa serenidad que debía mantener, había algo que lo inquietaba. Necesitaba saber cuál sería el siguiente paso, pero debía seguir aguardando un poco más para salir a la luz y comenzar a actuar.

Abandonó esos pensamientos y enfiló a la cocina para tomar una botella de whisky. Necesitaba algo fuerte para pasar ese momento de inquietud. Cuando un ruido en el exterior lo sorprendió, tomó el arma que había en un cajón y se acercó a la ventana. Rehuía prender las luces para no llamar la atención de algún vecino indiscreto. Durante esos largos días en los que debía permanecer confinado allí dentro, eludía los movimientos que pudieran alertar a las autoridades policiales. Había que tener en cuenta que varios irlandeses querían colaborar con el arresto de otros compatriotas y que se esmeraban en que se hiciera justicia. Fijó la vista en la oscuridad y se encontró con los ojos púrpura del gato pardo que cada tanto se escondía ahí para alimentarse de las ratas que deambulaban por el lugar. Aflojó los dedos que sostenían el revólver, aunque un escozor frío lo atravesó. No tuvo tiempo de tomarla con mayor agarre porque un fuerte dolor por detrás lo hizo tambalear y no pudo reaccionar para girar y enfrenar al sujeto que le había dado un golpe eficaz y contundente. Lo que no imaginó fue que, minutos después, estaría con las muñecas atadas y a merced de ese desconocido.

Solo podía atisbar la sombra de alguien que se movía rápido, sin saber que él conocía como nadie los vericuetos de esa choza y que era solo cuestión de unos minutos para acabar con el intrépido que había osado invadir esa endeble fortaleza.

—¿Cuánto tiempo crees que permaneceré con las manos atadas? Puedo matarte en menos tiempo del que tardaste en maniatarme.

—Estarás el tiempo que tardes en hablar. Luego te ahorraré el trabajo de desatarte porque me daré el gusto de asesinararte.

La voz susurrante que venía de atrás no le permitió obtener ningún dato más de la persona que lo tenía amarrado.

—Si buscas saber si he participado de la asonada, te equivocas, yo no he formado parte.

—Quien hace la preguntas soy yo —dijo antes de lanzarle una patada—. ¿Con quién has estado trabajando en el último tiempo?

—Si deseas contratarme, solo debes decirlo.

Otro golpe lo acalló, y fue en ese instante que se dio cuenta de que debería hablar para contar con una mínima posibilidad de liberarse y acabar con ese sujeto al que aún no había podido verle el rostro. Había quedado de espaldas y contra suelo, sin un destello de luz que pudiera ayudarlo a vislumbrar algo que le sirviera para orientarse. Los meses pasados había realizado trabajos que habían sido limpios, aunque, en el trayecto de su carrera, se había ganado el odio de varias personas. El sordo ruido de una pistola lo alertó de que debía hablar antes de que lo ejecutasen.

—Te pregunto por última vez: ¿quién te ha contratado y para qué?

—No traté de manera directa con quien lo hizo, pero debía dar muerte a un agente del Servicio Secreto inglés.

—¿A quién?

—A Colin Wood —confesó el Irlandés.

—¿Por qué?

—Yo no pregunto cuando hay una buena paga.

El sonido del arma atravesó la oscuridad como un rayo.

—El motivo no lo sé. Lo único que me pidió fue que fuera contundente al momento de asesinarlo.

—¿Quién dio la orden?

No le interesaba proteger a su cliente porque lo único que quería era terminar con ese interrogatorio.

—La orden vino de un tal “Señor K”, es lo único que sé. Ahora que cumplí, desátame.

En ese instante, la única lámpara que pendía en la cocina iluminó el recinto. El interrogado intentó virar la cabeza, pero solo pudo ver un par de zapatos a su lado. De inmediato, el atacante lo tomó por las muñecas y lo estampó contra la pared. Los ojos negros del Irlandés se ensombrecieron al ver a quién tenía enfrente, y supo en ese instante que era hombre muerto.

—Creías que te habías deshecho de mí —dijo Colin—, pero tus hombres no eran tan buenos como pensabas.

—Si vas a matarme, apaga la luz.

—¿Quién mierda te crees que eres para dar órdenes? Yo las doy ahora y te asesinaré, pero aún hay algo que quiero saber. ¿Qué hacías junto a Sofía Molina en The Brazen Head?

No dudó, solo pensaba en salvarse y sabía que hablar de ella era la salida. Usaría a quien fuese con tal de preservar la vida.

—Soy su padre.

Un poderoso puño salió disparado hacia el rostro del Irlandés y le abrió la mejilla.

—¿Qué mierda dices?

Liam sabía que era la única carta que podía jugar si en verdad deseaba salir con vida. No le importaba Helen, menos aún la hija que apenas había conocido.

—Vi a Helen cuando arribó aquí. No sabía que estaba con su hija, menos que fuese mía, porque desconocía que esperaba un hijo mío. Solo me enteré cuando nos encontramos de nuevo hace poco. Era una cuenta pendiente vernos, por más que ninguno de los dos hizo nada para acercarnos durante todo el tiempo que dejamos de frecuentarnos. Para ella yo fui quien le trajo dolor a su vida, pero el destino volvió a unirnos. Ella sabía que me vería cuando pergeñó el viaje hasta aquí, y así sucedió. No tuvo las agallas para contarme todo al principio, por lo que, luego de habernos encontrado varias veces a solas, pudo confesarme lo sucedido. Después logré ver a mi hija en aquella taberna.

Colin evitó asombrarse por la noticia. Había averiguado ya que se llamaba Liam y que actuaba detrás del apodo del Irlandés. Lo primero que había intentado descubrir era si tenía una familia. Estaba seguro de que no por el modo en que se movía, pero nunca habría imaginado que el verdadero padre de su mujer era un asesino que había querido matarlo.

—Hijo de puta, sabías quién era yo cuándo ordenaste a tus hombres liquidarme.

La hija que desconocía, esa hija que Helen cuidaba con recelo, sería quien lo salvaría de que Colin le disparara. Estaba seguro de que no se atrevería a matar al padre de su propia esposa.

—Saber que mi hija era Sofía me dio un aliciente mayor para cumplir con mi trabajo.

—¡Deja de nombrarla!

—Supe de boca de Helen que Sofía estaba contigo, averigüé quién eras y me di cuenta de que eres el hombre equivocado para ella. ¿Qué se puede pedir de un inglés que trabaja para el Gobierno con el objetivo de espiar lo que los irlandeses hacemos? Cuando me contrataron, entendí que había un motivo extra para aceptar esa propuesta.

—¿Quieres que crea que ahora te preocupa el bienestar de tu hija? Eres un mercenario al que

solo le importa cumplir con su trabajo —espetó Colin.

—Además de eso, Sofía va a salvarme, porque no sé cómo le dirás que mataste a su padre.

—¿Crees que eso va a detenerme? Ella no necesita saber la lacra que tiene por padre.

—No, pero no debo de ser peor que el que la crio.

“Mierda, Helen”, pensó Wood. ¿Cuánto había hablado con ese hombre? Sin saberlo, había puesto en peligro a su propia hija.

—Hoy para todos estoy muerto. Nadie sabrá que te he asesinado.

—Claro que sí, porque no eres como yo, que mato a sangre fría. Tú eres un espía, no tienes mis agallas. Lo has demostrado al atarme, no puedes pelear de otro modo porque te aniquilaría.

Colin se acercó, tomó un cuchillo sobre la mesa y cortó las cuerdas que ataban las manos del cautivo, que creyó que le cortarían algún dedo.

—Ahora estamos a mano —dijo tras lanzar el cuchillo a la otra punta de la habitación.

Colin esperó que el Irlandés se abalanzara sobre él. De inmediato, ambos rodaron en el suelo. Wood comenzó a propinar puñetazos, hasta desgarrar y deformar el rostro de Liam, que intentaba recuperarse de la golpiza. Necesitaba un solo instante para acomodarse y darle una paliza que lo dejara...

—Si quieres que te muela a golpes, lo haré.

—¡Hazlo ya!

Colin tomó el arma y se la colocó a Liam en la sien, enceguecido por el odio que sentía por ese hombre que lo había intentado matar. No sería el primer sujeto al que asesinase, pero durante un segundo pensó en cómo le diría a Sofía que había acabado con su padre, con ese hombre a quien no había tenido la posibilidad de conocer. Colin no permitiría que estuviese cerca de ella porque era peligroso, pero no sería él quién se deshiciere de él. Con el mango de la pistola, lo golpeó en la cabeza y abandonó el refugio. Poco después, dejó correr la voz acerca del paradero del Irlandés, consciente de que había más de uno que lo buscaba y pretendía darle muerte.

Aún le quedaba algo muy importante que hacer. Para cumplirlo, debía trasladarse hacia Londres. Ya tenía arreglado quién lo llevaría hasta la costa inglesa. Antes de embarcar, se acercó Morris.

—Aquí tiene —dijo el mayordomo al darle un revólver con mango de carey—. Siobhán nunca se ha desprendido de ella. Quiere que la conserve y que la utilice con quien sea necesario.

—Además de eso, querrá saber cómo ha salido todo.

—Así es, señor.

—Dile que alguien más se encargará de lo que empecé, que he tenido mis razones para actuar de ese modo y que, cuando regrese a verla, se las contaré.

—Sí, señor. Tenga cuidado.

—Lo tendré.

Una vez que estuvo a bordo, enfiló hacia el camarote y, luego de cambiarse, se tiró sobre la litera para descansar durante el poco tiempo que le quedaba hasta llegar a destino. Cerró los ojos, su mente viajó hacia el mismo momento en que creía que no volvería a abrirlos y volvió a recordar lo sucedido tiempo atrás:

La oscuridad se había adueñado de mi cuerpo y no podía librarme de ella. A los lejos escuchaba el eco de unas voces que no podía descifrar en esa ominosa negrura que me envolvía. Ni siquiera sentía dolor, porque parecía estar anestesiado. Alguien repetía mi nombre una y otra vez, pero yo me había dejado ir, no podía luchar más. Solo la imagen de Sofía en mi mente activó el deseo por emerger de las tinieblas en que estaba inmerso. Poco a poco, comencé a sentir mi cuerpo y a escuchar el sordo sonido de una conocida voz que repetía mi nombre.

—Colin, por favor despierta.

Esas palabras volvieron a retumbar en mi cerebro y, aunque buscase volver a abstraerme, mi nombre resonaba una y otra vez. A los pocos días, abrí los ojos y me encontré alojado dentro de una de las oscuras y vetustas habitaciones que daban a los pasadizos del castillo de Siobhán. Inspeccionar esos recovecos había sido mi pasatiempo tras descubrir cómo acceder allí. No era fácil, porque había sido creado para albergar a alguien que buscaba no ser visto, y supe que allí nadie me encontraría.

—Hijo querido, al fin regresaste.

Volteé la cabeza para contar con la certeza de que en verdad estaba allí y confirmar a merced de quién.

—Aquí estás a salvo.

—¿Quién es él? —murmuré.

Un doctor estaba limpiando las heridas de bala que tenía en mi cuerpo.

—Él es un amigo y médico de confianza.

—Ha tenido suerte de que ningún tiro haya dañado algún órgano vital. He logrado compensar el estado en que llegó, ahora solo deberá cumplir con el tratamiento que le dejo. Mañana pasaré a verlo.

—Morris te acompañará —dijo Siobhán al despedirlo.

—Dime: ¿cómo supiste dónde estaba?

—Colin, sabes que siempre he estado involucrada en la causa de mi país y que me alejé cuando me di cuenta de que no había una oportunidad para volver a luchar.

Yo estaba al tanto de la batalla a la que ella se había entregado durante toda su vida en compañía del hombre que había amado. Junto a él, había abrazado la causa irlandesa, pero, tiempo después, con la muerte de su compañero, mi abuela se había mantenido al margen aunque informada gracias a algunas personas que seguía viendo.

—A los pocos días de tu arribo, supe que estabas aquí y creí que te vería una vez que cumplieras tu misión. Cuando la rebelión se desató y no escuché nada más de ti, creí que moriría. Sabes que nunca pude hacer nada por tu padre, por lo que hacerlo por ti sería una manera de redimirme por todo el daño que le hice a mi hijo. Puse a Morris en busca de unos hombres que aún mantienen una gran lealtad hacia mí; sin embargo, seguían pasando los días sin tener novedades. Temí que tu cuerpo estuviera junto a los de otros espías asesinados en la fortaleza del castillo de Dublín, pero no eras tú uno de ellos. La ciudad estaba en llamas, y no aparecías. De todos modos, cuando creí que había perdido las esperanzas por encontrarte, le informaron a uno de mis hombres que había movimientos raros en las cercanías del puerto. Lo que vino después fue una búsqueda sin descanso. Quienes te tenían sabían lo que hacían, salvo por la estúpida idea de salir a los tiros a liquidarte. Fue entonces que uno de mis camaradas te halló a orillas de río. Si te hubiesen encontrado más tarde, hoy no podríamos estar hablando de este modo.

—¿Alguien más los vio?

—No, ellos también son profesionales.

—Pero aquí ha venido con asiduidad un médico, ¿verdad?

—Sí, pero eso es natural a mi edad.

—Necesito que confirmes y dejes correr la información de que he muerto.

—Pero...

—Nadie debe saber que estoy vivo. Ni siquiera mi familia, al menos en estos días. Yo me encargaré de ellos cuando salga de aquí.

—Pero tu padre...

—Es quien menos me preocupa, porque tú puedes hacerle saber la verdad por medio de un telegrama sin que nadie sospeche en qué situación estoy.

—Siempre supo a qué te dedicabas, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? Sofía es la única que me preocupa, pero ya encontraré el modo de que sepa que estoy con vida.

Unos golpes a la puerta interrumpieron nuestra conversación.

—Señora, unos hombres quieren verla —anunció Morris.

—Siobhán, sabes lo que tienes que hacer. Eso me dará tiempo de recuperarme para averiguar quién está detrás de mi muerte.

—Morris, ayuda a esta decrepita mujer a subir las escaleras y a enfrentar a los hombres del Servicio Secreto.

—Ellos saben lo que hacen, no te dejes engañar.

—Quédate tranquilo, no lo haré. Cuento contigo, Morris.

—Por supuesto, señora, como en los viejos tiempos.

Esa visita había sido para informarle que no se sabía nada de mí, pero volvieron en dos oportunidades más para certificar que yo no estuviese en el castillo. Con cada visita, la actuación de Siobhán era más convincente.

A medida que los días pasaban, mi recuperación prosperaba, y mis deseos por saber quién mierda me había traicionado alimentaban las fuertes ansias de descubrir toda la verdad sobre mi secuestro. No fue difícil averiguar quién era el Irlandés porque, durante los años que se había transformado en un asesino, se había ganado algunos enemigos que callaban porque le tenían miedo pero que aún esperaban que alguien lo enfrentase. Era ese el momento que ellos estaban esperando. No pasaba un día sin que recordase cada escena vivida para dar con la pieza que me hacía falta para armar el rompecabezas. Cuando estuve listo, preparé todo para mi huida una vez que me enfrentase con el Irlandés. Entonces, estaba seguro de que alguien me había traicionado. Ahora que recuerdo esos días, apenas me parece un vago presentimiento lo que el padre mi esposa me había confesado. Poco después, aún sumido en mis cavilaciones, escuché las órdenes de la tripulación, que soltaría amarras en un pequeño puerto en tierra inglesa para evitar sospechas. A partir de ahí, me arreglaría solo para dar con quien me quería muerto.

CAPÍTULO 25

Una sombra huidiza

La niebla buscaba distintos recodos para esfumarse y esparcirse como una sombra huidiza por toda la ciudad de Londres. Nunca antes Colin había lamentado tanto haberse alejado de allí. Debió contener los fuertes deseos de volver a ver a Sofía. Días atrás, se había inmiscuido en su apartamento solo para verla y hacerle saber que él estaba vivo. Aún no podía regresar y presentarse frente a ella porque debía cumplir con otro cometido. Durante el tiempo que se había mantenido de incógnito en la ciudad, había estado observando los movimientos de su verdugo y había averiguado ciertos datos desconocidos hasta ese momento para él. Hacerlo le había permitido confirmar cada duda y sospecha que había mantenido durante el último tiempo. Recordaba esa rara sensación que lo había acompañado en varias oportunidades. Sin lugar a dudas, el instinto de Colin no había fallado, pero nunca había previsto que aquel hombre fuera a intentar ultimarle en el viaje a Dublín, a pesar de que la ocasión había resultado perfecta. En medio de la rebelión de Pascua, con muertes de ambos bandos, detenidos y cabecillas ejecutados, sería imposible dar con el autor de su muerte. Con lo único que no había contado el traidor era con que Colin sobreviviría.

La noche había caído, y la casa estaba iluminada por las lámparas que destellaban en la sala. El jefe estaba dentro del estudio inmerso en unos documentos, como solía hacer a última hora del día. Llevarse trabajo a casa se había transformado en una mala costumbre. Al poco tiempo, apareció la figura de Dylan en el umbral de la propiedad. Colin sabía que allí se celebraba una reunión de trabajo, y nada mejor que tenerlos a ambos juntos cuando hiciese su aparición. Desde el jardín, podía ver las siluetas de las personas con las que había colaborado durante mucho tiempo y a quienes les había confiado la vida. Sin embargo, uno de ellos lo había apuñalado por la espalda: se cobraría esa traición. Con movimientos sigilosos, alcanzó el despacho.

—Colin, ¿qué haces aquí? —interrogó perplejo el dueño de casa.

—Volví de la muerte —replicó sarcástico.

—Pero ¿dónde has estado todo este tiempo?

—He estado recuperándome de las heridas que me causó quien quiso matarme.

—¿Qué dices?

—Eso fue lo que sucedió en medio de la misión que debí cumplir, ¿o necesita que le aclare cómo fueron las cosas?

—Claro que sí.

—Hubo una orden para que me ejecutaran; fue dada por usted.

Observó, por primera vez en la vida, asombro en el rostro pétreo del jefe.

—¿En verdad crees que mandé a alguien a matarte?

—Es lo que dijo el Irlandés. ¿Lo recuerda?

—Colin, debes calmarte.

—Y tú, Dylan, ¿qué dices?

—No entiendo a qué te refieres.

—Colin, estás equivocado, y solo hay un modo de arreglarlo.

En ese mismo instante, el dueño de casa tomó un revólver que estaba sobre el escritorio y, de manera instantánea, Colin y Dylan hicieron lo propio. En una fracción de segundo, cada uno apuntó al otro, sin saber quién definiría esa situación.

—Sé por qué lo has hecho —dijo Colin al dirigirse a Dylan y virar la mira de su pistola.

—¿De qué hablas?

El Señor K sostenía el arma con manos férreas, sin perderse detalle de lo que acontecía en el despacho en tanto intentaba entender qué sucedía, porque aún no había podido darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Durante el último tiempo, no lográbamos atrapar espías alemanes, parecía que siempre se nos adelantaban y que la información con la que contábamos se nos escurría de las manos. Eso sucedía o porque ellos eran muy listos, o porque alguien filtraba la información.

—Colin, debes estar seguro de lo que dices —aseveró el jefe al tiempo que dirigía el revólver de uno a otro de los presentes.

—Siempre te fiabas de un contacto alemán que se reunía contigo. Desde que los vi, hubo algo que no me cerraba. Aunque pude observar que era de cuerpo pequeño y cojeaba, nunca logré hablar con él porque siempre se alejaba cada vez que nos encontrábamos. Decías que el jefe estaba al tanto de ese vínculo y que sería con él con quien debería hablar si buscaba mayor información sobre ese sujeto. Sabías que me estaba acercando demasiado y que descubriría el secreto que has guardado durante años y que fortalecía a los enemigos con cada dato que dabas. Eso sí, dejaste de ser cuidadoso con tu contacto cuando supiste que yo estaba muerto. En estos días, noté que no tomaste las previsiones que antes sí tenías, cuando yo te rondaba de cerca.

—No sigas —lo detuvo Dylan.

—Durante todo este tiempo, buscabas proteger a tu informante e intentaste ponerla a salvo porque ella era especial, ¿verdad?

—Colin, ¿de quién mierda hablas? —exigió el jefe.

—De Lena Schmidt, espía alemán casada con un inglés y transformada en la señora Baker, quien tuvo un hijo llamado Dylan. Los fuertes lazos germanos de Lena nunca se cortaron a pesar de haberse juntado con un británico. El matrimonio fue una manera de adaptarse a la vida inglesa y de pasar desapercibida para continuar operando. Las reuniones de negocios con personalidades encumbradas la ayudaron a crear vínculos y sumar personas en favor de su causa. Así actuó hasta que debió abandonar todo para instalarse en su tierra y seguir desde allá. Fue entonces que, con la excusa de varias desavenencias matrimoniales, abandonó el hogar. Tal fue la decepción y el dolor de tu padre ante la huida de su esposa que nunca más se pronunció el nombre de ella en esa casa. Al poco tiempo de partir, no quedaba evidencia de que ella hubiese vivido en ese hogar, y el nuevo matrimonio de tu padre produjo una definitiva ruptura con el pasado. Lena se había transformado en una sombra esquiva y fugaz.

»La nueva vida y el giro que dio la familia Baker te unió aún más a ella porque no soportaste tenerla lejos, ni tampoco te agradaba la nueva mujer que tu padre había instalado en la casa. Claro que, antes de que Lena huyera, había sembrado los cimientos para que tú continuaras con su legado. Tu ingreso al Servicio Secreto fue un gran y definitivo paso para que tu madre escalara en el mundo del espionaje alemán. De ella, aquí, nunca se tuvo registro. Supiste muy bien ocultar esa parte de tu vida. Nadie estaba al tanto de que por tu cuerpo corría sangre alemana. Transformarte en agente fue la mejor tapadera que pudiste tener —finalizó sin dejar de observar cada minúsculo movimiento y gesto en el rostro de su compañero. Los nudillos de Dylan palidecían con cada palabra que le lanzaba—. Creíste que podrías engañarnos, pero cometiste un error estúpido: dar el nombre del jefe al Irlandés, como si él pudiera ser tan obvio como para revelar su verdadera identidad si pretendía liquidarme. Pensabas que ese sería un modo de incriminarlo y así matar dos pájaros de un tiro.

—No sabes lo que dices.

—¡Colin, no lo hagas! —ordenó el dueño de casa.

En ese segundo retumbaron tres disparos en el recinto. Dylan accionó el arma después de recibir el tiro que Colin le dio en el abdomen. La puntería, no obstante, le falló debido a que, en el mismo instante en que apretó el gatillo, el jefe descargó su propio revólver para evitar que Wood cometiese un delito del que pudiera arrepentirse. A esa altura de los acontecimientos, el Señor K quería al espía vivo para que hablase y le cayera la fuerza de ley por haber sido un traidor, delito que se pagaba con la horca. Quería que todo el personal del Servicio Secreto supiera qué ocurría cuando se actuaba en contra de los intereses del país.

—Dime qué has hecho con ella —exigió Dylan, que yacía en el piso ensangrentado.

—Ella está en un lugar seguro y continuará así solo si colaboras. Aunque no debo explicarte qué se hace con los espías alemanes, ¿verdad?

—Si no logré matarte, alguien lo hará por mí.

Poco después, los golpes a la puerta interrumpieron las amenazas. No solo se apersonó un médico, sino también dos agentes que se ocupaban de la seguridad del jefe. Colin debió quedarse durante un tiempo a pedido del Señor K.

—Quiero irme de aquí lo antes posible —solicitó Wood.

—Lo sé, pero primero necesito que me digas por qué no viniste a hablarme antes de todo esto.

—Porque usted confiaba demasiado en él, no me habría creído si solo iba con sospechas infundadas. Por otro lado, estaba Dorothy.

—¿Qué tiene que ver mi hija?

—Dylan se vinculó con ella; supo manipularla a su favor, lo que le permitió estar al tanto de varias cuestiones que se cocinaban en su casa. El hombre por el cual ella no quería abandonar Londres, cuando usted decidió que su familia se instalara en Irlanda, era él.

—Hijo de puta.

—Más tarde, él aprovechó el viaje que hizo conmigo a Dublín para estrechar los lazos con ella y hacer otros contactos. Fue el momento ideal porque yo estaba preocupado por averiguar si Sofia estaba con vida y mi cabeza estaba en otra cosa. Atribuí algunas cuestiones que no me cerraban de él a la situación que yo estaba viviendo. Por lo que averigüé del Irlandés, el primer acercamiento entre ellos fue aquella vez.

—¿Algo más?

—Pude darme cuenta de que Lena estuvo detrás de algunas operaciones que hicimos. No fue casual haberlos visto en un bar cuando salí de la casa de Soria Cornejo en ocasión del festejo de cumpleaños. Alguien había dejado ese cuadro con los nombres de tres estaciones españolas de radio que los alemanes necesitaban para transmitir información de modo segura, y nunca pudimos saber quién lo había hecho porque no logramos dar con la persona que lo había infiltrado. Siempre algo se nos escapaba, y una nueva misión tapaba lo que ocurría a nuestro alrededor. El enemigo estaba más cerca de lo que imaginábamos, casi nos pisaba los talones.

—¿Cómo no pude ver todo esto?

—La sospecha estaba puesta en la persona equivocada. Ahora de Lena se harán cargo ustedes.

—Por supuesto. Puedes irte; has hecho un gran trabajo.

Wood abandonó el lugar con una sola imagen en la mente, abordó el Prince Henry y aceleró para llegar cuanto antes a su apartamento. Largas sombras bañaban la habitación en la que yacía Sofia con la melena rubia desparramada sobre la almohada. Lo impactó verla con la sábana enroscada en el cuerpo. En lo único que había pensado era en tenerla cerca luego del tiempo que había pasado distanciado de ella. A medida que se acercaba, fue dejando caer la ropa hasta alcanzar el lecho. Con los dedos, le rozó el brazo y, con la boca, le acarició el oído con un soplido leve e insinuante que se deslizó a lo largo del cuello de su mujer. Percibió que la piel de ella se erizaba al tiempo que se movía, envuelta en sueños. Volvió a acariciarla hasta que unos ojos castaños lo miraron. Sofia necesitó tocarlo para asegurarse de que la figura con la que había soñado día tras día era real y de que esa aparición no era producto de la imaginación.

—Mi amor, aquí estoy.

—Siempre supe que no me abandonarías. Me lo habías prometido.

—Nunca lo haría, siempre estuviste en mi mente.

—Fuiste tú quien dejó la partitura aquí.

—Sí, necesitaba que tuvieras alguna señal de mí. Aunque no podía presentarme de este modo porque, si lo hubiera hecho, te habría puesto en peligro. Necesitaba que te mostraras preocupada por mí y que no alertaras con tu comportamiento a mis compañeros.

—Mi amor, ¿qué ha sucedido?

—Ya te contaré. Lo importante es que ahora estamos juntos y que deseo amarte, sentirte y estar dentro tuyo.

—Yo también. Te he necesitado tanto, no te imaginas cuánto.

Él besó las lágrimas que de manera constante bañaban el rostro de Sofia y luego se apoderó de la boca de ella. Lamió aquellos labios mientras disfrutaba ese sabor que tanta falta le había hecho. La besó con pasión a medida que recorría con las manos el cuerpo de ella. Después deslizó la boca por todo el abdomen de la joven y fue dejando un reguero de besos que acompañaba a los gemidos que él le provocaba. Con la mano, la acarició de manera más íntima hasta sentir que estaba lista para él. Descendió para saborear la humedad de Sofia y besarla con ardor hasta provocarle un estallido de placer, instante en el que se incorporó para adentrarse en ella y acoplarse. Con cada estocada que daba, podía hundirse más. No dejó de mirarla con cada movimiento y, con cada gemido, sintió que se fundía en la profundidad de esos ojos hasta ser capaz de ver más allá de su alma.

—Solo mía —gemía una y otra vez.

La pasión desatada los hizo vibrar al unísono y gritar el nombre del otro. Así se amaron, una y otra vez, durante lo que quedaba de la noche.

—Descansa —susurró al verla extenuada.

—No quiero hacerlo porque temo que desaparezcas en algún momento.

—Mi amor, no me iré a ningún lado; te lo prometo.

Ella se recostó sobre el pecho de Colin al tiempo que no dejaba de acariciarle con los dedos una de las tres cicatrices esparcidas en el cuerpo. La angustiaba el peligro al que había estado sometido. Volvió a aferrarse a él en tanto evitaba pensar en eso para concentrarse en disfrutar de todo lo pasado y de que al fin estaban juntos. Poco a poco fue cerrando los ojos mientras respiraba el aroma varonil. Para Colin, verla dormir en sus brazos era lo que tanto había deseado. Durante el tiempo en que había estado cautivo, no había dejado de pensar en ella y en la efímera posibilidad que tenía de volver a verla. Lo desgarraba por dentro la sola idea de haberla perdido. Esa noche no dormiría, tenía la necesidad de contemplarla y repetirse que esa imagen la mantendría por siempre a su lado.

* * *

Los tenues rayos de sol entraban por el resquicio de la ventana para llenar de luces y sombras el recinto. Colin ladeó la cabeza al verla despertar. Con ojos somnolientos y una sonrisa que le iluminó el rostro, ella se despezó sobre el cuerpo de él, y el mero roce de esa piel lo excitó. A pesar de desearla con desesperación, dejó que se espabilara ya que deberían hablar antes de volver a amarse.

—Hum... Esta ha sido una de mis mejores noches —ronroneó al abrazarlo.

—Eso es porque no sabes las que nos esperan —contestó, y la besó en la coronilla.

—Entonces no tendré que preocuparme de que vuelvas a irte —resopló sobre el pétreo pecho de Colin.

—Mi amor, debemos hablar sobre lo que me sucedió.

Él sabía que no podría serenarse si antes no se sinceraba y le confesaba lo sucedido en Dublín. Esperaba que ella lo entendiera, pero, hasta no saberlo, no estaría tranquilo.

—Te escucho.

Sofía se incorporó y colocó uno codo sobre la cama.

—Viajé a Irlanda ante los rumores de que podía haber un levantamiento allí y cumplí mi misión de enterarme de lo que sucedía —comenzó, tras saltarse una serie de detalles que lo único que harían sería angustiarse e inquietarla por algo que había quedado atrás—. Cuando finalicé el trabajo, me secuestraron. Mi amor, no llores, ahora estamos juntos, pero necesito que sepas algo.

—Perdón —musitó—, no puedo imaginarte a merced de otros y al borde la muerte.

—Durante unos días estuve en manos de un hombre apodado el Irlandés. Él tenía orden de ejecutarme. Logré escapar, pero al hacerlo me hirieron. Me salvaron unos hombres mandados por Siobhán, que no había dejado de buscarme.

Los ojos de Sofía hablaban por sí solos, pero no quería interrumpir el relato. Ella no se había equivocado al suponer que la abuela de Colin haría lo impensable por él. Fijó la vista en él para continuar escuchándolo.

—Cuándo logré recuperarme, salí a buscar al sujeto que había intentado matarme. Lo poco que pude averiguar fue que era un mercenario a quien nunca nada le había importado salvo el dinero que podía obtener una vez que cumplía su trabajo. Fui a matarlo, necesitaba vengarme y mantuve ese deseo hasta que el muy hijo de puta me contó quién era. Tenía mayor información de mí que yo de él. Su nombre es Liam y, cuando era joven, se enamoró de Helen. Nunca se enteró de que había tenido una hija. Recién lo supo cuando ustedes arribaron a Irlanda. Fue allí que tu madre se contactó con él. Claro que ella desconocía a qué se dedicaba. Debí frenar los fuertes deseos de asesinarlo solo porque no sabía cómo seguiríamos nosotros si te enterabas de que había dado muerte a tu verdadero padre. —Colin notó que los músculos del rostro de ella estaban entumecidos. No quería que se cerrase y no le hablase como le había ocurrido antes, al llegar a la costa irlandesa luego del hundimiento del barco en que viajaba—. Mi amor, di algo.

Ella entendió de inmediato que el enamorado de su madre, aquel hacia quien se había deshechos en halagos y palabras de amor, era un asesino y había intentado atentar contra la vida de Colin.

—Deberías haberlo matado. Ese hombre no significa nada para mí, lo único que representa es el villano que quiso apartarte de mi lado. Si lo hubiera hecho, él me habría matado en vida. Mi amor, no deberías haber pensado en mí, deberías haberlo acabado. Tampoco me importa lo que pueda sentir Helen, tú eres mi vida, y cualquiera que atente contra ti lo haría contra mí también.

—No lo hice con mis propias manos, pero dejé correr el rumor acerca de dónde estaba. Había varios sujetos que lo querían muerto. Claro que lo hice después de molerlo a golpes. No soportaba que él te nombrase, que tu nombre estuviera en boca de un matón, y que lo hiciera con el único propósito de salvarse.

—Mi única familia eres tú. Con Helen estoy recuperando la relación, aunque no sé muy bien cómo definirla. No podemos ganar el tiempo pedido, la decisión que ella tomó cambió la vida de ambas, y puedo asegurarte que no la culpo, porque de nada serviría hacerlo. Lo sucedido en el

pasado debo dejarlo ahí, pero tampoco podemos continuar tratándonos del modo en que lo hacíamos. Creo que el tiempo nos irá uniendo más aún. Y quiero ser yo quien le cuente lo ocurrido. Necesito ver su reacción; aunque, más allá del modo en que se comporte, nada hará cambiar lo que pienso al respecto.

—No sabes cuánto te amo —expresó él.

—Me gustaría que me lo demuestres.

Colin no se hizo esperar y, con el comienzo de un nuevo día, se entregaron a sellar el amor que ambos se tenían.

Helen se llevó una grata sorpresa al encontrarlos juntos. Parecía un sueño ver a su hija en estado de felicidad luego de las aciagas semanas que ambas habían vivido. Habló muy poco con Colin, que tuvo que ausentarse del apartamento para ir a las oficinas del MI5 a tratar varias cuestiones. Para él no era solo un compromiso laboral, sino también la excusa perfecta para dejarlas solas y que dialogaran tranquilas. Madre e hija lo necesitaban.

Regresar a las oficinas del Servicio Secreto le produjo una sensación distinta e inquietante. Era la primera vez que la sentía, e intuía el motivo. Sin dejar de observar el comportamiento de quienes lo vieron aparecer, conscientes de lo que había ocurrido, ingresó al despacho del Señor K.

—Colin, qué bueno es verte aquí, sé que todo lo sucedido es muy reciente. Gracias a ti estamos negociando información confidencial. Ha sido un golpe de suerte que hayas estado en Dublín en el momento oportuno.

—Y del destino también, que me permitió salvarme a pesar de no contar con nadie más.

—Lo sé, por eso espero que pronto estés listo para retomar tu labor. Pero, antes, aquí tienes una nota de un contacto en París. Con todo lo que ocurrió y luego con la confirmación de tu muerte, lo dejé a un costado. Quizá te interese leer el contenido.

A Colin se le erizó la piel al conocer la existencia de esa nota porque solo podía tener una emisaria: Martina. Cuando había estado unas breves horas con ella, le había hecho entrega de una tarjeta en la que constaban los datos de un contacto de él y sabía que, si no fuera de suma importancia, ella no la habría utilizado.

—Mierda.

—Puedes pedirme lo que quieras —ofreció el jefe.

—Necesito viajar a París en un transporte seguro. No será solo, lo haré con mi esposa.

—Debo suponer que no hay otra manera de solucionar todo esto.

—No, necesito estar allí.

—Allá podrás contar con algunos agentes nuestros, por si necesitas ayuda.

—Gracias, veré cómo lo arreglo. Eso sí, debo partir cuanto antes.

El superior asintió y se dispuso a gestionar el pedido del agente que se ganaría el reconocimiento del Servicio Secreto por haber descubierto a uno de los más importantes infiltrados del MI5 y a la espía alemana que les había desbaratado más de una misión.

—Cuenta con eso. Ahora quiero que veas esta documentación y firmes esto. Es lo sucedido la noche de ayer.

Durante la jornada de trabajo, Colin no solo cumplió con las tareas pendientes, sino que también recibió las felicitaciones de varios empleados que, asombrados, salían del despacho mientras murmuraban que era el agente que había regresado de la muerte. Luego de un largo día de labor, volvió a su casa y, antes de ingresar, sintió el sonido de una melodía familiar resonar detrás de la puerta. Cuando entró, contempló a Sofia, envuelta en la pasión que significaba ejecutar “En mi mente”. No quiso interrumpirla, por lo que se quitó el saco con disimulo y se acercó al piano. Ella desvió la mirada enseguida y, cuando quiso cortar de manera abrupta, él negó con la cabeza. Quería que ella finalizase esa melodía. Tras los últimos acordes, se acercó y la besó con hambre. Colin cerró la tapa del piano y la apoyó sobre él al tiempo que él se reclinaba sobre la butaca que ella acababa de abandonar.

—¿Helen?

—Estamos solos.

Ella había mantenido una larga conversación con su madre que había resultado mejor de lo que había creído. A pesar de eso, la mujer había querido regresar a su hogar porque necesitaba estar sola y dejar de sentirse culpable por cada paso en falso que había dado en la vida.

—Bien, pero, antes de amarte sobre este piano, quiero decirte que, hoy a la madrugada, zarpamos hacia París.

La expresión de ella denotó felicidad, pero debía explicarle la razón para que no fuera con falsas expectativas.

—Mi amor, este viaje es riesgoso, pero no pienso dejarte aquí. Solo conmigo estarás segura. Es algo que tiene que ver con Martina. Necesita verme, y quiero saber si está en problemas.

—Al fin podré pasar un rato con ella.

—Sí. —Él también había pensado que, más allá de lo que le ocurriese a Martina, le iba a venir muy bien estar junto a Sofía. Ambas amigas se necesitaban luego de la serie de dificultades que habían pasado en soledad.

—No sabes lo feliz que me haces.

—Demuéstrame sobre este piano.

No fueron notas musicales lo que inundó de inmediato la sala, sino una sinfonía de jadeos, quejidos y palabras de amor mientras se amaban, envueltos en la pasión que los unía.

* * *

La ciudad era el reflejo de una guerra que dejaba huellas por doquier. Lo definía la expresión en la gente que deambulaba por allí, con la tristeza dibujada en los rostros ante la pérdida a diario de algún ser querido. Los lugares típicos se quedaban sin su encanto, y nada sería igual hasta que se diese fin a esa maldita guerra. La travesía que los había llevado hasta París no había sido fácil, pero era lo mejor que Colin había podido conseguir. Habían viajado a bordo de un vapor con soldados y luego habían tomado un tren sanitario para arribar allí. De ese modo había reducido los riesgos de un ataque en territorio francés.

La conversación con Pierre puso a Colin sobre aviso con respecto a los cambios que había sufrido su hermana que vivía junto a una amiga. Claro que no pudo averiguar cuál era el motivo por el que se había comunicado con él y, hasta que no la viera, no se quedaría tranquilo. Como no podía ser de otro modo, ella ya había partido rumbo al Hospital Buffon. La expectación que sentía Sofía no podía describirse. Había pasado un largo tiempo desde que se habían visto por última vez, y habían atravesado muchas situaciones difíciles sin saber la una de la otra. Al fin el encuentro entre ambas se daría.

En las largas galerías que rodeaban la institución médica, paseaban algunos enfermos en recuperación. Martina caminaba por allí con paso decidido luego de haber mantenido una conversación con un paciente en silla de ruedas. A la distancia parecía que lo estaba retando, y como la conocía, Colin no lo puso en duda. No debía de ser fácil trabajar con soldados que solo respondían a las órdenes de su superior y nunca a las de una mujer. Por otro lado, sentirse en inferioridad de capacidades incidía en el comportamiento de cada uno de ellos. Cuando ella viró hacia el otro lado del corredor, los vio. De inmediato corrió hacia ellos y se aferró a Sofía, que no dejaba de llorar. La joven médica no entendía cómo su amiga había llegado hasta allí y, menos aún, de la mano de Colin. Luego del llanto inicial, todos se dirigieron a una pequeña sala donde Sofi logró calmarse de la fuerte emoción experimentada.

—No se imaginan la felicidad que tengo al saber que están aquí y juntos.

—Quizás esto lo explique —dijo Sofía al mostrar el dedo anular, donde llevaba una alianza de oro.

—Pero ¿cómo ha sido?

—Debo contarte tantas cosas que no nos va alcanzar este día.

—Antes, sin embargo, deseo saber cómo estás —intercedió Colin con las manos entrelazadas con su hermana— y qué ha sucedido.

—Sabes que no te molestaría si no creyera que de verdad es necesario.

—Lo sé, por eso estamos aquí. Lamento no haber podido venir antes, pero la situación ha estado muy complicada.

—¿A qué te refieres?

—A que todo lo que ocurre a nuestro alrededor es muy peligroso. Deberías rever tu decisión de quedarte aquí. No empieces, es solo mi opinión. Cuéntame qué te ha sucedido.

Martina comenzó a expresarse sobre la amistad que había forjado con Annette y las consecuencias de ese vínculo, incluido Aaron Dubois además del modo en que la había amedrentado.

—Aún no ha regresado, pero vivo en un estado de permanente alerta. Estoy bajo una presión constante no solo por la actividad que realizo aquí, sino también por la incertidumbre de que, en cualquier momento, ese sujeto venga a buscarme.

—No debes preocuparte, puedo asegurarte que él nunca más va a molestarlas —aseveró Colin.

—¿No piensas decirme cómo lo harás?

—Cuanto menos sepas de mí, mejor. ¿Puedes tomarte un descanso para hablar con tu amiga?

—Por supuesto, nada me gustaría más.

—Las veré por la noche en tu casa.

—No sé cómo nos arreglaremos los cuatro, pero sabes que...

—No es necesario, tomé una habitación en un hotel cercano a tu hogar, pero es mejor que, hasta que vaya a buscar a Sofí, ustedes estén juntas.

—Mi amor, quédate tranquilo y haz lo que debes hacer —dijo la señora Wood al levantarse para darle un beso de despedida.

—En verdad me cuesta creer cómo ha cambiado todo entre ustedes, y me da mucha felicidad que al fin estén juntos.

—Si lo deseas, te cuento cómo sucedieron las cosas.

Durante largo rato, Martina se mantuvo en silencio en tanto escuchaba el relato de Sofía. No podía creer todo lo que le refería. En el tiempo que habían estado separadas, nada se había dado del modo en que habían creído en alguna oportunidad pasada; sin embargo, allí estaban ambas, luego de recorrer el duro camino que habían debido atravesar.

—Nunca dudé de que saldrías adelante en cada situación difícil que debiste afrontar. Lo has hecho siempre desde que nos conocemos.

—Te aseguro que volvería a pasar por cada momento complicado si al final el camino me condujese a Colin. Aunque suene demasiado romántico, es verdad. Te aseguro que valoras mucho más estar al lado de la persona que amas cuando creíste en algún momento que todo estaba perdido.

Esas palabras fueron un dardo certero para Martina. A pesar de todo lo que había ocurrido y del último encuentro con Scott, se mantenía firme en su postura porque no quería volver a sufrir y sabía que lo único que no podía traicionarla era la profesión que abrigaba.

—Sé que estuviste con Scott, me lo contó Colin.

—No te imaginas la discusión que tuvimos cuándo descubrió una carta que él me había dejado.

—Lo sé, y poco me importa que Colin conserve ese enojo. Quiero saber cómo estás tú y si te has dado cuenta al fin de lo que él significa para ti.

Cuando Sofía decía esas cosas, la médica detestaba estar con ella. Siempre había insistido en que con Scott había algo más a pesar de que Martina lo negaba de manera categórica. Claro que no podía mentirle a su amiga; por eso decidió contarle desde el principio todo lo acontecido con él. Esa era una manera de liberar la angustia que guardaba y que por momentos la abrumaba. A medida que le confesaba lo ocurrido, no pudo discernir qué era lo que pensaba Sofía porque en ningún instante notó un gesto de reprobación hacia el obrar de Scott. En realidad, eso fue lo que más le extrañó, porque esperaba esa actitud de su amiga para que le reafirmase el modo en que ella había actuado. Durante un momento, se trasladó en la imaginación a la tienda junto a Rose y Emma; recordó los tiempos en que todas mantenían conversaciones plagadas de confesiones.

—No sé si deseas escuchar lo que voy a decirte, pero lo harás igual, porque, si no fuera así, no me lo habrías contado. No tienes idea de lo que es sentir que no perteneces a nadie, que ninguna persona te quiere en verdad, como le debe haber sucedido a Brad. Ese niño se ha aferrado a lo más valioso y verdadero que tiene, que es Scott. El compromiso que él ha asumido con él no es más grande que el amor que siente por ti, pero él sabe por propia experiencia lo que significa crecer sin que le importes a alguien. Quizá no sea fácil entenderlo para ti porque has nacido en el

seno de una familia que te ha dado todo, tanto a ti como a tus hermanos. No todos hemos tenido esa fortuna. Y la traición que me cuentas está relacionada con todo esto que he dicho. Entiendo que estés dolida y que te tomes tu tiempo para decidir qué harás, pero en el fondo deberías estar orgullosa de estar junto a un hombre que tiene convicciones tan fuertes respecto a sus promesas, aunque en esta no estés tú.

Unos golpes a la puerta rompieron el diálogo. La entrada de Annette fue providencial para Martina, que se había quedado muda tras lo dicho por Sofía.

—Disculpen, no quiero molestarlas, pero te llaman desde cirugía.

—Aunque no se conozcan, han escuchado una de otra.

—Claro que sí, y puedes irte tranquila, yo me quedaré con Sofía el tiempo que pueda.

—No quiero molestar si tienes que trabajar.

—Puedo tomarme un respiro, ¿verdad, doctora?

—Por supuesto. No imaginas la felicidad que me han dado con Colin al venir a verme.

—La misma que tengo yo al estar aquí.

* * *

Al otro lado de la ciudad, Colin se dirigía a la empresa Dubois, una firma familiar creada por el abuelo del clan que se dedicaba al rubro textil. La firma había ganado fama y prestigio en el país durante décadas. La guerra había hecho quebrar a varias compañías y había empujado la actividad de otras. A pesar de ello, el poderío de esa empresa había crecido, ya que se había adelantado a otros emprendedores y había hecho negocio del conflicto bélico al proveer de uniformes a la milicia. Aaron se encontraba manejando el negocio detrás del amplio escritorio del suntuoso despacho hasta que fue interrumpido por la secretaria, que intentó avisarle que alguien quería verlo. No hubo modo de sacar al intruso una vez dentro.

—Yo me ocupo, Colette. ¿Quién se cree que es para ingresar sin pedir una cita previa?

—Soy Colin Wood, el hermano de Martina, amiga de Annette. Eso te debe aclarar la mente.

—¿Qué quiere? ¿Le ha sucedido algo a ella?

—Ya se recuperó de los golpes que le diste y del abuso que al fue sometida por ti.

—¡Fuera de aquí! En mi despacho no voy a tolerar que un don nadie venga a injuriarme.

—Vas a permitirlo, porque no soy un don nadie —dijo al acercársele.

—No tienes idea de la incidencia que tengo en este país. Con solo chasquear mis dedos, puedo hacerte desaparecer —amenazó, y se sorprendió ante la mueca sarcástica de Colin.

—Me importa una mierda quién eres o con quién te vinculas. Deberías saber que yo trabajo en un lugar de poder donde se toman decisiones secretas. Nadie las cuestiona cuando quien las ordena tiene peso en la organización, como yo, que actuó en las sombras y puedo asegurarte que nadie sabrá qué te sucedió cuando hayas desaparecido. Espero que hayas entendido lo que he venido a decirte.

—Has venido a intimidarme.

—Solo a advertirte que desaparecerás de este despacho y de todo lo que lo rodea si te acercas a mi hermana o a Annette. No quiero que las rondes y, si las ves por una calle, te cruzarás hacia el lado opuesto. Siempre habrá alguien que te vigile. Si tienes el mal tino de desobedecerme, serás hombre muerto. Puedo asegurarte que no es una amenaza, sino un hecho concreto.

Colin pudo ver la rapidez con que el dueño había palidecido y supo que había entendido que el dominio económico era solo un condimento para alcanzar el verdadero poder.

—Si eres inteligente, harás lo correcto y lo que te conviene.

Cuando se dirigió hacia la puerta para abandonar el recinto, se detuvo al escuchar la despedida Dubois.

—Si es como me dices, dile al loco de mierda de ese piloto que se esfume. La última vez que estuvo aquí, jugó con una sola bala que le puso a su Smith & Wesson. El destino quiso que esa única bala no quedara alojada en el tambor de la recámara al hacer el primer y el segundo disparo sobre mi sien, y por fortuna el estallido resonó recién en el cuarto intento, una vez que ya le había prometido que no molestaría a su mujer.

Colin tomó el picaporte de la puerta sin saber si le alegraba o no que Scott hubiese sido el hombre que había estado en ese despacho que se disponía a abandonar.

* * *

Durante la semana que estuvieron en París, el pequeño apartamento de Martina se llenó de anécdotas familiares. Hacía mucho tiempo que no revivía Buenos Aires y la necesidad de estar junto a los suyos. Quería saber de ellos, además compartir con Rose y Emma lo que les sucedía.

Annette disfrutaba de todo lo que allí escuchaba; nunca antes había vivido algo similar como lo que relataban entre risas.

—Martina, acompáñame a buscar algo de alcohol, en esta casa deberías tener un poco.

Mientras Annette se quedaba a ayudar a Sofia con la cena, los hermanos Wood salieron envueltos con gruesos abrigos ante la fría brisa nocturna.

—Aún no me has dicho qué medios utilizaste con Dubois, pero has logrado calmar a Annette y a mí.

—No importa el modo, sino que al fin todo se acabó con ese sujeto. Aunque me pese, Scott también ha ayudado a amedrentarlo.

—Pero ¿cómo se ha enterado?

—Lo desconozco. Sin embargo, si quieres mantener cierta privacidad en tu vida, deberías poner distancia con Pierre. Basta solo hablar de ti y de lo maravillosa que eres para que de inmediato suelte prenda sobre lo que haces —explicó Colin.

Ella comprendió de inmediato que Scott estaba al tanto de cada movimiento que hacía y que el pasado encuentro con Brad en la cafetería de la esquina no había sido casual.

—No sé qué pretendes hacer con tu vida, pero debes saber que hay un tiempo para todo. Has venido a París tras el sueño de hacer realidad esa beca que te otorgaron y te encontraste con un país en guerra. Durante los años que has permanecido aquí, has tenido la suerte de mantenerte con vida, pero no se puede tentar al destino del modo en que lo haces, te lo digo por propia experiencia. Hace poco estuve al borde la muerte y te aseguro que ves la vida desde otra perspectiva. No me mires de ese modo ni me preguntes cómo fue, lo importante es que pude salir de esa situación.

—Yo estoy familiarizada con ver la muerte a diario.

—Sí, pero salvas vidas, nunca has sentido lo que significa ver, como una película, fragmentos de lo que has vivido y lo que perderás si te mueres. Te digo todo esto para que reflexiones y te des cuenta de que tu tiempo aquí está llegando a su fin. Aún tienes la oportunidad de cambiar tu destino, y creo que deberías reverlo.

—Si te refieres a Scott...

—No me interesa hablar de él. Tan solo pienso que puedes aspirar a algo mejor que quedarte en un hospital de guerra hasta que se ponga fin a este conflicto que se extenderá durante un tiempo más.

—Tengo la posibilidad de estar en el primer hospital argentino en esta ciudad. Las gestiones del doctor Marcelo de Alvear, como ministro plenipotenciario en Francia, posibilitaron que se esté gestando un nuevo centro médico. Sé que han sido varias las reuniones que se han llevado en la legación de la calle Tremoille. Muchos argentinos estamos colaborando, y sería un gran honor para mí poder ser parte de esta iniciativa. —Ella se había enterado de que también formaría parte de ese proyecto el distinguido doctor Finochietto, y esa información la había llenado de alegría—. Cuento con el privilegio de haber sido convocada a formar parte del personal. Ya he pasado a ver el edificio que se transformará en el nuevo hospital. Se encuentra en el número 14 de la calle Claretie, en el margen derecho del Sena, junto al Bois de Boulogne.

Al nombrar ese bosque, un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo entero. No podía olvidarse del primer paseo junto a Scott, cuando, entre besos, caricias y confesiones, él había tratado de convencerla de que abandonase la ciudad. En verdad había apelado a todo con el fin de lograrlo.

—Es natural que te convoquen porque eres la mejor en lo que haces, pero debes detenerte a pensar si lo que buscas es solo el regodeo profesional o si te gustaría algo más. Si con eso estás satisfecha, entonces tu destino será París, pero, si no es así, deberás dar el paso que nunca antes te has atrevido a concebir porque no has tenido agallas para hacerlo.

Ella lo asesinó con la mirada mientras entraban a una tienda a comprar whisky. El resto de la caminata hasta la casa, la hicieron en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

La estadía de Colin y Sofia fue más breve de lo esperado por Martina. Antes de despedirse, como no podía ser de otro modo, Colin le había dejado un salvoconducto para abandonar París y viajar hasta Londres. Le había adelantado además que planeaba regresar a Buenos Aires y quedarse allí durante una larga temporada. Necesitaba poner distancia de todo cuanto había sucedido en ese último tiempo. Luego de unos largos y aciagos días, Martina dejó de pensar y darle vueltas al asunto y enfiló hacia al apartamento de Scott. Quería verlo, necesitaba hablar con él, no podía ser tan necia. Una vez allí, debió esperar a que el portero del edificio le abriese la puerta.

—Lamento decirle que *monsieur* Scott ha abandonado la ciudad.

—¿Sabe hacia dónde ha salido?

—Se fue a Londres, de donde tengo entendido que proviene.

Ella sufrió un fuerte impacto al escuchar que se había ido sin esperarla. Tanto le había jurado y dicho que ella era lo más importante y se había marchado. Estaba claro que se había cansado de ella. No logró caminar ni unos pocos pasos hasta la puerta de entrada antes de que la llamara el encargado.

—¿Usted es la doctora Martina Wood?

—Sí —contestó, asombrada de que la conociese.

—*Monsieur* dejó esto para usted —replicó al hacerle entrega de una carta.

La joven salió de inmediato de allí para saber qué le había escrito. Al menos se había acordado de despedirse de ella. Rasgó el sobre y comenzó a leer las escuetas líneas.

Martina:

Sé que, cuando abras este sobre y leas esta carta, yo estaré en Londres. He tomado esta decisión porque te conozco y, por más que me duela, debo darte lugar a que decidas esta vez y me sigas y elijas por encima de todo. Quiero que cuando lo hagas estés convencida, como yo lo estoy, de que eres la única persona con la que deseo pasar el resto de mi vida. No me queda mucho por hacer aquí. En la última conversación con Taylor, me informó que me dejaba fuera del servicio. No fue fácil asimilarlo, pero la actuación en el aire de la que solía alardear quedará en el recuerdo de lo que fui alguna vez. En el único lugar que puedo colaborar en esta guerra es en la escuela de aviación. Instruir pilotos es a lo que se ha reducido mi capacidad, así como preparar y supervisar motores para aeronaves. Allí, estaré esperándote.

Mía, lo fuiste y lo serás por siempre.

Tuyo, aunque te niegues a reconocerlo,

Scott

Martina no pudo releer la misiva porque las lágrimas no la dejaban continuar. Envuelta en el abrigo y con el viento que no dejaba de soplar en todas las direcciones, caminó sin un destino concreto. Necesitaba sentir lo que le ocurría y dejar de pensar. Por primera vez en la vida, necesitaba que el corazón le ganara a la razón

CAPÍTULO 26

Adiós a los cielos

Martina había continuado con las jornadas en el Hospital Buffon, como lo venía haciendo desde hacía tiempo. Se refugiaba en la sala de operaciones no solo para salvar vidas, sino para no pensar en su presente, y menos aún en el futuro. Recorría a diario los largos pasillos de esa institución médica en tanto pensaba cuántos heridos de gravedad morirían ese día. Los otros, los sobrevivientes, se habían vuelto una raza especial de hombres porque debían luchar más allá de sus posibilidades y contra toda probabilidad. En esos casos, en los complejos, en los impensados, era cuando ella sentía que su labor estaba cumplida. Sin lugar a dudas, la profesión la mantenía entera. Con la fuerte actividad y la falta de sueño, había perdido la noción de cuándo había ingerido bocado por última vez, pero Annette estaba siempre alerta para cuidar de ella. Hacia un rato que le había avisado que la esperaba en su salita, el lugar que ambas habían encontrado, para comer algo y despejarse de todo lo que acontecía alrededor.

—Ya no sé si esto se puede llamar cena o almuerzo —comentó al ingresar al recinto.

—Lo importante es comer algo y, por lo que veo, debo ser yo quien insista en que lo hagas.

—Hoy no necesito sermones, dime a qué se debe esa sonrisa que tienes.

—Este día estará en mi calendario como el más importante de este último tiempo. Mi soldado se lanzó a caminar sin ayuda. Las muletas quedaron a un costado de cama. No te imaginas lo que significó para mí cuando me vio entrar a la habitación y, sin dejar de mirarme, se levantó de la cama y de modo torpe caminó paso a paso hasta llegar a mí.

Martina la abrazó para apaciguar los sollozos de Annette.

—Cuántas veces pedí por que esto se hiciera realidad algún día. Durante la mañana hablamos, nos debíamos esa charla una vez que él sintiera que volvía a ser lo que fue alguna vez.

—Entonces...

—Lo primero que quise decirle era que no debía sentirse atado a mí por el cuidado dispensado durante su recuperación.

—Pero ¿cómo no va a sentirse agradecido?

—Sentir agradecimiento hacia mí es una cosa, pero estar enamorado es otra distinta. Si bien durante su convalecencia hablamos de nuestro futuro, yo necesitaba que él se sintiera libre, sin depender de alguien que lo cuidase, para que pudiera de ese modo tomar la decisión indicada.

—Annette, ¿de verdad creíste que ese hombre no te amaba?

—Tú sabes que mi familia y Aaron tallaron en mí la duda de si servía para algo y de si alguien podía amarme por lo que era. La actual distancia que mantengo con ellos me permitió continuar hasta ahora, pero es difícil olvidar y sentir que uno tiene valor. Temía que, cuando llegase este momento, mi soldado me abandonara y yo solo hubiera significado la tabla de salvación que necesitó para curarse.

—Que tu familia no te haya considerado ni valorado no quiere decir que quienes te rodeamos no lo hagamos. Ahora me gustaría saber qué fue lo que te dijo él —la apremió Martina.

—Me repitió que era su ángel y que no se iría de aquí si no era conmigo. A mí me cuesta decirte que...

—Annette, debes irte con él y vivir tu vida. Cuando viniste a instalarte a mi pequeño apartamento, no supe cómo íbamos a acomodarnos, y fue lo mejor que nos pasó a ambas porque nos permitió apoyarnos durante todo lo que nos sucedió. Ya llegó el momento de que cada una tome su camino.

—Yo lo haré, pero ¿tú ya sabes qué harás?

—De momento, quiero ingerir algo de comida, creo que desvaneceré si no como algo.

Annette le convidó unos panes con queso que había hecho antes de salir del hogar que compartían. Ambas comieron mientras la joven Toussaint relataba lo que había sucedido cuando Ivette la había encontrado besando al soldado. Ella sabía que Martina requería distraer su mente y estaba convencida de que, cuando tuviera necesidad de hablar, ella sería la primera en saber qué decisión había tomado.

* * *

La escuela aérea en la que daba clases Scott se encontraba alejada del centro de la ciudad de Londres. Allí pasaba largas jornadas de trabajo. El adiestramiento que se daba era escueto porque se necesitaba que, cuanto antes, los pilotos novatos estuviesen en el frente. Era notoria la juventud de los alumnos, pero el fuerte espíritu por ir a la batalla y ser parte del añorado triunfo de una guerra que se extendía más allá de cualquier previsión los hacía ser entusiastas durante las clases, además de seguir las recomendaciones y consejos que él les daba. No podía derrumbarles el

ánimo al contarles que, una vez que cruzaran los cielos, la muerte los acecharía en cada vuelo de reconocimiento y en cada intervención aérea, ni tampoco decirles que el avance alemán en cuanto al desarrollo de los aviones iba en contra del éxito de los aliados.

El mayor problema podía ser estar a la altura de los motores de las naves alemanas y del sistema de doble ametralladora que se estaba instalando en las aeronaves. Desde los cielos, piloteado por el enemigo, asomaba el nuevo Albatros D. II. De mayor rapidez para ascender y potencia para disparar, se había transformado en la joya germana y en el temor de quienes se enfrentaban a ellos. Con la aparición de esa tecnología, se había conformado la Jagdstaffel 2, un escuadrón de caza especializado del servicio aéreo alemán. Entre ellos descollaba el piloto alemán Manfred von Richthofen. Ya no había posibilidad de actuar en los cielos de manera solitaria, ya que el modo conjunto de vuelo ayudaba a que los ataques fuesen más contundentes y cruentos. La nueva amenaza había opacado a los otros aviones de combate alemanes con los que Scott había debido lidiar: atrás habían quedado el Aviatik DI, junto a los Fokker en sus primeras versiones.

Appleton pasaba horas junto a otros pilotos avezados e ingenieros que buscaban mejorar las naves y darles al fin un arma letal para combatir al enemigo. Había pequeños avances que él no había gozado y que ayudaban a mejorar las maniobras de los aviones, ya que la lucha en el aire se había tornado letal y definitiva. En un principio, su camada había ingresado en la Gran Guerra con la intención de que se los tuviese en cuenta, pero las otras fuerzas no estaban convencidas de que esas aves metálicas fuesen útiles en un combate. Creían que, en vez de colaborar, estorbaban en la zona de conflicto. Sin embargo, año tras año, eso había cambiado. En ese momento a Scott le tocaba ver el avance desde una escuela de adiestramiento.

Las nubes bajas de ese día y la permanente niebla complicaban la visibilidad. Appleton mantenía la atención en una aeronave que surcaba el cielo. El ruido del motor se intensificó a medida que se acercó para hacer un diligente aterrizaje. Con la infaltable chaqueta de cuero marrón, Scott se sumó a la pista para dar las indicaciones a algunos alumnos que habían observado el descenso. Ellos escucharon absortos las sugerencias que él les daba. Nadie desconocía la fama que Scott Appleton se había ganado por su trabajo en los cielos. Por más que a él no le gustase que se hablase de eso, los novatos no hacían más que comentarlo, a la espera de contar con la oportunidad de emularlo. En medio de los aeroplanos y los pilotos, estaba Luck, al que también lo precedía cierta fama. Se había transformado en el animal de la suerte y en el fiel compañero de Scott. En ese momento no lo dejaba mantener un diálogo efectivo con los pilotos porque le saltaba sobre las piernas. Por más que le ordenó que permaneciese quieto, el perro seguía moviéndose sin hacerle caso. Dejó a un lado la conversación y se dio vuelta para seguir con la vista el recorrido de Luck.

En las distintas veces que Scott había imaginado ver a Martina, nunca había pensado que la encontraría allí, a un costado de un hangar, con la melena colorada ensortijada por el viento y una mano por encima de la frente mientras achinaba los ojos para mejorar la visión. De haber tenido esos anteojos de los que él se mofaba a menudo, no habría requerido esforzarse para verlo. Se

encaminó hacia ella sin quitarle ni un instante los ojos de encima y la tomó por los hombros, tras lo cual la abrazó y le dio un beso que no dejó dudas sobre cuánto la había extrañado y los fuertes deseos que tenía de que ella estuviera allí con él para no abandonarlo nunca más.

—No puedo creer que estés aquí. Ven.

Él la guió hasta dentro del cobertizo, en donde había una oficina. Necesitaba saber ante todo cuál había sido el motivo de ese viaje. Hacía tiempo que no tenía noticias de los Wood.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer a última hora.

—¿Dónde te alojas?

—En la casa de Colin. Fue él quien consiguió que pudiese viajar en un transporte más seguro. Al menos hice el trayecto custodiada para que nada me ocurriera.

—Pensé que no vendrías.

—Creí que no me alcanzaría la fuerza en las piernas para salir de tu apartamento cuando leí la escueta carta que me dejaste. Me llevó tiempo tomar la decisión correcta porque no quería culparte más tarde por la elección que había tomado. Habría sido fácil hacerlo. A pesar de eso, continué en el hospital mientras el trabajo allí me consumía. Los días pasaban, y yo me mantenía inerte. La vida y la muerte me pasaban por adelante, y yo seguía allí. Hasta que me di cuenta de que nunca había dejado de confiar en ti, sino que estaba dolida y lastimada porque las cosas entre nosotros no habían sido como yo quería. Cuando caí en la cuenta de eso, supe que podía hacer lo que amo sin necesidad de estar separada de ti. Vine porque siento que, a pesar de lo nos sucedió, eres mío, y no me cuesta reconocerlo —dijo, y vio sonreír a Scott por la alusión a las palabras escritas en la carta de él—. Te amo por encima de todo.

—Shhh, mi amor, no sigas, para mí es suficiente —musitó con la voz quebrada.

—Hay algo más.

—Dime.

—Brad nunca ha sido un impedimento para mí, ni el motivo por el que me alejé.

—Lo sé. Además, no te imaginas los cuestionamientos que debí soportar de él por habernos ido y haberte dejado en París. A su corta edad, tuve que hablar con él y explicarle cómo eran las cosas entre nosotros. Él, como yo, esperaba que algún día regresaras.

—Aquí estoy para quedarme.

Scott dejó por primera vez, desde que había llegado a Londres, el trabajo que lo anesthesiaba y le impedía pensar en ella todo el tiempo. Enfilaron hacia el automóvil. Luck se había anticipado y esperaba afuera a que le abriesen la puerta trasera para acomodarse. El destino era Southwark, donde Scott residía. Aún mantenía el apartamento de siempre. En alguna oportunidad había pensado en buscar algo más pequeño y en una zona mejor, pero le gustaba permanecer en ese distrito bañado por el Támesis. La construcción de ese lugar se caracterizaba por fachadas de ladrillos rojos en medio de grandes almacenes y otros comercios. Cuando Martina entró, se sorprendió del orden que había dentro.

—Pero no parece que aquí vivan un niño y un perro.

—Siempre viví solo con mis reglas, adaptarme a ellos no ha sido fácil, aunque no te creas que esto se mantiene así todos los días. Brad está con un nuevo amigo que vive enfrente. Tenemos el resto de tarde —dijo, y enseguida la llevó al cuarto para comenzar a desvestirla—. Quiero amarte una y otra vez. Necesito sentirte y estar dentro de ti.

La amó sin apremio, con la certeza de que esa vez ninguno de los dos huiría a otro sitio.

—Quiero que te quedes esta noche, deseo que permanezcas aquí con nosotros —pidió Scott al tiempo que deslizaba los dedos sobre la cabellera rojiza que tenía desparramada sobre el pecho.

—Debería avisarle a Colin.

—De él me ocuparé yo.

—Sé que ha sucedido algo entre ustedes, pero él nunca quiso contarme qué fue.

—Cuando se enteró de que entre nosotros había habido algo, me buscó.

—Pero él se iba ese mismo día.

—Eso fue lo que te dijo. Colin tenía mil modos de encontrarme y lo hizo. Aún recuerdo la pelea que tuvimos. Luchamos con fiereza, y fue un modo de sacarnos toda la rabia que teníamos, yo porque él se inmiscuía en mi vida; él porque creía que yo lo había traicionado. Le dije que eras adulta y que dejara de complicar todo, a lo que me respondió que nunca sería el hombre adecuado para ti. Quizá tenía razón, pero le aclaré que nunca renunciaría a ti. Colin siempre supo de la existencia de Chloé y de Brad, como también de los viajes que yo hacía a París para ver al pequeño. Ahí fue hacia donde apuntó su ataque.

—¿Lo has visto en Londres?

—Si tu hermano quiere desaparecer y que nadie sepa de él, puedo asegurarte que lo hace mejor que nadie.

—¿Te sorprendería si te dijera que está casado con Sofía?

—No me extraña, aunque calculo que eso lo debe haber tranquilizado un poco.

—No te imaginas cuánto.

—Ahora, doctora —ronroneó él—, me gustaría que me sorprenda.

—Me encantaría hacerlo.

* * *

La noche se había apoderado de la ciudad, y las luces de la calle se perdían, envueltas en la niebla. Fue allí que apareció Brad. Entonces Martina supo que Scott no había exagerado ni un ápice al hablarle sobre él porque el niño se abrazó a ella y no la soltó durante largos minutos.

—¿No te irás? —le preguntó al oído.

—No, Brad, me quedaré con ustedes.

—Ahora papá estará más tranquilo.

—Campeón, no es cuestión de que cuentes todo lo que hemos hablado.

Martina revolvió el cabello del niño y lo besó. Ese chico había sido una bendición para Scott y lo sería también para ella.

A la mañana siguiente, Scott tenía listo el desayuno cuando Martina se levantó.

—No puedo creer todo lo que he dormido.

—Después de que te permití hacerlo —añadió con un guiño mientras le llevaba unos panes calientes junto a unos huevos revueltos—. Come, lo necesitas, estás más delgada.

—Si no fuese por Annette, estaría peor. Ella siempre se preocupaba por mí.

—¿Y cómo quedó su situación?

—De la mano de su querido soldado, se quedó en el apartamento que yo tenía. La separación con su familia fue dura, pero a la vez logró direccionar su propia vida. Con el tiempo mejoró en el hospital; continuará trabajando allí. Voy a extrañarla mucho.

—Aún no me has dicho qué planes tienes.

—No me imagino la vida sin ejercer la medicina. Quiero continuar trabajando en algún hospital. La experiencia que he adquirido en el Buffon va a ayudarme mucho. En París, tenía una plaza de privilegio en el nuevo hospital argentino que, dentro de un tiempo, se inaugurará gracias a los aportes y gestiones de personalidades de mi país. Es un orgullo ser parte de esa iniciativa, pero, cuando lo analicé bien, me di cuenta de que no era eso lo que quería. Me faltabas tú, y ninguna otra distinción podía hacerme feliz si no estamos juntos.

Scott había tomado la delgada mano de ella para besarle uno a uno los nudillos sin dejar de contemplarla.

—Pensé que podría ingresar en el Hospital Saint Thomas —agregó Martina.

—Allí deben de guardar aún buenos recuerdos de tu madre.

—Así lo creo, pero antes me gustaría estar con mi familia.

—¿Deseas viajar a Buenos Aires?

—Sí, ha sido mucho tiempo de ausencia. De verdad me gustaría estar allí durante un lapso antes de comenzar a trabajar. Nunca creí que permanecería lejos durante casi tres años.

—Lo haremos. Pero antes deseo que nos casemos. Quisiera que no me hagas esperar hasta llegar allá.

—¿Deseas complicar no solo la situación con mi hermano, sino también con mi padre? —indagó risueña.

—Te aseguro que la única persona que no se sorprenderá de lo nuestro será él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hemos hablado más de una vez, y sabe que nadie te conoce como yo. Tenía claro que eras mi debilidad, solo se trataba de una cuestión de tiempo para que lo nuestro saliera a la luz.

—¿Podrás arreglar todo para abandonar un tiempo tu trabajo?

—Por supuesto. Creo que es algo que nos merecemos luego de lo que vivimos. Pero antes quiero ver a tu hermano —comentó y la besó por encima de la mesa.

—Me cambio y enseguida estaré lista.

Una vez a bordo del automóvil, atravesaron la ciudad mientras Martina recordaba el camino que, a diario y durante las frías noches, hacía hasta el hospital.

—Ya te acostumbrarás a este lugar —dijo él al tomarle la mano.

—Nunca imaginé que pudiera sentir a París como propia. Cuando arribé allí; en un primer momento, tuve ganas de regresar. Creí que no había tenido en cuenta lo que en verdad significaba haberme alejado de mi familia y haber abandonado mi país.

—Cuando regresemos, te reencontrarás con el hospital en el que estudiaste.

—Tienes razón —comentó con nostalgia.

—Te verás con tu doctorcito Corvalán.

—¿Federico? Sí, claro.

—Debió quedarse con deseos de ir a París contigo.

—Ay, Scott, yo le dejé claro mis sentimientos. El comienzo de la guerra imposibilitó que pudiese abandonar Buenos Aires e instalarse en París. Según él, tenía los trámites muy avanzados ya, pero ha hecho una buena carrera en el hospital y está muy contento con eso.

—Veo que estás informada sobre él. ¿Han mantenido una fluida comunicación?

—¡Qué celoso! —se quejó, y apartó la mano que antes tenía por encima de la de él, sobre el volante—. Fueron tan solo dos cartas. Aún no sé cómo llegaron. Es un buen hombre, y le deseo lo mejor. Recuerdo que la primera me angustió mucho. Fue a poco de arribar e instalarme en París. Me mencionó que mi paciente Francisca había muerto pocos días después de que yo había abandonado la ciudad. Ella le había advertido a Federico que tuviera cuidado y siempre decía que él buscaba algo más conmigo.

—Estaba enferma, pero no era tonta.

—Ella estaba muy sola y pasó mucho tiempo dentro de los muros del hospital. Esa era su casa; allí murió. Ese fue el primer gran golpe con la muerte que tuve, pero poco después me di cuenta de que debería lidiar con ella a diario.

—Pero otras veces ayudas a vencerla.

—Sí, es ahí cuando siento que hago bien mi trabajo.

Ella se perdió con la mirada en las calles aledañas a la zona en que residía su hermano.

—Hemos llegado —dijo Scott antes de besarla—. ¿Quieres bajar?

—Claro que sí; no sé si tú lo deseas —replicó risueña.

Le causó gracia el gesto de desdén que le hizo antes de descender del automóvil. Si a Colin lo sorprendió ver ingresar a su hermana de la mano de Scott, lo disimuló. Martina buscó la complicidad de Sofia para salir de allí y dejarlos solos.

—No sé si será lo mejor que se queden solos allí adentro luego de la pelea que tuvieron la última vez que se vieron —comentó Sofia al ingresar a un bar ubicado a dos cuadras de allí—. ¿Tomas un té?

—Que sean dos, por favor —le pidió Martina a la mesera que se había acercado.

—Creo que ninguno de nosotros se ha mantenido indiferente a las situaciones que hemos vivido. No somos los mismos; ellos tampoco.

—Tienes razón. No te imaginas la ilusión que me hace poder regresar a ver a Rose y a mi hermana. Quiero saber de ellas y ver cómo les ha ido con la tienda.

—¿Te acuerdas de nuestras conversaciones en Scarlet Rose?

—¿Cómo olvidarlas? Espero que pronto podamos reunirnos.

—De avisarles, ya se ha encargado Colin. Sé que, no bien pueda, abandonaremos esta ciudad. Él quiere y necesita poner cierta distancia de todo esto, aunque será solo durante un tiempo porque tenemos pensado afincarnos juntos aquí.

—Me alegra mucho. Eso nos permitirá mantenernos unidas. ¿Y cómo arreglarás con Helen tu situación? —quiso saber la doctora.

—Ella no quiere quedarse aquí, cree que hacerlo la transformará en un estorbo para tu hermano y para mí. Me ha costado que entendiera que no es así. Regresar a Nueva York no es una buena idea. Ahora que los Estados Unidos han ingresado a la Gran Guerra, ir hacia allá tampoco es seguro. Me pidió que no lo tomara a mal, pero que necesitaba regresar a Irlanda. Ella debe de querer cerrar la historia con el Irlandés, el hombre del que se enamoró ella y que intentó matar a Colin. Yo no puedo pensar en los mismos términos, ese tipo para mí no significa más que la porquería humana que casi me roba la felicidad con Colin. No puedo creer que ella y mi madre, bueno, su hermana, aún no logro acostumbrarme a llamar “mamá” a Helen, hayan vivido tan equivocadas con ese sujeto. Cree que instalarse junto a Siobhán durante un tiempo le hará bien. Cuando se lo dijo a Colin, él gestionó que lo hiciera una vez que las aguas estuviesen calmas y no fuera un riesgo cruzar hasta Dublín.

—Después de que sane su historia, estoy segura de que mejorará la de ustedes.

—Eso creo. Por más que ella me haya pedido que la perdone, yo no lo hice porque no tengo que perdonarla, debe ser ella quien lo haga consigo misma.

* * *

Dentro del apartamento, había unas cuantas botellas de cerveza vacías desparramadas por la sala. Por cada bebida, una confesión sobre lo sucedido en el último tiempo.

—No vuelvas a decirme que no soy bueno para ella —amenazó Scott.

—¿Pretendes que nos peleemos como la vez pasada?

—Esta vez, no estaría el comandante para sancionarme.

—¿Qué castigo te impuso? —comentó Colin con la botella en la mano.

—No importa la sanción, pero duró más de una semana y me ganó el permanente mote de descarriado. Solo se apiadó de mí cuando me vio en el hospital. Él tampoco creía que yo tuviese posibilidades de sobrevivir. A Martina le debo la vida, aunque ella se niegue a reconocerlo. Lo único que recuerdo de esos días es la imagen de ella en mi mente, creo que saqué fuerzas de donde no tenía para volver a encontrarla. El destino quiso que yo estuviera en sus manos.

—Te entiendo —comentó Colin, sin aclarar que conocía esa sensación—. Yo estoy arreglando el retorno a Buenos Aires. Si deseas, gestiono el de ustedes.

—Aún debo dejar algunos temas listos. Por otro lado, no creo que sea fácil salir de aquí.

—Lo sé, por eso el viaje quedará a la espera de que consiga una oportunidad segura para abandonar la ciudad.

—Para acortar la demora, le dije a Martina que quiero casarme antes de que viajemos.

—No quieres darle tiempo para que se arrepienta.

—No, menos mientras estés tú cerca para hablarle sobre el gran error que cometerá si lo hace.

—A tu salud —brindó Colin, y terminó otra cerveza.

* * *

Luego de los avatares que habían sufrido las dueñas del local Scarlet Rose, parecía que tanto ellas como la tienda habían retomado el cauce normal. Josefa también lo había hecho y, más allá de la vergüenza que sentía por el pasado que había intentado olvidar, había podido hablar con Emma sobre Fausto y lo sucedido con la familia Negri. No había sido fácil hacerlo porque ella creía que tener enterrado lo ocurrido tiempo atrás era lo mejor, aunque estaba equivocada. Nunca había querido dañar a su hijo; por eso no le había confesado la verdad sobre su padre. Una vez más, ella había tomado la decisión errónea, porque él había actuado de un modo más mesurado y

contemplativo de lo que habría imaginado. Josefa sostenía que su hijo no era el mismo tras haberse enamorado de Emma. Al fin ella podría descansar al saber que él sería feliz de la mano de esa muchacha que ella tanto quería.

Emma había apurado el paso hasta arribar a la casa de la familia Rivas. Al ingresar, se encontró con un total alboroto. El compromiso de Rose había alterado a sus padres de un modo que nadie habría imaginado. Ella se escabulló en medio del personal que acomodaba la sala y plagaba de flores el recinto.

—¡Rose! ¡Rose! —llamó al ingresar a la habitación de la novia.

—Pero ¿qué sucede? Dime por favor qué ocurre.

—No te asustes, quiero que leas esto —dijo excitada mientras agitaba el telegrama que tenía entre los dedos.

—No puedo creerlo —expresó entre sollozos la futura señora Negri tras leerlo—, al fin podremos verlas.

—Así es, aunque debemos esperar aún hasta que puedan regresar aquí.

—Esta espera no significa nada comparada con el tiempo que hemos estado separadas.

—Es verdad. ¿Estás nerviosa?

—Mis padres me ponen nerviosa. Yo no quería hacer del compromiso tanta bambolla, pero Lindor me hizo entender que este momento no solo es importante para ellos, sino también para él, para que no haya más murmuraciones sobre mí ni sobre nosotros.

Ya nada quedaba de los viejos rumores acerca de Inesita. La joven, en compañía de su familia, se había trasladado a una estancia en la provincia de Santa Fe. Poco se sabía de ella y de la asistencia médica que a menudo recibía.

—Lo sé, aunque no podrás frenar los rumores cuando te vean.

—¿A qué te refieres? —inquirió Rose.

—Al vestido que has elegido ponerte. Supongo que el primer sorprendido será Lindor.

En una percha, colgaba el atuendo color marfil con apliques de cristales y perlas en las mangas y una falda que caía en gajos con detalles en el ruedo.

—Sí, él lo había comprado en la subasta y me había pedido de que lo usara cuando saliéramos. No tuve la oportunidad de lucirlo, pero creo que hoy será el momento ideal para hacerlo.

—Claro que sí. Eileen está como loca con esta fiesta. Ella no es muy afectada a las reuniones sociales, pero ha contado con la ayuda de mi madre, que siempre ha mantenido la ilusión de festejar un hecho así con sus hijos. Aún guarda la esperanza de hacerlo con Martina, porque Colin se ha casado con Sofia casi en secreto, como no podría ser de otro modo con él, y yo le he pedido que guarde sus deseos para mi hermana, porque con Fausto haremos algo sencillo.

—Puedo asegurarte que con esta reunión se ha sacado las ganas de un pomposo festejo. De no ser por Victoria, no sé qué habría sido de esta casa. Recibí en estos días los saludos de mi abuelo y de Josefina.

—Lo sé, mis padres estaban muy ilusionados por que pudieran venir, pero no es fácil salir de Estados Unidos ahora que es un país en guerra.

—Lo sé; lo mismo les sucedió a Emilia y Ramiro —replicó Emma en referencia a mellizos—. Hace más de cinco años que no nos vemos.

Ellos eran los que faltaban de la pandilla que habían formado desde pequeñas. Pero haberse instalado en el país del norte gracias a la prestigiosa actividad médica de Francisco los había alejado y privado de estar juntos, salvo cuando alguna de las familias viajaba para visitarlos.

—Así es, y ojalá que, cuando acabe esta guerra, podamos verlos. Me gustaría poder viajar hasta allí.

—¿Esa ha sido otra promesa del novio? —tanteó Emma.

—Acertaste.

—Quédate tranquila, que esta noche todo será perfecto, en verdad lo digo.

—Lo sé, amiga, lo sé. ¿Has estado en la tienda?

—Dejé en manos de Josefa el día de hoy. Quiero estar tranquila y acompañarte. Hemos trabajado sin descanso. Ahora, necesitamos calmarnos un poco para disfrutar de todo esto luego de lo que debimos atravesar.

—Gracias, amiga.

El resto de la tarde, Emma se quedó allí para aquietar el nerviosismo de Rose. Como siempre había sido, permanecieron juntas a la espera de que pronto, muy pronto, se pudieran sumar los demás.

EPÍLOGO

Tiempo después, estancia La Victoria, Buenos Aires.

La víspera de Navidad era una buena ocasión para reunir a toda la familia y amigos. Desde hacía tiempo, se había establecido esa tradición entre nosotros. No importaba cuántos fuéramos, sino que quienes estuviéramos de paso por Buenos Aires nos reuniéramos alrededor de una mesa para reencontrarnos.

Sofía y yo habíamos decidido establecernos en Londres, pero antes había quedado un viaje pendiente hacia nuestro país. No fue fácil salir de Inglaterra, solo logré hacerlo una vez que la guerra finalizó, unos meses atrás. Hacía no más de un mes que se había firmado el armisticio que ponía fin a los cuatro años de lucha sin cuartel, durante los cuales las naciones más poderosas tomaron partido en el combate. Las razones que se podían esgrimir eran varias, pero ninguna con el peso suficiente para justificar semejante barbarie. El saldo humano fue incalculable. Nadie salió indemne, porque la guerra nos arrasó a todos. Eso hizo que decidiera abandonar el Servicio Secreto y dedicarme a mi profesión y a algunos negocios que mi familia tenía en Inglaterra. Además, el niño que venía en camino me hizo darme cuenta de que no estaba solo y de que debía brindarle cierta estabilidad y seguridad a mi familia.

Por ese motivo, cuando arribé a la ciudad, procuré buscar a Cándido Molina. No quería dejar ningún cabo suelto y deseaba evitar que, en alguna oportunidad, él apareciera con la idea de lastimar a Sofía. Esa había sido su promesa en una de las tantas discusiones que ambos habían protagonizado. Al buscarlo me enteré de que la casa familiar había dejado de ser de su propiedad, así como el restaurante que regenteaba. Las deudas de juego lo habían llevado a la bancarrota absoluta. Parecía que se lo había tragado la tierra. Los hoteles de mala muerte y las pensiones tampoco lo contaban dentro de sus huéspedes. En una de las recorridas nocturnas que hice, lo encontré en las afueras de un bar, borracho y con la sola compañía de una botella de ginebra. No me reconoció, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Lo único que le importaba era que le diera dinero para continuar bebiendo. Se veía que se estaba muriendo, y contribuí a que su final se precipitase. Le di una cifra suficiente para que inundara su cuerpo de alcohol y reventase pronto. Pocos días después, escuché comentar a algunos parroquianos del lugar que había un cuerpo cubierto por periódicos a metros de allí. Había muerto en su ley, ebrio y en soledad. Entendí que acababa de romperse el último lazo que unía a Sofía con ese pasado lamentable, del que siempre había deseado huir y que por fin había dejado atrás. Ya nadie más podría lastimarla.

Scott no sorprendió a nadie con el casamiento con Martina. Según parece, yo fui el único que no vio lo que sucedía entre ambos. Tan solo le reprocharon no poder tener una ceremonia aquí para realizar un festejo como lo deseaba mi madre, que se espantó porque la boda se había celebrado en la mayor intimidad al otro lado del océano. En su estadía en Londres, mi hermana había gestionado el ingreso al Hospital Saint Thomas. Con la experiencia que tenía, había sido un inmenso honor para ellos sumarla al personal. Por la gran dedicación que siempre tuvo hacia su profesión, me costaba verla en un rol materno, por eso no dejé de sorprenderme al notar la comunión que tiene con Brad. Según decían, muy pronto tendrían otro hijo.

A Rose se la veía espléndida con el embarazo que llevaba a cuestas. Lindor no dejaba de atenderla en demasía. Por lo que pude hablar con él en una noche de copas en la que compartimos alcohol y anécdotas, no quería repetir la historia familiar que lo había hecho infeliz. Él también había roto con un pasado, salvo con lo que tenía que ver con Fausto, quien se había vuelto la única parte de esa historia que no deseaba dejar atrás. El tiempo los había unido más de lo que habrían imaginado alguna vez.

Emma era la *alma mater* de la tienda, que no había dejado de crecer. La unión con Fausto no había sido fácil. Me causó gracia escuchar sobre la reticencia de mi padre hacia él porque, desde que llegué al campo, lo he visto más unido a él que a cualquiera de sus hijos. Ambos crecieron en una zona portuaria y combatieron todas las inclemencias que la vida les puso delante, las que vencieron una a una.

Volví mi vista e hice un recorrido de los rostros de cada uno de los presentes. Todos éramos muy distintos. A pesar de conocernos desde hacía mucho tiempo, cada uno había cambiado, la vida nos había transformado. La distancia que nos separó durante un tiempo, no impidió que nos mantuviésemos unidos a través de un lazo invisible. Un lazo inalterable, resistente e indestructible que colaboró para que pudiéramos estar reunidos, una vez más, en una mesa celebrando la Navidad.

BIBLIOGRAFÍA

Bowen, Ezra, *Grandes épocas de la aviación*, Barcelona, Folio, 1994.

Gordon, Thomas, *Al servicio de su majestad: cien años de espionaje británico*, Barcelona, Ediciones B, 2009.

Gotta, Héctor César, *Apoyo de sanidad de los argentinos a los franceses en la Primera Guerra*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Alfredo Buzzi, 2017.

Larson, Erik, *Lusitania: el hundimiento que cambió el rumbo de la historia*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ariel, 2015.

Sáenz Quesada, María, *Roque Sáenz Peña: el presidente que forjó la democracia moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Saulquin, Susana, *Historia de la moda argentina: del miriñaque al diseño de autor*, Buenos Aires, Emecé, 2011

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentren.

A mis hijos y a mi esposo, por estar incondicionalmente a mi lado.

A mi querida Inés Maidana, por estar atenta y presente, no solo con su amistad, sino también, embelleciendo mi página web.

A mis amigas, que están a mi lado siempre.

A cada una de las lectoras que, con cariño y con entusiasmo por leerme, me impulsan a continuar adelante. Sin ellas, nada de lo que escribo tendría sentido; gracias.